ALBERTO
CAVILLA PEÑALVER
LA
VENGANZA
DEL
COLIBRÍ
Un adictivo *thriller* que bucea en las sombras
de la sociedad rural española de mediados del siglo XX.
booket

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Biografía
Dedicatoria
Parte I. LAS ALAS ROTAS
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23

Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Parte II. ENTRE SOMBRAS
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58

Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Parte III. UNA VIDA DE ENSUEÑO
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84
Capítulo 85
Capítulo 86
Capítulo 87
Capítulo 88
Capítulo 89
Capítulo 90
Capítulo 91
Capítulo 92
Capítulo 93

Capítulo 94
Capítulo 95
Capítulo 96
Parte IV. LA VENGANZA DEL COLIBRÍ
Capítulo 97
Capítulo 98
Capítulo 99
Capítulo 100
Capítulo 101
Capítulo 102
Apunte hallado entre las páginas del primer manuscrito de «Las alas rotas»
Otros personajes relevantes
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Un adictivo thriller que bucea en las sombras de la sociedad rural española de mediados del siglo XX.

Año 1953. En Camino de Piedras, un pueblo de Badajoz, el asesinato del patriarca de una acaudalada y arraigada familia de Extremadura, los Pizarro, desvela las miserias y secretos inconfesables de una estirpe arropada durante generaciones por la moral y la religión católica. El comisario Don Casto Aneiros, un sexagenario policía cercano a la jubilación, y su perspicaz ayudante, el joven inspector Guillermo, llevan a cabo la investigación del crimen. Eran muchos los que odiaban a la víctima. Tanto de la familia como fuera de ella. Cualquiera pudo ser el autor. A lo largo de la investigación va asomando la aberrante historia del apellido Pizarro, envuelto en una maldición que pocos ignoran y nadie olvida.

Cuando el odio anida en el alma, la venganza es una obsesión.

La venganza del Colibrí

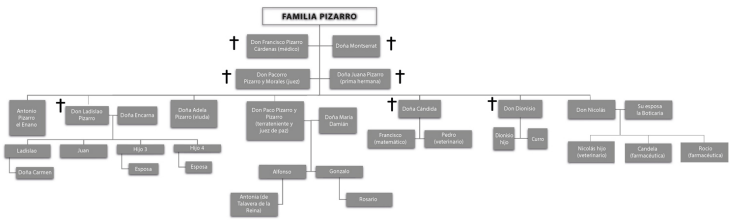
Antonio Cavilla Peñalver

Planeta

Biografía

Alberto Cavilla Peñalver nació en Cádiz, allá por la década de los cincuenta. Abogado de profesión, su vida laboral vinculada a los barcos le inspiró para escribir una novela de ficción en torno a la construcción de un buque en un astillero público, Construcción 212 (C/212), publicada en 2018. El ensayo Otra manzana podrida, publicado en 2020, describe su visión sobre la nefasta gestión y las corruptelas de una empresa pública. En esta segunda novela, La venganza del Colibrí, muestra como la codicia, el odio y las pasiones humanas son los protagonistas en una sociedad constreñida por la religión y la falsa moralidad. Está convencido de que llenar de vida un folio en blanco es la pasión de todo escritor. También de que lo mejor de una novela no está en lo que el autor haya querido transmitir, sino en lo que el lector pueda llegar a imaginar y descubrir en ella.

Pueblo de la acción: Camino de Piedras
Comarca más cercana: Zafra
Provincia: Badajoz
Año: 1953



En nueve páginas, mi pequeño homenaje a un recuerdo

El colibrí es un pájaro minúsculo, el más pequeño de los pájaros conocidos. Muchos los denominan los «picaflores», otros los llaman «pájaros mosca». Es pequeño en tamaño. Pero solo en eso. El resto es grande, igual que su belleza. Es diferente a los demás, mágico. Procede del paraíso, a donde regresa después de morir. El creador lo hizo pequeño, pero fuerte. El colibrí es capaz de volar en todas direcciones. Su vida es corta, pero su resistencia va más allá de lo que muchos quisieran para sí. Se alimenta del néctar de las flores y de ellas atrapa el color que adorna sus plumas.

El colibrí es ágil y veloz. No puede vivir en cautividad. En ella muere porque necesita de la libertad más que ningún otro pájaro. Es un ave solitaria. Siendo tan pequeño, es símbolo de sabiduría, fuerza de voluntad, inteligencia, conciencia..., aunque también puede llegar a ser agresivo. Resulta feroz con todo aquel que quiera invadir su territorio, con el enemigo, al que persigue sin tregua ni descanso.

Una leyenda guaraní dice que el colibrí recoge de las flores las almas de los fallecidos para conducirlas al paraíso. Me gustaría pensar que solo se refiere a las almas buenas...

Primero es la ambición, la codicia. Después, el daño infligido; el dolor provoca la ira y esta conduce a la venganza. La venganza no es justicia, pero la restituye.

El murmullo de la familia en los jardines de la finca se silenció cuando un desgarrador grito se dejó oír desde la casa. Apoyada en la pared, junto al umbral de la puerta principal, Dolores la sirvienta se cubría la boca con un pañuelo que asía su mano derecha, mientras que con su otra mano se agarraba al delantal, apretándolo con fuerza. Entre lágrimas y sollozos balbuceaba palabras envueltas en la desesperación.

—¡Está muerto! ¡Dios santo! ¡Todo está lleno de sangre...!

Parte I
LAS ALAS ROTAS

Capítulo 1

Antonia, la forastera. Verano de 1953

Desde las ventanillas del Ford color guinda, el paisaje se divisaba pedregoso, enjuto y árido. La agrietada tierra mostraba sin pudor una multitud de hierbas amarillentas que forcejeaban con el viento. Parecían resistirse a morir. Restaban quince kilómetros para llegar al pueblo. Tan solo quince, después de cuatrocientos dieciocho tortuosos y eternos kilómetros.

Diez días antes, tras cuatro años de relaciones, Antonia y Alfonso habían contraído matrimonio en la Basílica de Nuestra Señora del Prado, una pequeña ermita a la que Felipe II había denominado en su día «la reina de las ermitas». La ceremonia la ofició don Genaro, un orondo sacerdote de áspera voz y avanzada edad, amigo de la familia de la novia. La homilía, en torno a la fiesta de las bodas de Caná, comenzó con una clara alabanza al papel de la mujer en el seno de la familia. «Papel decisivo e insustituible», aseguraba don Genaro con énfasis. Después adoctrinó sobre la necesidad de sumisión al esposo; sin ella, el matrimonio no funcionaría. El objetivo: alcanzar el beneplácito y la protección del Espíritu Santo. Finalmente, escupió una enardecida reprimenda, sin piedad ni perdón, a la promiscuidad no bendecida, a los homosexuales y a los rojos, a quienes otorgó el título de «esclavos del diablo». La comida en el Casino colmó los estómagos de doscientos invitados, la mitad de ellos familiares de los cónyuges.

Fermín conducía el vehículo con la parsimonia que esclavizaba lo firme de la calzada. Cincuenta y cinco años en un cuerpo curtido por el sol y muchos lustros trabajados como

labrador, con diez años ya había conocido con creces cuánto pesaba un azadón y cuán dura era la tierra. Su rostro, arrugado, mimetizaba los surcos de esa tierra que tantas y tantas veces había sudado. Aparentaba más edad. Hacía cuatro años que el patrón, don Sebastián, padre de Antonia, lo había empleado como chófer suyo (una progresiva artrosis había deformado irremediablemente sus manos y le impedía conducir). Fermín era leal, un buen hombre. Y ello a pesar de haber sido republicano y comunista, aseguraba don Sebastián, convencido.

Fermín le había salvado de un fusilamiento seguro. Sucedió un día de aquellos tres años donde los hombres y mujeres se sumían en el caos de la perfidia, el rencor y las venganzas personales. Los chivatazos y las fabulaciones provocaban muertes. Tan solo algunos buenos hombres aplicaban sus golpeadas conciencias en salvar vidas y algo de la maltrecha justicia. Fermín fue uno de ellos. Comunista hasta la médula, intercedió por él; logró que no le arrojaran a la cuneta con un tiro en la sien. Don Sebastián no lo olvidó jamás. Después de la temida victoria, y en justa correspondencia, hizo lo mismo y salvó su vida de las hordas vengativas fascistas.

—Ya queda poco para llegar, señorita —sentenció Fermín sin apartar la vista de la carretera.

—Gracias a Dios, Fermín. Creo que no podría resistir más tiempo. Estoy entumecida —se lamentó Antonia dirigiendo la mirada a su marido, que a su lado contemplaba los acebuches a través de la ventanilla.

—No es para tanto, mujer. Al fin y al cabo, han sido ocho horas más o menos..., pero sentada —bromeó Alfonso sin apartar la vista del paisaje.

La mujer hizo un esfuerzo por sonreír. Miró su reloj de pulsera: las ocho horas y treinta minutos de la tarde. El calor había cedido tímidamente. La ventanilla abierta regalaba un aire menos ardiente que el de horas antes. El olor a estiércol lo invadía todo, sobreponiéndose a cualquier otro.

—¡Mira, Antonia! Allí se divisa el campanario de la iglesia —espetó su esposo señalando con su índice más allá del parabrisas

del coche—. ¡Ya estamos en casa!

A lo lejos, en el campanario, dos enormes ventanas redondas, iluminadas, parecían los ojos abiertos de un búho acechando una presa. La bocina del automóvil insistía precavida a cada curva o recoveco angosto del trayecto. La entrada a una calle larga y empedrada provocaba tumbos exagerados que golpeaban los ya doloridos riñones de los ocupantes del coche. Tras recorrer un par de ellas, Fermín detuvo el Ford frente a un enorme portal de un indescifrable color oscuro que aparentaba haber sido pintado hacía años.

Una puerta accesoria de una de las alas del portal cedió con timidez. Tras ella apareció la silueta de una joven flaca, enfundada en un delantal con pechera de color gris. Era Consuelo. Había sido contratada para servir en la casa. Consuelo decía haber cumplido los veinte años hacía escasos días. Lo cierto era que, a pesar de que su edad sería siempre una incógnita, incluso para ella, en aquellos momentos no aparentaba alcanzar ni los diecisiete. Toda ella era pequeña. Unos ojos negros, nerviosos y vivarachos, latían en un rostro feúcho. Se apresuró en abrir la puerta del vehículo al tiempo que saludaba al hombre que salía de él.

—Buenas noches, señorito Alfonso.

—Hola, Consuelo, ¿cómo estás? Mira. Es mi esposa, la señorita Antonia...

—Buenas noches, señorita. Consuelo, para servirla. —La saludó estrechando la mano que le ofreció la forastera, al tiempo que su pequeño cuerpo llevaba a cabo una suave inclinación.

—Encantada, Consuelo —respondió sonriente esta.

La mujer traspasó lentamente el umbral de la casa, seguida por Alfonso, mientras Fermín y la joven sirvienta portaban las maletas hacia el interior. Un reconfortante frío contrastaba y aliviaba el calor de la calle. El zaguán era fresco y olía a flores. Un ramo de nardos en un jarrón sobre un arcón de madera vieja embriagaba de perfume el ambiente. Antonia se estremeció sin saber por qué. Dos columnas pintadas, imitando las vetas de un mármol falso, flanqueaban una puerta con cristalera que daba paso a un generoso distribuidor. En él, sobre un banco de respaldo

barroco, la pared de muro se adornaba con unos baldosines enmarcados en una filigrana de metal, pintada de negro. En ellos se leía una leyenda: «Dios bendiga cada rincón de esta casa». Otras dos columnas, de un mármol igual de falso que las anteriores, sostenían la barandilla de una escalera que conducía hasta el doblado.

—Necesito un vaso de agua. Estoy sedienta —rogó mientras contemplaba un techo abovedado del que pendían unos gruesos ganchos de hierro.

La pequeña estancia contigua al distribuidor concluía en una puerta de arco con dos grandes alas acristaladas. A través de ella, la visión ofrecía un patio interior con un arriate colmado de helechos, pitas y pilistras. El agua fresca dejaba un suave sabor a barro. Dos cántaras en un rincón, entre muros de la despensa, garantizaban el frescor. A diario se repostaban en la fuente de una diminuta plaza del pueblo. La vivienda carecía de agua potable.

—¿Te gusta la casa? —le inquirió su esposo.

—La imaginaba diferente, no sé. Es grande. Muy grande y destartalada.

—Te acostumbrarás a ella, seguro que sí. Es una gran casa en el pueblo, Antonia.

—Sí, seguro que lo es, pero la imaginé tan distinta...

Continuaron el recorrido, habitación por habitación... «Una casa grande no es una gran casa», pensó Antonia, trasladándose mentalmente por unos instantes a la de sus padres, un noble edificio del siglo XVI enclavado en el centro de la ciudad de Talavera de la Reina. La imagen del enorme zaguán revivió los recuerdos. En ellos habitaban muchos días de ocupación por una compañía de las tropas nacionales sublevadas. El caserón había dado cobijo a setenta soldados y a dos oficiales, quienes llenaron toda la planta baja, diáfana.

Recordó, con la indestructible nitidez con que se graban los acontecimientos trágicos, los colchones esparcidos por el suelo cubiertos de mantas ajadas que daban asilo a cientos de chinches invisibles. El capitán Gutiérrez del Valle era el oficial de mayor grado. Un hombre de familia refinada a quien la guerra había

transformado en militar. Los ojos claros, rodeados de un halo oscuro, y un bigote a lápiz dibujaban un rostro de expresión serena. Siempre se acompañaba de Rafael, un joven alférez bien trazado, a quien la gomina en el cabello no abandonaba en ningún momento. La hermana pequeña de Antonia, María, con quince años, se enamoró perdidamente de este último. Y el joven alférez, de ella.

Con frecuencia, don Sebastián invitaba a los dos oficiales a comer o cenar con la familia, hasta que se percató del enamoramiento de los jóvenes. Miradas de intenciones furtivas entre ambos delataban una situación que el padre no toleró. A partir de entonces, la cercanía entre los oficiales y la familia quedó prohibida y María, recluida entre las paredes del piso alto de la casa. Tan solo en contadas ocasiones, y bajo la vigilancia de una carabina, salía a pasear por los Jardines del Prado y a rezar en la ermita. Pero la pasión de los jóvenes, más pertinaz que la temida orden paterna, los acercaba en breves escapadas gracias a la complicidad de la férrea vigilancia, que a veces se resquebrajaba de manera intencional. Los días pasaron y la compañía marchó, dejando tras ella un zaguán lleno de suciedad y a una joven que lloraba la ausencia del oficial. La familia jamás volvió a saber de ellos. María tampoco. Alguien comentó, años después, que habían desaparecido tras una emboscada de los milicianos.

—Señorita, he preparado una habitación para el chófer. Me dijo el señorito Alfonso que pasaría la noche en la casa.

La recién llegada asintió sin mediar palabra. En la cocina, el olor a sopa y a hierbabuena abrigaba todos los rincones. El hueco de la enorme chimenea de pared se adornaba con gruesos leños, a la espera del frío invierno extremeño. Determinaron no estrenar el flamante comedor, cuyo mobiliario estaba recién comprado. En aquella ocasión, cenarían en la cocina. Una mesa en el centro, de madera rubia y desgastada, crujía inestable sobre sus patas. «La mesa ya estaba en la casa cuando el señorito Alfonso la compró —justificaba Consuelo—, habrá que arreglarla.»

Rozar las sábanas frías fue lo más gratificante de la noche. Los gruesos muros de la casa batallaban con el despiadado calor de la

calle y siempre salían victoriosos. El destartalado dormitorio, al menos, aseguraba el frescor.

—Mañana vamos a La Torre. Comeremos allí con mis padres. Mi hermano y su mujer también estarán. Seguro que algún primo más nos acompañará.

Antonia escuchaba a su esposo tumbada en la cama mientras escudriñaba la habitación en las sombras, forzando la mirada para descubrir las siluetas en el techo cubierto de rosetones y flores de escayola.

—¿Está muy lejos de aquí la finca? —preguntó en un susurro.

—No demasiado. Un paseo caminando, pero con este calor... le diremos al chófer que nos acerque antes de marcharse, si te parece.

—Me parece —sentenció, cerrando los ojos, cansados de adivinar formas en el techo que desaparecían en la oscuridad.

—¿Quieres dormir? —le preguntó Alfonso en un tono que no disimulaba sus intenciones.

—Estoy agotada, de veras. Además, no me siento segura, aún. Hace unos instantes me pareció oír ruidos, pasos cerca de la habitación...

—Será Consuelo. Estará ordenando cosas o recogiendo la cocina antes de dormir. Aquí en la casa, por el momento, solo estamos nosotros y ella —la tranquilizó.

—Claro. Pero necesito algún tiempo y acostumbrarme a los ruidos... Mañana será otro día.

—Mañana será otro día —repitió él resignado—. Que descanses.

No hubo contestación. El sueño provocó un absoluto silencio.

Capítulo 2

La Torre

A lo lejos se divisaba el caserón tras un grosero muro, que permitía el acceso por una cancela de barras de hierro y puntas de lanzas. Los goznes, en movimiento, los saludaron con un áspero chirrido a su paso. Frente al portal de la casa, una fuente circular de mármol blanco veteado señoreaba la explanada del jardín que precedía a la entrada. La fuente se abrazaba de un arriate en el que cientos de nardos inundaban el ambiente con un denso perfume que saturaba los sentidos. Antonia no imaginaba en ese momento que aquel penetrante olor le recordaría, para siempre, a un pasaje ominoso de su vida.

La Torre era el nombre de la finca, propiedad de don Paco, abogado, juez de paz y terrateniente del pueblo. También desde la distancia se vislumbraba el campanario de la capilla, que había dado nombre a la propiedad. Tras ella, en una pequeña cripta, descansaban los miembros fallecidos de la familia.

Originariamente a la finca se la conocía como Las Tres Espadas. Solo algunos del pueblo, los más ancianos, recordaban el verdadero origen del nombre. En realidad, no se llamaba así en alusión al campanario. Había sido el abuelo de don Paco y bisabuelo de Alfonso, el médico don Francisco Pizarro y Cárdenas, quien había ganado el caserón y la finca a su antiguo propietario, de nombre don Crispín, en una partida de ajedrez. Cada uno de los jugadores apostó su finca al resultado del juego. La torre tumbó a la reina de don Crispín y jaqueó al rey, lo que hizo que el ganador la bautizase con el nombre de aquella providencial figura. El tiempo, el olvido y la conveniencia aconsejaron modificar la

verdadera historia, y dieron protagonismo a la torre del campanario.

Inmediatamente después de aquella partida de ajedrez se sucedieron unos extraños acontecimientos. Cuentan que el médico se hizo de forma inmediata con la casa y todos sus enseres. Al día siguiente, ante el notario de Zafra, se firmaron las escrituras de propiedad. Decían en el pueblo que don Francisco ordenó a su hombre de confianza, Remigio, el capataz, que esa misma noche, tras la fatídica partida para su antiguo propietario, vigilara la finca para que nadie entrara. El hombre, apostado en un escalón junto a la entrada, estuvo de guardia hasta el alba. Don Crispín y su mujer se vieron obligados a abandonar su hogar de manera precipitada, casi sin tiempo para recoger sus recuerdos. Durante los días posteriores, el desahuciado por la apuesta rogó que se le permitiese entrar durante unas horas para recoger sus enseres más personales. La reiterada intransigencia del nuevo propietario acabó en tragedia: al parecer, una noche, algún furtivo intentó entrar en la finca con el propósito de robar. Concretamente —y de manera inexplicable—, en la cripta de la familia, junto a la torre. Fue sorprendido por el guarda que, ante la fallida insistencia en que el intruso se identificara, disparó los dos cartuchos de su escopeta. El desdichado yacía muerto ante la reja abierta de la cripta cuando llegaron los guardias civiles, quienes, al darle la vuelta al cuerpo inerte para su identificación, reconocieron horrorizados que se trataba de don Crispín.

Las idas y venidas de autoridades, forense, policías y curas que se sucedieron en los días siguientes al trágico desenlace culminaron en un informe que constataba que don Crispín, enardecido, había enloquecido. Incapaz de procesar la pérdida de su riqueza de manera tan irresponsable, en un arrebato de vesania determinó ir a su antigua casa a robar. Lo que no pudo explicarse fue qué pretendía sustraer de la cripta. Los más morbosos —o los más beatos— del pueblo afirmaban con vehemencia que don Crispín, desesperado, estaba decidido a llevarse los restos mortales de su familia antes de que fueran desalojados de mala manera por el nuevo propietario (como llegaría a suceder tiempo después).

Don Francisco Pizarro y Cárdenas alteró el descanso eterno de los restos familiares de don Crispín trasladándolos al cementerio del pueblo, a un nicho que él mismo sufragó con inusual generosidad.

Desde entonces la cripta quedó envuelta en un halo de misterio. Se transmitieron de boca en boca todo tipo de historias sobre ella, dando pábulo a leyendas que alimentaban el morbo, el tedio y la incultura de las gentes del pueblo. Desde la maldición de los ancestros de don Crispín, que anhelaban la desgracia de los Pizarro (un ignoto e implacable destino que se cernía sobre Las Tres Espadas), hasta el hecho de que don Francisco Pizarro y Cárdenas incrementase de forma desmesurada su fortuna desde que, una vez conseguida la finca, había entrado en la cripta. Aseguraban que algo valioso había encontrado en ella.

Capítulo 3

La comida en La Torre

Don Paco (cuyo nombre completo era Francisco Pizarro y Pizarro) era el mayor de siete hermanos. Bajo de estatura y enfundado de forma permanente en un traje negro, camisa blanca y corbata negra, tan solo relegaba dicha indumentaria en los calurosos meses de verano. De cabellera rala y mirada afilada —en ocasiones ladina —, una empalagosa cadencia al hablar caracterizaba su discurso. Era el patriarca. Lo sabía, y ejercía.

La comida resultó frugal y austera. Una sopa de verduras y carne guisada con patatas. Asistieron Gonzalo, el hijo mayor de don Paco, y su mujer, Rosario (que vivían en esa misma casa desde que se casaron) y tres sobrinos de don Paco (y primos de sus vástagos, Gonzalo y Alfonso): Dionisio, Pedro y Francisco. Doña María, la mujer del patriarca, mostraba un carácter amable y templado en un cuerpo generoso, que para nada se compaginaba con el de su marido. Su mirada dejaba entrever, eso sí, una serie de secretos acallados.

Dionisio era el mayor de los sobrinos de don Paco, hijo de uno de sus hermanos. Dionisio padre había muerto en la guerra a manos de los milicianos, camino del muro de la finca donde iba a ser fusilado. Intentó escapar y decenas de balas atravesaron su cuerpo. «Al menos mi querido hermano, que en paz descanse, se libró de la agonía de ver cómo ocho o nueve patanes de la despreciable purria le apuntaban antes de que su rostro se cubriera de una mugrienta capucha», repetía con frecuencia don Paco. Licenciado en Física, Dionisio hijo estaba resentido con todo aquel que se tintara de color rojo. De rostro cortante, mandíbula firme y

prominente, un áspero bigote destacaba en él. Junto con otro hermano suyo, Curro (un crápula reconocido por todos, muy en particular por las sirvientas de la casa), administraban la finca de su padre. Tras el fallecimiento del progenitor, esta había sido incautada por las hordas comunistas y ateas. Una vez recuperada, gracias a la victoria de los nacionales fascistas, el tío Paco los ayudó económicamente en la recuperación de las tierras hasta que la fortuna apareció en el horizonte años después. Su madre aún vivía, aunque hacinada en una residencia para enfermos seniles; el tío Paco, por su parte, fue como un padre para ellos. Pagaron peaje, eso sí (y continuaban, de alguna manera, haciéndolo).

Pedro y Francisco, por su parte, eran los hijos de Cándida, una de las dos hermanas de don Paco. Siempre había sido una mujer débil y con apariencia enfermiza. Sin embargo, pese a sobrevivir a la guerra, tres años después de la reconquista una gripe la arrebató de entre los vivos. Además de dejar viudo y dos hijos (uno mayor de edad y el otro en los albores de la adolescencia), también dejó una buena finca, un olivar que resultaba ser la envidia de todos, y en el que don Paco no logró entrar como socio de la empresa familiar una vez que su cuñado, el viudo, falleció de una cirrosis hepática.

Sus dos hijos bien hubieran podido ser de padres distintos. Cualquier parecido entre ambos era imperceptible. Pedro, el mayor, era un veterinario embutido en un cuerpo tosco y con ínfulas de marqués. Duro de sesera, sus escasas neuronas parecían tropezar unas con otras y daban como resultado razonamientos dispares (o, en cualquier caso, sorprendentes). Todos en la familia —y en el pueblo también— pensaban que era bobo. La mayoría siempre tiene la razón. Terminó la carrera de Veterinaria después de diez años de estudios, y gracias a la generosidad de su progenitor cirrótico hacia el profesorado de la facultad. Por el contrario, su hermano Francisco era un calco de su madre en cuanto a endeblez y debilidad. Bajo de estatura y enjuto, al joven le tocaron todas las neuronas que regatearon a su hermano. Era inteligente, perspicaz y cínico, como la mayoría de los inteligentes desprovistos de un físico aceptable. Una permanente sonrisa

sardónica mostraba el diastema de sus paletas. Era matemático y llevaba la administración de la finca de su difunta madre.

Durante la comida, todos escudriñaban sin disimulos y ya en profundidad en la personalidad de Antonia. Las incursiones sobre su vida y la de su familia fueron constantes.

—Querida, estamos encantados de que entres a formar parte de la familia. Nos irás conociendo a todos un poco mejor con el tiempo, y no solo de pasada, como hasta ahora. Además, el verano siempre es una buena estación para poder disfrutar del frescor de las noches bajo la parra y de una agradable reunión familiar, por supuesto. ¿No te parece? —Don Paco hablaba sin levantar la vista de la manzana que descuartizaba con los cubiertos.

—¿Tenéis ganado en la finca de tu padre, Antonia? —preguntó Pedro, como buen veterinario, al tiempo que masticaba con tosquedad.

—No, ahora no. La finca se dedica a la agricultura y a la caza. Es coto.

—¿Cuántas hectáreas tiene? —continuó.

—No lo sé con exactitud, creo que unas ochocientas hectáreas... o quizá más.

—Buena finca, sí, señor. Y buena herencia a repartir entre dos hermanas... Porque sois dos, ¿no? —espetó.

—Querida prima Antonia —interrumpió Francisco, el hermano de Pedro—, creo que ya te puedo llamar así. Disculpa la inoportuna franqueza de mi hermano; no te llevará mucho comprobar que no es incompatible ser veterinario y grosero al mismo tiempo. O quizá demasiado compatible, no sé. —Las palabras, de cadencia pausada, salían de Francisco en una voz aterciopelada.

Todos sonrieron mientras dirigían las miradas hacia Pedro, cuyas neuronas parecían forcejear entre ellas mientas continuaba masticando como si nada (o como si su hermano hubiera recitado una poesía de la revista *Garcilaso*). Tan solo el anfitrión mantuvo su seria apariencia. Dionisio permaneció silente durante toda la comida, casi ausente. Idéntico mutismo mantuvo doña María, pero al menos ella sonreía cuando alguna mirada se cruzaba con la

suya.

Como por ensalmo, y apenas concluidos los postres, don Paco sacó del bolsillo de la chaqueta un rosario de negras cuentas de cristal y adornos plateados y comenzó a rezar al tiempo que todos reposaban sus servilletas sobre la mesa.

—En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo…

—Amén —se escuchó al unísono.

—Misterios Gozosos. Primer misterio. «Entonces María dijo: "He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según tu palabra…".»

—Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea…

—Dios te salve María, llena eres de gracia…

—Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores…

Capítulo 4

Y mientras los comensales rezan, hablemos de Rosario

Rosario era una hermosa mujer y una estratega intrigante desde que tuvo uso de razón. A edad temprana se convenció de que, para prosperar en el pueblo (o al menos para mantener un estatus y respeto), debía casarse con un Pizarro. Su argucia: le echó el ojo al más cercano, tanto porque era el mayor de los hijos de don Paco, como porque vivía en el pueblo. Su hermano Alfonso, el pequeño, estudiaba en Madrid y tenía novia.

En realidad, Gonzalo también parecía tenerla, pero Rosario se encargó de lapidarla a la primera oportunidad. No fue un obstáculo que la preocupara demasiado. Urdió un plan de descrédito hacia su persona y la hundió en la miseria de las críticas y los cotilleos del pueblo; no se conocía otro mejor, más eficaz y veloz hundimiento que ese. A cada esquina la despellejaron, describiendo con morbosidad sus amoríos pasionales e ilícitos en los corrales de la casa de don Paco con el hijo mayor. De boca en boca pasó de ser una muchacha más del pueblo a una ramera.

Los cotilleos corrieron como la pólvora hacia La Torre. En esa ocasión, como en la mayoría, el patriarca tomó cartas en el asunto. Un Pizarro no podía regalar amoríos serios y de forma permanente a una fulana reconocida como tal por la gente honrada. Entre todos la acribillaron y la infausta tuvo que escapar de su lugar de nacimiento e instalarse en otro pueblo, a cuarenta kilómetros de distancia. Las críticas permanecieron durante un tiempo, hasta que otro acontecimiento copó la atención de los correveidiles.

Libre Rosario de su oponente, el resto fue coser y cantar. El

mayor de los Pizarro era presumido y frágil frente a los encantos de una mujer. Sucumbió a los que Rosario le regalaba profusamente. Los corrales volvieron a ser testigos de los encuentros libidinosos y el escarceo de la nueva pareja. Algunas mujeres de la casa lo sabían —los gritos y jadeos delatores traspasaban los muros—, pero ellas callaron. No se atrevían a cotillear de la señorita Rosario. De hacerlo, se exponían a su venganza y ya sabían en el pueblo cómo se las gastaba cuando el enfado y la ira se apoderaban de ella.

La relación se formalizó y fue aceptada sin el menor atisbo de entusiasmo, dicho sea de paso, por don Paco, quien consideraba a su futura nuera como una mujer vulgar y poco refinada (a pesar de que su apellido, en algún momento del pasado, se había entroncado con el de Pizarro). «Un mal tropiezo», decía. De un sexto apellido colgaba un Pizarro ya perdido, circunstancia que, al parecer, disuadió a don Paco y la salvó del rechazo.

Rosario, la primogénita del médico de siempre del pueblo (ya que nadie recordaba la figura de un facultativo anterior a don Rosendo Berruguete), tenía dos hermanas, Monte e Isabel. Pese a cargar ambas con cierta tara intelectual, esto no les impidió celebrar nupcias con dos hombres del pueblo. Rufino, comerciante de telas y de cualquier cosa que se necesitara, desde puntillas de hilo hasta azadones, era el dueño del único establecimiento del pueblo: «Casa Rufino e hijo desde 1890», y la señorita Monte le daba cierta prestancia al comercio de Rufino hijo. Isabel se casó con el mayor de los Picardos, cuatro hermanos que vivían con su padre, viudo de doña Esperanza, en un pueblo a veintiún kilómetros. Al igual que su padre, este era agricultor en la finca familiar y no desentonaba lo más mínimo con Isabel en cuanto a coeficiente inferior a la media se refiere.

Rosario, por inevitable proximidad, visitaba de manera esporádica a Rufino y su hermana y los veía en el establecimiento. Con Isabel, la bendita lejanía, aunque solo fuera de veintiún kilómetros, le dispensaba de mantener relación alguna. Don Paco, que conocía sobradamente a la familia de su consuegro don Rosendo Berruguete, decía con sorna y a cada oportunidad que se

presentaba que su hijo Gonzalo («el mayor de don Paco», como así se le llamaba en el pueblo) se había casado con la más inteligente de las hijas de don Rosendo. Era relativamente fácil, conociendo a sus dos hermanas.

Capítulo 5

Y después del Santo Rosario...

—Fuman, beben coñac y despellejan al primero o a la primera que se les ponga a tiro. Seguro que hoy eres el centro de la conversación. Querrán que tu marido les cuente sobre ti y tu familia. Más adelante ya tendrán tiempo de despotricar lo que les venga en gana. No creas que vas a librarte en algún momento. Es cuestión de tiempo. Son arrogantes y duchos, todos ellos, en sacar defectos a los demás... No te fíes ni un pelo del viejo —le advirtió Rosario a Antonia casi en susurros—, te podrá parecer amable y educado, pequeño e inofensivo... ¡Es igual que una víbora! Pequeña también, pero muy venenosa.

Rosario le hablaba sin disimular el rencor que escupía con cada palabra que pronunciaba. Su desdeño era patente. Antonia, visiblemente contrariada, aparentaba prestar mayor atención a los nardos que rodeaban la fuente que a las palabras de Rosario. Había aceptado la propuesta de dar un paseo por el jardín de la casa mientras los hombres continuaban con la tertulia. Ambas se sentaron en un pequeño banco de piedra, bajo una parra sin uvas que ofrecía una codiciada sombra. Antonia la escuchaba en silencio; no sabía qué decir ni cómo evitar el seguir escuchando las críticas, cada vez más atrevidas, que salpicaban a toda la familia.

—¿Tiene más sobrinos nuestro suegro? —se le ocurrió preguntar.

—Muchos. El viejo tiene muchos. Eran siete hermanos, contando con él. Cinco varones y dos hembras. Cándida, la que murió de gripe, es la madre de Pedro, el gañán, y de Francisco, el enclenque, que yo pienso que es mariquita. Bueno, en realidad lo

piensa todo el pueblo, ¿o no te lo parece a ti también?

Rosario no dio margen a respuesta ni pausa alguna.

—Y la otra hermana, tía Adela, es la viuda que vive en el pueblo y apenas sale a la calle, salvo para ir a misa todos los días y visitar al párroco. Menudo tejemaneje tiene el párroco, don Julián, con la tía Adela. De dinero me refiero, que ella no está para otra cosa, ya la conocerás. Todos en la familia aseguran que don Julián, al poco tiempo de llegar a la parroquia, la convenció para que se uniera a la causa. Vamos, que se hizo de la Obra, como ellos llaman a su secta. Donativos a manos llenas es lo que recibe el cura de esta mujer. Está convencida de que puede comprar su salvación con dinero. Pero, eso sí, con el servicio es rácana y miserable. O al menos más que la media. Se cree que con un plato de comida y un colchón de paja donde dormir ya les paga, créeme. Enviudó a los pocos meses de casarse. Su marido, que era tratante de ganado y no estaba bien visto por nadie de la familia, falleció de un infarto. O al menos eso dicen. Yo creo que cuando conoció a su mujer en la intimidad no lo pudo resistir y se le paró el corazón para siempre. No se le ocurrió otra cosa mejor que morirse.

Esa última frase Rosario la pronunció con una sonrisa punzante.

—Adela había quedado encinta el primer mes de matrimonio. Fue algo muy rápido y bien aprovechado, decían todos en el pueblo. El que más y el que menos contaba los meses y los días que transcurrían, esperando que el parto mostrara si doña Adela se había embarazado cuando Dios manda o su incipiente barriga había sido fruto del pecado. Con dos palmos de narices quedaron todos cuando una mañana cualquiera del tercer mes de gestación, contados desde que se casaron, doña Adela se mostró delgada y sin barriga. Un día se señaló y abortó irremediablemente. La asistió mi padre, quien no escatimó en dar profusas explicaciones a todo aquel que se acercaba a su consulta. Existía un gran riesgo para la madre, decía, de continuar el embarazo. Eso, y que la muerte prematura de su esposo había impactado en su organismo, afectando a la pobre criatura. No es porque sea mi padre, pero es un gran médico, que estudió en la mejor Facultad de Medicina de

España, en Cádiz. Ya lo conocerás.

—¿Siguen vivos los tres hermanos restantes, además de don Paco? —preguntó entonces Antonia.

—Solo uno, Nicolás, que están casado con la boticaria. Tienen tres hijos, un varón y dos mujeres. Nicolás ayudó económicamente a su mujer a montar la farmacia en el pueblo y se asoció con ella, además de en el negocio, en la cama. No da ni golpe, como la mayoría. La que trabaja y lleva las cuentas es ella. Todos sabemos que el dinero se lo prestó el viejo a su hermano. Las dos hijas, Candela y Rocío, estudiaron Farmacia en Sevilla; una de ellas acabó la carrera, la otra no. Su hijo, Nicolás, se parece mucho al padre... en cuanto a vago, quiero decir, no solo en nombre. El más joven y ladino de los Pizarro, es el sobrino predilecto del viejo don Paco. Debe ser por eso. Acabó Veterinaria, como su primo Pedro. De hecho, sigue su misma senda, pero en inteligente. Es un sacacuartos compulsivo y un jodón incorregible. Ya lo conocerás.

Antonia asintió mientras Rosario proseguía:

—Es un adulador tan simpático como superficial. En la familia se cuentan de él varias anécdotas. La mejor fue de su reciente época de estudiante. Cuando ya tenía agotadas todas las vías a su alcance para conseguir dinero, que invertía en sus juergas y caprichos, se inventó una excusa..., claro que hay que tener en cuenta lo lelo y tarado que es su padre. En fin, al muchacho, que en la primera quincena del mes se había gastado hasta el último céntimo de la asignación, se le ocurrió decir que el decano había pedido colaboración a los alumnos de Veterinaria para pintar la fachada de la Facultad, que estaba muy deteriorada. La administración no había podido librar recursos económicos y por ese motivo solicitaba una pequeña aportación de cada alumno. Bastaba con unas doscientas pesetas por cabeza. Además, añadió para completar la historia y que pareciera lo más convincente posible, serían los propios alumnos los que llevarían a cabo la operación de pintado. Lo harían durante un fin de semana para no perder clases. De esta forma, aseguraba el muchacho, el coste sería inferior. Y coló. Doscientas pesetas que le sirvieron para sobrellevar la segunda quincena del mes.

—Vaya... —susurró Antonia.

—También estaba don Ladislao, el segundo de los Pizarro, un gran hombre muy querido por todos. Se rumoreó en el pueblo que fue una desgracia que muriera de tuberculosis y que la guadaña no se hubiera ensañado con su hermano mayor, don Paco, la maldad en un tomo, como así le llamaban... y le llaman a escondidas. De ese hermano fallecido don Paco tiene cuatro sobrinos. La madre de ellos, doña Encarna, aún vive a duras penas. Siempre está enferma, si no es por una cosa lo es por otra. Lo cierto es que es la más visitada de la familia por el médico... Ya sabes, mi padre, don Rosendo.

—¿Y están casados los hijos de Ladislao? Tendrán su propia familia... —inquirió Antonia.

—Tres de ellos, sí. El pequeño aún no, y eso que ya tiene treinta y dos años... No creas que... En fin, te diré que entre este que está soltero, Juan se llama, y el otro primo por parte de Cándida, Francisco, ya sabes, el hermano de Pedro, existe una extraña relación. Se llevan muy bien. Demasiado, se dice por ahí.

—¿Qué quieres decir, Rosario? No entiendo que llevarse bien sea malo...

—Lo de llevarse bien es una manera de hablar, querida. Lo que quiero decir es que un tufillo los envuelve. Para mí que hay algo entre ellos más allá, ¿me entiendes? —aclaró al tiempo que frotaba los dedos índices de sus manos.

—Es muy grave lo que dices...

—No es grave, querida. Y no solo son fabulaciones mías, en el pueblo todos lo saben. En cualquier caso, es la vida. Solo eso. Además, son los primos que mejor me caen. Aunque solo sea porque son diferentes al resto.

La mirada contrariada de Antonia hizo que Rosario retomase la conversación con reticencia.

—Como te decía, los hijos de Ladislao siempre han estado alrededor del viejo y de su madre. Todos ellos. Los dominan el fanatismo familiar y los negocios. A todos, menos a Juan. Es extraño que hoy no hayan venido a la comida, ni siquiera uno de ellos en representación. Seguro que Encarna, su madre, ha pillado

otra enfermedad o recaído de nuevo en la anterior... ¡Dios! —exclamó—, es que hasta creo que lo que pretende es que sus hijos no se separen de ella. Desde que murió su marido ha ejercido una autoridad y una influencia desmesurada sobre todos ellos, enfermiza, como es. Cuando comenzaron a casarse, pienso que se sentiría abandonada o desatendida de una u otra manera y comenzaron a surgir las enfermedades como por ensalmo, con el único objetivo de llamar la atención de sus hijos. Artrosis, artritis, mareos, vértigos, ansiedad, migrañas, dolor de cervicales, depresión... En fin, todo aquello que no termina de matarte, pero que acaba con los que te rodean. Enfermedades, lo que se dice enfermedades de verdad, creo que no tiene; al menos eso dice mi padre, pero fincas sí que tiene. ¡Menudo capital en tierras, hija única que era! De ellas viven todos, la madre y los hijos... Aquí también echó un cable el viejo don Paco después de la guerra. Soltó muchas pesetas para recuperarlas, esquilmadas que estaban. También se ocupó de la educación de sus sobrinos cuando su hermano Ladislao murió. Algo recibió a cambio, seguro. Ese no da palos de ciego. Todos respetan al viejo... y le temen. Yo también, a ratos, solo que no le respeto. Temo su mala baba —sentenció sin rubor.

La tarde avanzaba abriéndose paso entre los calores, dejando entrever una tímida brisa que reconfortaba a ratos. Los olivos recortaban el cielo a lo lejos. Antonia procuraba serpentear la conversación, haciendo un esfuerzo para evitar la beligerancia que mostraba Rosario. Tras un breve silencio, preguntó:

—Y sus mujeres, las mujeres de los tres hijos casados de Ladislao, ¿cómo lo llevan?

—¿Sus mujeres? —prosiguió Rosario, elevando por un momento el tono de voz—. Las mujeres no pintan nada, excepto para lo que pintan... Bueno, pintamos —musitó casi en susurros.

—Imagino que serán comprensivas con la situación delicada de su suegra y la posición de sus hijos... —justificó Antonia.

—Ya te enterarás, querida, y me darás la razón. Aquí, en la familia, las mujeres no pintamos nada de nada. Las de apellido Pizarro quizá un poco más, pero solo un poco... Ni voz ni voto. Si

no andas espabilada, te dejan sin propiedades, porque sin voz ya te dejaron. ¿Conoces el fuero del pueblo?

—Sí —asintió Antonia—. Alfonso renunció a él antes de contraer matrimonio.

—Bueno, al menos no te lo ocultaron. Como te decía, doña Encarna era hija única de un hombre muy rico de Zafra. Un patán que se hizo de oro con el estraperlo antes y durante la guerra. Compró muchas tierras y robó otras tantas, quedándoselas como garantía de los usureros préstamos que daba..., como otros muchos que hicieron fortuna. Pequeñas parcelas otorgadas como avales que acabaron formando un imperio. La niña casó con el hermano del viejo, con el segundo de los Pizarro, ni más ni menos. Fue una boda de conveniencia. Un patán rico es muy parecido a un noble pobre. A cada uno le sobra y le falta algo. Al padre de don Paco, don Pacorro, le sobraba el acervo, y al patán de su consuegro el dinero. Cada cual anhelaba lo que tenía de menos o lo que más codiciaba. El rico no se sacia nunca, siempre hay otra fortuna superior que ambicionar. Mucha gente aseguraba que la pareja se casó por amor. Por amor al interés, creo yo. Y ello a pesar de que, como te dije, Ladislao gozaba del afecto de mucha gente por su carácter templado y respetuoso. Una pena que falleciera él y no el viejo. Porque los dos hermanos enfermaron de tuberculosis, ¿sabes? —le susurró al oído—, pero mira qué fatalidad, murió el bueno y se nos quedó el malo.

Antonia se alejó ruborizada ante semejante sentencia.

—¿Por qué me miras así? Es cierto lo que te digo.

En ese momento Alfonso apareció por el sombrajo de la parra. Al parecer, la tertulia de los hombres había concluido.

—Nos vamos a casa —anunció mientras sonreía—. Nos despedimos. El primo Dionisio se ha ofrecido a acercarnos en su coche...

—Prefiero caminar un rato —interrumpió Antonia—. El sol se está ocultando y la brisa es prometedora... ¿Cuánto tardaremos en llegar?

—Casi una hora, seguro. El paseo es muy agradable, sin calor, claro —aseguró Rosario, al tiempo que se acercaba al oído de

Antonia, susurrándole—: me queda el otro hermano, Antonio, el pequeño. La vergüenza de la familia. Ya te contaré.

La afilada mirada de Rosario y un brillo en los ojos que Antonia ya identificaba, le anunciaban que pronto iba a descubrirle algo escabroso.

Tras la profusa despedida emprendieron la marcha por la pista de tierra, marcada por las rodaduras de carretas y vehículos. La tierra seca mostraba las grietas mientras los grillos y las cigarras despertaban en la tarde, iniciando su monótono concierto. Amenazantes nubes en la lejanía auguraban algún frescor. Una culebra, enrollada en mitad del camino, parecía dormitar al abrigo de las sombras, que comenzaban a dominar el paisaje. Se escurrió veloz entre los matorrales que flanqueaban el camino al advertir la extraña presencia de unos pasos.

Antonia volvió su mirada a la casa, que habían dejado atrás hacía escasos minutos. Sus contornos se dibujaban en un lienzo cada vez más oscuro. La torre de la capilla sobresalía de entre las sombras, imponente, retadora y envuelta en misterio, como la visión de un poderoso duende que abraza la noche y se apodera de ella. La miró sobrecogida y recordó el profundo olor a nardos.

Capítulo 6

Doña Adela, la viuda beata

Si fuera posible describir con una sola palabra la casa de doña Adela, esta sería *mausoleo*. Ubicada en el centro del pueblo, la enorme puerta de entrada anunciaba sin duda lo que escondía en su interior. Un zaguán destartalado albergaba en el centro a una mujer diminuta e inquietante que, de pie, vestía de negro hasta el alma. A su lado se encontraba otra mujer, fámula de la casa, mayor también y enfundada en ropajes de una discreta gama de grises.

Una áspera y bronca voz, que parecía no querer abandonar aquel cuerpo, dispensó un saludo tanto a Antonia como a Alfonso, que acompañó de una sonrisa serena.

—Buenos días, querida. Bienvenida a la familia. Me hubiera complacido mucho haberos acompañado ayer, durante la comida en La Torre, pero me fue imposible. Cumplir con los santos oficios es una obligación por encima de cualquier otra cosa. Son nuestra garantía de sobrevivir a la muerte, ¿verdad?

—Por supuesto. Ya tendremos tiempo de conocernos. Quería saludarla. Alfonso me ha hablado mucho de usted...

La enlutada mujer se giró, dándoles la espalda, y comenzó a caminar por la casa al tiempo que la sirvienta abría las puertas de cada estancia a su paso. Alfonso lanzó a su mujer una pregunta con la mirada, arqueando una ceja y con labios fruncidos: «¿Cuándo te he hablado de la tía Adela?». Los dos se entendieron con una disimulada mueca.

—Vamos al saloncito —decretó la viuda.

El silencio se rompía con el crujir de los goznes. El zaguán daba a un interminable pasillo que iluminaba a medias una galería

situada en el fondo. Tras ella se intuía un patio interior. La casa olía a viejo y a petróleo. A lo largo del pasillo, una hilera de puertas cerradas a cada lado parecía montar guardia.

Llegaron a un pequeño recinto de iluminación mortecina situado junto al dormitorio de la mujer; desde allí, Antonia pudo apreciar el espacioso habitáculo, que albergaba muebles de caoba, y sobre cuyo cabecero de la cama se erigía un baldaquín como único adorno.

—Pensé que os apetecería una limonada. Esta es una tierra extrema, de calores y de fríos...

Un sofá, dos sillas medallón y una pequeña mesilla auxiliar Luis XV ocupaban la estancia. La sirvienta se alejó tras llenar los tres vasos con el bebestible.

—Sí. El calor es insoportable —asintió Antonia—, pero estas casas son como neveras. Da pereza salir de ellas y regresar a la calle...

—Tía Adela —interrumpió Alfonso—, deberías mostrarle a mi mujer la capilla. Creo que merece la pena.

—Sí, querido. Vamos a esperar al párroco don Julián. Lo he invitado para que se conocieran él y tu mujer. Estará al llegar. ¿Estás embarazada, querida?

La pregunta irrumpió en la conversación, sorprendiendo a Antonia.

—No, creo que no. Es pronto aún... —musitó.

—¿Pronto?

—Sí. Llevamos muy poco de casados..., a eso me refiero —se justificó, fijando por un instante su mirada en Alfonso.

—Para pecar nunca es pronto ni tarde —sentenció la mujer con voz inquisidora y mirada condenatoria—. No debéis vivir en pecado, y evitar el embarazo es pecar...

—No estamos impidiendo nada, si a eso se refiere... Tan solo que...

La puerta se abrió, dando paso a una figura cubierta con una sotana negra. Don Julián era un joven sacerdote de pelo engominado y sonrisa impostada. Hacía tres años que había sido trasladado al pueblo como párroco. Muchos aseguraban que era del

Opus Dei, y todo apuntaba a que así era. Las continuas referencias a la meditación de *Camino* y a monseñor Escrivá de Balaguer, así como su animadversión a las mujeres (a las más jóvenes), acreditaban el rumor. Francisco, el primo matemático de Alfonso, aseguraba que el cura era misógino, aunque solo lo fuera por vocación. El hecho de que hubiese sido ordenado sacerdote por el Padre en el seno del Opus Dei era un detalle que despejaba cualquier duda. Doña Adela lo consideraba como si fuera parte de su patrimonio y el cura se dejaba adular, complacido. Los cuantiosos donativos y dádivas compensaban de sobra la sumisión.

—Ave María Purísima y buenos días nos dé Dios —saludó con amplia sonrisa, mientras alargaba su mano—. Es un placer conocer a un nuevo miembro de esta familia.

Antonia le besó la mano y el sacerdote tomó asiento en la silla de medallón que quedaba vacía junto a doña Adela, a quien se acercó y susurró:

—*Pax*.

—*In aeternum* —musitó la mujer.

De inmediato el clérigo se dirigió a los visitantes.

—Ya me ha dicho doña Adela que lleváis muy poco de casados y muy poco también en Camino de Piedras. Os gustará el pueblo y sus gentes. Bueno, Alfonso es de aquí, qué le voy a decir a él que no sepa. Seguro que ya lo sabéis, pero es justo reconocerlo. Esta parroquia tiene la gran suerte de tener una feligresa excepcional, como es vuestra tía —aseguró, dirigiéndose a la dueña de la casa, que permanecía imperturbable—. Doña Adela es gran devota de la patrona, la Virgen del Monte, y sus obras de caridad le garantizan un lugar muy singular, allá arriba —afirmó, señalando al techo con la mano—, reservado para su alma.

—Vamos, vamos, don Julián, no exagere usted. Hago lo que cualquier otra haría. Ni más ni menos. Ande, acompáñenos, que mis sobrinos desean ver la capilla...

—Encantado. Os gustará, aunque creo que no está terminada ¿o sí, doña Adela?

—No. Aún queda el montaje de parte del retablo —apostilló la mujer—. Espero y deseo que esté acabada a finales del otoño y

cuento con usted para la bendición del recinto y la celebración de la Santa Misa. La primera en esta casa.

—Y no será la última —afirmó el sacerdote—. Sabe usted que tiene en mí a un humilde e incondicional ministro de Dios.

En un salón de unos cincuenta metros cuadrados, las paredes se cubrían de lienzos oscuros que contenían figuras de santos y vírgenes. En el centro de la estancia había tres bancos de madera, capitaneados por un reclinatorio con apoyos tapizados en terciopelo rojo. Una luz cenital los alumbraba. Al fondo, un altar de madera tallada se apoyaba sobre un retablo barroco, bruñido con pan de oro, todavía sin acabar. En un rincón de la estancia descansaban cajas de madera cerradas y abiertas, en las que se entreveían trozos de madera policromada. El retablo se montaba al igual que un puzle, por piezas, que doña Adela había traído desde Italia. Le había costado una fortuna. «Nada comparable con la grandeza de Dios», justificaba ella su inversión.

Antonia quedó embelesada con la visión de la capilla.

—Es algo muy bello —afirmó don Julián— lo que vuestra tía hace por la Iglesia, desinteresadamente.

—Bueno, algo de interés sí que hay, ¿no, tía Adela? —decretó Alfonso con una sonrisa lobuna.

—¿Qué quieres decir, sobrino? ¿Qué interés puedo tener yo que no sea el de servir a la Iglesia? —intervino contrariada.

—Hombre, qué menos que ganarte el cielo, así como el que no quiere la cosa... A eso me refería, tía. Que haces méritos sobrados hasta para saltarte el purgatorio...

—Qué tonterías dices, hijo —aseveró la mujer.

La tarde transcurrió con una serie de peroratas religiosas protagonizadas, mano a mano, por doña Adela y don Julián, para continuar con una profusa hagiografía que evidenciaba, de una parte, el conocimiento profundo que ambos tenían sobre la materia, y de otra, el tedio que invadía sus vidas.

No había duda de que la piadosa pareja gozaba de gran complicidad, con el único objetivo de ganarse el cielo. Y cada cual al precio que fuera.

Capítulo 7

Consuelo y Ana, la costurera

La tarde prometía ser aburrida. Alfonso se marchó a casa de su padre, a la tertulia diaria. Antonia declinó la invitación a acompañarle ya que le resultaban aún más tediosas aquellas tardes que las que la soledad le podía procurar.

Consuelo permanecía de pie, frente al fregadero de la cocina. Antonia, sentada en un sillón de enea gastada, observaba cómo colocaba los platos en un escurridor de madera.

—Tus padres sirvieron en la casa de don Paco, me dijo Alfonso —afirmó Antonia.

—Sí, señorita. Mi padre es jornalero y hace de todo, desde arreglar el jardín hasta reparar tejas del *doblao*. Y mi madre también se apaña con todo lo que le mandan. Sobre todo, la colada de la casa. —Consuelo siguió con su tarea mientras hablaba—. Mis padres son buenos. Muy brutos, eso sí, pero buenos. Tengo cuatro hermanos. Conmigo somos cinco en la familia y yo la mayor de las mujeres, y *pa* dar de comer a tantas bocas, pues había que trabajar y mucho, señorita. Había que faenar muchas horas para un plato de comida. Y dando gracias a Dios. La primera colada la hice cuando cumplí diez años, en la casa de don Paco y doña María. Como mi estatura no llegaba a la pila, me subieron en un banco de madera. Así mis brazos llegaban a alcanzar la tabla de lavar. En aquella ocasión me hice sangre en las manos de tanto restregar. Era la primera vez. En cuanto me regañaron por manchar las ropas de los señoritos, ya procuré yo no sangrar. Y no sangraba..., al menos por las manos...

—¿Te encuentras bien aquí, con nosotros, en esta casa? —

inquirió Antonia.

—Muy bien, señorita, muy bien. Mis padres se han *librao* de una carga, de mí, y yo de ellos. Además, tengo una habitación para mí sola. En la casa de don Paco y doña María dormíamos todos en un cuarto. Los señores se portaron muy bien. Nos dieron una habitación que daba al corral. Éramos muchos, pero por lo menos en invierno no pasábamos frío. Los animales de la cuadra daban calor en las paredes. Nos acurrucábamos, comíamos garbanzos todos los días y así crecimos todos. Después de unos años, mis padres consiguieron un *casuco* a las afueras del pueblo y allí viven. Entre el huerto y algunos encargos de los señoritos se apañan *pa* vivir.

—Me alegro de que te encuentres bien aquí, con nosotros. Te enseñaron a cocinar y también planchas...

—Sí, señorita. Sé hacer todo lo de la casa. Lo de zurcir y coser no se me da bien. Me enseñaron, eso sí, pero no soy muy *apañá* con la aguja y el hilo.

—¿Tienes novio?

El silencio de unos segundos fue delator.

—Alguien me pretende por ahí..., pero no le hago mucho caso.

—¿No te gusta el pretendiente? ¿Es del pueblo?

—Sí, es de aquí, es un buen hombre. Pero no lo he *pensao* en serio. Él insiste en que nos hagamos novios... No sé —dudó ruborizada.

—¿Y tiene empleo?

—Trabaja en su huerto y en lo que pilla. Es albañil y aquí en el pueblo siempre hay algo que reparar, que si las tejas, los patios... Faena no le falta, señorita, la verdad.

—Bueno, ya decidirás. Eres aún muy joven... —aseguró Antonia.

Desde la cocina se escuchó crujir la puerta de la entrada, que se abrió dejando paso a alguien que saludaba en la distancia.

—Buenas tardes nos dé Dios. Con permiso de los señoritos...

Una voz cansada y temblorosa, acompañada de unos pasos lentos y arrastrados, se abría camino por el largo pasillo hacia la

cocina. Antonia miró interrogante a Consuelo por la inesperada visita...

—Es Ana, señorita, la costurera de la casa de don Paco, su suegro —le aclaró al instante—. Le pedí que me echara una mano con la costura de las cortinas... Ya le dije que no me doy maña con esto de la aguja y el hilo. La mujer todavía da puntadas para toda la familia.

Ana, la costurera, había ya cumplido los noventa años. Nacida en 1863, de joven había sido la niñera de don Paco y de sus hermanos. Su cabeza ya no regía bien, al igual que su esfínter y su vejiga, que provocaban estragos a su paso. Consuelo le había preparado un café con leche y unas galletas maría.

A pesar de su patente demencia senil, Ana conservaba la habilidad de la costura. Con unas gafas de gruesos cristales y una lupa, cosía, zurcía y cortaba toda prenda que le ponían por delante. En ocasiones, la camisa no se podía vestir porque la pobre había cosido los puños, pero este hecho se daba poco. La buena costurera recordaba con admirable nitidez lo sucedido muchos años atrás y, sin embargo, lo más reciente lo olvidaba en segundos. Por ejemplo, Consuelo se cansó de repetirle en poco más de quince minutos que el nombre de la señorita de la casa era Antonia.

En la cocina, mientras sumergía una galleta en el tazón de café con leche que desaparecía a los dos segundos, Ana narró la historia del abuelo de don Paco, don Francisco Pizarro y Cárdenas, quien había ganado la finca de La Torre apostando al ajedrez. Había sido la abuela de la anciana, que también había servido en casa de los Pizarro, quien le había contado la muerte de aquel hombre.

—El señorito fue de los últimos amos de España. Tenía un esclavo negro. Era de por ahí, de muy lejos.

A la familia no le había resultado fácil averiguar el lugar de nacimiento del esclavo que Ana apuntaba: se refería a Nigeria.

—Negro como un tizón, decía mi abuela, pero bueno como un ángel. Diego el Negro no sabía que ya no podía ser esclavo, pero nadie le decía nada y él estaba acostumbrado a servir. Don Francisco, el médico, aseguraba que era un sirviente más, pero no.

Era un esclavo que trajo de Cuba. Claro que, si lo pensamos un poco, esclavos éramos todos los demás, aunque no fuésemos negros. El señorito era muy listo. Fue un médico muy reconocido que viajaba por el mundo, me contaba también mi abuela, que en gloria esté. Curar, lo que se dice curar, no sé si curaba, pero escribía mucho. Se pasaba horas y horas en su despacho, escribiendo libros y más libros de cosas de médicos. ¡Yo no sé cómo se pueden tener tantas cosas en la sesera! Contaban que tenía una obsesión con una enfermedad muy rara. Te morías, pero no estabas muerto de verdad. Te enterraban y a los pocos días resucitabas, como el Lázaro ese.

—Catalepsia, se llama —aclaró Antonia.

—¿Qué dice la señorita?

—Es un nombre muy raro, Ana —atajó Consuelo.

—Pues don Francisco no quería morirse si no era de verdad, me decía mi abuela. Muchos pensaban que había perdido la cordura y que no se fiaba de nadie de la familia, porque a su muerte dejaría una gran fortuna. En cambio, sí que se fiaba de Diego, su esclavo negro, aunque solo fuera porque ese sí que no heredaría ni una peseta del amo. A Nicasio, el enterrador, le encargó un ataúd con ventanillas a cada lado y unas rejillas metálicas. Eran para respirar, en el caso de que el señorito resucitara y tuviera que coger aire. Además, pidió poner una campanilla con un cordelito que se manejaba desde dentro de la caja para lo mismo. Si el señorito volvía a la vida, podía respirar y avisar con la campana. Solo faltaba que dentro del ataúd le metieran una bolsa con torreznos, por si pasaban los días sin ser rescatado y tuviera hambre, pero aquello era demasiado, que además olería mal y el señorito era *mu remilgao* y exquisito *pa* los olores.

Ana dio un buen trago a su taza.

—Con todo, el hombre no estaba muy seguro, y le hizo prometer a su esclavo que, cuando muriese, se enterraría con el amo. No en la misma caja, pero sí en la cripta de la familia. Dormiría junto al ataúd durante unos días. Seis días, le dijo el médico que tendría que permanecer a su lado, que con eso ya sería

suficiente para determinar si estaba o no muerto. Aquel pacto entre amo y esclavo era desconocido por la familia. Pero el servicio parecía saberlo y guardaba al respecto un silencio sepulcral, nunca mejor dicho. La cuestión —tomó aire—, fue que el esclavo juró cumplir con la encomienda y el señorito, en agradecimiento, prometió otorgar la libertad al negro si se atenía fielmente con el encargo. Don Francisco le aseguró que al séptimo día alguien, que no identificó, abriría la cripta y le concedería la libertad con la entrega de un documento en el supuesto de que, en efecto, la muerte fuera cierta. Si la providencia le hubiera premiado con la vida, él mismo le entregaría la carta de libertad.

Antonia permanecía en el sillón atenta a las palabras de Ana.

—El señorito murió como muere todo el mundo, tenga o no fortuna, con ilustres apellidos o sin ellos. Pálido y triste. Y fue enterrado en aquel ataúd con ventanillas y campana. Pasaron los días y los días, más allá del séptimo, y el silencio continuaba dominándolo todo. Pasaron las semanas y los meses y los años y el tiempo transcurrió para los Pizarro... y para el esclavo negro, del que jamás se supo nada más. Cuando seis años después se abrió la cripta para enterrar los restos de doña Montserrat, la esposa del médico, descubrieron que la pequeña campana reposaba en el suelo de piedra y que una mano de huesos sobresalía de una rejilla, rota a golpes.

Compungida, Antonia se llevó la mano al pecho.

—Después de una visión tan tenebrosa, se impuso el silencio en la familia. Solo el servicio murmuraba lo que pudo haber pasado, que Diego, el esclavo, había huido de la cripta en cuanto pudo sin cumplir su promesa porque no confiaba en que su amo diese cumplimiento con la suya. Decía mi abuela que ningún hombre es lo suficientemente bueno si mantiene a un ser humano como esclavo, aunque fuera negro. El señorito debió darle la libertad sin condiciones tiempo atrás, pero no lo hizo, y por eso Diego escapó de la esclavitud sin volver la vista atrás, porque su mirada no ocultaba los años de sometimiento indigno. Abandonó a don Francisco a su suerte, que no fue otra que resucitar y tener la mala pata de morir dos veces. Como si no fuera bastante con una.

Pobre hombre...

Con un último trago, la costurera hizo una pausa y acabó el contenido de su taza.

—Lo que nunca se supo fue cómo logró escapar el esclavo de la cripta. Dicen que Diego se escondió en ella la noche antes del enterramiento de su amo y, una vez allí depositado el ataúd, tanto la puerta de madera como la reja de barrotes de hierro se cerraron con llave, permaneciendo así hasta el entierro de doña Montserrat. ¡Ay, señorita Antonia! —exclamó Ana—. ¡Cuántas cosas pasaron en esta familia...! —balbuceó entonces la costurera, aliviando sus palabras con un largo suspiro.

Cuando la anciana se marchó, Consuelo murmuró para sí mientras doblaba las cortinas: «Ana querida, que escondes mucho más de lo que dices...».

Capítulo 8

La vergüenza de la familia

—Aquí en el pueblo todos lo saben y todos callan —le aseguraba Rosario—. El otro hermano del viejo, Antonio, el más pequeño, escapó y desapareció. Eso dijeron en la familia. La noticia la dio el mismo viejo envuelto en un amargo hedor, que no disimulaba una contenida alegría. La vergüenza de la familia se había esfumado y, con suerte, para siempre.

—¿Qué hizo el hombre para esa vergüenza de la que hablas? —se interesó Antonia.

—Nada. El pobrecillo no hizo nada, excepto nacer enano.

Se hizo un silencio que solo perturbó el crujir de la enea de los asientos de ambas.

—Enano y con una deformación muy visible en la cabeza. Una situación inasumible para la casta de los Pizarro, todos ellos perfectos, por la gracia de Dios —prosiguió Rosario en un tono jocoso—. Al pobre hombre lo ocultaron durante años. Vivió recluido en la casa y, cuando había visitas, lo confinaban a su habitación. A nadie de la casa se le permitía hablar de él. Antonio Pizarro y Pizarro, el Enano. El servicio de la casa era ciego y mudo, al menos en todo lo que la prudencia o el miedo pudieran acallar, pero en el pueblo se rumoreaba a diario sobre la vida del desdichado en aquella casa. Y así hasta que huyó al cumplir los treinta años. Ana, la costurera, que lleva sirviendo en la casa desde que tenía quince años, lo recuerda todo como si el tiempo no hubiera transcurrido, y ello a pesar de que don Paco dice que la mujer está perdiendo la cabeza.

Antonia asintió, dado que ya conocía a la vieja costurera de

primera mano.

—Sí. Es posible que la cabeza —incidió Rosario—, pero no la memoria. Es descendiente de una larga estirpe de sirvientas y entró a servir como interna en la casa de los abuelos, don Pacorro Pizarro Morales, también juez, y doña Juana Pizarro, prima hermana de su esposo. Después continuó al servicio del hijo mayor, don Paco, para acabar siendo la costurera de la familia cuando la edad no le permitía otros trajines de la casa. Fue ella quien cuidó de Antonio el Enano como si fuera hijo suyo. El pobrecillo no conoció a su madre porque, para su mayor desdicha, doña Juana murió dándole a luz en el parto.

Con una pausa, Rosario tomó aire y prosiguió:

—Durante años, los labios de la niñera se sellaron al murmullo. En cambio, cuando el Enano desapareció, comenzó a contar cosas; quizá fue la consternación que venció al forzado silencio. Decía que el hombrecillo se pasaba las horas escribiendo y ella misma le compraba las libretas y los lápices, que devoraba con avidez. Afirmaba que, a pesar de aquella vida confinada y condenada a la tristeza, el rostro velado del Enano reflejaba una serena expresión de resignación. Al parecer, la más cruel con él fue su hermana Adela, la viuda beata. Nació un par de años antes que él y jamás perdonó que «el monstruo» matara a su madre en el parto, y haberla privado de su cariño. Eso lo repetía constantemente y con infinita crueldad. También Ana, la costurera, cuenta que Adela lo vigilaba en la intimidad hasta límites insospechados. Fue a raíz de una inoportuna entrada a la habitación del muchacho cuando Adela, al escuchar desde el pasillo ruidos morbosos y a pesar de la penumbra, descubrió a su pequeño hermano dándose placer a sí mismo. Su mirada perdida se encontró con la de su hermana. Lo que siguió a aquel encontronazo fue una persecución sin límites ni cuartel, hasta tal punto que la enfermiza religiosidad de la mujer provocó la apostasía sin remisión del Enano.

Aunque el relato sonaba algo impostado y más allá de la realidad, aun así, Antonia prestaba atención.

—Un día, al abrigo de la medianoche, Antonio desapareció

sin dejar rastro alguno. Esa misma mañana, antes de la huida, se habían escuchado gritos descarnados y amenazas en la casa. Nadie supo con certeza qué fue lo que sucedió. Ana seguro que sí, pero a este respecto selló sus labios. Poco después, la boda de doña Adela se celebró sin más. Fue todo muy precipitado y fueron muchos los que sabían del regocijo de los Pizarro, que vieron cómo con la marcha del Enano se esfumaba su vergüenza con el anhelo de que fuera para siempre, como así fue. Tan solo la novia presentaba un rostro invadido por las sombras. Ni el blanco de su vestido logró vencer al oscuro de sus ojeras.

Antonia sintió curiosidad:

—¿Y de aquel pobre hombre no se supo nada más? ¿Murió...?

—¿Te refieres al Enano? Dicen que sí, que murió joven, a los pocos años de escapar, durante la Guerra Civil. Algunos aseguraban haber sido testigos, pero yo siempre he pensado que no era verdad, que fue un chisme premeditado de los Pizarro. Así lograron que los años de desaparición confirmaran su muerte, y mi padre certificó el fallecimiento. Además, él jamás consintió que se hablara del asunto en casa. Lo cierto fue que, muerto el perro, se acabó la rabia..., y uno menos para heredar. Para eso eran abogados, ¿no te parece?

—¿Y tú crees que sigue vivo, a pesar de todo y de la guerra? Un hombre así está más desvalido que los demás, más expuesto.

—Oh, no, querida. Al contrario, hasta se puede esconder con mayor facilidad..., lo digo por su tamaño. Si la guerra no se lo llevó, ahora tendría casi sesenta años. Y sí, yo creo que aún vive y con salud. Tengo mi propia teoría.

El rostro de asombro de Antonia reclamaba una explicación al convencimiento que mostraba Rosario, quien no dudó en desvelar su suposición.

—Yo escuché la historia que Ana, la costurera, confió un día a Dolores, la sirvienta de la casa de don Paco. Ellas no advirtieron que estaba cerca de la cocina y que me detuve junto a la puerta, intrigada por lo que narraba la costurera. La oí decir que, al finalizar la Guerra Civil, el señorito don Paco y don Rosendo salieron del pueblo y estuvieron fuera durante unos días. Cuando

regresaron, dijeron que habían localizado el cuerpo de Antonio Pizarro y trajeron consigo un coche con una caja, que aseguraban que contenía sus restos. En el más absoluto silencio y secreto familiar celebraron una misa en la capilla de La Torre y sepultaron los restos en la cripta de la familia. Tan solo Ana, la costurera, asistió. Y fue ella la que confesó que el ataúd no contenía cuerpo alguno, y que vio cómo don Paco introducía dos sacos de tierra para que, al menos, pesara.

Rosario tomó aire y asintió antes de añadir con seguridad:

—Nuestro suegro mintió y mi padre colaboró en la mentira, de eso estoy segura. Antonio Pizarro no ha muerto, o al menos su cadáver no está en la cripta.

—¿Y adónde quieres llegar con todo esto, Rosario? —preguntó Antonia intrigada—. ¿Quién puede garantizar que aún vive?

—A eso iba, y pensarás que estoy loca por lo que te diré —contestó de inmediato—. Escucha bien, querida. Hay un escritor que me apasiona y a quien leo y sigo. Te confieso que, desde el principio, fue como una incógnita permanente para mí, una interrogación en mi vida. ¿Has leído alguna obra de «El Más Grande»?

—No. Sé de quién hablas, aunque no he leído nada suyo. Pero ¿qué relación guarda con esa historia que cuentas?

—Sí, querida, dices bien. Es una historia, pero muy real y te diría que de terror —afirmó con rotundidad Rosario—. Verás, «El Más Grande» es un pseudónimo. He leído todas sus publicaciones, *Las alas rotas*, *Entre sombras* y *Una vida de ensueño*. Todas ellas tienen un denominador común: la búsqueda de la libertad. Y todas ellas están hiladas, aunque sean independientes, y siguen un orden cronológico. La siguiente se publicará dentro de cuatro meses, la editorial ha adelantado su título: *La venganza del Colibrí*.

Se produjo un silencio entre ambas mujeres, unos segundos de quietud que finalmente alteró Antonia.

—No me irás a decir que has pensado que el escritor pudiera ser...

—Sí. Lo he pensado, y mucho.

—Pero ¿es posible que estés convencida de que el Enano desaparecido, el hermano pequeño de nuestro suegro don Paco, sea precisamente el escritor que se oculta tras «El Más Grande»?

—No sé si convencida del todo, pero hay cosas, muchas cosas que o son coincidencias, o al menos aparentan serlo. Podría ser, ¿por qué no? Nadie ha logrado verle en persona. Se rumorea que ni siquiera la editorial lo conoce. La persona que lo representa asegura que el autor lo contrató y confirió poderes ante notario. Tan solo este hombre, que no se identifica públicamente, vio su cara. Sus datos personales se llevan bajo el más estricto secreto. Eso es lo que cuentan, y está todo ello envuelto en lo que acabará siendo una especie de leyenda que, por otra parte, impregna sus obras de un misterio que vende..., ¡y mucho!

—Ya, pero ¿cómo puede esconder sus apellidos, su origen? —susurró Antonia.

—Querida, ¡cuántas cosas se ocultaron tras la guerra! Incluso falsos certificados de defunción. ¡Cuántas vergüenzas, pecados inconfesables y traiciones! ¡Cuánta basura! Habrá cambiado su identidad. Lo que no podrá disimular jamás será su estatura —dijo certera mientras se levantaba del sillón—. Mañana te traeré una novela de este escritor, la primera de la trilogía, *Las alas rotas*. Léela, te gustará. Y ya me dirás...

Antonia vio cómo Rosario traspasaba el umbral de la puerta en la que, apostada, la esperaba Dolores, la sirvienta. Ambas mujeres enfilaron cuesta arriba, perdiéndose por la calleja, que comenzaba a cosechar las sombras de la tarde.

Capítulo 9

«El Más Grande»

Apuntaban las luces del alba con la promesa de una calurosa jornada. Desde la cocina se escuchaban los ruidos que provocaba Consuelo al ordenar los platos y vasos de la cena.

—Buenos días, señorita —la saludó con una amplia sonrisa.

—Buenos días, Consuelo —respondió Antonia—. Parece que hoy hará más calor que de costumbre...

—Eso parece, señorita, estoy sudando desde muy temprano... ¡Ah! La señorita Rosario madrugó mucho. Le trajo un libro. Lo dejé en el arcón de la entrada. Se lo acerco, si lo desea...

—No te preocupes. Ya voy yo.

En la cubierta del libro, sobre la figura de un sagitario de mármol blanco con alas rotas y caídas en el suelo, el título *Las alas rotas* sobresalía en un color rojo intenso. En el borde derecho inferior del libro, se leía el pseudónimo: «El Más Grande».

Lo abrió y una breve dedicatoria llenaba de emoción la página, casi vacía. *«A unas manos cálidas, que me acariciaban».* Pasó las páginas y leyó por encima un breve prólogo para, sentada en el zaguán, junto al arcón, comenzar a leer el primer capítulo.

UN PALACIO DE CRISTAL DESIERTO PARA MÍ

Desde muy pequeño deseé volar. Me imaginaba caminar y caminar sin rumbo, libre y alejado de aquellas familiares manos que no se ofrecieron a acompañarme. Soñé que soñaba que no estaba solo. Que mi mejor y más seguro compañero era yo mismo. La maldad me acechaba en cada esquina, en cada rincón de mi celda. La maldad también era yo. Me crearon así. Y cada día que pasaba sobre mi pesar,

incrementaba en mi mente el odio y la rabia del desconcierto, ese que golpeó mi cordura sin razón (o con su razón). Decidí que mis alas eran más fuertes que aquellas otras que me encadenaron a un sentimiento ajeno, sucio e innoble. También ella, con su temerosa y cobarde conciencia, colaboró en mi destrucción (en la de mi alma, porque mi cuerpo ya era un desecho). Me impuse a su moralidad, tan falsa como la imagen de Dios; la mía ya no albergaba rincón alguno del que presumir. La doblegué hasta lograr su amargo llanto, que no llegó a alcanzar ni de lejos lo que yo lloré durante años. Me impuse hasta retorcer su malicia entre gritos y jadeos y, al final, silencio, mientras yo me sumergía en la perenne penumbra de aquel palacio de cristal, desierto y construido sobre una tiránica moral.

Antonia cerró el libro. El olor a nardos y las palabras se entremezclaron en el desasosiego. Algo intrigante se escondía entre sus líneas, o quizá había sido Rosario quien había logrado despertar su curiosidad sobre el autor, al que ya imaginaba real y cercano. Meditó y se dijo que el más pequeño podía ser «El Más Grande». ¿Por qué no? Paradójica fantasía literaria o paradójica realidad. Continuó leyendo.

En el rincón más alejado y recóndito de mi alma, el odio anidaba, creciendo como un tumor. Solo yo podía extirparlo, pero me sentía débil para hacerlo, o quizá fue mi dolor el mal consejero que lo hacía crecer sin límites. Me hicieron sentir culpable de todo aquello que me rodeaba (pero sin culpa alguna que recordara mi conciencia). Mis sentimientos despertaban huérfanos. Solo yo me enfrentaba a ellos. Y solo también los desterraba, porque no podía sentir lo que los demás sentían. Me propuse crear la imagen de la madre que no tuve. Fue mi refugio durante años. Me acurrucaba entre sus cálidas manos imaginando que me acariciaban. Y lo sentía, porque se siente aquello que se desea y el deseo es lo único capaz de vencer a lo imposible. Destrozaron mis alas, pero no lograron doblegar mis deseos de volar. Nunca. Jamás lo consiguieron.

Ahora sí. Era el momento de dejar la lectura para otro día. Una lágrima se había posado sobre el papel y quedó prisionera entre las páginas del libro.

Capítulo 10

La comida del final del verano

Como de costumbre, casi toda la familia Pizarro aceptó la invitación. También el párroco don Julián, por expresa indicación del anfitrión. A mediodía se serviría una copa en el jardín, bajo la parra, donde se prepararon unas mesas con bebidas y algunos aperitivos (parte del banquete al que asistió brevemente don Rosendo, consuegro de don Paco). Más tarde, a las dos y media de la tarde, comerían en el comedor de estilo barroco que en tan solo tres ocasiones al año abría sus puertas: en Navidad, el día de la patrona del pueblo y, como en esta ocasión, para clausurar la temporada de verano. La programación era la habitual desde hacía años: aperitivos en el jardín, almuerzo en el comedor —siempre a la misma hora—, santo rosario, tertulia (de los varones), descanso del anfitrión y cena informal de nuevo en los jardines.

La comida la bendijo don Julián. Una bendición extensa y aburrida, según los más jóvenes, y que, como de costumbre, los mayores encontraron inspiradora y acertada (al menos en opinión de doña Adela). Rosario ocupaba un asiento junto a Antonia (no había resultado casual, las artimañas eran su fuerte).

—Querida —susurró Rosario al oído de Antonia mientras colocaba la servilleta en su regazo—, no sabes la de veces que he tenido que soportar a un idiota a mi lado. El año pasado soporté al primo Pedro durante toda la comida hablándome de sus antepasados. Conozco la vida de Francisco Pizarro, el conquistador, con mayor detalle que la de mi padre. Intenté cambiar de tema conduciéndole a la vida animal, que pensaba yo que siendo veterinario le agradaría, pero nada, hija. De animales no sabe nada

o no le interesa. Él, al Pizarro ese. Me dijo que había encargado una réplica reducida de la estatua de Trujillo, la del caballo, y que pretendía instalarla en el patio de su casa. Sorprendida le pregunté por el tamaño de la réplica, a lo que me contestó que no era nada pretenciosa, así como un metro de altura, sin pedestal. Después supe que su hermano Francisco, que vive con él en la misma hacienda, se negó en redondo a tal despropósito. Menos mal que el enclenque, al menos, quizá por eso de ser matemático, tiene algo más de sesera que el tocho de su hermano.

El mismo Francisco del que hablaba Rosario y su primo Juan se sentaron juntos en la mesa. Una mirada inquisidora del anfitrión determinó que decidieran separarse. Obvio resultó que la situación no pasó desapercibida para Rosario, que cotilleó al oído de Antonia:

—Lo siento, querida, pero no encuentro mejor palabra para el viejo. Es un malnacido.

La comida transcurrió con la normalidad propia de comidas como esa hasta que, en los postres, don Paco, de manera inusual, anunció que aplazaría el santo rosario y la tertulia para más tarde; necesitaba descansar, por lo que se excusó y se retiró alcanzadas las cuatro de la tarde.

En su ausencia, al rato, los familiares fueron ocupando el jardín y formando grupos.

—Es la primera vez que veo al viejo aplazar una tertulia con los suyos. Muy mal debe de encontrarse, aunque ya se sabe, bicho malo…

Rosario no disimuló una mueca de satisfacción al pronunciar las palabras mientras colocaba en su cabello unas flores silvestres.

—Parece que le ha sentado mal la comida… —justificó Antonia a su lado.

—O se habrá tragado un poco de su propio veneno… —replicó Rosario—. Toma, ponte estas flores en el cabello. Al menos el colorido nos hará olvidar el resto… y parecer felices.

Los hombres formaban grupos conversando entre ellos, y doña Adela, la viuda beata, se sentó junto a su cuñada doña María, frente a una mesa circular de piedra, en la que parecían discutir.

Don Julián, entonces, se acercó hasta donde estaban exhibiendo una amplia sonrisa.

—Vaya plasta de cura, ¿no te lo parece, Antonia? —le preguntó Rosario mientras observaba cómo el sacerdote iniciaba una animada charla con las dos mujeres para apaciguar las aguas —. Casi convierte la bendición de la mesa en el sermón de los panes y los peces. ¿Cómo se puede ser tan retórico y joven al mismo tiempo? Oye, perdona, que seguro que eres muy católica...

—Lo habitual —contestó Antonia, forzando una sonrisa—, mi familia lo es. Pero sí, reconozco que la bendición ha sido un poco excesiva.

—¿Solo un poco? Eres muy prudente, querida. Llegué a pensar que el venado terminaría frío en el plato. ¡Con el calor que hace! ¡A mí es que me resulta muy falso el clérigo! Esa permanente sonrisa me repele. Y no creas que cae bien a toda la familia. Le respetan, soportan y sonríen porque es a lo que les obligan sus conciencias manipuladas y, por supuesto, la Santa Madre Iglesia. La viuda es otra cosa. A Adela le cae bien todo el que lleve puesta una sotana negra. Suelta pesetas a manos llenas. Y el cura, feliz, por supuesto. Estos del Opus alardean de vivir una pobreza individual y silencian que disfrutan de una riqueza colectiva. Les encanta el dinero y el poder a partes iguales. Mira cómo sonríe. Seguro que por cada sonrisa le saca cien pesetas a la viuda. El hombre no disimula lo mal que le caigo. Es recíproco. Me apetece fumar —concluyó, acercándose un cigarrillo a los labios—, voy a charlar un poco con el resto de la familia y así evito críticas. Ahora vuelvo, querida.

La tarde cayó con una inusual premura, que marcaba la llegada próxima del otoño. Un tímido y prometedor frescor invitaba a continuar en el jardín tras un caluroso día. Antonia, incitada por la novedad, observaba los grupos familiares que se distribuían por el jardín charlando e intercambiándose entre ellos.

Minutos antes había compartido compañía con su suegra doña María y la tía Adela, al poco de que el párroco se hubiese integrado en el grupo que formaban Juan y Ladislao, los hijos de doña Encarna, la eterna enferma. Doña María decía sentirse cansada, la

artrosis que padecía la castigaba severamente día tras día.

—Gracias a Adela —aseguraba—, que me ayuda en todo y no deja que me mueva mientras ella está aquí. Siempre discutimos porque no quiero que trabaje tanto, pero, hija, es imposible. No puedo con ella —dijo mientras miraba a su cuñada, que balanceaba su rostro de lado a lado desaprobando el comentario.

—Dios hizo al hombre *ut operaretur*, que quiere decir «hecho para trabajar». Me lo dijo don Julián. También que el trabajo santifica —aseveró doña Adela, levantándose una vez más.

—Otra vez a la cocina —suspiró con resignación doña María —. Me pone al servicio en pie de guerra. Pero bueno, ¿qué puedo hacer? Es la única hermana viva de mi esposo y son como uña y carne. ¿Sabes una cosa, hija? A veces pienso que yo he sido una pieza necesaria, pero prescindible en cualquier momento. Cumplí mi papel, tuve dos hijos, di continuidad a los Pizarro y ya está. En cambio, no soy Pizarro. Tú tampoco lo eres. Tenlo siempre muy presente —sentenció tras un suspiro—. Lo siento, hija, pero un sorbo de vino dulce, tan solo uno, que me tomo tres veces al año, me dispara la lengua y la desvergüenza. Debe ser lo único que me permite desahogarme.

Doña María se levantó del banco de piedra, apoyando su mano en el brazo de Antonia.

—Estoy muy cansada, hija. Creo que subiré a descansar un rato... Necesito desentumecer los músculos de mis piernas. Los pocos que me quedan, al menos.

—¿Quiere que la acompañe? —se ofreció Antonia.

—No, gracias. No te preocupes por mí. Disfruta de la tarde y de la familia.

Antonia volvió al lugar que había abandonado durante unos segundos y continuó observando en soledad el resto del jardín. Le llamó la atención el rostro severo y taciturno del primo Ladislao. Apenas sonreía, y cuando se veía obligado a ello aparecía una mueca forzada que le resultaba vagamente familiar. Apenas hablaba con sus hermanos y parecía molestarle la intromisión en su círculo de cualquier otra persona. Tan solo intercambió palabras con su primo Dionisio, con quien mantuvo una acalorada

conversación durante largo rato, hasta que apareció Rosario para importunarlos a todas luces.

Por ningún rincón del jardín se encontraba a Nicolás padre (no se le veía desde la comida), pero fue en cambio Nicolás hijo el que se acercó y se sentó a su lado.

—Hola, prima Antonia. ¿Qué tal te va con la familia?

—Creo que bien. Es pronto aún, pero pienso que todo irá bien. O al menos eso espero.

—Seguro que sí. Es cuestión de acostumbrarse y... —se acercó al oído, encerrando sus labios cubiertos por la palma de su mano, y susurró— de llevarse bien con el tío Paco. Fundamental, prima. Es eso y sobrevives sin problemas.

—Ya. Pero yo quiero vivir, no sobrevivir. ¿Crees que será posible?

—Lo es, pero no olvides mi consejo. Yo me llevo muy bien con él y con frecuencia consigo lo que le pido.

—Con razón eres su sobrino preferido...

—Mi esfuerzo me costó, que nada es gratuito. El tío Paco me considera su confidente.

—¿Confidente? ¿De qué?

—De todo lo que se rumoree y escuche en el pueblo. Quiere estar al día.

—¿Un confidente no es un chivato?

—Es algo parecido, pero con claras diferencias. Por ejemplo, si le comento lo que se dice por el pueblo, eso no es chivatazo, tan solo actúo como amplificador de lo que todos dicen. Ahora bien, si me encomienda que vigile de cerca a mis dos primos, Juan y Francisco, y que le cuente sus andanzas, eso sí es chivatazo.

—¿Y cómo lo salvas?

—Contándole lo que me da la gana, pero con coherencia y seguro de lo que digo. Tengo sincronía con mis primos. También con el tío Paco, pero distinta.

Ambos hicieron una pausa con la mirada puesta en el más allá.

—Oye, prima, ¿sabes qué dice mi madre con frecuencia? —añadió Nicolás—. Dice que «cantarito nuevo siempre hace buen

agua», que quiere decir que, mientras lleves poco tiempo en la familia, todo te parecerá medio bien, aceptable. También tú a ella le pareces buen agua, como el cantarito. Después, el tiempo se ocupa de destapar la dura realidad. Así que aprovéchate de esa posición mientras puedas.

—Gracias, Nicolás, por tu charla y tu consejo. ¿Sabéis algo de mi suegro? ¿Continúa indispuesto?

—No lo sé. Hace un buen rato que subí para ver cómo se encontraba, pero la puerta de su dormitorio permanecía cerrada. Querrá que lo dejen tranquilo...

—Gracias —susurró, pero pronto añadió—: Tan solo una curiosidad. ¿Qué tal quedó el pintado de la fachada de la Facultad de Veterinaria?

—Quedó muy bien, prima. Gracias por tu interés —respondió Nicolás con una amplia y burlona sonrisa—. Muy bien, pero creo, y así se lo hice saber al rector, que sería conveniente una segunda mano...

Rosario estaba en lo cierto. Nicolás hijo era un auténtico cobista, simpático, ladino y embaucador.

Cansada de permanecer sentada en el jardín, Antonia decidió dar un breve paseo por los linderos de la finca. Le sorprendió ver la figura de un hombre que se perdía por entre los matorrales del exterior, próximo a la cerca.

Don Julián se despidió a las seis y media de la tarde; tenía que oficiar la misa de las ocho. Pedro, el diletante de los árboles genealógicos, se ofreció a acompañarlo hasta el pueblo. Antes de su marcha, Antonia observó que el sacerdote mantuvo una conversación con Juan en un rincón del jardín. Apreció cierta incomodidad en el párroco, incluso lo vio ruborizarse en algún momento. Juan le hablaba gesticulando y no pasó desapercibido cómo su primo Francisco los observaba en la distancia. Se despidió tomando la mano del cura, besándola, y don Julián se apresuró a retirarla. Escasos segundos después Francisco se acercó a su primo, conversaron unos minutos y volvieron a separarse.

Antonia miró el reloj de pulsera. Eran las 7:15 horas de la tarde. En ese instante Gonzalo, su cuñado, se acercó al grupo de los jóvenes, los de Nicolás. Allí estaba su mujer, Rosario, atenta a las palabras de algún sobrino. Se sobresaltó cuando sintió una mano inesperada que se apoyaba en su hombro. Sonrió al comprobar que se trataba de su esposo Alfonso, con quien observó, en la distancia, cómo Rosario comenzaba a gesticular mientras conversaba con los jóvenes y escuchaban sus risas.

El murmullo de la familia en los jardines se silenció cuando un desgarrador grito se dejó oír desde el piso de arriba de la casa. Apoyada en la pared, junto al umbral de la puerta principal, la sirvienta Dolores se cubría la boca con un pañuelo que asía su mano derecha, mientras que con su otra mano se agarraba al delantal, apretándolo con fuerza. Entre lágrimas y sollozos balbuceaba palabras envueltas en la desesperación.

—¡El señorito está muerto...! ¡Está muerto! ¡Dios santo! ¡Todo está lleno de sangre...!

Todos se agolparon en las escaleras para subirlas a la par apresuradamente. El primero en llegar fue Dionisio, seguido de Gonzalo y Alfonso, quien apoyó una mano en el hombro de la criada, intentando calmarla. Esta empujó la puerta entreabierta, dejando ver el interior del dormitorio. Su mirada se nubló con el oscuro y espeso tono rojo que cubría la colcha. Su respiración entrecortada anhelaba más aire del que su agitación le permitía. Detrás de ella, el resto de los sobrinos se agolparon. Todos lo vieron. Doña María, con pasos torpes, abandonó con premura su habitación al escuchar los gritos para acercarse. Alfonso detuvo a su madre antes de que pudiera ver el cuerpo ensangrentado y sin vida de su esposo.

El pecho y el abdomen de don Paco, que yacía en la cama, mostraban sin pudor los múltiples cortes que le cubrían. Uno de ellos, asestado en la cara, dejó al descubierto un pómulo desgarrado. Todo él estaba cubierto de sangre mientras sus ojos, abiertos y opacos, parecían implorar clemencia... o quizá tan solo era una mirada perdida por el dolor y el miedo antes de ver llegar el fin.

Tras el descubrimiento, los llantos y los desvanecimientos, las carreras de unos y otros, el griterío, la idas y venidas de gentes conocidas y extrañas se fueron sucediendo sin que nada ni nadie las pudiera contener. Tan solo el intento de guardar la compostura luchaba con escaso éxito en aquel enjambre de desconcierto.

La familia, dispersa por el jardín y el zaguán, palpitaba intranquila, a la espera de la autoridad judicial y de la policía. En pocas horas se concentraron el alcalde, la Guardia Civil y don Rosendo, el doctor. En un rincón de un pequeño recinto parecido a un recibidor, una mujer rezaba entre sollozos y lamentos el deceso de su hermano. Era Adela, la viuda, envuelta en un eterno luto que parecía presagiar lo sucedido.

Capítulo 11

Don Casto y su ayudante Guillermo

Don Casto Aneiros había sido trasladado a la provincia de Badajoz hacía tres años. La vacante de comisario de Primera de la Policía le aseguró el ascenso después de veinticinco años de servicio. Nacido en Mugardos, comarca de Ferrol, tras la organización de los servicios de policía de la II República, se integró en el Cuerpo General de Policía en 1941, a las órdenes de la dictadura. Tuvo suerte de pasar la criba, le había llegado a comentar en alguna ocasión a su joven ayudante Guillermo. La suerte y fortuna de ser hijo de un padre adicto a los golpistas y de una madre inteligente. Al padre le debía el haber pasado la preceptiva validación «porque el hijo no se parece mucho a don Casto padre», esgrimían los depuradores. Pero con su progenitor había «derecha» más que suficiente para parar un tren. «De sobra para los dos», afirmaba. De su madre había heredado el sentido común, que no era poco en aquellos tiempos.

Hasta aquel traslado, el policía había prestado sus servicios en A Coruña, en la Brigada de investigación criminal, cuyo cometido consistía en la investigación de crímenes, homicidios y delitos comunes. Su adaptación a Extremadura —después de tantos años de orvallo, ribeiro y lacón con grelos— no fue del todo fácil, si bien tanto su mujer Leonor como su único hijo determinaron ayudarle y hacerle la vida más llevadera, alejados de su *terriña*. *«Calquera terra é boa se che da pra comer»*, aseguraba su mujer, quien a duras penas resistía el calor del tórrido verano extremeño.

Don Casto era admirador de Sherlock Holmes. El ficticio inspector era su ídolo y lo emulaba casi sin proponérselo. Se sabía

de memoria las cuatro novelas publicadas, así como la mayoría de las colecciones de relatos del autor, Sir Arthur Conan Doyle. *El valle del terror*, la cuarta obra protagonizada por el carismático personaje, lo cautivó. Aunque la música, en general, no fuera nunca su fuerte (impensable tocar el violín), ni tampoco la cocaína, sí que intentó, con moderado éxito, adentrarse en el mundo de la apicultura durante algún tiempo. Además, practicó el boxeo durante años y portaba una generosa pipa con cazoleta de marfil que no encendió jamás. El hornillo permanecía indemne desde que se la regalaron y el humo le sentaba mal. Aseguraba, eso sí, que el objeto le ayudaba a reflexionar. Era su amuleto.

A su llegada al dormitorio —la escena del crimen—, este ya había sido precintado por orden judicial. El juez de instrucción de Zafra, amigo del difunto, había sido curiosamente quien había nombrado a don Paco juez de paz del pueblo muchos años atrás. La investigación policial determinaría el momento de levantar el precinto, una vez reconocida a fondo la estancia y recabadas las posibles pruebas.

Don Casto se acompañaba de su ayudante (su «segundo», como le llamaba en comisaría): el inspector Guillermo Buenavista, un prometedor y joven policía de alopecia prematura y destacado miembro del cuerpo de policía. Su peculiar apellido —y una natural ingenuidad— invitaban a la broma fácil de sus compañeros, quienes lo apodaban el Zorro.

Guillermo Buenavista era hijo de una conocida católica —y por ende respetable— familia de Cáceres. Su padre, cirujano, anhelaba que su único hijo, Guillermo, siguiera su estela como médico (lógica aspiración de cualquier progenitor que se precie). Pero no fue así. Guillermo esgrimía que la sangre le provocaba mareos y, en consecuencia, desmayos. Además, era hipocondríaco y los enfermos le provocaban miedo y pena, dos aditivos imprescindibles para acabar siendo un mal doctor.

Claro que su vocación por llegar a ser inspector de la policía en la Brigada de Investigación Criminal dejaba entrever contradicciones. Su padre, en uno de los múltiples intentos por convencerle, sostenía —no sin falta de razón— que los asesinados

con los que se tropezaría a lo largo de su vida profesional no emanaban tinta china del cuerpo, sino sangre. ¿Sentiría mareos y se desmayaría al ver un cuerpo destrozado, acuchillado, golpeado y sobre un charco de sangre? Guillermo le aseguraba que no era lo mismo. Como inspector de la policía, la sangre ya estaba allí; como médico, él la provocaría con un bisturí (plausible e indiscutible diferencia). En definitiva, el joven no estaba hecho para ello y cambió la bata por un uniforme y, más tarde, por una camisa blanca y una corbata. Para don Guillermo padre resultó gratificante que su hijo destacara en el cuerpo siendo tan joven. «Algo es algo.»

Frente al cadáver —cuyo levantamiento el juez no había autorizado hasta 24 horas después, decretando su autopsia—, el comisario Aneiros se acariciaba la barbilla sin apartar su mirada del aciago cuerpo inerte. Guillermo rompió el silencio.

—No se aprecian señales aparentes de robo ni nada que se le parezca, jefe. No hay cosa alguna revuelta ni desordenada... Todo semeja estar en un orden aceptable.

—Sí. Todo parece estar como dices, salvo ese cajón de la cómoda, ligeramente abierto y manchado de sangre en el borde. Por otra parte, no he pensado en ningún momento en el robo como móvil del crimen. ¿A quién se le ocurriría robar en un día como hoy?

—Si descarta el robo, ¿no le resulta algo extraño? Me refiero al cajón de la cómoda...

—Cualquier cosa que llame una mínima atención en la escena del crimen me parece, si no extraño, al menos para tener en cuenta. De diez observaciones, es muy posible que nueve no aporten nada determinante, pero seguro que una, al menos una, sí. Y esa puede ser la clave. ¿Por qué no? Veo claro que el agresor lo abrió una vez perpetrado el crimen. Analizaremos las huellas, pero es seguro que se cuidó de no dejarlas. Usaría guantes. Buscaba algo —concluyó convencido.

—No descartemos entonces que pudo tratarse de dinero —adujo el inspector de segunda.

—No lo descartamos. Ya comprobaremos si el pobre hombre

lo guardaba aquí, en la cómoda.

—De acuerdo, jefe. Si le parece bien, tomaré fotografías.

—Por supuesto, hijo. No pases nada por alto —asintió Casto mientras se inclinaba a observar algo del suelo, junto a la cama.

—¿Qué es? —se interesó Guillermo.

—Cenizas de un cigarrillo. ¿Fumaba este caballero? Todo parece indicar lo contrario; no hay cenicero en la mesilla, ni en ningún otro sitio de la habitación.

El joven inspector comenzó a retratar el cadáver mientras don Casto guardaba en una bolsita la ceniza como prueba.

—Son doce puñaladas en el pecho y una en el rostro, y al parecer todas ellas de una profundidad considerable —indicó mientras los *flashes* de la cámara fotográfica iluminaban la habitación al igual que relámpagos en una tormenta—. La autopsia lo confirmará, sin duda. Es probable que el asesino fuera un varón. Asestó cortes profundos y eso denota la fuerza propia de un hombre. ¿No le parece, comisario?

—Es posible, pero no seguro. La rabia contenida puede desencadenar una violencia desmesurada, créeme. Una mujer puede asestar cortes de enorme brutalidad si la mano que empuña el arma es guiada por la rabia. Hay que esperar a los resultados de la autopsia para conocer la profundidad y longitud de las heridas y determinar qué tipo de arma se utilizó y su tamaño.

En la muñeca izquierda del cadáver, un reloj aparecía manchado de sangre sobre el cristal roto de la esfera. Don Casto se acercó para extraerlo con lentitud gracias a unas pinzas. Lo observó durante unos instantes y lo introdujo en otra de sus bolsas.

—Es un Omega de oro —le indicó a su ayudante, acercándole la bolsa—. Para analizar. La correa es de oro y elástica. Eso ha facilitado la extracción sin apenas dificultad. Las manchas de sangre sobre el cristal dañado no dejan ver las agujas. Comunícalo al laboratorio y que no se despisten. Es importante, inspector. Aquí huele muy mal, ¿verdad? —concluyó arrugando la nariz.

Don Casto se asomó por la ventana entreabierta del dormitorio mientras se ajustaba las gafas, que se deslizaron con suavidad cuando miró hacia abajo. El dormitorio daba a un lateral

de la casa. Desde él se divisaba el olivar y la cripta. Perpendicular a la ventana, y esparcidos en el suelo, algunos trozos de cerámica y uralita llamaron su atención. Cerró la ventana.

—Hay que proteger el lugar de los hechos de contaminación. Observa la mirada del difunto —le requirió el comisario jefe a su ayudante, volviéndose hacia el interior de la habitación—, ¿qué ves en ella? ¿Qué te indica?

—No sé. Quizá... Bueno, no sé. —Guillermo meditó unos largos segundos antes de contestar—. Intentaba decir algo para no quedar en silencio, pero la verdad es que no me dice nada, excepto que no sé por qué algunos mueren con los ojos abiertos... ¿Pudo ser el miedo?

—Si te digo la verdad, y siendo sincero, a mí tampoco me inspira nada, joven. Hay quienes defienden que los que mueren con los ojos abiertos intentan decirnos algo; se resisten a que la oscuridad oculte una verdad que necesitan dar a conocer. Mueren intranquilos y a la espera de que alguien la descubra. El resto fallecen tranquilos, sin otra cosa que transmitir que su propia muerte. O al menos eso dicen.

—Nunca he escuchado esa teoría, jefe.

—Ni yo tampoco, joven. Me la acabo de inventar, pero si lo piensas resulta creíble, ¿no? —dijo esbozando una maliciosa sonrisa.

Aneiros se apoyó con suavidad en la cómoda. Sobre ella, muchas fotografías enmarcadas se iluminaban con pequeñas mechas que flotaban en vasos y recipientes llenos de aceite.

—Esto da miedo, jefe —indicó Guillermo mientras sus ojos brillaban a la luz de las llamas.

—Culto a los muertos. A mi madre también le gustaba esto de las fotografías y las velas. No olvides que somos gallegos... Algún día te contaré una historia sobre una imagen que me puso la piel de gallina. Pero será en otro momento.

—Encantado. Mire, jefe, sobre la cómoda parece que también dejaron cenizas de cigarrillo.

—Bien, recógelas en esta otra bolsita. No hay duda de que nuestro personaje es un fumador.

Introdujo un vaso de cristal, que reposaba sobre la mesilla de noche con un escaso resto de agua, también en una bolsa. Todas ellas se guardaban en una caja de cartón con un sello distintivo en su exterior: Policía – Investigación Criminal.

—Quiero huellas dactilares de muebles, puerta, alféizar de la ventana... De cualquier cosa, en especial del vaso —ordenó a su ayudante.

El comisario se acercó hasta la cómoda y observó que el interior del cajón entreabierto estaba lleno de papeles, carpetas y lo que parecían documentos y escrituras notariales. Lo abrió un poco más y, entre ellos, descubrió una pequeña caja de cartón abierta y vacía. La tapa estaba en el suelo, junto a la cómoda, manchada. La recogió e introdujo caja y tapa en otra bolsa.

—Toma, Guillermo. También para el laboratorio.

Don Casto recorrió de nuevo la habitación desde la puerta hasta el borde de la cama mientras observaba la gruesa alfombra que cubría el suelo de forma parcial. Se inclinó hasta tocar con suavidad la superficie.

—Aquí hay restos de tierra seca —susurró mientras su vista se posaba en el rostro opalino del cadáver que, desde su posición agachada, tenía a la altura de sus ojos. Le pareció que los del difunto estaban más cerrados y opacos, como los de un pez muerto de hacía varios días. O quizá fuera la perspectiva la que confundía su visión.

Bajo la cama, los zapatos descansaban pacientes, uno junto al otro, esperando a ser calzados de nuevo. El comisario agarró uno de ellos y lo observó con detenimiento.

—Las suelas son de cuero y lisas—sentenció, volviéndolo a dejar bajo la cama.

—¿Qué quiere decir? —se interesó su segundo.

—Que los restos de tierra en la alfombra no pueden ser de estos zapatos. Es más probable que se deban a un calzado con suela de goma, de cierto espesor y con surcos que facilitan que la tierra se incruste en ellos para desprenderse en cualquier otro momento. Sí, —afirmó para sí—, ese podría ser el calzado del agresor. Ya tenemos algo más: son zapatos de varón, no de mujer.

—De acuerdo, jefe, pero la tierra en la alfombra bien pudo ser de pisadas de otro día...

—En este caso, no. Imposible. Hablé con el servicio, en concreto con una mujer que parece ser la que manda en esto de la limpieza de la casa. Me confirmó que la habitación de don Paco se había limpiado por la mañana, muy temprano, como de costumbre, manteniéndose cerrada y sin utilizar hasta la hora en que la víctima decidió echarse un rato a descansar.

—Bien —sentenció el joven, entonces—, parece claro que el asesino, supuestamente varón, entró en la habitación cuando el desdichado estaba descansando. Esto quiere decir que sucedió las 4:30 de la tarde, o quizá un poco antes, y las 7:30 horas, momento en el que la criada descubrió el cuerpo sin vida. Ya tenemos algo.

—O no —replicó don Casto, que continuó sin titubeos ante la mueca de asombro de su ayudante—. Quiero decir, sí. Algo tenemos, pero eso no excluye de forma tajante que alguien hubiese podido entrar en la habitación a lo largo de la mañana, o que fuera el propio asesino quien lo hiciera en más de una ocasión durante el día... ¿Por qué no? Presumiblemente formaba parte de la familia, o era alguien de la casa, algo que proporciona cierta libertad para circular por ella. La mayoría de los invitados llegaron a las once de la mañana, más o menos. Cualquiera de ellos gozó de tiempo suficiente como para recorrer cualquier estancia de la casa, ¿no crees?

—Es posible, pero ¿qué intención los empujaba a entrar en un dormitorio vacío?

—No sé. La persona en sí buscaría algo. Habrá que averiguarlo. Lo que sí tengo claro es que alguien manchó la alfombra con tierra, y ese alguien no fue ni el difunto, ni una mujer con zapatos de tacón. De eso estoy seguro, hijo, como también de que alguien que fumaba estuvo aquí y no fue el anfitrión. Hacía veinte años que dejó el vicio por un enfisema pulmonar.

Guillermo levantó la cabeza para escuchar atento a don Casto.

—Padeció tuberculosis, de la que curó, pero le dejó unas secuelas comunes a casi todos quienes la padecieron: vergüenza de

que los demás lo supieran. Así es, reconocer que se ha sido tuberculoso no es fácil para la mayoría. Era como una lacra inconfesable. Lo sé porque la criada me confió este secreto de manera muy reservada. Fue la primera persona en descubrir el cadáver y la primera con quien mantuve una breve conversación. Más adelante la interrogaré como Dios manda..., la mujer conoce bien a la familia. Vamos a salir, anda.

Don Casto invitó al inspector a acompañarlo hacia la puerta, agarrándole con suavidad del brazo.

—¿Y ese pintalabios abierto sobre la mesilla de noche? —se preguntó en voz alta mientras se giraba para cerrar la puerta.

—Será de la señora. Está sobre su mesilla... —resolvió el joven inspector.

—¿Rojo intenso? ¿Te has fijado bien en doña María, la señora del difunto? Me dio la impresión de que su cuerpo no roza otro color que no sea el negro y que sus labios no conocen el carmín, al menos desde hace muchos años...

—Pues no sé, jefe. Lo llevamos al laboratorio también.

En su salida, pasearon por el exterior de la casa hasta llegar al lugar exacto donde se encontraba la ventana del dormitorio en el primer piso, escena del crimen. Don Casto miraba hacia arriba, escudriñando la ventana y sus aledaños. Una tupida enredadera cubría en parte el bajante del desagüe. Mientras observaba, le parecía relajante agarrar la cachimba y morder la boquilla con los dientes; a veces aspiraba, simulando fumar. Devolvió su mirada hacia el suelo bajo sus pies, se agachó e indicó a su ayudante con un movimiento de la mano que hiciera lo propio.

—Observa esto —le dijo mientras señalaba con su dedo índice una colilla en el suelo—, es posible que este fuera el cigarrillo del asesino. La colilla está casi intacta, se consumió en el suelo. Significa que quien la arrojó no apagó el cigarrillo aplastándolo con el pie, como haría cualquiera. El asesino pudo arrojar el cigarrillo desde la ventana casi sin consumir y este, encendido, se terminó de apagar. —Don Casto levantó la vista para dirigirse a Guillermo—. Seguro que piensas qué importancia tiene esta suposición. Además de no haber encontrado ninguna colilla dentro

del dormitorio, también es una manera de poder calcular el tiempo... hipotéticamente, por supuesto. Un cigarrillo nos puede indicar durante cuántos minutos una persona ocupa un espacio en concreto. Por lo general, un fumador invierte en un cigarrillo entre cinco y diez minutos. ¿Cuánto tiempo permaneció el asesino en la habitación? No olvidemos que lo arrojó sin consumir en su totalidad. ¿Acaso fueron dos minutos? ¿Quizá tres?

—También es posible que no lanzara ningún cigarrillo por la ventana... O que encendiera el cigarrillo una vez consumado el crimen, para relajarse —replicó el ayudante.

—Estoy de acuerdo, siempre que las prisas en desaparecer de la escena del crimen no fueran su mayor preocupación. Esto nos llevaría a pensar que se sentía muy seguro allí donde estaba. Además, si fumó y no arrojó la colilla por la ventana, ¿dónde la apagó? Ayúdame, hijo —prosiguió el comisario jefe mientras se levantaba—, recoge la colilla en otra bolsita de plástico, por favor, y también los trozos de cerámica y uralita. Disculpa que no te eche una mano, pero mis riñones recorrieron más años que los tuyos...

El joven ayudante recogió las muestras y se incorporó de inmediato, portando en la mano unas pinzas que sujetaban la colilla.

—Algo no cuadra, jefe —susurró al tiempo que sus ojos delataban el brillo de algún descubrimiento—. Observe esta zona del filtro: parece que hay restos tenues de pintalabios rojo. El asesino pudo no ser varón ni calzar zapatos de suelas gruesas ni tampoco ser un fumador empedernido. Pero sí una empedernida fumadora que calzaba zapatos de hombre... —concluyó mientras encogía sus hombros.

—Bien, bien —susurró contrariado don Casto, examinando los restos del cigarrillo—. No es sangre. Está limpio. Parece carmín rojo, luego el asesino o asesina fumó y arrojó el cigarrillo por la ventana antes de apuñalarle. Esto se complica, joven. También puede ser que este cigarrillo no guarde relación alguna con nuestro culpable.

—Eso mismo le dije hace unos minutos... —bufó Guillermo de camino al coche.

El comisario Aneiros y su ayudante subieron al vehículo y se alejaron de la casa en dirección a la comisaría de Badajoz, donde depositarían las pruebas del escenario para ser analizadas (era la única comisaría de la provincia con capacidad técnica suficiente para ello). Después volverían al pueblo para continuar con las pesquisas e iniciar los interrogatorios.

—Jefe, he recogido un par de cabellos de la almohada; estaban junto a la cabeza del cadáver —indicó el joven sin apartar su mirada de la carretera.

—Bien hecho, bien. A propósito, quería hacerte una pregunta.

—Usted dirá.

—¿Observaste con detenimiento el lecho donde reposaba el cadáver?

—No le entiendo, comisario. Sí, creo que sí. Además, hice fotografías, bastantes. ¿Qué quiere decir?

—¿No advertiste nada extraño o algo que llamara tu atención?

—No, creo que no, seguro. Intento recordar las imágenes y no recuerdo nada que...

—Bien, no te preocupes —interrumpió—, pero había algo llamativo en aquella cama y lo era porque precisamente aparecía como algo normal a simple vista.

—¿Qué vio, jefe? La curiosidad empieza a corroerme... —aseguró su ayudante quien, por un instante, apartó la mirada de la carretera.

—El cadáver yacía en el lado derecho de la cama y ocupaba apenas parte del centro. A su lado izquierdo se apreciaba un cierto hundimiento del colchón. Es lo que tienen los colchones de borra, que a pesar de estar muy apelmazados de relleno, siempre dejan huella.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que en algún momento alguien estuvo recostado junto al cadáver. Morboso, ¿verdad? O bien aún no era cadáver cuando lo hizo. ¿Fue el asesino...? Me inclino a pensar que sí, y eso me

produce un cierto desconcierto y, al mismo tiempo, la seguridad de saber que, quien fuera, era muy cercano al desdichado. Alguien que no dudó en hacer lo que hizo...

—O un demente, jefe. No sería el primer caso ni el último en el que el asesino se regocija contemplando su obra, muy de cerca, casi sintiendo el calor o el último aliento de su víctima...

—Es posible. Todo es posible en este mundo de locos y de pasiones ocultas, pero hay algo más. Si realmente fue el asesino quien se recostó, ¿por qué no había restos de tierra sobre la colcha de la cama, a la altura de los zapatos? ¿Significa eso que se descalzó antes? Si fue así, denota una conducta atrevida. Y por el contrario, si fue una mujer la asesina y se tumbó junto al cadáver, ¿quién dejó los restos de tierra sobre la alfombra? Tampoco se aprecian pisadas de tacones; es una alfombra de lana, muy tupida, y gruesa y un tacón deja huellas siempre, ¿no te parece?

—Sí, así es. También pudo descalzarse antes de pisar la alfombra. Más que nada por sigilo. Podría ser que no fuese la alfombra, ni tampoco recostarse con el calzado puesto, lo que más le preocupase, y sí evitar el ruido que provocan los tacones en estos suelos de tarimas de madera...

—Cierto —asintió don Casto—. Y ahora que lo pienso, el asesino o asesina se recostó junto al cadáver antes de apuñalarle. De lo contrario se hubiese manchado de sangre y delatado ante todos...

—Sea como fuere, quiero decir que antes o después mancharse de sangre era inevitable. Pero sí. Recostarse sobre un charco *a posteriori* hubiese sido mucho peor. Más evidente y visible para los demás —aseveró—. También pudo ser alguien del servicio quien, de inmediato, desapareciese en dirección a su habitación para poder cambiarse. Los dormitorios de las criadas están en la tercera planta y las escaleras justo al lado de la habitación del cadáver.

—Todo es probable y nada es del todo imposible, aunque algunas opciones lo son más que otras. Ya veremos...

Guillermo conducía de vuelta tras su paso por la comisaría de Badajoz. Mientras, la carretera y el paisaje se oscurecían por

momentos. Las luces del coche adivinaban las siluetas de los árboles que flanqueaban el camino. Tras el intercambio de pesquitas, el silencio había invadido de golpe el trayecto. Don Casto se despertó con su propio ronquido casi al término del viaje. A Guillermo todavía le quedaban unos kilómetros hasta Zafra.

—Bien, jefe. Hemos llegado.

—Ya me gustaría, ya. Mucho me temo que aún nos queda mucho camino que recorrer. Hasta mañana, Guillermo. Que descanses.

El comisario bajó del coche y acto seguido se asomó a la ventanilla.

—¿He roncado? —le preguntó desde fuera del vehículo.

—Un poco, jefe. Solo un poco. Vamos, lo normal.

—Ya, ya... Con razón te llaman el Zorro.

Capítulo 12

Don Casto y el cabo Miguel

El cabo de puesto, Miguel, el máximo responsable y comandante del cuartel de la Guardia Civil de Camino de Piedras —una población censada de dos mil paisanos y paisanas—, era un hombre rudo de formas y de fondo. Una espesa barba rasurada parecía teñir de color negro hasta sus mismísimos pómulos. El entrecejo también colaboraba lo suyo a este respecto. El tricornio, bien encajado, le estaba pequeño; parecía que en cualquier momento saltaría por los aires, como si se tratara de un tapón de una botella de champán que se agita. Sudaba como un guardia civil «rellenito» en pleno verano (para qué buscar otro símil).

—Señor comisario Aneiros —le dijo con solemnidad a don Casto—, de autoridad a autoridad, me alegró mucho que haya sido usted el designado para llevar el caso. Créame, y seguro estoy de que lo entenderá. Respiré aliviado al saberlo. Para mí fue como un desahogo. Sepa usted que llevo años aquí, en el pueblo, y los conozco a todos. Uno a uno. Y a los Pizarro ni le cuento. Son una familia muy importante, respetable y seria. Muy seria y muy de derechas, como Dios manda. ¿Cómo iba yo a interrogarlos? El difunto era el juez del pueblo, ¿lo sabía usted?

—Juez de paz, sí que lo sabía —respondió el comisario.

—¿A quién podría interrogar de la familia? Ninguno pudo ser el asesino. La familia está muy unida y todos giraban alrededor de don Paco. El tío Paco, como le llamaban todos ellos.

—Alguien tuvo que ser, ¿no le parece? Si no fue nadie de la familia, sería alguien del servicio, o quien estuviese por allí, por los alrededores... Pudo ser alguien del pueblo, pero ¿cómo logra entrar

en la casa sin ser visto? Es casi imposible, cabo —decretó don Casto—, usted lo sabe, ¿verdad?

—O alguien que no fuera del pueblo, que pasara por allí y se le ocurriera robar en una casa de tan buen porte... De gente rica, quiero decir.

—¿Con casi veinte personas merodeando por los alrededores, el servicio dando continuos paseos y un capataz vigilando? Mucha necesidad debía tener... Además, no se ha detectado ninguna falta. En apariencia, nada de valor se echa en falta, por lo que el robo queda descartado como móvil.

—Sí. Tiene usted razón. Es un auténtico misterio.

—Como todos. Un misterio que deja de serlo cuando se descubre la verdad; además, yo pienso que los misterios no existen. Hay móviles, intereses, ya sean económicos o sentimentales, como el odio o la envidia. Siempre hay un móvil que está ahí, invisible al principio y que poco a poco, o de forma súbita, sale a la luz y conduce al autor. Cada vez que sucede existe una razón por la que alguien es capaz de cometer una atrocidad. Causa, sujeto capaz y efecto. Y, por supuesto, víctima.

—O fue un loco, sin motivo —sugirió Miguel.

—La locura ya es un motivo en sí mismo —replicó el comisario.

Los ojos abiertos de par en par y la boca del cabo Miguel a medio cerrar mientras lo escuchaba delataban, o bien que atendía ensimismado a las explicaciones del comisario, o bien que no entendía ni una sola palabra de lo que este le decía. La rápida caída de párpados y el cerrar los labios al mismo tiempo, acompañado de un prolongado silencio, apuntaban a la segunda opción.

—Bueno, don Casto —dijo el cabo impulsándose del sillón con ambas manos, que apoyó en las rodillas—, es el turno del guardia Gómez. El mío ya ha terminado y me voy a casa, que está aquí mismo —le aclaró señalando una ventana que daba a un pequeño patio del cuartel—, yo estoy aquí para servir a la justicia y a usted. Lo que necesite y a cualquier hora.

—Si me permite una última pregunta de rápida respuesta, y

sin compromiso ni anotar nada de lo que usted me diga: si tuviera que señalar a alguien del pueblo como hipotético autor del crimen, ¿a quién apuntaría?

El guardia civil le lanzó una mirada que el comisario no supo descifrar. Las órbitas de los ojos recorrieron la habitación; parecía pensar. Retornó su mirada a la figura de don Casto y al fin logró sentenciar:

—Yo le señalaría a dos y anótelo, si así lo desea usted. A un rojo que odiaba a don Paco y a la familia Pizarro desde siempre, y mucho más después de lo que sucedió entre ambos, ¿sabe usted? Para mí que ese hombre, el Tuerto, es un resentido que no está muy bien de la cabeza. Y el otro... Bueno, yo desconfío mucho del capataz, Pepe. Si me pregunta por qué, no le sabría decir. Es como una intuición que tengo, ¿me entiende? —compartió pensativo mientras rascaba su barbilla rasposa—. Al rojo ese lo vamos a investigar, señor comisario, y ya le diré.

—Se lo agradezco mucho. Seguro que su intuición será de gran ayuda —se despidió el comisario, esforzándose en parecer convincente—. Volveremos a vernos.

Capítulo 13

El Torrezno

Frasco, el mesonero, era casi una institución en el pueblo en cuanto al gremio de cantineros y propietarios de bares se refiere. Su padre había abierto el Torrezno apenas recién cumplidos los cinco años de su hijo. Frasco se crio en él junto a su madre, Tomasa, que cocinaba tanto como hablaba (y era mucho, la verdad). Torreznos, orejas, tomates de la huerta, manitas de cerdo y ancas de rana eran la especialidad del mesón. Eso y un tinto de barrica que raspaba el gaznate más que el bolsillo. De todos era conocido que el Torrezno era el centro de la murmuración del pueblo. Los hombres se concentraban en el bar a determinadas horas del día, hablaban de lo que veían y escuchaban, añadiendo en cada ocasión opiniones y chismorreos.

Tomasa, como buena chafardera, escuchaba y transmitía la información a su círculo de amistades a vertiginosa velocidad. Eso sí, solía añadir algo más de su propia cosecha, exagerando la mayoría de las veces y colmando la narración con aquello de lo que su morbosa imaginación era muy capaz. Por la puerta de atrás de la cocina, que daba a una estrecha calleja, la mujer atendía sin especial esfuerzo los requerimientos de noticias y cotilleos de las vecinas que, en ratos de descanso de la cocinera, acudían a diario a verla con la esperanza de llenar sus aburridas cabezas de chascarrillos y murmuraciones. Cualquier noticia era bien recibida, sobre todo si servía para despellejar al prójimo.

En cierta ocasión, como en otras, fue Tomasa la encargada de difundir una noticia que originó un revuelo de críticas escandalosas en el pueblo y que tardó en desaparecer mucho

tiempo, hasta que otra novedad destacable desterró al olvido la anterior.

Había sido a propósito de cierta intoxicación que había afectado a un número considerable de paisanos, hecho que desató la tormenta. El origen fue una dosis desproporcionada de arsénico que contenía el vino tinto que se consumió en la localidad. Se trataba de una remesa de barricas en concreto la causante de aquel estropicio. Los motivos que originaron la alta concentración de arsénico en la bebida fueron insondables y, sin embargo, allí estaba. Pudo ser la cosecha de uvas que utilizó la bodega, o el filtrado del caldo lo que motivó una concentración muy elevada del veneno. Lo cierto fue que mientras aquel vino causó estragos mortales en el pueblo, Tomasa los causó con la ignominia.

Amén de ser consumido profusamente en el mesón, el vino se vendía en botellas, que los clientes se llevaban a sus domicilios. Muchos hombres fallecieron por envenenamiento, pero fueron más las mujeres que lo hicieron por la misma causa. Esta circunstancia fue más que suficiente como para poner en la pérfida boca de Tomasa el descubrimiento de que aquellas mujeres bebían en sus domicilios. Vamos, que desgracia aparte, la cocinera las tildó de borrachas sin ningún miramiento ni recato. Una a una desfilaron por las sectarias palabras de la chafardera, quien no se privó lo más mínimo de extender a los cuatro vientos por el pueblo la vida y milagros de aquellas vecinas que habían presumido de vergüenza y recato, y que, gracias al arsénico, se había podido descubrir qué tipo de mujeres eran en realidad.

«¡Solo Dios sabe qué otros vicios tenían!» Con esa lapidaria frase sellaba Tomasa la conversación. El desgraciado episodio dio para rato. Y aunque la aparición de cualquier otro chisme podía acaparar la atención de las correveidiles para enterrar el anterior en el olvido, nada desaparecía del todo, y siempre quedaba un rescoldo que se heredaba de padres a hijos, sobre todo un hecho vergonzante como aquel que estigmatizaba a familias durante generaciones. Un mal recuerdo que los tendenciosos lograban hacer imborrable.

Aquel mediodía, el espacio del Torrezno, colmado de mesas

pequeñas junto a la barra, se tornó a llenar de los chismorreos y murmuraciones de hombres que relataban lo sucedido: el crimen de don Paco en La Torre. Cada cual añadía de su cosecha una fantasía que engrosaba el trágico suceso, y cada cual, también, dictaminaba el porqué, el cómo y hasta se atrevían con el quién. Necesitaban hablarlo antes de que aquella misma tarde, a las 6 horas, tuviesen lugar la Santa Misa y las exequias del difunto. Después vendrían el responso y su enterramiento en la cripta de la finca La Torre. Presumiblemente todo el pueblo acudiría..., al menos a la iglesia.

Capítulo 14

Rafael Garrido

Rafael Garrido acabó los estudios de maestro de enseñanza primaria muy joven. Inició la carrera con el nuevo Plan Profesional de 1931 de la II República y la culminó a los tres años con brillantez académica; justo al terminar el cuarto año de prácticas, el estallido de la Guerra Civil cercenó su futuro. Fue llamado a servir a filas y lo hizo en el frente, como alférez del ejército de los nacionales. La guerra le desveló dos cosas: la primera, que la sangre era igual de roja para todos (también para los azules); la segunda, que el magisterio no era su vocación. La enseñanza, sí, pero los niños, no. Un año de prácticas con pequeños monstruos que gritaban tanto como moqueaban espesas cascadas por ambas narinas fue suficiente como para reconocer que su vida profesional sería un infierno. El tiempo que duró la batalla, que no fue poco, le sirvió para reflexionar que su futuro profesional lo debía enfocar a otros menesteres. Si vivía, claro.

Tres años de fratricida contienda le dieron para pensar y para decidir qué quería hacer con su vida cuando llegara la paz; palabra deseada y equívoca, porque la paz, la auténtica, no llegaría nunca en realidad, al menos no para un gran número de ciudadanos, que veían cómo la guerra continuaba para ellos. Aunque, eso sí, ahora sin explosiones, sin ruidos de aviones que martilleaban los oídos al igual que un mosquito en una noche de verano; sin las sirenas que confinaban bajo las escaleras o en un lúgubre y húmedo sótano; sin los cadáveres que se apiñaban en las cunetas o en los campos donde antes el rojo solo provenía de las amapolas. Otra guerra, en cambio, comenzó a librarse, la del odio, la venganza, la represión y

la injusticia: la dictadura.

Rafael Garrido determinó entonces hacerse periodista. Renunció a las 4.000 pesetas anuales que recibiría como funcionario maestro a cambio de hacer justicia sobre el papel (o al menos ese era su ideal). Estudió en Madrid, en la Escuela Oficial de Periodismo de la calle Ayala —que era el único centro de estudios de Periodismo, creado por obra y gracia del régimen franquista— y ya empezando el primer curso se convenció de su pueril ingenuidad. Arrancó los estudios el mismo año que la escuela había iniciado su andadura, en enero de 1942. Tres años después ya era periodista... del régimen, eso sí.

Su primera entrevista con el director del centro, conocida figura vinculada (como la mayoría) a la Falange Española Tradicionalista y de las JONS, fue determinante para iniciar el camino de la reflexión sobre su inocencia respecto a su profesión. Las primeras y únicas preguntas del falangista fueron claras y expresas (también las respuestas):

—Usted sirvió como oficial en las fuerzas nacionales, ¿no es así?

—Sí, señor. Así fue durante casi los tres años de la contienda.

—Bien. ¿Y qué le lleva a estudiar Periodismo?

—Mi objetivo es que todos conozcan, a través de mis artículos, cómo la guerra nos condujo hasta la victoria final.

¡Qué otra cosa podría haber dicho!

—Muy bien, joven. Loable objetivo y digno proceder de quien ha sido un oficial del ejército del Caudillo, cuya vida guarde Dios muchos, muchos años.

—Muchos...

Después de aquello, fueron también muchos los años, paralelos a la existencia del dictador, en los que Rafael Garrido no pudo plasmar sobre el papel sus sentimientos acerca de la guerra, ni a qué victoria se llegó o el precio de esta. Siempre albergó la esperanza de que algún día, seguramente lejano, llegaría a colmar de verdades muchas hojas en blanco. Mientras tanto, sería tan solo un periodista, como todos los demás. Normal..., más o menos.

El asunto del presunto asesinato de aquel hombre —aunque de «presunto» poco, pues resultaba difícil llamar de otra manera a un montón de puñaladas en el pecho— tenía señas de ser un buen artículo periodístico. Desde sus comienzos en el periódico *Extremadura* (dado su currículo de oficial militar de los nacionales, lo habían contratado de inmediato), se había dedicado, como la mayoría, a ensalzar los logros del Régimen, y a ocuparse en paralelo de aquellas noticias sobre crímenes, homicidios, suicidios y demás situaciones sangrientas y morbosas, al margen de todas las demás originadas por la dictadura.

En sus investigaciones lo acompañaba el fotógrafo del periódico, un señor de indescifrable edad y considerable perímetro abdominal, al que todos en la redacción llamaban Flash Gordon. Lo de Flash era por la ingente cantidad de lámparas que consumía en su labor fotográfica y lo de Gordon guardaba una relación íntima con el contorno de su cintura. Su nombre en realidad era Andrés, pero siempre atendía por Flash. Ambos habían quedado en un bar del pueblo en cuestión con su jefe, a quien todos consideraban en la redacción un cornudo inútil (lo primero restaba por ser comprobado, lo segundo lo llevaba demostrando años). Su labor como chivato de la policía le había servido para progresar en el periódico (de otro modo, ninguna cualidad destacable le hubiese conducido al estrellato).

Determinaron viajar al pueblo para asistir al funeral de la víctima e intentar componer un artículo sobre tan sonado asesinato. Además, los bares de pueblo eran lugares propicios a los comentarios y un pozo de conocimientos y murmuraciones, que en ocasiones esporádicas coincidían con realidades. Al menos nutrían de noticias, por lo que tenía todo el sentido comenzar por ahí. Entre todos ellos pronto detectaron que el lugar ideal para dicho cometido era el bar de Frasco, el Torrezno, el más antiguo y frecuentado que el resto. Rafael lo descubrió nada más pisar Camino de Piedras merodeando por las calles del pueblo y sus alrededores.

Frasco, tras la barra, los observaba con desconfianza; eran

forasteros a los que no había visto jamás en el bar ni en el pueblo. Flash se sentó en una silla de tijera frente a una pequeña mesa inestable. Se secaba el sudor que salía profusamente de su papada, mientras dejaba caer al suelo de barro un maletín negro y robusto, que llevaba de bandolera.

—¿Me pone un refresco, por favor? —le rogó Rafael al mesonero, de pie y apoyado en la barra—. Mejor una gaseosa.

—¿Ha probado usted el vino de la tierra?

—No, gracias. No bebo alcohol.

—Nadie es perfecto. A usted no le hemos visto nunca por aquí, ¿es amigo de la familia del difunto? —le inquirió mientras abría un botellín de La Casera.

—Conocido, podríamos decir... Pobre hombre. —No mintió. Al menos él sabía quién era a través de las noticias que circulaban sobre el presunto asesinato.

—Pobre por cómo murió, eso sí, pero de pobre nada de nada.

—A eso me refería —puntualizó.

—Dicen que recibió cuarenta puñaladas, por lo menos.

Mientras proporcionaba un sorbo a su refresco, Rafael pensó en cómo corrían las noticias y, lo peor, en cómo se exageraban.

—¡Vaya atrocidad! —respondió el periodista sin desvelar su identidad.

—Sí que lo es. Mucho tardó... —susurró el mesonero mientras restregaba un paño sobre la pulida barra de madera rubia.

—¿Mucho tardó? ¿Qué quiere decir?

—Nada, muchacho, nada. Que el hombre tenía muchos enemigos.

—Ya. ¿Y quién no los tiene?

—Los pobres. ¡A esos no los quiere nadie! Por no tener, ni enemigos tienen...

—¿Tanta gente lo odiaba, dice usted?

—Yo no he dicho eso. Pero sí. Digamos que había muchos que no lo tenían en alta estima. ¿Quién no odia a los ricos, aunque solo sea por envidia? Entre pobres hay rencillas y entre ricos hay rencillas. Pero entre pobres y ricos hay odio. Al final cada uno siente lo que siente y recoge lo que siembra.

Frasco deslizó el paño a lo largo de la barra, donde un cliente esperaba a que llenara de nuevo su vaso de vino. El periodista no pudo formularle la siguiente pregunta. Esperaría a que el mesonero se acercara de nuevo y, para ello, pensó que una buena manera de congeniar con él sería pedirle probar el vino de su bodega.

—¿No decía usted que no probaba el alcohol?

—Y es cierto, pero a lo mejor su tinto me revela que he estado equivocado durante años... —se justificó con una sonrisa.

—Seguro que sí —afirmó Frasco convencido mientras llenaba un vaso.

—Mucho debió ser odiado este hombre como para recibir... ¿más de cuarenta puñaladas, dijo usted?

—Eso dicen. Y en cuanto al odio, ni se lo imagina. Medio pueblo le pertenecía o, mejor dicho, se lo quedó. Y a su familia, a toda ella, la tenía agarrada por las pelotas. El que más y el que menos le debía algo. Agradecimiento y odio a la vez es una mala combinación, créame. —Acercó su rostro al de Rafael, tan cerca que el periodista notó el aliento del mesonero—. A mí también me prestó dinero el difunto. Le di como garantía del pago el bar, pero saldé hasta la última peseta y sus intereses, que no fueron pocos. Nadie se merece una muerte como la de don Paco..., pero tampoco la pobre gente se merecía a un cacique como él.

—Cualquiera pudo acabar con su vida, si tanta gente le odiaba... —afirmó el periodista.

—¿Sabe usted qué le digo? Que no todo el mundo tiene malas tripas como para cometer esa atrocidad. Pero sí, el hombre hizo méritos... ¡Solo Dios sabe quién pudo ser! A lo mejor fue un paisano de otro pueblo. Sus tentáculos iban más allá de Camino de Piedras. ¿Sabe usted cómo le llamaban aquí en el pueblo?

—No. No tengo ni idea, dígamelo.

—La maldad en un tomo.

—¿Perdón? —preguntó Rafael, confuso.

—Sí. Tiene sentido. Cuando vivía el padre, don Pacorro, y hasta que murió, los llamaban a ambos la maldad en dos tomos...

Frasco volvió a desaparecer tras la barra, arrastrando el paño una vez más, esta vez en dirección a un hombre tuerto y embutido

casi hasta el entrecejo en una boina que parecía negra, quien reclamaba, con palabras que se balanceaban entre sus labios, que le llenara el vaso vacío por quinta vez.

—¡Hijo de puta! —se le oyó decir con una fuerza que solo escupe el rencor—. El muerto al puto infierno, donde debió de estar desde que lo parieron... Yo digo que había que quemarlo.

—¡Shhh! ¡Shhh!

Los clientes intentaban calmar al tuerto de la boina, que se envalentonaba con cada sorbo de tinto que ingería.

—Déjalo ya, hombre —insistió una voz de entre los clientes —. Le propiciaron su merecido, ya está...

—Hijo de puta, mal nacido... —se escuchaba decir al tuerto, casi sin aliento, mientras apartaba con la mano la cortina de tiras de plástico que daba a la calle. Las tiras de color verde dejaron de sonar cuando el hombre desapareció del umbral de la puerta entre murmullos.

—¿Quién es? —preguntó el periodista.

—Nadie. No es nadie. Uno más —susurró el mesonero—, uno más. Y republicano. Los Pizarro jodieron a su única hija, Julita. Durante mucho tiempo fue la novia, o lo que fuera, de Gonzalo, el mayor de don Paco. El difunto obligó a que su hijo rompiera con ella porque se corrió la voz por el pueblo de que la pobre infeliz era una ramera con el único propósito de cazar a un Pizarro y, claro, para ello no dudaba en cometer todo tipo de barbaridades en los corrales. Usted me entiende, ¿verdad? Al final, la niña huyó del pueblo, dejando solo a su padre. La joven era su ojito derecho; bueno, el único ojito que tenía. Y al final, ¿para qué? Para que el mayor de don Paco se casara con otra.

—¿Con quién? No le entiendo...

—Pues con otra puta, pero esta de mejor familia... ¿Me entiende usted ahora?

Capítulo 15

El funeral

Don Julián, cuidadosamente peinado y engominado, parecía más bien un joven acicalado y dispuesto a la conquista en cualquier verbena que un clérigo a punto de celebrar el funeral y una misa de difuntos por la muerte de don Paco. Tan solo su posición en el altar y la casulla negra —que pudo haber elegido en color blanco o morado, pero sabía que en el pueblo eran más del negro— lo diferenciaban. Él lo sabía; sabía que esa imagen de dandi español despistaba y traicionaba.

La iglesia se llenó en su totalidad de la gente del pueblo. En su interior, el silencio no se impuso a la greguería. Los primeros bancos fueron ocupados por la familia Pizarro. Las mujeres estaban cubierta de negro de la cabeza hasta el alma (velo incluido y manto hasta los pies). Los hombres, por su parte, vestían corbata negra (algunas presentaban un brillo delator por el uso continuado) y brazalete negro en la chaqueta.

La viuda, que era la única que apoyaba su cabeza en el hombro de otra mujer a su lado, semejaba inerte. Tan solo a ratos parecía respirar, ensanchando la caja torácica al compás de sus profundos suspiros. El hombro sobre el que se aguantaba era el de doña Adela, su cuñada, quien parecía seguir de igual modo el ritmo de suspiros a intervalos, cubriendo los silencios que provocaba la viuda con los suyos propios.

Los pasos de don Julián se dejaban oír por los escalones de madera que conducían hasta el púlpito, donde proclamaría su homilía.

—Queridos hermanos: la trágica muerte de don Paco nos ha

llenado de consternación. También nos ha llegado al corazón e imploramos a Dios por la redención del infame asesino, que nos ha privado de un hombre bueno, de un hombre justo, creyente y querido por todos.

Se hizo un suave murmullo entre suspiros.

—En estos precisos momentos, su alma goza de la vida eterna. Allí —levantó su índice, señalando al cielo—, junto al Padre, que lo ha recibido con los brazos abiertos, gozosos por premiar su alma con la justa dádiva a su vida ejemplar: la vida eterna. Dios, en su infinita misericordia y también en su infinita justicia, sabe premiar y condenar. Don Paco estará junto al Padre, gozando en paz y alegría del reino de los cielos, como se merece.

De nuevo un sutil rumor se dejó oír acompañado de suspiros más prolongados.

—La muerte, queridos hermanos —continuó el párroco—, no es más que un escalón, el último peldaño para alcanzar a Dios, si hemos cumplido con los mandamientos y con todo aquello que Él nos enseñó...

Y así continuó, hasta alcanzar casi veinte minutos más de perorata. El monaguillo era un joven de unos dieciséis años con pinta de zoquete y penalizado a ejercer ese cometido desde hacía dos años como penitencia a sus pecados. Todos en el pueblo sabía de cómo el pobre chaval había sido descubierto un día por don Julián, en la sacristía, entregado al onanismo. Esa circunstancia le acarreó la obligación de ejercer de monaguillo hasta que el párroco decidiera lo contrario. Al parecer, don Julián no parecía querer desprenderse del desafortunado chaval, al menos por el momento.

Mientras el sacerdote alzaba la hostia en la consagración, el monaguillo zarandeó la campanilla con frenesí, a punto de que el badajo saliera despedido (su rostro delataba la profunda resignación de que aquello le importaba tres pepinos). La primera en alcanzar los escalones que daban al altar fue doña Adela. Se apresuró a comulgar antes que nadie, como si las hostias contenidas en el copón no fueran suficientes para satisfacer la necesidad de recibir el cuerpo de Cristo de todos los asistentes.

Después, finalizada la misa, todos y cada uno de los asistentes

desfilaron ante los familiares del difunto, presentando sus condolencias. Todos, sin excepción. Los amigos y enemigos, los conocidos y extraños, los rencorosos, los que odiaban y los que no (los menos), los envidiosos, los buenos y los malvados... Todos parecían sentir la muerte de don Paco (o al menos guardaban las formas). De ese modo, la falsedad les aseguraba una cierta continuidad, la de que todo siguiera igual en su ausencia, como siempre; como en un principio. No había necesidad de destapar ni mostrar los auténticos sentimientos y, al igual que en muchos otros pueblos, se silenciaban y se impedía que estos saliesen a la luz, encerrando de este modo un rencor en una caja de Pandora que, tarde o temprano, se abriría dejando escapar la maldad sin control.

A la salida de la iglesia, la familia, invadida por el luto, los abrazos y los apretones de manos, se organizó para emprender el camino hacia la cripta de La Torre. Una vez allí, procederían al enterramiento del terrateniente. Cuatro caballos engalanados con plumeros negros arrastraban el coche fúnebre.

Los tres hombres del periódico —Rafael, Flash y el jefe— deambulaban por la plaza frente a la iglesia, a la caza de cualquier movimiento o comentario que les llegase a brindar la posibilidad de reconstruir la historia de lo sucedido (o algo que se le pareciera). Rafael conversaba con su jefe y el fotógrafo cuando una mujer, cubierta con un velo negro y agarrada del brazo de un hombre con bigote, se le acercó.

—Disculpe —le dijo en voz baja—, pero... No puede ser. Usted no será... Es Rafael..., ¿verdad?

—Sí. Bueno, mi nombre es Rafael... ¿Nos conocemos, señorita?

—¡Dios mío! —dijo entonces Antonia alzando la voz, al tiempo que se descubría la cara—. ¿Me reconoce? Soy Antonia. De aquellos días cuando la guerra...

—¡Antonia! ¡Cielos! No me puedo creer... —Rafael casi gritó de alegría mientras cubría con sus manos las de la mujer ante la mirada perpleja de sus acompañantes—. Antonia, ¡cuántos años! ¿Qué hace usted aquí?

—Y usted, querido alférez, ¿qué hace en el entierro de mi

suegro?

—¿Su suegro? ¿El asesinado es...? —El periodista se apuró en otorgar sus condolencias—. Disculpe, lo siento.

—Le presento a su hijo, mi marido, Alfonso Pizarro.

Rafael se apresuró a ofrecer su mano y el pésame al hombre, que le miraba con una mezcla de consternación y asombro.

—Cuánto lo siento, señor, y encantado de conocerlo, a pesar del momento.

—¿Qué le trae por aquí, Rafael? —insistió Antonia.

—Es largo de contar..., pero se puede contar.

—¿Piensa quedarse en el pueblo algún tiempo?

—Es posible, no lo sé aún —contestó mirando a su jefe que, como siempre, sostenía una mirada vacía.

—Si decide hacerlo, me gustaría... Bueno, nos gustaría —rectificó mirando a su marido— que nos hiciera una visita. Seguro que hay muchas cosas que contar después de tantos años.

—Me encantaría. No lo dude que iré y sí, son muchas cosas que contar.

Antonia volvió a cubrir su rostro, despidiéndose de aquel hombre al que creía muerto y que no veía desde hacía más de catorce años. Se giró de nuevo al escuchar la voz titubeante del alférez a unos metros de distancia.

—¿Qué tal está su hermana, María?

—Bien, gracias. Todos en casa estamos bien.

Capítulo 16

Enterramiento

En La Torre se concentró la familia Pizarro, el servicio de la finca, entre el que se encontraban el capataz, Pepe, el médico, don Rosendo Berruguete, el alcalde, don Tomás, el cabo del puesto de la Guardia Civil, Miguel, el comisario, don Casto, y su ayudante, Guillermo, y un señor con apariencia de sepulturero que, al poco, confirmó su identidad. Y el párroco don Julián, por supuesto.

El ataúd fue transportado a hombros hasta la cripta, un espacio hexagonal con suelo desgastado de roca vetada, en cuya pared frontal se apreciaban cuatro nichos vacíos y sin sellar. Junto a uno de ellos, en el suelo, descansaba una placa rectangular de mármol blanco tallado con el nombre del difunto y los años de su permanencia en este mundo. Bajo ellos la leyenda: «Tu esposa, hijos, hijas políticas, hermanos y sobrinos no te olvidan. El Señor abrirá las puertas de la Gloria a sus hijos muy queridos».

Dentro de aquel reducido espacio no tenía cabida toda la familia, sin embargo, por el poder otorgado al cuerpo de policía, don Casto pudo acceder al recinto y de este modo presenciar el enterramiento y el sellado del nicho. Su interés no era tanto ver cómo metían el ataúd en aquel ajustado espacio ni tampoco cómo el sepulturero, ayudado por el capataz de la finca, sellaban la entrada del nicho con la placa de mármol cementada por los bordes. Su atención se centró en observar a todos y cada uno de los que acudieron a la cita; sus actitudes, miradas, llantos y muecas, por si de ellas pudieran extraerse, al menos, indicios que aportaran algo. El ataúd crujió al desplazarse por la angosta cavidad y los dos hombres lo empujaron con fuerza hasta conseguir que entrara en

su totalidad. Después vinieron las palabras del cura, acompañadas del responso alterado por el ruido de la paleta, que proyectaba el cemento y sellaba el nicho, y también de los llantos de las mujeres. Todos rezaron y Gonzalo salió el último, cerrando la cancela de la cripta con llave.

El comisario y su ayudante se marcharon. Mientras, la familia se quedaba para pasar el duelo en intimidad. «Eterno descanso para don Francisco Pizarro y Pizarro», fueron las palabras de despedida que susurró don Casto a su marcha.

Capítulo 17

El Tuerto

«Hemos atrapado al asesino de don Paco.» Con esta frase se presentó el cabo Miguel en la pensión Tomasa y sorprendió al comisario, que la ocupaba en su estancia en el pueblo.

—Lo hemos encerrado en el calabozo. Ya le dije de mi intuición, ¿recuerda usted? —se vanaglorió el cabo mientras caminaba junto al comisario, enfilando ya el paso en dirección al cuartel de la Guardia Civil.

—Sí que lo recuerdo —corroboró don Casto—, ¿y quién resultó ser, según usted?

—El Tuerto. Fue él. Lo que le dije en la comandancia.

—Usted habló de un rojo...

—Es que, además de rojo, el desgraciado es tuerto del ojo izquierdo.

—¡Ah, claro! Ese pequeño detalle no lo sabía. ¿Y cómo ha llegado usted hasta el Tuerto rojo?

—Fácil, comisario. El guardia Gómez, en sus rondas por el campo, ya observó que el Tuerto merodeaba por los alrededores de la finca en los días anteriores a la fiesta de la familia.

—A nadie se le prohíbe pasear... —justificó el comisario.

—El rojo no paseaba, acechaba.

—Ya. ¿Y por qué está usted tan seguro?

—Aquí, en Camino de Piedras, nos conocemos bien, comisario. El hombre ni olvidó ni perdonó que su hija Julita fuera tratada como una ramera y tuviera que marcharse del pueblo. Culpó a don Paco de todo aquello.

—Según tengo entendido, eso sucedió hace muchos años... —

aseveró don Casto.

—Los rojos son rencorosos y no perdonan. Todos ellos saborean el amargor de la bilis, continuamente y sin descanso. Además, después de eso sucedió algo que avivó aún más el odio hacia don Paco. Su hija se casó con un tipo del otro pueblo al que huyó, un animal que le pegaba. Nos llegó la noticia de que, desde hacía unos días, la pobre mujer estaba ingresada en el hospital. En esta ocasión la paliza ha sido tan grande que ahora mismo está en estado de coma por un golpe en la cabeza que le propinó el marido con el cucharón de la sopa. Y no vuelve en sí, la desgraciada. Una fatalidad.

El cabo tomó aire y continuó con su narración:

—Desde la noticia, el Tuerto se refugia en el alcohol. Pocas veces se le ve sobrio y todo el mundo en el pueblo conoce de sus amenazas a gritos contra los Pizarro, en especial hacia don Paco. Mire usted, el día del entierro pretendía entrar en la iglesia, a voces, condenando al difunto a que se abrasara en el fuego del infierno. Por fortuna, algunos hombres del pueblo lo llevaron hasta su casa cuando salía del Torrezno y lo acostaron. ¿Necesita usted más pruebas, comisario?

—Necesito interrogarle, cabo.

—Lo suponía. Por eso vamos hasta el cuartel. Por eso, y por algo que quiero que vea.

Interrogatorio del Tuerto

Cuando llegaron al cuartel de la Guardia Civil para el interrogatorio del Tuerto, el guardia Gómez, apostado en la puerta de entrada, saludó militarmente al tiempo que una sonrisa de oreja a oreja mostraba la satisfacción de ser protagonista en la captura del asesino. El cabo Miguel, seguido del subalterno, abrió la puerta de su reducido despacho e invitó al comisario a que se sentara en uno de los confidentes.

—Mire usted, don Casto, esto es lo que llevaba encima el desgraciado —le indicó señalando un arma blanca que reposaba

sobre la mesa.

—Buen ejemplar —decretó el comisario, sosteniendo el arma y desplegando la afilada hoja, que hasta el momento había permanecido escondida en la empuñadura—, son casi trece centímetros de acero. Y está muy limpia...

—Seguro que la limpió con esmero una vez que perpetró el crimen —adujo el cabo—, es tuerto, pero no idiota.

—Ya. ¿Y le habéis interrogado?

—Solo un par de preguntas para constatar que aquel día estuvo merodeando por los alrededores de La Torre, casualmente por la tarde, comisario. Lo ha reconocido.

—Bien, quiero hacerle unas preguntas —aseveró el comisario.

—Le acompaño, don Casto. —El guardia civil se apresuró, levantando su trasero del sillón.

—Gracias, pero le agradecería que me dejara solo con el presunto asesino. Verá, cabo, a usted le conoce demasiado y es probable que sepa cómo sortearle... A mí no me ha visto jamás. Eso intimida y da resultados diríamos que... más provechosos. No sé si me explico.

—Sobradamente, comisario. Pero ¿no pensará usted permanecer con el asesino dentro de la celda, a solas y entre los barrotes?

—Claro que sí. ¿Acaso me ve usted viejo y desvalido?

—Nada de eso, pero el Tuerto es peligroso... ¡y rojo!

—Defensa personal y casi boxeador profesional, cabo. Estoy entrenado y soy gallego, que no es poca cosa, créame. Al menor intento de agresión que intuya, grito y usted viene en mi ayuda si no logro abatirle antes, ¿de acuerdo? Piense, además, que el hombre está desposeído de su navaja y ve la mitad que yo. Es una ventaja, ¿no cree?

—Sí, claro, lo que usted diga. Le acompaño hasta la celda.

En ella, sentado en el borde del camastro y con las manos cubriéndose el rostro, el hombre parecía abatido.

—Soy el comisario don Casto Aneiros —lo saludó.

El encarcelado apartó sus manos del rostro. Fueron suficientes dos segundos para sentir el rencor en la mirada de un solo ojo.

—De la maldita secreta, ¿verdad? —escupió con desprecio.

—¡*Carallo* con la secreta! De in-ves-ti-ga-ción cri-mi-nal, ¿me entiende usted?

—Pues tiene usted pinta de ser de la secreta —farfulló el encarcelado.

—Y usted de no ser el asesino de don Paco...

—¿De qué tengo pinta, entonces?

—De ser un pobre hombre.

—Pues no sé qué es peor, la verdad —masculló el Tuerto.

—¿Qué hacía merodeando por los alrededores de la finca?

—Estudiaba la situación y el entorno.

—¿Estudiar? ¿Qué estudiaba y para qué? Dígame —le inquirió el comisario exacerbado.

—Planeaba matar a ese hijo de puta malnacido.

—Pues sí que me lo pone fácil... —emitió el comisario sorprendido.

—Pero llegué tarde —le cortó el encarcelado—. Alguien se me había adelantado.

—Le han calentado ¿verdad? —preguntó don Casto al observar los hematomas que cubrían el rostro del Tuerto.

—Un poco. Lo habitual. Les dije la verdad, que estuve por las cercanías de la finca.

—También el día del asesinato.

—Sí. Ya le dije que quería matar al Pizarro. —El Tuerto tragó saliva y esputó—: Hijo de puta.

—No lo repita, por su bien. ¿Dónde se encontraba usted entre las 4:30 y las 7:30 de la tarde de aquel día?

—No lo recuerdo.

—No me tome por idiota. Necesito saber si desde su posición vio algo que pueda ayudar a la investigación, o si tiene una coartada.

—No se lo puedo decir.

—¿Que no puede? Mire por dónde ahora estoy convencido de que el idiota es usted. Se le acusa de asesinato, ¿qué es lo que no entiende?

El hombre guardó silencio y volvió a cubrirse el rostro con la

palma de sus manos.

—¿Qué pretende encubrir? ¿O a quién? —insistió el comisario.

—No puedo, créame.

—¿Sabe que permanecerá aquí encerrado hasta que yo lo disponga?

El hombre asintió con la cabeza.

—¡Qué más da! Ya no me queda nada. Además, buscabais a un rojo y lo habéis encontrado.

—A ver si se entera, *carallo*. Yo no persigo a rojos, persigo a asesinos, sean del color que sean. Rojos, azules, amarillos, verdes... Tampoco voy detrás de idiotas como usted. Nos volveremos a ver. ¡Cabo! —gritó reclamando que abrieran la puerta de la celda—. He terminado —le dijo a Miguel, que mostraba signos de haberse dormido—. Manténgalo encerrado hasta nuevo aviso.

—Es el asesino, ¿verdad? —le pregunto el guardia civil.

—No lo creo. Pero sí un sospechoso, desgraciado e idiota.

Capítulo 18

Un día después, en un lúgubre recinto

El forense, aun deseando don Casto que no hubiese sido así, le resultó siniestro. Fue la primera impresión que tuvo nada más verlo. La sala forense de Zafra olía a formol, el despacho olía a formol, y él olía a formol y a acero, del mismo modo que huele la sangre. También a tabaco. En resumen, un cóctel de «aromas» que invitaba a salir corriendo de aquella habitación.

Una vitrina de hierro —cubierta de incontables manos de pintura blanca— custodiaba los bisturís, fórceps, espectrómetros, pinzas, radiales para trepanación y costotomos para dividir costillas. Las paredes estaban repletas de azulejos blancos, en su mayor parte agrietados, y el suelo, de canalizaciones por donde la sangre y los fluidos corrían hacia el sumidero, huyendo de aquella morgue. El hombre, el doctor Carlos Gamero de Ceris-Granier, con más apellidos que cuerpo, parecía famélico. De mortecina tez, bien podía pasar, tumbado en una camilla, por un cadáver más de los que lo acompañaban.

Él decidía, sin oposición ni discusión, cómo habían muerto aquellos desgraciados desnudos, de qué manera, con qué lesiones, desde cuándo, casi por qué y, además, en un alarde de conocimiento científico, añadía gratuitamente dictámenes tales como que el difunto en cuestión presentaba un esfínter muy dilatado, o bien que nunca se había operado de fimosis. Secretos inconfesables que solo descubren aquellos cuya seguridad otorga el hecho de que sus víctimas, bien muertas, no pueden agredirlos.

Don Paco, el cadáver, era un hombre que se cuidaba, según afirmó el forense. Ninguna enfermedad visible, ni tumores, sin

rastro de lesiones internas en órganos vitales. Poseía un corazón fuerte.

—Bueno, ahora destrozado por una certera puñalada, que lo abrió en canal como una granada —indicó con obviedad el doctor —, pero antes de eso, fuerte. Los pulmones, limpios de alquitrán de tabaco, o al menos en proceso muy avanzado de limpieza. Seguro que bebía mucha leche —afirmó el forense—. ¿Sabe usted que la leche es el mejor limpiador de pulmones que existe? Eso sí, tiene una calcificación muy visible por una tuberculosis ya curada, impresa como recordatorio.

Ambos se quedaron en silencio y el famélico continuó:

—Diez incisiones profundas de entre diez y trece centímetros y dos más de siete centímetros, todas ellas repartidas por el tórax e invadiendo bazo, abdomen, pulmones y una directa en el corazón. Fracturó dos costillas. Ah, otra más le destrozó el pómulo derecho y desvió sensiblemente, por presión, el globo ocular.

Don Casto escuchaba con atención la disertación de aquel hombre escuálido con bata, al que veía ese mismo día por primera vez.

—¿Qué medidas calcula usted que tenía la navaja que utilizó el asesino?

—¿Quién le ha dicho que sea una navaja la que originase las heridas?

—No sé... Me pareció... Bueno, a todos nos pareció que el arma...

—No fue una navaja ni un cuchillo de cocina —interrumpió el forense—. Las heridas fueron causadas por unas tijeras. Tijeras grandes como las que utilizan las costureras o algo similar.

—¡Ah! —musitó el inspector, acompañado de una mueca torcida que reclamaba una mayor concreción al siniestro doctor.

—Las heridas profundas en el cuerpo de la víctima son menos limpias en sus bordes que unas que se hubieran producido por la hoja de una navaja o de un cuchillo, por ejemplo. Además, resultan más anchas en la piel. Las tijeras son más gruesas que la hoja de una navaja y, al clavarse en la piel o al profundizar en los músculos, pueden abrirse algo más por el impacto, por lo que

producen heridas que difieren bastante de las causadas por la hoja de una navaja. Unas tijeras, además, permiten ser empuñadas con ambas manos y golpear con mayor violencia. En este caso, pudo resultar más cómodo para el agresor, en el supuesto de que este no tuviera la fuerza necesaria como para apuñalar con un cuchillo, o simplemente que se sintiera más seguro y le fuera más fácil utilizar las tijeras como arma blanca. Quizá también pudo ser que lo que tenía más a mano.

—Don Paco murió desangrado, ¿no es así?

—La agonía duró hasta que el arma atravesó el corazón. En ese momento se acabó todo. También el sufrimiento... Si el primer golpe fue ese, el resto no los percibió, ya estaba muerto. Por el contrario, si el asestado al órgano vital fue de los últimos, o el último, pues... ¿qué quiere usted que le diga? No debió pasarlo muy bien. De todas formas, y en el peor de los casos, no creo que el sufrimiento se alargara más de cinco minutos.

—El tiempo que se tarda en consumir un cigarrillo...

—Sí. Más o menos. Me ha recordado usted que necesito echar uno —se excusó el forense, mientras abría una pitillera plateada y se llevaba un cigarro liado previamente hacia los labios.

Lo encendió y dio una profunda bocanada tan profunda que pareció que el cigarrillo se consumía solo con ella.

—¿Necesita saber algo más, comisario?

—No. Creo que es suficiente. Gracias.

—La hora de la muerte no creo que le aporte nada significativo. El cadáver lo recibí a las veinticuatro horas del fallecimiento. Estaba azul, cianótico y comenzando el proceso de putrefacción. Normal, con este calor... Usted lo vio mucho antes que yo y seguro que sus pesquisas le habrán llevado, sin error, a calcular la franja horaria en la que se produjo el óbito.

—Sí. Cierto. Ha sido lo más fácil, por el momento. Solo una pregunta por curiosidad, doctor. ¿Por qué algunos mueren con los ojos abiertos?

—No lo sé. No lo sabemos. Es algo muscular, pienso. Le confesaré algo que siempre hago cuando practico la autopsia a un cadáver con los ojos abiertos.

—¿El qué?

—Le hablo —afirmó el forense—. Eso hago. Le explico con todo lujo de detalles cómo procedo en su cuerpo en cada momento. Creo que es lo mínimo que se merece. Lo contrario me parecería una falta de respeto hacia alguien que te mira fijamente, como preguntándote: «¿Y ahora qué cojones piensas hacer conmigo?». Pues yo voy y se lo cuento. Por mí, que no quede...

Don Casto salió del recinto y aspiró una amplia bocanada de aire de la calle, intentando quitarse el macilento aspirado en aquella habitación y que había llegado hasta el último alveolo de sus pulmones. No lo consiguió. Todo él olía a formol y a metal, como huele la sangre.

Capítulo 19

Reencuentro inesperado

Rafael consiguió que su jefe, el cornudo inane, lo autorizara a prolongar su estancia en el pueblo durante unos días y así poder reconstruir la historia del «presunto» asesinato de don Paco. Podía ser un buen artículo: los lectores, en su mayoría, gozan de un morbo y un especial interés por los asesinatos más crueles. Con más de ocho o nueve puñaladas de por medio, la venta estaba más que asegurada. Si, además, la historia incluía amoríos de queridas, venganzas o herencias, mejor que mejor (una debilidad del ser humano que se veía alentada por un editorial de reciente aparición como era *El Caso*, seminario de macabros sucesos que prometía procurarse grandes éxitos).

Flash regresó al periódico con el jefe después de haber hecho bastantes fotografías de todo el pueblo. También de aquellos paisanos que se prestaban a presentar su mejor rostro y hechura posaron para él como si fueran a salir en la portada del *New York Times*. Y, como de costumbre, el fotógrafo consumió más de treinta lámparas de *flashes*.

Rafael se hospedó en una pensión (la única que tenía el pueblo), la pensión Tomasa (en efecto, cocinera y madre de Frasco, el mesonero del Torrezno). El servicio no estaba mal, lo más destacable eran las sábanas limpias y lo menos, que tenía que acudir al lavabo en los corrales. Con el Torrezno —al que acudían la mayoría de los paisanos— y la pensión —que hospedaba a todo forastero que llegaba— el círculo de información estaba más que cerrado y más que cubierto; las noticias, así como su divulgación, eran patrimonio casi en exclusividad del binomio madre e hijo

formado por Frasco y Tomasa.

El periodista, tras desayunar un café torrefacto que llegaba desde Portugal (El Camello se llamaba) y una tostada con manteca de cerdo y zurrapa (que guardaba cierta relación, en lo que a tamaño se refiere, con la pista de aterrizaje del aeropuerto de Madrid), decidió salir y visitar a su antigua conocida, a la que no veía desde hacía muchos años. Averiguar en qué casa del pueblo residía no le fue difícil (nada difícil, de hecho); le proporcionó apenas dos datos a Tomasa y en un abrir y cerrar de ojos recibió la información precisa de quién era la señorita Antonia, de dónde venía, con quién había maridado y dónde vivía. A cambio, él le confió otros dos: a qué se dedicaba y por qué estaba en Camino de Piedras. Además, Tomasa le hizo prometer que en el artículo que se publicase se haría mención del mesón y la pensión.

El empedrado de las calles lo zarandeaba y la estabilidad se resquebrajaba a cada paso que daba, al tiempo que escuchaba el ruido de las persianas de madera de color verde, abriéndose para dar paso a las miradas curiosas de los moradores, que lo espiaban a través de ellas. Llegó hasta un portal grande de madera y golpeó la aldaba de cabeza de león contra una chapa metálica desgastada. En minutos, se asomó el rostro pequeño de una mujer que le invitaba a pasar al zaguán. Casi no tuvo tiempo de contemplar la entrada de la casa cuando la mujer, sonriente, se le acercó y saludó con afecto.

—No sabe qué alegría me da verle después de tantos años y…

—¿Vivo? —interrumpió Rafael—. Dígalo sin titubeos, Antonia. Estoy vivo de milagro.

—Sí. No niego que todos en casa pensamos que usted… Bueno, dijeron que habían sufrido una emboscada de los milicianos y que había sido una escabechina… Pero pase, por favor. Pase. Alfonso está en el salón, le encantará verle de nuevo y conocerle.

Ambos entraron en un amplio salón donde una mesa era custodiada por seis voluminosos sillones, todo ello de castaño. Una vitrina a juego exhibía, tras los cristales biselados, porcelanas, bandejas de alpaca y juegos de café.

Alfonso se levantó al ver a Rafael entrar, como si un algo le hubiera empujado sin poderlo evitar. Le tendió la mano y lo invitó

a sentarse frente al sofá de dos plazas que ocupaba junto a su mujer.

—Ayer fue todo tan sorpresivo y rápido que no tuve ocasión de darle mi más sentido pésame por el..., por el fallecimiento de...

—Asesinato es lo más exacto —lo cortó Alfonso—. Palabra dura y áspera, pero es la que se ajusta a este caso. Gracias por sus condolencias.

—Es duro —afirmó el periodista—. Muy duro para usted y su familia.

—Todos estamos destrozados. Los Pizarro son una piña. Somos una piña. Siempre lo hemos sido y mi padre era muy querido y respetado por todos. Dentro de la familia y fuera de ella. No llego a entender qué pudo pasar, por qué ni quién ha cometido este terrible crimen. Era un buen hombre y un buen padre.

Antonia, tras mirar de soslayo a Rafael, dirigió su mirada hacia las baldosas del suelo. Aun así, en el gesto no pudieron evitar que ambas miradas se cruzaran, trazando una incógnita silenciosa.

—¿Quiere tomar un café? —interrumpió Antonia.

—Sí, gracias, con leche y sin azúcar —respondió Rafael.

Consuelo preparó el café, cuyo aroma invadió la habitación de olor a torrefacto.

—Mi mujer me contó cómo se conocieron, en la guerra...

—Sí, señor. Jamás podré olvidar la hospitalidad de la familia de don Sebastián y de la familia de Antonia, tampoco cómo nos trataron durante aquella ocupación de su casa. La guerra no respeta nada. Tampoco los hogares ni la intimidad de nadie, pero ellos —señaló a la mujer, lanzándole una mirada— lo hicieron fácil y colaboraron en todo lo que pudieron... y más, se lo aseguro.

—Era lo menos que podíamos hacer por la tropa —indicó Antonia—. Y el capitán Gutiérrez del Valle, ¿mantiene algún contacto con él?

—Por desgracia, él no tuvo mi suerte... Falleció en la contienda. La metralla le alcanzó de lleno al pisar una mina.

—¡Qué horror! Pobre hombre.

—Sí. Pobre amigo mío... —suspiró el antiguo alférez—. Lo peor de todo es que él odiaba la guerra. Bueno, muchos la

odiábamos, pero él de manera reflexiva. Le tocó estar donde estaba, repetía constantemente. Igual que a mí, igual que a otros muchos, nos tocó ir al frente. Cuando ves cómo te cerca la guadaña, día tras día, los ideales y todo aquello que te hincha el pecho de gloria y honra se quedan en nada. Vapor y humo.

—Por sus palabras, da a entender que le colocaron a usted en el bando equivocado —aseveró, molesto, Alfonso bajo la mirada intranquila de su mujer.

—No, señor, no. La razón siempre se otorga al vencedor. Es así y no admite discusión alguna. Tuve la suerte de ser vencedor, tan solo porque logré sobrevivir. En cambio, el capitán dispuso de la mala fortuna de perder. A eso me refería —zanjó el tema el periodista.

—Aún no nos ha dicho qué hace usted aquí, en Camino de Piedras —interrumpió Antonia.

—Soy periodista del *Extremadura*. He venido a cubrir la noticia del... asesinato. —El silencio mostró la tensión que invadió la estancia durante unos segundos—. Siento causarles tribulación o la mínima incomodidad —se disculpó Rafael entonces.

—Bueno, no es muy agradable que se hurgue en la intimidad de la familia de uno, y menos aún que se divulgue... —decretó Alfonso, con claro enojo.

—Lo entiendo... —susurró el periodista, inclinando el torso mientras apretaba sus manos entrelazadas.

—Pero es su trabajo y su obligación —atemperó Antonia—, habrá que respetarlo, al igual que le ruego reciprocidad.

—No lo duden ni un instante —aseguró él ante la amabilidad de las palabras de ella—. Los mantendré informados como es debido de todo aquello que pueda publicarse y tendrán la última palabra... dentro del sentido común.

La conversación continuó por los derroteros de un pasado duro y sangriento de hacía casi quince años. Recordaron los mejores momentos, aquellos capaces de doblegar a los malos, que no fueron pocos. Entre ellos, las ocasionales y breves salidas con las amigas a la ermita de los Jardines del Prado; el coqueteo de sonrisas y tímidas miradas con los soldados; los paseos de las

parejas de novios vigilados por las carabinas que, en el mejor de los (escasos) casos, hacían la vista gorda cuando los labios se rozaban; las salidas a los balcones y el asomarse a las ventanas cuando el codiciado sol acariciaba tu rostro; la ilusión de vivir un nuevo día... Deseaban borrar, sin embargo, muchos otros; el toque de las sirenas que anunciaban los bombardeos enemigos; aquel tenebroso día en el que se llevaron al padre de Antonia y María al muro, seguros de que no lo volverían a ver nunca más; el húmedo sótano donde se refugiaban los soldados durante muchas horas, que parecían interminables; los rezos en familia mientras temblaban de miedo; el ruido de los disparos y el llanto que también estaba en las calles y que no cesaba jamás, como el ruido de una cascada, permanente e interminable.

—Ya me dijo que toda la familia se encontraba bien cuando pregunté por María. Disculpe la curiosidad, pero... ¿dónde vive? ¿Se casó?

—Vive con mis padres, en la misma casa de siempre. Y no, no se casó. Tuvo un pretendiente que mi padre rechazó. Ya sabe, usted mismo conoció muy bien la rigidez de mi padre.

—Don Sebastián —contestó Rafael de inmediato—, cómo olvidarlo. Dele recuerdos de mi parte cuando vuelva a ver a su hermana.

—Se los daré, aunque es posible que se los dé usted en persona si la conclusión de su artículo se alarga en el tiempo, ya que vendrá pronto a visitarnos. Después de lo ocurrido, quiere hacernos compañía durante una temporada, antes de que el frío arrecie.

El periodista no pudo evitar el brillo en los ojos que la noticia le había provocado. Eso y una comedida, pero delatora sonrisa, que no pasó desapercibida para Antonia.

—Bien. Me encantaría —dijo entonces él para, un segundo después, arrepentirse de haber mostrado tan efusivo y palpable interés.

De súbito se levantó, impulsado por un resorte invisible.

—Ya he abusado demasiado de su hospitalidad. Gracias por el café y por la compañía.

Alargó entonces el brazo hacia Alfonso. Con un apretón de manos, el «hasta pronto» y la sonrisa forzaba del anfitrión ambas partes concluyeron la visita. Antonia lo acompañó hasta la salida, seguida de Consuelo, que se secaba las manos en el mandil.

—Gracias de nuevo, Antonia. He pasado un rato muy agradable recordando. Solo una cosa, ¿podrá concederme una entrevista para el periódico? Se trata de conocer con algo más de profundidad a la familia. Nada de invadir lo privado, créame. Sería como un prólogo del artículo.

—No sé qué decirle, Rafael. No crea que los conozco lo suficiente como para darle los datos que usted precisa —respondió dubitativa—. Llevo poco más de un mes aquí, en el pueblo, y ese ha sido todo el contacto que he tenido con mi nueva familia, además de un breve encuentro el día de mi casamiento con Alfonso. Pero bueno, haré lo que pueda y deberá estar presente mi marido. Además de que deberá dejar pasar unos días, todo está muy reciente y pronto comenzarán los interrogatorios de la policía.

—Por supuesto. Lo entiendo y vuelvo a mostrarle mi agradecimiento. Ya me marcho. Y no olvide saludar a su hermana.

—Descuide, no me olvido. Y, si así fuera, seguro que usted me lo volvería a recordar —le contestó con tono jocoso.

Rafael salió a la calle, dio unos pasos y se volvió para saludar con la mano a la mujer que aún permanecía en el umbral de la puerta. A su lado, la sirvienta le observaba frunciendo el ceño. Enfiló entonces calle arriba mientras meditaba que debía frenar sus sentimientos.

«¡Joder!, ¿qué sentimientos?», pensó.

Recordó su inconsciente insistencia a Rosario en dos ocasiones (tres, si contaba la del funeral) de que su saludo llegase a María. También rememoró en apenas un instante cómo se había enamorado perdidamente de la joven. Aunque habían pasado muchos años, diría que quince con facilidad, al parecer no habían resultado suficientes como para que el recuerdo de aquella mujer y la posibilidad de volver a verla avivaran el rescoldo, provocando de nuevo la llamarada. ¿Por qué no se había interesado Antonia por su estado civil?, se preguntó. Al parecer, no le importaba

mucho (más bien nada).

Siguió caminando hasta llegar a una plaza rodeada de bancos de mampostería con incómodos respaldos de hierro. Se sentó en uno de ellos y encendió un cigarrillo Celtas corto. Tras una intensa calada, que sintió hasta el dedo gordo del pie, se volvió a preguntar por qué Antonia no se había interesado en si estaba o no casado, como había hecho él por María. Se contestó a sí mismo de forma inmediata: «Porque Antonia no es imbécil y yo sí».

Capítulo 20

Don Casto y Tomasa

Tomasa no era capaz de disimular —no era su fuerte, aunque ella creyese lo contrario— su satisfacción por la afluencia de público al mesón Torrezno y a la pensión que llevaba su nombre. «De vez en cuando, un asesinato no venía tan mal —llegó a confesar a otra amiga suya, también del círculo de las chafarderas—. Le da vidilla al pueblo», concluía sin pudor. Dicho eso, parecía rectificar un poco, ya fuera por —escasa— vergüenza, arrepentimiento, compostura o a saber por qué.

—No es que una quiera un asesinato a diario, pero tampoco que nunca pase nada serio —le decía convencida a su amiga, quien asentía ante sus reparos.

El comisario don Casto había decidido permanecer en el pueblo unos días, hospedado en la pensión Tomasa, donde ya había iniciado su viaje. Por su parte, su ayudante, Guillermo, regresaría cada noche a su domicilio en la comarca de Zafra, y volvería a la mañana siguiente (tener una joven esposa y un niño pequeño obligaba a cualquiera al sacrificio). Con la propia Tomasa fue con quien mantuvo el comisario una conversación que, si bien no aportó nada en concreto a la investigación, sí abrió vías y caminos para otros posibles interrogatorios.

La mujer tendía a hablar de manera profusa e incansable, y de lo que narraba, era preciso separar el grano de la paja, que no era escasa. La mesonera conocía muchas cosas de muchos y lo que no, seguro que lo inventaba. Lo cierto era que no callaba y su crítica transpiraba un ácido que intoxicaba cada palabra que salía de sus labios. Si bien era cierto que su visión del sexo era siempre sucia,

en eso no difería demasiado del resto; el sexo a menudo generaba críticas y, lo que era peor, envidia (sobre todo en aquellos que intentaban maniatarlo y lo ocultaban tras un tupido velo de moralidad porque nunca se habían atrevido a sentirse libres). La moralidad, en multitud de ocasiones, era el refugio y la mejor excusa de los indecisos y los timoratos.

En el intercambio, Tomasa resolvió su primera curiosidad con una pregunta:

—¿Es usted de «la secreta»?

—No, señora, no. ¿Ve usted en mí algo que le parezca secreto?

—¡Si no lo digo yo! —se apresuró a contestar—. Se dice en el pueblo.

—Pues dígale usted al pueblo que no, que el comisario es de la Brigada de Investigación Criminal.

—¡Virgen santísima! ¿Y no le da a usted miedo?

—¿Miedo, señora? —preguntó sorprendido don Casto—. ¿Miedo de qué?

—De tener relaciones con criminales y gente así...

—Señora Tomasa, yo no me relaciono con criminales. Los descubro, los apreso y los mando a la cárcel, ¿entiende usted?

—No, si yo lo he entendido desde un principio. Si es para explicárselo a la gente de aquí, del pueblo. Es que, mire usted —le susurró casi al oído—, aún queda algún que otro rojo entre nosotros y pensaba que usted, si era de la secreta...

El comisario quedó un poco aturdido, pero optó por callar y no darle más vueltas al asunto. Tomasa, arrastrada por una atrevida inconsciencia, y sintiéndose importante frente a todo un comisario de Primera de la Policía que la escuchaba, le confió entonces todo aquello que se le ocurrió. Sin fronteras, tapujos ni, por supuesto, prudencia, admitió ante la perplejidad y el asombro del comisario Aneiros que la única persona en el pueblo que podía ayudarle a desentrañar el asesinato de don Paco era una mujer. Una espiritista, para más señas.

—Muy buena vidente y echadora de cartas —añadió convencida.

Al hombre, por más que quisiese, le fue imposible pues eludir la historia que le contaba Tomasa.

—Dolores tiene poderes —le dijo—. Estoy convencida yo y mucha gente del pueblo. Desde hace años lo lleva haciendo y no cobra nada por ello. La gente la ayuda con pequeñas ofrendas porque, ya se sabe, a nadie le amarga un dulce y aquí, en el pueblo, el que más y el que menos sufre necesidades y hasta calamidades. Que si un cuarto de queso, o una docena de huevos, o medio pollo... Eso es lo que recibe de higos a brevas.

Don Casto se puso cómodo mientras escuchaba en silencio la narración sobre Dolores, la espiritista de Camino de Piedras.

—Le viene de su madre —continuó Tomasa—. Sí, la madre ya era muy conocida por sus curas y sanaciones con las manos y los rezos. Aliviaba el cuerpo y el alma también. Su hija ya apuntaba maneras desde chiquitita y acabó superando a su progenitora porque, además, sabe cómo convocar a los espíritus de los fallecidos. Ella dice que un ropero, que compró en un almacén de muebles viejos y que perteneció en su momento a una sombrerera de Badajoz, tiene mucho que ver con las apariciones. La sombrerera, que tenía un taller en el centro de la ciudad, lo procuró a su vez de una mujer que practicaba el espiritismo. Esta le dijo que desde el momento que el mueble entró en la casa, comenzaron a notarse fenómenos muy extraños. El grifo situado en la cocina sobre un enorme tinajón de barro goteaba durante toda la noche sin explicación alguna, y ello a pesar del apretado insistente de la manija. ¿Qué más? —pensó un instante—. Los numerosos maceteros de hierro que flanqueaban ambos lados del largo pasillo de la casa vibraban provocando ruidos poco tranquilizadores.

El comisario asintió y la mesonera continuó.

—La mayor parte de estos fenómenos se producían cuando caía la tarde y dominaban las sombras. Decían algunos testigos, los vecinos, que la sombrerera acabó acostumbrándose a convivir con ellos. Otros, los más incrédulos, achacaban semejante actividad a causas naturales: al viento, al crujido de las viejas casas y de la madera seca de los muebles, al aire de las tuberías de plomo, o también a la incultura de mucha gente pobre y desvalida que

anhelaba encontrar una explicación en el más allá, porque necesitan creer en él. Pero, vamos, era la esperanza en algo mejor que lo que tenían en el más acá. La cuestión es que la sombrerera aseguraba que el ropero estaba embrujado, pero no se deshizo de él hasta que pasó la tragedia.

Tomasa tomó aire, aunque apenas parecía necesitarlo; se la veía como pez en el agua en disquisiciones del tipo:

—Una incrédula y joven aprendiza del taller aceptó el reto de dormir una noche en la casa, en una habitación contigua a la sala donde máquinas de coser y grandes paneles de madera se utilizaban para la confección de los sombreros. Se ve que a las tres de la madrugada los gritos despertaron a la sombrerera, quien apresuradamente se dirigió a la habitación de donde provenían. Horrorizada, no pudo evitar que la joven se arrojara al vacío desde el balcón mientras un halo de luz ocre permanecía inmóvil en el umbral. La desdichaba yacía en el suelo de la calle y su cuerpo quebrado se rodeó de un charco de sangre y de la gente que acudió a la espera del auxilio de algún médico. Sus ojos brillantes se volvieron opacos y, antes de expirar, balbuceó de forma tenue y entrecortada unas palabras que no ocultaban su terror: «He reconocido a la maldad...», dijo. Después de aquel desgraciado episodio, la sombrerera se decidió a vender el ropero a un chatarrero que presumía de ser anticuario. Y con él se quedó, guardado en una húmeda nave con techos de uralita junto a otros muchos, a la espera de que alguien lo comprara. Hasta que años después llegó Dolores, que pagó por él una peseta y cincuenta céntimos.

—¿Dice entonces que el ropero está en posesión de Dolores ahora?

—Fue a partir de entonces cuando la mujer conjuraba a los espíritus a presentarse ante los presentes, con éxito en la mayoría de las ocasiones. Se manifestaban de muchas formas y maneras, a veces incluso a través de ella misma. Transmitía mensajes del más allá... porque seguro que de aquí no eran. Por eso creo que usted debería hablar con ella —aseguró Tomasa con rotundidad—. Estoy segura de que le ayudaría a descubrir al asesino de don Paco.

Don Casto miró a la mujer, que escudriñaba en su rostro intentando descubrir el menor gesto de asentimiento, complicidad o quizá de debilidad. El hombre sonrió y le aseguró que, a pesar de ser gallego, no creía ni en las *meigas* ni en los espíritus, aunque, llegado el estado en el que se encontraba el caso, de hallarse sin otra cosa que llevarse a la boca, escucharía al primer espíritu que se pusiera a tiro.

Capítulo 21

El interrogatorio del veterinario

Pedro resultaba tosco a primer golpe de vista. Un Pizarro tosco que, de veterinario como tal, no ejercía «¡Por suerte para los animales!», pensó el comisario al conocerlo. El hombre presumía además de conocimientos profundos sobre estirpes y árboles genealógicos; se dedicaba, desde hacía años, a reconstruir el de su familia, los Pizarro. Sin embargo, su forma de proceder y de investigar era, al menos, un tanto peculiar.

Sobrino de don Paco e hijo de la difunta hermana de este, Cándida, Pedro anhelaba ser descendiente de alguien en concreto; alguien importante, claro. Alguien que le resultaba impactante, y ese alguien era Francisco Pizarro, conquistador del Perú. Era innegable que el apellido ayudaba bastante. A partir de ahí, desde el histórico personaje, tenía que llegar hasta su estirpe familiar y hasta su persona: un veterinario de Camino de Piedras, por cuyas venas circulaba sangre aventurera, militar y de conquistadores (creía convencido).

Durante su encuentro, el hombre se atrevió a afirmar, incluso, que Cristóbal Colón se había adelantado a su predecesor en el descubrimiento de América solo porque había nacido antes, y también que parte de la fortuna de su familia se había debido originariamente a la inmensa riqueza del imperio Inca, que su ancestro conquistó y se apropió. Una sarta de barbaridades históricas que le mantenían, sin duda, entretenido.

Por su parte, el hermano de Pedro, Francisco —enteco de físico y matemático de estudios—, lo justificaba diciendo que, mientras se dedicara a esos menesteres, no hacía otro daño a nadie

(entre ellos a los animales).

—¿Recuerda usted algo especial o que llame su atención en el día de autos? —fue la primera pregunta de don Casto a Pedro.

—Sí —respondió este sin titubeos, a lo que el inspector mostró una expresión de interés—. Los aperitivos eran escasos. El año pasado, el tío Paco fue más espléndido.

—Ya. Es llamativo, sí. Pero me refiero en concreto a, por ejemplo, ¿con quién estuvo usted entre las 4:30 y las 7:30 de la tarde? En ese intervalo de tiempo, ¿entró en la casa en algún momento?

—Yo me marché antes de las siete y media. Acerqué a don Julián, el cura, hasta Camino de Piedras desde la finca. Tenía que oficiar misa a las ocho, dijo. Hasta esa hora, las seis y media más o menos, estuve con mis primos en el jardín, con Dionisio, el cachondo de Curro y con mis primas Candela y Rocío, las de la farmacia.

Pedro se detuvo un segundo.

—Y sí, recuerdo que entré en la casa, al cuarto de baño del primer piso. El aseo de la planta baja, junto a la cocina, tenía estropeada la cisterna. Siempre lo está. Lo cierto es que nunca la he visto funcionando, ahora que lo pienso...

—¿Sabe a qué hora subió al primer piso?

—No, solo me acuerdo de que estaba reventando por llegar, pero fue casi después de comer, al poco rato.

—¿Estaba cerrada la puerta del dormitorio de su tío?

—No sé. No presté atención a ese detalle, no lo comprobé. ¿Por qué lo iba a hacer? ¡Yo solo quería llegar a la taza del cuarto de baño cuanto antes! —arrojó sin tapujos.

—Deduzco que no escuchó nada al pasar por el dormitorio de su tío, algo que llamara su atención, cualquier sonido o ruido o susurro. Alguna cosa...

—Nada, solo escuchaba a mi vejiga a punto de explotar. ¡Ah! También vi a mi tía María, que caminaba por el pasillo con dificultad. Me dijo que descansaría en uno de los dormitorios vacíos.

—Bien. Muchas gracias —asintió el comisario—. Ya le llamaré

de nuevo si necesito hacerle alguna otra pregunta. Perdone, una curiosidad..., ¿de qué hablaron sus primos y usted en el jardín?

—No lo recuerdo. Seguro que de lo de siempre, que si la siembra, que si los jornaleros, de la comida, de la familia... No sé, no lo recuerdo. Oiga, ¿no enciende nunca la pipa que lleva en la mano? —le preguntó entonces el interrogado con curiosidad.

—Es solo de adorno. Me ayuda a pensar. ¿Usted fuma?

—No fumo, no. Soy de los pocos en la familia que no lo hace...

—Hace bien. ¡Ah! Casi me olvido. Una última pregunta. ¿Qué calzado llevaba usted aquel día?

—Este —dijo Pedro señalando su pie derecho, que adelantó de forma visible—, ¿por qué?

—No tiene importancia. Gracias de nuevo.

Don Casto se apresuró a anotar en su pequeña libreta de páginas cuadriculadas: el veterinario vestía zapatos de piel negra y suelas de cuero lisas. No fuma. APA (código en clave que se traducía por «aporta poco, aparentemente»).

—Oiga, señor comisario —le indicó el veterinario antes de dejarlo ir—, si me permite una pregunta...

—Dígame, a ver si soy capaz de contestarle.

—¿Es usted de la secreta?

—No, señor. Yo soy de investigación criminal, no me dedico a otra cosa —atajó él sin ocultar el enfado.

Capítulo 22

El interrogatorio de Dolores, la sirvienta

—Estoy muy nerviosa, señores. Muy nerviosa. No se me quita de la cabeza el señorito don Paco, acostado en la cama, con toda la sangre. ¡Virgen santa! Y los ojos abiertos de par en par, que me miraban fijamente, como diciéndome algo...

—Señora —interrumpió el inspector Guillermo, que acompañaba en esta ocasión a su jefe en el interrogatorio—, el cadáver tenía la cabeza girada hacia el lado opuesto de la puerta, ¿cómo asegura usted que la miraba?

—Pues a mí me pareció que sus ojos se clavaban en los míos. ¿Qué quiere usted que le diga? Pobre hombre. Estoy muy nerviosa, señores policías. ¿Qué puedo decirles?

—Intente decírnoslo todo. Todo lo que recuerde, desde que entró por primera vez en la habitación, el día de autos, hasta que salió.

—¿Qué día dice usted?

—El día de marras, el del asesinato —apostilló Guillermo—, a eso se refiere el comisario. A ese día en concreto.

—Veamos... El señorito se levantó más temprano que de costumbre porque era el día que venía toda la familia a comer.

—¿A qué hora? —inquirió el comisario.

—A las nueve de la mañana. Desayunó en el comedor pequeño, junto a la cocina, como de costumbre. Después estuvo en el despacho con su sobrino mayor, el señorito Ladislao, durante un buen rato, y luego se dirigió al jardín de la entrada, al arriate de la fuente, y se dispuso a cortar varetas de nardos. Cortó muchas y nos mandó que las repartiésemos en varios jarrones, que se colocaron

en distintos sitios de la casa. Al señorito le gustaban mucho desde siempre.

—¿Qué herramienta utilizó para cortar los nardos? —se apresuraron a preguntarle.

—La que utilizaba siempre. Las tijeras de podar..., ¿cuál si no?

—Sí, claro —afirmó el inspector—. Yo no entiendo de flores ni de cortarlas. ¿Dónde guardan las herramientas?

—Están en la casetilla del jardinero, a la espalda de la capilla. Las llaves las tiene Pepe «Gil-Robles».

—¿El jardinero se llama igual que el político? —Aquel nombre llamó su atención.

—No, qué va, y no es el jardinero. Es el capataz de la finca desde hace ya más de diez años. Me acuerdo, como si fuera ayer mismo, de cuando el señorito le dio el cargo. Pobre hombre —susurró ella con una mirada ausente—. Entiéndame, lo de Pepe es verdad, así se llama; lo de «Gil-Robles» es porque habla mucho, ¿sabe? Un apodo que le pusieron en el pueblo.

—Ya me parecía a mí... ¿Y la señora? ¿Se levantó con él? Con su marido, quiero decir.

—¡Qué va! ¡La señora es muy madrugadora! A pesar de su artrosis, a las siete de la mañana ya está en la cocina dando órdenes y diciendo cuál será el guiso del día.

—Bien. Continúe, por favor.

—Poco más hay que decir. Que justo después, siempre igual, empieza la faena de limpieza de las habitaciones. El dormitorio de los señoritos don Paco y doña María la primera, a fondo todos los días, ya se lo dije el otro día cuando me preguntó. Y la cama, por su puesto, que era una obsesión de don Paco. No soportaba las arrugas en la colcha ni en las sábanas, y mucho menos notar el más pequeño bulto en el colchón. Estos colchones de borra dan mucho trabajo, sobre todo si el que duerme en ellos es un pejiguera, como el señorito...

—Ya —asintió el comisario—. Después de arreglar la habitación, a fondo, como usted dice, ¿qué hizo?

—Seguir con el resto de las habitaciones, la de los señoritos

Gonzalo y Rosario, la de doña Adela, que se quedó a dormir en la casa la noche anterior, y después corriendo a la cocina a ayudar a Concha, la cocinera, y a Pepa, la otra sirvienta jovencita. Tenían mucha faena por delante ese día, con tanta gente para comer.

—¿Recuerda si alguien entró en el dormitorio cuando el señorito estaba descansando?

—Yo no sé nada de eso, pero muchos fueron al primer piso. Desde la cocina vemos quién sube por las escaleras. El cuarto de baño de los señoritos está arriba. Aquí, junto a la cocina, hay uno pequeño que utilizamos nosotras, pero la cisterna no funciona desde Dios sabe cuándo. Nos apañamos con cubos de agua de ese pozo —dijo Dolores señalando al brocal blanco, enjalbegado recientemente.

—¿No advirtió nada extraño en nadie? ¿Algo que llamara su atención?

—¡Qué quiere usted que vea! —espetó ella—. Son todos de la familia. Yo subí al piso de arriba varias veces, antes y después de la comida. Limpiaba el cuarto de baño después de que algunos hubieran subido y se marcharan de nuevo al jardín. ¿Sabe usted, señor policía? Yo solo soy Dolores, la criada. Nada más. Y hago igual que los tres monitos esos: ver, oír y callar.

—Bueno, señora, exactamente no es así como usted lo dice, pero la quiero entender. —Don Casto trató de sonar comprensivo —. Al menos, vería usted a don Paco cuando se dirigió a su dormitorio…

—Mientras subía las escaleras me pidió que le llevara un vaso con agua a su habitación. No se encontraba muy bien del estómago, sentía ardores. Lo achacó al guiso de venado. «Mil veces le he dicho a esa mujer que no lo adobe tanto, que me va a matar de una indigestión. Sé que me tiene inquina desde hace tiempo y la voy a despedir, a ella y a su hija», se lamentaba y refunfuñaba mientras subía los escalones. Se refería a Concha, la cocinera, ¿sabe usted?

Dolores hizo una breve pausa, en la que tanto don Casto como Guillermo asintieron.

—Cuando le llevé el vaso con agua ya estaba recostado de

lado en la cama, un poco encogido, como apretujándose el estómago. Le puse el vaso en su mesilla de noche y le pregunté si necesitaba algo más. «Sí, que te marches», me contestó de malos modos. Después de aquello, lo que usted ya sabe —dijo ella, llevándose el mandil a los ojos para secarse las lágrimas, que comenzaban a brotar—. ¡Qué desgracia, Dios Mío! ¡Virgen del amor hermoso!

—¿Por qué aseguraba don Paco que la cocinera le tenía aversión? «Desde hacía tiempo», me ha parecido escucharle. ¿Qué quiso decir?

—Eso son cosas íntimas de la familia —balbuceó la mujer, mostrando mayor nerviosismo, si cabía—. Ya se lo dije antes, señor, yo soy una sirvienta y nada más. Lo que pasó entre el señorito, que en paz descanse, y Concha es cosa de la familia... Y de aquello hace ya casi dos años. Pregúnteles a ellos, a ella y a la familia, señor comisario. Yo no sé nada. Igual que los monitos...

—Es posible que lo haga. —Pero el inspector no terminó su interrogatorio ahí—. Usted fue quien descubrió el cadáver. ¿Qué hacía allí en ese preciso momento?

—El señorito me encomendó que lo llamara si a las siete y media seguía dormido. Eso hice. Llamé a la puerta y, viendo que no contestaba a pesar de mi insistencia, decidí abrirla despacio al tiempo que le avisaba «señorito, que es la hora». Y fue entonces cuando lo vi todo. ¡Virgen santísima! La sangre...

—Gracias, señora, es todo por el momento.

Tanto don Casto como el joven inspector hicieron el ademán de marchar.

—Solo una pequeña curiosidad: ¿Por qué se refirió usted a Pepe, al capataz, como «pobre hombre»?

—Verá usted, es por lo de su hijo Juanito por lo que Pepe me da mucha pena. Pobrecito. Lo perdió con diez años, un crío apenas.

—¡Vaya! —susurró el comisario apesadumbrado—, sí que es una desgracia.

Don Casto anotó en su pequeña libreta cuadriculada bajo la mirada atenta de su ayudante: Dolores, la sirvienta, AM.OA.C («aporta mucho, oculta algo, clave»).

Capítulo 23

Don Casto y Rafael, el periodista

La salita de estar de la pensión Tomasa, como así le gustaba llamarla a la propietaria, tenía mucho de «salita», por lo de diminuta, y poco «de estar», por lo incómoda. Un sofá biplaza de enea y dos ridículas sillas, de las que cualquier trasero normal sobresalía cuando menos un palmo, rodeaban una pequeña mesa de formica ajada con ínfulas de aparente mármol negro veteado y que sostenía un cenicero de cerámica de Salvatierra, roto y pegado de forma grosera. El dibujo de flores de su fondo que se intuía desaparecía entre capas de alquitrán oscuro y nicotina, recordatorio de cientos de cigarrillos. Todo el conjunto resultaba, en sí, casposo.

Tanto el comisario Aneiros como Rafael coincidieron en aquel incómodo habitáculo. Se saludaron y, tras un comedido silencio, don Casto decidió romperlo con una pregunta.

—¿Qué le trae al pueblo, joven?

—Supongo que lo mismo que a usted —respondió el periodista—: conocer.

—Disculpe mi pregunta, es deformación profesional, o quizá lo contrario, según se vea... Me llamo Casto Aneiros, comisario de policía —dijo alargando su mano para saludar.

—Rafael Garrido, periodista del *Extremadura*. Un placer. Lo imaginé al verle, más o menos.

—¿Tengo pinta de policía? ¿Eso quiere decir?

—No, no es eso..., pero estaba seguro de que no era un tratante de ganado.

—Vaya suerte la mía —contestó el gallego mirando al techo,

de donde pendía una araña colgada de un frágil hilo de seda—, ¡como para disimular!

—¿Y yo? ¿Tengo pinta de reportero?

—Ahora que le observo, sí. Pero antes tampoco me pareció un agricultor —decretó sonriente, mientras se sacudía la araña de la rodilla del pantalón.

—Oiga, ya que se ha presentado, ¿le puedo hacer una pregunta?

—Claro, joven, pregunte.

—¿Es usted de la secreta?

—¡Qué *carallo*! ¡Vaya manía tenéis todos! Dígame, ¿tengo pinta de Gestapo?

—¡Ni mucho menos! Parece usted normal. Por eso me extrañaba.

—Pertenezco a la Brigada de Investigación Criminal. Cri-minal, no social. Ni persigo ni torturo a rojos, si esa es su pregunta.

—No pretendía una aclaración tan precisa, comisario. Y tenga cuidado con lo que dice, que le recuerdo que soy periodista y, según la policía, no somos nada de fiar. Podría hacer un artículo con sus palabras. Se aprecia una muy vaga alineación con el régimen... —concretó sonriente.

—Por esa misma razón, que es usted periodista, joven, ¿quién le creería? Mi currículo es solvente en los medios en los que debe serlo, ¿y el suyo?

—Serví al Caudillo durante la contienda, como alférez...

—No está mal. Nada mal —asintió don Casto—. ¿Y si nos dejamos de sandeces?

—Estamos de acuerdo. ¿Qué tal va la investigación? —preguntó Rafael, yendo directo al grano.

—Igual que va su artículo periodístico, seguramente. Nada digno de destacar. Oiga, usted me puede llegar a caer bien, tiene cara de ser una buena persona. No sé si es natural o algo forzada, pero bueno, quiero creer que no es impostada, de cualquier modo. Los dos sabemos que un periodista y un policía no son precisamente la mejor combinación para que resulte un buen cóctel, pero aquí estamos. Cada uno con su cometido y

responsabilidad, pero con una diferencia sensible entre ambos: el policía decide cuándo algo debe mantenerse en secreto y cuándo no. Y el periodista debe acatarlo, ¿estamos de acuerdo?

—Es incuestionable y, por lo tanto, indiscutible, pero ¿qué me quiere decir con eso?

—Que nos llevemos bien. Yo prometo decirle todo aquello que pueda ayudarle en su trabajo a cambio de que usted no meta sus narices donde su intuición y sentido común le indiquen y, por supuesto, si el azar, llamémosle de esta forma, le brinda algo que pueda serme útil para la investigación, confío en que me lo haga saber. Así, seguro que salimos ganando los dos. ¿Le parece bien?

—Me parece aceptable, señor. Ahora sí me recuerda usted a un policía de verdad... De investigación criminal, quiero decir. Antes no lo parecía tanto.

—No lo dudo. A nadie le gusta mostrarse como realmente es, ¿sabe por qué? —Rafael se encogió de hombros—. Porque nadie desea conocer a los demás como son. Por este motivo todos simulamos ser lo que no somos.

El comisario se levantó de su asiento antes de despedirse.

—Suerte con su artículo.

—Lo mismo le deseo. Encuentre pronto al asesino.

Don Casto lo saludó a su salida acariciando con suavidad el ala de su borsalino mientras sonreía.

Capítulo 24

Una historia para un artículo

Sentada en el salón comedor, junto al ventanal que daba al patio interior, Antonia abrió por donde lo había dejado el libro que le había prestado su cuñada Rosario. Apenas había leído un par de páginas, las suficientes para que un estremecimiento la invadiera y decidiera posponer la lectura para otro día. Ese día era hoy, ahora. Pasó las hojas ya leídas y decidió continuar en el siguiente capítulo:

CAPÍTULO II
LA HUIDA

¡Qué difícil resulta volar sin que nadie te haya enseñado a hacerlo! Solo la rabia es capaz por sí sola de vencer la voluntad del débil. Esa rabia me mostró el camino fuera de la miserable vida que tenía. Nada más que llevar, nada por lo que mirar hacia atrás, nada que recordar (o, mejor, nada que querer recordar). Me bastaba con llevarme a mí mismo lejos y vencer el miedo. Mi miedo, el que me atenazó durante treinta años, esclavizándome a vivir, día tras día, sin vivir. Avergonzándome de mí mismo, sintiendo en mi alma el desprecio de los demás; sin espejos en los que mirarme ni poder presumir de una imagen (la que fuera, pero mía).

Cada amanecer era un castigo y cada noche me brindaba la oportunidad de desaparecer, de no vivir a los ojos de nadie. Decidí por rabia que ya era hora de borrar mi imagen para siempre, de descansar del infortunio, de que los demás descansaran también de su necedad y pudieran sentirse felices, por fin, en mi ausencia. Muerto el perro, se acabó la rabia. El perro murió para ellos, pero no la rabia; esta me mantuvo vivo para siempre (o al menos durante muchos años).

Allí tan solo dejé mi venganza, y no presumo de ella. Me avergüenza pensar que mi bajeza no fue muy distinta de aquella que me

profirieron. Al final, la casta emerge por encima de los refinamientos, los modales y las clases de piano y, al igual que lo hace una máscara, no logra ocultar un rostro eternamente...

—Señorita, llaman a la puerta. —Consuelo interrumpió su lectura—. Voy a ver quién es —dijo dirigiéndose a la entrada de cierto malhumor.

—Buenas tardes, ¿está la señora? —preguntó la voz de Rafael.

—La señorita sí está. Está leyendo en el salón. Pase usted, que ahora la aviso.

En esta ocasión Rafael pudo observar el amplio zaguán. En un arcón, un jarrón con numerosos nardos embriagaba el ambiente con avidez, tanto que parecía no haber más aire que respirar que el de aquel denso perfume.

—Hola, Rafael. Buenas tardes. —Antonia se apresuró a recibirle ofreciéndole su mano como saludo—. Vaya, ¿en qué puedo ayudarle?

—Bueno, pasaba por aquí. El pueblo no ofrece muchos sitios donde ir —se excusó con una sonrisa— y pensé que a lo mejor podíamos charlar un rato sobre lo que le dije, algo de su familia y la de su marido... Nada trascendental, por supuesto. Pinceladas para iniciar un artículo...

—Alfonso no está aquí en estos momentos. A esta hora solía ir a la tertulia de familia, con su padre, claro... Ahora aprovecha la misma hora para ver a su madre. Está con ella ahora mismo, ya que no se ha recuperado todavía.

—Sí, claro. Disculpe mi atrevimiento, no lo pensé dos veces. Vendré otro día, cuando usted me diga.

Antonia lo miró fijamente y después llevó la mirada hacia Consuelo, que continuaba de pie junto a ellos.

—Bueno, ya que está aquí podemos hablar mientras esperamos a Alfonso, que no creo que tarde mucho en llegar. Venga al salón, ya lo conoce. Consuelo nos prepara un café, ¿verdad?

Consuelo sonrió forzada y se dirigió a la cocina sin más dilación.

—De verdad que no creo poder serle útil —insistió Antonia

mientras se dirigían hacia el salón—. Al igual que lo es la mía para ellos, la familia de Alfonso es desconocida para mí. Alfonso y yo nos conocimos más por nuestras palabras que por nuestro contacto. Fue una relación por carta, casi siempre, y durante cuatro años. Algún verano aprovechábamos para vernos, pero siempre vigilados, a pesar de la edad. Se podrá imaginar entonces que no conociera a mi futura familia como lo hubiese hecho de haber tenido otro tipo de relación. Creo adivinar que eso era lo que se estaba preguntando y lo que piensa en estos momentos, ¿no?

—Yo... No sé. La verdad es que creo que no pensaba nada en concreto —contestó Rafael de inmediato, visiblemente contrariado.

—¿No se le ha pasado por la cabeza preguntar cómo nos conocimos mi marido y yo? Vamos, no se ruborice, que no es para tanto.

En efecto, Rafael se ruborizó sin poder evitarlo, pero no por esa pregunta, que ni por asomo se le habría ocurrido de entre todas las que inundaban su mente. El rubor se debía a que en el justo momento en que Antonia le retó a adivinar sus pensamientos no era ella a quien Rafael creía tener frente a él. Era María, que le miraba con dulzura de la misma forma que lo había hecho quince años atrás. Escuchaba a Antonia, pero la veía a ella y proyectaba la imagen de su joven amada.

Lo único bueno de la guerra había sido que lo hacía recordar con intensidad aquellos escasos momentos felices que, aunque fugaces, habían sido capaces de eclipsar con el tiempo la barbarie del resto. Por un instante le había parecido que Antonia le había descubierto y leído la mente. «Vuelvo a ser un estúpido idiota», pensó. Antonia no era vidente o adivinadora.

María, ¿qué estaría haciendo en esos momentos? ¿Se acordaría de él? ¿Por qué nunca más se atrevió a llamarla y volver junto a ella cuando la guerra terminó? Quizá todos (o al menos todos los que habían sobrevivido) estaban demasiado ocupados en aprender a vivir de nuevo. Sí, quizá había sido eso lo que había sucedido.

—¡Rafael! —Antonia interrumpió sus pensamientos—. Se ha quedado usted mudo. ¿Se encuentra bien?

—Oh, no. Disculpe, Antonia, pero sí. No pude evitar preguntarme cómo se conocieron y también cómo resistieron esa relación durante tantos años. Me ha leído el pensamiento. No hay quién pueda con la intuición femenina. El rubor me ha delatado…

—No se preocupe. Es normal que sabiendo que fue una relación de casi cuatro años, a distancia, se haga esa pregunta. Cualquiera se la hubiera hecho. Nos conocimos en una boda. Mi amiga se casó con un amigo de carrera. Coincidimos en la cena, estaba sentado a mi lado, y la conversación terminó en flechazo. Después de aquel día se sucedieron cartas, cartas y más cartas hasta que por fin… Y eso es todo, amigo Rafael. ¿Y usted? No se casó, ¿verdad?

—No. Si le digo la verdad, no tuve tiempo…

—Eso es porque no encontró a su media naranja, de lo contrario hubiese tenido todo el tiempo del mundo.

—Es posible, pero no, no la encontré o no la busqué. O quizá ni me detuve a verla… No sé.

—Todo llegará. Es usted muy joven.

Rafael llevó la vista hacia el suelo, esquivando la mirada de la mujer, y volvió a su pequeña ensoñación con María. Pensó que Antonia deduciría en algún momento su pensamiento y no quería ser descubierto.

—Los Pizarro, su familia, son numerosos, ¿verdad? —preguntó entonces reanudando la conversación que le había llevado a la casa—. Al menos eso me han comentado en el pueblo.

—Sí. Así es. Es una estirpe muy antigua, arraigada en Extremadura desde hace siglos, diría yo. Descienden de Pizarro, el conquistador… O al menos eso afirma el entendido de la familia. Quizá es más bien lo que él desea.

—El difunto don Paco era juez de paz, pero eso no da ingresos…

—Vivía de sus fincas y de sus negocios de manera holgada. Y ayudó mucho a la familia, a todos ellos.

—¿Quién podía odiarlo tanto como para cometer ese brutal asesinato? Al parecer, el robo queda descartado, o al menos eso llegó a mis oídos. El mesonero, Frasco, creo que se llama, me decía

que los ricos, todos, el que más y el que menos, tienen enemigos. Y creo que no le falta razón. Generan envidias, a veces sin proponérselo y otras sí, pero ¿también en el seno de la familia?

—¿Por qué dice usted eso, Rafael? ¿Por qué se refiere a la familia?

—Bueno, no había nadie más en la casa, según tengo entendido. Todos lo saben.

La conversación amenazaba adentrarse en arenas movedizas, con el peligro para Rafael de ser engullido por estas para no salir jamás. En una fracción de segundo, el periodista decidió cambiar el rumbo de la charla. Y acertó.

—¿Es ese el libro que estaba leyendo? —se interesó, señalando el ejemplar que descansaba sobre la mesilla.

—Sí. Me parece interesante, ¿lo conoce?

—Lo conozco —asintió él mientras miraba la cubierta—. He leído los tres libros del autor. «El Más Grande.» Son enigmáticos, todos ellos.

—Es interesante conocer su opinión. Yo solo he leído unas páginas y su lectura me provoca tristeza... O angustia... No sé. ¿Conoce usted alguna otra palabra que lo describa con mayor fuerza?

—Zozobra. Esa lo recoge todo. Algo parecido me sucedió cuando acabé de leer el tercer libro, *Una vida de ensueño*. No fue tan intensa esa angustia, pero sí, algo me decía, en esa parte del cerebro que nada tiene que ver con lo racional, que la fantasía del autor había quedado de algún modo esclavizada por la realidad que pudo vivir, o que llegó a conocer.

Fue entonces cuando Antonia, irreprimiblemente, no pudo evitar contarle la historia que Rosario le había confiado. Antonio, el Enano deforme de la familia Pizarro, y el encierro que padeció durante años, con su destierro voluntario. También compartió con él la hipótesis que mantenía su cuñada y la coincidencia que veía en el Enano fugado y el famoso escritor.

—No es algo imposible —insistió Antonia al observar la expresión de escepticismo de Rafael.

—No, no lo es —respondió él, más para complacerla que por

convencimiento.

—Pretendo leerme sus tres obras, pero hágame un escueto resumen de cada historia, de cada uno de los volúmenes, si es tan amable.

—Sería como descubrirle el secreto que encierra cada libro... —se negó Rafael—. Perdería su interés en la lectura. No debo...

—Hágalo. Omita lo que quiera, pero necesito saber. Con su hipótesis, Rosario despertó mi curiosidad.

—Bien. Lo intentaré, pero que conste que yo vine a escuchar, no a narrar —se justificó él sonriendo—. El primer volumen, *Las alas rotas*, describe una situación de la que se deduce, o al menos yo así lo percibí, que al protagonista de la novela lo mantuvieron encerrado en un manicomio, pero no lo dice de forma expresa. Constantemente se repite a sí mismo que él es normal, o al menos así se ve.

—Es coincidente en cierta manera —apuntó Antonia.

—Entonces decide escapar de esa especie de encarcelamiento. Traza un plan para huir del manicomio, pero al hacerlo comete un crimen. De nuevo, no lo dice expresamente, pero intuyo que mata a alguien y esa circunstancia lo persigue toda su vida. Siente un extraño arrepentimiento que no abandona en ninguno de sus libros. Se lamenta cada vez que su memoria le recuerda ese pasado del que no puede desprenderse. A partir de la huida, situaciones, gentes, ciudades que conoce, le golpean y le hacen madurar... y sufrir. Señala con tristeza el episodio de su vida en el circo. —Antonia frunció el ceño y Rafael se apresuró a aclararle—: Habla de un circo que le dio la oportunidad de trabajar, el circo Colón. El autor describe con crudeza las vejaciones que sufre el personaje y da a conocer, a través de las páginas, que el protagonista padece una deformación física que produce el rechazo y la burla de quienes le ven. En efecto, padece acondroplasia, una variedad de enanismo y, en definitiva, una monstruosa atracción de circo.

—También lo es, en cierta manera. Coincidente, quiero decir... —volvió a añadir Antonia.

—El primer libro es una búsqueda de la identidad, y también es para el protagonista poder conocer el mundo que le rodea y que

le apalea sin razón, o con la razón del rechazo que inspira. El autor, con destreza literaria a mi parecer, da fin al primer volumen transmitiendo la esperanza del protagonista en alcanzar un sueño, aquel que cualquier ser humano tiene derecho a proyectar. No desfallece, y la misma rabia que logró hacerle salir de la prisión, le impulsa a continuar, firme y sin titubeos. *Las alas rotas* da paso así al siguiente volumen y segunda obra del autor: *Entre sombras*.

—Me resulta fascinante, Rafael. Asombrosamente fascinante y coincidente…

—Reconozco que guarda cierta similitud con la historia que me ha contado, aunque añadiéndole algo de imaginación.

—Bueno, de eso saben mucho ustedes los periodistas… —contestó sarcástica—. ¿No se le ocurre profundizar en el asunto y lograr escribir el artículo de su vida?

El periodista no disimuló la mueca de asombro y perplejidad que le provocó la pregunta de la mujer.

—No parece una idea descabellada del todo, pero ¿por dónde empezar?

—Comience conociendo a mi cuñada Rosario. Se la presentaré. Seguro que ella le descubre cosas y le facilita pistas. El resto, Rafael, será labor de su habilidad periodística, de la que no dudo.

—Bien. Lo pensaré y hablaremos. Sí —asintió para sí mismo —. Creo que he de pensarlo. Se ha hecho un poco tarde y su marido no ha llegado. Debo marcharme ya. Gracias por el café y por la charla. Salude a Alfonso de mi parte cuando regrese.

—Así lo haré.

Antonia detuvo la marcha de Rafael con sus palabras:

—Antes de que se vaya deseo rogarle dos cosas y darle una noticia.

—Si está en mi mano, no dude que la complaceré —asintió él.

—No divulgue lo que le he contado más allá de lo imprescindible e inevitable, por el momento. Confío en su prudencia y sentido común. —Rafael la tranquilizó con un gesto afirmativo—. La segunda es que prometa que continuará

hablándome, en otro momento, de los dos libros que restan...

—Cuente con ello. Con ambas peticiones... ¿Y la noticia?

—Hablé con María. Le conté nuestro inesperado y grato encuentro y le di recuerdos de su parte. Al principio guardó un prolongado silencio. La noticia le impactó igual que a mí. Luego, cuando salió de su asombro, me devolvió el saludo y me dijo que deseaba verle cuando viniera al pueblo. Y eso es todo. Se sintió muy feliz.

Rafael se despidió casi sin pronunciar palabra. Un nudo en la garganta le secuestró la voz. Tan solo alzó su mano a modo de separación y caminó por el pueblo hasta la pensión; debía hablar con su jefe y comunicarle que aplazaría el regreso a la redacción durante unos días más ya que el artículo sobre el asesinato así lo requería. También le anunciaría que una impactante historia que recién había llegado a sus oídos podría ser motivo para un buen y exclusivo artículo. Evitaría adelantarle lo que ya sabía, que no era mucho, pero suficiente para que el torpe de su jefe lo estropeara. Esperaría a tener algo más sólido que poder venderle.

Así lo hizo y así el jefe lo autorizó, sin grandes esfuerzos por parte de Rafael, a que permaneciera en el pueblo durante un tiempo. Antonia lo había convencido con la historia del Enano y su paralelismo con el escritor. Pero había algo más convincente aún por lo que quedarse: María. Anhelaba volver a verla, y al parecer, ella también lo deseaba. «Se sintió feliz», había asegurado Antonia. Esas palabras le aceleraban el pulso.

Capítulo 25

Interrogatorio de Francisco, el matemático

—En la sobremesa estuve la mayor parte del tiempo soportando, como de costumbre, las sandeces de mi hermano Pedro sobre el árbol genealógico de la familia. Árbol que nunca concluye. ¿Y sabe por qué no lo hace? Sencillamente porque le aterra conocer la verdad, al menos la verdad que yo pienso. Pariente tras pariente, detrás de una frondosa arboleda de datos, nombres y algunas fotografías ocres, llega hasta Trujillo.

Francisco tomó aire y continuó.

—Allí nació el conquistador, quien, dicho sea de paso, era más pobre que las ratas. El primer Pizarro, o en realidad, el Pizarro que interesaba. Un hombre que, a pesar de ser un bastardo y no tener riquezas, consiguió en poco tiempo acumular una de las mayores fortunas del Imperio. Ese es el principio, el origen y punto de partida con el que se inicia el acervo familiar, afirma mi hermano, convencido. Pero hasta llegar a él tropieza con un obstáculo insalvable, que no ha logrado resolver: Pizarro, el conquistador, se casó, según cuenta la historia, con Inés Huaylas, hermana de Atahualpa. Con ella tuvo dos vástagos: un varón, Gonzalo, que murió muy joven y sin descendencia, y una mujer, Francisca Pizarro Yupanqui.

Don Casto asintió con paciencia.

—¿Quién cedió, entonces, el apellido a la familia? Con la mujer, el apellido queda esclavizado a la desaparición y al olvido. Más tarde Pedro descubrió que «el conquistador» no lo había sido solo de tierras, sino de muchas mujeres y, en consecuencia, había tenido más hijos: Francisco Pizarro y Juan Pizarro. Se centró en

este último y parecía una obsesión llegar hasta él para demostrar que este había sido el último peldaño para llegar, por fin, al primer ascendiente de la familia: don Francisco Pizarro, el conquistador. Sin embargo, no pudo ser como deseaba Pedro y el vínculo se debió a algún otro bastardo, que seguro que más de uno había, fruto de los escarceos del tal Juan Pizarro con una de las criadas, o una furcia. ¿Era ese el origen? Creo que sí. ¡Todo un dilema para mi hermano! Descendientes de una criada, una vulgar fámula o, peor aún, de una prostituta. Un final decepcionante para él. Pero ¡qué más da! —espetó, interpelando a don Casto—, ¿no le parece a usted, señor comisario? Los espermatozoides no saben de moral, ni de apellidos o de estirpes. Lo cierto es que mi hermano Pedro, el diletante de los árboles genealógicos, se ha quedado estancado ahí, y por muchas podas que intenta hacerle al dichoso arbolito, no resuelve el asunto.

El interrogatorio tenía lugar en la comandancia de la Guardia Civil, en una pequeña salita que el cabo Miguel les había facilitado con dicho fin. Una bombilla desnuda que pendía de un cable trenzado, una mesa, dos sillas, un cenicero de cristal opaco y un flexo que recordaba haber sido niquelado en algún momento completaban todo el mobiliario.

—Le agradezco mucho la historia que cuenta —insistió exacerbado don Casto—, pero la pregunta se refería en concreto a que recordara con quién estuvo durante la sobremesa el día de autos.

—Como le iba diciendo, estuve con mi hermano Pedro, con mis dos primas, Candela y Rocío, las de la farmacia, ¿sabe? Y con Curro, el más pequeño del finado tío Dionisio, que, con honestidad, es el primo que mejor me cae. También con Juan, el de Encarna. Juan es amigo, además de primo. Sí, con ellos estuve conversando casi todo el tiempo hasta que, bueno, hasta que se escucharon gritos.

—¿No se separaron en ningún momento? —insistió el inspector.

—Las necesidades fisiológicas no esperan, señor inspector. En algún momento algunos fueron de manera escalonada al cuarto de

baño. Ya sabe, causa de fuerza mayor —dijo Francisco con burla—. Es posible también que alternásemos nuestra charla con otros primos... No sé. Lo normal e instintivo en una celebración de familia.

—Estoy de acuerdo... con eso de mear y de la fuerza mayor. Lo de asesinar, en cambio, sí fue premeditado y nada instintivo. Así que haga un esfuerzo en recordar y dígame, ¿en algún momento se vio usted obligado a ir al cuarto de baño impulsado por esa fuerza mayor que dice? —preguntó el inspector con manifiesta sorna.

—Sí. Sentí esa necesidad —respondió el interrogado con sarcasmo— y subí al primer piso.

—¿Recuerda la hora?

—No estoy seguro, sobre las cinco, más o menos, o las cinco y media...

—¿Y sus primos? ¿Se ausentaron en algún momento?

—Es posible que lo hicieran. Mire, señor comisario, en una reunión familiar no se está pendiente de quién se va a mear o a...

—Sí, claro —le cortó don Casto—. Es comprensible. Me basta con saber que es posible que alguien del grupo se ausentara, como lo hizo usted.

—Bueno, mi primo Curro dio varios paseos hasta la cocina porque rondaba a la joven ayudanta de la cocinera, Pepa, que es bien guapa. Creo que al tercer paseo Concha, la cocinera, que ejerce de madre de la chica, lo echó de allí. Él es así. Todos conocen sobradamente las artes conquistadoras de mi querido primo.

—Cuando subió al primer piso, ¿escuchó o vio algo que llamara su atención? Haga un esfuerzo en recordar, por favor.

—En aquel momento no le di la más mínima importancia, pero sí que escuché algo cuando me encontraba de pie, justo frente al váter. La verdad es que no me llamó la atención, quizá porque estoy acostumbrado a escuchar la voz de Pepe «Gil-Robles», ya sabe, el capataz. Recuerdo que le escuché gritar desde fuera de la casa algo parecido a... «¡Oiga, no haga eso! Tenga cuidado. Es peligroso». Lo olvidé de inmediato. Antes incluso de abrocharme los botones de la bragueta.

—¿A qué pudo referirse el capataz? ¿Tiene alguna idea?

—¿Qué idea cree usted que puede hacerse uno desde el cuarto de baño? No. Pensé que era una de las muchas y continuas advertencias que hace Pepe. El hombre vigila con celo cualquier cosa que afecte a la finca de sus señoritos.

—Ya. ¿Y después de aquello...?

—Regresé al grupo. Las primas más jóvenes, Curro y Juan continuaban en el mismo sitio y hablaban entre ellos con mi hermano Pedro. Llegué y me reincorporé a la conversación, y minutos después la tía Adela se acercó a Ladislao, el mayor de Encarna. Creo recordar que al rato mi primo Juan, el pequeño de Encarna, mantuvo una charla con el cura, don Julián. No parecía pacífica...

—¿Qué quiere decir?

—Discuten mucho entre ellos, a eso me refiero. No le dé mucha importancia, comisario. Al poco rato don Julián se marchó con mi hermano Pedro.

—Ya. ¿Y recuerda de qué hablaron usted y sus primos?

—Claro que no lo recuerdo con exactitud, pero podría deducirlo con certeza porque siempre acabamos hablando de lo mismo: del tío Paco, de la familia, del maldito pueblo y de la mierda de quietud que vivimos aquí... ¡Ah! También de que es imposible echar un polvo, discúlpeme por la expresión, sin que se entere todo el pueblo antes de que pasen cinco minutos después del orgasmo... Tome nota. De eso hablamos, seguro.

Don Casto inhaló con profundidad y prosiguió con el interrogatorio:

—Y allí permaneció hasta que se escucharon los gritos de la sirvienta, ¿cierto?

—Sí, señor. Segundos antes, casi de casualidad, se había acercado mi tía Adela. Fue providencial que pudiera ayudarla. Apenas dio tiempo a intercambiar palabra alguna cuando se escucharon los gritos de Dolores, la sirvienta. Al principio quedó petrificada, pegada al suelo y con una mirada perdida en algún sitio. Al instante comenzó a tambalearse. Casi la zarandeé. La agarré de la mano y juntos subimos las escaleras hasta el primer

piso.

—El impacto pudo ser brutal —afirmó el comisario.

—Así fue.

—¿Su relación con el difunto era buena? ¿Podríamos catalogarla como una relación normal?

—Para contestarle con cierta exactitud, debería aclararme primero lo que usted entiende por «normal».

—Afectuosa, digamos. De confianza, próxima. En fin…

—¿Se refiere a familiar, en apariencia, según los cánones oficiales?

—Me puede servir, por ahora.

—En los Pizarro, la familia es la familia. La honra se antepone a todo lo demás. No hay grietas de cara al exterior. Desde dentro todos vemos las fisuras, y no son pocas, pero las silenciamos porque ese es el secreto de nuestra continuidad. Se apuntala lo que sea necesario para que así sea. El tío Paco no fue mi ideal de tío. Me criticaba frente al resto de la familia, a mis espaldas les hablaba de mi endeblez y de mi carácter «débil», según él. El hecho de no haber tenido relaciones conocidas con una mujer y, en consecuencia, no haber contraído matrimonio con alguna, le brindaba la oportunidad de sembrar dudas sobre mis… —dudó— inclinaciones. «Mientras no dé escándalos», les decía a los primos y a mi propio hermano, Pedro.

Con un suspiro a modo de pausa, Francisco se calmó y reanudó su respuesta.

—Reconozco que llegué a odiarlo cuando era más joven. Me encontraba desvalido frente a él. Ahora ya no. La edad te curte. Sentía indiferencia hacia el tío Paco, aunque hiciese bastante teatro de cara a la familia para que pareciese lo contrario. Mis padres fallecieron y él se ocupó de educarnos y de mantener la finca. No fue en precario, ¿sabe?, pero al menos no corrimos la misma suerte de Dionisio o Ladislao de tenerle como socio en el negocio. ¿Sabe algo que siempre pensé? —le dijo al comisario con honestidad—. Que me hacía participar el primero de todo evento familiar con el propósito de tenerme cerca de él, vigilado. Solo por eso. Pero, en cierto modo, siempre sentí que mi presencia le inspiraba desprecio.

—Entiendo... y agradezco su sinceridad —respondió don Casto.

—Pero esto que le digo, así como la confesada animadversión hacia mi tío, no es suficiente razón como para apuñalarle hasta desangrar su cuerpo. No, no lo es. Si de algo le puede servir, le diré que no fui yo quien empuñó el arma. No lo maté, de hecho, me asusta la sangre. Dios me concedió mucha sensibilidad, quizá por ello me privó del valor necesario como para hacer algo así, aunque lo pudiera desear. Aun así me consta que a más de uno, y de dos, Dios sí les concedió ese valor, además del deseo.

—¿Quiere decir que sospecha de alguien en particular?

—Es posible, pero mi opinión no tiene validez alguna, es irrelevante. Una acusación por intuición y sin pruebas tiene un nombre: se llama calumnia, ¿no es así?

—Correcto —asintió el comisario—. Es suficiente por el momento. Si recuerda algo más, por insignificante que sea, dígamelo. Me hospedo en la pensión de Tomasa.

—No lo dudaba, solo hay una en todo el pueblo —sonrió Francisco—. Así lo haré, pero me temo que no podré añadir nada más sobre aquel día, aunque déjeme decirle algo —añadió mientras se levantaba y paseaba la vista por las paredes de la habitación.

Acabó fijando su mirada en un crucifijo de madera colgado en la pared y la llevó de vuelta al inspector, que permanecía sentado.

—Una última consideración o un desahogo, tómelo como quiera. Si piensa que es soberbia, es probable que acierte. Me consta que Dios me privó de cosas... Algunos las llaman cualidades, fortalezas, cosas como el valor, la tenacidad, el arrojo y algo más..., pero no escatimó en mi inteligencia. Demasiada, dada la media, para calibrar y soportar todo aquello que veo a diario. El paisaje de esta tierra y su gente se tiñe de gris en mi retina. Créame si le confieso que llega a ser insoportable. Todos en la familia le dirán lo mucho que querían al tío Paco, y también le dirán cuánto lo querían en el pueblo. ¡Pero qué próximos están el cariño y el odio! ¡Tan solo se separan por una delgada línea! Mi tío cosechó muchos deudores. Se erigió en el mayor acreedor de la familia y del pueblo

y todos sabemos que a todo acreedor se le ve como al enemigo que acecha. Lo peor de todo es que no solo le debían dinero, también secretos inconfesables que solo él conocía —incidió, añadiendo—: el silencio era su moneda de cambio y el precio, el que él marcaba. En fin, le deseo que descubra pronto al asesino. Descansaremos todos. También la repugnante murmuración.

Don Casto anotó en su pequeña libreta cuadriculada: Francisco, el matemático, AM. I («aporta mucho, inocente»).

Capítulo 26

El Torrezno, de nuevo, y Rosa, la telefonista

—Bien que me engañó usted.

—¿Yo? —preguntó confundido Rafael—. No recuerdo haberle engañado. No entiendo lo que quiere decir.

—Aquel día, en esta misma barra —señaló Frasco—. No me dijo que era periodista.

—Tampoco le dije si era cura o médico... No le dije nada.

—Ya. Pero sí me dijo que era conocido de la familia.

—Y es cierto. Soy amigo desde hace muchos años de la señorita Antonia, ya sabe, la mujer de un hijo del difunto.

Rafael aprovechó esa circunstancia, improvisada y casual, para salir del paso. Continuaba diciendo verdades a medias.

—Mi madre me lo dijo. Espero que se encuentre cómodo en nuestra pensión, ¿piensa quedarse mucho tiempo en el pueblo?

El mesonero inició una especie de interrogatorio mientras continuaba limpiando la barra con un paño del que no se desprendía nunca. Por un momento, a Rafael le pareció que aquel paño estaba adherido a la mano del cantinero de por vida.

—Sí, hasta que cubra el artículo del suceso. Oiga, póngame un tinto como el del otro día.

—Ya veo que le ha convencido. ¿Sabe qué le digo? —dijo acercándose al periodista hasta donde la confianza le permitía—, que las gaseosas y esos refrescos son porquerías. ¡Dios sabe de qué están hechos! Muchos potingues, mucha química, agua ¡y listo! ¡A vender veneno fresquito! ¡El vino es otra cosa! Es sano. Zumo de uvas y clara de huevo para limpiar. Después el alcohol, que viene solo y es desinfectante.

Frasco se acercó a la botella para servirle a Rafael.

—Mire usted, aquí en el pueblo vive Ángel, al que llaman la «verga santa». Tuvo dos hijas y las dos ingresaron en un convento de clausura. Con noventa y cuatro años, todos los días a las seis de la mañana está en su huerto dándole al azadón y alimentando a un puerco que tiene, más grande que un caballo. ¿Sabe usted una cosa? El hombre presume de no haber bebido más de dos vasos de agua en toda su vida. Vino del pueblo. Es todo lo que bebía y bebe. Y no es que esté como una rosa, porque da la impresión de estar *acartonao*, pero ahí está ¡y lo que le queda! Si Dios y el alcohol lo permiten. Yo creo que también sus hijas, las monjas, rezarán por él. Toda ayuda es poca. Lo que yo le digo es que donde esté el vino del pueblo, que se quiten La Casera y esas cosas... y también el agua.

Rafael esperaba pacientemente a que le sirviera la copa de aquel vino tan selecto y sano, al que tantas cualidades otorgaba el cantinero. Por un momento estuvo tentado de decirle que no pretendía entablar una conversación con él, tan solo echar un trago. Lo pensó un par de veces y desistió de hacerlo.

—Sí que está bueno —se limitó a decir—, me sentaré en una de esas mesas, mientras tomo unas notas, ahora que tiene usted el bar tranquilo...

—Claro, hombre. Lo que desee. Está usted en su casa. Tome asiento donde quiera y escriba todo lo que le apetezca. Si alguien entra y le molestan las voces, me lo dice, que les mando callar de inmediato.

—Gracias amigo —le agradeció con una sonrisa, mientras tomaba asiento en un rincón del salón a resguardo de miradas curiosas.

Sobre la mesa colocó una agenda de cubierta negra, un extraordinario y novedoso artilugio, un bolígrafo Bic traído de EE. UU. —regalo de un buen amigo—, y un libro que abrió de inmediato. *Las alas rotas*, de «El Más Grande». Edición de 1942, editorial Biblioteca Nuevos Escritores. Ciudad de publicación: Madrid.

La editorial, que había nacido antes del 36, había publicado el

primer libro del autor de forma inédita. Una acertada apuesta que había consistido en su momento una primera tirada de dos mil ejemplares, y después una segunda, una tercera... Y así hasta la fecha actual, cuando continuaba en boga para el interés de nuevos lectores. Fue anotando en su agenda todos los datos que le podrían servir. La imprenta estaba en la calle Princesa. Anotó un número de teléfono de la editorial; probaría suerte o le pediría a la telefonista que buscase. Tropezaba con un inconveniente, eso sí: la centralita telefónica del pueblo. Estaba seguro de que la telefonista era amiga de Tomasa y de que esta acabaría enterándose de todo (tanto ella como el pueblo entero). Era un riesgo que tenía que sopesar. A lo mejor era más prudente ir hasta Zafra y llamar desde allí. «No es mala idea», pensó. Pero no, lo primero era probar suerte con una llamada a la editorial, correría esa suerte. A lo mejor tropezaba con un deslenguado, como Tomasa, que le desvelaba la identidad del escritor, y su dirección... ¡Por soñar que no quedase! En ese momento decidió hacer la llamada cuanto antes.

—¿Tiene teléfono en el bar? —preguntó Rafael en voz alta, girándose sobre la silla.

Frasco permanecía detrás de la barra, apoyando su barbilla sobre el puño de una mano, que continuaba agarrado al trapo, mientras que con la otra sostenía un lápiz con el que rellenaba un crucigrama.

—No, señor. Aquí no tenemos. A lo mejor el año que viene nos abonamos... Tiene que ir a la centralita. Dígale a Rosa, la telefonista, que va de mi parte.

—Gracias. Así lo haré.

Se lo pensó de nuevo. Como si no fuera suficiente ir por cuenta propia, sin recomendaciones. Sin ellas todo el pueblo se entera en un día; con ellas, en diez minutos. Determinó que no esperaría a ir a Zafra y llamaría desde el pueblo. Se arriesgaría. «Total —concluyó—, tarde o temprano se enterarán», se convenció a sí mismo sin muchas trabas.

La centralita consistía en una pequeña habitación que daba a la calle, junto al ayuntamiento, con una ridícula cabina de madera

que olía a barniz viejo y reseco. Un minúsculo poyete tentaba a mantener la conversación sentado, sin embargo, resultaba incómodo. Al menos el habitáculo le permitía tomar notas sobre una bandeja de madera inclinada y pegada a la pared. Mantenerse de pie, irónicamente, también era incómodo.

A través de un ventanuco de cristal, Rosa, la telefonista, observaba sin disimulo alguno mientras se enfrentaba a un panel repleto de clavijas y luces. Parecía estudiar cada gesto que acompañaba las palabras que escuchaba en el auricular, del que no se separaba ni un solo segundo.

—Oiga, buenas tardes. ¿La editorial Biblioteca Nuevos Escritores de Madrid? ¿Me oye? Me llamo Rafael Garrido, periodista del *Extremadura*, ¿oiga? —Rafael golpeaba con insistencia el interruptor del aparato; apenas se escuchaba—. ¿Sí? Ah, ahora le oigo. Rafael Garrido, del *Extremadura*. ¿Con quién tengo el gusto de...? —Hubo una pausa—. Gracias por atenderme, señor Gálvez. Es un asunto importante. Muy importante. Preciso conocer la dirección o el teléfono del autor de *Las alas rotas*, firma con el pseudónimo «El Más Grande». —Otra pausa—. ¿Cómo dice? Sí, lo entiendo y... ¿Quién puede autorizarlo? —Prestó atención a las palabras al otro lado del aparato—. Ya. Se lo agradezco mucho. Le volveré a llamar mañana, a la misma hora si le parece. Gracias. Muchas gracias.

—Ha sido usted muy breve —le indicó Rosa sin el menor pudor, estirando la palma de la mano—. Son cuarenta céntimos. Le apunto el número para mañana.

—Muchas gracias, señora. Hasta mañana.

Rafael bordeó la plaza y enfiló la calle Carreta en dirección a la pensión. En el trayecto pensó que debía encontrar una razón convincente y creíble a fin de conseguir la dirección o cualquier otra pista que le condujera a «El Más Grande». No sería fácil que la editorial desvelase algún dato o seña del autor. Más aún si ocultaba su verdadera identidad con un pseudónimo. «En fin —se dijo—, ya se me ocurrirá algo. Para eso soy periodista.»

Capítulo 27

Interrogatorio de Rosario

La esposa de Gonzalo y nuera del finado había solicitado no ser interrogada en aquella horrible estancia del cuartel de la Guardia Civil. Rosario le rogó al comisario que lo hiciera en La Torre, la finca donde vivía desde que había contraído matrimonio. Don Casto accedió y fue hasta allí acompañado de su ayudante, el inspector Guillermo.

—¿Y usted, tan joven, también es inspector? —le preguntó Rosario, nada más verlo, ocupando un sillón frente a los dos policías.

—Sí, señora. Y no soy tan joven, créame... —contestó él acomodado en un sofá junto al comisario al tiempo que sacaba una libreta del bolsillo de su chaqueta.

—Tampoco soy yo tan mayor —apostilló don Casto.

—No, pero usted sí parece lo que es. El comisario jefe, quiero decir —aclaró Rosario—. Lo de ser jefe lleva la esclavitud de los años, casi siempre. Bueno, díganme qué quieren saber.

—Todo lo que nos pueda decir de aquel día.

—Ya. ¿Y desde qué hora? —Los policías cruzaron sus miradas, sorprendidos del ofrecimiento de la mujer; no era muy normal una exactitud tan generosa, tratándose de un interrogatorio.

—Gracias por su disposición, pero mire, no hace falta que nos narre todo lo que pudo hacer desde la mañana —indicó don Casto —. Quiero decir, no con todo lujo de detalles. Basta con que nos diga, *grosso modo*, cómo transcurrió su día hasta... bueno, hasta que descubrieron el cadáver. Eso sí, cualquier dato o circunstancia que de alguna manera llamara su atención a lo largo del día, y muy

en especial entre las cuatro y media y las siete y media de la tarde, sería relevante para la investigación. No sé si me he explicado, señora.

—A la perfección, señor —aseguró ella acomodando el borde de su falda sobre las rodillas—. Me levanté pronto, como cada día. Quizá ese lo hice más temprano por aquello de la comida familiar. Ayudé un poco en la cocina y mi suegra y yo desayunamos juntas con la inseparable tía Adela. El tiempo pasó muy rápido. La familia llegó pronto, como a mediodía... Tan solo el primo Ladislao acudió a la finca a primera hora de la mañana. Al parecer se había citado con mi suegro para un asunto de negocios.

—¿Vio a su suegro durante la mañana?

—Siempre lo veo. Alrededor de la fuente, en los setos, cortando varetas de nardos, como cada día. Son su pasión. Los nardos...

—¿Hablaron de algo?

—¿Quién? ¿Él... y yo? Nunca hablamos. Yo era como transparente para él. No existía. La mujer de su hijo mayor y ya está. Para mayor cariño, además, no le dimos nietos.

—¿Quiere decir que no tenían buenas relaciones?

—Ni buenas ni malas. No teníamos.

—¿No discutían con frecuencia?

—¡Cómo íbamos a discutir si ni siquiera hablábamos! —espetó Rosario con evidencia—. No, ya les digo, las discusiones las tenía yo con mi marido, y siempre por algún motivo relacionado con su padre. ¡Siempre su padre! Si les digo la verdad, me pregunto constantemente cómo don Paco aceptó que su hijo se casara conmigo, qué pudo ser aquello que lo obligó. Sé que él me despreciaba, pero algo le venció.

Con el ceño fruncido, Rosario continuó su disertación bajo la atenta mirada de ambos inspectores.

—Al principio pensé que, a lo mejor, en su interior, algo de bondad le había empujado a bendecir la unión. Poco tiempo después me percaté de lo erróneo de mi pensamiento. Su menosprecio era constante y evidente; pero bueno, he sabido convivir con ello, y aquí, en la misma casa, viéndole cada día,

oliendo sus malditos nardos y la dictadura que ejercía sobre mi marido, y sobre todos los que le rodeaban. Él fue siempre el motivo de nuestras peleas y discusiones.

—¿Ha querido decir que trataba mal a su esposo?

—Eso mismo he dicho, sí. Si pagarle un salario de mierda por todo lo que hacía y no aceptar jamás sus consejos para el negocio, si despreciar a su esposa, que soy yo, si todo eso no es maltrato, dígame usted qué es, entonces.

—Entiendo —aseveró don Casto—. Da la impresión de que a usted no le gustaba nada de esta casa, ni siquiera el olor permanente a nardos...

—Ni eso. Y no solo a mí. A todos nos saturaba el olor. Es exagerado y constante. Cualquier rincón de la casa se llenaba de ese olor dulzón, hasta la cocina. Ahora, al menos, ya se puede respirar...

—Mientras le gustara al difunto... —intervino espontáneamente Guillermo, al tiempo que seguía tomando notas en una libreta.

La mujer no pudo reprimir la risa que envolvió con sarcasmo sus palabras.

—Les parecerá absurdo, pero mi suegro no tenía olfato. Padecía una enfermedad crónica. No recuerdo el nombre que me dijo mi padre, hace tiempo.

—Anosmia. Se llama anosmia. Pérdida total de olfato —afirmó el inspector.

—Eso es. Y como consecuencia de ello, el gusto lo tenía poco desarrollado, por ese motivo fue siempre tan melindroso con la comida. Eso sí, comía perrunillas sin mesura. Debía ser porque apreciaba el sabor de la manteca de cerdo. No sé, pero ya da igual.

—¿Qué recuerda usted de aquella tarde, después de la comida? ¿Con quién estuvo? —Don Casto la miró a los ojos mientras acariciaba la chimenea de su pipa.

—Estuve con mi flamante cuñada, Antonia. Con ella se puede hablar; me refiero a cosas distintas de la familia. Es la última incorporación y tiene curiosidad por conocerlo todo. Normal. Pobre, ya se está dando cuenta de dónde se ha metido. ¡Buen debut

con un asesinato! ¡Y de su suegro, nada menos! ¿Saben qué les digo? Que, si lo miramos por el lado positivo, la mujer se ha ahorrado el disgusto de soportarlo.

Unos segundos de silencio se aposentaron en el ambiente.

—Les resulto irreverente, ¿verdad?

—No somos quiénes para juzgar esas cuestiones, ni es nuestro cometido —le aclaró don Casto, envolviendo sus palabras en un gesto de evidente incomodidad—. ¿Vio algo extraño o que llamara su atención? —insistió.

—Aparte de que nunca termino de acostumbrarme a estas comidas familiares y que siempre me llaman la atención, todas ellas, si tengo algo que resaltar les diré que esta fue la primera vez que, después de una comida, los hombres no tuvieron su tertulia. También fue la primera vez que mi suegro se retiró a descansar sin ella. Vamos, sin despellejar a quien por su turno le tocase. Eso me resultó distinto...

—Al parecer, le sentó mal el guiso de venado... O eso dijeron —indicó Guillermo—. ¿Algo más que añadir?

—No se me ocurre nada. Cada cual estaba con su grupo, como de costumbre. Pedro y su hermano con las primas de la farmacia, y Ladislao y Juan, los de la tía Encarna, que no asistió, como de costumbre, por alguna dolencia nueva, juntitos todos, incluidas sus mujeres. Mi padre, ya saben, el médico, solo estuvo en el aperitivo y antes de comer se marchó. Don Julián, el cura, se fue antes de que se descubriera el cadáver. ¿Qué más? Doña Adela estuvo un rato con su cuñada María, mi suegra. Me pareció, eso sí, que discutían entre ellas nada más llegar al jardín, pero seguro que se trataba de que después de la comida Adela quería asegurarse de que la cocina quedara impecable. Adela no puede evitar meter sus narices en todo, y a María siempre le molesta la intromisión. —Rosario puso los ojos en blanco—: La hermanísima viuda beata tenía dos obsesiones: su hermano Paco y la Iglesia. Al primero ya lo ha perdido. Ahora volcará todo su amor en la Iglesia... más aún. Menudo chollo para don Julián.

Guillermo iba anotando a medida que Rosario comentaba.

—Ahora que lo pienso, desde el funeral no la he vuelto a ver.

Si me da pena, en el fondo. Estará hecha polvo, la pobrecilla, rezando a todas horas y encargando misas a tutiplén. Y el cura, feliz. Mañana iré a verla —dijo para sí convencida—. Y poco más, también la beata repartió sus aburridos consejos y tristes monsergas a casi todos los asistentes —concluyó Rosario.

—¿Notó la ausencia prolongada de alguien en algún momento?

—No. Y si la hubo no llamó mi atención. Piense que solo hay un cuarto de baño utilizable en la casa, en el primer piso, y éramos muchos... Además, si llego a saber que iban a asesinar a mi suegro, pues ¡qué quieren que les diga! Hubiera estado más atenta..., ¡por favor! —concluyó irónica.

—Sí, claro, por supuesto —concretó Guillermo, esbozando una sonrisa por el comentario—. Todos pudieron pasar al cuarto de baño en algún momento...

—Yo no, inspector. No tuve ninguna necesidad de ir, salvo para recoger una cajetilla de tabaco. Como me sentía cansada, Juan se ofreció a subir a por ella y lo acompañó el primo Francisco. A pesar de ello, si lo hubiera hecho, hubiese sido normal. Vivo en la casa y en el primer piso está mi dormitorio. Aunque no me lo pareció, ese día debí fumar más de lo acostumbrado y lo cierto fue que agoté los cigarrillos de mi pitillera casi sin darme cuenta.

—¿Y su marido, Gonzalo? ¿Con quién estuvo durante la tarde? —preguntó entonces don Casto.

—Mi marido y su hermano Alfonso son los perfectos anfitriones. Corderitos para su padre, o borregos, según se mire. Estuvieron de aquí para allá, con sus primos, con la familia, de mesa en mesa y de grupo en grupo. Solo en una ocasión coincidí con mi marido en un grupo, cuando me acerqué a saludar a los primos más jóvenes y allí que llegó él. Fueron cinco minutos escasos; nos besamos y comenzaron los gritos de Dolores. ¡Ni siquiera recuerdo de qué hablamos!

De nuevo, Rosario aprovechó sus palabras para extender la respuesta.

—Mi marido no se ha recuperado de esta desgracia, les digo.

Alfonso es distinto. Llevaba años fuera de su casa, estudiando, y después de acabar la carrera pasó otros tantos trabajando fuera del pueblo. Aun así, Gonzalo tenía roce diario con sus padres, con él, particularmente, y le ha afectado mucho, a pesar de todo. No está centrado en estos momentos.

—Es comprensible —asintió don Casto—. Lo entendemos y por ese motivo aplazaremos su interrogatorio todo lo que podamos, cuente con ello. Creo que hemos concluido, ¿no te parece, Guillermo?

El inspector se dirigió a su ayudante con el ánimo de conseguir su complicidad y acabar con la charla.

—Lo que usted diga, jefe.

—Gracias por todo, señora. Su declaración ha sido de gran utilidad. Debo decirle que tienen ustedes una casa muy... señorial.

—Sí —añadió Guillermo—. Tiene razón, señor comisario. Es una casa muy señorial, como dice.

La nuera del finado los acompañó hasta la puerta principal y, tras la despedida, añadió:

—Estoy muy solicitada estos días. Hoy hablo con dos inspectores de la policía y mañana lo haré con un periodista. Al menos no me aburriré, como de costumbre. ¡Oigan! —recalcó antes de verlos cruzar el umbral—. Todo lo que les he dicho es confidencial, ¿verdad?

De regreso a la pensión, en el mismo coche que llevaría a Guillermo de vuelta a su casa, don Casto se preguntaba en voz alta para qué querría el periodista entrevistar a esa mujer. ¿Quién le pudo hablar de ella y por qué? Nada se hacía gratis en la vida, y menos lo hacía un periodista que, cual carroñero, avistaba a kilómetros la carnaza. Algo había en esa mujer que interesaba a Rafael, porque se llamaba Rafael, ¿verdad? El periodista del *Extremadura*. Era ese. No había otro en el pueblo.

—¿Qué quiso decir la mujer cuando indicó que a su marido le había afectado mucho, «a pesar de todo»? —preguntó Guillermo sin apartar la vista del parabrisas.

—¿Dijo eso? Vaya, no lo recuerdo. Seguro que se refería al trato que recibió de su padre. ¿Observaste el color rojo de los labios de la mujer?

—¡Y quién no! Hasta un ciego lo vería. Rojo intenso. El mismo color que el pintalabios que encontramos en el dormitorio.

—Cierto, joven. Lleva esto al laboratorio —le indicó el comisario, mostrándole un pequeño sobre.

—¿Qué es, jefe?

—Una colilla que recogí del suelo, bajo la mesa de piedra. Es de ella y está manchada de pintalabios. Veremos si la científica verifica alguna coincidencia de material o pigmento con la que encontramos bajo la ventana del dormitorio, algún dato que nos ayude.

Capítulo 28

Sin datos de «El Más Grande» y una charla con Rosario

Nada más verlo entrar, Rosa la telefonista le señaló la incómoda cabina. En un gesto le indicó que le pondría de nuevo con el número de teléfono del día anterior. Rafael reconoció de inmediato la voz que le hablaba desde el otro extremo de la línea. Era el señor Gálvez, quien igualmente identificó a la persona que le llamaba.

—Buenas tardes —saludó al periodista—. Como ya le anuncié que haría, hablé con mi director y le trasladé su interés en conocer los datos personales del autor que firma sus obras con el pseudónimo «El Más Grande». Dígame, ¿cuál es el motivo en particular por el que necesita saberlo?

A Rafael se le ocurrió esgrimir el argumento que le pareció más atractivo para cualquier persona normal: una herencia pendiente de cobrar. La familia no sabía nada del heredero desaparecido desde hacía más de veinticinco años —un extremo que se aproximaba a lo cierto—, y dado que él era amigo de la familia y periodista, su profesión parecía ser la idónea para seguir pistas y averiguar cosas, como si se tratara de un investigador. En ese contexto, le habían encargado averiguar lo que pudiera sobre el paradero del heredero. Algunos de la familia, tras leer sus libros y las historias que narraba, habían concluido que existían muchas similitudes y coincidencias entre el autor anónimo y el desaparecido a cuyo nombre constaba la herencia. Una búsqueda a la desesperada, finalmente.

Tras narrar su historia por el auricular, un silencio de varios

segundos precedió a la voz pausada del señor Gálvez.

—Mire usted, los motivos que alega, intuiciones y deseos de la familia, más que realidades concretas, no son suficiente argumento como para que la editorial le pueda facilitar unos datos que, espero que lo entienda, están protegidos por la confidencialidad, máxime cuando, además, el propio autor ha querido blindarlos o protegerlos con un pseudónimo. Es un argumento plausible, ¿no le parece? Lo que usted explica, respetable por supuesto, no nos permite esa liberalidad, lo siento de veras.

Pese a mantenerse en silencio, la decepción de Rafael se podía traspirar a través de la línea telefónica.

—Les aconsejo que, si tanta seguridad tiene en esa coincidencia y está en riesgo una «importante» herencia, imagino —prosiguió el señor Gálvez—, den parte a la policía y argumenten bien sus hipótesis. Con suerte, y si son convincentes, un juez podría obligarnos... Es todo lo que puedo decirle, lo siento.

—Y se lo agradezco, pero permítame una sola pregunta. ¿Ha visto alguna vez al autor en persona?

—Jamás lo he visto. Nadie en la editorial lo conoce en persona. Su apoderado es nuestro contacto y el interlocutor con la editorial. Tan solo escuché una vez su voz por teléfono... Una voz educada, amable y... —el editor dudó cómo concluir la frase.

—¿Y...?

—Me pareció triste —sentenció.

—¿Seguro que no puede facilitarme ningún dato, por nimio que sea, por favor?

—Es imposible, lo siento —reiteró, asertivo—. De verdad que lo siento, porque me parece usted sincero y serio, a pesar de ser periodista. Le diré algo, un dato que está registrado oficialmente y, por lo tanto, es público: los poderes notariales del apoderado. Se otorgaron ante el notario don Félix Cortejosa de Aranda, con número de protocolo 8.732. Ya le he dicho mucho y no le dije nada. Suerte y adiós.

—Muchas gracias, yo... —Rafael lo logró terminar la frase.

La comunicación se había interrumpido de manera

intencionada y, antes de nada, anotó el nombre del notario y el número de protocolo para salir, por fin, de aquella angosta cabina que le provocaba sudores.

—¿Qué le debo? —dijo a Rosa casi sin mirarla mientras sacaba un monedero de su bolsillo.

—Algo más que ayer. Sesenta y cinco céntimos, pero ha merecido la pena, ¿verdad? Pobre hombre, una herencia esperándole y él sin saberlo, si es que...

«La desvergüenza no tiene límites», pensó Rafael mientras salía de la centralita, ¿o era la costumbre, que todo lo normaliza?

Se le había hecho tarde, pero había quedado con aquella mujer, Rosario, la cuñada de Antonia, a quien no había visto nunca. Se retrasó casi treinta minutos de la hora acordada a la que habían quedado en la salita de estar de la pensión Tomasa. Gracias a Dios, la dueña se encontraba en la cantina, preparando unas ancas de rana, por lo que no chismorrearía con insistencia. No conocía a la entrevistada, pero seguro que sería la única mujer sentada en aquel ridículo recibidor (o como quisiera llamarlo Tomasa). En la recepción, un joven con aspecto aburrido señoreaba el mostrador leyendo el *TBO* sin prestarle apenas atención a nada más.

—Creí que ya no llegaba —dijo Rosario en tono de suave queja.

—Lo siento mucho —se disculpó él recuperando el aire—, pero tenía que hacer una gestión importante y se dilató un poco. Me llamo Rafael, ya sabe. Su cuñada me aconsejó que hablara con usted sobre...

—Del Enano, sí. Sin rodeos, oiga —susurró evitando ser oída por el lector del *TBO*—. El Enano está vivo y estoy segura de que es el escritor ese del pseudónimo.

—¿Por qué está tan segura?

—Lo estoy. Sus libros, lo que describe en cada uno de ellos, no es otra cosa que su vida, tormentosa y esperanzadora al mismo tiempo. Todos en la familia evitan hablar de él, incluso mi marido. Cuando le pregunté en cierta ocasión por su tío desaparecido, me

contestó con un gruñido, como si no existiera. Como si no hubiera existido nunca.

Rafael se sentó junto a ella.

—Es él —insistió Rosario—. El silencio de todos lo confirma. No tengo mucho más que aportar. Por supuesto que esto que le digo no se lo he dicho a nadie de la familia. Bueno, solo a Antonia y ahora a usted.

—Ya, pero yo soy nuevo en esta historia, y que conste que me he revestido de una fe ciega en este asunto. Creo que hay algo más que usted pretende obviar: ¿cómo explica el certificado de defunción que extendió su propio padre? ¿Piensa que es falso? De ser así, don Rosendo habría cometido un delito...

—¿Delito? ¿Al final de la guerra? ¿Por adictos al régimen que bien pudieron equivocarse? —se encaró ella con osadía—. Los Pizarro siempre tuvieron muy largos los brazos... Si lo que dijo en su día Ana, la costurera de la familia, no es producto de su mente senil, en el ataúd no había nada que se pareciera a un cadáver, ni grande ni pequeño... Me preocupa la mentira, pero no el delito. El delito hay que demostrarlo y tenga por seguro que los médicos se libran siempre de ellos. Los márgenes de error humano son un buen argumento. En cambio, la mentira siempre queda ahí, apostada junto a la verdad. Jamás se separan la una de la otra.

—¿Y no querría empezar usted por intentar saber esa verdad preguntando a su padre? —sugirió el periodista—. Creo que es importante. Es usted su hija y parte de la familia de los Pizarro. No va a traicionar a ninguna de las partes.

—Créame si le digo que a veces pienso que mi padre es más Pizarro incluso que yo —sentenció Rosario.

—Usted verá... Pero debería intentarlo. Con un certificado de fallecimiento, la historia carece de mayor fundamento, a pesar de que un halo de misterio la envuelva.

—¿Y no le parece interesante y prometedora? Si conseguimos desentrañar el enigma, ¡imagínese! Su propio hermano manipuló al doctor para que se certificara su muerte y así privarle de su herencia... ¿Es o no es un buen artículo? Además, ahora, ¿qué más da? El viejo está bien muerto. Pues el muerto, al muerto.

El periodista la miraba pensativo. La mujer transmitía tanta pasión y coraje por la historia como por un afán de venganza que no disimulaba. Decidió zanjar el asunto.

—Reconozco que la historia me atrapó, incluso más que el asesinato de su suegro...

—Igual que le atrapó la hermana de Antonia. María se llama, ¿no?

El nombre de María resonó en su tímpano como un mazazo, algo que, sin duda, no se había esperado. Aquella mujer ya conocía parte de su pasado, de su intimidad. Antonia debió contarle algo, un algo imposible de ocultar ante los ojos de una mujer (y más difícil aún ante los ojos de dos). Por eso prefirió no replicar al comentario y sonrió.

—Hoy he conseguido una pista —optó por confesar—. Algo es algo. Es el nombre de un notario, don Félix Cortejosa de Aranda. —«¿Por qué la mayoría de los notarios tenían apellidos compuestos?», pensó—. Fue el notario que otorgó los poderes del escritor. Lo debió conocer. Empezaré por ahí para intentar averiguar algo... ¿Qué le sucede, Rosario? —preguntó al advertir en la mujer una mirada perdida, anclada en algún recuerdo.

—Nada, no es nada, pero al escucharle pronunciar ese nombre, no me resultó desconocido del todo...

—Un apellido de abolengo rancio y rimbombante. Será por eso...

—Será, pero en algún momento lo he escuchado ya en el pasado, estoy segura.

—Bueno, siga pensando. Cualquier cosa puede ser de utilidad. Casi no tenemos nada... de momento —indicó con esperanza Rafael —. Y permítame que le insista. Deberá hablar con su padre y averiguar sobre la veracidad al cien por cien del fallecimiento. Incluso el hecho de admitir la posibilidad de un error nos permitiría una mayor ilusión, más certidumbre, ¿no le parece?

Ambos salieron de la pensión sin que el joven del mostrador les prestara la más mínima atención. Se había anclado en una página del *TBO*, en el último invento del profesor Franz de Copenhague.

Capítulo 29

Interrogatorio de Dionisio
narrado por don Casto a su ayudante Guillermo

—Para un interrogatorio por asesinato, la templanza mostrada por ese hombre era encomiable —le puntualizó el comisario a Guillermo—. Bien podría ser el asesino frío y calculador que sabe a la perfección que el mayor enemigo en una declaración son los nervios y los titubeos. ¡Desbordaba petulancia! Sus respuestas fueron claras y concisas. Y, como a la mayoría, le dominaba el afán por salvaguardar a la familia por encima de todo.

El inspector ayudante asintió.

—Sin embargo, no parecía que su tío difunto, don Paco, despertara en él una especial admiración. Podría asegurarte, querido Guillermo, que no le quería y que solo lo respetaba por el papel de patriarca que representaba en la familia. Los ayudó a remontar la finca tras la Guerra Civil, y el desagradecido no es bien nacido, me decía. Eso sí, a cambio, entró a formar parte de la sociedad en el negocio de explotación. Aquella decisión le resultó tan poco deseada como ineluctable, a partes iguales.

El comisario le confiaba a su ayudante los detalles del interrogatorio, repasando los apuntes que anotó en su libreta.

—Reconoció que su tío llevaba algún tiempo intentando venderle su participación en el negocio. Necesitaba liquidez, como también alejarse de ciertas obligaciones. Se sentía mayor, le aseguraba. Para Dionisio este razonamiento no resultaba convincente. A pesar de la mirada impenetrable de don Paco, el sobrino reconoció en ella que algo le estaba sucediendo a su tío para que este hubiera decidido perder el control económico de

parte de la familia. Estaba seguro.

Don Casto pasó página, buscando en sus notas.

—Una cláusula en los estatutos de la sociedad le obligaba a un preaviso de un año y a una preferencia para la adquisición por parte de los socios familiares. Eso les salvó de una decisión prematura a Dionisio y a su hermano Curro. Al parecer, no sucedió lo mismo con su primo Ladislao. Los estatutos no contenían cláusulas especiales de garantías y, según sabía, la presión de su tío para la venta fue implacable, hasta el punto de pretender vendérsela a un extraño en el caso de que la familia no pudiera o quisiera comprarla. Al final Dionisio no supo qué sucedió, pero afirmó sin titubeos que su tío era capaz de cualquier cosa si con ello lograba su objetivo.

Guillermo asintió, corroborando con las palabras del comisario un testimonio que muchos miembros de la familia Pizarro verificaban.

—Sin ningún rodeo, Dionisio me dijo que días antes, y a propósito de una comida familiar en La Torre, su tío le había insistido en la propuesta de venta de su participación. Mantuvieron una tensa conversación ya por aquel entonces que, ahora que lo pienso, pudo acabar en algún tipo de intimidación encubierta. Dionisio le aseguró a su tío que pelearía hasta el final y que haría lo inimaginable para impedirle cualquier maniobra que pusiera en peligro la sociedad. ¿Fue una amenaza? Es posible que lo fuera, y algo a tener en muy cuenta, sobre todo si después de aquello su tío murió apuñalado. Si no hubiera sido así, habría quedado en una simple riña familiar de negocios.

Don Casto apartó la vista de sus notas por un momento, reflexivo.

—Creo que actuó de manera inteligente contándomelo todo, sin resquicios. Acudió a la celebración porque considera que los Pizarro no muestran grietas a los demás. Evidenció que el respeto a las costumbres les hace permanecer y ser fuertes frente al caos —le dijo el comisario a su ayudante—. Añadió que, tras la sobremesa, permaneció mucho tiempo en el mismo sitio. No precisó ir a la casa, tan solo acudió a la cocina a por un vaso de agua. Allí vio a

Pepa, la jovencita ayudanta de cocina, llorando y siendo consolada por Concha, la cocinera. No le dio la menor importancia. «Las mujeres son muy lloronas», me afirmó con rotundidad. Lo achacó a algún problema doméstico. Le dieron el vaso de agua, que vibraba en manos de la cocinera.

En una pausa, en la que aprovechó para tomar aire, el comisario golpeó sutilmente con el dedo índice su mejilla mientras paseaba frente a Guillermo.

—El sobrino del difunto admitió que su carácter es más propicio a observar que a mantener una conversación, sobre todo si esta le resulta intrascendente y frívola. Toda la familia compartía una animada charla en grupos, cuyos miembros se iban intercalando. Al interrogado le llamó la atención el hecho de ver a su primo Gonzalo incorporarse al grupo de los más jóvenes, en el que estaba su mujer, Rosario. Describe que ella lo piropeó y lo puso de ejemplo ante sus jóvenes sobrinos. Su prima política, aseguraba, no es nada recatada a la hora de mostrar sus pensamientos y también sus sentimientos, sean cuales fueran, cosa de la que, Guillermo, hemos sido ambos testigos.

El inspector sonrió en una tímida mueca.

—Tras los gritos de Dolores, la sirvienta, Dionisio fue el primero en subir al dormitorio de su tío, o eso le pareció. Al mismo tiempo llegaron sus primos, Alfonso y Gonzalo, hijos de la víctima. En segundos, todos se apiñaron en la escalera y frente a la puerta. Él intentó tranquilizar a doña María, la viuda, sin mucho éxito, y con estupor percibió la figura inerte sobre la cama. Sangre y un desagradable olor… a muerte. Finalmente, cerraron la puerta del dormitorio, a la espera de las autoridades…

Don Casto cerró de nuevo sus notas, y tomó asiento cerca de su ayudante, con un suspiro.

—Dionisio concluyó su declaración diciendo que su hermano Curro había entrado en la casa en varias ocasiones. Al menos en tres. «Es incorregible», afirmó tajante.

Capítulo 30

Recuerdos de guerra. 1939

El alférez Rafael casi no tuvo tiempo de despedirse. Hubiera deseado un beso de sus labios. Lo ansiaba tanto o más que respirar. La guerra, sus horrores, no habían sido capaces de doblegar sus sentimientos, su pasión. Necesitaba tocarla por última vez, rozarla. Solo eso. Intuyó su rostro tras las cortinas en aquella ventana que hubiera querido destrozar tantas veces... Poder introducirse en su habitación, en su lecho y embriagarse con su olor, con el perfume y el roce de sus cabellos rizados. La guerra. La maldita guerra, capaz de destruir unos sentimientos y de concebir otros. La guerra, esa maldita guerra que alimenta pasiones y rencores.

Rafael marchó de aquella casa con el sabor a miel en sus labios, consciente de que parte de su vida quedaba allí, oculta en la piel de María. Como todo aquello que el tiempo oculta o cura, esa piel bañada en lágrimas acabarían secándose. Como todo aquello que deja de existir.

La tropa los seguía. El capitán Gutiérrez del Valle presentaba unas ojeras aún más profundas que las habituales. Estaba cansado. Cansado y tísico. Encabezaba el regimiento con el alférez tras él, a unos metros de distancia. Salían de la ciudad y los enemigos les pisaban los talones. El campo parecía yermo y despejado. Un paso adelante, tan solo un pequeño paso y al estruendo le siguieron trozos de hombres que se esparcían por los aires, sembrando la tierra de terror, cambiando su color a rojo.

Luego vinieron el desconcierto, el grito desgarrado, la impotencia y el llanto, todos ellos seguidos de aquella rabia que obligaba a reaccionar, gritándole al aire para que los enemigos

alcanzaran a escuchar el odio. Todos corrían despavoridos sin saber adónde ir. Los disparos, como martillazos en los tímpanos, se acercaban. Por fin, el final, parecía cerca. Muchos caían a su alrededor, podía oler la carne quemada por la pólvora y los disparos. La sangre desprendía un olor metálico. El más joven de ellos lloraba mientras tapaba el muñón del brazo amputado por la explosión de la mina. Fue lo último que retrataron las pupilas de Rafael. Sintió un fuerte impacto en el pecho que le robó todo el oxígeno de sus pulmones. Vio la oscuridad, la sintió, la abrazó mientras se desvanecía sobre un charco de lodo y sangre.

Pasaron días. No adivinó cuántos. Se materializó frente a él una imagen difusa que él imaginó con rostro de mujer envuelto en un halo blanco. La imagen se fue perfilando en su retina hasta que coincidió con la del sueño: era una mujer, una monja cubierta por una *cornette* blanca de gran tamaño que abarcaba todo su campo de visión. Vagamente escuchó una voz, gruesa al principio, y que fue aclarándose por segundos hasta perder toda su aspereza.

—Buenos días, alférez. Gracias a Dios, que ha permitido que despierte de nuevo a la vida. ¿Cómo se encuentra?

—Bien, señora... Hermana... Estoy bien —contestó sin reprimir un leve quejido al tocarse la cabeza. La tenía vendada. También el pecho—. ¿Qué ha pasado y dónde estoy? ¿Cuánto tiempo llevo en este lugar?

—Tranquilo, hijo. Se encuentra en el Hospital de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro y yo soy la hermana Clara. Cuando las tropas nacionales lo encontraron, hace diez días, no daban una peseta por su vida. Tenía metralla en la cabeza y en el pecho. Parecía usted muerto, pero nosotras sabemos que la muerte, por sí sola, no manda. Se lo tiene que permitir Nuestro Señor, y debe ser que usted está llamado a hacer cosas buenas para su Gloria... Por ello quiso que continuara viviendo.

—Gracias, hermana. Gracias por cuidarme... Necesito beber agua. —Sin añadir nada más, Rafael cerró los ojos y volvió a dormir.

El alférez no volvió a pisar el campo de batalla. Poco después de su recuperación se anunció que la guerra había finalizado,

dando paso a la siguiente: la de la Paz. Desde entonces hizo esfuerzos por olvidar para siempre aquel siniestro pasado. En su afán por desestimar todos aquellos recuerdos cometió atropellos, entre ellos el de su amada María, a quien, sin saber por qué, nunca se atrevió a llamar.

Capítulo 31

Declaración de Antonia

Tanto el comisario como el inspector infirieron que, de todos los presentes aquel funesto día, Antonia, la forastera, era la menos sospechosa. Su breve estancia con la familia de su esposo —hacía un mes que había llegado a Camino de Piedras—, así como su escaso conocimiento de todos y cada uno de los miembros y del entorno, alejaban de ella cualquier posible móvil. Por el contrario, su posición de observadora objetiva aseguraba que su testimonio sobre lo acontecido aquella tarde en los jardines de La Torre pudiese ser valorado por la policía de forma sensible.

Según la interrogada, permaneció en el jardín, observando con natural curiosidad todos los movimientos que se sucedieron entre los familiares (al menos todos aquellos que su vista alcanzaba). Los describió con una precisión y exactitud sin ambages, así como narró también los intercambios de aquellos con quienes compartió parte de la tarde y contó sobre qué conversaron.

Respecto a su marido, Alfonso, se lamentó que le dedicara poco tiempo del evento. Este había estado, junto con su hermano Gonzalo, volcado en atender a la familia, al igual que otros años.

Los escasos instantes que se alejó de los jardines, lo hizo para acudir al aseo. Al parecer fue la única que utilizó el que se encontraba aledaño a la cocina. Al entrar en ella las criadas se sorprendieron y continuaron con la faena de limpiar y ordenar. Dijo advertir que una excitación invadía la estancia y que, al salir del aseo, la joven sirvienta Pepa, con la cabeza gacha, se dispuso a coger un cubo de agua del pozo (lo cual explicaba el revuelo de su presencia).

Cansada de curiosear los movimientos de los familiares, y después de una breve charla con uno de los sobrinos, el primo Nicolás, favorito del finado, determinó dar un paseo, alejándose de los jardines. Recorrió parte de la cancela frontal de la finca. En un instante vislumbró la figura de un hombre que desaparecía entre los setos de fuera. Tan solo pudo apreciar que su cabeza se cubría con una boina negra, o eso le pareció en la distancia. No le dio mayor importancia, ya que podía tratarse de cualquier paisano paseando o cazando pájaros.

Y eso fue todo.

Capítulo 32

Un paseo por La Torre

Parecía que el verano se alargaba y las tardes se recibían con los brazos abiertos. Por ese motivo don Casto decidió tener una charla en La Torre con María, la viuda de don Paco, bajo la frondosa parra. La mujer mostraba una entereza inusual y el carácter propio de quienes anteponen la educación a los propios sentimientos.

Sentada en el banco de piedra, de riguroso luto y escoltada por su nuera Rosario y por Adela, su cuñada la viuda, esperaba con una mirada inexpresiva las preguntas del comisario de la policía. Guillermo permanecía junto a su jefe, libreta y lapicero en mano.

—No desearíamos molestarla, cansarla o importunarla lo más mínimo, señora —comenzó el comisario Aneiros—. Le quiero decir con esto que, cuando lo desee, nos marchamos y lo dejamos para un día mejor.

—Gracias, pero me temo que los mejores días, como usted dice, no van a ser muchos en un futuro próximo —indicó ella con ligera distancia y educación—. Prefiero terminar cuanto antes y decirle lo que desee y sea necesario, si con ello contribuyo a esclarecer la barbarie que nos ha ocurrido. Es terrible y un...

Doña María no acabó la frase y apretó con fuerza el pañuelo que mantenía en la mano, mientras reprimía las lágrimas mordiéndose el labio superior.

—Seré breve, créame.

—Sería bueno que lo fuera, señor inspector. Mi cuñada no está para más exaltaciones. —Adela, la viuda, no contuvo el tono de censura de sus palabras, que el inspector no quiso soslayar ni dejar de responder con firmeza.

—Es lo que acabo de decir, señora. Me es igual preguntar hoy que hacerlo otro día, pero estén seguras de que las preguntas se harán.

Guillermo escondió su mirada en la libreta, escribiendo algo; la viuda posó su mano sobre el brazo de su cuñada Adela, indicándole que callara.

—Igual que sacarse una muela, que no hay que pensarlo dos veces. —Las palabras de Rosario provocaron la mirada de reproche de Adela, por la ocurrente ordinariez—. Cuanto antes, mejor.

—¿Qué puede recordar de ese día que llamara su atención? ¿Le pareció que todo transcurría de manera normal? ¿Observó algo diferente, cualquier cosa, por insignificante que fuera?

—Mire, señor inspector, se trata de una comida que se repite cada año. Recuerdo que la primera fue hace más de veinte. Mi hijo Alfonso aún no había cumplido los diez y mi otro hijo, Gonzalo, tendría quince por aquel entonces, fíjese la de años. Es... —dudó—, era una tradición. La costumbre nos hizo fuertes. Mi esposo lo organizaba todo. Elegía los aperitivos, invitaba a la familia, señalaba la comida y, bueno...

—Incluso cortaba los nardos para adornar la casa —interrumpió don Casto para puntualizar.

—Cierto, veo que está usted bien informado. Era su pasión. O mejor dicho, su obsesión. Los nardos los cortaba él. Solo él.

—¡Menudo era para eso mi suegro...! —De nuevo se escuchó la voz de Rosario, quien, otra vez, recibió una mirada incriminatoria. Abrió entonces el bolso y extrajo una pitillera—. ¿Molesto si fumo? —Nadie contestó y la mujer encendió el cigarrillo, dio una primera calada y lanzó el humo con fuerza hacia arriba.

—No, inspector. No advertí nada diferente, todo parecía muy normal aquel día. —La viuda de don Paco retomó el hilo de su respuesta—. Lo único diferente fue el malestar de mi esposo tras la comida. Le gustaba el estofado de venado y ya no tenía la edad de años atrás, quizá por eso le sentó mal...

—Concha, la cocinera, no escarmienta —interrumpió doña Adela con agresividad—. En más de una ocasión le he dicho que no

condimente tanto el guiso, que mi hermano no lo soporta. Bueno, él sí, pero su estómago no... Y dale. Es tozuda como una mula. Seguro que la digestión se le hizo un mundo. ¡Pobre! Por eso decidió recostarse un rato y recuperarse.

—Ahora que lo menciona —indicó el comisario—, usted estuvo en la cocina mientras se cocinaba la comida, ¿no es así? Me lo dijo la sirvienta.

—Cierto, siempre lo hago. Mi hermano deseaba que yo estuviera presente mientras las sirvientas preparaban la comida. Era una garantía para él, la seguridad de que todo iba a salir a su gusto, ¿verdad, María querida?

—Pero no todo salió del todo bien aquel día... Me refiero también al guiso —decretó don Casto, provocando una mirada incisiva de la mujer.

—No puedo controlarlo todo, y mucho menos la cantidad de especias que la cocinera pueda echarle al guiso, a pesar de mis indicaciones.

—A escasos minutos de retirarse a su habitación —continuó el comisario dirigiéndose de nuevo a doña María—, su esposo pidió un vaso de agua, según tengo entendido. ¿Quién lo llevó? ¿Fue usted, señora?

—Eso me dijeron, pero no fui yo. Creo que fue Dolores, la sirvienta. Yo no puedo subir las escaleras más de lo necesario por mi artrosis. Mi esposo me dijo, mientras subía las escaleras hacia el dormitorio, que no era importante, que no me preocupara por él. Tan solo necesitaba descansar un rato.

—Entonces, usted no subió en ningún momento hasta que...

—Sí subí —le cortó la viuda—. Al poco rato de permanecer en el jardín, y sintiéndome dolorida por mi artrosis, decidí descansar yo también un rato en otro cuarto. La familia me iba informando sobre el estado de mi esposo.

—¿La familia? ¿A quién se refiere?

—Fui yo —interrumpió Adela al instante—. Subí a ver cómo se encontraba mi hermano e informé a mi cuñada, que descansaba en otro dormitorio. Lo encontré dormido plácidamente.

—¡Ah, bien! —anotó en tono enérgico don Casto—. Es un

dato importante. ¿A qué hora vio a su hermano?

—No sé. Fue al rato de retirarse, pongamos que fue a las cuatro y media, más o menos. No miré el reloj, la verdad.

—A las cinco de la tarde, tía Adela. Fue a las cinco en punto, seguro —apostilló Rosario mientras apagaba la colilla en el suelo de piedra—. Lo recuerdo porque vi cómo te alejabas del grupo en el justo momento que yo miraba el reloj. Era la hora justa de tomar mi antibiótico —añadió para tratar de justificarse—. Supongo que irías a eso que dices...

—Pues bien, esa fue la hora, comisario. La que dice mi sobrina Rosario —afirmó doña Adela.

—¿Y no vio entonces nada extraño cuando subió a ver el estado de su hermano?

—Nada en absoluto. Me asomé a la habitación, sin entrar, para no molestarle. Vi que estaba tranquilo y me pareció que dormía en profundidad. Aun así cerré la puerta con cuidado, tranquilicé a mi cuñada y regresé al patio.

—¿No recuerda si coincidió con alguien? —insistió don Casto.

—Mientras comprobaba el estado de mi hermano desde la puerta, vi que subía por la escalera mi sobrino Nicolás, el pequeño de la boticaria y de mi hermano Nicolás. Iría al cuarto de baño, como todos. Le dije, antes de entrar, que no hiciera mucho ruido, que el tío Paco estaba dormido. Y eso es todo, inspector.

Don Casto bajó la mirada a la mesa de piedra. Tenía los codos apoyados en ella y su rostro se sostenía sobre los dedos entrelazados. Durante unos segundos se mantuvo en silencio. Lo rompió con un profundo suspiro.

—Doña María, disculpe la pregunta que le voy a hacer. ¿Conoce el testamento de su esposo?

—Sí, señor. Lo conozco a la perfección. Sus dos hijos y yo somos sus únicos herederos. Los tres.

—¿Tiene también conocimiento de la documentación que reconoce a cada uno de sus deudores?

—No, eso no. Para esas cuestiones y sus negocios, mi esposo era muy especial. Reservado, quiero decir. Mi hijo mayor —lanzó una mirada a Rosario—, ellos viven con nosotros desde que se

casaron, él le ayudaba en todo aquello que necesitara su padre.

—¿Le parece a usted de mucha utilidad para la investigación eso que pregunta? —intervino doña Adela, mostrando un gesto de desacuerdo—. Me refiero a que son cuestiones muy privadas y reservadas de la familia.

—Si no fuera así no lo preguntaría, señora —rebatió el comisario.

—Pregunte lo que desee. Yo le contestaré todo lo que sepa, pierda cuidado —indicó conciliadora la viuda de don Paco.

El comisario Aneiros tomó aire para que el ambiente se calmase un poco después de la intromisión de la viuda beata, y continuó con sus inquisiciones.

—La cómoda de su dormitorio... —indicó entonces—. Un cajón, el primero, apareció abierto. En su interior se apreciaban documentos, papeles y una pequeña caja vacía y sin tapa. La encontramos en el suelo manchada de sangre. ¿Su marido guardaba documentos de importancia en la cómoda? ¿Conocía o vio alguna vez esa caja que le menciono? Era de cartón, usada... ¿O quizá es posible que contuviera dinero?

—Mi marido era muy peculiar a este respecto. Utilizaba el primer cajón de la cómoda para custodiar algunos documentos, en efecto. No le podría decir si eran más o menos importantes que otros. Él decidía en cada momento qué guardaba y qué no. A lo mejor le parecía que estando en su dormitorio, cerca de él, estaban más seguros... No lo sé, señor.

—¿Y la pequeña caja...?

—Sí, en ella guardaba algún dinero. Poco, para gastos corrientes y diarios. A veces vi letras de cambio, algún cheque...

—¿No utilizaba la caja de caudales del despacho? —preguntó don Casto con extrañeza.

—Ya le digo, señor comisario, que él era peculiar y tenía sus propias normas. La cómoda era como un lugar muy reservado, solo suyo, y dentro de nuestro dormitorio. La caja de caudales también la utilizaba mi hijo Gonzalo, por ejemplo, y desde que se incorporó al negocio, también mi otro hijo, Alfonso. Es cuanto le puedo decir sobre este particular.

—Gracias, creo que no me queda nada más que preguntar, por el momento.

—Hace fresco aquí, bajo la parra —indicó doña María—. Si me disculpa, me retiro al interior de la casa. Rosario los acompañará hasta la cancela. Buenas tardes.

—Buenas tardes y gracias de nuevo por su colaboración. Disculpe, doña Adela —añadió el policía, elevando la voz mientras doña María se despedía con un gesto agarrada al brazo de su cuñada—. ¿Cuándo le viene bien que tengamos una charla con usted? ¿Y dónde le viene mejor? Puede ser en el cuartel de la Guardia Civil o en su domicilio, donde usted prefiera.

La mujer se giró y lo miró fijamente.

—Cuando usted lo desee —indicó sin detener el paso—. Solo le ruego que me lo comunique un día antes, así como la hora en que decida llevarla a cabo. De esa forma podré organizar los oficios y mi asistencia a la Santa Misa. ¡Ah! Y, por supuesto, en mi domicilio. En el cuartel se interroga a los delincuentes... —masculló retomando la marcha—. ¡Encuentre al malnacido asesino de mi hermano cuanto antes! ¡Esa es su obligación y su responsabilidad!

—Es un encanto, ¿no es cierto? —Rosario, con una sardónica sonrisa, los acompañó hasta la cancela de la casa—. Me refiero a la tía Adela, y hoy ha estado incluso más amable que de costumbre, créanme. ¿Saben qué pienso? Que si el paraíso está repleto de mujeres como ella, yo prefiero las llamas, porque seguro que el verdadero infierno es precisamente ese cielo con el que sueñan este tipo de beatas. Buenas noches, señores agentes.

Rosario se despidió al tiempo que cerraba la cancela.

—Buenas noches. Por cierto, ¿qué tal su charla del otro día con el periodista? —improvisó don Casto.

—Muy bien, fue un rato agradable. El joven es muy correcto y simpático. Gracias por su interés, comisario.

—Era más curiosidad que otra cosa, Rosario. Espero que no esté, por supuesto inocentemente, entorpeciendo la investigación. Guarde cuidado con lo que dice a ese periodista. ¡Ah! He de decirle que fuma usted mucho. Demasiado...

—Es posible, pero solo fumo en la finca... Me habitué a calmar mis nervios con el tabaco.

—Ya. Modere el consumo, es un consejo. Buenas noches y cuídese.

Una vez más, el comisario y el inspector se encontraban de regreso en el vehículo. La oscuridad se adueñaba del paisaje, cercándolo sin remisión, y los faros del coche oficial escrutaban cada curva, descubriendo matorrales, enormes piedras, acebuches y olivos que se perdían a lo lejos.

—Creo que debemos repartirnos el trabajo, Guillermo —rompió don Casto el silencio.

—Como usted mande, jefe. ¿Qué desea que haga?

—Mañana encárgate de tropezar con toda la casualidad del mundo con el periodista y averigua de qué habló con Rosario. Si no lo consigues de esa guisa, hazle un interrogatorio con todas la de la ley.

—En el segundo supuesto tendré que justificarle por qué le interrogo, ¿no? Es periodista, ya sabe usted cómo son.

—Y nosotros inspectores de la policía, ¡qué *carallo*! Precisamente por eso que dices, porque sé cómo son, quiero que averigües qué trama con esa mujer. Llegado el caso, justifica el interrogatorio en la necesidad de comprobar que no está interfiriendo en la investigación, ya de por sí complicada, o cualquier otra cosa que se te ocurra.

—Bien. Así lo haré. Se hospeda en la misma pensión que usted, ¿verdad?

—Sí. En la misma. Se ve que no hay otra. En este pueblo es eso o dormir bajo un puente —concluyó con una amplia sonrisa.

Capítulo 33

El informe de la autopsia

El mozo de la pensión, de tediosa expresión y devorador del *TBO*, le comunicó al comisario que tenía una llamada telefónica en espera; al otro lado de la línea, Rosa, la telefonista, esperaba impaciente para conectarle. El auricular reposaba en el minúsculo mostrador de recepción sobre un pañito circular de croché; a su lado, el aburrido muchacho permanecía apoyado sobre un codo, ocupando casi la totalidad del mueble.

Por un ademán de don Casto, el chico dedujo que debía apartarse un poco y así lo hizo, con una serie de movimientos que recordaban a los de un perezoso.

—¿Sí? Aquí el comisario Aneiros. ¿Con quién hablo? —Pausó para escuchar la respuesta al otro lado de la línea—. Buenos días. ¿Ya está listo el informe forense? Bien —asintió—. Llame al inspector Guillermo y dígale que pase por allí, que le queda de camino para acá. Gracias, y no rompáis nada en la comisaría durante mi ausencia. Adiós.

Esperó a que la línea por parte de la comisaría se cortase para añadir:

—Rosa, haga usted el favor de no comentar con nadie del pueblo que tengo en mi poder el informe forense. Con nadie, ¿me entiende? O caerá sobre usted el peso de la ley —conminó a la telefonista en un tono entre severo y chancero.

—Pierda usted cuidado, señor comisario, que de mi boca no saldrá ni media palabra —contestó la telefonista con firmeza, sin pudor y poco convincente, antes de colgar.

Días atrás, cuando se hospedó por primera vez en la pensión

Tomasa, esta le había advertido al policía que guardara mucho cuidado con Rosa, la telefonista, debido a que era un poco deslenguada y compartía con mucha gente del pueblo todas las conversaciones telefónicas que escuchaba. En realidad, no todas, sino aquellas que merecían la pena.

Lo que no llegó a confesarle a don Casto fue el hecho de que ella era la primera receptora noticiera y quien, al parecer, mantenía una gran amistad con la responsable de la centralita. Así eran las cosas en Camino de Piedras; nadie se libraba de una crítica. Ni los amigos, confidentes, cotillas, murmuradores, señoritos o sirvientes, ni tampoco el cura. La autoridad, en este caso, la que menos. Cualquiera podía ser objeto de un despelleje en condiciones porque cuando al aburrimiento se le añaden aditivos de moralidad, casi siempre ocurre lo que ocurre.

A pesar de lo incómodo del lugar, don Casto y su ayudante quedaron en la salita de estar de la pensión cuando este último llegó al pueblo con el informe en mano. Al menos allí, si no se encontraba Tomasa, permanecían al abrigo de miradas curiosas, en la seguridad de que, en otro lugar más frecuentado, intentarían averiguar de qué estaban hablando. En cualquier caso, si no alcanzaban a escuchar nada, se lo inventaban y a otra cosa, mariposa. La habitación aseguraba cierta intimidad, aunque solo fuera porque permanecer en ella más de dos personas era prácticamente imposible.

El informe médico forense de la necropsia del difunto era casi idéntico a lo que el siniestro doctor le había adelantado en aquella también siniestra habitación, pero añadía algo más que entonces no le transmitió.

INFORME DE AUTOPSIA

Zafra, 5 de septiembre de 1953

Cadáver identificado como don Francisco Pizarro y

Pizarro.

El cuerpo es de un varón de raza blanca, de sesenta y ocho (68) años de edad, con estatura de un metro sesenta y cinco centímetros (1,65) y sesenta (60) kilogramos de peso corporal. Bien nutrido y normocoloreado.

Se observan manchas oscuras en la piel, en particular en el dorso de las manos. Se trata de una hiperpigmentación senil por aumento de melanina.

Incipientes deformaciones en dedos y articulaciones denotan que padecía de artrosis. Del resto de los órganos no se resalta nada significativo que llamara la atención del forense, a excepción de una calcificación en el pulmón derecho, provocada por una tuberculosis experimentada en su juventud y de la que curó. No se han detectado tumores.

ANÁLISIS GENERAL Y PARTICULAR DE LAS HERIDAS INFLIGIDAS

Grupo sanguíneo 0 RH negativo.

El sujeto falleció desangrado y a resultas de una certera y profunda herida en el corazón producida por un arma punzante, afilada y gruesa, de ocho a diez milímetros de espesor en su parte más ancha y una longitud de aproximadamente 130 milímetros. El estudio forense concluye unas tijeras como posible arma utilizada. Las heridas abiertas y menos limpias en los cortes determinan que no presentan idénticas características a las producidas por un arma blanca, como podrían ser un puñal, cuchillo de cocina o similar, de hojas planas y borde afilado.

A la víctima se le infligieron doce penetraciones más, a modo de puñaladas y repartidas todas por el torso, alcanzando bazo, pulmones y abdomen, de distinta profundidad, según la fuerza y violencia del golpe asestado (entre cinco y diez centímetros).

Fractura de dos costillas por el fuerte impacto. Una de ellas, verdadera, perfora el pulmón derecho.

Otro golpe asestado con el arma homicida y causado presumiblemente por el frenesí del autor, más que por una

intención consciente y premeditada, perfora el pómulo izquierdo, desgarrándolo y desplazando sensiblemente el globo ocular, como resultado de la presión ejercida por el golpe.

Se han obtenido muestras de las uñas de las manos del cadáver y, tras un examen minucioso, no se han detectado en ellas restos epiteliales ni de tejidos.

Midriasis ocular superior al 70 %, habitual en los cadáveres.

Del estudio realizado, el profesional forense quiere destacar ciertas incidencias que, si bien no tienen una respuesta científica concreta, deben formar parte de este informe, por cuanto significan anomalías detectadas en el organismo del cadáver y, por lo tanto, dignas de resaltar, insistiendo en que no ha sido posible determinar la causa certera de estas ni su origen fisiológico. Las conclusiones del forense son indiciarias, con un objetivo informativo y en base a una opinión profesional basada en la experiencia, sin ningún otro dato contrastable ni científico. El propósito no es otro que el de aportar al proceso de investigación cuantos datos pudieran ser de utilidad y que deberán ser valorados de forma cautelosa y prudente.

- Las manos, agarrotadas y apretadas, bien podrían ser la respuesta a un sufrimiento, a un fuerte dolor, o bien a una actitud y postura defensivas, pero no se advierten en el cuerpo rasgos de una respuesta de lucha frente a una agresión. La posición del cadáver señala más bien quietud y pasividad.
- El mayor número de heridas e incisiones se concentran en el lado derecho del cadáver. Ello nos hace suponer que no recibió la agresión frontalmente, sino más bien en posición inclinada.
- Por último, se destaca el nauseabundo olor a orín que se percibió al abrir el abdomen del cuerpo. También su aliento cuando se examinó la cavidad bucal, que desprendía un hedor similar. Orín cetónico. Es posible que

una de las heridas, que rozó la vejiga, produjera la expansión del líquido y, en consecuencia, el olor.

CONCLUSIONES

A la vista de todos los datos aportados y del análisis médico forense practicado en el cuerpo de don Francisco Pizarro y Pizarro, el doctor responsable del mismo alcanza las siguientes conclusiones:

- El fallecimiento fue el resultado de una muerte violenta, calificada por la etiología medicolegal, así como por instrucción del proceso, como de asesinato.
- La causa de la muerte fue parada cardiaca inmediata como consecuencia de una perforación en el corazón, órgano vital, provocada por el arma homicida.
- Hora de la muerte: dato aproximado, entre las 4:30 y las 7:30 horas de la tarde.

ESTE INFORME MÉDICO-FORENSE QUEDA A DISPOSICIÓN DEL JUZGADO DE INSTRUCCIÓN N.º 1, ASÍ COMO DEL EQUIPO INVESTIGADOR DE LA POLICÍA JUDICIAL Y NACIONAL.

DR. D. CARLOS GAMERO DE CERIS-GRANIER

Don Casto delegó la custodia del informe en Guillermo, quien lo guardó en una carpeta de pastas azules y gomillas en los ángulos.

—Es interesante lo que dice el forense, ¿no te parece, Guillermo?

—Interesante, enigmático y nada concreto. Bueno, poco concreto, quiero decir.

—Menos da una piedra, joven. ¿Hemos recibido los resultados de nuestro laboratorio?

—Aún no, inspector.

—Bien. Pregunta mañana e insiste en que debemos tenerlos en nuestro poder cuanto antes. Presiónales. Esos chicos se duermen

en los laureles.

—De acuerdo —asintió el ayudante—. Me colocaré antes el casco antichorreos, jefe.

Capítulo 34

Guillermo y Rafael, casi amigos

Bajo su punto de vista, no había nada mejor que un par de copas para aliviar tensiones, conciliar disputas y hacer amigos (aunque estos fueran un inspector de la policía y un periodista, inmersos ambos en un caso de asesinato). Fue así como Guillermo decidió ir al grano, sin ambages. Se dirigió a la pensión Tomasa, exigió al joven aburrido de recepción que diera aviso a un periodista que se hospedaba allí llamado don Rafael, y le indicó que el inspector Guillermo deseaba verle. Para más señas, lo instó a que bajara cuanto antes con la amenaza de que, si no lo hacía, sería él entonces el que subiría a la habitación.

Santa medicina y bendita claridad. Rafael bajó al poco y estrechó la mano de Guillermo, saludándole. Decidieron ir a tomar una copa y charlar un rato. ¿Dónde ir si no? No contemplaron otra opción que el Torrezno. La una del mediodía era la hora justa en la que cualquier mortal que se preciara necesitaba un tentempié. Tomasa lo sabía, por eso preparaba a esas horas unas orejas guisadas y unos torreznos fritos que atraían a cualquiera hasta el mesón como el mismísimo flautista de Hamelín, embriagados, en esta ocasión, no por la melodía de una flauta sino por el olor irresistible de su cocina.

—Esta investigación es algo muy serio —le dijo en voz baja el joven Guillermo a un menos joven Rafael, que prestaba toda su atención a las palabras del inspector—. Guarde cuidado de no entorpecerla, como también de poner en conocimiento del comisario, don Casto, cualquier cosa que averigüe...

Entre nervioso y excitado, Guillermo propinó un trago a su

bebida antes de continuar.

—Hay gente importante, del Gobierno quiero decir, que está muy pendiente de este proceso. La familia Pizarro siempre ha sido muy influyente y... Bueno, usted me entiende, muy del régimen. Hay voces que piensan que fue un anarquista, un rojo, el autor de este asesinato, por venganza y odio a la familia. ¡Quién sabe! A veces deseo que sea así. Lograr dar con el rojo culpable y todos tranquilos y contentos.

Rafael le miraba con atención, intentando averiguar si aquel inexperto policía decía la verdad o, por el contrario, estaba representando un papel con el único propósito de sonsacarle todo lo que sabía. Ambos sabían que el mejor aliado de la confidencia era la confianza, y el policía parecía darla sin ningún recato. Por eso optó por seguirle el juego. De todas formas, el periodista tampoco sabía tanto como para mucho sigilo.

—¿Cree usted de verdad que el asesino pudo ser un republicano o un rojo, como le ha llamado? —le preguntó.

—¿Por qué no?

—¡Hombre! Si en la familia o en el servicio los hay, pues es posible. ¿O acaso piensa que alguien extraño pudo entrar en la casa, subir al dormitorio del pobre hombre sin ser visto por nadie de las dieciséis, veinte o no sé cuántas personas que se encontraban por los alrededores, y alegremente asestar cuarenta puñaladas? ¡Ah! Eso, sin contar con el servicio —puntualizó Rafael—. Porque eso es lo que se comenta en el pueblo, que una vez perpetrado el crimen, el asesino, cubierto de sangre hasta los calzoncillos, que no es algo que pase desapercibido precisamente, salió por donde vino como si paseara por la plaza del pueblo.

—Pudo tener un cómplice... —sugirió el inspector.

—¡A ver si resulta que en la familia Pizarro se concentran todos los anarquistas y rojos de la localidad! —espetó el periodista con sorna.

Fue en ese preciso momento cuando Rafael se percató de que el joven inspector no intentaba sonsacarle nada. Él era así de iluso, simple y llanamente. Seguro que el paso del tiempo y, por supuesto, los palos que se esconden en cada esquina de la vida

terminarían puliéndolo y matando su ingenuidad. Se percibía que era novato y que había recibido la encomienda de averiguar hasta dónde llegaba su conocimiento en el asunto, así como de transmitirle la advertencia de «cuidado y a ver dónde te metes». Para su tranquilidad y la del policía, optó por tomar la iniciativa y decirle lo que sabía. Bueno..., no todo, claro.

—Mire usted, Guillermo —se sinceró Rafael—. Tengo muy pocos datos del crimen. Apenas lo que se cuenta en el pueblo, y ya sabe usted cómo es el pueblo, no hace falta que le diga. Envié a la redacción un primer artículo con los datos de la familia, lo que sucedió, según el vulgo, sin matiz peyorativo, un reportaje fotográfico del pueblo y esas cosas, que rellenan más que informan. Eso fue todo porque no hay nada más, que yo sepa, salvo que sea usted tan amable de ampliar mis escasos conocimientos... —bromeó.

—No podría, aunque quisiera —contestó pavoneándose el inspector—. ¿De qué hablan, entonces, usted y la familia? Se los ha visto juntos en varias ocasiones...

Por fin, pensó el periodista. Ahí estaba el *quid* de la cuestión. Los comisarios querían averiguar el porqué de tanta charla con algunos miembros de la familia Pizarro.

—Nada que pueda ser útil a la policía y a la investigación, se lo aseguro —contestó Rafael de inmediato—. Conozco a alguien de la familia desde hace muchos años. Comentamos temas personales y eso fue todo, pero pierda cuidado y dígale a su jefe que si en el trascurso de cualquier conversación descubro o intuyo algo que pueda ser de su interés, se lo haré llegar a la velocidad del rayo. Hágaselo saber, por favor, y tranquilícele. Soy el tipo de periodista que colabora con la policía, ¿no le parece?

—Sí. Me parece y le haré llegar exactamente lo que me dice. Gracias por la invitación —agradeció señalando los vasos vacíos mientras se levantaba con la intención de salir del mesón.

—De nada, amigo. Cuídese.

Se despidió del policía con una mueca incrédula, intentando recordar en qué momento se había ofrecido a invitarle. Como la policía nunca se sentía obligada a pagar, sería por eso por lo que el

joven inspector lo había dado por hecho.

Capítulo 35

Hasta el momento...

El comisario Aneiros frunció el ceño al escuchar la narración de cómo había transcurrido el periplo dialéctico entre Guillermo y el periodista y acabó sentenciando:

—Por lo que escucho y entiendo, no le has logrado sacar ni media palabra de su entrevista con Rosario.

—Bueno... —balbuceó el inspector dubitativo—, me dijo que era un tema personal, que conocía a alguien de la familia desde hacía años y que no guardaba relación con el asesinato. Eso fue todo. Sobre el suceso me confesó que no sabía nada más que lo publicado en el dominical del *Extremadura*...

—Ya, pero sigo sin creérmelo del todo. ¿Mantener a un periodista en un pueblo durante días, solo para eso? O bien prometió a la redacción un notición con esto del asesinato, o puede que haya descubierto algún otro filón para un artículo. Tarde o temprano lo sabremos y espero, por su bien, que no nos esté ocultando algo relacionado con el caso. Pongámonos a trabajar.

Ambos se habían instalado en la salita del cuartel de la Guardia Civil que el sargento les había facilitado para los interrogatorios. Allí, al abrigo de miradas curiosas, determinaron hacer un resumen del avance de la investigación y recopilar todos los datos, desde fotografías del cadáver y de la habitación hasta lo extraído de los interrogatorios practicados, además de una lista de familiares y sirvientes pendientes de interrogar. Listaron y ordenaron hipótesis de trabajo, planos de la casa, pistas, datos de posible interés del informe médico-forense, hechos relevantes —o al menos significativos— y, finalmente, una lista de sospechosos.

Quedaba mucho por hacer. Solo cuando hubieran llevado a cabo todos los interrogatorios podrían apuntar a una posible hipótesis del caso y a una primera reconstrucción de los hechos. Para no perder más tiempo, se repartirían los pendientes: Guillermo se ocuparía de los sobrinos más jóvenes, ambos estarían presentes en las entrevistas a la familia de doña Encarna (si era posible, ya que la mujer siempre estaba enferma) y don Casto interrogaría a Pepe, el capataz, a los hijos del difunto, Gonzalo y Alfonso, y a doña Adela. Las dos mujeres del servicio, Concha la cocinera y su ayudanta Pepa, las dejarían para el final si se terciaba de esa manera. Cualquier incidencia que se presentara tras los interrogatorios la resolverían sobre la marcha.

Todavía restaban pendientes los resultados de las pruebas de laboratorio. Para tratar de avanzar en conclusiones, leyeron de nuevo, esta vez en voz alta, el informe del forense y concluyeron que cualquiera de los presentes el día del crimen pudo haberlo cometido. Pero ¿se trataba de alguien de la propia familia de la víctima? Casi todos los asistentes en uno u otro momento visitaron el primer piso, en su mayoría forzados por sus necesidades fisiológicas, salvo dos de las sirvientas, y las cuñadas Antonia y Rosario. Era probable que, en el resto de los interrogatorios pendientes, algún otro testigo afirmase igualmente no haber subido al aseo durante las horas claves. A la conclusión de dichos interrogatorios sabrían quiénes habían sido los que habían subido en algún momento, aunque la pregunta que se hacían los policías no era tanto quién pudo llegar hasta el dormitorio del difunto, sino cómo había logrado escapar sin ser visto.

Repasaron las fotografías del cadáver y de la habitación; quince instantáneas que pretendían inmortalizar la posición del cadáver y los detalles más significativos del lugar del crimen. Don Casto se acercó un retrato del rostro del cadáver y lo miró con detenimiento.

—¿Qué llama su atención, jefe?

—Estoy intentando averiguar cuán abiertas tenía las pupilas... pero es imposible. Tan solo veo unos ojos abiertos —dijo decepcionado, colocando de nuevo la fotografía con el resto, sobre

la mesa—. Me resulta curioso y extraño el olor a orín que describe el forense. Al parecer, no supo encontrar una explicación técnica que no albergara ciertas dudas.

—Sí —asintió su ayudante—, también a mí me llamó la atención cuando leí el informe por primera vez, sobre todo porque me recordó haber percibido vagamente un olor similar al entrar en la habitación y al introducir en el sobre el vaso de la mesilla de noche... No le di importancia, entonces.

—No me habías comentado nada al respecto —le recriminó el comisario.

—Ya le digo, fue una impresión vaga. No me pareció trascendente...

—Te recuerdo, joven, que nosotros, los investigadores, insistimos a toda alma que interrogamos en que nos digan todo aquello que recuerden, hasta el detalle más nimio y que consideren sin importancia... ¿Estamos de acuerdo? A ver si va a ser cierto lo del refrán ese que dice que «en casa del herrero, cuchara de palo».

—Tiene razón, toda la razón. Lo he anotado. —Guillermo pegó un rápido repaso al contenido de su libreta y preguntó—: ¿No contempla interrogar a esa señora tan mayor? Creo que es la costurera de la familia. También estuvo presente en la casa aquel día.

—Ana, así se llama. Es muy mayor y padece de cierta demencia... —indicó don Casto—. No lo había contemplado, pero bueno, a lo mejor aporta algo, o nos lía con su declaración. Seguro que no apreció nada, según tengo entendido estaba en un rincón de la cocina, sentada, mientras cocinaban las demás. Pero bien, no se pierde nada con hacerle un par de preguntas.

—¿Y el cura, don Julián? Se marchó antes de que se descubriera el cadáver, pero estuvo un rato, al menos, después de la comida. Nadie hizo ninguna referencia a él, ni a con quién se reunió durante ese tiempo.

—Tienes razón. ¡Con la Iglesia hemos topado! Te encargas tú de él —ordenó displicente a su ayudante—, aunque pienso que no aportará mucho.

—De acuerdo, jefe. Ya veo que lo de la Iglesia no le gusta a

usted mucho...

—La Iglesia, sí. Los curas, no. Al menos la mayoría.

Capítulo 36

La costurera, un descubrimiento

Acercarse a la mujer le recordó a lo que el médico forense describía en el informe como el olor a orín que desprendía el cadáver. Debido a su avanzada edad, Ana no controlaba sus continuas pérdidas de orina, que llegaban a mojar las enaguas. Tampoco tenía control alguno sobre sus vivencias recientes (incluso aquellas ocurridas hacía escasos diez minutos). Por el contrario, sus recuerdos y la historia de muchos años atrás permanecían intactos en su memoria.

En efecto, como había vaticinado don Casto, la costurera no recordaba del día de autos, ni siquiera el lugar donde había permanecido. Suponía que en casa de los señoritos —su casa de alguna forma—, pero poco más. Lloraba cuando alguien le decía que don Paco había fallecido y lo olvidaba cinco minutos después. Acto seguido, criticaba al señorito cuando le preguntaban por su carácter: «Es un *joío*, con mala leche». Esto no lo olvidaba nunca, tan solo que lo había dicho. En definitiva, era imposible hilar algo coherente con lo que la mujer decía. Dejó claro, eso sí, que la señorita Adela, la viuda beata, era una entrometida que se adueñaba de la cocina, mandaba más que hacía y que todo lo supervisaba y controlaba. Concha, la cocinera, mostraba su nerviosismo cuando la veía aparecer.

Sin que fuese provocado por ninguna pregunta concreta del investigador, la mujer comenzó a relatar una historia que parecía estar muy grabada en su mente, quizá porque su memoria la seleccionó sin más, o quizá porque esta le produjo heridas que no cicatrizaron nunca.

Se trataba de un acontecimiento que había tenido lugar en una jornada de caza diez años atrás. El señorito había invitado a mucha gente importante, como en otras ocasiones. Eran señores poderosos, del Gobierno. Hombres a los que había que temer porque solo ellos tenían en sus manos decidir sobre las personas (incluso si estas debían morir o vivir). Fueron muchos los que acudieron, sin embargo había uno particularmente especial al que rodeaban todos los demás. Debía ser, entre todos ellos, quien más poder ostentaba y quien mandaba por encima del resto. Ana escuchó decir que era más que un general.

—Todos ansiaban matar; cuantas más perdices, mejor. Sumaron un total de veinte cazadores, distribuidos en veinte puestos de caza. Durante toda la jornada al servicio no nos permitían ni preguntar, mirar, ni mucho menos pensar. Solo preparábamos y limpiábamos las estancias y cocinábamos la comida con las perdices capturadas. Calladitos, eso sí, que así estábamos mejor, decía el señorito.

Ana, experta en guisar estofado de perdices, se trasladaba a la cocina en ocasionales eventos. Todo parecía normal aquel día. Todo... hasta que un apagado griterío se acercó hacia la casa. Dos hombres portaban en brazos un cuerpo desmadejado, del que caían los brazos a cada lado. Era un niño: el hijo de Pepe «Gil-Robles», el jardinero por aquel entonces de La Torre.

—¡Santo Dios! ¡Solo tenía diez años! —exclamó la costurera en un llanto contraído.

Lo llevaron a la cocina. Allí estaba ella. Ella, que lo había visto nacer y lo había ayudado a crecer después de que la madre muriese en el parto. Ella, que jugaba con él al esconder, que había zurcido sus pantalones y camisas. Ella, que no había concebido hijos, pero que lo quería como si fuera suyo. Allí estaba Juanito, inerte sobre su regazo, lleno de sangre por el disparo de un cazador de perdices; por el disparo de uno de esos hombres importantes.

Ana limpió de sangre el rostro del muchacho, manchando sus mejillas de rojo al secarse las lágrimas, mientras esperaba al doctor don Rosendo, al que habían avisado. Pero el doctor no llegaba, y fue en esa espera cuando el pequeño expiró. Un silencio se apoderó

de la cocina, un silencio que rompió Pepe cuando llegó y abrazó a su hijo entre sollozos.

Después de aquello, el resto fue una cuestión de recomponer; todos se preocupaban de reconstruir lo sucedido de la mejor forma posible (de la mejor forma para sus intereses, claro). El principal invitado de la velada desapareció al poco rato de lo sucedido en un coche negro que conducía un chófer. El único rastro que dejó fue el polvo que levantaron los neumáticos en el camino de tierra seca.

—La versión oficial fue que Juanito, un niño que vivía en la finca y que circulaba por ella libremente, aquel día no sabía que había una cacería de perdices —explicó Ana con suma calma y tristeza—. Su padre no le había advertido que no debía circular por el coto, como solía hacer.

El auto completaba los datos: aproximadamente a las nueve de la mañana, desde el puesto n.º 4 del coto, don Paco, el propietario de la finca y anfitrión de la cacería, al efectuar unos disparos a la altura de unos matorrales bajos, de donde escapaban unas perdices alzándose al vuelo, escuchó un quejido que llamó su atención. Al acercarse, vio el cuerpo tendido en el suelo del muchacho, que presentaba manchas de sangre en su ropa debido al impacto de los perdigones que le alcanzaron. A partir de ese momento, y ayudado por otros cazadores, trasladaron el cuerpo hasta la casa, esperando la llegada del doctor, quien fue avisado del lamentable accidente. El médico no llegó a tiempo y el pobre niño dejó de respirar antes de que llegara.

La otra versión, la auténtica, la relataba Ana con pesar, con una mirada impregnada de emoción (o quizá de rencor), y era que Juanito ayudaba de manera habitual en la cacería. No tenía experiencia, pero corría a recoger las piezas, que caían derribadas tras los disparos de los cazadores. Algunos de los participantes eran impacientes en abatir las perdices que alzaban el vuelo, incluso disparaban casi a ras de tierra cuando advertían el menor movimiento entre los matorrales. Y allí estaba Juanito. Al otro lado, en el puesto de caza n.º 5, se encontraba aquel señor tan importante y a quien todos protegían. Había sido él quien había disparado los dos cartuchos y alcanzado a Juanito, que se

desplomó en la tierra mientras una perdiz, asustada, escapaba a la muerte.

En la versión oficial, don Paco se arrogó aquellos disparos, se declaró autor y con ese gesto se blindó el asunto para siempre. Leal al régimen, el régimen le respondió como correspondía.

—Sin embargo, aún quedaba algo pendiente —indicó Ana.

Pepe, el jardinero de los Pizarro y el padre del chico, fue oficialmente acusado de negligencia por no haber advertido a su hijo de la cacería que provocó su muerte.

«Pepe —le dijo en su momento don Paco apoyando su mano en el hombro del pobre hombre—, nada podrá devolver la vida a tu hijo, nada de lo que hagamos, pero debemos..., debo compensarte esta desgracia.» El desdichado padre, que aún lloraba cada noche la muerte de su hijo, no llegaba a comprender qué pretendía el señorito. «Usted dirá, don Paco» le contestó sumiso, a lo que el señorito añadió: «He pensado que podría nombrarte mi capataz, mi hombre de confianza en la finca. Llevas varios años con la familia y has demostrado ser honrado y fiel. Bueno, ¿qué te parece?».

—Pepe se emocionó y aceptó. ¿Qué podría haber hecho, si no? Era un sueño para cualquier jornalero. Él solo era un jardinero —la costurera agitó la cabeza con resentimiento—, y el dinero compra muchas cosas: propiedades, amistades, posición, a curas y a Dios, si me apuran. Lo peor es cuando también compra voluntades.

Pero ella, que conocía la verdadera historia, no la pudo silenciar para siempre y se la confió a Pepe: no había sido don Paco quien había matado a su hijo. Había resultado ser aún peor que eso, porque el señorito había silenciado la verdad y dado la espalda a la justicia por proteger a alguien que merecía ser juzgado.

—Así se protegió a sí mismo, vendiendo su conciencia e inocencia, y todos ganaron con aquel repugnante trueque. Todos menos el pobre Juanito.

Capítulo 37

El notario de «El Más Grande»

Don Félix Cortejosa de Aranda era un ilustre notario de Madrid. Rafael, gracias a la ayuda de Rosa, la telefonista —que ya le cobraría el favor—, consiguió el número de teléfono de la notaría y se propuso contactar con ella. En la palma de la mano escribió el número de protocolo del poder notarial que le había proporcionado el señor Gálvez de la editorial.

La mirada de Rosa a través del ventanuco de cristales ya empezaba a cobrarse el favor. Su mirada retadora parecía decirle: «Pienso enterarme de todo, para eso le conseguí el número de teléfono».

—Notaría de don Félix, dígame en qué puedo ayudarle —respondió una jovial voz femenina.

—Buenos días, señorita. Mi nombre es Rafael Garrido. Le llamo desde el dominical *Extremadura*. Tengo en mi poder un número de protocolo de esta notaría que se refiere a unos poderes.

—¿Sí? ¿Y cuál es su pregunta concreta?

—Necesito una copia del documento o bien, si usted puede facilitármelos, los nombres del apoderado y del poderdante.

—Me temo, señor, que no podemos proporcionar documento alguno si no es usted ninguno de los firmantes y, por lo que dice, no es el caso. Tampoco puedo facilitarle datos concretos de la escritura, es imposible —afirmó tajante—. Ahora bien, los poderes de representación, en especial cuando sirven para negocios, suelen inscribirse en el Registro Mercantil. El acceso a los datos registrales es público. Si el documento ha pasado por la oficina, puede usted averiguar lo que necesita facilitando el número de protocolo. Es

todo lo que puedo decirle.

—Y no es poco, señorita. El registro está en Madrid, ¿cierto? Y me temo que habrá que acudir en persona, ¿cierto también?

—Ha acertado usted en ambas respuestas, señor.

—Muchas gracias por todo, señorita. Buenos días.

La expresión forzada de resignación de Rosa tras los cristales le irritó. Forzó una sonrisa al despedirse y dejó en el hueco de la ventanilla una peseta.

—Cóbrese y guárdese el cambio..., por el favor —le indicó Rafael con complicidad.

Salió de la centralita y decidió sentarse en un incómodo banco de la plaza. Encendió un cigarrillo mientras observaba a los niños que jugaban empujando una rueda metálica con una varilla de alambre retorcido en un extremo. Otros lanzaban trompos de madera que, impulsados por la cuerda que los envolvía, golpeaban el suelo de piedra con la punta de hierro. El humo del cigarrillo le salía por la nariz, con fuerza, igual que las llamas de un dragón cabreado. No podría ir a Madrid, no se lo permitirían. Su jefe era un inútil cagueta incapaz de tomar una decisión comprometida. Hasta Madrid desde el pueblo, primero en coche y luego en tren..., unas diez horas. Con suerte no llegaría hasta el día siguiente. No. Era impensable. Debía encontrar otra forma de conseguir los datos que necesitaba sin tener que ir a Madrid. Apuró el cigarro y aplastó la colilla en el suelo.

Subió la calle principal en dirección a la pensión. Allí, detrás del mostrador, se encontraba el joven de siempre al que llamaban Quico (Rafael había optado por preguntarle su nombre para no utilizar constantemente un impersonal «oye, por favor»). En esa ocasión, Quico no leía su habitual *TBO* y parecía estar esperándole. Nada más verle traspasar la puerta le entregó un pequeño sobre blanco cerrado que contenía un papel doblado por la mitad. Rafael lo abrió y leyó:

> *He descubierto algo importante en relación con «El Más Grande». Si le parece, nos vemos mañana a las doce del mediodía en la puerta del ayuntamiento, ya que debo hacer allí una gestión.*

Gracias y hasta mañana.

ROSARIO

El periodista volvió a meter la misiva en el sobre y lo guardó en el bolsillo de su pantalón. De pronto se sintió vigilado por la mirada fija y persistente del joven del mostrador. Se percató sin gran esfuerzo de que no se trataba de vigilancia alguna: la indolente mirada no era más que su manera de reclamar una propina por el servicio realizado.

Capítulo 38

Interrogatorio de doña Adela, la viuda beata

Una sirvienta vestida de tonos grises abrió la puerta de inmediato después del primer golpe de aldaba. Parecía como si la mujer hubiese permanecido detrás de ella todo el tiempo, esperando la llegada de don Casto. También allí, en el centro del espacioso zaguán al que el comisario pasó enseguida, se erigía doña Adela, de pie y tiesa, con las manos entrelazadas y caídas sobre su falda negra como el tizón.

—Buenos días, señor inspector —lo saludó.

—Comisario, señora, comisario. Buenos días. —La mujer le indicó que la siguiera hasta la pequeña habitación destinada a las visitas.

—Cuando usted quiera, comenzamos. ¿No le acompaña hoy su ayudante? —preguntó la viuda mientras se sentaba y acomodaba la falda con ambas manos.

—Él es el inspector. Y no, hoy no me acompaña. Deberá conformarse solo conmigo.

Don Casto clavó su mirada en la de doña Adela.

—Le recuerdo que cualquier detalle que pudiera observar aquel día y que aporte puede ser primordial, y a veces decisivo, para esclarecer lo que sucedió. Además, y tal y como usted me dijo aquel día, para cumplir con mi trabajo y mi responsabilidad de encontrar al asesino necesito toda la información posible, por insignificante que pueda parecer. ¿Me explico? —La mujer asintió con una leve inclinación de cabeza—. Dígame todo lo que recuerde de aquel día, pues.

—La noche anterior, como de costumbre, me quedé a dormir

en La Torre. Como ya le indiqué hace unos días, mi hermano se sentía muy seguro si yo gobernaba la situación cada año. Mi cuñada, la pobre, no goza de buena salud, es diabética y padece artrosis —indicó a modo de justificación—. El día de la comida madrugué. Desayunamos mi cuñada y yo, temprano. También Rosario. Le dije a Dolores que descansara, que yo me ocupaba de vigilar en la cocina que todo estuviese en orden. Mientras ella arreglaba los dormitorios en el primer piso, yo permanecí en la cocina con Concha, la cocinera, y con Pepa, la jovencita que la ayuda. Ana, la costurera, estaba sentada en un rincón, frente a una pequeña mesa camilla, y cabeceaba de sueño, como de costumbre.

Doña Adela hizo una elegante pausa para tomar aire, y continuó su narración.

—Di instrucciones para el guiso de venado hasta que fue llegando la familia. Salía de la cocina a ratos, en el aperitivo, y volvía a entrar. Así hasta que se llevaron a la mesa los platos, que las asistentas repartieron ya servidos. Yo las ayudé cargando con el de mi hermano porque sabía los trozos de venado que más le gustaban... ¡Pobre hermano mío!

La mujer apoyó su frente en los nudillos de la mano, que apretaba un pañuelo.

—¿Cuántos dormitorios hay en la primera planta? —preguntó don Casto para agilizar la conversación.

—Ocho. Son ocho dormitorios. Uno por cada hijo de mis padres y el de ellos. En esta casa nacimos todos, ¿sabe?

—¿Fueron entonces siete hermanos?

—Sí, es fácil hacer la cuenta. Cinco varones, Paco, Ladislao, Dionisio, Nicolás y Antonio, y dos mujeres, Cándida y yo misma. Y, a día de hoy, vivimos tres. Dos, quiero decir... —rectificó apesadumbrada—. Nicolás y yo.

—Los fallecidos, según tengo entendido, no eran muy mayores. ¿Cómo murieron?

—De enfermedades. Todos enfermaron menos uno, Dionisio, que fue asesinado por los republicanos, pero... ¿eso qué importancia puede tener ahora?

La mujer mostró en la voz una agresividad que no pasó

desapercibida para don Casto.

—Siento haberla importunado, solo quiero recabar todos los datos posibles. ¿Vivían sus padres cuando murieron?

—Mi madre murió en el parto de nuestro último hermano, Antonio. Mi padre, don Pacorro, sí vivía. Sí, creo que sí... Los tres fallecieron en vida de mi padre... O uno creo que no, el más pequeño... No sé, no lo recuerdo en este momento, pero ¡oiga! ¿Qué relación pueden guardar esas preguntas con el asesinato? No lo entiendo, comisario.

—Señora, déjeme a mí llevar la investigación. Ato cabos y descarto cosas. Por favor, una última pregunta sobre el pasado —carraspeó el comisario deslizando las gafas hacia la parte superior de su nariz—. ¿Las familias, o en su caso los legítimos herederos de sus cuatro hermanos fallecidos antes del crimen de don Paco, cobraron la herencia que les correspondía al morir su padre?

—¡Por supuesto que sí, señor! ¿Qué insinúa usted? Mi familia es respetable y honrada. Más de lo que imaginan. Todo se hizo y se hace con arreglo a la ley. Siempre fue así, señor.

Don Casto apreció un evidente nerviosismo en la mujer, quien intentaba enjugar su estado con respuestas colmadas de indignación.

—Yo no insinúo nada, doña Adela, solo pregunto —optó por concluir—. Continúe, por favor, con la narración del día de autos en cuestión. ¿Qué sucedió tras la comida?

—Fue llamativo que mi hermano se levantara de la mesa casi sin acabar el postre. Dijo tener pesadez de estómago y que se recostaría un rato para reponerse y poder rezar el rosario a su regreso. Mire que se lo tengo dicho a Concha, continuamente se lo advierto: las especias en el guiso, las justas, o un poco menos. Pero no, no hay manera.

—Ya, ya... Esto ya me lo ha indicado, pero su hermano, según tengo entendido, no apreciaba los sabores al cien por cien... Me refiero a que una dosis mayor de especias no debió influir demasiado, ¿no?

La mujer, sorprendida, corrió a corregirlo:

—Veo que le han informado bien. En efecto, así es, pero unos

guisos los saboreaba más que otros. Y le aclaro que las especias no hacen daño en el paladar, pero sí al estómago, tanto si se padece anosmia como si no.

—¡Ah!, claro. Gracias por la aclaración. Siempre se aprenden cosas... —dijo resuelto don Casto con cierta sorna—. Le escuché decir el otro día que usted subió a la habitación para comprobar el estado de su hermano. Dijo que lo hizo aproximadamente a las cinco de la tarde o algo menos, quizá.

—Así es. Advertí que estaba bien dormido y lo dejé descansar.

—Regresó usted al jardín y se reunió de nuevo con la familia. ¿Con qué grupo charló entonces?

—No lo recuerdo con exactitud —indicó Adela dubitativa—. Estuve con todos, a ratos...

—Bien, no tiene importancia. Y después de aquello llegó el terrible final. El grito de la sirvienta, Dolores si mal no recuerdo, y la carrera de todos hacia el dormitorio.

—Así fue. Todos corrimos hacia la casa, asustados.

—En la declaración de un sobrino suyo, Francisco creo que fue, este aseguró coincidir con usted en ese preciso instante y declaró que se escuchó a la sirvienta gritar «hay sangre, mucha sangre» y que usted quedó petrificada, sin reaccionar, inmóvil hasta que él la cogió de la mano y la ayudó. ¿Qué le sucedió?

—¿Y a usted qué le parece que me pudo suceder? —respondió la viuda a la defensiva—. ¿Cómo reaccionaría usted si escuchara gritar que su hermano está cubierto de sangre? Soy muy mayor, ¿sabe? —decretó con una mirada intensa que don Casto no logró descifrar.

Era el momento idóneo para cambiar de estrategia.

—¿Qué opinión le merece Pepe, el capataz?

La pregunta sorprendió de nuevo a la mujer, que recorría la habitación con sus ojos, como si buscara algo sin encontrarlo, confusa.

—¿Pepe «Gil-Robles»?

—Sí, el capataz. ¿Cómo lo considera?

—Lleva muchos años en la casa. Era el hombre de confianza de mi hermano, leal...

—Debió sufrir mucho con la muerte de su hijo... —la interrumpió el comisario.

—Fue un accidente —exclamó ella en una fracción de segundo.

—Lo sé, pero eso no evita el sufrimiento.

—Mi hermano se portó muy bien con él. Lo nombró capataz...

—Tampoco eso elimina el sufrimiento, a pesar del refrán ese que dice que «las penas con pan...».

—¿Qué insinúa usted, comisario?

—Ha preguntado varias veces lo mismo y yo insisto de nuevo: simplemente sopeso y valoro todas las hipótesis. En este caso, si es posible que se tratase del rencor acumulado durante años por parte del capataz que pudiese aflorar de forma violenta, como lo haría un volcán dormido que despierta de forma súbita e inesperada, causando estragos. Por eso le pregunto su opinión y, mejor aún, su visión sobre el comportamiento del empleado desde aquel día.

—Ejemplar —atajó sin dudar—, siempre lo ha sido. Pepe quería y respetaba a mi hermano. Aquel accidente quedó, créame, donde pertenece, en el olvido.

—No dudo de su comportamiento, pero sí de que la muerte trágica de un hijo pequeño pueda olvidarse. Yo no podría, ¿usted sí?

—No he tenido hijos, señor. Dios tuvo a bien regalarme uno y el demonio me lo arrebató. No lo puedo saber.

—Bien, creo que hemos terminado, señora. Espero no haberla cansado demasiado —se excusó don Casto contrariado, al tiempo que se levantaba del sillón y se ajustaba de manera instintiva el nudo de su corbata—. Tiene usted una gran casa —añadió mirando a su alrededor.

—Sí que lo es. Fue regalo de bodas de mi hermano. Pero demasiado grande, me temo, para una mujer viuda.

El aire caliente de la calle atizó en el rostro del comisario y el nudo de la corbata se le hizo entonces insoportable. Lo aflojó. ¿Por qué se colocaba una corbata sobre una camisa de mangas cortas? Pensó

en todos los de comisaría, que hacían lo mismo. Quizá sería porque gracias a ello parecían ser más policías.

Doña Adela le había resultado igual de insoportable que el nudo apretado a su cuello. Conociéndola, no era de extrañar que su marido falleciera al poco de casarse.

—El hombre se libró de una buena —murmuró para sí.

Enfiló la calle Paquito, como llamaban popularmente a la avenida del General Franco, y divisó de lejos una figura familiar que se acercaba a su encuentro.

—Buenos días, jefe —saludó Guillermo—. ¡Vaya calorina que hace!

—¡Va un sol de *carallo*, Guillermo! Lo de calorina es un piropo. Este verano no quiere marcharse... ¿Qué tal el interrogatorio de los chicos?

—Bien. Nada importante. Han estado solo dos hermanos, Nicolás y su hermana pequeña, Candela. La otra, Rocío, se había marchado a Sevilla. Al parecer tenía que solucionar algún asunto de la Facultad de Farmacia.

Guillermo y don Casto comenzaron a caminar, buscando cobijo en la sombra.

—No han dicho nada nuevo, nada que aporte nuevas pistas, creo —indicó el inspector—. Después de la comida estuvieron los tres hermanos juntos y, a ratos, se les acercaban el resto de los primos y familia. Hablaron con sus primos mayores, Gonzalo y Alfonso, con los dos de la tía Encarna presentes, Ladislao y Juan, y con la prima Rosario que, como de costumbre, fue la más divertida de todas —apostilló con una sonrisa—. También con el cura. ¿Qué más? Casi a última hora, el primo Gonzalo se unió al grupo y Rosario aprovechó para piropear a su marido. Se ve que era su costumbre, decía ser un ejemplo para sus primos más jóvenes: «Aprended de vuestro primo mayor, siempre de punta en blanco». Se ve que después de varias horas su camisa no presentaba arruga alguna y el almidón parecía no querer abandonarle.

El ayudante pasó página de su libreta de notas y continuó citando a Rosario según sus primos, a quienes no paraba de señalar:

—«Miraos vosotros. Tenéis más arrugas en las camisas que la cara de Pepe “Gil-Robles”. Y mi esposo... como un pincel» —leyó Guillermo—. Según ellos, a Rosario le gusta mofarse del primero que se ponga a tiro. —Sonrió—. Sobre las visitas a la casa, Nicolás y su hermana pequeña recuerdan haber subido, en efecto, al servicio del primer piso. El joven Nicolás declaró que visitó el aseo y, aunque no precisó la hora exacta, la sitúa entre las cinco y media y seis de la tarde. Dice que vio a su tía Adela junto a la puerta del dormitorio del tío Paco y que su tía le advirtió que no hiciera ruido, ya que el tío Paco estaba dormido. La hermana de Nicolás afirmó haber subido inmediatamente después de acabar la comida. Ella tampoco observó ni escuchó nada que llamara su atención. Y nada más.

Con un suspiro de calor, Guillermo cerró su libreta de notas.

—Salvo las conversaciones de siempre, no recuerdan nada más de aquella tarde, a excepción del momento de los gritos de Dolores al descubrir el cadáver. Cuando Nicolás se apresuró a llegar, seguido de su hermana, vio allí a Curro, cerca de la puerta, detrás de su hermano Dionisio, que se tambaleaba en el umbral, junto a Gonzalo y Alfonso, tras haber tranquilizado a la sirvienta, que no cesaba de llorar. Eso ha sido todo —concluyó Guillermo.

—¿Quieres tomar un refresco? —le propuso el comisario.

—No, gracias, quizá más tarde. Voy a la iglesia a interrogar al cura, don Julián.

—Muy bien, joven. A ver qué tal resulta. Pórtate bien y seguro que te regala alguna que otra indulgencia plenaria, por lo menos una bendición.

Guillermo se despidió levantando la mano y con una mueca a modo de sonrisa. «Este gallego ateo...», pensó.

Capítulo 39

Don Julián

Las pisadas sobre el suelo de mármol de la iglesia resonaban delatoras. Nadie lograba pasar inadvertido cuando traspasaba las pesadas puertas de madera del sagrado recinto. Se trataba de una iglesia de estilo gótico, arcaica y de modestas dimensiones. En su interior, la escasez de ventanales obligaba a prodigar rosetones y óculos que garantizaban una mayor iluminación. De cualquier manera, la iluminación resultaba pobre para la retina.

Antes de alcanzar la puerta de la sacristía, Guillermo vio cómo se abría de pronto, dejando vislumbrar la silueta de una sotana. Era don Julián, repeinado, como de costumbre, y con su persistente sonrisa impostada casi de oreja a oreja.

—Buenos días, padre —le saludó.

—Buenos nos los dé Dios, amigo —le contestó el sacerdote sin perder la beatífica sonrisa—. Entremos en la sacristía, si le parece bien.

—Donde usted disponga.

El espacio era pequeño, de grandes paredes de piedras rectangulares. La luz, al igual que en el resto del templo, era escasa. Un flexo encendido de manera permanente aseguraba una mejor visión. Guillermo observó cómo una de las paredes se cubría a media altura de un armario de madera de grandes puertas que servía de apoyo a libros litúrgicos, candelabros y demás utensilios utilizados en los sacramentos. Frente a él, otro armario ropero empotrado en la pared, con puertas de cristal, custodiaba las casullas, albas, estolas y una sotana.

Don Julián le ofreció acomodarse en uno de los dos sillones

que ocupaban la habitación. Frente a él se sentó el sacerdote.

—Soy todo oídos, inspector. ¿Hoy no viene con su jefe?

—No, ha decidido distribuir los interrogatorios.

—Ya. Por orden de importancia, supongo.

—Es posible —sonrió Guillermo con inocencia.

—Me alegra saber que, en mi caso, la importancia es de segundo orden.

—Bueno, el criterio se ha basado más bien en el tiempo que cada uno permaneció en la casa aquel día... Usted, padre, se marchó pronto y no llegó a ver el cadáver.

—Eso es cierto. Doña Adela se lamentó mucho de que no estuviera presente en aquellos terribles y dolorosos momentos. Algún sacramento, al menos *post mortem*, le hubiera podido administrar, pero las cosas son como son. Aunque más tarde sí que logré tranquilizar a doña Adela —aseguró el párroco—, su hermano era un hombre muy creyente, que comulgaba todos los domingos. Eso garantiza su rápida ascensión al Reino de los Cielos, a pesar de que pudiera transitar un breve espacio de tiempo por el purgatorio, por aquello de algún que otro pecadillo venial descontrolado, ¿me entiende?

—Sí, creo que sí. ¿Y observó en algún momento algo que llamara su atención?

—Algo me llamó la atención, algo recurrente —indicó don Julián con el mismo tono de sermón que no parecía ser capaz de perder en ninguna conversación—. Fue precisamente el cariño y los lazos inquebrantables de la familia. Cualquier rincón de la casa y del jardín desprendía el aroma inconfundible de una familia cristiana. Sin grietas ni fisuras, compacta en sus creencias y principios. En definitiva, una familia católica, apostólica y romana.

—Y con un asesino entre ellos... —susurró el joven inspector mientras apuntaba en su libreta.

—Eso no lo sabemos aún —señaló el cura con aparente calma —. Pudo ser alguien ajeno a la familia y, de hecho, eso es precisamente lo que yo creo.

—Pues su opinión resulta un problema, padre.

—¿Por qué dice eso? —se sobresaltó el párroco.

—Porque recortando de ese modo la lista de sospechosos, con su teoría, nos quedarían las mujeres del servicio, Ana, la costurera, Pepe, el capataz, y usted, don Julián. Sí, también usted. Y si cercamos aún más, por lo que sabemos y por sentido común, podríamos descartar a las dos cocineras, Concha y Pepa, que estuvieron todo el tiempo juntas. Por su parte, Dolores estuvo tan vigilada y ocupada por doña Adela, que no tuvo tiempo para apuñalar a nadie. Ana, la pobre anciana, bastante tiene ya, que no recuerda siquiera dónde están los dormitorios. Siguiendo esa lógica, solo quedarían dos sospechosos: usted y el capataz.

—¡Es absurdo! Su hipótesis no tiene ni pies ni cabeza —aseveró don Julián—. O a lo mejor pudo ser Pepe, el capataz.

—Ahí le doy a usted la razón: todo es absurdo y todo es posible. ¿Continuamos, padre? Además de su firme convencimiento respecto a la integridad y honestidad de la familia, ¿recuerda algo más entre las cuatro y media y hasta la hora en que se marchó?

—Poco más —añadió él—. Curiosamente, con quien menos estuve charlando fue con doña Adela. Estaba muy atareada. Se veía a leguas, por sus continuos paseos a la cocina. Fuera de eso, nada que añadir. Pedro, el veterinario, se ofreció a llevarme a la parroquia en el coche. Se me hacía tarde y debía celebrar la Santa Misa que, por cierto, doña Adela me rogó que la ofreciera por su hermano, el anfitrión, en agradecimiento a su generosidad. Y eso es todo, inspector —recalcó con rotundidad el párroco.

—Muchas gracias, padre. Si por casualidad le viene a la memoria cualquier cosa que aparezca de pronto reflejada en sus pupilas, llega a sus oídos o por medio de cualquier otro sentido, no dude en decírmelo, por favor.

—Así lo haré, inspector —asintió don Julián irguiéndose de su asiento—. Bueno, si en algo le puede ayudar, el sentido del olfato me recuerda que un profundo olor a nardos embriagaba todo el recinto. No había rincón alguno, ni en la casa ni fuera de ella, que no estuviera invadido por ese perfume. Al día siguiente, Francisco, el sobrino de doña Adela y del finado, me confesó que el dormitorio de don Paco era la única habitación que no olía a nardos, y que en cambio apestaba a orín y a tabaco.

Guillermo concluyó el interrogatorio. Deseaba salir a la calle. En su camino hacia la puerta principal observó cómo los bancos de la iglesia aparecían salteados de mujeres de luto que portaban rosarios. Vio la puerta de cerca, la abrió y comprobó de nuevo cómo el aire caliente golpeaba su piel. En la claridad de la plaza observó la estampita que el párroco le había regalado: una fotografía de monseñor Escrivá de Balaguer, repeinado, sonriente y con una cautivadora mirada. Al dorso aparecía una oración o una meditación. Comenzó a leer: «¿Tú del montón, cuando puedes ser del ejército de Cristo?», pero no continuó. El calor lo hizo dejar la lectura para otro momento.

Capítulo 40

La confesión de Antonia

Antonia pensó que no debía callar por más tiempo lo que Rosario le había confiado. Desconocía si podía herir los sentimientos de Alfonso al recordarle un hecho pasado de la historia de su familia, un episodio que parecía desterrado premeditadamente al olvido. No adivinaba cómo reaccionaría su marido, pero debía contárselo; iniciar una vida en común guardando secretos no era la mejor forma de comenzar.

Se propuso sacar el tema durante la cena. Le pareció el mejor momento. La infusión tras el postre garantizaba alargar la tertulia, al menos hasta que el sueño los alcanzara.

—Háblame de tu familia —abordó el tema sin rodeos.

—¿Y eso? —preguntó Alfonso con extrañeza—. Ya los conoces a casi todos.

—¿Llegaste a conocer a tus tíos, a todos los hermanos de tu padre...? Me refiero a los que fallecieron.

—No a todos. Recuerdo al tío Ladislao, aunque yo era aún muy pequeño cuando falleció de tuberculosis. Mi hermano Gonzalo seguro que lo rememora mejor. Del resto, tía Cándida, tío Dionisio y tío Antonio, los recuerdos son vagos. Pero ¿a qué viene ese interés? —inquirió intrigado.

—¿Sabías que tu tío Antonio, el hermano menor de tu padre, era... —Antonia se armó de valor para pronunciar la palabra— deforme?

—¿Quién te ha contado eso? ¿Qué quieres decir con que era deforme?

—Rosario me dijo que nació con enanismo y que...

—¡Rosario! —La interrumpió malhumorado—. ¡Cómo no, esa mujer! Mi cuñada no tiene otra cosa mejor que hacer. ¿Cómo se pudo casar Gonzalo con ella? Es una entrometida y siempre está intentando desprestigiar a la familia.

—¿No es cierto lo que dice, entonces? —preguntó Antonia con fingida inocencia—. ¿Me ha mentido?

—Yo solo sé lo que mi padre me dijo hace años, muchos años. Un hermano suyo, el pequeño, se había desarrollado con dificultad, había nacido enfermo. Padecía de un síndrome..., no recuerdo su nombre, y, al parecer, murió de ello siendo joven. Y sí, alguna deformación tenía. ¿Por qué preguntas ahora por eso? No te entiendo.

Con cierta duda en la voz, su esposa le relató toda la historia en torno al escritor «El Más Grande», las coincidencias con todo aquello que se contaba sobre un hombrecillo confinado entre cuatro paredes. Mucha gente conocía la verdad y la ocultaban por miedo, ya que temían las represalias y murmuraban que el Enano se había fugado de la casa. Al desaparecer en el tiempo, la familia lo dio por muerto. Don Paco consiguió el acta de defunción después de que transcurrieran algunos años y todo aquello acabó. Todo menos el recuerdo, que algunos se negaron a matarlo así como así.

Rosario le confesó que la historia la había cautivado. También a Rafael, el periodista, quien se había comprometido a investigar el asunto.

Alfonso enmudeció unos segundos tras escuchar todo lo que su mujer le había confiado. La miró y respiró con avidez. Espiró el aire con fuerza, disipando el vapor de la infusión que salía de las tazas.

—¿Sabéis, acaso, lo que estáis haciendo? —recalcó—. Es lo más absurdo que he escuchado. ¡Es pura fantasía! Rosario te ha metido en la cabeza el producto de su a-bu-rri-mien-to —pronunció con desprecio cada una de las sílabas—. Escucha bien, Antonia, esa mujer nos perjudica. Es una embaucadora y..., mejor callo.

—¿Tan seguro estás de que la coincidencia no es posible? ¿Afirmarías eso sin dudarlo?

—Por supuesto. No tiene pies ni cabeza...

—Bien. Entonces, no tienes de qué preocuparte. Tampoco deberá inquietarte lo más mínimo. El resultado de las pesquisas se quedará en nada y, si es así, como estás tan seguro de que será, deberías estar tranquilo. —Antonia apoyó su mano en el brazo de su marido con ternura—. Quédate con una idea: se trata de averiguar quién se esconde detrás de un pseudónimo, solo es eso, un pasatiempo. Un escritor enigmático que llama la atención. Una curiosidad. Olvida todo lo demás, Alfonso, olvídalo.

Alfonso abrazó la taza con las manos. La infusión se había enfriado y la respuesta de su mujer no lo convenció, solo lo dejó bloqueado. La miró de nuevo y le indicó que se iba a la cama, sin más dilación. Además, al día siguiente don Casto lo había citado para lo que él llamaba una «charla amigable».

—Espera un poco, por favor —le rogó su mujer en un tono que le hacía difícil negarse—. Quédate un rato conmigo y charlemos.

—Hoy no, otra noche. Necesito descansar, mañana me interrogo con el comisario.

Antonia asintió cerrando los ojos.

Alfonso soltó la taza, que había mantenido fuertemente apretada entre sus palmas y la apoyó sobre la mesa en el gesto de levantarse.

—Hasta mañana, querida.

A la marcha de su marido, Antonia permaneció sentada en el sofá, pensativa y apurando la infusión ya fría, cuando escuchó unos pasos que se acercaban por el pasillo. Era Consuelo, que se secaba las manos en el delantal mientras entraba en el salón.

—Ya terminé el fregado, señorita, y si no manda nada más, me voy a retirar ya.

—Nada más, Consuelo.

Sin embargo, antes de dejarla marchar, le hizo un gesto para que se acercase.

—Dime una cosa, aunque eres muy joven... —dudó Antonia —. Cuando vivías en casa de don Paco...

—Que en paz descanse, señorita —añadió Consuelo.

—Sí, claro, que en paz descanse —recalcó ella—, ¿escuchaste alguna historia sobre un hombre encerrado en una habitación de por vida?

—Algo escuché a Dolores. Lo contaba con mucho miedo y mirando a su alrededor cuando abría la boca al respecto, como temiendo ser descubierta. Ana, la costurera, que había sido quien le había contado la historia, la mandaba callar. La mujer lo sabía todo ya que debió vivirla entera, por su edad..., pero no solo ella guardaba silencio, sino que mandaba guardarlo a todo aquel que la había vivido, ya fueran pocos o muchos. Con algo la amenazaría el difunto don Paco para que sellara su boca con tres candados.

Antonia asintió, atenta.

—Poco más le puedo decir, señorita. Pero en el pueblo, con muy poquita cosa, las noticias vuelan, y más si está Tomasa por medio. Se contaban cosas extrañas sobre el hombre: que si era un monstruo, que mordía a todo aquel que se acercaba a él y que escribía cosas malignas, como hechizos y maldiciones, cosas así. Un día desapareció como por ensalmo y tiempo después se corrió la voz de que había muerto.

—¡Pues ya sabes más que yo, Consuelo! —espetó con ligereza Antonia—. Y ¿crees que si hablo con Dolores, la sirvienta, me podrá contar algo más?

—¡Uy, señorita! No sé qué decirle. Inténtelo, pero yo no le he dicho nada, que si se entera me retira el saludo.

—Pierde cuidado, no le diré nada. Cuenta con ello. El caso es que Rosario despertó mi curiosidad con este asunto.

—Ya, ya. La escuché antes decirlo —respondió espontánea y arrepintiéndose en segundos de haberlo hecho—, ¡menuda es la señorita Rosario! —remató—. Lo dicho, me voy a la cama, hasta mañana.

—Hasta mañana, Consuelo. Y gracias.

Capítulo 41

Interrogatorio de Alfonso

Aunque don Casto hubiese tratado de definir el encuentro de «charla» amigable, Alfonso sentía de todos modos que estaba acudiendo a un interrogatorio policial. Llegó diez minutos tarde a su cita con el comisario, que lo esperaba en el cuartel de la Guardia Civil del pueblo.

—Disculpe el retraso, comisario —le indicó Alfonso—. Tenía una obligación previa en la finca familiar con mi hermano Gonzalo que me ha hecho retrasarme.

Mientras tomaban asiento, don Casto hizo ademán de preocuparse por dicha obligación.

—¿Todo bien?

—Sí, sí... —se excusó con despreocupación el hijo menor de la víctima—. Sin nuestro padre hemos de planificar el futuro, así como el papel que cada uno de nosotros ocupará en la explotación de la tierra.

—Pues, si quiere, podemos comenzar por ahí —enlazó el comisario de manera sutil—. ¿Tiene usted algún dato sobre los negocios de don Paco que pudiera resultar relevante para el caso?

—Pues me temo que no sabemos mucho —respondió con franqueza Alfonso—, o al menos yo no tengo la más mínima pista de los negocios de nuestro padre, de sus deudores y acreedores, si es eso lo que pregunta —anotó con suspicacia—. Hasta ahora, y desde que mi esposa y yo llegamos al pueblo después de nuestras nupcias, solo he hecho lo que él me ha mandado.

—Entiendo... —asintió don Casto. Alfonso era el hijo que más alejado había estado del pueblo y las dinámicas familiares, y

durante bastante tiempo, además.

—En fin, he de informarme bien del negocio y trabajar. Ahora somos los propietarios, los tres, tanto madre como nosotros, y estoy seguro —le señaló al comisario, adelantándose, de nuevo, a una posible pregunta— de que ella lo ignora todo... o casi todo.

—Claro, aunque, tal y como lo pinta, seguro que Gonzalo conocerá todos los detalles de cerca. Tengo entendido que él ayudó a su padre en la finca desde muy joven.

—Sí, yo también lo creía así, pero la verdad difiere mucho de lo que pensaba —replicó apesadumbrado y, una vez más, con una honestidad que don Casto encontró asombrosa; encontraba al hombre muy cooperativo—. Para mi padre, Gonzalo era igual que un asalariado más, no tenía otra consideración. La única diferencia con el resto consistía en que era su hijo y vivía en la misma casa con su mujer, Rosario, a la que, según mi hermano, mi padre despreciaba.

La voz de Alfonso cambió de timbre, dato que el comisario no pasó por alto, así como el modo en el que el interrogado se frotaba las manos mientras narraba esa faceta más privada de la familia Pizarro.

—No me imaginaba que la situación fuese de este modo para él hasta que, un tiempo antes de mi boda, y conociendo que nos instalaríamos aquí y que yo trabajaría con mi padre al igual que lo hizo él durante toda su vida, comencé a recibir cartas de Gonzalo —confesó Alfonso—. No sabía muy bien si el contenido de estas tenía la intención de alertarme de cómo sería mi situación, o simplemente era una forma de desahogarse. Ahora sé que se trataba de ambas razones.

—¿A qué se refiere? Si no le importuna la pregunta... —inquirió don Casto.

—En todas ellas Gonzalo se lamentaba del poco reconocimiento que mi padre prestaba a su trabajo. Se ve que mantenía mucho secretismo respecto a lo que él concebía como sus negocios y, a veces, era más considerado con Pepe, el capataz, que con su propio hijo... En una de esas cartas Gonzalo llegó a confesarme que apenas percibía un salario porque vivir y comer en

la casa a mi padre ya le parecía suficiente retribución. Tan solo se limitó a añadirle una irrisoria cantidad a esa circunstancia.

Con sutilidad, don Casto anotó en su libreta ese dato para tenerlo presente cuando tuviera lugar su interrogatorio con Gonzalo.

—Bueno, la verdad es que en aquellos momentos no le quise dar importancia. Cualquier trabajador, sea quien sea y trabaje donde trabaje, nunca está plenamente satisfecho con lo que hace, con el salario o con el trato que recibe de su jefe... Es lo habitual —aseguró Alfonso—. Pensé, por lo tanto, que eso era lo que le ocurría a mi hermano. Uno más.

—¿Y qué hizo usted al respecto? ¿Le respondía lo que acaba de confesarme?

—Simplemente le agradecía que me pusiera en guardia sobre el carácter de nuestro padre y su forma de entender el rol de sus hijos dentro de la estructura. Pero bueno, si le soy sincero, tampoco me estaba descubriendo nada nuevo; era algo que yo ya conocía e intuía. —Suspiró—. Mi padre siempre fue un hombre duro, recto e inflexible y, para rematar, poseedor de la verdad y la razón por encima de todo.

—Y cuando usted comenzó a trabajar con él, en su reciente regreso al pueblo, ¿comprobó si su hermano tenía razón en todo aquello que le decía?

—En parte sí —afirmó Alfonso titubeante—. Creo que a los dos nos trataba de igual manera, pero a él, además, lo machacaba con su mujer, con Rosario. Reconozco que mi cuñada es entrometida y, en ocasiones, vulgar, pero es su esposa, al fin y al cabo.

—¿Le dijo su padre algo en particular sobre ella, algo relevante que debamos saber?

—No era precisamente lo que decía —especificó Alfonso—, sino la actitud que mantenía con ella. Existen cosas peores que una reprimenda o una discusión: la ignorancia. Tengo entendido que la dejaba de lado cuando regresaba a la casa, ni siquiera la saludaba, como si fuera invisible. Nuestro padre incluso procuraba comer a horas distintas, solo o con mi madre. Como dice el refrán, «no hay

mayor desprecio que no hacer aprecio», y mi padre eso lo sabía hacer muy bien.

—Entonces, ¿por qué permitió esa boda, si tanta animadversión sentía por la mujer con la que andaba su hijo? —sugirió don Casto, contrariado.

—Le confieso que no lo sé. Creo que hasta ella misma se extrañó. Quizá esto es algo que deba preguntarle más a mi hermano y a su esposa que a mí, ¿no cree, comisario?

—Tiene usted razón, pero una opinión externa, como la suya, que es un observador que no está involucrado, también me ayuda a comprender mejor la situación.

—Por otra parte, he de decirle —añadió Alfonso—, que Rosario no ayuda demasiado. Le echa..., bueno, le echaba en cara de manera constante a mi hermano su falta de carácter para enfrentarse «al viejo», como llamaba ella a nuestro padre.

—¿Cree, en su opinión, que su hermano le tenía rencor a su padre? Por todo lo que acaba de explicar...

—Mi hermano es un pobre hombre, comisario —admitió Alfonso con lástima y hasta afecto en la voz—. Gonzalo jamás destacó por tener un carácter fuerte. Digamos, más bien, que su fortaleza siempre se concentró en lo presumido que es y en sus conquistas amorosas —sonrió con complicidad—. Todo el pueblo hablaba de todas las novias que tuvo... Siempre ha sido el más despreocupado, en este sentido.

—Le entiendo —asintió don Casto—. ¿Diría, entonces, que la aparición de Rosario en el panorama cambió la relación de su hermano con su padre?

—Pongamos que Rosario no ha sido precisamente la mejor ayuda para él... —sugirió Alfonso—, pero, insisto, tal vez debería usted preguntarles esto a los implicados directamente.

—Quizá Rosario tiene sus razones para estar enfadada... —anotó Aneiros, sin querer abandonar la senda por la que había derivado la conversación.

—Es posible que yo también lo estuviese en su caso —admitió el hombre—. Aunque también le digo con toda convicción que yo jamás admitiría que mi padre tratase a mi esposa como la trataba a

ella...

—Estoy seguro de ello —declamó don Casto, dando por concluida la charla entre ambos—. Muchas gracias por su tiempo, don Alfonso.

—A usted, lo necesario para ayudar a solucionar el caso y que mi madre, y todos en la familia, encontremos un poco de paz.

Amargas como habían podido resultar las confesiones de Alfonso sobre la relación entre su hermano Gonzalo y su padre, el comisario Aneiros tuvo claro que el hijo pequeño de don Paco había sido honesto en sus declaraciones, no se había puesto a la defensiva en ningún momento del interrogatorio, y no había percibido el menor atisbo de duda en su voz.

Capítulo 42

Un oportuno hallazgo

El ayuntamiento era una modesta construcción con ínfulas de gran edificio. En el balcón ondeaba la bandera nacional, destacando sus colores bajo un águila y sobre un fondo de pared encalada. La entrada al consistorio se había revestido de un moldeado de escayola pintado de color albero en un inútil intento de enriquecer una puerta de madera sencilla y vieja.

Rafael había llegado cinco minutos antes. Recordaba la primera vez que quedó con la mujer y había llegado tarde a la cita; no lo repetiría. Miró su reloj de nuevo y comprobó que aún quedaban poco más de cuatro minutos para la hora acordada del encuentro; suficiente para un cigarro. Encendió un Celtas y aspiró una primera calada hasta llenar sus pulmones. Espiró al aire observando cómo el humo ascendía y desaparecía. En otra de sus caladas disipadas pudo ver a lo lejos la figura de una mujer que se acercaba. Parecía Rosario. Al apreciar una sonrisa en su rostro mientras lo hacía, lo confirmó. Sí, era Rosario (y sí, sonreía).

—Buenos días, periodista —lo saludó al llegar, al tiempo que apartaba el cabello de su rostro.

—Buenos y calurosos días, aún. ¿Dónde le apetece que charlemos? Aquí hace mucho calor.

—En cualquier sitio que no sea el Torrezno —determinó ella resuelta—. En la entrada del pueblo hay una cafetería muy pequeña y con dos ventiladores que garantizan, al menos, no derretirnos allí dentro. La frecuenta poca gente. De hecho —indicó —, todavía no logro entender cómo no la han cerrado.

En efecto, los dos ventiladores zarandeaban el aire con fuerza

y garantizaban al menos que el calor no lo pareciera tanto.

—Recordará que le dije que el nombre del notario de Madrid, don Félix Cortejosa de Aranda, no me fue desconocido —comenzó a decirle ella—. En algún momento lo había escuchado, es demasiado rimbombante como para olvidarlo o para que pase desapercibido. Pero no fueron mis oídos los que escucharon pronunciar su nombre, no; fueron mis ojos los que lo leyeron escrito sobre un papel.

Rafael se centró en las palabras que compartía la mujer con él.

—Antes de casarme con Gonzalo trabajé en la consulta de mi padre. No soy enfermera, pero le ayudaba en tareas auxiliares y llevaba la ficha de pacientes y clientes, facturas... En fin, mucho papeleo. Después de nuestra conversación del otro día, un impulso me llevó hacia la consulta. Era domingo y estaba cerrada. Como ocupa una zona en la misma casa donde vive mi padre que, por cierto, solo la ocupa él, ya que mi madre falleció hace años de cáncer, yo sabía que a esa hora estaría vacía. Mi padre de seguro estaba en el Torrezno o en cualquier otro bar con algún amigo.

El periodista prestaba cada vez más atención a la narración de la joven.

—Me dirigí a ella y, una vez dentro, comencé a husmear en los archivos. Realmente no sabía lo que buscaba, ni qué debía encontrar, pero le digo que algo me empujaba con fuerza. En el archivo de pacientes, nada. En el de clientes privados, tampoco. Proveedores, nada. Miré a mi alrededor y no veía nada que me pudiera llevar a lo que estaba buscando, la verdad; pero algo me impulsaba a no desistir. Recordé entonces que en una pequeña carpeta azul con gomillas yo guardaba algunos documentos que mi padre me entregaba y que, como no pertenecían ni a proveedores ni a pacientes, decidí dejarlos allí, en un cajón del escritorio. Con impaciencia lo abrí y del fondo extraje la pequeña carpeta; una gomilla la rodeaba y aseguraba su cierre. Como recordé, había papeles dentro. Pocos, pero entre ellos identifiqué un reconocimiento de deuda de mi padre a favor de don Francisco Pizarro y Pizarro por un importe de 126,25 pesetas de hacía

muchos años. Justo después había otro posterior de cancelación de deuda por el mismo importe, más los intereses de 32,15 pesetas y, finalmente, entre ellos, media cuartilla con dos nombres: «D. Félix Cortejosa de Aranda, notario de Madrid» y debajo otro «Don José Manuel Casado Correa (Trujillo)». ¡Lo sabía! Le dije que aquel nombre me era familiar.

La mujer exclamó con una alegría desbordada.

—Resulta que fui yo misma quien, casi con seguridad, guardé el papel en la carpeta por indicación de mi padre. Para mí no significaba nada, era un papel más de los muchos que pasaron por mis manos por aquel entonces, pero el nombre quedó impreso en mi cabeza, ¿no le parece?

—Enhorabuena, Rosario, un auténtico hallazgo y una casualidad. Pero ¿qué relación tuvo con su padre?

—No lo sé. —La ilusión de Rosario de desinfló al ver la escasa emoción en las palabras de Rafael—. Es posible que le otorgara algún documento de alguna propiedad.

—¿Desde Madrid? ¿No había notarios en Zafra o Badajoz?

—Ya le he dicho que no lo sé, pero lo averiguaré. No podré confesarle que rebusqué en sus cajones y que husmeé en todos sus archivos, pero algo se me ocurrirá.

—¿Y el otro nombre? ¿Quién es? ¿Qué hace escrito en el mismo papel, junto al notario?

—No tengo ni la menor idea. Puede ser que anotara en el mismo papel dos nombres de asuntos diferentes. Sin relación entre ellos, quiero decir —justificó Rosario.

—Es posible, pero extraño. Un notario de Madrid y un desconocido, al parecer de Trujillo... —Rafael frunció el ceño—. Estoy pensando que no perdemos nada si intento localizar a ese señor y así poder averiguar algo, preguntarle...

—Y si lo consigue —interrumpió Rosario—, ¿qué le preguntará? ¿Si estuvo alguna vez en la consulta del doctor Berruguete, de Camino de Piedras?

—¿Por qué no? O mejor, se me ocurre que sea usted la que le pregunte.

A Rafael se le acababa de ocurrir una idea para aprovechar la

escasa pero novedosa información con la que contaba.

—Escuche, me ha dicho hace un instante que fue casi enfermera en la consulta de su padre durante un tiempo. Está habituada a hablar con los pacientes. Se puede identificar como tal y preguntarle, no sé, cualquier cosa relacionada con la consulta. Podría decir que está ordenando los archivos y que como su nombre no figura en ninguna ficha como paciente, lo encontró en un papel y ha pensado en que a lo mejor su expediente se extravió... ¿No le parece una buena idea? —le dijo suplicante, con su mejor expresión de cordero degollado.

—No es de las peores, pero ¿y si me dice un «no» sin más? O que se trata de un error.

—Entonces intervendré yo. Pensaré en utilizar otros recursos, pero estoy seguro de que usted y sus habilidades lograrán averiguar algo. ¡Vamos! Plenamente convencido de ello, se lo aseguro —recalcó él con el propósito de incentivar su ego.

—Bueno, con intentarlo no perdemos nada —asintió ella—, pero lo haré desde el teléfono de la consulta. Desde allí no levantaré sospechas. Me refiero a Rosa, la telefonista, y así no dudará de que estoy ayudando a mi padre. Ni se imagina la que puede armar si llamo desde el locutorio y acompañada de usted. Buscaré el mejor momento para hacerlo y ya le diré.

—Gracias —asintió él lleno de alivio—. Hágalo donde mejor y más seguro le parezca, pero no espere mucho tiempo, se lo ruego; mi permanencia en el pueblo dependerá del avance que logre en esta investigación.

Rafael, tomando ventaja de la connivencia que acababa de nacer entre Rosario y él, cómplices de aquel plan, se lanzó a hacerle unas preguntas.

—A propósito, y aprovechando que estamos aquí, bien protegidos de miradas curiosas, ¿qué me puede decir sobre el asesinato de su suegro? Algo que pueda servirme para completar una segunda columna, de lo contrario: ¡ssssuuuup! —el periodista hizo un gesto simulando rebanar su cuello con la mano—, me harán esto en la redacción, créame.

—Lo poco que sé me prohibieron contarlo so pena de ¿cárcel?

¿Se dice así? —dijo ella riendo—. El joven ayudante de la policía me advirtió, dirigido por el comisario jefe, como puede imaginarse, que tuviera mucho cuidado de no perjudicar a la investigación hablando por ahí cosas que no debía. Lo de «por ahí» se refería en concreto a usted. No es que yo sea adivina, pero me pareció que los periodistas no eran del agrado del comisario Aneiros, o al menos de casi ninguno.

—Lo entiendo y no pretendo ponerla en un aprieto —se excusó él con educación.

—Si le digo la verdad, me importa un pepino lo que digan los dos policías. No le cuento más porque no sé más de lo que ya le he contado. Ahora bien, para llenar una segunda columna pienso que serán suficientes un par de cositas, teniendo en cuenta, además, la capacidad para inventar y rellenar folios que tienen ustedes, los magos de las noticias. Escuche y anote: son comentarios del pueblo, que no míos. —Rafael echó rápidamente mano de libreta y lápiz antes de que Rosario prosiguiera—: Mi querido suegro fue asesinado por venganza. La venganza la alimenta el odio, y el odio es igual que el hambre. Hasta que uno no se sacia no queda tranquilo, y «el viejo» era muy odiado por muchos. Odios generados por dinero, por injusticias, por servilismo. Creo que *odio* y *venganza* pueden ser las dos palabras clave para rellenar su columna. Invéntese el resto, lo que desee, seguro que acierta. De toda aquella gente que estuvo en la comida, ¿quién pudo ser el asesino? Muchos dicen que ninguno y yo digo que más bien al contrario, que son muchos los que deseaban hacerlo. Todos lo odiaban. Unos más que otros.

Rafael quedó pensativo mientras la escuchaba. Resolvió preguntar:

—¿Usted no se incluye entre los posibles asesinos? ¿No lo odiaba lo suficiente?

—Yo era quien más lo odiaba, puede creerme. Tanto, que incluso me asqueaba la idea de matarle, con tal de no rozarle. Todo el mundo lo sabe, es tan evidente que me excluyen como sospechosa por eso, por evidente. ¡Imbéciles! —soltó sin control—. Para terminar su artículo y dejar la miel en los labios de los

lectores, con vistas a una próxima y futura columna, añada que la víctima, hace muchos años, mató de un tiro al hijo de su capataz. Se trató de un accidente, pero el niño murió igualmente. Creo que es suficiente, el resto es cosa suya.

Rafael quedó inmóvil, casi sin respiración. Su vista quedó anclada en algún lugar, en alguna pared de aquel bar, en un cartel clavado con cuatro chinchetas con el dibujo de una paisana, lozana y de provocadora sonrisa, que publicitaba el establecimiento de «Casa Rufino e hijo, desde 1890». Pero sus ojos no apreciaban nada. Se perdieron en una imagen: la de su amiga Antonia reprochándole el artículo que aún no había publicado, un texto que resucitaba mucho de aquello que la familia Pizarro había sepultado durante años: el profundo odio, acallado y revestido de otros sentimientos que fueron obligados, comprados y chantajeados.

Despertó del letargo de un instante justo cuando Rosario se levantaba y se disponía a marcharse.

—Disculpe —se apresuró a decirle—, quedé pensativo con lo que me ha dicho sobre su suegro.

—Ya lo he visto. Piénselo bien y haga lo que crea oportuno. Le insisto en que yo no le he dicho nada. Absolutamente nada. La gente de este pueblo es más que capaz de construir una historia, mitad verdad, mitad fantasía. Lo sabe hasta el pobre Eusebio.

—¿Eusebio? ¿Quién es? No había oído pronunciar su nombre hasta ahora.

—El tonto de Camino de Piedras, ¿o es que se pensaba que aquí no había un tonto como Dios manda, como en cualquier otro pueblo?

Rosario traspasó el umbral de la puerta, no sin antes advertirle de que confiaría a su cuñada Antonia el descubrimiento. Rafael decidió permanecer en la cafetería un rato más; necesitaba ordenar ideas. Pidió otro café cortado y el dueño se lo acercó a la mesa sin pronunciar palabra alguna (imaginó que el palillo de dientes que se mantenía permanentemente en la comisura de sus labios se lo impedía).

Tarde, pensó que debió de haberle recordado a Rosario que hablara con su padre sobre el certificado de defunción del

hombrecillo enano. Lo dejaría anotado para su siguiente charla.

Parte II
ENTRE SOMBRAS

Capítulo 43

Entre sombras

Hasta entonces, la vida me había golpeado. Me acostumbré a sufrir. Esa era la razón por la que tenía ventaja sobre los demás. Mis años de soledad sin apenas nadie a mi alrededor, sin amigos con quienes compartir, sin labios que besar, significaron mi salvación. Esa soledad, que tanto odié, me hizo fuerte.

Durante años soporté las burlas de las gentes, de mayores y niños. En aquel espectáculo yo era una atracción que disfrazaban con ridículos y ajados trapos. Ninguno de ellos lograba ocultar el auténtico disfraz, que era un cuerpo que detestaba. Fueron épocas difíciles, pero vivía y había luz. A ratos me sentía un hombre libre, tan solo encarcelado por mi propio cuerpo y por el daño que los demás me infligieron. Pero el más doloroso pesar no significa nada cuando otro lo supera. La vieja carpa del circo —mi casa durante muchos años— ardió en un bombardeo. Las guerras no saben de padres ni de hijos, apenas saben de alegrías. Incluso ignoran amigos y enemigos, solo destruyen todo a su paso, como hicieron con la que se había convertido en mi nueva casa. La Guerra Civil había comenzado y con ella una vida, de nuevo, entre sombras.

Deambulaba perdido por campos y aldeas en blanco y negro, ocultándome como una alimaña y temeroso de que alguien desconocido, llevado de una única razón —el odio—, quisiera matarme. Viví entre escombros, siempre en la penumbra para no ser descubierto. Alimentado con la única

esperanza de que todo tiene un final y que, en algún momento, los negros nubarrones permitirían el paso de pequeño hilo de luz.

No sabía hasta dónde me habían llevado mis pies. No conocía aquel pueblo, que aparecía ante mis ojos derruido. Vi una iglesia y me dirigí a ella. Podía ser un buen lugar para esconderme. La puerta se abrió con facilidad y noté el cálido olor a cera. Dentro los bancos yacían amontonados. Me senté en el suelo, en un rincón, apoyado en una enorme columna que, en conjunto, me hacía aún más pequeño de lo que ya era. Respiré lo más profundo que pude y aquella quietud y el silencio me tranquilizaron. Me dormí.

Los gritos sobresaltaron mi sueño. Ante mí, cuatro hombres me apuntaban con sus fusiles polacos, la mayoría de ellos procedentes de la Primera Guerra Mundial. No había duda, los cuatro hombres eran republicanos y no solamente reconocibles por los fusiles que empuñaban.

—¿Quién carajo eres tú y que haces aquí, en la iglesia? —gritó uno de ellos.

—Esta mierda de enano cabrón es un espía, seguro. La avanzadilla que más tarde se chivará de todo lo que vea... —aseguró otro en idéntico tono.

—¿Qué te pasa, no hablas? A ver, ¿cómo te llamas? ¡Di algo o te reviento la cabeza! ¡Te la reviento, coño! ¿Es que no escuchas, enano de mierda?

Sentía miedo, un miedo que entumecía y agarrotaba los músculos de mi garganta. No podía articular palabra alguna. Sabía que iba a morir. En un instante pensé que a lo mejor esa era la solución: un final a mi existencia, por fin. ¿Dónde iría después? No creía en Dios (tenía razones poderosas para ello). Entonces, ¿en dónde acabaría después, sin Dios? Me mezclaría con la tierra y de mis restos saldrían flores. Sí, esa imagen me reconfortaba. Al final, algo bello de lo que presumir, algo bello saldría de mí, de mi cuerpo. ¿Y si no? ¿Y si el final solo fuera un silencio y una oscuridad que me aguardaban, sin más, al otro lado? ¿Dónde quedaba el

alma? Seguro que yo también la tenía, cómo cualquier otro.

Todo pasó por mi mente en un segundo mientras esperaba el impacto de una bala en mi cabeza en cualquier momento. El pánico me hizo mearme encima, pero no lloré. Me negué a ello. Ya había llorado bastante...

—Esperad, compañeros. No dispares, Mario, no dispares. Deja que el hombre se explique... A ver, dinos cómo te llamas y quién eres.

Sentí de cerca el calor de alguien, por primera vez. Me tranquilizó escuchar aquella voz y susurré:

—No soy nadie... Nunca lo fui y mi nombre... Mi nombre no lo recuerdo, hace tiempo que lo olvidé...

—Está mintiendo, José Manuel, ¿es que no lo ves? —aseveró el hombre que había intentado pegarme un tiro—. Nos miente. Es un espía.

Por primera vez escuché el nombre del que sería mi benefactor: José Manuel, el amigo que me acompañaría siempre.

—Tranquilízate, coño —le indicó José Manuel a su compañero con rectitud—. ¿Tú le ves cara de espía? Está asustado, temblando, y es posible que no recuerde ni siquiera su nombre. Habrá recibido un golpe en la cabeza y perdido la memoria. Ojalá nos sucediera lo mismo y poder borrar el horror que estamos viviendo... Óyeme —se dirigió entonces a mí—, hombre sin nombre, hay que largarse de aquí. Los rebeldes fascistas entrarán de un momento a otro, ven conmigo. Yo me responsabilizo de él, compañeros —sentenció, dirigiéndose a sus guerrilleros acompañantes.

—Allá tú —contestaron ellos colocándose los fusiles al hombro—, cuida de que no te apuñale en mitad de la noche.

Anduvimos un largo trecho entre matorrales y árboles que parecían tristes, igual que todo lo que me rodeaba. Alcanzamos al fin nuestro objetivo: la entrada a una cueva disimulada por una espesa maleza. Dentro era más confortable de lo que parecía desde fuera: mantas en el suelo, latas de conserva apiladas, dos bidones de plástico

amarillento y una bombona de gas de color azul y oxidada.

—Pasaremos aquí el tiempo necesario, hasta que cesen las hostilidades que se avecinan, para poder huir después. Pienso que todo está perdido. Los fascistas nacionales y rebeldes ganarán el pulso y debemos sobrevivir —me dijo convencido—. Ahora es nuestra única meta. La tuya y la mía, ¿te parece bien, amigo sin nombre?

Asentí con la cabeza y le miré. El hombre lloraba como un niño, igual que yo... Sentí pena por los dos.

Comenzó la Batalla de Sierra Guadalupe. Era un mes de agosto de un calor asfixiante, al que se sumaba el de las bombas y los disparos. Los caminos se inundaban de olor a muerte. Las tropas de África llenaron las calles de gritos y desesperanza, de miradas esquivas, traiciones y mentiras. Cualquier cosa era factible con tal de sobrevivir a ese infierno.

Allí, en aquella cueva, permanecimos durante mucho tiempo. Los días y los meses se perdieron en nuestra memoria. Solo cuando el ruido de los bombardeos y los disparos cesó, cuando pudimos asegurarnos de que el peligro había pasado (al menos el de las balas), decidimos salir y retomar el camino de vuelta hacia el pueblo. En Trujillo, mi salvador poseía una casa perteneciente a su fallecida madre. Determinó que debíamos regresar y ocuparla con discreción, procurar que nadie se percatara de nuestra existencia. Con el tiempo apareceríamos sin aspavientos, planeó; con suerte, y sin llamar la atención, nos integraríamos con las gentes del lugar. Albergaba la esperanza de que nadie descubriera nuestro pasado (sobre todo el suyo), y de que ningún hijo de puta nos denunciara para granjearse la confianza de los nacionales.

José Manuel lo planeó bien, pero más efectiva fue la fortuna que nos abrigó al salir de la cueva. Cuando llegamos a su casa la puerta estaba cerrada y aparentaba no haber sido forzada. Era una casa humilde, que a mis ojos semejaba un auténtico palacio si recordaba los lugares en los había vivido a lo largo de mi periplo. Allí vivimos como pudimos hasta que un buen día él decidió salir a la calle. Yo no debía —me

explicó—, ya que llamaría mucho la atención. Más adelante lo haría, me indicó. Regresó al rato ileso; salvo algunas miradas inquietas, el resto de los paisanos ni se habían preocupado de su presencia (bastante tenían ellos con intentar confundirse con el resto, sin destacar).

Sus compañeros, el que me quiso matar de un tiro, Mario, y los otros dos, habían fallecido a manos de los nacionales (bueno, de los moros al servicio de los nacionales). Un vecino, que alardeaba de ser muy de derechas —aunque nunca lo entendí del todo, porque el pobre hombre tenía una joroba tan pronunciada que, a mí, con un metro veinte de altura casi, me podía mirar de frente sin bajar la vista—, se jactaba cuando describía la muerte de Mario: «Puño en alto gritaba. ¡Viva la República! ¡Mueran los fascistas! Y el rojo hijo de la gran puta se tragó sus palabras y la sangre que le salía de la boca. Le acribillaron con más de treinta disparos», indicaba con repugnante satisfacción.

Nunca imaginé que yo llevaría de por vida el nombre de quien intentó meterme una bala en la cabeza. Porque cuando el tiempo y la convivencia nos unieron, le confesé a quien ya consideraba como a mi hermano quién era yo y cómo había transcurrido mi vida. No quería llevar el nombre ni los apellidos de quienes me habían despreciado. Necesitaba nacer de nuevo y por ese motivo había escapado y roto las ataduras que me encadenaban, a mi pesar, al pasado. A partir de ahí, adopté el nombre de Mario y también sus apellidos. Nadie lo descubriría jamás; la guerra destruye vidas, como también registros, papeles, documentos... Mi amigo, llegado el caso, podía respaldar mi nueva identidad. No quedaban rastros de aquellos que pudieran denunciar mi falsedad y el resto de los paisanos estaban demasiado ocupados en mantenerse con vida, a resguardo de cualquier duda sobre sus vidas anteriores.

Desde entonces fui Mario para unos pocos y, más tarde, Mario el Enano. Pero la nomenclatura no me ofendía porque tenía junto a mí a un amigo, alguien que me quería y

apreciaba. Cierto era que apenas salía de la casa; me recluí, pero esta vez de manera voluntaria, y en ella escribía sobre mi vida pasada, mi presente y el futuro que deseaba. Aquello no fue mi celda, fue el hogar que nunca tuve. Mi jaula sin cristales ni barrotes. Sin falsa moralidad.

Antonia cerró el libro. Alguien entraba en la casa, escuchó los pasos por el pasillo.

—¡Hola, cuñada! Buenos días. —La de Rosario era una voz inconfundible.

—Buenos días, Rosario. Qué agradable sorpresa.

—Tampoco exageres, hija, que yo no me dejo impresionar tan fácilmente —replicó, sentándose en un sillón junto a ella y resoplando sin mesura—. ¡Vaya calor que hace! Ni las cotillas se asoman a los visillos cuando pasamos por la calle. No está Alfonso, ¿verdad?

—No. Aún no ha regresado de La Torre, ¿por qué lo preguntas?

—No, por nada. O sí —indicó al segundo—. Sabes que no le caigo bien, pero bueno, me da igual. Prefiero hablar a solas contigo y sabiendo que está en casa, bueno, me da más coraje... —Antonia erigió un rictus serio, que Rosario enseguida trató de corregir—. No te enfades, es la verdad. Veo que el libro te ha enganchado —afirmó mientras miraba al ejemplar sobre la mesa.

—Cierto. Estoy enganchada y entusiasmada con la lectura, pero me parece que le has puesto mucha imaginación a la coincidencia.

—Sin imaginación, y menos aún sin fantasía, no hubiesen salido a la luz muchas de las cosas que conocemos, ¿no te parece? La historia del protagonista bien ha podido ser la historia del Enano Pizarro, su verdadera historia, hecha ficción y además escrita por él mismo. Yo veo en sus páginas claramente su biografía. El origen es coincidente: un hombre encerrado que escapó; un enano desgraciado y despreciado que quiere perderse por el mundo o hallarse, según se mire, y al que le apasiona escribir.

Efusiva, Rosario se hizo con el ejemplar, agitándolo en la mano.

—¿No lo ves, Antonia? El paradójico pseudónimo tiene una finalidad, que no es otra que ocultar su verdadera identidad ante los demás, ante su familia. También pensé que pudo haber crecido su ego, si es que lo tuvo en algún momento, o también que no deseaba presentarse al mundo tal como es. Lo que sí sabemos de cierto es que adoptó un nombre falso, según cuenta en su libro. Eso está muy claro.

—¿Y su muerte? ¿Cómo la explicas? Está certificada…

—Fue precisamente esa circunstancia la que me convenció y alejó de mí cualquier duda. El viejo se apresuró en conseguirla. ¿Por qué tanta prisa? —preguntó con suspicacia—. Por asegurarse la parte de la herencia, eso por supuesto, pero algo más le impulsó. Dicen que no esperó a que se agotase el tiempo necesario y legal para convertir su desaparición en fallecimiento. Utilizó sus contactos y su influencia.

La mujer miró a los ojos de su cuñada con la intención de convencerla.

—Fue eso lo que acabó convenciéndome de que el Enano seguía con vida. Y de que el viejo lo sabía. Necesitaba enterrarle para siempre, que todos supieran que ya no estaba y lo olvidaran. Y lo consiguió… en gran parte.

Antonia desvió la mirada hacia la cubierta del libro. Se trataba de la imagen de un cielo cubierto de negros y amenazantes cúmulos sobre el que restaba impreso el título, Entre sombras. En la mitad inferior de la imagen se mostraban la bandera de España y sobre ella, un fusil con bayoneta.

—Los primeros tres libros describen los tres periodos trascendentales de su vida. Rafael, creo recordar según me contaste, te resumió el primer volumen, *Las alas rotas*: el encierro, su existencia quebrantada y la huida de esta. Muchas cosas que debieron pasar en aquella casa —suspiró—. En este segundo, que estas leyendo ahora mismo, abandona el circo destruido por un incendio y vive la Guerra Civil. Adopta una nueva identidad y se propone también una nueva vida con la ayuda desinteresada de un

buen amigo. Del tercer libro, *Una vida de ensueño*, solo te desvelaré que es un canto a la libertad que se tiñe de recuerdos que te dejan un sabor agridulce cuando acabas la obra. Además, en él hay algo que me resultó distinto a los dos anteriores: su forma de transmitir. Su prosa se había modificado, no me pareció la misma. ¡Casi te diría que no logré identificarla! Lo achaqué a que el desgraciado no era capaz de transmitir la felicidad como lo hacía con las penas que sufrió. No estaba acostumbrado. Era más intenso narrando los pesares y sufrimientos de su primera etapa. Ya me dirás si llevo o no razón.

—Ya me convenciste la primera vez que hablaste de este asunto, y no solo a mí, también a Rafael, el periodista. Reconozco que tu pasión y seguridad en lo que dices me anima a continuar. Ya veremos en qué termina todo este asunto.

—Bien. Terminará bien, como todo aquello que se hace con ganas —replicó Rosario con una sonrisa.

Miró el reloj de pulsera: se hacía tarde y no quería permanecer allí cuando regresara Alfonso. Aprovechó la ocasión y le confió a Antonia el hallazgo en la consulta de su padre y la extraña coincidencia de encontrar en una carpeta un papel con el nombre del notario que había otorgado los poderes de «El Más Grande».

—Enigmático, ¿no crees?

Antonia no parecía prestar mucha atención a lo que su cuñada le decía. Cogió el ejemplar entre sus manos, acarició la portada y preguntó:

—Me intriga conocer qué escribirá en su próximo libro. *La venganza del Colibrí*, así se llamará, ¿no?

—Sí. Eso tengo entendido. Y estoy casi convencida de cuál será su contenido, solo hay que prestar atención al título. El odio jamás desaparece, Antonia. No se evapora como el agua, siempre queda ahí, agazapado entre los sentimientos y a la espera del momento oportuno para darse a conocer y saltar sobre su presa. Ese odio alimenta la venganza, y alguien morirá en su relato, seguro. Como ha muerto el viejo.

Capítulo 44

Interrogatorio de Gonzalo

Gonzalo se había revestido de arrogancia durante todo el interrogatorio. Don Casto apreció, desde el comienzo de lo que optó por llamar «una amigable charla», que el hijo mayor del difunto alternaba preguntas y respuestas con una hostilidad premeditada. A cómputo global, no aportó datos exactos de sus movimientos durante aquella tarde. Adujo que mantuvo conversación con prácticamente toda su familia —como siempre hacía— procurando que todos estuvieran bien atendidos. Según Gonzalo, no se observó nada extraño en aquellas horas. Cuando fue preguntado si en algún momento había visitado el primer piso de la casa, miró al comisario con insolencia y le recordó que vivía en aquella casa desde su nacimiento y que en esa parte de la casa se encontraban tanto su dormitorio como el de su mujer, ¿cómo no iba a subir cuando le viniera en gana?

Puso cierto énfasis en que don Casto conociera que, en las primeras horas de la mañana, su primo Ladislao había mantenido una conversación acalorada con su padre en el despacho. Tanto él como la tía Adela escucharon los gritos que provenían de allí, así como una frase amenazadora que le reveló al comisario. Después intentó restar importancia a aquella disputa. «Cosas de negocios», aseguró el hijo del difunto sin más.

Su declaración, sintió el comisario, transpiraba cierto tufillo receloso por el capataz, Pepe. De él dijo que había sido tan leal como interesado con su padre. «Una lealtad comprada», insinuaba con una mirada repleta de vestigios del pasado. En efecto, conforme transcurría la conversación, se veía a leguas la

animadversión que Gonzalo sentía por el capataz. Don Casto recordó entonces la declaración de Alfonso cuando este le había dicho que, en muchas ocasiones, su difunto padre había mostrado una mayor consideración y confianza con el capataz que hacia su propio hijo mayor, además de un maltrato hacia él como profesional y hacia su mujer, de manera personal.

Fueron amargas las confesiones de su hermano Gonzalo a este respecto. Ahora se le presentaba el momento de pasar factura, y parecía dispuesto a ello. El comisario Aneiros tenía claro que el primogénito de don Paco no le debía nada a Pepe. Al hijo del por aquel entonces jardinero lo había matado su padre y no él, llegó a declarar frente al inspector sin mostrar el menor atisbo de pudor o vergüenza.

No quedó ahí la cosa; también dijo de él que campaba por la finca a sus anchas, sin cortapisas ni límites. Incluso entraba a la cocina de la casa cuando le venía en gana. Su padre se lo había consentido todo y, según Gonzalo, el talante entrometido y cotilla del capataz lo enmascaraba mostrando un celo desmedido y protector hacia don Paco y La Torre.

A la pregunta del comisario sobre si el día de la fiesta vio al capataz merodear por los alrededores, el interrogado (en supuesta «charla» amigable con el policía) le contestó con indiferencia que no, que no se había fijado en ello y que, con toda probabilidad, este se mantuvo todo el tiempo en su casa, una pequeña vivienda cercana a la entrada de la finca y que su padre le había cedido con su nombramiento. Añadió, sin disimular su apremio en acabar cuanto antes con el interrogatorio, que no tenía nada más que decirle. «Y eso fue todo», repitió hasta en dos ocasiones.

Cuando don Casto dio por finalizada la charla con el señorito, se dirigió a la vivienda de Pepe «Gil-Robles». El propio Gonzalo lo acompañó y, al llegar a ella, se dio media vuelta, gruñendo lo que pareció una despedida.

La entrada de la vivienda, el recibidor y el salón comedor (una mesa camilla circular recubierta de un hule blanco con flores

borradas por el paso del tiempo y dos sillas) eran una misma cosa. El capataz, de pie, en el centro de la habitación, le invitaba a sentarse frente a la mesa. Así lo hizo el policía con una sonrisa. Don Casto sacó su cachimba y la posó sobre el hule, ante la mirada un tanto temerosa y extraña del capataz.

—No se preocupe —se excusó, cogiendo la cachimba entre sus manos—, es como un amuleto, no la encenderé. Hace tiempo que dejé el vicio...

—Gracias, señor comisario. Es que el humo me hace daño, como soy asmático...

Un ventilador de hierro sobre un mueble cama removía el aire de la habitación, provocando un ruido parecido al zumbido de un abejorro. Don Casto comenzó por preguntarle sus movimientos en La Torre durante aquel día, y constató de inmediato el acierto del apodo con el que habían bautizado a aquel hombre: Pepe «Gil-Robles» era un auténtico orador. Hablador, sin duda, no paraba cuando cogía carrerilla. Describió con la exactitud propia de relojero cada minuto de aquella mañana, desde las seis y media (hora en la que se había levantado de la cama) hasta la hora de comer, en la que se retiró al *casuco* una vez que Dolores, la sirvienta, le diera su ración para el almuerzo. La reiterada insistencia del comisario respecto a que no hacía falta ser tan pródigo en detalles no fue suficiente para frenar el afán comunicador de Pepe «Gil-Robles». Tampoco sus propias dotes persuasivas; por mucho que el comisario esgrimiese que no deseaba cansarlo con muchas preguntas, el capataz dio fin a su perorata cuando terminó de contar lo que quería contar.

Se hizo un breve silencio, en el que el policía dudó si continuar preguntándole y con ello promover una nueva disertación del locuaz capataz. A pesar de todo, debía hacerlo; había dos preguntas que no podía soslayar, así que tomó aire y se resignó a soportar otra nueva e interminable oratoria mientras abría la boca.

—Y después de comer, por la tarde, ¿vio algo extraño, cualquier cosa que llamara su atención?

—No, señor. No volví a salir, hasta que se escucharon los

gritos desde la casa —dijo secándose los ojos con un pañuelo que extrajo de su bolsillo—. El señorito Gonzalo me dijo que no hacía falta que hiciera ninguna ronda, ya que podía molestar a la familia con mi presencia, por lo que me quedé a descansar... Recuerdo que me pidió que le entregara las llaves de todas las dependencias por si necesitaba algo él o cualquier miembro de la familia, y eso fue lo que hice. ¡Dios santo! —gimió de repente—. ¡Pobre don Paco! ¡Morir así, como una alimaña! —concluyó provocando un fuerte ruido al sonarse la nariz.

—Pobre hombre, sí, señor —respondió comprensivo el inspector—. Ya sé que tenía plena confianza en usted...

—Mucha. Yo era su brazo derecho. O al menos eso me decía el señorito. Me ayudó mucho cuando murió mi chiquillo..., y él no tenía la culpa de nada, pero mire usted cómo son las cosas que dijo que fue él quien erró el disparo, y todo por ayudar a un señor, amigo suyo y muy poderoso. Si tiene usted un poco de tiempo le cuento cómo fue aquello... Todo menos el nombre del amigo de don Paco, que eso juré que no lo diría jamás.

—No, Pepe, se lo agradezco. Mejor otro día, que hoy se hace tarde para mí —se excusó don Casto ante el temor de un nuevo y profuso parlamento—. ¿Ha echado usted en falta alguna herramienta del cuarto del jardinero? —añadió entonces.

El capataz lo miró con asombro, a lo que el comisario procedió a aclararse:

—Como, por ejemplo, unas tijeras de podar... pequeñas o medianas, tal vez...

—No, señor, nada —afirmó Pepe mientras se levantaba y cogía de un rincón unas tijeras de podar—. Mire, aquí están. Precisamente hoy corté con ellas algunos setos bajos, alrededor de la cripta. No imagina los años que tiene esta herramienta, ¡casi veinte!, y mírela. Mire cómo está, parece recién comprada de Casa Rufino. Las cuido mucho. Por eso no me gusta prestarlas ni que nadie más que yo las utilice, quitando a don Paco, claro. Eran estas las que utilizaba para cortar los nardos, decía que estaban siempre muy bien afiladas y que hacían unos cortes limpios... —rememoró el capataz—. ¿Sabe usted que las varas de los nardos se cortan

sesgadas? Es para que duren más. Así chupan más agua del jarrón y se mantienen frescos y vivos; bueno, que parecen menos muertos...

Don Casto examinó el artilugio y se lo devolvió, asintiendo con un movimiento de cabeza.

—Hay algo que me resulta extraño, o quizá pueda ser un malentendido mío —le indicó—. Necesito que me lo aclare, si puede hacerlo, claro.

—Usted dirá —se prestó Pepe.

—Dice que el día de autos..., al del asesinato me refiero, no salió usted de su casa después de comer hasta que no escuchó los gritos de la familia. Eso al menos le entendí. —Le hablaba mientras apoyaba la barbilla en la palma de su mano, entre el hueco de sus dedos índice y pulgar—. Sin embargo, alguien de la familia asegura haberle escuchado gritar fuera de la casa algo parecido a: «no haga eso, es peligroso». Las voces parecían provenir de un lateral o de la parte trasera de la casa de los señores. Y le repito, la persona en cuestión no tenía dudas de que era usted el que gritaba...

El hombre mudó de color. Tras unos segundos, titubeó y una mueca de perplejidad delatadora se instaló en su rostro. Miraba a los lados, mostrando nerviosismo, y pareció meditar en segundos la contestación a esa pregunta.

Optó por decir la verdad (o al menos eso le pareció al policía).

—Ya me lo decía mi madre, que en paz descanse —don Casto abrió los ojos de par en par ante el inesperado comienzo del capataz—, que se coge antes a un mentiroso que a un cojo. Sí, señor. Mi madre, que en la gloria esté, era muy refranera. Le podría mencionar cientos de refranes que se sabía de memoria. Los tenía para todos los gustos y ocasiones. Cualquier circunstancia que se le presentara, la resolvía con un refrán. Recuerdo que, en cierta ocasión, y con motivo de...

—Pepe, por favor, vaya al grano, que tengo prisa —le interrumpió exasperado el comisario.

—Tiene usted razón, don Casto. Le iba a confesar que le he mentido —dijo rotundo, aunque apresurándose a continuar—, pero

tiene una explicación. Usted me entenderá, seguro que sí, y se lo digo a usted porque es de la policía y sé que no me va a delatar al señorito Gonzalo. Si se entera que le desobedecí, seguro que me echa de La Torre. Aquella tarde salí a dar una ronda. Yo me conozco bien la finca y siempre hay algo que vigilar o algo que necesita algún familiar, por eso lo hice, escondido de las miradas para que no se enterase el señorito. Fue una ronda rápida y regresé enseguida al *casuco*. La mala pata fue que al pasar cerca de la ventana de don Paco vi cómo se arrojaba desde allí una colilla encendida. No pude evitar decir lo que dije. ¡Con el calor que hace, eso es muy peligroso! Me quise acercar hasta donde cayó y aplastarla con el pie...

Instintivamente, don Casto dirigió su mirada hacia el calzado de Pepe: eran unas botas altas de goma verde, con suelas lisas.

—Pero me dio miedo que el señorito me descubriera —continuó el capataz—, y escapé de allí corriendo para que no me viera nadie. Esa es la verdad, señor inspector, y por favor se lo pido, no le diga nada al señorito o me veo en la calle.

—Pierda cuidado. De mi boca no saldrá nada. ¿Seguro que no pudo identificar a quien arrojó el cigarrillo encendido?

—No, señor. Una de las contraventanas estaba medio cerrada y la claridad del exterior hacía más oscuro el interior de la casa. Solo vi cómo salía lanzado el cigarro desde dentro.

—¿Y a qué hora más o menos fue esto que me cuenta? —inquirió el policía.

—Serían las cinco o quizá las cinco y media de la tarde. No lo sé... Yo solo quería quitarme de en medio y que no me viesen.

—Bien, Pepe. El señorito no descubrirá su escapada, al menos no por mi boca, por supuesto... Y, dígame, ¿hasta qué hora permaneció aquí, en su casa?

—¿Yo?

—¿Quién, si no? Sí, usted, Pepe —indicó don Casto con obviedad—. ¿O acaso había alguien más con usted?

—Nadie. Ya estaba yo solo cuando me llamaron a gritos desde fuera. Concha vino a avisarme de que una desgracia había ocurrido en La Torre.

—¿Quiere decir que antes de ese momento no lo estaba? ¿Le visitó alguien?

—No me líe usted, señor comisario, que me puedo buscar la ruina... —suspiró Pepe con remordimiento en la voz.

—Una ruina sería que le acusara de asesinato —entonó entonces el policía con la voz seria—. Por el momento es usted sospechoso, al igual que otros, porque ¿quién me asegura que no volvió a salir de su casa durante la tarde, a pesar de la prohibición del señorito Gonzalo? ¿Quién me asegura que no miente? Ya lo hizo una vez, ¿por qué no dos?

—Le juro a usted por Dios y la Santísima Virgen del Monte que no volví a salir del *casuco* hasta que oí los gritos de Concha, que me llamaba. Se lo juro.

—Yo le puedo creer... Claro que una coartada sería una prueba objetiva más que suficiente como para descartarle a usted de la sospecha.

—¿Una qué? —preguntó confundido el capataz—. ¿Qué es eso?

—La coartada es algo que confirma que usted dice la verdad. Por ejemplo, si estuvo durante todo ese tiempo en compañía de alguien que lo corrobora, ¿me entiende? Piénselo con atención.

La indecisión se posó en el rostro de Pepe «Gil-Robles» y el comisario no dudó en apretar un poco más las tuercas, tratando de convencerlo.

—Mire, Pepe, es comprensible que estuviera acompañado de una mujer. Desahogarse de vez en cuando es bueno para el cuerpo y también para el alma.

—No, señor —se apresuró él a corregirlo—. Nunca traje a la finca a ninguna mujer. Aquí no había ninguna mujer.

—Era un hombre, entonces. ¿Se lo está pensando, está pensando en decírmelo?

—Sí, señor comisario, lo estoy pensando.

—Pues deje de pensar lo que ya es evidente y dígame, ¡¿quién coño le visitó esa tarde en su casa?!

—No vino a visitarme —espetó Pepe con nerviosismo—. Fui yo quien, para evitar males mayores, lo arrastré para adentro. Y

mire usted, al final, cómo terminó el día.

—¿A quién metió usted en su casa?

—A un desgraciado borracho que llevaba días alardeando de querer matar a don Paco. Le conocen como el Tuerto.

El capataz explicó entonces al comisario las razones que motivaron que el Tuerto permaneciera en el *casuco* hasta bien entrada la tarde. Hacía días que merodeaba la finca. En cierta ocasión, Pepe le había impedido que traspasara las alambradas de un lateral alejado de la casa. El día de la comida estaba borracho como una cuba. Borracho y agresivo. Cuando el capataz terminó su furtiva ronda, lo vislumbró junto a la alambrada, cerca de su *casuco*. Viendo el estado en el que se encontraba, y para evitar una desgracia, lo convenció para que entrara con él, lejos de todos los ojos posibles. Además, el capataz quería hablar con él y convencerle de que el señorito don Paco no era el único culpable de su infortunio; lo era la murmuración de todo un pueblo. Pretendía calmarle y lo consiguió poco a poco, al mismo ritmo que el alcohol se desvanecía en la sangre del Tuerto.

—Alrededor de las siete de la tarde logré que se marchara, con menos alcohol y más lágrimas en su único ojo.

—El hombre está encerrado en el cuartel de la Guardia Civil —le confió el comisario—. Es uno de los sospechosos y no quiso decirme con quién había estado aquella tarde, no hubo manera.

—Porque le hice jurar que guardaría silencio —afirmó Pepe de manera rotunda—. Si el señorito o la familia se enteraban de que presté asilo al hombre que los amenazaba, me pondrían de patitas en la puta calle. Lo entiende, ¿verdad?

—Sí, pero asumió un gran riesgo. Alguien de la familia aseguró ver a su protegido entre los setos, un hombre con una boina negra... ¿Por qué lo hizo?

—*Cago en Dios*, ¡mira que se lo dije! Le dije ¡quítate la boina, que con ella puesta te descubren! ¡Que lo del ojo desde lejos no se ve! —espetó entre la indignación y la rabia—. Lo hice para evitar una desgracia, comisario. Me da pena el infeliz. Es un rojo, pero no es malo. —Fueron las últimas palabras del capataz.

—Me marcho —indicó don Casto al cabo de unos segundos—.

Voy a caminar hasta el pueblo. Empezará a refrescar un poco y será agradable, ¿no le parece?

Mientras se levantaba de su asiento, no perdió oportunidad de agarrar su cachimba.

—Y no hable con nadie de este asunto —le señaló a Pepe—. Con nadie más, ¿me entiende? Cuídese, y hace bien en no fumar. Los cigarrillos son malos para la salud. También lo son algunos fumadores... —susurró casi para sí mismo.

El paseo hasta Camino de Piedras se le antojaba tranquilizador. Podía pensar sin agresiones ruidosas; solo el canto de los pajarillos y el olor de la tierra lo acompañaban. Era un olor real, a campos, piedras, encinas, palmitos y matorrales. No lo falseaba el cemento ni el alquitrán de las carreteras. Lo percibía tan real como la vida misma, como la muerte y la maldad también, como son los sentimientos, tanto los que alivian como los que corroen el alma.

—Pobre Pepe «Gil-Robles» —masculló.

Estaba convencido de que don Paco se culpó de la muerte de su hijo para poder ayudarle. Jodida ceguera de la gente humilde. Las verdades que se ocultan son parecidas a los escorpiones, que, cuando se descubren, pueden picar hasta matar. La mentira de don Paco y la verdad del capataz. Lo cierto fue que cada cual vivió la muerte del niño como mejor le convino a su conciencia.

Era poco probable que alguien denunciara la presencia del capataz aquella tarde, meditó mientras caminaba. Solo una persona podría hacerlo, aquella que arrojó la colilla por la ventana, aquella persona que con seguridad era el asesino. Y si no lo era, debía justificar qué hacía en el dormitorio de don Paco a esa hora, entre las cinco y las seis de la tarde. Pepe «Gil-Robles» podía estar seguro, el señorito Gonzalo no descubriría su desobediencia, al menos de momento, al menos hasta que alguien se delatase. ¿Y quién desvelaría su presencia, salvo Francisco, que había sido quien lo había escuchado gritar desde el cuarto de baño? ¿Qué otro invitado lo podría hacer, de no ser el asesino?

En cuanto al Tuerto, don Casto concluyó que la coartada era

mutua. ¿Eliminaba la sospecha sobre el capataz o, por el contrario, ahora eran dos los sospechosos... o incluso cómplices?

Capítulo 45

Los resultados de la científica

Aquella mañana, Guillermo se apresuró a llegar a la pensión Tomasa. A su entrada, encontró la recepción vacía, hasta que Quico apareció de repente tras una estrecha puerta lateral, saludando con escasa simpatía.

—Buenos días, es que fui a mear... —añadió con poca cortesía.

—Ya. Esperaré al comisario en la salita —se disculpó, pasando directamente sin la necesidad de su permiso.

—Buenos días, Guillermo. Hoy promete ser un día menos caluroso, de momento. A ver, ¿qué me traes? —Su ayudante extendió el brazo y le acercó un sobre—. Por fin, los resultados del laboratorio.

El comisario se colocó las gafas de vista cansada, abrió el sobre con brusquedad y comenzó a leer. Guillermo, sin perder ni un segundo, se situó a su lado.

INFORME DE LABORATORIO

ANÁLISIS DE PRUEBAS APORTADAS Y NUMERADAS DEL 1 AL 8:

1. Restos de cenizas. Provienen de tabaco de cigarrillo negro.
2. Colilla y restos de tabaco sin quemar. Cigarrillo rubio. Restos de pintalabios en la boquilla. Se cotejan dos filtros aportados por el equipo de investigación del caso:
    - Boquilla recogida en el lugar del crimen, con suave

mancha de carmín rojo.

- Boquilla aportada con posterioridad, igualmente manchada de carmín rojo.

  De las pruebas realizadas por el laboratorio resulta que ambas boquillas corresponden a labores de tabaco de la misma marca británica: Dunhill. Con filtros de algodón específicos e inconfundibles.

—Fue el primer cigarrillo con filtro de algodón —interrumpió Guillermo la lectura.

—¿Cómo lo sabes? ¡Si tú no fumas! —se interesó el comisario, dirigiéndole la mirada al tiempo que deslizaba sus gafas de cerca hacia el extremo de su nariz.

—Yo no, pero mi padre sí. Y mucho, por cierto. Cuando le recriminamos que fuma demasiado, apela a la bondad del filtro. Se intenta justificar esgrimiendo que precisamente el filtro de algodón lo inventaron para paliar posibles riesgos en el organismo. La consigna de la marca desde entonces dice que se trata de un «cigarrillo higiénico». Mi padre, adepto al Dunhill, la repite de manera constante. Al final, una forma más de salvar su conciencia... y su vicio. Pero no su salud. Es un tabaco caro y no muy frecuente. Supongo que aquí, en el pueblo, debe de ser Rosario la única persona que lo fuma. Lo traerán expresamente para ella, imagino.

—Buena reflexión, joven. Continúo leyendo —resolvió el comisario.

10. La barra labial roja. Contiene eosina, pigmentación derivada de la fluoresceína. Se ha detectado de igual modo nitruro de boro, que otorga brillo al color. Aceites y ceras habituales. Similar pigmentación analizada en las boquillas.
11. Muestras de tierra. Composición de albero, arena y

pequeñas piedras.

12. Cabello largo (presumiblemente de mujer). Presenta canicie gris y blanca por pérdida de melanina. No identificado. Sin contrastar con otras muestras.
13. Vaso de cristal. Huellas dactilares de cuatro sujetos distintos. Sin muestras de líquido que analizar. Olor a orín en su interior. De la prueba química no se desprenden resultados concluyentes.
14. Reloj de pulsera. Fractura en la esfera de cristal producida por un golpe con objeto punzante. Las manecillas del reloj quedaron fijas en las 6:46 horas de manera aproximada, coincidente con el momento del impacto. Se analizan los restos de sangre sobre la carcasa del reloj y parte del cristal. El resultado del análisis determina la existencia de dos tipos de grupos sanguíneos distintos en el mismo objeto:
    - Grupo 0 negativo.
    - Grupo A positivo.
17. Trozos de cerámica y uralita. Trozo de material de cerámica color verde y trozos de uralita.
    - La primera: utilizada con frecuencia como remate de los alféizares en las ventanas.
    - La segunda: la forma con tendencia a curvarse indica que pudo pertenecer a una tubería o desagüe.

    En ambas muestras se aprecian restos de sangre 0 negativo. En la uralita se añaden restos del grupo A positivo.

LAS PRUEBAS QUEDAN EN DEPÓSITO EN EL LABORATORIO, A DISPOSICIÓN DEL PERSONAL AUTORIZADO.

EN BADAJOZ, A 8 DE SEPTIEMBRE DE 1953

—Bueno joven, ya tenemos algo más. Algo más que nos complica el asunto —se dirigió a su ayudante sin apenas mirarle—: la tierra que se desprendió de unos zapatos de hombre, la coincidencia de la marca de tabaco que consume Rosario, la presumible coincidencia también del carmín impreso en las boquillas con la barra de labios del dormitorio, el cabello en la almohada, que posiblemente pertenece a su esposa... —El comisario hizo una pausa, frunciendo el ceño—. ¿Te fijaste si sus cabellos eran canosos?

Sin esperar a la respuesta de Guillermo, continuó listando las evidencias:

—Las huellas en el vaso... Recuerdo que el vaso con agua pasó por cuatro manos distintas: la cocinera o su joven ayudanta, Dolores, la sirvienta, doña Adela y seguro que el difunto. Y ese olor a orín, ¿por qué? Y el reloj parado a las 6:46 horas más o menos. ¿Cuánto tiempo permaneció entonces el asesino en la habitación? El capataz asegura que alguien arrojó una colilla desde la ventana de la habitación alrededor de las cinco y media, o un poco después, y el reloj queda sin embargo fijo a las siete menos cuarto de la tarde. ¿Qué sucedió durante ese intervalo de tiempo? Me resulta excesivo... ¿No te lo parece, joven? —De nuevo, antes de permitir a Guillermo intervenir, el comisario añadió una cosa más—. Y algo más, algo importante y revelador: dos grupos sanguíneos distintos en el cristal del reloj. El asesino dejó su huella en él. El grupo A positivo es el habitual y mayoritario, pero eso nos permitirá descartar a otros...

—Se reduce el círculo..., pero sí, parece complicado. En cuanto al cabello, creo recordar que, salvo las más jóvenes, el resto de las mujeres me parecieron canosas —esgrimió el inspector.

—Es más que probable que la muestra pertenezca a su esposa, salvo que nuestro personaje los colocara allí con la intención de despistar...

—¡Buf, jefe! Eso es rizar el rizo. Excesiva preparación para un crimen que aparenta ser tan frenético, ¿no cree?

—Eso es cierto. En cuanto a la complejidad del caso, te diré que es precisamente eso lo que me inclina a pensar que la solución

debe ser... sencilla. ¿Sabes cómo se resuelve un problema matemático de lo más complejo?

—Con inteligencia, supongo.

—No. Con lógica, que es justo la esencia del razonamiento. ¿O es al revés? —Don Casto chascó la lengua—. Seamos lógicos, joven. Nos queda aún algo que averiguar. Debemos ir a La Torre, al lugar donde encontramos la colilla bajo la ventana del dormitorio.

Fueron en coche (un paseo de ida y vuelta caminando era demasiado). La viuda doña María los recibió en la puerta. Se veía a leguas que la visita era improvisada y, en consecuencia, la recepción también lo fue. La señora vestía una bata negra y calzaba unas chinelas del mismo color, con plumas que ribeteaban el borde. La escoltaban a la diestra su nuera Rosario y a la siniestra Dolores, la sirvienta. Con el beneplácito de la señora de la casa, comisario e inspector fueron hasta el lugar donde habían recogido las muestras.

Apartaron lo que pudieron la enredadera que cubría en gran parte el muro de la pared. El bajante de uralita, cercano a la ventana, estaba roto en una de las uniones de dos tramos. Alrededor observaron manchas oscuras ennegrecidas, que se sucedían casi hasta el final del bajante. Guillermo fotografió el recorrido. Pasearon alrededor de la cripta. En un pequeño retranqueo de la parte posterior, goteaba un grifo que emergía del suelo en una tubería de plomo. El agua trazaba un estrecho surco que se perdía entre la hierba. Acto seguido, subieron a la habitación y comprobaron que un trozo de baldosín del alféizar de la ventana también aparecía roto en una zona sobresaliente de la esquina.

Los dos policías se despidieron de la familia pidiendo disculpas y regresaron al pueblo. La noche se precipitó sobre ellos y don Casto insistió en que su ayudante se quedara a dormir esa noche en la pensión, en vez de regresar en coche a su casa. La insistencia del comisario, y su invitación a cenar unas ancas de rana acompañadas por unas cervezas, fue suficiente argumento

para que el joven aceptara sin más.

—¿Adónde ir?

Al Torrezno. No fue debatida ni complicada la elección. Frasco parecía esperarlos detrás de la barra. También Tomasa, a través de un ventanuco que comunicaba con la cocina.

—Buenas noches. ¿Van a picar algo? —les dijo el mesonero a modo de saludo.

—Sí, señor —respondió don Casto, complacido—, queremos algo rico, que nos deje un recuerdo imborrable de este mesón y, por supuesto, de la cocinera, la señora Tomasa.

Guillermo no daba crédito a sus ojos —por lo que veía— ni a sus oídos —por lo que escuchaba—. El comisario parecía pletórico. Semejante actitud solo podía presagiar que había descubierto algo y se lo guardaba para sí. El inspector estaba seguro de que el comisario escondía algún secreto y se sintió ninguneado, o poco reconocido, por su jefe. Era el precio que pagaba por ser joven. Ya cumpliría años, pensó.

—Yo soy gallego, ¿saben ustedes? De Mugardos, un pueblo a un tiro de piedra del Ferrol del Caudillo, y de los ferrolanos también. Allí cocinan un pulpo que no podrán comer en ningún otro lugar del territorio nacional. Tampoco en toda Galicia. Como me consta que aquí tampoco me podrán ofrecer ese manjar, del que casi olvidé el sabor, me conformaré con unas ancas de rana rebozadas y una cerveza. ¿Qué les parece?

Estaba claro que la desmedida euforia del comisario lo llevaba incluso a retar a Tomasa, quien lo escuchaba desde la cocina y que, por la forma en que removía las ancas en el aceite hirviendo de la sartén, parecía hacerlo como si se tratase de trocitos del comisario, corbata incluida.

A la segunda anca que engulló, don Casto suavizó la tensión. Sus palabras fueron una oda a las patas traseras del anfibio y al experto rebozado de estas por la cocinera. «Las mejores ancas de España», aseguraba mientras guiñaba el ojo a su joven ayudante. La exaltación del comisario no era gratuita, pensó Guillermo, estaba convencido de ello, pese a no ser capaz de dilucidar qué la motivaba.

Tras un largo sorbo de cerveza, el comisario apoyó la mano sobre el hombro de su joven ayudante mientras le decía de forma misteriosa y en voz baja:

—De momento creo que no vamos a necesitar visitar a la espiritista que me recomendó Tomasa.

El inspector no entendió nada. Le miró y frunció el ceño.

Capítulo 46

El médico del pueblo

Cuando don Rosendo llegó a Camino de Piedras tenía apenas cumplidos los veintiséis años. Se enamoró, o algo parecido, de una joven que presumía de pertenecer a la estirpe de los Pizarro (aunque lejana, la verdad). Había que rebuscar un poco para encontrar vestigios del apellido, pero eso era más que nada, sobre todo para un joven médico y buen estudiante e hijo de familia humilde como él. Se instaló en el pueblo con la idea de permanecer no más de cuatro lustros, coger experiencia y fornicar a toda mujer que se le pusiera a tiro (fuera del Camino de Piedras o de sus alrededores). De fornicar llegó a hartarse, eso era cierto..., pero solo con Magdalena, con quien maridó y tuvo tres hijas; Magdalena, quien lo atrapó hasta el punto de que, incluso después de muerta por un cáncer, él permaneció en el pueblo hasta entonces. Hacía ya casi treinta y cinco años de aquello y Rosario era, de sus tres hijas, la primogénita y la preferida.

El doctor Berruguete era reconocido como buen médico. También como un reincidente sátiro, protegido por una bata blanca, que en su juventud (y después también) se aprovechaba de toda hembra que exploraba, tumbada en la camilla de la consulta (o incluso de pie). Pero sanaba, aseguraban todas. En ocasiones invitaba a algún amigo de correrías, a quien presentaba como estudiante de Medicina o auxiliar de enfermería, y ambos abusaban del sentido de la vista, o de cualquier otro que la ocasión les brindara. Una simple faringitis acababa en una exploración integral; dependía de la hembra en cuestión.

Era habitual que los más influyentes de la comunidad

formasen un círculo de amistad entre ellos, o al menos una relación más cercana. En el de don Rosendo se encontraban el alcalde, en ocasiones Miguel —el cabo de puesto de la Guardia Civil—, el farmacéutico, el párroco don Julián y el terrateniente y juez de paz, que hasta la fecha había sido don Paco (a veces también se adhería al grupo el director de la sucursal bancaria). Ellos formaban el elenco de élite de Camino de Piedras. Posiblemente por el rol que desempeñaban dentro de la comunidad, se consideraban de un estrato social superior. En la historia del mundo, la riqueza, el poder y la religión siempre se han unido para constreñir al resto de los mortales.

Don Rosendo logró entrar en ese reducido círculo de amistades de don Paco al poco de su llegada; no había mejor cosa que tener cerca a un amigo médico. De la amistad se pasó a una relación familiar cuando su hija la mayor, Rosario, contrajo matrimonio con el también mayor de los hijos del terrateniente, Gonzalo. Circuló por el pueblo que aquella boda se había celebrado tras un pacto entre don Paco y el médico, del que nadie llegó a saber nada. Lo cierto fue que Rosario se había propuesto casarse con un Pizarro y mientras ella le enamoraba y engatusaba con sus artes de mujer, al parecer su padre utilizó otro tipo de artes para cerrar el acuerdo por su parte.

Aquel día Rosario utilizó un pretexto para ir a la consulta de su padre. Decía tener una dolencia estomacal desde hacía días. En realidad, quería averiguar qué relación pudo tener este con aquel notario de Madrid cuyo nombre le había facilitado Rafael. No fue fácil inventarse una historia que la llevara a pronunciar en concreto el nombre del notario, así que optó por decir una verdad a medias: una buena amiga de la adolescencia que había emigrado del pueblo y se había instalado en Madrid buscando suerte y futuro, había encontrado ambas cosas. Se casó con un señor propietario de un prometedor y fructífero restaurante. La Cristi, se llamaba.

El médico asintió con un movimiento de cabeza ante la

narración de su hija, recordando con vaguedad a la joven amiga de la que le hablaba. Hasta ahí todo lo que contaba Rosario era cierto. Lo que seguía, no: según Rosario, la Cristi la había invitado a pasar unos días en Madrid, a una casa con jardín que había adquirido el matrimonio en Majadahonda. En ese preciso instante estaban en la notaría de don Félix Cortejosa de Aranda para firmar la escritura de propiedad. La mujer aludió que al escuchar el nombre del notario de boca de su amiga, un nombre difícil de olvidar, recordó haberlo visto o escuchado en algún momento en la consulta.

—¿Te suena de algo, padre? —dijo ella con forzado desinterés, mientras sacaba un cigarrillo de la pitillera.

—Creí que solo fumabas en tu casa —aseveró su padre—, y no debes hacerlo mientras te duela el estómago. Y no, no me suena de nada —añadió de forma escueta, al tiempo que parecía buscar un medicamento del interior de una vitrina—. ¿Por qué?

—No tiene importancia. Simple curiosidad al escucharlo. Me pareció reconocerlo de la consulta. Bueno padre, me marcho. Ya te diré qué tal me sienta este medicamento —decretó guardando en el bolso el bote de pastillas que le había alcanzado don Rosendo y volviendo a meter el cigarrillo en la pitillera antes de haberlo encendido siquiera.

—¿Qué tal se encuentra Gonzalo? —se interesó el médico antes de dejarla marchar.

—Como de costumbre. Nunca termina de estar bien. Cuando su padre vivía se lamentaba del trato que recibía por su parte; era una queja permanente. Y ahora que ha muerto parece lamentarse de sí mismo. En fin, ya veremos. Gracias por no cobrarme nada por la consulta —se despidió con un guiño y sonriendo.

Ya fuera de la casa y consulta de su padre, mientras caminaba, repetía en su cabeza la reacción de su progenitor al escuchar el nombre del notario. Su respuesta había sido tajante y cortante, algo inusual en su padre, que solía profundizar en todo aquello, por nimio que fuera, que llamara su atención. No pareció sentir curiosidad alguna, y esa actitud era muy indiciaria de que no le hacía falta saber más. Rosario estaba convencida de que había reconocido el nombre y lo había negado.

«¿Por qué?», se preguntaba. Debía seguir con el plan trazado. Llamaría al hombre cuyo nombre figuraba en aquella cuartilla junto al del notario y le preguntaría. Gracias a Dios, el hombre era abonado a la línea telefónica y Rosa, la telefonista, le facilitó un número de Trujillo, de cuya línea don José Manuel Casado Correa era titular.

—¿Te pongo con él? —le preguntó solícita la operadora.

—No, Rosa, gracias. Prefiero llamar desde la consulta. Es un tema de pacientes y las fichas están allí... —se justificó.

—Claro, cuando quieras, Rosario. Aquí estaré.

Al menos ya tenía en su haber el número de teléfono de aquel desconocido señor. Acudiría a la consulta en un momento en el que sabía que su padre no estaría: la hora exacta de su partida de dominó.

Así lo hizo y, sin más dilación y sin pensarlo siquiera. Una vez Rosa le pasó con el número, cogió aire y esperó:

—Oiga, buenos días. ¿Es usted don José Manuel...?

—Yo soy. Dígame. ¿Y quién es usted?

—Soy...

Rosario dudó un segundo y optó por mentir, rezando para que la cotilla de Rosa no estuviera atenta en ese momento desde la centralita telefónica del pueblo, y le entrase otra llamada en ese preciso momento.

—Mi nombre es Petra —utilizó el primer nombre que le vino a la cabeza, la señorita Petra había sido su maestra de parvulario en el colegio—, y soy la enfermera del doctor Berruguete, de la consulta de Camino de Piedras.

Se hizo un silencio que se prolongó tanto que Rosario tuvo que continuar hablando.

—Es que, mire usted, resulta que haciendo inventario encontré su nombre escrito en un papel, en la mesa del doctor, pero no he dado con su ficha de paciente y estoy ordenando el archivo —dijo con rapidez—. Usted me entiende, no sé qué pudo pasar, si pudiera facilitarme la fecha en la que asistió a la consulta o algún otro dato...

El silencio continuaba y resultaba estridente. Rosario no sabía

qué decir. Al fin volvió a escuchar la voz del hombre.

—¿Y por qué no le pregunta usted directamente al doctor? Seguro que él se lo podría decir. Y sepa usted, señorita, que no fui paciente. Jamás estuve personalmente en esa consulta porque nunca estuve enfermo. Ha debido de equivocarse. Adiós.

Al instante se escuchó un zumbido continuo y persistente. José Manuel Casado Correa había colgado.

—¡Vaya hombre grosero! —espetó la voz de Rosa—. Ya podía haberte dado algún dato...

Rosario se resignó al comprobar lo que había intuido como inevitable: Rosa lo había escuchado todo. Todo menos su nombre fingido, porque de haberlo hecho se hubiese referido a él. «Algo es algo», pensó.

—Sí, Rosa, sí. Muy grosero el señor.

Todo era muy extraño. Tan extraño como seguro que algo se encerraba tras aquellos nombres y la coincidencia de que un notario al que un escritor había acudido para otorgar poderes era el mismo notario cuyo nombre había aparecido escrito en una cuartilla en la consulta de su padre. Debía contarle todo cuanto antes a Rafael. No sabía qué más podía hacer ella después de aquello. Pensó que el periodista tendría más medios a su alcance para continuar investigando.

Capítulo 47

Las artes periodísticas

Tenía que arriesgarse. El no ya lo tenía, pero ¿y si lograba un sí? A Rafael no se le ocurrió nada mejor que pedirle el favor a Guillermo, el joven inspector, quien escuchaba atento mientras el periodista le narraba con detalle a qué otro artículo estaba dedicando sus esfuerzos, al tiempo que intentaba cosechar noticias sobre el asesinato (que por el momento resultaban escasas e irrelevantes).

—Es una historia tan fascinante como irreal —determinó el policía una vez que Rafael le informó de cuanto sabía a la par que le pidió discreción—. ¡Qué imaginación tenéis los periodistas! Siempre le escuché decir a mi padre que era admirable ver cómo con tan poquita cosa rellenabais tantas páginas...

—Entonces, ¿me echa una mano o no? —le rogó dejando colar la súplica en su voz.

—Bien, supongo que no perjudica ni interfiere en mi trabajo. Hablaré con un compañero de Madrid, amigo de promoción, y le pediré el favor. Ya sabe que, a cambio, cualquier cosa que averigüe en relación con el asesinato he de ser el primero en saberlo...

—Cuente con ello, amigo.

—Soy la policía, no soy su amigo —sentenció Guillermo, tajante—. No de momento, al menos. Esto es una mera transacción.

Lo que Rafael le pidió podía haberlo hecho cualquier otro que viviera en Madrid, conociera la dirección del registro y quisiera molestarse en ir hasta allí, pagar las tasas correspondientes y anotar el contenido del poder notarial: datos del apoderado, del poderdante, fecha del otorgamiento y la extensión de los poderes

de representación. Pero también era cierto que la policía gozaba de mayor libertad y, por ejemplo, no tenía que guardar turno en la oficina del registro ni pagar tasa alguna. Solo por ser así, los datos estarían en su poder con una rapidez inusual por parte del funcionario de turno.

Unos cuantos días después, y pavoneándose de su eficacia y rápida respuesta a la solicitud planteada por el periodista, Guillermo le entregó un sobre cerrado mientras tomaban de manera casual una copa en el Torrezno, acompañada de unos cacahuetes salados.

—Lo que quería saber. La policía es muy eficaz, ya sabe...

—¡Sí que lo es! —contestó Rafael mientras abría el sobre con impaciencia—. ¿Me permite?

—Por supuesto. Lea, lea.

Si la emoción se midiera por temblores, Rafael podía aparentar que un frío glacial se había apoderado de él. El papel desdoblado vibraba al compás de sus manos. Cuando lo terminó de leer, lo colocó sin temor sobre la mesa, junto a los cacahuetes, visible a los ojos del inspector.

Ante el notario del Ilustre Colegio Notarial de Madrid: Don Félix Cortejosa de Aranda y Celada.

Poderdante: Mario Sierra Gómez, con domicilio en Madrid, calle Lavapiés, n.º 42, que confiere poderes amplios, según se describe a continuación, a favor de:

Apoderado: don José Manuel Casado Correa, administrador con domicilio en Trujillo, calle La Victoria n.º 22, quien acepta el apoderamiento.

FECHA DEL PODER: 14 DE FEBRERO DE 1941.

Nota: Los poderes son todo lo amplios que proceda en derecho para la representación del poderdante en cuantos negocios se lleven a cabo, y ante cualquier entidad pública, privada, societaria o de personas físicas, sea comprar, vender, administrar y, en este caso en particular, para la cesión de

derechos con editorial Biblioteca Nuevos Escritores de la edición de los manuscritos del poderdante, cuya titularidad le corresponde, según manifiesta.

NOMBRE Y RÚBRICA DEL PODERDANTE Y DEL APODERADO.
NOMBRE Y RÚBRICA DEL SEÑOR NOTARIO.

La expresión de Rafael era tan llamativa que el inspector no pudo reprimir la pregunta.

—¿Qué? ¿Satisfecho?

—Mucho, amigo —sonrió el periodista—. Mucho. Y perdone, sé que no soy aún su amigo.

—Bueno, cada día se avanza un poco más. ¿Es lo que esperaba?

—¡Más de lo que esperaba! O lo que deseaba saber, pero con muchas dudas e incertidumbres que ahora están mucho más claras o, para ser más preciso, en la senda de la claridad.

—¿Y qué es lo que tiene claro, si puede saberse?

—Que la realidad, en muchas ocasiones, supera a la fantasía. ¿Le parece poca cosa?

Rafael volvió a meter el papel en el sobre, lo besó con orgullo antes de guardarlo en su bolsillo mientras pensaba con nerviosismo que había averiguado el nombre del escritor que se encontraba tras el pseudónimo de «El Más Grande», además de que el apoderado del mismo coincidía, misteriosamente, con aquel otro nombre que Rosario había encontrado en la consulta de su padre. A Rafael querían sonarle todos los nombres de ese informe, pero no sabía muy bien cómo conectarlos, o por qué...

Apuró entonces la copa de vino y se llenó la boca con un puñado de cacahuetes que masticó mientras sonreía al joven policía.

—Hoy también le invito, amigo. —Chascó la lengua con una sonrisa—. Perdón.

Más tarde, el periodista constató, con sorpresa, que la dirección que pertenecía al escritor y que aparecía en los poderes, en la calle Lavapiés, 42, de Madrid, se correspondía con una

pensión de nombre La Castiza. A finales de los cincuenta, el establecimiento había cambiado de nombre y de propietario y en la actualidad se llamaba Pensión Lavapiés.

Capítulo 48

Un párroco escurridizo

La noticia sorprendió a todos. Don Julián, el cura del Opus que vivía como párroco gracias a las aportaciones de los fieles (o eso decían en el pueblo), así como también a la espléndida caridad de doña Adela (que llegaba a alcanzar con su contribución casi a cubrir el sesenta por ciento del presupuesto anual de la parroquia), había solicitado de manera inexplicable el traslado a otra parroquia.

Parecía que el obispado aprobaría la solicitud del sacerdote, a quien desde hacía unos días no se veía pasear por las calles del pueblo. Su presencia se limitaba a las dos misas diarias, la de las ocho de la mañana y la de las ocho de la tarde, además de a la esporádica administración de sacramentos cuando era requerido para ello.

Don Casto ocupó, aprovechando uno de estos momentos, uno de los bancos más alejados del altar; prestaba atención al sacerdote mientras este oficiaba la misa de tarde. No se preciaba de ser un católico practicante (sin hipócritas poses, ni siquiera se consideraba católico, apostólico ni romano). Él era gallego, y con eso bastaba.

—*Corpus Christi*... *Corpus Christi*... —se le escuchaba decir con timidez entre el suave sonido que ocasionaban las arrastradas zapatillas de las ancianas, que se acercaban a comulgar (fueron cuatro).

El párroco apuró el resto de vino dulce del cáliz dorado, que aseguraba ser la sangre de Cristo, y limpió los bordes con el purificador blanco ribeteado de encaje. Lo dobló con esmero y lo

cubrió con la patena. Al darse la vuelta para otorgar la bendición, y mientras lo hacía, descubrió la presencia del comisario, que lo miraba fijamente. Casi sin pestañear.

—*In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. Amen. Introibo ad altare Dei*.

Don Julián se inclinó hasta besar el borde del altar y se retiró a la sacristía, donde al cabo de unos minutos se adentró don Casto sin más dilación.

—Ya observé que estaba usted en el último banco de la iglesia... —le dijo al verlo entrar, al tiempo que se despojaba de las prendas sagradas—. Podía usted haber ocupado uno de los bancos más próximos al altar. No cobramos nada a quien se acerca un poco más a Dios.

—Me imagino, padre, pero le confieso que si algo llamó mi atención cuando estudié catecismo fue aquello que aseguraba que los últimos serían siempre los primeros... Por eso, siempre que puedo, me coloco al final de la fila.

El sacerdote besó la estola y la dejó sobre la cubierta del armario.

—No parece usted muy creyente —señaló—. Perdone, es solo una apreciación a simple vista.

—¿Acaso hay una escala de creyentes de menor a mayor? —preguntó entonces el comisario con su distintiva retranca gallega.

—No puedo con usted —claudicó el sacerdote con una forzada sonrisa—. Me vence en experiencia...

—Y lo peor, en edad. Peor para mí, quiero decir. Ya me gustaría que no fuera así. ¿Por qué huye del pueblo? —le conminó sin titubear.

—No huyo. Solo que necesito un cambio...

—¿De aires? —completó la frase—. Mire, padre, déjeme que le diga una cosa, aprovechándome de mi experiencia, según usted, y de mi edad, según yo. ¿Dónde va a encontrar un chollo como el de doña Adela? No se lo tome a mal. Lo que quiero decirle es que la caridad necesita de recursos, al igual que la dignidad, que es cosa solo de ricos. Sin dinero, ni la caridad ni la dignidad son posibles. Piénselo bien. ¿O quizá algo le obliga a marcharse? —

Apretó un poco más el acelerador con las preguntas—: ¿Qué dice doña Adela? ¿Le deja ir sin más? Tendré que preguntarle…

—Es mi decisión, comisario. Nadie tiene parte en ella, créame. Y no involucre a doña Adela en esto.

—¿Y se marcha de manera precipitada, y en medio de una investigación policial por un asesinato?

—No me irá usted a decir que soy sospechoso de la muerte de don Paco…

—Yo no diría tanto, pero sí debo conocer su próximo destino. En cuanto lo sepa, hágamelo saber. Oiga, mirando todo lo que hay aquí, en la sacristía, son muchas las riquezas y los recuerdos que dejará doña Adela cuando fallezca, que quiera Dios que sea muy tarde.

—Cierto —indicó el cura con pausa—. Su legado es grande, tanto como su generosidad. Tiene razón cuando dice que dejará muchos recuerdos. Ahora, si me permite, debo marcharme —añadió introduciendo en un pequeño maletín un misal de pastas negras—, debo dar la confesión a un enfermo.

—Sí, claro, padre. Espero verle antes de que se marche definitivamente…

—Es posible. Si no es así, que Dios le bendiga.

Don Casto vio cómo se alejaba y desaparecía de su vista al pasar una esquina. No le pareció la misma persona que había conocido tan solo días atrás. Incluso el cabello se veía menos engominado que otras veces. Había envejecido y presentaba en el rostro algunas arrugas que solo el dolor y el pesar son capaces de provocar. Algo le había atizado el alma a don Julián, se lo decía su experiencia (o su edad, según él mismo).

Capítulo 49

María, su gran amor de la guerra

Recibió la noticia intentando no mostrar la euforia adolescente que le invadió: María llegaba ese mismo día en coche desde Talavera de la Reina. Antonia se lo había hecho saber a primera hora de la mañana. Habían pasado casi quince años desde la última vez que Rafael la vio, y ni siquiera un beso había sellado aquella triste despedida. Antonia lo había invitado a cenar esa noche; serían tan solo ellos cuatro. Aún no podía creerse que fuese a ver de nuevo a la mujer de la que se había enamorado como nunca lo había hecho... ni antes ni después.

A pesar de que la tarde hacía rato que había caído, aún se notaba el calor, por lo que determinó que no se pondría chaqueta para la cena. «¡Idiota!», pensó al darse cuenta de que no tenía ninguna entre su equipaje (si podía definirse como tal una simple bolsa con dos camisas y tres mudas). Se decidió por la blanca (fácil elección; era la que tenía limpia, almidonada y planchada por Tomasa). Sacó brillo a los zapatos y se envolvió en su perfume de Atkinsons, regalo de un compañero y buen amigo periodista, que había viajado a Londres. Miró a contraluz el frasco y comprobó con satisfacción que aún le quedaba casi la mitad del contenido. Aquello era como oro líquido para él.

Miró el reloj: aún era temprano. Todavía faltaban dos horas para la cena. Reconoció que se había perfumado con demasiada antelación. Temía que el olor se evaporase antes de llegar, por lo que resolvió echarse un poco más inmediatamente antes de salir de la pensión. «¡Dios!», exclamó para sus adentros. ¿Qué le estaba sucediendo? Había cumplido treinta y siete años. Suficiente y más

que sobrada madurez para no comportarse como un crío. Le pareció que con su actitud ansiaba recuperar una juventud arrebatada, todos aquellos años perdidos, sin tiempo para otra cosa que no fuera reconstruir sus sueños, sueños que habían reposado sobre escombros y ruinas de edificios. Era mucho a lo que el futuro obligaba en aquellos años después de la guerra. Tanto, que hacía a uno olvidar el pasado, aunque no quisiera.

El reloj, por fin, se apiadó de su impaciencia. Diez minutos antes de la hora, salió de la pensión en dirección a la casa de Antonia. Llevaba un ramo de flores blancas que le había encargado a Tomasa. A cambio se vio forzado (chantajeado, para ser más exactos) a comentarle que las flores eran para la hermana de la señorita Antonia, a la que había conocido durante la guerra. Ante la mirada inquisitoria de la mesonera, que observaba cómo Rafael cargaba también unos bombones rellenos de licor de guindas, novedosos y muy ricos, que le habían traído desde Zafra, este tuvo que remarcar que no había sucedido nada entre ellos, pero que guardaba un grato recuerdo por el buen trato recibido entonces de la familia.

Una vez frente a la casa, llamó a la puerta golpeando la aldaba y de manera instintiva se llevó la mano al cuello de la camisa, simulando ajustarse el nudo de una corbata imaginaria. La otra mano sostenía el ramo de flores y bajo el brazo sujetaba la caja de bombones, arrugando un lazo con una etiqueta que decía «Felicidades» (con los nervios, se le había olvidado quitar la tarjetita impertinente). Recapacitó de inmediato que los bombones podrían estar derritiéndose bajo el brazo con el calor, pero no le dio tiempo a rectificar. La puerta crujió, y a ella se asomó Consuelo. Parecía sonreír, aunque Rafael no estaba seguro. Con un «buenas noches, pase usted», el hombre traspasó el umbral y se encaminó hasta el comedor de la casa, seguido de la mujer.

Allí estaba María. Sentada en un sillón, en una imagen que le recordaba a la de una reina posando para el pintor que la inmortalizaría para siempre. Rafael hizo esfuerzos para no mostrar que aquella visión dominaba sus sentimientos y se acercó primero a Antonia, a quien le tendió la mano y le agradeció la invitación.

Continuó el saludo por su esposo Alfonso, como paso previo para llegar a lo que deseaba ver y rozar desde que había entrado en la casa. Más de cerca, María no parecía la misma; ya no era aquella joven adolescente que había conocido en Talavera y de la que se había enamorado perdidamente; había madurado y su belleza también lo había hecho. Le temblaron las piernas cuando se aproximó y acercó su mano, con la que pretendía estrechar la de ella. Sin embargo, María optó por acercarse y besar su mejilla.

—Hola Rafael —le saludó sin dejar de mirarle—, ¡está usted vivo! Me parece increíble.

—Y a mí, María —replicó sorprendido—. A mí también me lo parece, tanto como volver a verla tan bien y... Está usted muy guapa, si me lo permite.

La cena se cubrió de historias. Juntos viajaron por los años pasados, que de manera habitual procuraban borrar de sus mentes. Sin embargo, al verse de nuevo, revivieron con naturalidad las anécdotas y aquellos latidos que golpearon en su día sus pechos como si hubieran destapado un recipiente cerrado a presión y se escaparan los recuerdos sin freno. Retornaron a los momentos que la guerra se había ocupado de grabar con tinta invisible y que, por arte de magia, semejaban desaparecidos.

No sucedió lo mismo con el perfume de Atkinsons con el que, con generosidad, se había engalanado el periodista.

—Qué bien huele, Rafael —afirmó Antonia—, ¿verdad María? No conozco esa fragancia que utiliza.

—Me la regaló un amigo. La trajo de Londres. Es la marca que utiliza la familia real inglesa. Es cierto, ¡de veras! —afirmó viendo el asombro que sus palabras habían despertado en las mujeres—. El mismísimo Jorge IV nombró a su creador perfumista real de la Corte de Inglaterra. El duque de Wellington, la reina Margarita de Saboya y hasta Napoleón se entusiasmaban con el perfume de este genio. Pero bueno, como se puede ver, ya está al alcance de cualquier plebeyo —concluyó burlón y en apariencia resignado—. ¿A qué se dedica usted, María?

—¿Yo...? A nada. Solo espero, como hacemos la mayoría.

—Debo reconocer que jamás he probado una manzana al

horno tan deliciosa como esta —agasajó Rafael a Antonia, desviando el rumbo de la conversación ante la respuesta de la joven.

—Dígaselo a Consuelo, ella es la experta.

—Lo haré en cuanto la vea —indicó cuando acabó de masticar—. Realmente exquisita.

—¿Qué tal va su investigación sobre ese escritor, el deforme? —le preguntó entonces Alfonso.

—Bien, va bien. Mejor de lo que esperaba en un principio.

—¿Ya lo ha identificado como mi pariente fallecido? —insistió el marido de Antonia con sarcasmo.

—Aún no —señaló entonces Rafael—, pero me acerco cada vez más.

—¿Qué historia es esa, cuñado? —se interesó María.

—Una fantasía de nuestro amigo Rafael y de tu hermana, partiendo de una fabulación de mi cuñada Rosario. Perdone mi escepticismo, amigo periodista...

—No, si lo entiendo... Pero, si me permite una sola pregunta...

—Dígame.

—Si la fantasía, por una estúpida casualidad, se tornase realidad, ¿qué le diría a su desconocido pariente?

Alfonso no gastó mucho tiempo en pensar su respuesta.

—Le diría que fue un cobarde desagradecido y que huyó de la familia sin motivo alguno. La tía Adela lo conoció bien y me contó la historia de su hermano, su agresividad para con todos los que lo rodeaban y su escapada en mitad de la noche. La familia quedó desolada. Y él, envilecido. Mi tía cuidaba de él y ese fue el pago que recibió... —Alfonso tomó aire y emitió un gran suspiro de satisfacción—. Eso le diría, Rafael. Aunque me temo que es solo un sueño, porque el tío Antonio, el desagradecido y maldito deforme, murió.

Un incómodo silencio invadió el comedor. La oportuna entrada de Consuelo portando una bandeja con un juego de café y una cafetera, que regaba de aroma torrefacto el recinto, disipó la tensión, que había comenzado a cargar la estancia.

Pronto se hizo tarde para continuar con la sobremesa, pero

no, en cambio, para un paseo, que fue lo que Rafael le propuso a María, quien aceptó sin dudar. La noche invitaba a disfrutar del tímido frescor de la calle, por lo que ella cubrió sus hombros con una *pashmina* de color rosa antes de que ambos salieran de la casa.

Juntos, y a paso sosegado, llegaron hasta la plaza y continuaron caminando en dirección al Castillo, una fortificación o «casa fuerte», construida en el siglo XV por un comendador de la Orden de Santiago. El ayuntamiento utilizaba una parte para actos civiles y la otra como escuela.

—¿Sabes que nunca llegué a saber por qué no te busqué cuando terminó la guerra? —se sinceró Rafael—. Espero que no te importe que te tutee... —se apresuró a disculparse.

María hizo un gesto con el brazo sin otorgarle importancia y le extendió la misma cortesía:

—Nos dijeron que habíais muerto en una emboscada de los milicianos...

—Yo me libré.

—Eso ya lo veo... —sonrió ella—, y no sabes cuánto me alegré al saberlo.

—¿Tanto? ¿Por qué?

—Hombre, la primera razón, y creo que la más importante, es sencillamente porque a nadie le gusta que un amigo se muera, o peor, que lo maten. ¿No te parece?

—¿Y la segunda? —preguntó sin dilación Rafael.

—¿Tiene que haber una segunda?

—No sé, como has dicho «la primera razón» pensé que habría una segunda.

—No hay segunda, no.

—Fuimos algo más que amigos... —susurró él.

—Fuimos, en efecto —indicó María—. Han pasado quince años, Rafael. Han sido muchos años.

—Quiero que sepas que, pese a todo ese tiempo, cuando escuché de nuevo tu nombre me dio un vuelco el corazón.

—A mí me sucedió lo mismo —le aseguró ella—, pero aun así han pasado esos quince años...

—Debemos continuar paseando, ¿no te parece?

—Me parece una buena idea. Seguiremos andando, conversando y veremos hasta dónde nos lleva el camino. Y, por supuesto, no te escapas de contarme lo del Enano ese, el pariente de mi cuñado. Empieza.

Capítulo 50

La cocinera Concha y su ayudanta Pepa

Guillermo hizo ímprobos esfuerzos para calmar a Concha, la cocinera, mientras don Casto permanecía en una silla, apartado de ellos, en completo silencio. La mujer decía que sufría de taquicardias, y Dolores, la sirvienta, le aseguraba que era cierto, que desde el instante que supo que un inspector de la policía hablaría con ella, se agarraba el pecho e insistía en que el corazón se le iba a salir por la boca. Ella era así, y nunca se había visto en otra igual. Lo cierto era que nadie del servicio se había visto envuelto en nada parecido, menos aún un asesinato que, para más inri, no era de uno cualquiera, sino del señorito don Paco Pizarro y Pizarro. Estaba perfectamente justificado que la cocinera sintiera que el corazón se le salía a ratos por la boca.

—Cálmese, señora. Solo serán un par de preguntas. Además, usted no tiene de qué preocuparse, créame. —Las habilidades persuasivas de Guillermo no resultaron muy eficaces con la cocinera.

—¡Ay, Dios mío! ¿Por qué a mí? Si yo no vi nada, ni al señorito acostarse, ni muerto ni nada de nada —exclamó Concha alterada—. Yo solo tenía ojos para el guiso de venado y, mire usted, qué mala suerte, que la señorita Adela me echó la culpa de que el señorito se indispusiera. Yo le eché al guiso lo que ella me dijo. Yo no vi nada, señor policía —insistió.

—Terminaré pronto, señora, se lo prometo. Dígame si observó algo extraño, por pequeño que fuera, antes o después de la comida, solo eso. ¿Qué recuerda?

—Nada, señor, no vi nada, se lo puedo jurar —insistió con

rapidez—. Bueno, eso sí, vi a doña Adela trastear por la cocina, como siempre, disponiendo, mandando y poniéndonos nerviosas a todas. Todo lo controla, hasta el agua que quería el señorito, que tenía que ser ella y nadie más quien le llenara el vaso de la jarra. Pero esto no se lo contará a ella, ¿verdad? ¡Ay, Dios mío!, ¿por qué diré nada? Si lo mejor es estarse calladita, que por la boca muere el pez y a mí me mata doña Adela si se entera de que he abierto la mía.

—Ya está, señora, cálmese —insistió Guillermo, perdiendo la paciencia—. Casi hemos terminado.

—Gracias a Dios, hijo, que ya me noto el corazón en la garganta...

—Tranquilícese. Ahora llame a su ayudanta y habremos acabado.

La mujer se mostró contrariada; pareció no entender lo que el joven inspector le había solicitado y movió la cabeza a cada lado. Parecía negarse, y así fue.

—No, señor, no —espetó con seguridad—. Es que Pepa no puede declarar, y además tampoco vio nada. Estuvo todo el tiempo aquí conmigo. ¿Qué le puede aportar? Si no sale de la cocina desde que empieza por la mañana, bien temprano. Desayuna y al poco rato se pone con las patatas, las verduras, el guiso para los jornaleros, que llegan a las seis de la mañana y comen pronto... Y aquel día pues mucho peor, porque eran todos los señoritos de la familia los que comían. Estuvo a mi lado hasta que los gritos de Dolores nos hicieron temblar. Bueno, primero a mí y luego a ella, cuando se dio cuenta de...

—¿Por qué dice eso? —la interrumpió el inspector—. ¿Por qué a ella más tarde?

—Porque la pobrecilla es sordomuda de nacimiento. Hasta que no me vio temblar como un flan no se percató de que algo grave pasaba en la casa.

Guillermo enmudeció, igual que la chica, pero él de forma circunstancial. Cuando recobró el aliento, le insistió a la cocinera:

—Necesito preguntarle. Si a usted la entiende, hágale las preguntas que yo le formule y dígame lo que ella conteste. Y no

ponga obstáculos —la intimidó—, porque es posible que el corazón se le salga de verdad por la boca cuando doña Adela se entere de lo que acaba de decir de ella.

La mujer asintió con la cabeza tras la amenaza del inspector y se dispuso a llamar a su ayudanta, la sordomuda.

—¿Estás tranquila? —le preguntó el inspector a la joven, que paseaba su vista por la estancia, esquivando la mirada del policía.

—Dice que no mucho —dijo la cocinera una vez ella respondió.

—Eso ya lo he deducido al verla negar con la cabeza, señora —replicó el inspector—. Dime, ¿qué viste que te preocupara o llamara tu atención antes, durante o después de la comida?

La joven fijó su vista en la cocinera. Leía sus labios y sus gestos. Estaba cohibida, encorsetada de miedo o de preocupación; quizá se sentía frágil e impotente por sus propias limitaciones. Miraba de manera insistente a Concha, buscando en ella un refugio más allá de las preguntas. Guillermo sintió lástima, a pesar de que siempre había considerado que se trataba de un sentimiento despreciable.

—Pregúntele, señora —le dijo a la cocinera, que continuaba gesticulando.

—Dice que no. Que no vio nada y que nada la preocupó. Que solo me ayudaba en la cocina y que había mucho trabajo. Eso es todo.

—¿Lo dice usted o ha sido ella? —apuntó él en tono amenazante.

—Está nerviosa. Pobrecilla, no vio nada porque no tenía nada que ver. ¿No ve usted cómo está?

—Sí. Está como usted estaba, a punto de escupir el corazón por la boca. ¡Si al menos pudiera gritar! —indicó Guillermo señalando a Pepa—. Algo sabe y esconde esta joven, pero yo no la puedo entender. Tampoco a usted y su actitud. Solo una última pregunta que el comisario precisa que usted aclare: testigos aseguran que, antes de morir, don Paco manifestó mientras subía las escaleras que usted le tenía inquina desde hacía tiempo. Y parecía estar seguro de lo que decía. ¿Por qué lo dijo? ¿Qué

sucedió entre el señorito y usted?

La cocinera, a pesar del esfuerzo, mostró un evidente nerviosismo que no logró eludir.

—Nada, señor policía. No ocurrió nada importante. ¿A qué viene eso ahora? Cosas del servicio. Solo eso...

Las miradas del inspector y la cocinera se mantuvieron clavadas la una en la otra durante unos segundos. Ambos parecían retarse a ver quién la apartaría primero. La cocinera desvió la suya hacia un baldosín de la cocina.

—Bien, lo dejamos por hoy —indicó Guillermo—, pero me temo que el interrogatorio no queda cerrado...

El comisario, que no se había movido ni un ápice en todo el rato, le prestaba atención sin pestañear. El interrogatorio había sido difícil, complicado y con resultados inciertos y dudosos.

—Estoy orgulloso de usted, joven. Muy orgulloso —le dijo don Casto a Guillermo una vez abandonaron La Torre.

—No le entiendo, comisario. No he sido capaz de averiguar nada ¿y usted me dice que está orgulloso?

—No. Le he dicho *muy* orgulloso. Le explico: no ha averiguado nada, eso es cierto, como también lo es que está seguro de que algo esconden esas mujeres. ¿Y sabe qué es eso? Se llama percepción. Aprehensión de que algo existe, algo que usted siente y que está seguro de que está allí, aunque por el momento se le escape. Pero ese algo seguirá estando y volverá a intentarlo y no parará hasta saber qué es. Así que ya tenemos algo, joven.

—¿Qué tenemos, jefe? —preguntó confuso el inspector—. No le entiendo.

—Tenemos la inquietud, su inquietud de que algo se oculta, algo pendiente de descubrir, ¿le parece poca cosa?

Capítulo 51

El carnicero de Badajoz

Concha, la cocinera, aseguraba que el 36 era su número de la mala suerte. Había cumplido esa edad precisamente en 1936 y en esa fecha también vivió y sufrió la masacre de Badajoz. Sus padres, republicanos significados en Fuente de Cantos, fueron asesinados, como otros muchos hombres y mujeres, por mandato de «el carnicero de Badajoz», el teniente coronel golpista Juan Yagüe Blanco.

Los sublevados, a su paso por Fuente de Cantos, dejaron un reguero de sangre y un clima de extremo terror. Por donde pasaban los regulares moros, los pueblos extremeños aparecían en ruinas, devastados por vandalismo y violaciones. De sus padres Concha solo supo que, arrestados y hacinados en un camión con otras cincuenta personas, fueron fusilados por el camino. Los bajaban de diez en diez y en la cuneta los mataban. Un paisano testigo le dijo que murieron juntos y abrazados.

Fueron después a por Concha. Una hija de republicanos era una republicana, por lógica. Tuvo ella la suerte de tener un valedor que la salvó. El hombre, un comerciante entrado en años y de tendencias cambiantes según se terciara, abogó en su favor. Juró por su honor —eso dijo— que la hija nada tenía que ver con los pensamientos izquierdistas de sus padres. Eso sí, a cambio de tal sacrificio, el lascivo comerciante logró cumplir su sueño de hacía mucho tiempo: acostarse con ella. Durante días Concha sofocó los vicios ocultos y la ardiente necesidad del hombre, o eso murmuraban los que conocían la historia, hasta que un día consiguió escapar de allí. Salió una noche entre sombras y

escombros, y con un temblor en el cuerpo tan grande que temía hasta que se pudiera escuchar.

Caminó por una calle por la que sintió los pasos que seguro pertenecían a los rebeldes o, peor aún, a los regulares moros en rondas de vigilancia. No solían preguntar cuando percibían pasos o el más leve ruido de una respiración: tan solo disparaban y después comprobaban a quién habían matado. Sintió pánico y se escondió en un portal entreabierto. La divina providencia le mostró una puerta de acceso a una vivienda destrozada a golpes. Entró y se ocultó mientras los amenazantes pasos se perdían en la lejanía. Se sentó en el suelo de lo que pudo haber sido antaño un comedor y entre sombras comprobó que la casa había sido invadida, inspeccionada y destrozada por los nacionales. Mirando alrededor se convenció de que los propietarios habían sufrido la misma suerte que sus padres. Allí se mantuvo en silencio, forzando a su cuerpo para que no temblara. Pasaron los minutos, no supo cuántos, pero fueron muchos, hasta que el silencio se hizo dueño de la habitación y dejó de temblar por instinto.

Sin embargo, cuando había conseguido recuperar el ritmo normal de su respiración, escuchó un ruido sutil. La invadió de nuevo el pánico. Algo parecía deslizarse o moverse en la estancia y estaba cerca; lo percibía desde un rincón, desde donde sus ojos trataron de escudriñar la penumbra, forzándolos a descubrir aquello que producía esos sonidos inquietantes. Se sintió amenazada y la sangre le golpeaba otra vez las sienes, igual que un torrente desbocado a punto de desbordarse. Guardó la mayor quietud que pudo, esperando, quizá, a que la amenaza diera la cara y atacara. Estaba determinada a defenderse con uñas y dientes. Quería vivir. Necesitaba vivir.

Escuchó entonces lo que percibió como un gemido sordo y débil, y después otro más. Alguien sufría en aquel rincón de la habitación. Cambió el miedo por la angustia y se acercó hacia el lugar de donde provenía. El mismo torrente de sangre que hacía unos minutos parecía desbordarse se heló al contemplar de cerca, bajo una silla de enea destrozada y sobre un montículo de ropa sucia, un pequeño cuerpo que se retorcía. Los ojos enrojecidos del

pequeño ser parecían haber agotado hasta la última lágrima que le quedaba y su mirada se clavó en la de Concha, quien se mordió los labios para evitar llorar y delatarse.

Acercó entonces sus brazos hacia el pequeño cuerpo y el roce le produjo temblor y rechazo. Unos minutos después se dejó acariciar el cabello y consiguió alzarlo del suelo y abrazarlo, apretándolo contra su pecho. Los brazos de lo que era una pequeña rodearon el cuello de la mujer, aferrándose a él. Sintió el húmedo aliento y el pequeño quejido constante de la niña, que no tendría más de dos años. Había sido abandonada después de que sus padres fuesen apresados y, con seguridad, fusilados. La habían dejado con vida a su suerte, o quizá los regulares moros no se percataron de su presencia. La hubiesen matado, seguro, al igual que a otros muchos niños. Concha la recogió y cuidó desde ese momento, en el que la convirtió en su hija. Ella aseguraba, cuando se inquiría al respecto, que la pequeña era hija de una prima suya muerta en la guerra.

Cuando el tiempo pasó y la guerra también, la pequeña seguía sin pronunciar palabra alguna. Tampoco atendía a los sonidos, solo se comunicaba con Concha, con quien los años y el cariño hicieron posible que se entendieran con una sola mirada. Decían los médicos que la atendieron que podría haberse tratado de una sordera total sobrevenida, resultado de las ensordecedoras explosiones de las bombas de la guerra. Esa sordera le provocó la incapacidad de aprender a articular palabras; o bien había sido el terror que la pequeña había sufrido derivado en trauma, un trauma que la había hecho aislarse de todo aquello que la rodeaba, porque lo percibía como dañino, y no había encontrado mejor manera de aislarse que esa: no oír y no hablar.

Fue al finalizar esa misma guerra cuando Concha, con la ayuda de Dolores, la sirvienta, fue contratada en la casa de los señoritos Pizarro como cocinera, y su hija sordomuda, como ayudanta en la cocina.

La guerra escribió con terrible caligrafía la vida de muchos hombres y mujeres. A la niña de apenas dos años, y a la que Concha llamó Pepa, la castigó con un eterno silencio, privándole

de las caricias de unas palabras como también de poder refugiarse en una melodía.

Capítulo 52

Curro, el crápula

Hablar con Curro era algo parecido a mantener una conversación con un recipiente lleno de testosterona. El interrogado confirmó que el día del suceso se había dirigido hasta en tres ocasiones a la cocina, y una más al cuarto de baño de la primera planta. Sus dotes de conquistador (o, según como se viese, de depredador) habían avistado desde hacía algún tiempo la figura grácil y joven de Pepa, la ayudanta de la cocinera, una chica de diecisiete o dieciocho años y de piel perlada. En realidad, no sabía con exactitud su edad, pero le daba igual; un año más o menos no restaba nada a la pasión por poseer el húmedo secreto de una mujer que ya estaba en edad de merecer. Su intención era determinante, como también lo era la de Concha, la cocinera, que protegía a la joven con su vida (o así lo parecía); de todos era sabida en la familia la historia de la sordomuda y de Concha, que ejercía de madre de la joven.

Durante su encuentro, Curro sostenía con desafío la mirada de don Casto.

—¿Qué pasa, comisario? —espetó chulesco—. Intentar conquistar a una mujer no es delito, ¿o sí?

—No, claro que no. Solo me interesa lo que pudo apreciar en sus constantes paseos a la cocina de la casa.

—No fueron constantes, fueron tres.

—Pues eso. En esos tres.

—No vi nada especial, señor. Bueno, salvo el rostro amenazador de la cocinera a la segunda visita.

—Algo temería de su presencia allí —insinuó el comisario.

—Protección de madre, honesta y asustada.

—Respetable, ¿no le parece?

—Sí, pero exagerado.

—Debe ser que ya le conocen bien. Me refiero a sus dotes de don juan.

—Es posible, pero exageran —indicó Curro, restándole importancia—. Yo creo que sucedía algo más que mi simple aparición en la cocina. Algo que provocó ese nerviosismo... y no era yo. Estoy seguro. Fui el recurso oportuno al desahogo de Concha que nada tenía que ver conmigo, créame.

—¿No significaba usted una amenaza para la joven, a los ojos de su madre?

—Sí, pero le repito que algo más se cocía en la cocina. ¡Oiga! —espetó en una risotada—, qué frase más ocurrente, ¿no le parece?

Don Casto sonrió por compromiso y tornó a su semblante serio.

—Le diré algo respecto a esa amenaza que usted dice —añadió Curro, volviendo a su respuesta—. Me he acostado con la sordomuda más veces que dedos tienen mis manos. No habla, pero gime y se retuerce en la cama como ninguna otra. Concha lo sabe y calla intentando mantener una distancia de absurda moralidad. Soy un Pizarro, no lo olvide.

El tono con el que Curro pronunció aquellas palabras sí que resultó amenazante.

—Por eso le digo que aquel día en la cocina pasaba algo más que mi sola presencia. Subí al primer piso, al aseo, y al bajar la cocinera, a mi tercera aparición en la cocina, en la que estuve unos minutos, me echó de allí de la mejor manera que pudo. Decía que tenían mucha faena en la cocina y que yo estorbaba. Vi que la sordomuda lloraba mientras apretaba los puños. Pensé que discutían entre madre e hija y que mi insistente presencia era el motivo de la riña. La cocinera no soporta que su hija caiga en mis brazos cuando me lo propongo. Entonces la muchacha se volvió al fregadero y vi que continuaba sollozando mientras lavaba sus manos. Recuerdo también que en aquel preciso momento la tía Adela bajaba por las escaleras. Su mirada inquisidora y

recriminatoria hacia mí siempre es inconfundible y diría que inolvidable. De esa guisa, me marché al jardín.

—¿A qué hora salió de la cocina? ¿Lo recuerda?

—Aún no habían dado las 5:45, aunque no podría afirmarlo con exactitud.

—Claro, usted tenía la cabeza en otro sitio... —indicó con retintín el comisario.

—Lo que sí vi fue a mi primo Nicolás subir al primer piso poco antes de esa hora. Iría a mear, como todos.

—Dígame, ¿recuerda haber percibido, visto u oído algo extraño cuando subió al aseo?

El joven meditó unos segundos antes de contestar al comisario.

—Al pasar por el dormitorio del tío Paco escuché el crujido de las maderas del suelo. Me pareció el sonido de pisadas suaves sobre la tarima y pensé que el tío Paco estaba dando paseos por el dormitorio, pero no le puedo asegurar nada. Fue un instante.

El comisario permaneció en silencio, pensativo. Mordió el pisadientes de su pipa hasta que miró a los ojos del interrogado con dureza.

—¿Sabe qué pienso, joven?

—No sé, dígamelo.

—Que tiene usted un oído muy fino. Finísimo, y que ya lo quisiéramos tener la mayoría de los mortales. ¿Conoce usted el grosor que tienen las puertas de esa casa? Seguro que no. Le diré que son de castaño y gruesas. Muy gruesas. ¿De veras que escuchó al pasar frente al dormitorio no más de tres o cuatro segundos unas suaves pisadas en su interior? ¿Cómo de cerca estaba usted de la puerta? En cualquier caso, se detendría frente a ella, quiero creer, ¿o no?

El crápula titubeó lo suficiente como para permitir al comisario un asalto en toda regla.

—A ver, señor Pizarro —lo interpeló—, dígame con exactitud qué hizo para lograr escuchar esas pisadas suaves que menciona. ¿O acaso es solo producto de su imaginación?

Durante unos segundos las miradas de ambos hombres

quedaron clavadas la una en la otra. El rostro del joven delataba que había sido descubierto y determinó aclararle la situación, no sin defender su honor.

—No le he mentido y mi imaginación no da para tanto —afirmó Curro—. Le confesaré un secreto. Es un secreto a voces para mi familia: soy muy curioso y entrometido. Eso dicen todos y, según ellos, tengo la fea costumbre de escuchar lo que no debo ni me interesa. ¡Es cierto! Pego el oído en las puertas cerradas. Créame que no lo puedo evitar, es algo superior a mis fuerzas...

—¡Vaya! Por lo que veo, padece usted de indomables pasiones... ¿Quiere decirme entonces que aquel día pegó el oído a la puerta del dormitorio de su tío?

—Eso hice, con precaución de no ser visto ni percibido. En efecto, escuché crujir la madera y eran pisadas suaves. De pies descalzos, diría yo.

—Como bien ha dicho, serían de su tío, que paseaba por la estancia. Es posible que se sintiera mejor y más aliviado de pie que tumbado.

—Eso mismo pensé, pero no fue ese sonido lo que llamó mi atención, sino lo que escuché entre pisadas. Una voz que decía «asesino» y lo repitió de nuevo, «asesino». Inconscientemente, agarré el pomo de la puerta. No supe qué hacer en esos momentos, me quedé agarrotado. El pomo crujió un poco y entonces escuché un silencio al otro lado que me sobrecogió. Por un segundo pensé que la puerta se abriría con violencia y se asomaría la cara de mi tío, malhumorado. Fue en ese momento cuando escapé y me encerré en el aseo. No fui capaz de mear, se me cortó de la tensión —declaró el joven con cierto dramatismo—. A los pocos minutos salí apresurado por el pasillo y llegué a la cocina.

—¿Reconoció la voz de su tío Paco?

—Eso me pareció al principio, pero cuando se repitió la palabra *asesino* por segunda vez, dudé que fuera la suya. No se lo podría asegurar. Pudo ser una pesadilla del tío Paco y que hablara en voz alta —se justificó el hombre—. Las indigestiones provocan pesadillas, o eso decía mi madre.

—Podría ser... de no haber puñaladas de por medio —indicó

don Casto de nuevo con su sorna habitual—. Bien, creo que ya es suficiente por el momento, aunque es posible que vuelva a interrogarle. Gracias y cuídese.

—¿De qué? ¿De quién debo cuidarme?

—Por supuesto, de su curiosidad. Es peligrosa, aunque útil en esta ocasión. También de su pasión. No la menosprecie, pero tampoco se deje dominar por ella. Hágame caso, que soy mayor.

Capítulo 53

Nicolás padre

Ninguno de los presentes aquel día gozaba de una coartada tan incuestionable como la del tío Nicolás Pizarro. Todos en la familia sabían de su debilidad, aparte de su natural desapego al trabajo (lograr que permaneciera en la botica un par de horas por ausencia de su mujer ya era un triunfo, hasta el punto de que algunos clientes se sorprendían y le saludaban con afecto después de bastante tiempo sin verlo tras el mostrador). El hombre se justificaba esgrimiendo que él dedicaba mucho de su tiempo a la finca, pese a que todos sabían que el trabajo consistía en ir una vez al mes a visitar al arrendatario y cobrar el alquiler por la explotación de los terrenos. Sin embargo, la vagancia no era su auténtica debilidad; la que copaba la mayor parte de su tiempo era la bebida. A nadie extrañaba verle desde muy temprano en el mesón de Frasco, o en el bar de Facundo, o en cualquier otro establecimiento que tuviera buenas barricas de vino tinto.

El día de la fiesta familiar fue uno más en la vida de Nicolás, solo que la borrachera, en ese caso en concreto, le resultó gratis. Llegó a La Torre a las once de la mañana con sus tres hijos y sin su mujer, que se encontraba indispuesta y había disculpado su ausencia aquejada de migrañas. Lo cierto era que la boticaria estaba cansada y hasta el moño de cargar tanto con su marido como con la carga de vino de este después de cada fiesta, y había optado por no asistir.

A partir de la una del mediodía, aproximadamente, la pastosa lengua de Nicolás ya iniciaba una guerrilla con las palabras que intentaba articular con torpeza. Un poco más tarde, de camino al

comedor, el hombre ya desafiaba a la gravedad con sus torpes y zigzagueantes pasos. Inmediatamente después de comer, y bien cargado a esas alturas, determinó repantigarse un rato en un pequeño sofá que había en una salita junto al comedor. Solo cuando la deidad onírica Morfeo, guardián de los sueños, le zarandeó al escuchar los gritos de Dolores, Nicolás padre se sobresaltó y despertó de su plácida y habitual modorra ebria. En definitiva, el señorito don Nicolás no había visto ni observado nada, más allá de sus sueños.

—Sin lugar a duda, ha sido el interrogatorio más breve y menos comprometido, jefe —aseguró el inspector.

El comisario, tras escuchar a su ayudante, repasó las páginas de su libreta. Mojó el dedo índice con su lengua para ayudarse a pasar una página que se resistía y con el lápiz que sostenía la misma mano anotó: «Interrogatorio pendiente: los hijos de doña Encarna, viuda de Ladislao, y sus esposas». El único presente en la finca al que no habían entrevistado era el doctor Berruguete ya que su presencia se había reducido a una visita veloz en el aperitivo. Don Casto cerró la libreta, asegurándola con una gomilla, y tomó una bocanada de aire en profundidad.

—Bueno, joven, parece que en breve daremos fin a los interrogatorios, al menos a una primera ronda. Ya veremos hacia dónde nos conducen las conclusiones y qué contradicciones observamos.

—Puede que ninguna, que también es una posibilidad... —añadió el inspector.

—Alguna debemos encontrar, de lo contrario sería como reconocer que el autor del crimen no estaba entre los asistentes..., o bien que somos torpes y que el asesino nos supera en inteligencia. Decían en la escuela que todo crimen contiene una imperfección y que admitir el crimen perfecto sería tanto como reconocer la incapacidad del investigador para descubrirla. ¿Qué te parece?

—Me parece bien si a usted se lo parece.

—No tienes que hacerme la pelota, hijo. Hace tiempo que pasé de adulaciones y ya no engordo por ello. Tampoco adelgazo

—dijo dándose una palmada en el estómago—. ¿Sabes dónde puede estar el asesino de don Paco?

—No sé, comisario, no se me ocurre, así a bote pronto...

—Yo te lo digo. Es posible que se halle agazapado, esperando pasar desapercibido en el reloj de pulsera del difunto, en una gota de sangre sobre el cristal roto.

Capítulo 54

Las tijeras de Ana

Consuelo había decidido comprar unas tijeras de costura nuevas en Casa Rufino, tan solo que necesitaba que la señorita Antonia le prestara el dinero y después se lo descontara de su sueldo.

—Pero dime qué ha sucedido, Consuelo —le insistió Antonia —. ¿Para qué quieres comprar unas tijeras de costurera? Si a ti, lo de coser... Digamos que no es tu fuerte.

—No son para mí, señorita —le indicó la criada—, son para Ana. Es que esta mujer me va a volver loca ¡más de lo que ya está ella misma! Resulta que no encuentra sus tijeras y se le ha metido en la cabeza que se las dejó en la cocina, por olvido, el día que me ayudó con las cortinas. Mire usted que no se acuerda ni de lo que desayunó esta mañana, pero se le ha metido en la sesera que las perdió el día que estuvo aquí.

La joven y pálida sirvienta sintió la necesidad de seguir justificándose:

—Si la culpa es mía, porque para tranquilizarla le dije que sí, que a lo mejor se las había dejado en la cocina y que yo se las buscaría, por si las moscas. Y, precisamente, eso se le quedó bien grabado, porque, ¿sabe usted, señorita Antonia? Que hasta los más tontos no lo son tanto y se les queda aquí arriba —dijo golpeándose con el índice el cuero cabelludo— lo que más les conviene. Como no hay manera de convencerla de que aquí no están, termino con este martirio si le compro unas nuevas, señorita. ¿Dónde habrá podido meter esta mujer unas tijeras tan grandes?

—Cómprelas, Consuelo, y no se preocupe por el dinero. Yo las pago. Al fin y al cabo, las cortinas eran para mí.

Tras una breve discusión de las mujeres, Consuelo salió victoriosa, dado que no pagaría las tijeras con su sueldo. Fue entonces cuando Antonia recordó los comentarios que le habían llegado a través de su marido según el informe forense del asesinato de don Paco: no había sido un puñal o un cuchillo de cocina el arma homicida, sino algo parecido a unas tijeras de podar o similar. Alguien debía advertir al comisario sobre la desaparición de las tijeras de costura de Ana.

Inmediatamente después de que el comisario supiera de esta desaparición, el objetivo de los policías se centró en la búsqueda y localización de las tijeras, la presunta arma homicida y a las que nadie había visto ni prestado atención desde hacía días. Ana, por su parte, no aportaba pistas al respecto, más bien repetía sin parar que alguien se las había robado de su cesta de las labores, o bien se las había dejado olvidadas en la cocina de la señorita Antonia (el discurso cambiaba según le viniera bien a su frágil y golpeada memoria).

A causa de esta nueva información, la Guardia Civil efectuó un discreto registro por toda La Torre. Tras una primera intervención infructuosa, se intensificó la búsqueda, pero el arma homicida no apareció por ningún sitio. El pozo de agua no potable destinado a la limpieza y los aseos tenía poca profundidad y escaso nivel en aquella estación, por lo que se rastreó hasta donde se pudo, también sin éxito. Las tijeras habían desaparecido como por ensalmo.

Una cosa era segura para don Casto: las tijeras de la costura de Ana habían sido, sin duda alguna, el arma que había causado las heridas mortales al terrateniente. Que no aparecieran era un argumento sólido e incuestionable de su teoría. Debían encontrarlas; en ellas estaban la sangre del asesinado y, presumiblemente, las huellas del asesino.

Capítulo 55

Interrogatorio en casa de doña Encarna

La finca de doña Encarna estaba situada en Medina de las Torres, un pueblo cercano a Zafra. La familia casi al completo recibió a don Casto y a Guillermo en un salón repleto de torneados muebles barrocos (en aquella ocasión, el comisario se dejó acompañar por su ayudante). Una mesa rectangular, vestida de terciopelo verde, remataba la decoración con un mantel de encaje de Camariñas. La mesa se rodeaba de la familia: doña Encarna, tres de sus cuatro hijos (Juan, el único soltero, no estaba presente) y las tres nueras. Si la tristeza se pudiera pesar, aquella visión hubiera sido capaz de destrozar el fiel de cualquier balanza: juntos parecían componer un álbum de fotografías de difuntos.

—Procuraré ser muy breve —comenzó don Casto, quien se sentía observado por una docena de ojos—. Mejor dicho: todo lo breve que ustedes deseen. Basta con que me digan dónde permanecieron la tarde del crimen desde las cuatro y media hasta las siete y media y qué pudieron ver. Cualquier cosa que llamara su atención sería de ayuda. Sé, señora —dijo entonces dirigiéndose a la matriarca—, que usted no goza de buena salud y hoy particularmente se encuentra indispuesta.

—Así es, señor comisario. Sufro de una jaqueca desde primera hora de la mañana y no cede en ningún momento —le confirmó la mujer, mientras posaba la palma de su mano en la frente.

—Lo entiendo. Díganme, pues, y terminaremos cuanto antes.

—Como usted bien sabe, yo no pude acudir a la comida organizada por mi cuñado. Fueron mis hijos y dos de sus esposas, pero ellos poco o nada les pueden decir —indicó señalando

alrededor de la mesa—. Estuvieron toda la tarde en el jardín, hablando con sus primos, y no vieron nada en particular. Nada que llamara su atención, que yo sepa. Eso fue todo.

—Da la impresión de que fue usted la única que, sin estar, estuvo allí presente... —sentenció sin rodeos el comisario—. Si me permite, o son ellos quienes hablan, o los llamo para que declaren uno a uno en el cuartel de la Guardia Civil de Camino de Piedras. Lo que mejor les parezca.

La persuasiva propuesta del comisario desactivó la palabra de doña Encarna, quien optó por retirarse, alegando un empeoramiento de la jaqueca.

Por desgracia, poco más añadieron sus vástagos sin la presencia de la matriarca. Todos conversaron en un momento u otro con casi todos los asistentes y tan solo la esposa de uno de los hijos visitó el aseo de la planta superior, sin recordar el justo momento en el que lo había hecho. Esta misma aseguró que al subir por la escalera había tropezado con Pedro, primo de su marido, que bajaba. No concretó la hora exacta, ni tan siquiera estaba segura del propio dato proporcionado. Por su parte, Ladislao, el mayor de los hermanos, se mantuvo en silencio con un semblante adusto y grave.

Así lo apreció don Casto y así lo comentó a la salida con su ayudante, quien se puso de nuevo al volante del coche. El inspector mostraba su frustración con la carretera tras un encuentro que había resultado ser un interrogatorio inútil.

—Es cierto que Ladislao parecía preocupado, jefe, como sin querer hablar. Parecía que ocultaban algo. Era evidente que deseaban que todo terminara cuanto antes. Además, cuando la señora de uno de ellos comentó espontáneamente que había coincidido al bajar con un primo, no sé si usted se percató de ello, pero advertí una mirada de desaprobación por parte de Ladislao hacia la mujer, que juró no recordarlo con exactitud al instante.

El comisario asintió, escuchando con atención a Guillermo, que prosiguió:

—Pensé que todos habían acordado hablar lo menos posible. Vamos, no implicarse en nada de aquella tarde.

—Por la boca muere el pez —afirmó el comisario reclinándose en el asiento del copiloto.

—Estará de acuerdo conmigo en que la imagen de la familia en el salón era, cuando menos, pusilánime —continuó Guillermo—. Y una cosa es que la familia sea de esas de alcurnia y rancio abolengo, sobria y demás, pero algo muy distinto es que parezcan siempre recién salidos de un velatorio. De ese ánimo, ni su sobrada experiencia y más que reconocida perspicacia hubiesen podido extraer de ellos una declaración cuando menos aceptable.

El inspector parecía realmente exasperado.

—O en verdad no vieron ni percibieron nada destacable y que llamara su atención —concluyó—, o mintieron todos con una maestría digna del Lazarillo de Tormes.

—Hemos interrogado a siete personas y me retiré con la sensación de haber estado hablando con tan solo una.

Don Casto compartía la frustración del joven, pero en cambio él lo hacía desde una posición de perro viejo, analítica y tratando de buscar conclusiones.

—Todos vieron lo mismo o, mejor dicho, no vieron nada. Todos hablaron del mismo tema, en ningún momento apreciaron nada significativo o reseñable, ni se movieron del sitio hasta escuchar los gritos de la sirvienta.

—Es que le diré que incluso la señora que dijo haberse cruzado con el primo Pedro por la escalera aquel día se retractó acto seguido, esgrimiendo que no lo recordaba con exactitud, en especial tras la mirada amenazadora de Ladislao —añadió Guillermo—. Imposible sacarles alguna información más allá del guion que creo tenían ensayado. Jefe, ahí mandan doña Encarna y don Ladislao. El resto son la voz de su amo.

La carretera era un continuo serpenteado de gravilla y tierra amarillenta. El coche producía a su paso una cortina de polvo capaz de hacer desistir al más persistente y audaz de los perseguidores.

—Si te fijaste —indicó don Casto—, el menor de los hermanos

ni siquiera asistió.

—Le disculparon por estar aquejado de migrañas. Muy socorrida disculpa, ¿no le parece?

El comisario liberó la boquilla prisionera de sus labios y decretó:

—Quizá procuran que no hablemos con él. Seguro que es el más indomable, o menos comedido, y he ahí la razón.

Don Casto se incorporó del asiento y recuperó su libreta de dentro de la chaqueta.

—Bien, joven, ya sabemos lo que debemos hacer. Esperaremos a que desaparezcan las migrañas y hablaremos con Juan Pizarro, y con esto habremos acabado con la primera ronda de interrogatorios —concretó.

—¿Volveremos esta noche a la comisaría de Zafra, en vez de ir hasta Camino de Piedras?

—Sí, será lo más oportuno. Allí analizaremos lo que tenemos y veremos qué más podemos hacer. Además, hace muchos días ya que no veo a mi familia y así me resultará más fácil escaparme a casa.

—De acuerdo —contestó Guillermo acelerando la velocidad del vehículo—. Quitando la sensación de tiempo perdido de hoy, ¿tiene usted alguna primera impresión global?

—Tengo varias, joven. Alguna mejor que otra.

—Ya me lo pareció a mí aquel día...

—¿Aquel día? ¿A qué día te refieres?

—El que estuvimos cenando en el mesón y me quedé en el pueblo con usted. Estaba eufórico, jefe. Pletórico, lleno de sabiduría, o al menos eso aprecié... Por cierto, usted se comió casi toda la ración de ancas de rana, si me permite el atrevimiento.

—¡Ah! Fue aquel día... Cierto. Me refiero a lo de las ancas —rio para sí—. Es que en momentos de alegrías y de penas se me abre el apetito. Y mucho. Bueno, a decir verdad, siempre. Pero me temo que no tenía nada que ver con el caso, Guillermo. No te lo dije, pero mi único hijo terminó al fin la carrera de Medicina, era por eso. La noticia me llegó precisamente ese día. Siento haberte confundido, o haberte dado falsas esperanzas. Me sentía feliz, fue

solo eso.

—¡Y lo entiendo! Bueno, quiero decir que espero entenderlo algún día... ¡Y enhorabuena! Me resulta curioso... —musitó el inspector sin apartar la vista de la carretera.

—¿Qué te resulta curioso?

—Pues que usted sea policía y su hijo haya decidido ser médico, mientras que mi padre es médico y yo soy policía...

—Los padres no acertamos casi nunca. Deseamos que nuestros hijos continúen nuestra estela y, al final, cada cual decide su destino. Te pasará también, no lo dudes. Te agradezco la felicitación, pero esa confusión tuya no quiere decir que no tenga cierta aproximación o una hipótesis sobre lo que pudo suceder el día del asesinato de don Paco. Mañana, en comisaría y con más calma, hacemos una recopilación de todo lo que tenemos, extraemos las primeras conclusiones y de ellas obtendremos otras que, a su vez, nos proporcionarán otras distintas, seguro. Todo ello para que al final lleguemos a...

—¿A descubrir las imperfecciones del asesino, por ejemplo? —añadió el inspector.

—Exacto. Llegar a eso, como bien dices, no es otra cosa que alcanzar la perfección en la investigación criminal, como te decía. Nuestros ojos son lupas y nuestras orejas deben servir para algo más que oír. Todos nuestros sentidos deberán coordinarse y dirigirse hacia un único objetivo: ¿qué camino recorrió la mente del homicida hasta llegar a esa terrible decisión, la de matar? ¿Cuál fue su móvil? Y algo más morboso aún —indicó don Casto alzando el dedo índice—: debemos imitarlo. ¿Cómo lo hubieses perpetrado si fueras tú el asesino, Guillermo? Hay que ir al lugar del crimen y moverse en él, plantearse todas las hipótesis. ¿Por qué perder el tiempo fumando? ¿Qué buscaba en el cajón de la cómoda? ¿Colocó pistas falsas? Y después de perpetrar el crimen, ¿cómo hizo para escapar sin ser visto?

El inspector, con las manos aferradas al volante y sin apartar la vista de la carretera, asintió enérgico con la cabeza.

—La mayoría pensamos y calculamos con una lógica muy común, similar —añadió el comisario—, pero otros no. Otros van

más allá, retorciéndola hasta lograr la confusión del que observa al otro lado. Para esto último existe algo que no enseñan los libros, tampoco la técnica investigadora y ni siquiera las pruebas. Se llama olfato o intuición, como quieras llamarlo, y si lo sumas a la experiencia, que no es otra cosa que la suma de los errores cometidos en el pasado, más que la de los aciertos a lo largo de tu carrera, resulta una ventaja nada desdeñable. En fin, ya veremos... —suspiró dejando colar su acento gallego en cada una de las sílabas—. ¿Sabes qué me apetece en estos momentos?

—¿Tomar una cerveza...?

—No, me apetece dormir un poco. Si me lo permites... —le pidió reposando la cabeza en el asiento del coche y cubriéndose la cara con el borsalino.

—Se lo permito, comisario. Faltaría más. Ya le avisaré cuando lleguemos.

Capítulo 56

Un horrendo cuadro con un paisaje

Rosario era consciente de que su padre le ocultaba algo en referencia al notario de Madrid, algo que le afectaba, y se había propuesto averiguarlo. Era mucha coincidencia que tanto el nombre del notario que había conocido a «El Más Grande» y había otorgado sus poderes de representación como el del hombre de su confianza que los había recibido figurasen en la consulta de su padre, y que a este le resultaran desconocidos o no los recordase (ella tenía la extraña sensación de que le eran familiares, de algún modo u otro, y no era capaz de sacarse la espina de la duda). Estaba, pues, convencida de que algún gato estaba encerrado entre las cuatro paredes de la consulta, cuando menos; el espacio no era tan grande como para que un simple gato no se detectara, aunque solo fuera por los suaves ronroneos.

El doctor Berruguete no se encontraba en la consulta en el momento en el que Rosario entró por la puerta. La hija del médico tenía una disculpa en el supuesto de que este apareciera sin esperarlo: las pastillas que le había recomendado para el estómago le habían dado buen resultado y necesitaba que le facilitara algunas más. En su cabeza le pareció una buena disculpa y un buen argumento difícil de rebatir, por eso se sentía cómoda cruzando el umbral de la casa/consulta. Y si no resultaba como coartada y era descubierta, le diría la verdad, le plantearía sus dudas a la cara. «¡Coño! Que es mi padre», pensó.

Se encendió un cigarrillo mientras recorría la consulta con la vista. El humo desdibujaba aquello que miraba y a través de él observaba los títulos de su padre, cuidadosamente enmarcados y

colgados de una de las paredes: primeros auxilios, higiene en el trabajo, diplomado en enfermería, cirugía menor, seminario sobre enfermedades venéreas, auxilio al parto... «¡Santo cielo!», reconoció por primera vez en muchos años. Tanto estudiar para convivir a diario con fístulas, culos, pies, huesos, eczemas, vergas, y tener que soportar el mal aliento de alguien cuando observaba sus amígdalas. Vaya miseria de vocación.

Acabó de fumar y apagó el cigarrillo sobre un cenicero de cristal opaco para tirar la colilla a una papelera de alambre, bastante irreconocible y sucia (no quería dejar pistas de su presencia). Estaba a punto de marcharse cuando algo llamó su atención. Fue un recuerdo, una imagen cotidiana, vulgar. Una visión que siempre había estado allí, inalterable, y por eso le resultaba normal, porque nadie la percibía. No la extrañó ni tampoco la inquietó. Visible e invisible a la vez, Rosario se acercó a aquel cuadro con un horrendo paisaje que pretendía ser un óleo por cuatro brochazos de barniz con los que algún desaprensivo artista sin arte lo había cubierto. Lo habría visto más de mil veces (o quizá dos mil) allí colgado. Lo recordaba a la perfección. Un paisaje nevado y una pista serpenteante que llegaba hasta una casa de techo blanco, del que caían témpanos de hielo, y rodeada de puntiagudos abetos, también cubiertos de espesa nieve. Todo ello en Camino de Piedras, en Extremadura, como para olvidarlo.

Lo importante no era el llamativo cuadro, sino lo que Rosario supuso que había tras él: la caja fuerte de su padre. Dentro, de seguro custodiaba los documentos que le parecían más confidenciales y comprometedores. La combinación no suponía ningún obstáculo para ella ya que desde el buen día que su padre había extraviado el papelito donde la tenía anotada, solucionó el problema colocando una cinta adhesiva sobre la rueda, inmovilizándola, por lo que solo abría y cerraba la caja utilizando la llave.

Rosario conocía dónde guardaba la llave y, sin saber exactamente por qué, le invadió el nerviosismo; el mismo que le indica a uno que está a punto de descubrir un tesoro ansiado. Sí, aquel horrendo cuadro paisajista, imitador de óleo, custodiaba la

caja fuerte y con toda probabilidad se trataba de la puerta hacia el misterio que necesitaba resolver.

Sin más rodeos, separó el lienzo y vio la cinta adhesiva, color rojo, que cubría y aseguraba la quietud permanente de la rueda metálica. Se hizo con la llave en el cajón inferior derecho del escritorio de su padre. Dorada y desgastada, la cerradura cedió con la suavidad de una caricia y la gruesa puerta se abrió con lentitud permitiéndole ver su interior. Letras de cambio vencidas, un par de escrituras de la notaría de Zafra y, bajo ellas, un sobre color sepia.

La mujer no se demoró más y lo abrió: en su interior se encontraban otros dos sobres más pequeños y numerados. Abrió el primero y extrajo lo que parecía una carta; dos cuartillas de papel estaban cubiertas de letras. Las leyó y su contenido penetró en sus sentidos como dardos envenenados. Sintió cómo le comenzaban a temblar las manos conforme leía esa primera carta. Dobló de nuevo las cuartillas, metió el contenido de ambos sobres en su bolso. Nerviosa, se mordió el labio inferior para evitar el llanto. Sin más dilación, y tras guardar el sobre de color sepia de vuelta en la caja fuerte y cerrarla, salió de la casa con el único deseo de respirar aire fuera de aquellas paredes. Anhelaba un aire que no le recordara al olor de la consulta, a nada, ni a nadie.

Capítulo 57

Un par de sobres y una confesión

Abril de 1930

A mi hermano Paco,

No puedo vivir por mucho tiempo con esta carga. Dios me ha condenado a no ser libre jamás. Antes, encerrado por otros y por algo de lo que no me sentía culpable, y ahora por mí mismo, por lo que hice en un arrebato de ira y pasión.

Ella me seguía hasta el último rincón de la casa, de mi habitación. Me vigilaba, me hostigaba y me hacía sentirme sucio. Yo sentía cómo sus ojos acechaban en la oscuridad de la noche, observándome desde su escondite. Escuchaba su respiración agitada, entrecortada, esperando a ser testigo de cómo mis manos desahogaban mi excitación, como cada noche.

Y cada día, cada mañana, sin el abrigo de las sombras, me maltrataba con su retorcida conciencia, con su Dios, con sus vírgenes y santos, exigiéndome el arrepentimiento que noche tras noche vulneraba.

Pero aquella noche fue distinta. Sabía que, como muchas otras, me miraba lasciva desde fuera; aquella noche logré que entrara en mi habitación. Se vio forzada a interpretar su papel de moralidad intachable, ese que ejercía con el alba y moría cuando la noche asomaba. Intentó recriminar lo que ella también hacía a oscuras, culpándome, y escupió palabras de desprecio hacia mi persona y mi existencia. Yo sabía que su ira era el resultado de su éxtasis.

No soportaba más escuchar sus desprecios, el morboso

asco que la cautivaba y la acercaba a mí noche sí, noche también. En aquella ocasión me gritó, lo hizo como si sus gritos pudieran eclipsar la ciénaga en la que vivía. La golpeé, con energía, con mi fuerza de enano, y con la ira de los justos. Sin sentir culpa la poseí, ella estaba casi inconsciente (o quizá con la inconsciencia simulada). Pero yo tenía completa percepción de mis actos: la violé con fuerza, con mayor violencia de la que inflige un asesino. Deseaba destrozar sus entrañas, llenarla con mis sucios sentimientos. No despertó mientras tanto, o quizá yo no aprecié sus ojos abiertos. Por primera vez en años, mis manos no se llenaron de mí. Fue entonces cuando sentí miedo y hui.

Poco tenía que pudiera acompañarme. Mis papeles escritos con mi vida, una historia tenebrosa y manchada con borrones de tinta y grafito que mis lágrimas se empeñaron en resaltar. Eso cargué, el resto se quedó atrás. Me fui solo, al abrigo de la noche, y con un compañero de viaje que no me abandonó jamás: la pesadumbre.

Me arrepiento de haber forzado a mi propia hermana, pero no de haber violado a mi verdugo. Sois culpables de lo que hice, quiero que lo sepáis y que carguéis con ello para siempre. A pesar de vuestras confesiones y aparente moralidad, a pesar de vuestra aparente fortaleza y vuestra tiranía..., no es otra cosa que la máscara que oculta vuestra debilidad.

ANTONIO

Rafael respiró con profundidad, exhalando todo el aire de sus pulmones poco a poco. Rosario determinó enseñarle su descubrimiento y lo miraba con los ojos abiertos de par en par, esperando una respuesta a lo que había leído.

—Esto es mucho más de lo que podía imaginar —dictaminó él al fin, visiblemente afectado—. ¿Por qué tiene su padre esta carta?

—No lo sé. Hay otra más que no me atreví a leer, es la que lleva anotado el número dos.

—Deberá volver a ponerlas en la caja fuerte, Rosario. Su padre podría echarlas en falta y...

—No lo creo —lo interrumpió la mujer—. Dejé el sobre sepia con unos papeles en blanco dentro, por si la abre. La carta tiene más de veinte años, ¿para qué querría leerla ahora?

—Tiene razón —asintió el periodista mientras abría el segundo sobre con la siguiente confesión, que ambos se dispusieron a leer en silencio al amparo de los ventiladores de la desértica cafetería.

Julio de 1932

Para mi hermano Paco,

A pesar del desprecio que me rodeaba —el tuyo, el de los demás, y también el de nuestro padre, a quien amordazaste, alentando su silenciosa enfermedad terminal para ocupar su lugar en la familia como lo hace un tirano—, alguien me quería y lloró mi marcha porque conocía de la injusticia de aquella casa. Esa persona fue mi único enlace con lo que allí sucedía y fue la que me hizo conocedor de vuestro crimen..., de tu crimen.

Mi hermana quedó embarazada de mí, de un enano. ¡Qué desacierto de esperma enfermo! ¡Y de su misma sangre, para más inri! Sé que organizaste la boda de Adela sin demora con aquel novio de baja estirpe y desconocido linaje. Diste tu bendición a una unión que aseguraba evitar el escándalo, y después ya se vería. El crío bien podía ser el resultado de aquel matrimonio, el cálculo de los meses de gestación se apañaría de alguna manera, con la explicación de un parto prematuro, ¿por qué no?

Pero había algo que jamás lograría ocultar aquella farsa: la probabilidad de que el niño naciera enano y deforme, como yo. Era un riesgo importante, y más que probable que se diera. ¿Qué sucedería entonces? La verdad pasaría de boca en boca, convirtiéndose en escándalo: la depravación de la familia más moral y religiosa de Extremadura. El apellido Pizarro arrojado a las cloacas. El incesto incluso podía significar la excomunión.

Convenciste a Adela para que abortara aquel fruto incestuoso del pecado. Te fue fácil. Urdiste un plan para acabar

con la vida a los tres meses de embarazo. Además, contabas con el cómplice perfecto. Lo compraste, como haces con todo, con el dinero del chantaje y de los favores. El esposo de Adela tuvo la gran suerte de fallecer repentinamente. Es posible que mi hermana le confesase toda la verdad antes de abortar. Pobre hombre, que ya se veía jugando con su vástago en el salón de la casa y comprando los juguetes de cumpleaños. Su corazón no lo pudo soportar. El hijo, su ansiado hijo, era fruto de la violación de su cuñado deforme a su mujer. Un ataque cardiaco cercenó para siempre sus ilusiones.

Te escribo para que tu conciencia recuerde siempre que asesinaste a un inocente que jamás engendré. Sí, Paco. El desgraciado no era hijo mío. Soy estéril. Siempre lo he sido.

Algún día deberás decirle la verdad a tu hermana y confesarle todo esto que te digo. Mi esterilidad no perdona mi pecado, pero sí agrava el tuyo, hermano.

ANTONIO

Solo ellos ocupaban una mesa en un rincón del saloncito, junto a la barra vacía del local. Rafael volvió a plegar con cuidado la cuartilla por sus dobleces marcadas y, al hacerlo, percibió un difuso color azul en uno de los bordes. No le prestó mayor atención y retornó el papel a su sobre.

—¡Vaya familia, Rafael! ¡Y vaya con la tía Adela! Necesito fumar —dijo Rocío con ansiedad en la voz, hurgando en el interior de su bolso.

Por fin encontró la pitillera. Encendió un cigarrillo con una cerilla que apagó con movimientos bruscos de la mano y exhaló una bocanada de humo que los ventiladores se ocuparon de dispersar.

—Es un buen artículo, ¿no le parece? —añadió entonces.

—Sí lo es. Pero, de momento, la coincidencia de «El Más Grande» con el Enano de la familia no está demostrada.

—¿Qué más necesita usted? Yo lo veo muy claro: las historias que cuenta el escritor en sus libros, ¡que hasta los nombres de los

poderes y de los personajes coinciden! El notario, los papeles en la consulta de mi padre, aquí, en Camino de Piedras...

—La historia de ese pasado es terrorífica y extraordinaria al mismo tiempo. Reconozco que todo es muy extraño, y que las coincidencias están ahí, sin duda, pero la gran historia, el gran artículo periodístico, está en demostrarlo todo con pruebas. Y nos falta la evidencia irrefutable de que Antonio Pizarro es el personaje de las novelas de «El Más Grande» y de que tanto él como el autor son la misma persona.

Rosario dio una una nueva calada con indignación a su cigarro.

—Lo siento, Rosario, pero nuestra imaginación o cuatro coincidencias de nombres y datos no son suficientes, como tampoco lo son las ansias de que todo esto se transforme en realidad, así, sin más.

Con la intención de tranquilizarla, y en un gesto posiblemente atrevido, Rafael posó la palma de su mano en el brazo de Rosario para transmitirle la confianza que depositaba en ello al respecto. Se trató casi más de un gesto de convencimiento que de otra cosa.

—Creo que usted tiene un papel importante que asumir y, como todo lo importante, es difícil. Debe hablar seriamente con su padre. Ha de conseguir que le diga la verdad en torno a esas cartas y su relación con los nombres que descubrió en su consulta. Es la clave de este misterio, o al menos forma parte de ella, créame.

Ambos se miraban en silencio. Las cartas les habían impactado.

—¿Sabe qué pensé por un momento? —dijo Rafael. Rosario levantó la mirada—. Es algo que podría desilusionarla, y a mí también, se lo aseguro. Pero podría ser una probabilidad que cuenta con muchos factores a su favor: que el escritor, «El Más Grande», había conocido en algún momento al Enano. Supo de su historia y de su desgraciada vida por él mismo y llenó folios con ella.

Sin mediar palabra entre ellos, se trasladaron a los momentos vividos veinte años atrás. La gran tragedia de un ser humano que tuvo la mala fortuna de nacer en una familia despojada de moral y

revestida de una religiosidad de pantalla. El seno de una familia cruel, porque no hay mayor crueldad que aquella que se adorna con la virtud. Entre todos lograron transformar a un hombre bueno en otro distinto. Porque, pensaron, que ningún hombre nacía ya malo: o bien se hacía, o bien lo hacían así. Ambos imaginaron la huida desesperada de Antonio y los largos días que la sucedieron, escondiéndose del resto de los hombres para evitar que lo mirasen como lo hacía su familia (o peor aún). La escapada, la llegada al circo..., lo pensaron dando por hecho que los acontecimientos narrados por «El Más Grande» fuesen ciertos.

—¿Qué piensa usted, Rosario?

—Que hablaré con mi padre —sentenció ella—. Debo hacerlo, aunque consiga enojarle por haber hurgado en su intimidad. ¿Necesita conservar usted las cartas?

—Las necesito tener al menos un día. Las releeré, transcribiré e intentaré extraer algún dato que nos ayude. No creo que su padre note su ausencia después de tantos años, como bien indicó usted antes. Además, dejó el sobre abultado, ¿no? —apostilló el periodista.

—Sí, no creo que descubra nada, al menos hasta que hable con él. Quédeselas y no se las enseñe a nadie, ¿me entiende? A nadie.

—Cuente con ello. Otra cuestión —añadió el periodista—: ¿hablará usted con Antonia? Ella está igual de involucrada que nosotros en este asunto.

—Cierto. Debería hacerlo, pero me inquieta porque cada vez somos más los que conocemos la historia, o parte de ella.

—No la comprendo, Rosario. ¿Quién más la conoce, además de nosotros y su nueva prima? —se extrañó Rafael.

—Me consta que Antonia lo ha comentado con Alfonso, para empezar. Además, ¿no estuvo usted con su querida María? ¿O fue acaso capaz de guardar el secreto? Es fácil adivinar que no pudo resistirse a la tentación de intimar con ella, y qué mejor manera de hacerlo que compartir algo muy reservado que jamás le diría a otra persona que no fuera ella, claro. Rafael, el amor es ciego. En ocasiones, tonto; tanto como para compartir un secreto. Y así es

como deja de serlo de inmediato.

El periodista no pudo ocultar la culpabilidad en su rostro.

—No se lo tomo a mal, créame, pero si desea un artículo en exclusiva para su periódico, deberá ser más reservado. ¡Y no debería ser yo quien se lo dijese!

—Tiene usted toda la razón. Y sí, es cierto que se lo conté a María, pero de manera superficial...

—Ya, y Antonia le habrá contado el resto, seguro.

—Le agradezco su preocupación por la confidencialidad de mi artículo y por mí, pero, al margen de la curiosidad natural, ¿qué le impulsa a usted a descubrir este misterio? Quiero decir, ¿qué beneficio saca usted, Rosario? Lo estaba pensando y, la verdad, le proporcionará más perjuicios que ganancias, estoy seguro. ¿Por qué, entonces, se involucra tanto?

—Usted no lo comprende, Rafael. La razón son trece años de mi vida, trece grises años —le respondió ella.

—No entiendo...

—Es fácil. Trece años inútiles formando parte de la familia, soportando la falacia y el desprecio del viejo. Él, que era poseedor de la virtud y la honestidad. Trece años encajando su repugnante moral y sus desprecios sin respuesta alguna por mi parte. Trece años de fingida indiferencia son muchos años como para dejarlo pasar. —Las palabras de Rosario iban cargadas de ira en cada sílaba—. Tan solo quiero que todos sepan la verdad que se esconde en esa casa, la casa de los Pizarro. Solo eso, Rafael. Para mí no es poco. Su artículo es mi carta de garantía, mi aval de que eso suceda. ¿Lo entiende ahora?

Rafael asintió.

—¿Hablará con su padre?

—Sí. Lo haré cuanto antes, se lo aseguro. Pierda cuidado.

Capítulo 58

Interrogatorio al primo Juan

A Juan lo único que realmente le gustaba del campo era pintarlo sobre un lienzo. Era un aceptable paisajista y retratista al óleo, una vocación de artista que le había conducido a cursar estudios de pintura en la escuela de Bellas Artes de Sevilla. Sin embargo, su aspiración se había visto truncada por la férrea oposición de su madre y de sus tres hermanos. La vida de todos los artistas era disipada, afirmaban con rotundidad (y casi al unísono) cuando él expresaba sus deseos. Su hermano mayor, Ladislao, erigido como el cabeza de familia tras la muerte de su progenitor a manos de la tuberculosis, insistía en que debía cursar estudios serios, ejercer una profesión real, y que la pintura habría de quedar relegada a un mero entretenimiento, para los ratos libres y poco más. Juan acabó siendo profesor mercantil, una carrera tan útil para llevar el negocio familiar como odiosa para él.

Sin embargo, la «sensibilidad» del hijo menor de doña Encarna se veía a leguas y ya se había manifestado en él desde bien pequeño. Porque así la llamaban en el seno familiar, «sensibilidad»; la gente del pueblo, en cambio, la etiquetaba con otro nombre. Sin ir más lejos, la inquebrantable amistad con su primo Francisco había dado pábulo a todo tipo de murmuraciones. Una relación enfermiza y contra natura, según decían las voces moralistas.

Fue a raíz de ser descubiertos por alguien del pueblo —al parecer había sido Eusebio, «el tonto del pueblo», quien los había pillado gozando una noche en la que ambos habían pensado que la oscuridad era su aliada— cuando a los pocos días Juan fue

agredido en una calleja por un par de hombres encapuchados. A las palabras de «a ver si con esto escarmientas, maricón», lo golpearon y patearon con violencia. Tras aquello, tuvo que guardar reposo durante quince días.

Nadie logró identificar a los agresores, pero Juan y su primo Francisco estaban seguros de que los hombres habían sido un par de sicarios enviados por alguien (ese alguien, según Francisco, se erigía en su mente como su tío Paco, quien habría encargado y pagado la paliza). No era una teoría descabellada: era seguro que le llegaban rumores sobre ellos dos y había tomado cartas en el asunto.

Las sospechas de Juan no eran infundadas, ya que en cierta ocasión había oído decir a su tío, mientras le miraba fijamente a los ojos, que el mejor remedio contra los vicios era el jarabe, pero no el de ricino, sino el de palo. La amenaza había ido dirigida a él, a ambos, y se había visto cumplida tras la férrea vigilancia a la que los había sometido don Paco. En consecuencia, raramente se podían ver a solas. Había sido Francisco, después de aquella paliza, el que había jurado que se las haría pagar al tío, tarde o temprano. Lo decía a boca llena en cada ocasión que se le presentaba y ante cualquiera.

El día de autos, de todos los vástagos de doña Encarna, Juan había sido quien más se había relacionado con el resto de la familia. Sus hermanos y respectivas esposas se mantuvieron juntos y prácticamente en el mismo lugar del jardín desde la sobremesa, tal y como habían declarado. En cambio, la facilidad de movimiento de Juan le había permitido coincidir con Francisco frecuente e intencionadamente.

Al ser preguntado por el comisario al respecto, Juan negó que hubiera subido al primer piso porque simplemente no había sentido la «necesidad» de hacerlo. Según su declaración, no vio ni escuchó nada que pudiera provocarle la más mínima inquietud. Declaró con franqueza que sus hermanos no se habían sentido cómodos durante la comida y que, en algún momento, pensaron excusar su presencia al igual que había hecho su madre, esgrimiendo su preocupación por el estado de salud de esta.

Finalmente su presencia evitó un cisma familiar visible: se veía que los negocios familiares estaban desquiciando a Ladislao.

Reconoció que se había visto, en parte, obligado a asistir a la comida y que, si bien no odiaba a su tío Paco, sí que le producía un cosquilleo en el estómago tan solo verlo. Era repugnancia, apostilló. A pesar de ello, y al contrario del resto de sus hermanos de rostros adustos y serios, él se había dedicado a pasárselo lo mejor posible. «Al mal tiempo, buena cara», esa era su filosofía ante la vida. Además, aquella celebración le suponía gozar de la compañía de ese alguien que compensaba sobremanera la animadversión que le inspiraba La Torre.

En la declaración destacó, de entre todas sus conversaciones y encuentros, su cruce con don Julián, con quien había coincidido durante unos pocos minutos. Había sido el propio Juan quien había provocado esa suerte de reunión porque se veía a distancia que el cura le esquivaba siempre que podía. Quizá le tenía miedo, o se lo tenía a sí mismo, pero Juan había percibido cómo le miraba de soslayo y procuraba mantener las distancias.

«Pobre hombre reprimido», afirmó. Sabía bien de lo que hablaba, y aludió a que él creía que, en realidad todo el mundo estaba reprimido de una u otra manera. Pero según Juan, el cura, además de intentar estar a bien con Dios, seguro que se veía vencido en ocasiones por su condición humana. Sin ir más lejos, declaró que se había confesado con don Julián unos días atrás con la necesidad de ser perdonado, aunque fuese para continuar pecando. Se atrevió a afirmar que, pese al disimulo del párroco, sabía que sus pecados le provocaban excitación; primero de todo porque el confesionario era un recinto pequeño y él tenía ojos, y segundo porque el cura escarbaba en detalles que, a juicio del propio Juan, para nada eran del interés de Dios, que todo lo sabe y todo lo ve. «Solo le interesan a él y a su libidinosa curiosidad».

Antes de que don Casto o Guillermo llegasen a inquirir al respecto, Juan admitió que había llegado a pensar que su última confesión había sido determinante en la decisión del párroco de marcharse del pueblo: «¿por qué no?», había concluido con una maliciosa sonrisa. No añadió nada más a la declaración, aunque

como nota final advirtió entre risas, tal y como habían hecho todos los demás, que su primo Curro rezumaba testosterona.

Capítulo 59

Dolores, la echadora de cartas

Rosario le confesó a Antonia que había acudido en un par de ocasiones a que le echaran las cartas. La primera había sido antes de casarse; llevaba poco tiempo de relaciones con Gonzalo y su interés era que le confirmaran si acabarían casándose. La segunda había sido al año de contraer matrimonio, intranquila como estaba por no quedarse embarazada, y no era por no hacer el amor con Gonzalo, no; el hombre cumplía con su labor a diario y, en ocasiones, hasta repetía. Rosario llegó a pensar que, gracias a rezar el santo rosario todas las tardes con su padre, se libraba de la pasión que Gonzalo le profesaba después de comer. Les preguntó a las cartas porque anhelaba saber si se quedaría embarazada pronto.

A las dos inquietudes de Rosario, Dolores, la espiritista y echadora de cartas de la zona, le contestó de manera afirmativa. Para afianzar el futuro que ya había augurado, eso sí, le impuso cumplir dos premisas: para que la primera se cumpliera debía encender una mariposa cada noche iluminando una foto de boda de sus padres hasta un día antes de su casamiento. Para la segunda, le dio una estampita de san Judas Tadeo, patrón de las causas perdidas. Después de hacer el amor se la debía colocar con la imagen pegada a su barriga y llevarla así, todo el tiempo, hasta la siguiente vez.

Dolores acertó con la primera —Rosario puso de su parte todo lo que pudo en los corrales de la casa, la verdad—, pero erró con la segunda. Lo de la estampita no le duró mucho, a decir verdad; a los pocos días el santo despintó del sudor y aquello parecía de todo menos la imagen de un santo. Decidió no pedirle otra estampita

por el momento, por lo que podía pensar la mujer de su efusivo uso, y optó por permitir que el destino actuara por sí solo. Meses después, Dolores le justificó el hecho de que no se quedase preñada por no haber continuado con la estampita pegada en la barriga, tal y como le había recetado. «Una promesa no puede romperse», repetía constantemente. Años después, un especialista compañero de su padre le confirmó que hubiesen hecho falta, además de muchas estampitas del santo, algún que otro milagro para que la mujer pudiera quedarse encinta.

—Bueno, al final Dolores atinó en un cincuenta por ciento —concluyó Rosario, intentando convencer a Antonia para que la acompañara en esa nueva ocasión.

—Yo no creo en esas cosas, Rosario —le apostilló su cuñada.

—¿Y creemos en Dios, al que no vemos y, lo que es peor aún, ni entendemos?

—Pero eso es distinto.

—Ya, claro —bufó la mujer—. Bueno, necesito ir antes de hablar con mi padre, créeme. Me tranquilizará saber cómo irá y necesito saber su opinión.

—No lo entiendo, Rosario, de verdad, pero si tanto insistes te acompañaré. Eso sí, con una condición.

—Di.

—Que diga lo que diga esa señora Dolores, hablarás de igual modo con tu padre sobre esas cartas de las que dices no poder revelarme nada por ahora. Prométeme que hablarás con tu padre si tan grave es, como aseguras.

—Te lo juro.

La casa de la espiritista y echadora de cartas se situaba a las afueras del pueblo. Los visitantes recorrían un pequeño huerto antes de llegar a la puerta de entrada. Al llamar, una mujer delgada, mayor, vestida de negro y de rostro asimétrico les abrió la puerta con una llana sonrisa y las invitó a sentarse en una mesa camilla redonda, cubierta por un paño azul claro salpicado de soles, lunas y estrellas.

Sin dilación, Dolores barajó un desgastado mazo de cartas españolas con unos torpes dedos, retorcidos por la artrosis.

—A ver, hijas, ¿qué necesitáis saber? No sé si ya lo sabéis, pero yo no hablo del futuro. Así que no me preguntéis por él, porque mi visión se nubla y las cartas no responden. Yo puedo ver cosas que sucedieron, y no siempre, solo cuando Dios quiere. También os puedo advertir de cosas que veo, si se da el caso.

Mientras hablaba, iba depositando bocabajo carta tras carta sobre la mesa de forma simétrica. Fueron once las cartas colocadas en total.

—Necesito saber algo importante —carraspeó Rosario—, algo que un familiar mío oculta por un motivo que desconozco.

—Piensa en él —le indicó Dolores—, en el familiar ese que dices. No apartes tu pensamiento de esa persona en ningún momento...

Antonia prestaba toda su atención a la espiritista, que eligió entonces una de las cartas sobre la mesa, le dio la vuelta y la dejó en el mismo lugar que había ocupado escasos segundos atrás: tres de copas. A continuación, hizo lo mismo con otra: tres de bastos.

—Niñas —dijo—, aquí veo mensajes de alguien. La primera habla de mensajes que alguien recibió y la segunda me dice que hay amor. Un amor muy grande, pero del tipo romántico. Es un amor fraternal —continuó mientras descubría un par más de cartas, el as de bastos y, a continuación, el as de copas—. Alguien abandonó el nido y se alejó mucho —sentenció.

Dos de copas, cuatro de copas, seis de bastos, seis de espadas, las cartas se fueron revelando.

—Veo fecundidad, un instinto animal y arrepentimiento de alguien torturado y débil. Las espadas simbolizan debilidad... —Giró dos de las tres últimas cartas que quedaban sobre la mesa—: Ocho de oros y nueve de espadas. Una reflexión anuncia que algo ocurrirá, algo que puede ir a peor, si Dios no lo remedia.

Dolores levantó la vista con intensidad.

—Es todo lo que me dicen las cartas. Ustedes mejor que nadie pueden saber si los mensajes descubren algo o...

—Resta una carta bocabajo —indicó Antonia, señalándola.

—Sí, es mi última carta, que solo se levanta si lo pide la persona interesada. Puede o no guardar relación con las anteriores... ¿Queréis que la descubra?

—Sí, por favor —respondieron ambas casi al unísono, absorbidas por la energía que transmitía Dolores.

—As de oros. Alguien triunfa o se aprovecha de todo esto —sentenció.

Capítulo 60

Una aclaración con Francisco

—Es muy probable que haya sido un malentendido, o puede que un olvido involuntario.

Así fue como comenzó la conversación entre el comisario, al que acompañaba su ayudante, y Francisco, el hijo de Cándida.

—Dígame, comisario.

—En su declaración, usted manifestó que subió al primer piso, al aseo. Concretamente, en una ocasión. Solo en una. Y fue en ese momento, recordará, cuando escuchó en los terrenos la voz del capataz que recriminaba a alguien..., ¿cierto?

—Cierto.

—Pero me consta, según mis fuentes, salvo que se trate de otro error, que usted subió al primer piso en una segunda ocasión, esta vez alrededor de las seis y media, es decir, casi cuarenta y cinco minutos después de la primera, y lo hizo acompañado de su primo Juan. ¿Va recobrando la memoria? Él tampoco lo manifestó en su declaración y dijo no ser consciente de haber subido al primer piso en ningún momento. No ser consciente no significa que no lo hiciera inconscientemente, ¿no le parece?

—Tiene razón —asintió el interrogado—. Puede que me olvidara de esa segunda vez... No sé.

—Y ahora que estamos haciendo el esfuerzo, ¿lo puede recordar? ¿Subió otra vez a esa hora que le digo?

—Sí, subí al mismo tiempo que lo hizo mi primo Juan. Él se ofreció a llevarle a la prima Rosario una cajetilla de tabaco que se encontraba en su dormitorio. Se había quedado sin cigarrillos y no le apetecía subir, o se encontraba indispuesta. Aseguraba que los

antibióticos que estaba tomando la dejaban muy débil. Desmadejada, decía. Por eso aproveché y acompañé a mi primo Juan con la excusa de volver al cuarto de baño.

—¿Excusa? ¿No visitó usted entonces el cuarto de baño esta segunda vez?

—No, no fui.

—Entonces, ¿adónde se dirigió? ¿Y por qué lo ocultó?

—Mire, comisario... —dijo con tono un poco menos amable—, mi vida privada es cosa mía. Entiéndame.

—Sí, claro que le entiendo. Y usted debe de comprender que el asesinato de su tío es cosa mía, y que cualquier conducta que aparente ocultar o disimular un hecho lo convierte a uno en sospechoso. A que ahora se entiende fácilmente, ¿verdad? Tanto usted como su primo Juan ocultaron, y estoy convencido que de manera premeditada, que ambos subieron juntos al primer piso. Por consiguiente, esta circunstancia los convierte en sospechosos. Sería conveniente, y sobre todo un apoyo importante a su presunción de inocencia, que me diga a qué subieron, por qué lo ocultaron y qué vieron..., si es que vieron algo, claro.

—Ya le dije que Juan se ofreció a ir a por el tabaco de la habitación de Rosario.

—¿Y usted?

—Yo quería estar con mi primo a solas. Los dos deseábamos pasar un rato en intimidad, aunque solo fueran unos minutos —dijo Francisco con honestidad—. Oiga, lo que le confieso, y a buen entendedor..., ya sabe usted, es grave. Como policía nos podría encarcelar por lo que le estoy diciendo. Entramos en la habitación de Rosario, cogimos la cajetilla de tabaco, nos abrazamos y nos besamos... Fueron diez minutos.

—Es suficiente —zanjó tajante el comisario—. Yo estoy aquí por un asesinato. El resto de los delitos del régimen no me interesan. Quiero decir, al menos en estos momentos. Sí le digo, si me lo permite, que fue pueril por su parte ocultarlo. En la declaración de Rosario ya constatamos con claridad que Juan se había ofrecido a subir por ella y que usted lo había acompañado.

—No crea que no nos torturaba la situación —indicó con un

tono de voz más grave, en confidencia con don Casto—, y no me refiero solo a nuestra pasional y furtiva escapada. Hablo de lo que escuchamos al pasar por la puerta del tío Paco. Alguien jadeaba y susurraba algo, como una suerte de ruidos sordos, lejanos e inquietantes. Diría que casi imperceptibles. Yo me acerqué a la puerta y entonces se hizo el silencio, al que siguió un leve crujir de las maderas del piso. Tanto Juan como yo pensamos entonces que el tío Paco estaba quejándose de su indigestión y que volvía a callar. Juan intentó abrir la puerta para comprobar el estado del tío, pero estaba cerrada por dentro. Como ya estábamos poniéndonos en riesgo, ya que imagino que a estas alturas sabe que al tío no le hacía la más mínima gracia nuestra «amistad», volvimos sin más dilación con el grupo y Rosario agradeció que de nuevo podía fumar. Eso fue todo, comisario.

—Bien —suspiró satisfecho Aneiros—. En esta, su segunda declaración, diré que usted y su primo subieron al piso de arriba a la par: él a coger una cajetilla de tabaco y usted al aseo una vez más. O simplemente que lo acompañó, qué rayos importará. En su regreso escucharon lo que me acaba de decir. ¿Su primo Juan dirá lo mismo cuando le pidamos que corrobore la historia en un segundo interrogatorio?

—Cuente con ello, comisario, porque es la verdad.

—El resto, su... relación y todo eso, no me interesa lo más mínimo, ni a mí, ni al caso.

—Gracias, comisario —respondió Francisco con alivio.

—Eso sí, no vuelva a mentir. Es un consejo.

Capítulo 61

En la comisaría de Zafra

La pared donde se instalaron el comisario y el inspector se cubría de una pizarra de grandes proporciones. Muchas tizas desgastadas, un paquete intacto por abrir y un trapo de borrar reposaban en un saliente de madera.

—Vete escribiendo, joven —ordenó el comisario a su subordinado—. A ver...

A medida que don Casto hablaba, Guillermo iba listando a mano los datos de manera esquemática con tiza.

—Día de autos: 28 de agosto de 1953. Asistentes a la comida: 20 personas, familiares y el cura. Presentes en la finca: 25 personas, incluido el servicio y el médico. Datos destacables de las declaraciones: acceso a la primera planta de casi todos los asistentes entre las cinco y las siete y media, en su mayoría para ir al aseo, el único utilizable de la casa. Coincidencias de horarios —don Casto levantó la vista y le hizo un apunte a Guillermo—, aquí confeccionaremos el cronograma.

Guillermo asintió y el comisario prosiguió.

—Pruebas de laboratorio científico: informe de fecha 8 de septiembre de 1953. Debajo del informe anota «datos aportados destacados», que te voy dictando: reloj de pulsera parado con hora aproximada 6:46, momento en el que la maquinaria dejó de funcionar por impacto en la esfera de cristal; sangre con dos grupos sanguíneos distintos en el cristal del reloj; igual resultado en un trozo de material desprendido; cabellos de mujer sin contrastar; restos de tierra; barra de labios; trozos de cerámica y uralita manchadas; cuatro huellas dactilares distintas en vaso de cristal;

cenizas de dos cigarrillos distintos, de los cuales contamos con identificación de la marca de uno de ellos y su coincidencia con otra muestra.

Don Casto le dio unos segundos a su asistente para que acabase de escribir y arrancó de nuevo cuando vio que este estaba preparado.

—Autopsia: informe de fecha 5 de setiembre de 1953. Datos destacados de la misma, ¡apunta! Arma homicida: tijeras de gran tamaño, de podar o de costura; la posición del cadáver indica que no hubo oposición a la agresión, ni forcejeos, lo que hace suponer que el primer impacto lo recibió directo al corazón, causando su muerte inmediata; las manos agarrotadas del difunto podrían significar un intento inicial de repeler el ataque, abortado en segundos por el primer golpe mortal asestado; la víctima no llegó a tocar al asesino; incógnita científica en cuanto al olor a orín del cadáver.

El inspector, a medida que el comisario dictaba, trataba de esquematizar todos los datos para que les fuesen útiles a un simple golpe de vista.

—Ninguna otra prueba pendiente de laboratorio. ¡Importante también!, sigue sin aparecer el arma homicida, que es clave para la resolución del caso. Móvil del crimen: ausencia de robo. Sin determinar hasta el momento.

El ayudante de don Casto acabó de anotar y se sentó al lado del comisario mientras observaba la pizarra llena de datos. Las últimas palabras que había dejado escritas, sin nada que las siguiera, fueron «reconstrucción de los hechos» y «primera hipótesis».

—Vamos allá, Guillermo —dijo el comisario, levantándose del sillón desde el que había observado toda la operación—. Yo soy el homicida. He decidido y planeado matar a don Paco, y de momento me inclino a pensar que soy un varón. Utilizo un arma que son unas tijeras que he sustraído previamente de la cesta de las labores de Ana, la costurera de la familia. Fácil, ¿no te parece? La pobre mujer no recuerda ni qué comió media hora atrás y, en el supuesto de que viera quién se llevó sus preciadas tijeras, ¿crees

que lo recordaría? Apuesto a que no.

—Sin duda —afirmó Guillermo, todavía sentado.

—Entro en el dormitorio donde la víctima descansa. Veo que está dormido. Me enciendo un cigarrillo para relajarme un poco y cierro la puerta por dentro por si entra alguien de repente. No lo consumo en su totalidad y, supuestamente, tiro la colilla por la ventana, que está entreabierta. Rebusco entonces algo en la cómoda, algo que es posible que encuentre y, acto seguido, con mi objetivo cumplido, apuñalo al pobre infeliz. Quizá es al contrario; quizá apuñalo y luego husmeo en la cómoda. De cualquier modo, después me aseguro de que está muerto. Quito el pestillo de la puerta y justo después escapo por la ventana. En el gesto rompo un baldosín del alféizar y me ayudo para descender del bajante que hay a la izquierda de la ventana. Pienso que es tan solo la altura de un piso, más o menos cuatro metros y medio. En la desescalada rompo parte de la uralita en la unión de dos tramos —don Casto apartó la vista de la pizarra para dirigirse a Guillermo—, esos fueron los trozos que recogimos del suelo y enviamos al laboratorio. Y ya tenemos una primera aproximación, una reconstrucción teórica. A partir de ella comencemos a extraer inexactitudes o elementos irracionales; todo aquello que llame nuestra atención y que, por supuesto, no cuadre en esta primera hipótesis.

Ante los primeros segundos de silencio de su segundo, el comisario lo interpeló.

—Empieza a divagar, Guillermo —le conminó—. Críticas a la hipótesis. No dejes ningún resquicio, por pequeño que sea.

—Vale —asintió el inspector—. Primero, reconozco plausible su teoría sobre la manera en la que el asesino escapó. Creo que no presenta dudas. De lo contrario, ¿cómo podría volver a salir por la puerta, presumiblemente manchado de sangre, y con el arma homicida en la mano, sin ser visto? Incluso en el supuesto de que nadie tropezara con él de casualidad en su huida de la habitación, el asesino tenía que pasar por el jardín, por lo que escapó por la ventana, con eso de acuerdo.

Observó entonces la pizarra de nuevo y se levantó.

—Presupone usted, entonces, que se trata de un varón o bien de una mujer joven y atleta, ágil al menos, cosa que no podemos descartar. De igual manera, debo pensar que algo se llevó consigo del interior de la cómoda entreabierta, como bien ha dicho. Ahora vienen las preguntas y las dudas: ¿cuál es el móvil? No se deduce de las declaraciones o pruebas nada indiciario. Incluso usted preguntó sin ambages sobre la herencia del difunto y tampoco resultó nada significativo de ello. Parece que la familia tiene ciertos resentimientos, pero ¿quién no los tiene? Siguiente pregunta —continuó sin pausa—: ¿Dónde está el arma homicida? ¿Cómo logró desprenderse de ella en tan poco espacio de tiempo? En cuanto a la cancela de la zona trasera, estaba cerrada con llave. ¿De qué manera la superó? Si el asesino era alguien de la familia, ¿cómo pudo incorporarse al jardín sin levantar sospechas con su ropa manchada de sangre?

—La cancela cerrada es un obstáculo si se está paseando, pero no lo es si lo que se intenta es escapar. No es alta y sí fácil de escalar —le interrumpió don Casto—. Continúa, joven. ¿Qué más hay?

—¿Por qué fumar en esos momentos? No lo entiendo. O se sentía muy seguro allí donde estaba o muy inseguro y necesitaba controlar sus nervios. Al menos, estamos casi seguros de que la colilla manchada de carmín no era del asesino, ¿no le parece? Estaría allí, donde la encontramos, por casualidad. También tenemos indicios de que perteneció a Rosario: nadie, salvo ella, utiliza esa marca de cigarrillos y es muy probable que fuera de algún paseo de cualquier otro día.

—De acuerdo, joven —volvió a interrumpir el comisario—, pero... de haber estado ya allí, de no creer el testimonio de que la colilla fue tirada desde la ventana, ¿Rosario la dejó caer sin aplastarla y sin consumir en su totalidad? Ya te dije que es un acto reflejo suyo. Si observaste a la mujer cuando fuma, siempre apaga el cigarrillo en el cenicero de forma compulsiva. De igual manera lo hace con el pie cuando lo arroja al suelo. ¿Por qué no en esa ocasión? Máxime cuando es una zona próxima a hierbas y hojas secas... Al menos es extraño.

—Cierto, jefe, reconozco que puede no ser habitual, pero convenimos que Rosario escapaba de toda sospecha. No subió al primer piso en ningún momento, todos en el jardín pueden testificar que estuvo en él de forma permanente, incluso mandó a sus primos a por más tabaco en vez de moverse ella, por lo que concluyo, en definitiva, que tanto el pintalabios en la mesilla de noche como la colilla manchada de carmín son irrelevantes en este caso. Pero entonces me pregunto: en el supuesto de que fuese el asesino el que fumara y hubiese dejado ceniza en la alfombra, ¿dónde dejó la colilla? ¿Salió realmente por la ventana, como declararon testigos, o nuestro asesino escapó por el bajante con el cigarrillo en la boca y se le cayó nada más pisar el suelo? De ser esto último una opción, ¿lo hizo además con el arma homicida y lo que sustrajo de la cómoda? Me parece arriesgado y absurdo...

Sin tiempo a dejar que el comisario recapacitase, Guillermo se dejó llevar por la lluvia de ideas que inundaba su cabeza a la par de daba pasos de un rincón a otro de la sala.

—Hay más: aun imaginando que el homicida fue alguien de la familia que entró por la puerta, la cerró por dentro durante unos minutos, cogió algún objeto de la cómoda, fumó y escapó por el bajante de la ventana una vez apuñaló a don Paco... ¡Ojo! Aun pensando que, además, hizo desaparecer el arma, las ropas manchadas y cualquier otro objeto... Aun así, no logro la respuesta a la pregunta de cómo puñetas lo consiguió. Y no solo eso: ¿se incorporó de nuevo al jardín con los demás?

La velocidad de las palabras del inspector iba en aumento.

—Y un detalle que hemos pasado por alto, comisario. ¿Qué intención le llevó a recostarse con la víctima? ¿Y en qué momento lo hizo, antes o después de asesinarlo? Le recuerdo su observación sobre el hundimiento del colchón justo junto al cadáver —señaló, agotado por su batería de deducciones y dudas, tomando asiento de nuevo—. Permítame otra hipótesis, comisario, la mía: ¿por qué no contemplar la posibilidad de que fuera alguien ajeno a la familia quien subió por el bajante, entró por la ventana, cerró la puerta para asegurarse y, después de matar a don Paco y apropiarse de lo que fuera, regresó por donde había entrado?

Podría ser una segunda conjetura, y que el hundimiento del colchón se debiera a que el asesino buscó el espacio más cómodo para apuñalarle. Junto a él, sobre la cama... Aunque, ahora que lo pienso —dijo para sí—, eso también pudo hacerlo un miembro de la familia Pizarro.

—Sabes que, de ser así, solo un par de personas pueden coincidir con ese presunto homicida que dibujas —le indicó don Casto, interrumpiendo sus pensamientos.

—Lo sé, comisario, lo sé. El capataz y el Tuerto, pero me vuelven las dudas de sus mentiras y de la posible alianza entre ambos. ¿Cómo podemos saber que permaneció en su casa todo el tiempo que dijo? La coartada mutua pudo ser un invento para eludir y ocultar la realidad, que ambos odiaban al señorito, y cada cual con su razón.

—Aunque no es imposible, joven, sí que es poco probable. Hay lagunas. El capataz es asmático, no fuma. ¿Quién lo hizo entonces en el dormitorio y dejó caer allí dentro cenizas? Recuerda que el cuarto estaba recién limpio de esa misma mañana... Además, sus botas son de goma y de suelas lisas. No acumulan tierra y son resbaladizas para subir por un bajante.

—Entonces el Tuerto. ¿Por qué no él? Todos conocían de sus amenazas y Pepe y el testimonio de la señorita Antonia confirman su presencia en la finca...

—Lo siento, joven, pero el escenario que dibuja parece demasiado elaborado para un perro ladrador pero poco mordedor como es el Tuerto. Parece un pobre hombre acuciado por la desgracia de su hija, incapaz de cometer un asesinato tan planificado y con el capataz de cómplice. Sí le imagino matando en un arrebato, espontáneamente y llevado por una desesperación irrefrenable. Así, sí. Hay algo más que se deja sobre el posible motivo del capataz en su teoría: ¿por qué matar a su señorito, a su gallina de los huevos de oro? Reconozco tan solo una cosa: serían los únicos que no tenían que esconder sus manchas de sangre. Bastaba con regresar a su *casuco* por el olivar.

—Mataron a su hijo, jefe, pudo hacerlo por venganza.

—No es suficiente, no. No fue don Paco quien lo hizo, y

compró su silencio con un cargo y con un salario por los que Pepe parecía agradecido. Piensa que, además, el capataz era consciente de que, a las órdenes de sus hijos, en especial de Gonzalo, todo sería distinto para él, que ya sabemos de la animadversión del señorito Gonzalo por el capataz —sentenció el comisario con convencimiento—. No, Guillermo. Aunque no es imposible lo que dices, lo descarto por el momento.

El inspector pareció abatido ante la sentencia de su jefe.

—De cualquier manera, muy bien, inspector, buena reflexión —añadió don Casto—, no es poco para empezar, y te has aventurado. Intentemos dar explicación a las dudas y respuesta a las preguntas partiendo de la base de que damos por bueno el *modus operandi* del asesino.

—De acuerdo, jefe.

—¿Sabes qué me llamó la atención desde un principio y a lo largo de todos los interrogatorios?

—Soy todo oídos, comisario.

—Me he preguntado más de una vez: ¿nadie escuchó gritar a la víctima? Es posible que sucediera lo que dijo el médico forense cuando aseguraba que, si el primer impacto fue certero al corazón, partiéndolo en dos, la muerte era inmediata, pero ¿y si no fue así?, ¿y si fue el último golpe asestado?, ¿nadie escuchó ni un leve grito de dolor?, ¿por qué no se defendió de su agresor? El forense informa de que sus uñas no contenían restos de tejidos ni piel, señal inequívoca de que no hubo defensa ni lucha. Tan solo de sus manos semi en garras... ¿de dolor quizá? Es muy posible que el tétrico forense tenga razón y que muriera en el primer segundo. No tuvo tiempo para repeler el ataque.

—No lo había pensado, jefe. También es posible que el primer golpe certero al corazón lo recibiera estando dormido.

—Por lo pronto, ya hemos averiguado el grupo sanguíneo y el RH de los asistentes y algo podemos descartar, aunque no es suficiente. El difunto era 0 negativo, el mismo que su hermana Adela. El grupo de la mayoría de los asistentes coincide con el A positivo, que aparece en el cristal del reloj. El hermano que empina el codo, Nicolás, es B negativo, y Concha, la cocinera, B positivo.

Los hijos de doña Encarna, la eterna enferma, son 0 positivo, salvo Juan, el pequeño, que es A positivo. Pedro, el veterinario, es A negativo, y Curro, el crápula, también es 0 negativo, como su tío Paco. El resto son A positivo, como te he dicho. Podemos descartar, en principio, a ocho de los asistentes si la sangre en el reloj que no coincide con la del difunto se la atribuimos al asesino o asesina. El cerco se estrecha.

Ambos suspiraron, pero el comisario no quiso pausar ni un momento.

—Pongámonos con el cronograma y anotemos ahora las subidas y bajadas del resto de los familiares al primer piso y las horas aproximadas. Con una lista reducida de posibles autores, gracias a la ciencia y la sangre, ahora tenemos que deducir con el resto de los datos. Sigue anotando, hijo.

Capítulo 62

1942. Once años atrás

Carta a José Manuel

Cuando terminé mi libro y quise publicarlo, mi buen amigo, el mejor desde aquel día que nos encontramos en aquella columna de la iglesia, durante la guerra, y me salvaste la vida, no sabía cómo hacerlo. Te pedí por favor, te lo rogué, que me ayudases. «Vamos a medias si consigo beneficios. También a medias si son miserias.»

Y tú, como buen amigo, me prometiste la ayuda que necesitaba. No abundaban más editoriales que aquellas dedicadas al enaltecimiento del régimen, a los laureles de la victoria o a una exacerbada oda a la religiosidad católica del pueblo y de sus dirigentes (o al revés).

Después de recorrer oficinas, despachos y salas con ruidos provocados por el persistente golpeteo de las teclas de las máquinas de escribir, llegaste a la editorial Biblioteca Nuevos Escritores. Dejaste el manuscrito y esperaste confiado la respuesta de la editorial.

Una semana después, recibimos una oferta. La editorial se comprometía a editar la obra con una tirada inicial de dos mil ejemplares. El editor jefe confiaba en el éxito de la publicación. Había que firmar el contrato de edición y explotación de la propiedad intelectual. Al júbilo inicial le siguió el temor de darme a conocer. Mario, el escritor que soy, no deseaba aparecer como autor; no me importaba mi nombre, fuese verdadero o falso. Me di cuenta de que me era indiferente, siempre que mi imagen

quedara oculta.

Un pseudónimo podía ser la solución. Y unos poderes que evitarían aparecer cuando fuera requerido. El apoderado —tú— daría la cara. Su cara. Porque no podía ser otro que José Manuel Casado Correa, mi fiel amigo. Fue entonces cuando viajamos hasta Madrid. Un notario de la capital nos garantizó la mayor confidencialidad, aunque solo fuera por la distancia. ¿Te acuerdas de la pensión en la que nos hospedamos? La Castiza, en la calle Lavapiés, n.º 42. La propietaria era cualquier cosa menos castiza.

Fue entonces cuando lograste que el notario, don Félix, un señor muy mayor que señoreaba una pajarita instalada en un cuello blanco, se acercara hasta la pensión ante la indisposición que adujimos que mostraba este poderdante para ir hasta la notaría, una excusa más para no ser visto. Fue allí a dar fe de la decisión de Mario Sierra, de mi decisión, la de «El Más Grande», de confiar en mi amigo toda mi vida civil y que este pudiera disponer de mi voluntad como si fuera la suya.

José Manuel, desde ese momento y ante cualquier circunstancia que me ha afectado, has actuado en mi nombre y representación. Gracias a eso no solo se acordó un contrato con la editorial, sino que el libro, mi primer libro, por fin se publicó bajo el pseudónimo de «El Más Grande». Pero el más grande, querido José Manuel, eres tú y, por si no lo había hecho todavía, tu amigo te da las gracias (por todo).

MARIO

PRÓLOGO A *LAS ALAS ROTAS*

Cuando escribía en mi habitación, sentía que estaba vivo. Aunque mi vida pareciera que quedaba sepultada en palabras y que solo resucitaría cuando alguien las leyera. Era mucho más de lo que siempre tuve.

¿Escondido tras unos folios escritos? No, amigo. Fue mi refugio. Eso significaban para mí. Un refugio es algo deseado. Ni el escondite ni la guarida lo son. Escribiendo, podía hablar con alguien imaginario. En

cierta manera conversaba con aquel que tarde o temprano leería mis líneas. Me parecía como un diálogo, aunque solo fuera un monólogo. Era un reconfortante sueño. Cuando abráis la primera página y comencéis a leer, desearía que sintáis que os he regalado mi sueño.

Primera edición: enero de 1942

Capítulo 63

La esposa de Ladislao

El comisario se cubrió la cabeza con el borsalino en cuanto puso el pie en la calle, en su salida de la pensión Tomasa aquella mañana. Se lo ajustó y, por primera vez, apreció que el otoño iniciaba su batalla para desbancar al verano. El calor había cedido con sutilidad y el nudo de la corbata no le molestaba como lo había hecho días atrás.

Había quedado con el alcalde y el comandante de puesto de la Guardia Civil en la casa consistorial. El alcalde estaba interesado en conocer de primera mano cómo iba la investigación y le rogó que acudiera a su despacho. Convocó igualmente al cabo Miguel, como responsable de la Guardia Civil, ya que con su presencia parecía que la autoridad quedaba reforzada (o al menos eso pensaba).

—Buenos días, señor comisario —escuchó la tímida voz de una mujer apostada junto a la puerta de la pensión.

—Buenos días, señora —saludó don Casto, intentando reconocerla.

—Disculpe la intromisión, no sé si me recuerda... —se disculpó ella.

—Sí, claro que la recuerdo —respondió él tratando de localizar el dato en su memoria—, nos vimos en la finca de doña Encarna... Usted es...

—Ella es mi suegra. Soy la esposa de su hijo mayor, Ladislao.

—Por supuesto. ¿Me hace el favor de recordarme su nombre...?

—Me llamo Carmen. Es normal que no lo tenga presente, es

una familia muy grande y nosotras, podríamos decir, pasamos desapercibidas. También es cierto que no aportamos mucho el día del interrogatorio, porque, la verdad, no había mucho que decir.

—Bueno, eso es cierto. Si no vieron nada, nada les resultó extraño y todo fue tan normal..., es lógico que hablasen tan poco. Pero... ¿quería verme por algún motivo?

—Sí. Necesito comentarle algo, pero caminemos en dirección al cementerio. Es un paseo que a esta hora de la mañana no es muy frecuentado. Mi marido está ahora mismo en La Torre negociando con sus primos. Yo me disculpé diciendo que necesitaba hacer algunas compras en Casa Rufino, ya sabe.

—¿Y qué negocia su marido con sus primos?

—No lo sé, es posible que guarde relación con lo que deseo decirle, pero eso ahora no importa.

—Usted dirá. Soy todo oídos.

—Seguro que usted, que tiene experiencia en interrogatorios y esas cosas, advirtió el otro día un silencio extraño de mi marido. Casi no pronunció palabra y...

—Es cierto —la interrumpió don Casto—. Pese a parecerme un silencio elocuente, contemplé que estuviese pasando por un mal día, o que al no haber visto ni escuchado nada anormal, no podía aportar nada a la investigación. Pero, para serle sincero, pensé que con toda probabilidad estaba ocultando algo.

Carmen detuvo el paso.

—No, no piense en eso —se apresuró la mujer a corregirle, pero enseguida su voz se tornó dubitativa—. Bueno, sí, algo sí es verdad. Quiero decirle que sí que ocultó algo, pero no se trata de nada malo. Lo que pasa es que lo del asesinato fue algo muy grave y todo puede complicarse, ¿me entiende?

—No mucho, la verdad. Si no se explica un poco mejor o profundiza... —indicó don Casto, reanudando la caminata.

—Mi esposo tuvo una discusión con su tío en la mañana de aquella comida familiar, no sé si usted ya tenía este dato. —El comisario asintió, y la mujer prosiguió—. Fue muy fuerte, según me dijo, y sucedió antes de que llegara toda la familia.

Casi a las puertas del cementerio, un banco protegido por la

sombra de una morera los tentó a sentarse y descansar mientras continuaban con la charla.

—Rara es la familia que no discute por algo —anotó el comisario—, y no por ello acaban matándose. Créame que esto último no es lo habitual. ¿Por qué no me lo dijo su esposo?

—Sintió temor de que alguien pudiera relacionarlo con lo sucedido. Bueno, usted en particular.

—Ya, es posible que así fuera. Lo que me gustaría saber, señora, es por qué me lo cuenta usted ahora.

—Porque Ladislao es inocente y porque mantener en secreto lo que sucedió es absurdo si esto lo va a poner en riesgo o convertir en sospechoso —indicó, apresurada, con preocupación—. Estoy convencida de que alguien pudo escuchar la discusión. Los gritos se pudieron oír fuera del despacho...

—Eso es cierto. En efecto, tanto el primo Gonzalo como doña Adela, que estaban en la casa en ese momento, reconocieron haber escuchado gritos que procedían del despacho de don Paco. Así consta en sus declaraciones. Entre esa información, y su quietud en el interrogatorio, le confieso, Carmen, que la suma me hace sospechar de su marido.

—Él no lo hizo, se lo juro —insistió ella—. Sintió miedo y optó por no decir nada... Fue un estúpido error por su parte.

—Estoy de acuerdo con eso último que dice, aunque solo sea porque el hecho de que ocultar algo ya denota una intención. Un error que, con un crimen de por medio, se puede convertir de manera inevitable en una gran sospecha.

La esposa de don Ladislao asintió en silencio, consternada.

—¿Sabe usted qué le dijo su marido a su tío en el fragor de la discusión?

La mujer apretó los labios y negó con la cabeza.

—Yo sí que lo sé: «si te atreves a hacerlo, juro que soy capaz de matarte». Eso dijo con voz clara y fuerte, según el testimonio de los dos familiares.

Carmen cubrió su rostro con ambas manos y una voz entrecortada salió de sus labios:

—Él no sería capaz de algo así. No es posible. Además, estuvo

conmigo toda la tarde en el jardín...

—¿Toda la tarde? ¿No se separó de usted ni un instante?

—Bueno, es posible que sí, que en algún momento se integrara en otro grupo de primos o que subiera al aseo. No lo sé con certeza, pero no fue por mucho tiempo..., o eso me pareció.

Dubitativa, la mujer rompió a llorar.

—Tranquilícese. ¿Sabe que no he logrado averiguar el motivo de la discusión? Al parecer Gonzalo y doña Adela lo desconocían, o eso dijeron. ¿Es posible que usted me pueda aclarar algo?

—Después de la guerra —comenzó a decir mientras secaba las lágrimas con un minúsculo pañuelo, que extrajo de su manga— el tío Paco ayudó a recomponer la finca. Estaba esquilmada y la liquidez de la familia era escasa. Gracias a su ayuda y a créditos hipotecarios, la tierra comenzó a producir. A cambio, el tío Paco entró a formar parte de la sociedad familiar con una importante participación, no sabría precisarle en qué porcentaje. Sin embargo, hace algún tiempo algo lo empujó a querer vender su parte, estaba obsesionado con ello. Y la familia desea comprarla —anotó Carmen con efusividad—, pero las exigencias del tío no eran asumibles. Quería el capital de una sola vez. Lo último que sé es que los amenazó: de no aceptar sus requerimientos, vendería su parte a un hombre muy interesado y extraño a la familia. Y eso hubiese sido terrible, parte de la finca en otras manos...

Más calmada, Carmen tomó aire y guardó de nuevo el pañuelo en su manga.

—Aquella mañana el tío planteó un ultimátum: si no se le entregaba el pagaré por el total, después de la fiesta vendería su parte. Ese fue el motivo de la discordia. No conozco más detalles... Solo sé que ya tenía la venta prácticamente la apalabrada.

—Perdone que la interrumpa, pero por lo que me cuenta el móvil está claro —espetó el comisario—. Lo ve, ¿no? Lo cierto es que la muerte de don Paco abortó la operación.

Carmen se cubrió el rostro con las manos, desesperanzada.

—Le diré algo, señora. Como sospechoso, su marido ha pasado a un segundo nivel. —Ante estas palabras, la mujer se destapó la cara y lo miró con sorpresa—. ¿Sabe? Normalmente el

que tiene intención de matar no suele anunciarlo. Lo hace y punto. ¿Para qué descubrirse? Las amenazas que se anuncian a gritos no suelen llevarse a cabo después, se perpetran en el momento de la ira. Salvo la venganza —anotó don Casto—, que suele tener un periodo intermedio de tiempo hasta que se lleva a efecto. Se trata de una teoría, pero acertada.

La mujer respiró aliviada y relajó su posición sobre el banco, a lo que el comisario añadió con premura:

—No descarto de manera definitiva a su marido como sospechoso, téngalo en cuenta, pero no va en cabeza. No por ahora. Así que váyase tranquila y, eso sí le pido, no le diga nada de momento. Ya veré la forma de que sea él quien me cuente todo esto... Y gracias por su sinceridad, ha sido de gran ayuda, señora.

—Debo marcharme —se excusó ella entonces, incorporándose y alisándose la falda con las manos—, se ha hecho tarde y no quiero despertar sospechas en mi marido. Muchas gracias, comisario.

El hombre, de pie junto al banco de madera, observó cómo la mujer volvía a paso ligero al centro del pueblo. Pensó que, si bien era cierto eso de que el asesino en general no suele anunciar que va a matar (salvo casos esquizofrénicos y paranoicos), lo que le había llevado a descartar a Ladislao como sospechoso había sido su grupo sanguíneo: 0 positivo. Pero eso formaba parte del secreto de la investigación y no lo podía desvelar.

Miró su reloj de pulsera; iba con retraso. El alcalde le esperaba desde hacía más de media hora. Se apresuraría para llegar al ayuntamiento cuanto antes... y ya se le ocurriría alguna disculpa por el camino.

Capítulo 64

El alcalde de Camino de Piedras

Don Tomás era un hombre del pueblo, esto no presentaba dudas. Rabiosamente azul, obviamente de una derecha del nacionalcatolicismo franquista, había sido elegido —designado, mejor dicho— alcalde poco después de la proclamación de la Victoria en abril del 39. Se perpetuaba en el cargo, como no podía ser de otra manera, y todos le querían y respetaban (tampoco tenían alternativa). El régimen (su régimen) le había proporcionado unos terrenos bajo concesión administrativo-gubernamental de explotación durante cincuenta años. El excelentísimo alcalde no destacaba precisamente por su grandilocuencia y tampoco se le reconocía una mínima formación. Su escaso conocimiento político, que no le hacía falta ni a él ni a nadie, y una insignificante agudeza mental que se veía puesta a prueba de manera constante en un rol como el que ocupaba, eran compensados (al menos a ojos de quien importaba) por uno de los primeros carnés de las JONS, de 1933. Además, su cabeza se regía por algo muy valorado: no sabía qué hacer en cada momento, pero sí lo que no debía hacer. En definitiva, un modelo de alcalde prototipo del régimen.

Junto con el cabo de la Guardia Civil, Miguel, ocupaban un considerable espacio de la mesa cuando don Casto hizo al fin aparición. El alcalde sujetaba un puro habano capaz de levantar el ánimo a cualquier fumador y destrozar de paso la más resistente pituitaria.

—Buenos días, señores, y disculpen mi retraso —se excusó el comisario.

—Buenos nos los dé Dios, y hasta me da que parece más fresquito. Siéntese, siéntese y no se preocupe por la hora. Aquí estábamos entretenidos, charlando un poco de las cosas del pueblo.

—Bien, usted dirá, señor alcalde —indicó don Casto tras coger asiento y ojear de pasada las dependencias a su alrededor.

—Me estaba informando el cabo de cómo marcha la investigación del asesinato del pobre don Paco, que en paz descanse y Dios tenga en su gloria. Según parece, ya ha terminado usted con los interrogatorios...

—En principio, sí. Bueno, siempre quedan algunas cuestiones en el aire, sobre todo después de haber escuchado a todos los implicados, porque surgen nuevas preguntas y dudas, pero sí. El grueso del interrogatorio ha concluido. Ya le comenté al cabo...

—Me preocupa mucho lo de esta familia tan respetable —interrumpió el alcalde—. ¿Le han dicho que son descendientes del Pizarro ese que descubrió las Indias?

—Perú.

—¿Cómo dice?

—Descubrió Perú. El de Indias fue Colón, pero bueno, de chiripa no lo logró Pizarro.

—¡Ah! —exclamó don Tomás sin más—. Bueno, como le iba diciendo, me preocupa que usted crea que el asesino es alguno de los parientes del difunto...

—No es exactamente así como usted dice, señor alcalde.

—Menos mal, eso me tranquiliza —contestó este mientras lanzaba una mirada al guardia civil—. Tengo entendido que aquel día había más gente en la finca, además de la familia. El cura, las sirvientas, el capataz, hasta el médico prestó una breve visita, aunque imagino que a él lo han descartado, ya que no se quedó a la comida. ¿Y usted no ha pensado en que alguien del pueblo pudo ser el malnacido que lo hizo por envidia, por rencillas o por cualquier otra cosa? Le hablaré claro, señor comisario...

—Será lo mejor, señor alcalde —apostilló el policía, interrumpiendo.

—Mire, aquí en el pueblo todavía tenemos algún que otro rojo, ¿sabe? Dos o tres, a lo sumo. Había más, pero les cambiamos

el color rápidamente, usted me entiende —explicó rascándose la patilla con el dedo índice—. A esos renegados simuladores que quedan los tenemos bien vigilados, ¿no es cierto, Miguel?

El hombre, que sudaba de manera profusa a pesar de que el día había amanecido más fresquito, asintió con la cabeza.

—¡Qué quiere usted que le diga! Sería bueno que fuera uno de ellos el asesino... Además, ya tenemos a uno encarcelado, el Tuerto. Un malnacido que pregonaba a los cuatro vientos que quería matar a don Paco. ¿Qué más se podría necesitar? El cabo de puesto y yo estamos seguros de su culpabilidad y sería recomendable, y bueno que así fuera, que se declarase de este modo. ¿No cree usted, señor comisario?

—Sería bueno si realmente el Tuerto fuera el asesino.

—A eso mismo me refiero —respondió el excelentísimo—, y es que estoy convencido de lo que digo. El odio que tiene por dentro le corroe. Se le ve a leguas y por algún sitio tiene que salir. ¿Sabe usted? El señor gobernador, don Rodolfo Gutiérrez del Río, con el que mantengo una estrecha amistad y a quien profeso un gran respeto no solo por lo que representa sino también por su talante y recto proceder... Bueno, estoy seguro de que usted conoce a la perfección... Mire usted... —dijo dubitativo—. Casi me olvido de lo que quería decirle... ¡Ah! Sí, ya recuerdo. Que el señor gobernador coincide exactamente con lo que el cabo Miguel y yo pensamos. Tiene que ser un rojo, seguro. ¿Quién, si no, puede acumular tantísima mala leche?

—Conozco a don Rodolfo tanto como usted, y también le dije en su momento las mismas palabras que ahora les digo a ustedes: créanme que no fue fácil entrar en la finca sin ser visto y, peor aún, salir de la misma forma...

—¿Se le ha ocurrido pensar en la ayuda de un cómplice?

El comisario calló entonces, y esperó sin mediar palabra a que el alcalde continuara (estaba convencido de que se aventuraría a conjeturar).

—Solo es una suposición y sin ánimo de acusar a nadie, ¡líbreme Dios de ser mal pensado! Pero para mí que el Pepe «Gil-Robles» no es trigo limpio, ¿sabe usted? —se apresuró don Tomás a

indicar—. Es un interesado de cojones. ¡Eso lo saben hasta los olivos! A ver qué le parece lo que hemos pensado el cabo y yo, que le digo que le hemos dado muchas vueltas a la sesera, ¿verdad, Miguel? De los tres rojos, uno de ellos se escondió en la finca la noche anterior. Me refiero al Tuerto, claro, que es el que tenemos más a mano, aunque los otros dos le tienen una inquina a la familia que ni le cuento. El cómplice es el capataz. Al día siguiente comete el crimen y Pepe lo oculta en su casa hasta que consigue huir, cuando la situación se calma y la familia se va.

Tras tamaña exposición, se hizo el silencio durante unos segundos interminables.

—¿Qué le parece? —inquirió el alcalde, a cuya pregunta siguió otro dilatado silencio.

—No hay nada imposible, señores —dijo entonces don Casto cuando consideró oportuno—. Parece que el móvil de su «rojo» bien pudo ser el odio. Es una teoría plausible, pero ¿qué motivó al capataz? ¿Qué conseguía él con la muerte de don Paco? Parecía llevarse muy bien con su jefe... Además, no se echó en falta nada de la casa, ni dinero o joyas... Todo estaba en orden. Todo menos don Paco, claro está. Insisto, señor alcalde, ¿qué beneficio obtuvo el capataz?

—¿Le parece a usted poca cosa la herencia que el amo le dejó a última hora? ¿No es un buen motivo ese, acaso? ¡Quedársela cuanto antes!

Don Casto fue incapaz de disimular su sorpresa al recibir semejante dato, hasta el momento desconocido para él. Recordó en una fracción de segundo las palabras de doña María cuando aseguró que en el testamento del finado figuraban ella y sus dos hijos como herederos universales.

—¿Está seguro de lo que dice? La viuda del difundo no mencionó nada al respecto en su declaración. Además, ¿a su capataz? ¿Cómo sabe usted esto?

—Don Paco y yo vivimos la guerra. Nos conocíamos bien y teníamos cierta confianza. Ya se sabe, la gente de bien y con principios se entiende... Si le digo la verdad, nunca comprendí la razón que le llevó a decidir dejarle una buena suma de pesetas

para después de su muerte, pero él decía que Pepe le era muy leal y que debía recompensar eso de alguna manera. Por los servicios prestados, aseguraba. A pesar de ello, yo seguía y sigo pensando que Pepe es un interesado.

—¿Vio usted este testamento del que me habla?

—No, hombre, no. Don Paco me confió, en privado, su intención de hacerlo. Es más, recuerdo que me aseguró que lo tenía todo preparado. Era un hombre de palabra. La cumpliría, seguro. ¡Vaya suerte la de Pepe!, pensé.

Por un instante la mente del comisario se alejó de aquella habitación y voló a otro lugar distinto. Se imaginó al rojo asesino y al cómplice capataz repartiéndose el botín. El rojo, además, satisfecho por partida doble: dinero fácil y apaciguar su odio. Volvió de su ensueño gracias al movimiento oscilante de la cabeza de Miguel, el guardia civil. Finalmente determinó:

—Me lo pensaré. Reconozco haberme sorprendido con lo del testamento y el capataz. Haré las averiguaciones oportunas y veremos qué resulta de ellas. Les agradezco la información, señores. Siempre es de gran ayuda.

—Estamos para eso, para lo que necesite. ¡Ya sabe! Piense en un rojo y seguro que acierta —remarcó don Tomás—. No se fíe de ninguno de ellos. Son todos ateos.

—No me fiaré —aseguró mientras pensaba «ni del rojo ni de cualquier otro color».

Nada más salir de allí, el comisario decidió no perder más tiempo y se dispuso a aclarar el asunto del testamento. Doña María se mostró perpleja cuando fue preguntada al respecto. Para despejar cualquier duda del comisario, optó por mostrarle el documento que ella poseía; en el texto figuraban ellos tres —esposa y dos hijos— como herederos universales. Solo existía una mejora a favor de Gonzalo: la casa de La Torre, inmueble otorgado en su beneficio por los años que se mantuvo ayudando a su padre en los negocios. El documento no contemplaba legado alguno a favor de ninguna otra persona por lo que, en apariencia, el alcalde estaba equivocado.

Los dos hijos, Gonzalo y Alfonso, también presentes en la

resolución de este tema ante la visita del policía, guardaron silencio mientras el comisario ojeaba el documento. Don Casto leyó el nombre del notario en la carátula: don Leopoldo Villanueva y Dos Almenas, de Zafra. Recordó haberlo conocido recién llegado a Badajoz de Galicia con motivo de una gestión notarial requerida en la misma comisaría.

—¿Tiene usted alguna pista del asesino de mi esposo? —le preguntó doña María sin más dilación.

—No, de momento. Nada determinante, señora, al menos, pero me acerco cada vez más. Me parece estar rozándolo, o quizá solo sea mi deseo. Lo encontraremos, puede estar segura.

Tocó el ala del borsalino con sus dedos a modo de despido y se marchó.

Capítulo 65

María

Seguro que don Juan de Cárdenas, comendador de la Orden de Santiago, no imaginó que su castillo serviría, siglos después, como refugio de jóvenes furtivos, ardientes y ansiosos de satisfacer el mandato de sus hormonas en la intimidad de sus muros.

En un lateral del regio edificio, el cantinero de un pequeño local que solo abría en temporada veraniega instalaba algunas endebles e inestables mesitas de madera y sillas de tijera. La brisa nocturna y una cerveza al aire libre aseguraban pasar un agradable rato. Rafael y María decidieron ir allí a pasar la velada.

—¿Qué tal va ese artículo periodístico?

—No va mal, pero se agota el tiempo. No creo que mi jefe me permita quedarme aquí más de un par de días —dijo él con tristeza.

—¿Crees que no podrás terminarlo?

—Estoy muy cerca de encontrar la verdad... Te diré algo que no le he dicho a nadie. Puedo afirmar que el pobre hombre que estuvo encerrado durante años, el Enano y tío de tu cuñado Alfonso, Antonio Pizarro, es la misma persona que el protagonista de los libros de «El Más Grande». Es su historia llevada a la literatura, sin duda, pero eso no garantiza que también pudiera ser el autor. Gracias a lo primero, he podido alargar mi estancia, pero no será por mucho tiempo...

—Pero es sorprendente, diría que un éxito por tu parte. ¿Cómo lo averiguaste? ¿Estás seguro?

—No hay duda. Fue una corazonada que tuve al ver un manchón azul en un documento que ahora no te puedo revelar.

Solo te diré que ese documento lo envió hace muchos años el hombre que había desaparecido, el familiar. Yo debía devolverle a Rosario un par de cartas relacionadas con el caso, una de ellas era este documento que te digo. Cuando se las entregué, retiré de su mano de manera instintiva este último sobre y extraje la carta de nuevo, y mira que la había leído muchas veces. Mi nerviosismo crecía al compás que mi intuición, tanto que incluso le arrebaté el cigarrillo de entre los dedos a Rosario y le di una ambiciosa calada que a punto estuvo de que la brasa llegara a mis labios. Rosario, sorprendida, frunció el ceño y me recriminó: «¿Qué hace usted?». «Perdone, Rosario. Observo lo que pasé por alto. Eso hago», le contesté con seguridad. «¿Tiene usted una lupa?», le pregunté. La mujer me miró con perplejidad y, como te imaginarás, me respondió: «No, claro que no. No soy Sherlock Holmes». Mi vista tropezó con la figura del camarero, que estaba detrás de la barra cubriendo un crucigrama, y le arrebaté las gafas antes de que pudiera reaccionar.

María seguía cada una de las palabras de Rafael con total fascinación.

—«Solo es un segundo...», me justifiqué ante la mirada poco cómplice del propietario del bar. Acerqué la lente al borde de la carta y aprecié de nuevo ese color azul al que no había prestado atención hasta ese momento. Se trataba de un sello redondo, de tinta difuminada por el paso de los años. Lo observé con detenimiento ante el silencio de Rosario y entonces volví a guardar la carta en el sobre, restituí las gafas a su malhumorado dueño, y dejé en la barra el precio de los dos cafés más una generosa propina, para salir con urgencia a la calle. Rosario no pudo aguantar por más tiempo mi comportamiento misterioso y me espetó: «¿Y qué? Algo me tendrá que decir, ¿no? ¿Qué sucede?».

—¿Qué sucedía? Me tienes en ascuas —lo apremió María.

—Entonces, embargado por la excitación, le dije: «Sucede, querida Rosario, si me permite la confianza, que ya podemos estar seguros de que Antonio Pizarro y el personaje que protagoniza los libros de “El Más Grande” son la misma persona». Como te imaginarás, su perplejidad ante tan inesperada afirmación era

patente. Le mostré entonces el borde inferior derecho de la carta. En él estaba impreso el sello redondo de tinta azul emborronada en el que, gracias a las gafas, pude leer en letras difusas: Circo Colón. «Lo entiende ahora, ¿verdad?», le pregunté exaltado, y añadí: «Antonio consiguió algún folio sellado del circo y, en él, escribió la misiva que envió a su familia, a su suegro». «Entonces, es más que probable que el pobre deforme sea el escritor de la trilogía...», me contestó ilusionada.

Para nerviosismo de María, que seguía la historia con verdadera pasión, Rafael hizo una pausa para tomar aire antes de continuar.

—Era y es algo que aún no puedo asegurar con rotundidad, aunque resulte muy probable que así fuera, en especial porque, al repasar las obras, los nombres de pila de la novela y los que hemos encontrado en documentos varios coinciden. Por eso, por el momento, solo puedo afirmar que el hombre de quien se habla en los textos, el personaje principal, es el Enano Pizarro. ¿Las hipótesis que se abren ahora? Alguien lo pudo conocer y también su desgraciada vida y construir toda una obra literaria con su historia, por ejemplo.

—¿Y por qué no el que dice ser su apoderado? Apoderado y autor serían la misma persona, una simulación sobre su autoría, en vez de ponerle su verdadero nombre, le proporciona mayor misterio a sus obras... —propuso María.

—Es otra hipótesis posible, María, pero para la veracidad de mi artículo debo descubrir quién se esconde tras «El Más Grande».

La noche era espléndida. El cielo se cubría de pequeños puntos de luces que inundaban la retina de improvisadas fantasías. Parecía como si el cielo de aquella noche quisiera desprenderse de cientos de estrellas, convirtiéndolas en ilusiones cuando rozaran la tierra. Rafael, en cambio, no admiraba la belleza de la noche; miraba a María. Su piel perlada y luminosa le resultaba irresistible. Sus labios, entreabiertos y ligeramente brillantes, debían ser besados por los suyos. Solo por él.

Guardó silencio y dejó que sus ojos hablaran por él, colmados como estaban de intenciones y una pasión irrefrenable. Su deseo lo

acercaba cada vez más hacia ella, pero aun así no se atrevía a moverse. Deseaba tocarla, acariciarla, sentir su aliento, dejarse arrastrar juntos a las más recónditas pasiones y descorrer el velo de la falsa moderación. Deseaba, en definitiva, hacerla suya y abrazarla durante toda la noche como si fueran uno solo.

Sin embargo, no tuvo el valor de besarla, no tuvo el valor de siquiera acercarse y confesarle que empezaba a morir por ella.

Capítulo 66

La confesión del doctor Berruguete

—¡No tienes ningún derecho a husmear en mis papeles!, ¿te enteras? ¡Ningún derecho!

Rosario había decidido que cuanto antes pasara el mal trago de confesarle su intromisión a su padre, antes averiguaría lo sucedido años atrás. Urdió la treta de empezar atacando, ya que siempre había escuchado decir que era la mejor defensa, pero la verdad es que no le sirvió de mucho. Después, eso sí, fue ganando terreno y, al final, su progenitor pasó por tres fases: enfado, consternación y confesión teñida de arrepentimiento.

—Quiero saber la verdad —le ordenó.

—¿Por qué? —preguntó él aturdido.

—Porque... Primero porque soy tu hija y segundo porque algo recuerdo de las murmuraciones y comentarios, del aborto de doña Adela. La violó su hermano, ¿no es así? Y tercero, porque necesito entender qué hacen estas cartas en tu poder —dijo mostrándole los dos sobres que Rafael le había devuelto. El médico los miró con un atisbo de desprecio.

—Yo no sabía nada, créeme, de lo que pasó entonces en aquella casa, en la casa de la que se convertiría en tu familia. Tu suegro me mostró la carta que su hermano le había enviado reconociendo la atrocidad cometida.

—Entiendo que fue atrocidad por atrocidad, ¿no?

—¿Qué quieres decir?

—Que el pobre hombre había sido tratado peor que una alimaña. Todos lo humillaban, sobre todo Adela, que lo hacía además por vergüenza.

—Me consta que estaba bien atendido en la casa...

—¿Que le daban de comer, quieres decir? Estaba prisionero, dilo bien. —Rosario se enfrentó a su padre con rabia, sin mesura—. ¿Lo viste alguna vez?

—Solo una. Le curé de una afección de garganta que acabó en bronquitis, pero respondió bien al tratamiento y se salvó.

—¡Vaya! —exclamó con teatralidad e ironía—. ¡Cuánto sentiría la familia que sanara!

—No seas cruel, cada cual tiene su razón de hacer las cosas. Ellos tendrían la suya para mantenerlo encerrado...

—¿Razón? ¿Tú lo habrías hecho si hubiese sido un hermano tuyo, o un hijo?

—Yo no soy un Pizarro, Rosario. Cuando, hace ya muchos años, sucedieron los hechos de aquella noche, al menos la parte que Adela les contó, don Paco acudió a mí y me lo confió todo. La versión de los hechos de su hermana, al menos, que no habían sido otros que Antonio la había golpeado y forzado hasta violarla, para luego huir. Ella no recordaba con exactitud lo que había pasado, estaba medio inconsciente y sentía mucho dolor en la cabeza y en sus partes íntimas. Todo esto me lo confió bajo secreto profesional. Se ve que, tras la huida, a don Paco la cabeza solo le giraba en torno a una idea, y se temía que sucediese lo peor. Por eso me lo dijo a mí y a mí solo, porque yo, como médico, al conocer lo sucedido, podía vigilarla y detectar si había quedado encinta del Enano. Don Paco solo hizo que esperar y rezar para que no sucediera nada de lo que temía.

—¡Cerdo! ¿Y de su hermano qué? ¿No pensaba en él?

—¡Lo que hizo fue incesto! ¿Qué piensas? ¿Es que no lo ves?, ¡piensa! —alzó la voz golpeando su cabeza, con el dedo índice—. Además, por aquel entonces tu suegro solo tenía una versión. Cuando recibió la primera carta, vino a verme, asustado y también confundido.

—¿Y no leísteis bien la carta, palabra a palabra, letra a letra? ¿Qué no se entendía de lo que decía su hermano, el pobre deforme? La tía Adela, la casta, la religiosa y creyente en ese Dios suyo, misericordioso a ratos y depende con quién, aplacaba de

noche sus instintos sucios con el pobre hermano, desvalido y sometido. Después, de día, continuaba ejerciendo su papel de mujer honrada y moral ensañándose sin piedad con el prisionero de su familia. ¡Hija de puta! ¿Quién cometió el incesto? ¿Quién lo provocó?

—No lo sé. Yo no vivía en aquella casa... Lo cierto es que Adela pronto comenzó a sentir síntomas claros de embarazo. Su carácter se volvió irritable...

—Eso lo conserva aún —interrumpió Rosario con burla.

—Había olores que no soportaba...

—Su propio hedor, seguro —volvió a interrumpir, ahora con saña.

—Náuseas con algunos alimentos...

—Siempre fue una tiquismiquis con la comida —apostilló de nuevo.

—¡Coño, deja ya de interrumpirme, si deseas que te lo cuente!

—Me callo —afirmó, simulando con los dedos cerrar sus labios con una cremallera.

—Tuvo una falta en el periodo. No era suficiente, pero teniendo en cuenta los síntomas anteriores y la inquietud que embargaba a don Paco, junto con el contenido de aquella primera carta, el asunto se presentaba como muy claro. Lo que sucedió después de aquello fue un correr y correr, e imagino que es lo que quieres que te aclare, lo que supones y deduces de lo que pone en las cartas. La familia selló sus labios con el más estricto silencio. El padre de ellos no se enteraba de casi nada, diabético y con una trombosis cerebral que lo había condenado a estar en cama de manera permanente. Por eso tu suegro, que ejercía de patriarca, provocó la boda de su hermana con un tratante de ganado al que no quería ver ni en pintura, pero la situación no otorgaba la opción de elegir, por eso bendijo la unión.

—Y, como dice Antonio en su segunda carta, le endosó el regalito al pobre hombre.

—Llámalo como quieras. ¡Todo lo que dice la carta es cierto, Rosario! La boda bien podía disimular el embarazo y eso era menor escándalo que el incesto, lo que en un principio pareció

tranquilizar a la familia Pizarro. Pero pronto se transformó en una obsesión para tu suegro y no disipó su temor. Por eso un día me invitó a cenar a La Torre. La conversación, en principio afable, se trocó en preguntas que salían de su garganta con una ansiedad sumida en la prepotente y arrogante hostilidad de los Pizarro: «¿Es posible que el niño nazca deforme también?». Yo le contesté que no era imposible, pero que no pensase en eso. Me chilló que era lo único en lo que pensaba hasta el punto de no permitirle conciliar el sueño. Intentó que le dijese con certeza que no iba a nacer como su «maldito padre» y le contesté que herencia genética manda bastante, por lo que había un alto porcentaje de probabilidades de que el crío naciera igualmente con acondroplasia.

Rosario no podía levantar la vista; era incapaz de soportar cómo su padre confirmaba, palabra por palabra, las cartas que Antonio había dirigido a don Paco y cómo este, pese a saber de ambas versiones, seguía maltratando a su hermano como a una criatura.

—Pasaron dos meses —continuó don Rosendo— y un día, en la consulta, me propuso algo: «El monstruo que tiene mi hermana en la barriga no puede nacer. Debe morir. Tiene que ayudarme. Adela tiene que abortar», exigió. «Abortar», repitió. «Me ayudará, ¿verdad, doctor?» El hombre no sabía lo que me estaba pidiendo. Y Rosario, por mi vida que yo le pregunté: «¿Y Adela qué dice? ¿Está de acuerdo?». «Adela está de acuerdo», me contestó sin mirarme a los ojos, y cuando inquirí por la opinión del marido, el supuesto padre de la criatura, tu suegro me dijo que este creía que el niño era suyo, y que le dirían que el embarazo no evolucionaba bien y ponía en riesgo la vida de la madre. «Con eso será suficiente», aseveró don Paco. Yo le advertí que el feto tenía ya tres meses y que sería arriesgado, pero él insistió que más lo sería si llegase a nacer con una deformidad y se descubriese de quién era hijo. Como comprenderás, los días siguientes fueron duros, hija. ¿Cómo negarme? La petición venía de un Pizarro y yo comenzaba a ser alguien aquí en el pueblo... Decidí hacerlo y lo preparé todo para operar.

—Para asesinar, querrás decir.

—Llámalo como quieras. Alguien debía hacerlo. Fue un incesto, aunque tú no quieras verlo. Esa idea me ayudó a hacer lo que hice.

—Y la piadosa Adela se dejó. ¡Bendita moral de mierda!

—El aborto salió bien y aquella tragedia acabó.

—El aborto sí, pero la tragedia continúa, padre.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. No te preocupes.

—Adela decidió decir la verdad a su esposo, como bien indican las sospechas de Antonio en esa segunda carta. En fin, la mujer confesó a su marido la violación y la duda sobre su incestuoso embarazo. Al parecer, no pudo soportar el peso de su conciencia...

—¿Qué conciencia? —murmuró Rosario indignada.

—El pobre marido no soportó la noticia y murió. Le diagnostiqué parada cardiaca. Cuando llegué a La Torre estaba cianótico. Y eso fue todo... hasta que llegó esta segunda carta en la que descubrimos que el bebé no había podido ser de Antonio.

—¿A qué crío asesinasteis, padre? —le condenó Rosario con la pregunta.

—No creas que la idea no me torturó durante mucho tiempo después de leer la carta. Me pregunté qué fue lo que pudo haber ocurrido. Solo hallé una respuesta médica: Adela estaba obsesionada con la violación, tanto que no lograba apartarla de su cabeza y temía ese embarazo con todas sus fuerzas, lo que le provocó un embarazo utópico, imaginario, lo que conocemos como pseudociesis. La regla se retiró porque su mente podía con eso y con más. Los mareos, vómitos, todo lo sentía como si hubiera sido fecundada. Cuando se casó, quedó embarazada de verdad y solapó ficción con realidad. Los meses ya no contaban, solo para ella y para su familia. Algo me llenó de extrañeza cuando provoqué el aborto. El feto no tenía el desarrollo de más de dos meses, era más pequeño, menos formado de lo que esperaba, pero no me detuve a pensar; lo achaqué a la fisonomía de la madre, a un crecimiento más lento, a la posibilidad de un crecimiento más pequeño por el historial médico del supuesto padre.

—¿No viste ninguna deformación? ¿Algo que llamara tu atención?

—No, nada. La acondroplasia no se percibe a simple vista y menos en un recién nacido... Después de aquello, el Enano confesó su esterilidad... Y en ese momento concluí que el feto era normal.

—¡Dios mío, padre! ¿Y qué pasó? ¿Por qué tienes tú la carta?

—Cuando tu suegro me mostró esta segunda carta quedé petrificado. Me las quedé yo porque él temía que, estando en la casa, su hermana las pudiera descubrir algún día. Me ordenó que las quemase, pero no le obedecí porque de alguna manera las cartas podían justificar que lo que hice había sido por error. ¿Quién podía imaginar que no existía tal embarazo los primeros meses? Sobre cómo el Enano se enteró de lo sucedido... Pensamos que alguien del servicio informaba al desaparecido de todo lo que acontecía en la familia y que le pudiera concernir, pero lo de la esterilidad del Enano solo lo sabíamos don Paco y yo. Bueno, y ahora tú. Adela jamás tuvo noticia de que el crío que abortó no era de su hermano. Después de la muerte de su marido se refugió en la religión y en Dios. Quería borrar de su cabeza todo aquel episodio...

—Más que un refugio, se colocó una coraza creyendo que, comprando imágenes de santos, copones y pagando misas, sus pecados se saldarían. Y después de aquello, ¿qué sucedió?

—La Guerra Civil provocó el olvido de muchas cosas, las buenas y las malas, pero no fue capaz de borrar el recuerdo del desaparecido. El padre de don Paco falleció por una subida de azúcar. Una fatalidad provocada porque la insulina que le suministraba su hijo no llegó a tiempo. Esto aceleró lo que hacía tiempo que rondaba por la cabeza de don Paco: la declaración judicial del fallecimiento de su hermano. Ya sabes de la influencia que tu suegro tenía en muchos estamentos. No le fue difícil conseguir una resolución, a pesar de que los plazos de su desaparición no se habían cumplido aún, y yo de nuevo le ayudé, certificando la muerte de su hermano.

—Pero esto último que hiciste era legal, ¿no? —le preguntó alterada.

—Lo hubiera sido si no fuera porque los dos albergábamos la duda de que aún seguía vivo.

—¿Qué enterrasteis aquel día en la cripta? Alguien afirmó que nada había en el ataúd...

—Han pasado muchos años; yo solo vi una caja que me enseñó don Paco y en la que me aseguraba que se encontraban los restos de su hermano, que había sido «la secreta» la que le había facilitado el cadáver o lo que quedaba de él. Pero... ¿qué importancia tiene eso que dices en estos momentos?

—Y tú, querido padre, certificaste sin más. No te aseguraste del contenido de aquella caja. Pura simulación. Lo sabías, ¿verdad? O al menos lo sospechabas, que se trataba de una pantomima.

Un inquieto silencio llenó la habitación al igual que una densa niebla que no permite ver nada. Don Rosendo evadió la respuesta y continuó por otro sendero.

—Después de aquello, años después, don Paco comenzó a recibir mensajes, pero esta vez eran de un señor que decía ser apoderado de alguien que aseguraba conocer perfectamente la historia de su hermano el Enano, y afirmaba que seguía vivo en algún lugar. Tu suegro me confesó, entonces, que lo estaban chantajeando de alguna manera, y yo ahí confirmé la mínima sospecha que me quedaba de qué contenía el ataúd. Don Paco me facilitó el nombre del apoderado así como el del notario que había otorgado las escrituras. Con el notario no hablé jamás, ¿para qué? Con el apoderado sí lo hice un par de veces, que recuerde, y por encargo de tu suegro, para asegurarle que la persona a la que representaba mentía sobre la familia Pizarro y que yo, como facultativo, había certificado personalmente la muerte de ese hermano desaparecido. Pero él terminaba siempre con la amenaza de denunciarme a la policía y llevarme al juzgado, tanto a mí como a tu suegro, y pedía que colaborase para que don Paco entrara en razón. Le pedía mucho dinero para evitar el escándalo. Era de justicia, aseguraba sin el menor titubeo.

Rosario asintió, asimilando cada una de las piezas de información nueva que acababa de confesarle su padre. De todo aquello ni Rafael ni ella tenían idea o sospecha alguna.

—Entonces, ¿qué sacó mi querido suegro de aquella resolución de fallecimiento? —le pregunto Rosario mientras encendía un cigarrillo.

—La parte de la herencia del Enano. No sé cómo lo hizo, pero su padre también le otorgó a él la mejora y la libre disposición.

—Ya. Era hábil para la maldad y el dinero... Y tú, ¿qué conseguiste a cambio?

—El reconocimiento de la familia y... Bueno, te casaste con un Pizarro, ¿no? Querías casarte con Gonzalo..., ¿recuerdas? Después de lo que hice por él, tu suegro no podía negarme nada.

—¡Dios mío! ¡Ahora entiendo por qué aceptó la boda! Los lazos familiares te sellaban los labios para siempre, ¿no es así? —dijo recalcando cada palabra que pronunciaba para finalmente exhalar una bocanada de humo que parecía no acabar nunca.

—Piensa lo que quieras. Cada cual consiguió su propósito.

—El chantajista, ¿mencionó ese hombre a quién representaba?

—A mí no me lo refirió en ningún momento... Quizá lo hiciera con don Paco, pero si fue así este se lo llevó a la tumba.

—Y sobre la extorsión, ¿don Paco le entregó alguna suma de dinero?

—Sí. Según me dijo, sí, y no solo una, el hombre continuaba —contestó—. Las amenazas con contarlo todo se sucedían de manera repetida hasta que conseguía el dinero. Un mes antes de su asesinato me dijo que la pesadilla estaba a punto de terminar, que entregaría la última remesa de dinero que restaba para completar lo que había acordado con el siniestro representante. Lo haría dos días después de la fiesta en La Torre. Ya ves, no lo logró. Y aquí termina todo lo que sé.

—¿Le exigió mucho dinero?

—Mucho. La parte de la herencia al completo que recibió de su hermano Antonio. ¿Y tú, de qué conoces al apoderado ese?

—Representa a un escritor famoso y al que nadie ha visto nunca, excepto el notario. Tengo confirmado que el personaje principal de las obras de este autor está basado en el Enano, de eso estas cartas son la prueba fehaciente. Pero estoy convencida de que

el escritor no es otro que el mismo Antonio. ¡Quién mejor que él conoce su propia historia...!

—Hija, siempre te consideré muy imaginativa y fantasiosa... —indicó don Rosendo ignorando la hipótesis de Rosario.

—Y yo a ti un buen médico... —espetó ella con ironía y tristeza—. Me marcho —dijo al tiempo que se levantaba del sillón —. Y me llevo las cartas.

—¿Para qué las quieres? —preguntó él con un tono de reprobación.

—No lo sé. Quizá porque demuestran que no estoy loca. O porque me ofrecen cierta seguridad, como te sucedió a ti. Es posible que también porque son el comienzo de una historia que contar y que haga justicia... Así te evito la tentación de destruirlas, no lo sé, padre.

Rosario avanzó hasta la puerta pero antes de abrirla se giró, dirigiéndose una última vez a su padre.

—¿Crees que Gonzalo sabrá algo de todo esto?

—Te iba a hacer ahora esa misma pregunta.

Capítulo 67

Recopilando...

El pintalabios y los cigarrillos británicos marca Dunhill. Rosario esbozaba una sonrisa al ser preguntada por la procedencia de la barra de labios de color rojo «victoria» por parte de la policía, que había vuelto a interrogarla.

—Vaya pregunta, inspector. Soy la única mujer en la casa que utiliza pintalabios. Claro que la barra me pertenece, ¿y?

—La encontramos el día de autos en el dormitorio de su suegro, sobre la mesilla de noche de doña María.

—Insisto, ¿y? —repitió la mujer.

—Que ni el comisario ni yo sabemos qué hacía allí el día del asesinato.

—Pue ya somos tres. Tampoco yo.

—¿No la echó en falta en algún momento?

—Por supuesto que no. Mire, inspector —dijo mientras extraía un pintalabios del bolso y se lo mostraba—, tengo más de uno. Mi esposo los encarga en Casa Rufino solo para mí. Alguien que no fui yo lo dejó en la mesilla, pudo ser la criada arreglando la habitación y por un descuido. Oiga, señor inspector, ¿piensa usted que mientras asesino a mi suegro me pinto los labios y me olvido la barra a propósito para que me encuentren?

—Era solo una pregunta, señora —continuó con las preguntas —. ¿Fuma usted Dunhill?

—Sí. Solo yo en la casa y en el pueblo. También los traen en especial para mí. ¿Por qué?

—Encontramos una colilla cerca del lugar del crimen manchada con su carmín rojo.

—¿Solo encontraron una? Hay muchas más. Es un litigio que tengo con el servicio, que se queja de las colillas que recogen del jardín.

—Bueno, parecía muy evidente de dónde procedía... y algunos testigos aseguran que salió volando por la ventana de la habitación donde se encontró el cadáver.

—¿Eso es todo, inspector, o hay algo más? —dijo Rosario ya de malhumor.

—Nada por el momento, salvo una pregunta no relacionada con usted pero que nos ayudaría si desease colaborar en la investigación...

—No sé, dígame —respondió tajante.

—¿Qué sucedió entre Concha, la cocinera, y don Paco hace ya casi dos años? Al parecer, el difunto la acusó de haber provocado intencionadamente su malestar de estómago aquella tarde... ¿Sabe usted algo?

—Debería usted preguntarle a ella, ¿no cree? O ya lo ha hecho y seguro que no le ha dicho nada. La pobre teme al viejo hasta después de muerto —espetó poniendo los ojos en blanco—. Yo solo sé lo que entonces me dijo ella, no sé si había algo más, y era que Curro, el sobrino de don Paco, forzó a su hija Pepa, la sordomuda, en la casa. La pobre mujer habló con mi suegro entre sollozos, reclamando una explicación y una reprimenda para el muchacho. No logró ni una cosa ni la otra. El viejo casi no la dejó ni terminar de hablar, y le dijo que era seguro que su hija lo había provocado y que él, cuando quiso dar marcha atrás, ya era demasiado tarde para un joven impetuoso. Pepa era la única responsable y culpable de haber sido forzada. Añadió, además, que si alguna de las dos estaba disconforme con aquello, la puerta de salida estaba abierta de par en par, para ambas.

El inspector anotó todo aquello en la libreta mientras Rosario continuaba su narración.

—Según tengo entendido, Concha tardó en recuperarse y no lo perdonó. A partir de entonces, Curro se sintió inmune y protegido, hasta el punto de llegar a acostarse con la joven cuando le venía en gana de manera repetida. Solo era cuestión de insistir y

perseverar, y yo pienso incluso que la desdichada se enamoró de él. ¡Si es que somos idiotas! La cocinera sufre por lo sucedido, y mucho, de ahí su tirria hacia el amo de la casa. Ahora bien, inspector, no sé qué piensa al respecto, pero ya ha pasado el tiempo y Concha no sería capaz de matar una mosca...

—¿Ni por su hija?

—No lo sé. Lo reconozco, no tengo hijos, por lo que no sé cuánto soportaría y tampoco hasta dónde podría llegar... Además, de matar a alguien, yo mataría al violador de mi hija, ¿no le parece?

El arma asesina no se había encontrado todavía. El caudal del arroyo de la Cueva de la Mora era tan raquítico que bastó una mínima inspección de la Guardia Civil del pueblo para comprobar que el arma homicida no había sido arrojada allí.

Con todo, la relación definitiva de sospechosos que manejaban el inspector y el comisario, los hipotéticos y posibles autores (una vez descartados aquellos cuyos grupos sanguíneos no coincidían con la muestra de sangre analizada en la esfera del reloj de pulsera del cadáver), eran los siguientes:

Coincidencias con el mismo grupo sanguíneo, A positivo:

Doña María, viuda de don Paco
Gonzalo y Alfonso, hijos del finado
Antonia, esposa de Alfonso Pizarro
Rosario, esposa de Gonzalo Pizarro
Nicolás hijo y sus dos hermanas, Candela y Rocío
Dionisio
Juan, hermano de Ladislao
Francisco, el matemático y hermano de Pedro
Dolores, la sirvienta
Pepe «Gil-Robles», el capataz
El Tuerto
Don Julián, el párroco
Pepa, la joven sordomuda, ayudanta de cocina

—Veamos ahora sus coincidencias de horario en el primer piso de la casa y a partir de las 4:30 horas de la tarde —indicó el comisario—: Alfonso no recuerda exactamente a qué hora subió, pudo ser inmediatamente después de que su padre se retirase a descansar o un poco más tarde. En cuanto a su mujer, Antonia, ella afirmó que no precisó subir al primer piso en ningún momento ya que había visitado el lavabo de la planta inferior. Gonzalo reconoce haber subido en varias ocasiones; vive allí y su dormitorio está también en la primera planta. Rosario, su esposa, es una incógnita para mí —suspiró—. Afirmó no haber subido en ningún momento. Creo que bebió algo más que de costumbre y que, como bien indicaste en su día, la barra de labios es casualidad...

Doña María, viuda de don Paco
Gonzalo y Alfonso, hijos del finado
Antonia, esposa de Alfonso Pizarro
Rosario, esposa de Gonzalo Pizarro
Nicolás hijo y sus dos hermanas, Candela y Rocío
Dionisio
Juan, hermano de Ladislao
Francisco, el matemático y hermano de Pedro
Dolores, la sirvienta
Pepe «Gil-Robles», el capataz
El Tuerto
Don Julián, el párroco
Pepa, la joven sordomuda, ayudanta de cocina

—Francisco declaró que escuchó gritar a Pepe «Gil-Robles» aproximadamente a las cinco y media o algo más tarde, sin precisarlo con exactitud, luego él estuvo allí en esa franja horaria —continuó Guillermo—. Y más tarde, acompañó a su primo Juan.

—El capataz no subió en ningún momento, al menos por la escalera de la casa —murmuró don Casto, recordando la teoría del inspector y del alcalde—, y pudo gozar de un cómplice, el Tuerto, a quien ocultó en su *casuco* durante la tarde. O bien pudo ser un desconocido y rojo intruso, sin identificar y sin datos que nos hagan pensar que así fue, luego lo descartamos, ¿te parece, joven?

—Me parece, jefe —dijo Guillermo con el convencimiento propio con el que se expresan los subordinados—. No olvidemos que Pepe «Gil-Robles» estuvo merodeando por los alrededores de la casa a cierta hora, desobedeciendo las órdenes de su señorito Gonzalo —apostilló.

—Cierto, inspector. Lo anotamos. En cuando a las dos chicas farmacéuticas y a su hermano Nicolás, los aparcamos un poco. Estaban más dominados por la testosterona y los estrógenos que por otra cosa. Subieron, mearon y bajaron. Nicolás dijo ver a su tía Adela junto a la puerta del dormitorio del difunto aproximadamente a las cinco y media. En algún momento volvió a subir con la pretensión de ver cómo evolucionaba don Paco y comprobó que la puerta estaba cerrada. Eso dijo Antonia tras una conversación que tuvo con él.

—Volviendo al servicio —continuó el joven inspector—, Dolores, la sirvienta, subió al menos en cuatro o cinco ocasiones. Fueron breves subidas, con el objetivo de limpiar el cuarto de aseo, sin tiempo para perpetrar el crimen. O eso parece. Lo más importante que pudo aportar Dolores es lo que pudo ver durante el tiempo que permaneció en la cocina. Pepa, la joven ayudanta de la cocinera, no salió de la cocina en ningún momento, o eso manifestaron ella y Concha, por lo que la descartamos por el momento.

Doña María, viuda de don Paco
Gonzalo y Alfonso, hijos del finado
Antonia, esposa de Alfonso Pizarro
Rosario, esposa de Gonzalo Pizarro
Nicolás hijo y sus dos hermanas, Candela y Rocío
Dionisio
Juan, hermano de Ladislao
Francisco, el matemático y hermano de Pedro
Dolores, la sirvienta
Pepe «Gil-Robles», el capataz ¿?
El Tuerto ¿?
Don Julián, el párroco
Pepa, la joven sordomuda, ayudanta de cocina

—El crápula pegó el oído a la puerta del dormitorio y escuchó palabras que le asustaron, «asesino», y se marchó precipitadamente hacia el aseo. La franja horaria fue entre las cinco y media y las seis menos cuarto. Según parece, solo él lo escuchó. Además, él, por una cuestión sanguínea, está descartado.

—Por su parte, Francisco y Juan, queridos primos y amigos, subieron y escucharon ruidos intranquilizadores, que provenían del dormitorio de su tío. Eso fue a las seis y media o quizá quince minutos después. Francisco dijo que la puerta estaba cerrada por dentro. ¿Se los descarta porque sabemos que estaban «ocupados»?

—No te olvides de que, al poco rato de retirarse don Paco, doña María subió a descansar a un dormitorio distinto al suyo, para no molestar a su esposo. Don Julián tampoco precisó subir. Y hasta aquí lo que conocemos de las declaraciones. Tenemos varias incógnitas.

—También los rojos, no se olvide de ellos, jefe —interrumpió Guillermo, recordando al alcalde y a su amigo de la Guardia Civil con sorna.

—Tienes sentido de humor, joven. Hay que anotarlos en la lista por si nos pregunta el gobernador: uno o dos rojos que odiaban a don Paco y a quienes no conocemos también son sospechosos.

Doña María, viuda de don Paco
Gonzalo y Alfonso, hijos del finado
Antonia, esposa de Alfonso Pizarro
Rosario, esposa de Gonzalo Pizarro
Nicolás hijo y sus dos hermanas, Candela y Rocío
Dionisio
Juan, hermano de Ladislao
Francisco, el matemático y hermano de Pedro
Dolores, la sirvienta
Pepe «Gil-Robles», el capataz ¿?
El Tuerto ¿?
Don Julián, el párroco
Pepa, la joven sordomuda, ayudanta de cocina
Rojo del pueblo ajeno a la familia

—Bien. Analicemos con la mayor objetividad los posibles móviles —ordenó el comisario—: la verdad es que, si el odio fuera el móvil, cada uno de ellos, unos más que otros, le hubieran asestado al menos una puñalada. Todos le hubiesen asesinado, ¿no te parece? La profundidad de cada herida sería el mayor o menor odio que sentían cada uno de los agresores... Bueno, joven, me dejo llevar por mi imaginación. Volvamos a la realidad. Empecemos por Rosario. Es demasiado «atrevida» e insolente como para sospechar de ella. Manifiesta sin pudor su odio y esa es su cobertura...

—O su disfraz, jefe —apostilló Guillermo.

—Es posible, pero, salvo satisfacer su sentimiento, ¿qué otra ventaja le supone?

—Eliminar al dictador de la vida de su marido, alguien que la despreciaba constantemente..., ¿es poco? —dijo el joven.

—No es mucho como para llegar a cometer un asesinato. Dejémoslo estar por el momento. ¿Descartamos a su hijo Alfonso y a su mujer? No aprecio ningún móvil. Habían llegado al pueblo hacía poco tiempo y solo se podría entender por un desmesurado interés en heredar...

—En ese sentido, idéntico móvil tendría Gonzalo, e incluso la viuda de don Paco... —replicó el ayudante.

—Cierto. ¿Qué piensas de Pepe «Gil-Robles»? ¿Qué móvil podría tener? Pudo ser la herencia, si realmente hubiese figurado en el testamento, pero no fue así. Lo vi con mis propios ojos.

—Salvo que él no supiera que no había papel alguno y solo conociese lo que su señorito le dijo.

—No lo descartamos, entonces. ¿Y Francisco? Quiere aparentar ser más débil de lo que es, pero odiaba a su tío a pesar de que el transcurso del tiempo disipara ese odio, según aseguraba.

—¿Tanto como para acabar con su vida? No lo creo. Además, ¿cómo lo perpetró? Subió al primer piso acompañado, y estuvo así en todo momento —se preguntó Guillermo—. ¿Nos olvidamos del servicio?

—Como posibles autores, creo que sí. Pero queda algo pendiente: insistir en la chica sordomuda. Ocultaba algo y no tenía nada que ver con su incapacidad para hablar, sino con su voluntad

de expresar lo que pudo ver, o bien disimulaba. Hay que volver a hablar con ella y con la cocinera. Esta ejerce una clara influencia sobre la jovencita. Algo sucedió en la cocina. Estoy seguro —sentenció el comisario.

—¿Experiencia y olfato, jefe?

—Edad, joven..., son los años. Y no me toques los cojones. Continuemos. ¿Ladislao? Es verdad que no figura entre los sospechosos. Su grupo sanguíneo lo descarta, pero su enfado y amenazas de muerte lo sitúan en un plano por lo menos intranquilizador. Además, puede ser un elemento que nos conduzca a otras pistas, ¿de acuerdo?

—Cómo no, jefe —le respondió con una amplia sonrisa, que el comisario encajó con una mueca.

—Al hipotético asesino rojo que el alcalde y su escaso cerebro desea con todas sus fuerzas, lo descarto definitivamente. Borra esa absurda idea, pero déjalos en los apuntes, solo por si el gobernador pregunta. ¿Qué otra cosa se te ocurre, listillo?

—Dionisio es muy inteligente. Impidió que su tío enajenara su parte del negocio. No tenía razón alguna para acabar con él. Juan, el más pequeño de doña Encarna, y sus hermanos sí tenían motivo. Todos lo tenían por causa del negocio, pero los grupos sanguíneos de su hermano mayor, Ladislao, y los de su familia los descartan, salvo a él, a Juan. Su tío le dejó secuelas suficientes, más allá del negocio, como para desear su muerte, aunque también subió al primer piso acompañado de su primo y, según manifiestan, no más de diez minutos. Ahora que lo pienso, no recuerdo que hayamos preguntado a Rosario cuánto tiempo tardaron en llevarle la cajetilla de cigarrillos. ¿Y el párroco? ¿Qué piensa usted del cura, comisario?

—No pensaría nada en particular si no fuera por esa precipitada huida, llamémosla así. Regularmente los curas, la mayoría, arriesgan poco... Lo descarto, pero por curiosidad le preguntaré a doña Adela a qué tantas prisas del joven por cambiar de parroquia. Estoy seguro de que ella lo sabe. Recuerdo que Juan me insinuó que pudo ser él el causante de su marcha. Habrá que volver a preguntar.

—¿A don Julián?

—Mejor a ambos.

—¿Y doña María, jefe? Estuvo en el primer piso desde muy temprano y hasta que se descubrió el cadáver...

—La pobre mujer, con su artrosis, no está para asestar muchas puñaladas, ¿no te parece? Pero sí. Es cierto que fue quien más tiempo permaneció en el primer piso.

—¿Alguna conclusión, comisario?

—Ninguna determinante, joven —dijo observando la lista con descartes que no lo eran del todo y sospechosos que ponía en duda —. Y tú, ¿cuál crees que ha sido el móvil?

—Al final, el dinero. Siempre es el dinero. Estoy seguro. ¿Qué otro podría ser?

—Yo también lo creo, pero hay algo más, algo que está ahí, escondido, y que no logro descifrar por ahora. —Miró su reloj de pulsera y dio un salto de su sillón—. ¡Vaya!, llegaré tarde. Hace cinco minutos que quedé con el notario en Zafra.

Se encajó el borsalino y salió precipitadamente, dando un portazo.

Capítulo 68

El notario de Zafra

Siempre tuvo la impresión de que los notarios no envejecían. Recordó la primera vez que acompañó a su padre a la notaría de don Adolfo, en Doniños. Él tenía doce años cuando conoció al notario. El hombre vestía un traje oscuro y, bajo la chaqueta, un chalequillo parecía desear desprenderse de los botones que lo tensaban. Su rostro casi desaparecía bajo un espléndido bigote imperial y unas minúsculas lentes redondas, empañadas de huellas.

Cuando después de quince años volvió a la misma notaría, don Adolfo seguía allí. Inalterable, como conservado en formol, igual que un lomo en manteca. Le pareció incluso que vestía el mismo traje de chalequillo apretado por botones forzados, con el mismo bigote, idénticas lentes empañadas de huellas...

Al ver al notario de Zafra tuvo la misma impresión que entonces, claro que en ese caso solo habían transcurrido tres años desde su última visita a don Leopoldo Villanueva y Dos Almenas, quien vestía una chaqueta de lino beige con la que aparentaba no pasar calor. Se cubría con un canotier, que dejó sobre la mesa de la cafetería tras los saludos de rigor. Decidieron pedir al camarero dos granizados.

—Gracias por acudir a mi llamada, don Leopoldo.

—En absoluto, don Casto. Es obligado acudir a la llamada de todo un comisario de la policía —respondió en un tono de escrupuloso cumplido—, pero dígame, si no es mucha molestia, ¿debo interpretar que esta, llamémosla charla, responde a un requerimiento formal de la policía?

—No lo vea de esa manera. Si lo fuera, lo hubiera citado en la

comisaría. No lo creí necesario. También dependerá de lo que usted considere que me pueda o no responder, teniendo en cuenta el secreto profesional. Quiero decir que, en cuyo caso, si necesitara una citación oficial que respalde un hipotético quebrantamiento de ese secreto, la tendría. Pero no creo que...

—No, por supuesto. Pregunte lo que desee, por favor.

—Estoy llevando a cabo una investigación criminal, el asesinato de un hombre de un pueblo cercano...

—Don Francisco Pizarro y Pizarro —interrumpió—. Lo sé.

—Bien. Me ahorra entonces darle más explicaciones y puedo ir al grano. Dígame, ¿se enteró por la prensa?

—No solo por ella. Los Pizarro son conocidos más allá del pueblo donde residen, y don Paco, un conspicuo colaborador del régimen. Imagínese el impacto que origina un asesinato tan violento y en una familia como esa. Además, conocía personalmente al difunto ya que utilizó nuestros servicios en repetidas ocasiones. Usted no reparó en mi presencia ese día, pero yo estuve en su funeral, en Camino de Piedras. Había mucha gente, casi todo el pueblo, es normal que no me viera entonces.

—Pues no. No le vi, pero tampoco me saludó usted...

—No quise importunar. Suponía que estaría centrado en su investigación.

—Estaba usted en lo cierto. ¿Cuándo fue la última vez que vio al difunto?

—No hace mucho vino a verme a la notaría. Creo que no más de un mes.

—¿Por algo especial? ¿Algo que debiera saber para la investigación del caso?

—No lo sé. Yo le digo la razón de la visita y usted valore la utilidad —contestó resuelto—. Me comentó que pensaba modificar su testamento. El último lo había redactado hace cinco años, aproximadamente. Fue ese en concreto el que leí a la familia tras su fallecimiento, a sus tres herederos universales.

—La viuda y sus dos hijos, a ellos se refiere. Doña María no tuvo inconveniente en enseñarme el documento, que imagino que es el mismo, a una pregunta que le hice.

—Así es. La viuda usufructuaria y sus dos hijos herederos por partes iguales, salvo un particular legado como mejora para uno de sus hijos, el mayor de ellos dos. Una considerable fortuna, créame.

—Me imagino. ¿Me quiere decir entonces que don Francisco decidió finalmente no modificar nada en esa reciente visita?

—No exactamente. Lo que le digo es que no me presentó ninguna otra minuta que cambiara su anterior voluntad. Y le confieso que me resultó extraño, porque se le veía muy convencido de los cambios cuando vino a visitarme. Usted sabrá que el difunto era abogado... Bien, esa circunstancia le permitía elaborar la minuta completa de lo que deseaba en términos jurídicos, es decir, me facilitaba el trabajo, puesto que el texto íntegro que aportaba yo lo transcribía a la formalidad de la escritura pública, es decir, al testamento. Aquel día, tras hacerme saber sus intenciones, se comprometió a traerme lo antes posible la nueva versión de su última voluntad. Pienso que no llegó a tiempo...

—Ya —contestó el comisario pensativo—, ¿le adelantó algo sobre esos hipotéticos cambios?

—Recuerdo que pretendía introducir un legado a favor de un señor empleado suyo...

—¿El capataz, quizá?

—Es posible. Sí. Hago memoria y sí —frunció el ceño el notario—. Puso énfasis en que yo entendiera que era un hombre muy leal y que se merecía un reconocimiento cuando él muriese. Recuerdo la pregunta que le hice en tono jocoso: «¿Y si es él quien fallece antes?».

—¿Qué le contestó?

—«Pues que se joda. No deja herederos.» Eso me dijo, y además sin la menor sonrisa en los labios... Si el legado que pensaba testar era el que me insinuó, hay que reconocer que la lealtad de ese empleado debió de ser absoluta.

—¿De qué cantidad hablamos?

—Habló de alrededor de cincuenta mil pesetas.

—¡Vaya! Gran lealtad, sí, señor. ¿Le comentó algo más?

—No, nada más. Excepto que vendría a traerme la minuta, como ya le dije...

—Debo entender, entonces —reflexionó don Casto— que el testamento que me enseñó la familia es la voluntad definitiva del difunto, si no otorgó otro posterior por mucha intención que tuviese de hacerlo...

—Técnicamente es así, como usted dice.

—¿Quizá cambió de opinión?

—Bueno, técnicamente el hecho de que el finado no modificara su testamento en la notaría no excluye al cien por cien la posibilidad de reconocer que pudo haber otra última voluntad con posterioridad a la de la escritura pública.

—A ver, ya me he liado. ¿Me puede explicar qué significa eso que dice? Con palabras más entendibles para un profano como yo, quiero decir.

—Quiero decir que existe un testamento que se llama testamento ológrafo. Se trata de la expresión de la última voluntad de una persona, pero que la lleva a cabo la propia persona, normalmente de puño y letra, con su firma, y en la mayoría de los casos no pasa por la notaría para su formalización, pero es igual de efectivo y legal, siempre que se demuestre la autenticidad de la letra y de la rúbrica, claro está. ¿Lo entiende ahora?

—Sí, pero no es el caso...

—No es el caso si realmente don Francisco cambió de idea, no tuvo tiempo de redactarlo o bien...

—O bien, ¿qué?

—Lo redactase, pero no se haya llegado a encontrar el documento. Es posible que, por intereses, de existir, nadie lo sacase a la luz.

—O que se destruyese.

—Esas ya son suposiciones policiales.

—Por supuesto. ¡No sabe cuánto agradezco su disposición y aportación al expediente! —exclamó el comisario satisfecho—. Una última cuestión: cuando se enteró del asesinato de don Francisco, ¿llegó a pensar algo sobre el asunto? Quiero decir, ¿le asaltó alguna idea o relacionó el asesinato con ese hipotético y pretendido cambio en el testamento?

—Señor comisario, los notarios damos fe de lo que

redactamos, leemos, vemos y escuchamos. En ese sentido, nuestros dictámenes son irrefutables. Los pensamientos, sin embargo, quedan al nivel de cualquier otro ser humano. Si de algo le sirve, y valorándolo con la precisa cautela, le diré que la intención de don Francisco en modificar el testamento era muy firme. Y no era hombre que cambiara de ideas en tan poco espacio de tiempo. Esa impresión me dio.

—Le reitero mis gracias. Ha sido de gran ayuda, don Leopoldo —dijo al tiempo que ambos se levantaban de la mesa—. Permítame que le invite.

—Si insiste, muchas gracias, don Casto —respondió mientras se colocaba el canotier.

Capítulo 69

La maldición de Las Tres Espadas

En casa, hablando en la cocina, Consuelo le decía a Antonia que Ana, la costurera de los Pizarro, afirmaba ahora convencida que la casa de los señoritos hacía tiempo que estaba maldita. Según ella, esa maldición había sido a raíz de que la finca pasara a manos de don Francisco Pizarro y Cárdenas, el médico, y tras fallecer su antiguo propietario, don Crispín. La historia era bien conocida por su madre y su abuela y traspasada de generación a través de ella, que contaba que el abuelo de don Paco se volvió desconfiado, más de lo que ya era. Y ambicioso. Muy ambicioso.

—Su miedo a la muerte llegó a ser enfermizo y, mire usted, las cosas de la vida que, según cuentan, el pobrecillo murió dos veces. Y ahora que ha muerto don Paco, como ha sido asesinado, la gente del pueblo comenta y revive cosas del pasado. Aquí en el pueblo, con poquita cosa ya montan una historia; imagine si es algo como lo sucedido con don Paco Pizarro.

—¿Qué dicen en el pueblo, Consuelo? —preguntó Antonia sin disimular curiosidad.

—Se lo cuento, pero no le diga nada al señorito Alfonso, que puede enfadarse conmigo.

—Pierda cuidado. De mi boca no saldrá palabra alguna. Tampoco hay que dar mucha importancia a los bulos... A ver, ¿qué dicen?

—En el pueblo aseguran que se ha cumplido la maldición de Las Tres Espadas, que así era como se llamaba la finca cuando era propiedad de don Crispín. Todo empezó cuando el ganador de la partida de ajedrez en la que se habían apostado sus terrenos..., ya

sabe, don Francisco, se hizo con la finca y se deshizo de los restos mortales de la familia de su antiguo propietario que se ocultaban en la cripta. De hecho, se obsesionó con esta. Solo él tenía una llave para entrar o salir, nadie más en la familia. Ahí fue donde la maldición tomó cuerpo y fueron ellos, los ancestros de don Crispín, quienes se aseguraron de que se cumpliera.

—Me estás intrigando, Consuelo. ¿En qué consistía la maldición?

—Que cada una de las tres espadas, defensoras de la familia, se ocuparían de acabar con la vida de los tres herederos de la finca, con los Pizarro. Que morirían violentamente, con sufrimiento y a manos de la ambición, la codicia o el odio.

Antonia sintió un escalofrío que invadió todo su cuerpo. Su mente recorrió lo que conocía al respecto de la familia, los secretos que había ido escarbando, y le fue suficiente para que, al menos, la coincidencia con la maldición de la que hablaba Consuelo fuera inquietante.

—Don Francisco, el médico bisabuelo de su esposo, murió atormentado, enterrado vivo, con lenta agonía y, como cuenta Ana, la costurera, por eso sufrió dos veces la muerte. El abuelo, el padre de don Paco, el señor don Pacorro Pizarro y Morales, igualmente falleció de forma inesperada. Una subida de azúcar sin que nadie llegara a tiempo para remediarla. Murió con convulsiones. Sobre la muerte de don Paco sobra cualquier pensamiento o comentario, ¿no cree? Quizá fue la muerte más violenta de las tres.

—¿Cómo nació esa maldición, Consuelo? Quiero decir, ¿cómo llegó el pueblo a conocerla y hablar de ella? ¿O quién la generó, de ser real? No logro entender…

—No lo sé, señorita. Yo solo sé lo que Ana cuenta, que ya le digo que tiene una memoria histórica, del pasado. Del presente nada de nada. Mire usted, ayer mismo la tuve que acompañar a Casa Rufino, porque no recordaba ni dónde estaba, ni quién era ese Rufino, y mira que ella vivió la apertura del establecimiento allá por 1890. Pobrecilla. Como le iba diciendo, ella afirma que por aquel entonces una pitonisa echó las cartas a un Pizarro. Pudo ser al médico o a su hijo, el de la insulina, ya sabe usted, el abuelo del

señorito Alfonso. Y ahí, sobre la mesa, apareció una carta: precisamente la que había dado nombre a la finca: el tres de espadas. Pero la carta apareció del revés.

—¿Y eso era malo? —se inquietó Antonia.

—Peor, era mucho peor según la costurera y sus antepasados. Decía que cuando las tres espadas asomaban al derecho ya era algo malo, pero que si lo hacían invertidas... podía llevarle a uno a la locura. Los conflictos por ambición y odio pueden conducir a ella.

—¿Y qué más?

—¿Qué más quiere, señorita? ¿Le parece poco?

—Me parece una historia turbadora y, como siempre sucede con todo bulo, no aporta soluciones ni aclara nada, solo intranquiliza. ¿No se habla del agresor, de quién interpuso esa maldición? ¿Quién ambicionaba, o quién odiaba tanto, hasta el punto de tener ese deseo?

—Yo solo sé lo que me han contado. Y hubo otra carta que se posó sobre la mesa en aquella lectura: la sota de espadas. Una figura que no tiene buen corazón, de sangre espesa y casi negra. Rencorosa, vengativa y sin miramientos más allá de sus propios intereses. Pero eso es todo lo que sé, señorita. Lo que pudo o no ver la echadora de cartas se lo llevó a la tumba ella y el Pizarro que lo escuchó, imagino.

Antonia decidió apartar sus pensamientos de aquella leyenda de maldiciones. Sintió miedo porque Alfonso era uno de ellos. Un Pizarro. La historia la agitó toda la noche; sabía que no era racional, pero al menos le tranquilizaba pensar que las habladurías se referían a tres espadas y recaían, según decían, sobre los que heredaban La Torre. Si contaba, ya habían muerto tres Pizarro, por lo que a ella respectaba, esa maldición pertenecía al pasado. Se sintió egoísta por un momento con el pensamiento, así que resolvió volver a la lectura de las novelas de «El Más Grande».

Alfonso regresaría de La Torre en una hora, más o menos. Un buen rato para desterrar sus miedos y leer.

Capítulo 70

El legado del capataz

Pepe «Gil-Robles» echaba chipas. No solía beber, pero aquel día ya empinaba el quinto vaso, apostado en la barra del Torrezno. Tomasa y su hijo, detrás de la barra, no se perdían ni una de las palabras que escupía el capataz por la boca.

—Me ha echado. ¡El señorito Gonzalo me ha echado de la finca! —balbuceaba, apoyando la frente en la palma de la mano—. Ese hombre es...

—Un hijo de puta. Dilo, hombre, y desahógate —le jaleaba Frasco.

—Después de treinta años trabajando como un cabrón, y todo por preguntar.

—¿Y qué preguntaste, Pepe? —se interesó Tomasa con expresión retorcida.

—Nada, nada, cosas mías y del señorito don Paco, que Dios lo tenga en su Gloria.

—Pues ya son solo tuyas, porque el difunto está bien difunto... —sentenció la mujer.

—Mala suerte la mía, «cago en Dios», voy a ver al comisario ese que sigue por el pueblo. A ver si me puede ayudar...

—No blasfemes, Pepe, y no te fíes de la policía, de ninguno de ellos, que la mayoría son de la secreta y cuando no dan la entrada, dan la salida, pero allá tú.

Pepe «Gil-Robles» serpenteaba por las calles, camino de la pensión de Tomasa, provocado por los vasos de vino tinto peleón del Torrezno. De manera inexplicable para quien no conociera a Tomasa, la mujer ya se encontraba en la recepción junto al joven

del *TBO* cuando el capataz alcanzó el establecimiento y preguntó por el señor comisario de policía, don Casto Aneiros.

Don Casto decidió que el mejor sitio para mantener una conversación tranquila y alejada de oídos interesados, especialmente los de la señora Tomasa, era el cuartel de la Guardia Civil, en la habitación que el cabo Miguel le había facilitado. Iniciaron la conversación. El capataz presentaba claros síntomas de haber ingerido alcohol, pero parecía que su cordura se había visto intacta por el mismo.

—Vaya coincidencia, Pepe. Me refiero a que también yo quería mantener una conversación con usted.

—¡Ah! Pues diga usted, señor comisario, diga usted.

—No, usted primero, que se interesó por verme...

—El señorito Gonzalo me ha despedido. ¡Como lo oye! Me echó de malas maneras, igual que a un extraño, como a un perro o un desconocido temporero... ¡Y después de treinta años!

El comisario asintió con la cabeza.

—Vaya, hombre. ¿Qué motivos le dio? ¿Sucedió algo?

—Yo solo le pregunté por la herencia de su padre.

—¿Le preguntó por la herencia de don Paco? Pero... ¡cómo se le ocurrió tal desatino! ¿Por qué lo hizo?

—Porque el señorito me prometió personalmente que me dejaba en ella un dinero. Y su hijo Gonzalo, cuando pregunté, me respondió que no había nada para mí. Nada. Don Paco no mentía, por eso creo que me engaña...

—Las promesas que no se escriben, son frágiles de cumplir, ¿sabe? Es posible que el difunto cambiase de opinión, ¿no cree?

—No, señor comisario, no. No es posible. Don Paco cumplía lo que prometía. Me aseguró que lo haría, que me incluiría en su testamento. Además, vi con claridad que el señorito tenía miedo...

—¿Don Paco... miedo? ¿De qué? ¿O de quién?

—Del hombre que lo amenazaba.

—Un momento, ¿de qué hombre y de qué amenazas me habla? ¿Quién amenazaba a don Paco? ¿Y por qué no me lo dijo antes, cuando le interrogué en su casa de La Torre? ¿No pensó que podría tratarse del asesino? Además, me empiezo a perder... ¿eso

qué tiene que ver con la herencia?

—No lo sé, pero algo debía haber por ahí para que aquel hombre amenazara al señorito y le pidiera dinero... y él se lo dio en varias ocasiones. O al menos eso me dijo un día.

—¿Estaba siendo chantajeado para sacarle dinero, pero no sabe de quién se trata?

—No, señor. Don Paco nunca me lo dijo y jamás lo vieron mis ojos...

—¿Y lo de la herencia? ¿A qué se refería?

El capataz entrelazó los dedos de ambas manos y quedó pensativo, fijando la mirada en la superficie de la mesa y en silencio durante unos segundos.

—Hable, Pepe, que tiene que decirme lo de la herencia. No puede ocultarme nada, estamos hablando de un asesinato.

—Yo no maté al señorito, ¡por Dios! Era como un padre para mí.

—No he dicho que lo hiciera, pero lo de la herencia que me comentaba debe aclararlo. El hecho de que supiera que heredaría lo convierte en sospechoso. Hable y dígame lo que sepa. Por su bien, Pepe.

—El señorito me dijo que me compensaría —aclaró titubeante —, que no podía darme el dinero en vida porque mucha gente se preguntaría por qué, pero que me dejaba una importante suma de dinero en su testamento. Así nadie podía sospechar nada, ya que él se encargaría de decir que mi lealtad de tantos años debía premiarse.

—¿Le compensaría, dice? Y usted, además de esa lealtad, ¿a qué se comprometió?

Tras unos eternos segundos de silencio, el capataz habló:

—A pegarle dos tiros al hombre que le amenazaba.

—Manda *carallo*, ¿sabe usted lo que está diciendo?

—Sí, señor, pero no ha pasado, se lo aseguro. Además, hubiese sido en defensa de la propiedad. Era mi obligación vigilar e impedir que nadie entrara en La Torre sin permiso del señorito. Don Paco me avisó de que el hombre podía aparecer por la finca al día siguiente de la comida de la familia, o algún otro día después,

para reclamar la cantidad por la que lo chantajeaba, y dio orden de que no le dejara entrar... Y, si lo hacía sin permiso, pues... Ya sabe usted.

—Ya sé. Que le pegara dos tiros. Pero de manera premeditada. ¡Y dé gracias al cielo de no haberlo hecho! —dijo perturbado—. ¿Qué hará usted ahora que lo han despedido? ¿Lo sabe ya?

—Por suerte, sí. Voy a trabajar en una finca de un pueblo cerca de aquí. El dueño me ha ofrecido que sea su encargado, para vigilar a los jornaleros y para lo que se tercie, que yo ya tengo experiencia en todo esto... El mundo es un pañuelo, ¿sabe usted que mi nuevo patrón estuvo a punto de comprarle al señorito don Paco, que en paz descanse, la participación que tenía de la sociedad familiar de la finca de doña Encarna? Por días que no lo hizo, que además le iba a pagar el capital entero. Se murió sin vendérsela. Mala suerte, tanta mala suerte junta...

—¿Quién le dijo eso?

—El difunto, quién si no. Yo era su hombre de confianza...

Esa información confirmaba lo que Carmen, la mujer de Ladislao, le había confesado aquella mañana de camino al cementerio.

—Bien, Pepe. Cuando se instale en su nueva casa, mándeme su dirección. Deberá estar localizable hasta que el expediente se cierre, ¿de acuerdo?

—Sí, señor, lo que usted mande.

—Siento lo de su despido, debe ser duro para usted después de tantos años...

—Muy duro, señor comisario. Pero con la cabeza reposada, pensé que era lo mejor que podía pasarme. Con el señorito Gonzalo la cosa no iba a ser igual. Nunca me miró bien y, ya ve usted, a la primera que pudo me echó, sin contar con la opinión de doña María ni con la de su hermano. Él siempre quiso ser el primero, el que más mandaba, en eso era un calco de su padre, que en paz descanse. Y ya se sabe: dos jefes no pueden mandar al mismo batallón... Soberbia tenían los dos a partes iguales, pero don Paco era más listo, ¡mucho más! Si le digo la verdad —continuó Pepe,

acercando su rostro al del comisario y atenuando la voz—, el señorito Gonzalo no es nada listo. Dentro de la sesera tiene más serrín que otra cosa. Su señora, Rosario, esa sí que es lista... Recuerdo un día en el que la señorita Rosario...

—Bueno —zanjó don Casto antes de que aquello se transformara en un interminable discurso de los del capataz—, le deseo que le vaya muy bien en su nuevo trabajo y me alegro de que no haya tenido que pegarle ningún tiro a nadie, aunque fuera un intruso, porque nos hubiéramos visto las caras. Dígame una última cosa: ¿cómo se llama su nuevo patrón?

—Don Fulgencio Castilla. Y buena finca que tiene el hombre, muy buena finca, sí, señor.

Al cabo de un rato, el comisario se sentó en un banco de la plaza. Dos señoras que mostraban su luto, enfundadas en hábitos de color marrón, ceñidos a la cintura por un estrecho cinturón de cuero negro, lo miraron de arriba abajo y cuchichearon sin tapujos. El comisario acariciaba su amuleto y su mirada se perdía más allá de los edificios que rodeaban la plaza. Miró su reloj y recordó que Guillermo llegaría en una hora. Pensaba en el documento que el notario había llamado testamento ológrafo y que contenía la última voluntad del difunto; ese documento aparecía ahora como otro posible móvil del crimen.

Cogía forma la teoría de que el documento hubiese desaparecido. Nadie de la casa lo conocía, o al menos eso dijeron. Era fácil deducir que, con esa hipótesis, el número de sospechosos de primera línea se reducía a tres personas, precisamente aquellas que podían verse afectadas por las últimas voluntades del difunto: Doña María, Alfonso y Gonzalo. La cuarta, el capataz, quien ignoraba no haber sido incluido en el testamento, como le prometió don Paco. Y como sospechosos en segunda línea, cualquier miembro de la familia que se viera perjudicado o amenazado con una disposición del finado que afectara a su participación en los negocios comunes. En este caso estaba pensando en Dionisio y también en Ladislao; aunque este último

hubiese sido descartado por su grupo sanguíneo, ambos mantenían situaciones tensas con su tío por motivos de negocios.

Sin embargo, contempló la aparición de otro elemento intrigante: el misterioso chantajista. ¿Pudo tener alguna participación en el asesinato? ¿O quizá fue el asesino con un cómplice dentro de La Torre? Por un momento recapacitó y recordó que también el odio y no el dinero pudo ser el móvil. No lo descartó y por eso decidió la conveniencia de solicitar un registro formal de la casa y de la vivienda: tenía que revisar hasta el último rincón y lograr encontrar el documento.

Al día siguiente tres agentes de la comisaría iniciaron el arduo trabajo de inspeccionar la finca y todas y cada una de las estancias de la casa. La ausencia del capataz facilitó la inspección de la que había sido su vivienda. Allí nada se encontró que sirviera a la investigación. En un cajón de una pequeña cómoda, y bajo un improvisado forro de papel de periódicos, apareció la fotografía de un niño pequeño, sonriente, bien peinado y sentado en lo que parecía un desgastado pupitre de colegio. Se la entregaron al comisario y reconoció en ella al hijo de Pepe «Gil-Robles». El chaval que había muerto sin gloria y, con ello, procurado el ascenso de su padre. Una sonrisa y una mella entre sus dientes fueron el único recuerdo. La fotografía debió permanecer allí durante años y ahora esa sonrisa revivía, como si el tiempo no hubiera pasado. A veces los recuerdos son dolorosos y se esconden en una cómoda, bajo el forro de periódicos. Para no olvidar. También para no recordar a diario. Don Casto pensó que su padre, después de tantos años, se había olvidado de que había allí el recuerdo de su hijo, por eso introdujo la fotografía en un sobre y se prometió que la restituiría al capataz.

La Torre fue registrada con la mayor prudencia policial, hasta el último rincón. Pese a todo, el documento no apareció. A lo mejor nunca había existido, pensó don Casto, excepto en la intención frustrada del difunto, y el notario tenía razón al aventurar que don Paco no había contado con el tiempo suficiente para dejarlo por escrito. De ser así, el móvil desaparecía y debía encontrar otro que diera cobertura y razón de ser al homicidio.

Justo antes del almuerzo, tras la frustración de aquella búsqueda poco fructífera, Guillermo y él se fueron a tomar algo juntos y por la tarde irían a la misa de difuntos de don Paco. Era la primera del Triduo Sacro, financiado por doña Adela, como no podía ser de otra manera.

Capítulo 71

La misa del Triduo Sacro

Don Julián presentaba un rostro demacrado. Era su primera misa del Triduo Sacro en memoria de don Paco y la última que celebraría en Camino de Piedras. Ya había anunciado que al día siguiente emprendería su marcha con destino a Navarra y, desde allí, tras un periodo de meditación y ejercicios espirituales, se le asignaría otra parroquia.

De nuevo la iglesia se abarrotó de las gentes del pueblo. La familia Pizarro estaba al completo, incluida doña Encarna, que en esa ocasión había acudido. Casi al comienzo de la ceremonia, y al ver a toda la familia reunida, don Casto susurró al oído de su ayudante:

—Han venido todos, Guillermo. Pienso que querrán asegurarse de que efectivamente está muerto.

—¡Dios! Es usted más irreverente que yo, que soy joven...

—No, lo que soy es más joven que tú. Al menos de aquí —le rebatió, golpeándose la cabeza con su dedo índice—. Lo dejamos ya.

—Sí, mejor, jefe.

—¿Te has fijado en el semblante del cura, hijo?

—Cetrino. ¡Buf!

—¿Y el rostro de doña Adela?

—Humm..., celado.

—Enigmático, oculto, ¿quizá apesadumbrado? No lo sé. Es igual que una muñeca de porcelana. Inexpresiva. ¿Qué crees que están pensando esos dos?

—Jefe, no tengo ni idea. Es más, diría que no piensan nada.

—De eso ni hablar. Se están observando sin mirarse. ¿Qué esconden?

—No soy capaz de vislumbrar nada. Mi capacidad de percepción es limitada. Y usted, ¿qué ve?

—Ausencia, eso percibo.

—¿Ausencia? ¿De qué?

—De fe.

Guillermo se limitó a mirar al frente y respirar, ahora de manera más profunda, dando por hecho que se trataba de otro de los comentarios ateos de su jefe.

—No me entiendes, ¿verdad? —insistió el comisario.

—No le sigo, jefe. No puedo ir a su ritmo mental. ¿Qué coño tiene que ver la fe en todo esto?

—Todo. Tiene que ver todo. Ellos han perdido su fe. El uno del otro. ¿Por qué? Algo rompió ese lazo cómplice que los unía, entre beata y clérigo. Se quieren ignorar.

—Puede ser que la mujer esté dolida con la marcha del sacerdote, después de lo mucho que hizo ella por la iglesia...

—Es posible, cierto. O es él quien está dolido con la mujer por algún motivo.

—Y del resto, ¿tiene algo que decir?

—Son indolentes. Míralos bien. Se mantienen serios, impertérritos. Intento escudriñar, pero un muro me impide ir más allá, y sé que en una de ellas está el asesino.

—*In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti*. Amén.

Finalizada la ceremonia de difuntos, todos salieron a la plaza, frente a la entrada. De nuevo los saludos, condolencias y pésames de las gentes del pueblo no se hicieron esperar; estos se acercaban a los familiares con el aparente —y único— propósito de ser vistos y recordados. La viuda y doña Adela se marcharon a La Torre escasos minutos después.

Don Casto percibió que el Rafael periodista mantenía conversación con una mujer a la que no había visto antes en ningún otro momento. No pudo evitar acercarse a ellos. Guillermo

lo siguió.

—Buenas tardes, jóvenes. Bueno, todo lo buenas que puedan ser tras una misa de difuntos... —dijo a modo de saludo, al tiempo que levantaba con educación el borsalino—. Soy Casto, el comisario. ¿Y usted...?

—Ella es María. La señorita María, cuñada de Alfonso Pizarro. Está de paso por el pueblo. —La presentó Rafael, viendo el evidente interés del comisario por saber de quién se trataba.

—¡Ah! Es usted la hermana de doña Antonia. Encantado. Mal momento para visitar el pueblo, aunque supongo que la visita ha sido provocada precisamente por esta trágica circunstancia...

—Sí, claro. Así ha sido.

—Y a usted, periodista, ¿qué tal le va?

—No me quejo, comisario. ¿Qué tal su investigación?

—Muy bien. Estamos muy cerca de la resolución del caso. Muy cerca de él. Del asesino, quiero decir.

—¿Asesino? ¿Se refiere a que fue un hombre?

—Sí, descartada una mujer. Todo indica que fue un hombre quien cometió el asesinato.

—Y el arma homicida ¿la encontraron? —se interesó el periodista.

—Quiere usted saber demasiado, joven. Le diré que aún no, pero la encontraremos. Sabemos más de lo que el asesino se cree. No lo dude —le aseguró con firmeza—. Bueno, es hora de marchar, ¿te parece, Guillermo?

—Lo que usted diga, jefe —respondió el inspector haciendo un gesto de despedida a la pareja.

—Ha sido un placer, señorita. Adiós, Rafael —se despidió don Casto tocando de nuevo el ala de su sombrero.

Dos pasos después, el comisario se volvió hacia el periodista.

—Por cierto, ¿hablamos mañana unos minutos?

—Mañana no es posible, don Casto. Salgo de viaje —le dijo mirando de soslayo a María.

—¿Se va usted fuera? ¿Por trabajo? ¿Durante mucho tiempo?

—No creo, un par de días.

—Bien. Avíseme cuando llegue de... ¿Me ha dicho adónde

iba?

—No, señor comisario. Le avisaré a mi regreso. Cuente con ello —contestó Rafael sellando el tema sin alimentar con más información la curiosidad del comisario.

—¿Por qué le ha dicho usted que estamos muy cerca de resolver el crimen? Y también sobre el arma utilizada... —se interesó su ayudante en su camino de vuelta al centro del pueblo. Guillermo no entendía esa espontánea «sinceridad» del comisario.

—Los periodistas no solo escriben, también hablan mucho, ¿sabes? Y si están con una mujer, más aún. Seguro que, si no es él, la chica se lo comentará a su hermana Antonia y esta a su esposo Alfonso y este a la familia y es seguro, diría yo, que llegue a oídos del asesino, quien también es probable que se ponga algo nervioso. Si nuestra experiencia investigadora no falla, un criminal nervioso y con dudas sobre su anonimato y miedo a ser descubierto realizará movimientos. En ocasiones, torpes. Repasará el lugar del crimen por si se dejó algo que pudiera implicarlo. Su inseguridad le puede traicionar, por eso si aseguro que estamos convencidos de encontrar el arma homicida, ¿intentará ver si continúa aún donde la dejó? ¿Habremos conseguido que la cambie de lugar para mayor seguridad?

—Muy bien, comisario. Por cierto, ¿de qué quiere hablar con el periodista?

—Antes de saber que marchaba de viaje, pretendía averiguar a qué vienen tantas charlas con Rosario. Me consta que se han visto en varias ocasiones y, al menos un par de ellas, en una cafetería a la entrada del pueblo, alejada de todos y de todo. Seguro que tiene relación con este asunto... En este pueblo no hay secretos. Basta con entrar en un bar con el único propósito de tomarte un café, para que al salir te lleves, además del café, la información con todo lujo de detalles sobre la operación de un quiste en el culo que le hicieron a un vecino del cantinero hace unos días. ¡No pueden callar nada! Sobre los demás, quiero decir...

Guillermo no supo si reír o reaccionar con pudor a la anécdota.

—El cantinero me confesó casi en susurro, aunque es posible

que el palillo de dientes que tenía permanentemente en la comisura de los labios le impidiera abrir más los labios, que un periodista y la señorita Rosario se vieron y tuvieron una conversación que a él le pareció muy misteriosa y que me lo decía solo a mí, cosa que no me pareció muy convincente viendo alrededor, dado que yo era un señor comisario que intentaba averiguar lo que pasó en La Torre. Que él no quería descubrir ni acusar a nadie, después de cantar pidió que no le delatase Aquí el que más y el que menos tira la piedra y esconde la mano.

—Ya veo, ya...

—Además de esta circunstancia, el hecho de que Rafael salga de viaje me intriga también. Es posible que no tenga relación con nuestra investigación, pero no sobra saber, ¿no te parece?

—Cierto. Lo que usted diga.

—Siempre dices lo mismo. No me hagas la pelota, que ya sabes que a mí eso ya no me engorda...

—¡No le hago la pelota! Solo pienso que tiene razón. ¿Es malo coincidir con usted en casi todo?

—No. La verdad es que no lo es, pero dime una cosa: ¿apreciaste el titubeo de tu amigo el periodista? ¿Qué pensaste cuando dijo que saldría de viaje?

—No es mi amigo, jefe. Me cae bien, eso es todo. Y sí, noté cierta contrariedad. Por un instante pensé que se trataba de alguna indagación sobre el otro artículo que está preparando. Eso fue lo primero que me vino a la cabeza.

—¿Otro artículo? ¿Qué otro artículo y por qué lo sabes tú? ¡Pero si me acabas de dar la razón cuando he dicho que el viaje guardaba relación con nuestra investigación! Ahora me sales con que hay otro artículo, del que parece ser que sabes algo...

—No, jefe, no. Quizá no me expliqué como debía. Cuando le dije que estaba de acuerdo con usted me refería en concreto a que «no sobra saber». Esa fue la pregunta que me hizo, y no otra.

Don Casto lo miró fijamente durante apenas unos segundos que a Guillermo le parecieron eternos.

—¿Qué pasa?

—Que vas camino de ser un buen inspector de la policía. Eso

pasa. Y ahora dime: ¿puedo saber de qué va ese artículo de «tu amigo» el periodista?

Se dirigieron al Torrezno. Con dos cervezas, las palabras fluían sin pereza y allí el inspector le confió lo que el periodista le había relatado: la historia del misterioso escritor. Lo que no sabía don Casto era que estaba a punto de llevarse dos historias por una: la del escritor y una historia de primos. Fue a propósito de esa visita al mesón el Torrezno que el comisario y su segundo coincidieron con los dos primos, Francisco y Juan, que conversaban sentados en una mesa alejada de la barra, junto a un enorme tonel de vino. Se saludaron y el comisario no pudo frenar su instinto investigador. Se acercó a ellos mientras se despojaba del sombrero.

—Buenos días, señores. ¿Disfrutando de una cerveza fresquita entre primos?

—Y amigos, comisario. Buenos días. Lo de primos es circunstancial. Nos vino hecho —afirmó Francisco.

—Eso está bien. Ser de la familia es una imposición y, si lo deseas, no obliga a nada más, pero lo de amigos...

—Sin ánimo de sobornarlos, me gustaría invitarlos a una cerveza —interrumpió Juan, al tiempo que hacía un gesto con la mano a Frasco, que observaba detrás de la barra.

—Gracias, con mucho gusto aceptamos su invitación. Sobre el intento de soborno, ya lo meditaré más adelante —contestó don Casto sarcástico.

El comisario y Guillermo se acercaron a la barra, donde los esperaban las dos cervezas que Frasco se apresuró a servir. Junto a él, su madre, Tomasa, los esperaba de brazos cruzados, con una inconfundible mirada que parecía insinuar «¿me van ustedes a preguntar algo? Seguro que sí. Pregúntenme». El comisario la miró y sonrió.

—Parecen buenos chicos estos Pizarro —afirmó don Casto en voz baja.

La mujer lanzó su mirada a los dos primos, que continuaban conversando, y torció los labios, señal palmaria de que, de un momento a otro, escupiría alguna que otra crítica.

—Esos sí que son una vergüenza para la familia y para la gente decente del pueblo —dijo sin quitarles la vista de encima y con un ademán de desprecio.

—Vaya, ¿qué han hecho esos dos, señora?

—Bien sabe Dios que a mí no me gusta criticar ni meterme en la vida de nadie. Allá cada cual dentro y fuera de su casa —añadió sin pudor ante el asombro sin disimulo del inspector. Entonces se acercó a los policías y musitó—: todos en el pueblo saben que son maricones. Siempre que pueden están juntos y solos. Ninguno tuvo novia y el Eusebio, el tonto, los vio un día en un corral abandonado haciendo marranadas, «igual que monta el caballo a la yegua», eso decía el Eusebio a los cuatro vientos, pero como es tonto, y ellos son Pizarro..., le callaron bien la boca. Don Paco se encargó de eso y también de atar en corto a sus dos sobrinos. Menudo era el señorito para los escándalos en la familia. Prácticamente no les permitía que se vieran a solas, salvo en las fiestas familiares y poco más. Me imagino lo que habrán disfrutado con la muerte de su tío. Seguro que le odiaban. Son unos depravados. Peor que los rojos, creo yo.

—Es grave lo que usted afirma, señora —sentenció el inspector.

—Y tan grave, ¡y porque son Pizarro, insisto! Otros ya estarían entre rejas y con una buena paliza, a ver si así cambiaban de gustos..., pero sepan que yo solo cuento lo que dicen los demás, ninguna otra cosa sale de mi boca.

—Diría que mantienen una charla muy animada —aseveró el comisario, quien dejó de prestar atención a las palabras de Tomasa por un momento.

—Sí, llevan un buen rato. Juan le ha estado hablando de la venta de una parte del negocio de la finca de doña Encarna. No es que yo me preste a escuchar las conversaciones de las gentes, pero al pasar en un par de ocasiones junto a la mesa, escuché decir a Juan que su hermano Ladislao llegó tarde y no pudo impedirlo porque «el hijo de puta del tío Paco» le mintió. Me pareció oír que la vendió días antes a un agricultor con mucho dinero de un pueblo cercano que conocen todos en Camino de Piedras. Yo les

digo, y no me equivoco, que esos dos no son de fiar, señores agentes. No lo son, créanme. Ningún maricón lo es.

Los dos policías abandonaron el bar. De camino a la salida saludaron a los dos primos, que continuaban conversando y quienes correspondieron con una mirada desconfiada.

—Se me ocurre una pregunta, joven —dijo el comisario a su ayudante, mientras cruzaban la plaza—, ¿qué dirá Tomasa de nosotros dos? ¿Tendrá ya alguna historieta sobre nosotros...? Yo creo que sí. La mujer es una auténtica profesional del chismorreo. Disfruta hurgando.

—Igual que la policía, jefe.

—Tienes razón, joven. Igual que la policía.

Capítulo 72

A Trujillo con María

Rafael debía rematar la historia. Diversas columnas de relleno y sin enjundia sobre la investigación del asesinato no eran suficiente y los lectores necesitaban más carnaza. Por el momento, evitaba publicar las intimidades que conocía de los Pizarro en sus artículos, y, en otras circunstancias nada le hubiese impedido hacerlo, pero en esta, su amistad con Antonia y con María le suponían una barrera infranqueable.

Se había comprometido con el periódico a cubrir una historia, la de Antonio, el Pizarro deforme y su coincidencia con el enigmático escritor. Sería exclusiva y publicada al menos en dos tiradas dominicales, a lo mejor en tres. Su jefe lo tenía bien agarrado por las pelotas (o al menos así se sentía) y no solo debía averiguar de una vez por todas la verdadera identidad del escritor que firmaba con el pseudónimo de «El Más Grande», sino que esa persona fuera el Pizarro que había escapado de la cárcel familiar. Si todo coincidía, la historia podía revestirse de un halo de misterio, compasión e incluso de ternura. Hasta el momento, todo aquello que el periodista conocía de la familia era negativo. Pero si lograba describir la historia de un hombre bondadoso, un Pizarro distinto, al menos suavizaría la imagen del resto de la familia, ajena al cainismo que mostró en vida el patriarca, don Paco, con su propio hermano. También era consciente de que ni el mejor blanqueo de imagen sería suficiente para disimular los borrones que manchaban semejante apellido, pero esto ya lo sabía inevitable (y tampoco era su intención).

Con ese objetivo, le propuso a María que lo acompañara hasta

Trujillo. Pensó que era una posibilidad para descubrir la identidad del escurridizo escritor, como también para declararle su amor a la joven. El alejamiento del pueblo y la soledad, ahora de ellos dos, le brindaba la oportunidad de no dejar pasar, por segunda vez, su deseo hacia María. El tren los llevaría hasta Cáceres y, desde allí, en autobús, a Trujillo. En el viaje, sentados en bancos de listones de madera, María le fue confesando las advertencias de su hermana Antonia sobre el improvisado e inesperado viaje a Trujillo.

—Si nuestro padre se entera... —me dijo Antonia anoche.

—¿Y tú que le has dicho? —preguntó Rafael, intrigado.

—Le he dicho, simplemente, que si nuestro padre había cumplido los setenta y ocho años, yo también había cumplido veintinueve y que esta circunstancia, por simple que pareciera, significaba que era mayorcita de sobras para saber lo que hacía y lo que quería.

—¿Y qué es lo que quieres, María?

—¿Ahora? Ir a Trujillo. Reconozco que la historia esta del escritor me tiene atrapada...

Por la velocidad a la que se veía el paisaje árido a través de los ventanales del vagón, parecía que estuviese deseoso de escapar de las miradas. Rafael abandonó la suya en el rostro de María. La contempló y le pareció igual que hacía quince años, o mejor. Su piel no había envejecido, se había transformado en algo maduro y terso. Sus firmes pechos, desafiantes, alentaban las caricias perdidas, aquellas que el tiempo habrá borrado y el recuerdo resucitaba con fuerza y pasión. Sintió la excitación que le impulsó a coger su mano.

—¿Qué haces? —preguntó ella sin sorpresa.

—Coger tu mano y decirte que te quiero.

El silencio de ambos se impuso más allá del traqueteo del tren. Era un silencio cómplice, aquel que se había mantenido durante años, esperando despertar algún día. La oscuridad de un túnel propició que sus labios se fundieran y sus cuerpos temblaran al hacerlo: el deseo se convirtió el protagonista en las sombras. Cuando la claridad volvió al compartimento, este no reprimió el abrazo ardiente de Rafael y María.

—Puede venir alguien —susurró ella ruborizada.

—¿Y qué? —le contestó, volviendo a besarla sin timidez.

Nadie se acercó, y los besos, las caricias y la pasión no cesaron hasta que un revisor con mirada inquisidora los informó de que llegaban a Cáceres.

Capítulo 73

Un hombre misterioso

El autobús los acercó hasta la Plaza Mayor. La noble ciudad de Trujillo era como un museo en el que las señoriales casas, los palacios como el de la Cadena, de Juan Pizarro de Orellana, de la Conquista y los templos e iglesias como la de Santa María la Mayor, se rendían al castillo, una fortaleza enclavada en lo alto del cerro Cabeza del Zorro, que la hacía visible a muchos kilómetros de distancia. La Plaza Mayor se señoreaba con la estatua ecuestre de Francisco Pizarro, conquistador del Perú. Otros exploradores nacidos en la ciudad, como Diego García de Paredes y Francisco de Orellana, dieron gloria y honor.

Paseaban contemplando los edificios e imaginando cómo sería antes de que los indianos procedentes de América construyeran las casas y palacios, convirtiendo la plaza en el centro de la vida social de Trujillo. Seguro que comerciantes, artesanos y arrabales la ocupaban en su totalidad.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Rafael en voz alta.

—Me gustaría ver a la patrona —resolvió María.

—Hecho. Vamos al castillo.

La fortaleza estaba defendida por varias torretas cuadradas, dos de ellas flanqueando la puerta principal, y en un arco de herradura se encontraba la imagen de la Virgen de la Victoria, patrona de Trujillo, tallada en duro granito, símbolo de la reciedumbre del lugar. Pasearon por el Barrio Viejo de la villa, como llamaban al interior del recinto amurallado. Rezaba una tradición que fue la aparición de la Virgen María la que concedió la reconquista de Trujillo por los cristianos. A partir de entonces,

en 1232, se adoptó de patrona de la ciudad como la Santísima Virgen de la Victoria.

Regresaron a la Plaza Mayor y desde ahí decidieron empezar la búsqueda por la única pista que Rafael tenía: la dirección del apoderado del escritor. Según los datos facilitados por el registro, vivía en la calle Victoria, número 22 y su nombre completo era José Manuel Casado Correa.

Llegaron al domicilio del misterioso y desconocido apoderado de «El Más Grande». Era una casa de dos plantas, situada al final de la calle. Parecía enjalbegada hacía poco. En la primera planta, dos ventanas flanqueaban un minúsculo balcón, protegido por una persiana. La puerta de entrada era de madera, pintada de color marrón oscuro y brillante. Toda ella estaba bien conservada.

Insistieron, golpeando en repetidas ocasiones la aldaba de hierro con forma de puño, con la inquietud y esperanza de ver al hombre que se llamaba José Manuel y cuyo nombre, al menos, coincidía con el de aquel amigo de la ficción literaria del autor.

Sin vestigios de que la casa estuviera habitada. Sintieron la frustración de haber realizado un viaje inútil. La suerte que imaginaron se trocó en impotencia. Rafael no poseía ningún otro dato que lo acercara al enigmático personaje. Se encontraba desarmado ante los obstáculos, pero no quería sumirse en la derrota ni mucho menos rendirse. Miró a María y pensó que el viaje no había sido en vano. Había declarado su amor y ella le había correspondido. La besó en la mejilla y agarró su mano.

—No nos iremos de Trujillo con las manos vacías —determinó —. Si es necesario, preguntaremos casa por casa si saben de José Manuel Casado Correa. Seguro que aquí se conocen todos y hasta es posible que nos faciliten otra dirección o algún dato que nos conduzca hasta él. ¿No te parece?

—Por intentarlo no perdemos nada. Además, no tenemos otra cosa que hacer —dijo ella convencida.

Fueron llamando casa por casa y puerta tras puerta, preguntando por la existencia de su vecino ausente. En los pueblos, los paisanos suelen ser desconfiados, cautelosos y reservados cuando desconocen a su interlocutor, más aún si vienen de la

ciudad. La información que obtuvieron les indicó que la mayoría apenas conocía al vecino. Algunos afirmaban con palabras enmascaradas en latente desconfianza que era un paisano de toda la vida del pueblo, pero que no hablaba demasiado. Al parecer convivía con un amigo suyo que no se dejaba ver. Fue todo lo que aportaron casi una treintena de vecinos del barrio. Sabían mucho más de lo que decían, se apreciaba cuando los miraban de arriba abajo mientras contestaban. Parecía que el asunto terminaría ahí. Si los vecinos apenas lograban aclarar nada más, cualquier oficina del ayuntamiento no facilitaría ningún otro dato sin un motivo poderoso, así que era inútil intentarlo siquiera. Aquella escasa información era, en el mejor de los casos, lo que se iban a llevar de vuelta a Camino de Piedras.

Pasearon hasta el comienzo de la calle Victoria. Allí, se encontraba la última casa por visitar, un rincón con un pequeño jardín a la entrada en el que probarían suerte. Frente a ellos apareció una mujer de aspecto sosegado. Sorprendida, escuchó sin hostilidad en su mirada las preguntas que le hicieron. Dudó unos segundos antes de invitarlos a pasar al interior de la casa.

Rafael optó por contarle la historia que los había llevado hasta Trujillo. La predisposición de la mujer, que dijo llamarse Valentina, le invitó a no guardar ningún secreto. No había otra razón que no fuera la de completar una historia, la de un hombre castigado por la vida, coartado por su propia familia y que quiso renacer. Eso era todo. Esperar a que la verdad saliera a la luz. Si el escritor era un Pizarro, se haría justicia, y si no, su historia escrita en papeles sería el más justo reconocimiento a su existencia.

Valentina sacó un pequeño pañuelo, que escondía en el canalillo de sus pechos, y secó unas lágrimas que no pudo reprimir.

—Pobrecillo —dijo entre sollozos.

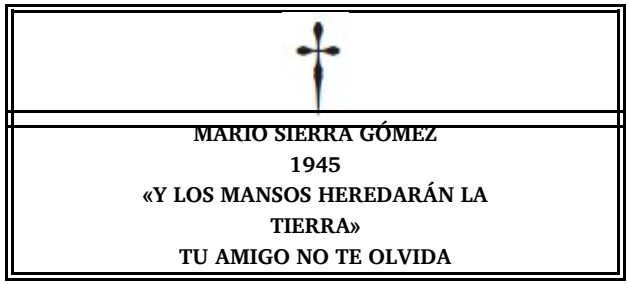
—¿Conoce a José Manuel?

—Sí, hace años. A él sí lo conocí. Vivía con un amigo que era escritor. Eso me decía, pero no lo vi nunca y no puedo aseguraros que ese hombre fuera el Pizarro que buscáis. Sé que se llamaba Mario. Pasaban gran parte de su tiempo en Madrid. Apenas veía a José Manuel. Cuando se marchaban, casi siempre lo hacían de

noche. Yo me encargaba de limpiar la casa hasta su regreso. Necesitaba dinero y cuidar de mi hijo... hasta que me casé. En el pueblo ellos pasaban periodos muy cortos y regresaban de nuevo a la capital.

—¿Dónde podemos localizar a José Manuel, o mejor, a su amigo el escritor?

Valentina quedó perpleja. Dijo no saber dónde residía José Manuel, fuera del pueblo. En cuanto a Mario, el escritor, les desveló una dirección que heló la sangre en sus venas.



La Iglesia de la Vera Cruz quedó encerrada entre los muros del cementerio que llevaría su nombre. El año de 1870 se grabó en la piedra del frontón de la puerta de acceso al camposanto. En aquel cementerio de Trujillo se mezclaban los estilos del romanticismo, neoclasicismo y eclecticismo de múltiples panteones, que mostraban sin pudor las clases sociales que dominaban la ciudad: los nobles, élite y paradigma del pueblo, que se enterraban en suntuosos panteones. La burguesía, clase invasora de los medios de producción y el consumo, que envidiaban reposar en panteones similares, y la clase más baja, los obreros, que recibían sepultura en el suelo o en sencillos y modestos nichos. «El Más Grande» quiso que lo enterrasen en el suelo, cercano al patio de los curas. Allí, bajo la tierra, tal vez soñó que nacerían flores sobre su tumba. Al fin, algo bello que mostrar.

La lápida, de un mármol blanco, derruía algunos de los sueños e ilusiones de Rafael, pero también destapaba nuevas incertidumbres. En un saliente del mármol, unas flores marchitas reposaban, impacientes por que otras las sustituyeran. Ambos, Rafael y María, quedaron inmóviles frente a la lápida. No se

atrevían a hablar. Tampoco a pensar; pensar descubriría la verdad y la verdad era decepcionante. ¿Quién reposaba en aquella sepultura? ¿Antonio Pizarro, el de verdad? ¿Un escritor? ¿«El Más Grande»? Las publicaciones de sus obras se sucedieron tras la muerte de Mario Sierra Gómez, en 1945. Una cosa era cierta: sepultaron un ataúd más pequeño de lo habitual. Como para un hombre bajito, o un niño, o quizá un enano.

Ante semejante descubrimiento, decidieron pasar la noche en una pensión del pueblo de la calle Granito. Por suerte, la pensión no era exigente a la hora de conocer quién compartía cama con quién. ¿Identificación y declaración de parentesco? Marido y mujer, dijeron ellos y así, de esa manera, la noche ocultó su secreto y alimentó la pasión de la pareja. Perdieron la noción del tiempo, envueltos en el calor y el sudor de sus cuerpos, que no cesaban de entrelazarse, gozando de cada rincón inexplorado. Lloraron emocionados y el alba los avisó de que debían regresar a Camino de Piedras.

La claridad traspasaba la ventana del dormitorio con implacable osadía. Rafael cubrió su rostro con las sábanas, saboreando el olor de la pasión, y le confesó a la mujer que permanecía a su lado:

—El escritor deseaba que nadie conociera su origen. Se preocupó de eliminar cualquier pista que pudiera llevar hasta él.

—¿Por qué lo dices?

—En la lápida solo se grabó la fecha de su fallecimiento. Oculta de manera premeditada cuándo nació. También su apoderado se ocupó de que solo se gravara su nombre, un nombre desconocido para la mayoría de los mortales y que nadie identificaría con un famoso escritor. ¿Sabes otra cosa que pienso? La mujer que vimos, Valentina, estoy seguro de que es Andrea.

—No te entiendo...

—Que Valentina es la inspiración del personaje de Andrea en el libro de «El Más Grande». La mujer prostituida que ayudó a aliviar la pasión de Mario. Es probable que no se atreviera a confesarnos la verdad y que actuase por necesidad, como una prostituta. Sintió vergüenza, creo. Estoy convencido de que lo

conoció a la perfección y en la intimidad. No me atreví a insistir por respeto a la mujer.

—¿Por qué estás tan seguro de esa coincidencia? ¿Sin pistas o más argumentos?

—Porque le he estado dando vueltas y el escritor pudo tener algún conocimiento sobre antroponimia. Me refiero al estudio de los nombres propios de las personas, sus orígenes y significados. El nombre de la mujer, Valentina, que sería Andrea en la vida real, y el del personaje significan lo mismo. Mario lo sabía. Conocía que ambos nombres representaban lo mismo.

—¿Y qué significado es ese?

—Arrojo, fuerza, valentía... Las cualidades de la mujer que le regaló su amor.

Capítulo 74

Con dos tiros en el pecho

Pudo ser una pesadilla, pero no. Era real que llamaban con insistencia a la puerta de su habitación. Miró el reloj: una hora intempestiva, las tres y quince minutos de la madrugada. Los golpes en la puerta se sucedieron.

—¡Señor comisario, señor comisario, abra usted! Es muy urgente —se escuchaba decir a una voz que identificó como Tomasa.

—*Xa vai, xa vai, oh!* Espere un segundo, señora. ¿Qué sucede? —preguntó mientras observaba con la puerta entreabierta el rostro de la mujer, que cubría su cabeza con una horrenda redecilla de tul rosa pálido, rebozada toda ella de una bata de igual color.

—¡Una desgracia, don Casto! ¡Otra! ¡En La Torre! Ha llamado el señorito Gonzalo y me ha dicho que lo despierte, que ha matado a un hombre. A un ladrón que entró en la casa... ¡Dios mío!, ¿qué está pasando en el pueblo?

—Cálmese, señora. Me visto y enseguida bajo. Cálmese... ¿Cómo puedo ir hasta La Torre?

—El señorito Alfonso le espera en la puerta en su coche.

Tardó lo menos posible en acicalarse (no así en despertarse) y en nada ya viajaba junto a Alfonso, quien al volante decía:

—No sé mucho más, señor comisario. Al parecer un hombre entró en la finca para robar... —le indicó.

El coche se abría paso por una tormenta de final de verano que impregnaba el ambiente de olor a tierra mojada. Entre los nubarrones se apreciaba a lo lejos la silueta del campanario. A escasos metros de la cancela, un coche, que permanecía

estacionado en la cuneta, llamó su atención. Alfonso abrió la cancela y el vehículo se detuvo junto al portal de la casa, donde esperaba Gonzalo. Junto a él estaban Rosario, doña María y la sirvienta con un rostro tan macilento que parecía ser ella la muerta. Don Casto se acercó hacia ellos y vio cómo Gonzalo le señalaba, con un movimiento de la cabeza, hacia una dirección cercana del jardín. El comisario buscó en la oscuridad hasta apreciar un bulto en el suelo que se ocultaba bajo una manta pequeña.

—¿Usted lo cubrió? —preguntó el comisario.

—Sí, fui yo —respondió Gonzalo.

—No debió tocarlo...

—Tan solo lo cubrí para que las mujeres no lo vieran.

—Bueno, ya está hecho. Hay que avisar al juez y a Miguel, el cabo de puesto de la Guardia Civil —decretó don Casto, mientras se acercaba inclinándose al cadáver.

La lluvia había cesado de golpe, mientras una suave brisa acariciaba su rostro, provocándole un escalofrío. Apartó la manta y observó los disparos envueltos en un charco de sangre. Dos certeros, que se incrustaron en el pecho, próximos al dorsal derecho del cadáver. El hombre aparentaba tener entre cincuenta y cinco y sesenta años. Vestía bien, un pantalón gris claro y una camisa blanca. Estaba empapado. Se intuía que la tormenta le había sorprendido sin otra prenda con la que protegerse.

Don Casto se colocó unos guantes y extrajo del bolsillo una cartera. La ojeó durante unos segundos y la guardó en el bolsillo de su cacheta dentro de una bolsa gris. Se incorporó y volvió a cubrir el cadáver.

—Hay que esperar a su señoría —afirmó—. ¿Puedo hacer una llamada telefónica a la central?

—Por supuesto —contestó Gonzalo—, el teléfono está en el despacho, en mi mesa. Pase usted.

—Gracias. ¿Podrían dejarme a solas mientras hablo? —preguntó el comisario una vez lo habían conducido hasta la sala en cuestión.

—Sí, claro —dijo Alfonso, cerrando unas puertas correderas

de madera.

Transcurrieron unos diez minutos hasta que la puerta anunciara abrirse con un suave roce sobre sus guías metálicas.

—Bien, gracias —indicó—. Ahora dígame qué ocurrió.

—Yo estaba trabajando en el despacho, ordenando documentos y papeles... —comenzó a narrar Gonzalo.

—¿A qué hora? —lo interrumpió el comisario.

—Pues, creo que comencé a trabajar aproximadamente a las doce y treinta de la noche...

—Trabaja usted hasta muy tarde —indicó severo el comisario, mientras anotaba en su agenda.

—Bueno, debía preparar documentos para esta misma mañana...

—Ya. Lo entiendo... ¿Y?

—Una hora después me pareció escuchar ruidos, movimientos de algo o alguien por el jardín. Al principio no le eché cuenta y seguí trabajando, pero minutos después volví a escuchar los ruidos, y en esa segunda ocasión con mayor nitidez. Eran pasos en el jardín. Seguro. —La voz de Gonzalo viajaba rápida—. Abrí las cortinas del ventanal que da a una parte del jardín, pero no vi nada. Me volví a sentar en la mesa y los pasos, inconfundibles, volvieron. Los aprecié cercanos. Alguien merodeaba por los alrededores de la casa. Estaba seguro de ello. Me dirigí a la puerta y la abrí un poco. Lo suficiente para fisgar algún bulto o algo, pero no vi nada. Reconozco que me asusté, porque sentí la presencia de alguien y temí estar poniéndome en peligro. Por eso cuando volví al despacho abrí el armero.

Alfonso, de pie entre ambos hombres, prestaba atención a la narración de su hermano.

—Cogí la escopeta y, esta vez desde el umbral de la puerta, pregunté quién andaba por ahí. Nada. Solo el silencio. Volví a gritar y en esta ocasión alertando con disparar si no salía de la propiedad. En unos segundos vislumbré una silueta, que se acercaba de forma amenazante a escasos quince metros, quizá menos. Dos veces le grité que se mantuviera quieto. No lo hizo y me vi obligado a disparar. Me pareció que el malnacido quería

atacarme...

—Lo entiendo. ¿Le pareció que llevaba algún tipo de arma?

—No vi nada, excepto a alguien en la noche y en mi propiedad, que se acercaba de manera decidida, impulsiva y sin identificarse, por más que se le exigió.

—No llevaba arma alguna, pero sí —indicó el agente—, puede ser un supuesto de legítima defensa: repeler una hipotética, pero más que evidente agresión. ¿Cuál piensa usted que era su intención?

—Robar —respondió rotundo—. Si no, ¿a qué venía?

—No tiene pinta de ladrón —afirmó el comisario—, pero bueno, también es cierto que las apariencias engañan en muchas ocasiones.

Después de escuchar las declaraciones del afectado, el comisario trató de recabar toda la información posible por parte de los presentes. Doña María y la joven ayudanta de la cocina, Pepa, no escucharon nada hasta los disparos (doña María padecía de una sordera en un porcentaje nada comedido y se había despertado con los disparos y, como era de esperar, la chica sordomuda no escuchó nada, ni siquiera los disparos). Concha, la cocinera, dijo que oyó gritar al señorito en una ocasión y después el ruido de unos disparos. En ese momento despertó a la joven, que dormía plácidamente —algo bueno debía de tener el ser sordomuda—, y ambas bajaron deprisa.

Dolores, la sirvienta, dijo que le pareció oír chirriar la cancela de fuera y también cómo se cerraba la puerta de entrada de la casa. Después un ruido muy fuerte de disparos. Corrió despavorida y vio al señorito Gonzalo sudando o empapado de la lluvia, y blanco como una vela. En su mano derecha, la escopeta aún echaba humo por los cañones.

Rosario se había acostado temprano, al igual que el resto. Confesó tener un sueño muy profundo y que, en general, la mayoría de los ruidos solían pasar desapercibidos para ella. Sí le pareció oír que la puerta de entrada se había abierto, así como algunas voces. Pensó que era un sueño hasta que los disparos la despertaron definitivamente. Y, al igual que todas, vio a su marido

cerca de la puerta abierta mientras dejaba la escopeta apoyada en un rincón del rellano. Le pidió una manta o algo que sirviera para cubrir el cuerpo inerte del hombre al que había disparado. Después de aquello, las llamadas al comisario.

—¿Lo vio en alguna otra ocasión? —le pregunto de nuevo el comisario a Gonzalo.

—No, nunca —afirmó, añadiendo un movimiento de cabeza.

—No parece que sea alguien del pueblo... —insistió el comisario.

Minutos después llegaron el cabo Miguel, el alcalde don Tomás y el juez de Instrucción quien, tras hablar con el comisario unos breves minutos, ordenó el levantamiento y la necropsia del cadáver.

—Señoría, tengo en mi poder una cartera del fallecido —aseveró don Casto—. En ella aparecen sus datos. La llevo al laboratorio y desde comisaría iniciaremos la búsqueda de todo lo concerniente a este sujeto.

—¿Cree usted que se trata de un robo?

—No me lo parece, señoría. Un ladrón no deja su coche a la entrada de la finca..., pero es pronto aún para conclusiones.

—Sí, claro. Déjeme anotar su nombre y apellidos.

—En el documento figura el nombre de José Manuel Casado Correa.

Si solo el sonido de unas palabras pudiera helar la sangre en las venas, ese nombre lo pudo haber conseguido. Sin embargo, Rosario sintió que el corazón le palpitaba con fuerza. También cómo la sangre fluía descontrolada, causándole un cosquilleo al circular por las sienes. Pensó que todos los que la rodeaban habían advertido su temblor, pero no. Solo su cuerpo lo percibió, envuelto en una vibración que se esforzaba por controlar. Aquel hombre era el apoderado de «El Más Grande», el chantajista de don Paco. El nombre que había descubierto en la consulta de su padre y con quien habló en una ocasión.

Tenía que hablar con Rafael, el periodista. Aún no le había contado nada de la conversación con su padre y el descubrimiento de la figura de un chantajista en el panorama. Después de todo,

tendrían que confesar al comisario lo que sabían, lo que habían descubierto buscando la realidad detrás de una fantasía, o quizá la fantasía que se ocultó tras una cruel realidad.

Capítulo 75

Una extraña historia para don Casto

Rosario le confió a Rafael tanto la conversación íntegra que había tenido con su padre en la consulta, como la muerte de aquel hombre en La Torre, hecho que alentaba el misterio y hacía que las incógnitas se sucedieran una tras otra. Rafael determinó contarle al inspector Guillermo todo cuanto sabía sobre el asunto: la muerte violenta de José Manuel Casado Correa (a manos de un Pizarro, para más señas) abría un nuevo escenario que debía conocer la policía. La idea del periodista de hablar primero con el inspector no era otra que parapetarse de un primer enfado directo del comisario. Seguro que Guillermo se llevaría el primer envite por él.

Le pareció que el lugar era el más seguro y resguardado para entablar una conversación, dentro de la seguridad relativa que ofrecía cualquier rincón del pueblo: la comandancia de la Guardia Civil. Don Casto y su ayudante habían convocado a Rafael a una charla «amigable», según le anunciaron. Rafael no estaba muy seguro de la intención, y no porque su intuición periodística le alertara; fue precisamente Guillermo quien le adelantó que el comisario estaba que fumaba en pipa —qué mejor ejemplo— tras descubrir todos los datos de la historia del escritor y demás.

El comienzo de la charla fue duro. Poco a poco la templanza fue dominando el encuentro.

—Ese enano escritor me importa tres cojones —inauguró así don Casto la conversación—. El resto sí me importa —concluyó—. Y quiero que me diga todo lo que sepa sobre el asunto. Existía alguien que había chantajeado a don Paco, al asesinado, y yo sin enterarme... ¿Cómo se explica?

—No les pude decir nada porque no supe nada del chantaje hasta hace un rato... Ya le dije al inspector todo, que eso era nuevo para mí hasta que Rosario me lo contó tras una charla con su padre —se justificó Rafael.

—Pero ha sido precisamente la muerte de este chantajista la que ha provocado que conozcamos todo esto..., y no esa charla previa.

—Señor comisario, ¿quién podía imaginar que este señor, apoderado de un escritor a quien seguíamos y por una historia que para nada tenía relación con su investigación, aparecería por el pueblo y terminaría muerto en La Torre?

—¿Ha pensado en algún momento que, de haberlo sabido antes, se hubiese podido evitar? Si la policía hubiera estado alerta... —contestó de inmediato.

—Es posible que así fuera, pero le insisto en que hasta hoy mismo no conocí lo del chantaje... Solo lo sabía el médico del pueblo. ¿No lo interrogó usted?

Don Casto dirigió una mirada recriminatoria a su ayudante, o al menos eso le pareció a él.

—No. El día del asesinato, el hombre se marchó de La Torre antes de la comida. No nos pareció necesario. A pesar de ello, bien pudo haberme puesto al día del resto de pesquisas relevantes, aunque no las relacionara con la muerte de don Paco. —Durante unos segundos permaneció en silencio, agarrando la cazoleta de la pipa. Con el pisadientes se dio suaves golpes en el labio inferior—. ¿Logró averiguar si el escritor es el Pizarro enano?

—Todo parece indicar que sí, pero existen algunas dudas y contradicciones...

—¿Como qué?

—Una de ellas es que en la cripta familiar de los Pizarro hay enterrado, supuestamente, un señor que se llama Antonio Pizarro, al menos eso dicen...

—Cierto. Un dato sin duda irrefutable... ¿Y algo más?

—Por otra parte, el escritor Mario Sierra Gómez, que otorgó poderes al chantajista fallecido de nombre José Manuel Casado Correa, está enterrado en Trujillo. Murió en 1945.

—Irrefutable también. Es complicado eso de dos nichos para un solo muerto...

—Cierto, como también podría ser que en un nicho no hubiera nadie... enterrado. Hay más, comisario. Los poderes que el escritor otorgó a su apoderado se formalizaron ante notario el 14 de febrero de 1941, después de que enterraran en la cripta a Antonio Pizarro. ¿Personas distintas? Es posible que sí o, como le dije antes, una tumba está vacía. Añada algo más al entuerto: el primer libro se publicó en 1942. Tres años después falleció el escritor y tras esa fecha se publicaron dos obras más, en 1945 y en 1949. El cuarto libro, *La venganza del Colibrí*, está anunciado por la editorial para muy pronto. ¿Quién es realmente el auténtico escritor de esas páginas? Dentro de los libros, sin duda, las coincidencias tanto de nombres como de trama son asombrosas...

—Interesante, periodista, interesante —le cortó el comisario —, pero en lo que concierne a la investigación del asesinato del Pizarro don Paco y la segura vinculación de este último cadáver, nada de esa historia literaria parece tener relevancia o una especial incidencia, salvo por el nombre de la víctima... ¿No lo crees tú también, Guillermo?

—Buf. Ya no sé si... —balbuceó el inspector encogiéndose de hombros.

—¿Qué no sabes?

—Estoy pensando, jefe, que alguna relación, aunque sea ínfima, puede tener. ¿De qué podía tener miedo don Paco, si no? ¿Con qué lo chantajeaba y amenazaba el apoderado del escritor, fuera quien fuera, cuyo nombre y cuerpo está ahora en la morgue? Sabemos que don Paco esperaba tomar medidas drásticas en la siguiente visita del hombre para huir del infierno.

—Seguramente temía aquello que cualquiera teme: la verdad que oculta —decretó Rafael.

El periodista se marchó, no sin antes escuchar la advertencia del comisario, que le decía en un tono displicente:

—Si recuerda algo más, dígamelo de inmediato. No se guarde nada, periodista, por nimio que le parezca. Le concedo otra oportunidad. La última.

—Así lo haré, comisario, pierda cuidado. —Se detuvo unos instantes y se volvió—. ¿Me permite un atrevimiento?

—No sé, no está usted para mucho atrevimiento después de los últimos acontecimientos —le advirtió don Casto—, pero, dígame, que no quede por escucharle...

—La única persona que vio tanto al apoderado como al escritor fue el notario don Félix. Solo él puede describirlo y su testimonio ser decisivo para identificar la coincidencia, si es que existe.

—¿Qué quiere decirme? Hable claro.

—El notario no se negará a describir al hombre que firmó unos poderes en una escritura en la pensión de la calle Lavapiés, 42, si se lo pregunta un comisario de la policía.

—Ya veo. Desea utilizarme. Sería el colofón de su artículo, ¿no es así?

—Por supuesto...

Don Casto quedó pensativo y guardó la pipa en el bolsillo del pantalón.

—Lo haré —determinó—, pero no por usted, sino para satisfacer mi curiosidad. Reconozco que lo del escritor me intriga..., aunque solo sea un poco, y de paso le haré el favor. Espero que me sepa corresponder en algún momento...

—Por supuesto, señor comisario, no lo dude —afirmó, guiñándole un ojo a Guillermo, quien observaba cómo se alejaba Rafael al tiempo que se refugiaba en su libreta de apuntes.

—*O caso é que este fodido xornalista cáeme ben, que se non fora así*... —sentenció el comisario.

—¡Vaya, jefe! Veo que se acuerda usted del gallego.

—Claro, hijo, no se olvida aquello que importa...

—¿A pesar de la prohibición del Gobierno de hablarlo?

—Será precisamente por ese motivo por lo que no se debe olvidar, ¿no crees?

—Es posible —contestó su ayudante, quien continuó hablando —. Tenemos un elemento nuevo en la investigación, comisario. Algo con lo que no contábamos. ¿Qué papel jugó el chantajista en el asesinato de don Paco?

—No lo sé, joven. Es cierto que puede trastocar las primeras hipótesis. Es seguro que este hombre era el que esperaba don Paco, y a quien debía disparar el capataz si aparecía por la finca.

—Curioso que lo acabase matando su hijo Gonzalo...

—El intruso pudo ser cómplice en la muerte de don Paco y tener un aliado, pero ¿para qué matarle? ¿Qué interés podía tener en su muerte? Solo tenía que cobrar una suma de dinero... ¿Por qué vino a La Torre? ¿Desconocía que don Paco había fallecido? No lo creo. De la muerte de don Paco se enteraron hasta en mi pueblo, en Mugardos. No sé, joven. Son otras incógnitas que se añaden a las que ya conocemos...

—Sabemos la dirección del chantajista en Trujillo. Habrá que trasladarse hasta allí —concretó Guillermo.

—Por supuesto. Ya solicité un registro de la casa. Una vivienda en la calle Victoria, número 22. Veremos lo que encontramos.

Parte III
UNA VIDA DE ENSUEÑO

Capítulo 76

Una vida de ensueño

El patio interior de la casa garantizaba cuatro o cinco grados menos de temperatura. Rodeado de plantas y al abrigo del implacable sol casi todas las horas del día, invitaba cada tarde a sentarse en él bajo una vieja higuera. Rafael aceptó de buen gusto la invitación de Antonia y María. La reconfortante brisa del atardecer y un refresco en el patio eran el precio a cambio del prometido resumen de las obras literarias de «El Más Grande». El periodista reconoció su compromiso. El momento era propicio. También María escucharía, y eso le otorgaba un porcentaje mayor de interés.

—Es justo reconocer que en algo me equivoqué cuando aquel día le resumí el contenido del primer volumen —comenzó, dirigiéndose a Antonia—. Ahora me atrevo a asegurar, si lo escrito coincide con la realidad que perseguimos, que la suposición del manicomio no era del todo acertada, aunque pensándolo bien, el pobre hombre se sentiría loco por estar tanto tiempo encerrado. Me consta, además, que usted ha continuado con la lectura de los dos restantes volúmenes...

—Así es, Rafael, pero mi curiosidad por saber más hizo que me saltara capítulos... Ansiaba conocer el final, pero María no leyó nada, por lo que sus comentarios siempre serán bien recibidos —aseguró Antonia.

—Bien. El segundo volumen es el relato de la Guerra Civil. *Entre sombras* cuenta aquellos años transcurridos, envueltos en nubarrones oscuros, años en los que la muerte era más habitual que la propia vida. Un pobre hombre, pequeño y desvalido, sumido

en el caos. Desesperanza, temores, injusticias y huidas sin saber exactamente adónde ir. Pero se hizo fuerte de alguna manera. Entre nubarrones y sombras, un resquicio de luz entre ellas. Un rayo esperanzador: encontró a alguien que le salvó de un destino cierto, la muerte. Y algo peor aún, la soledad. Y fue su amigo para siempre. También el padre y el hermano que nunca tuvo. No solo le salvó de un certero disparo, también de la desesperación de no creer en nada. Todo se lo debía y juró que le recompensaría en algún momento de su existencia. Oculto en una casa, ahora por la guerra, escribió hasta cansarse de recordar cómo había sido su vida..., o la de alguien que un desconocido escritor transformó en protagonista de sus libros.

Antonia dio un sorbo a su refresco sin perder ni un segundo la atención.

—A lo largo de ella, el personaje no conoció a otras personas, diría que a muy pocas, pero anhelaba que otros muchos le llegaran a conocer a él: a través de las palabras escritas. Las que siempre acogen y respetan. También las que pueden herir. Palabras testimonio del pasado y del presente. Palabras que sueñan con un futuro que está por venir. En aquellos momentos aspiraba a una vida de ensueño que debía llegar. Y llegó. Dios no solo premia a los malvados, en ocasiones, también a los justos. Un día, al levantarse vio, o quizá le pareció soñar, que un cielo azul señoreaba el paisaje y no permitía que ninguna nube lo mancillara. Y al fin llegó lo que escribió con tino futurista, aquello que deseaba con todas sus fuerzas: ser feliz, como el resto de los hombres, como todos, aunque solo fuera a ratos. El tercer volumen, *Una vida de ensueño*, se refiere a la constatación de sus sueños. Logra culminarlos y yo interpreto que su pasión, que no es otra cosa que las palabras y las letras, necesita darla a conocer. Transmitir. Parece que desea ser escuchado e incluso ser visualizado a través de su libro. Siente la necesidad de compartir su felicidad, porque todas y cada una de las páginas de este tercer volumen están colmadas de ella. Hace continuas referencias al amor. Percibo, no obstante, que el autor es más intenso cuando habla del desamor en sus anteriores obras. Describe con ternura a un personaje femenino del que parece

haberse enamorado. La llama Andrea. Una única mujer en su mundo, una mujer que logró desterrar aquella otra imagen de adarme piedad. El texto se reviste de una prosa que atrapa, como lo logra todo aquello que se hace con sentimiento. Él sigue confinado de alguna manera, pero ahora porque lo desea. Solo él se lo impone. Termina agradeciéndole al cielo o a la providencia, ya que no tengo muy claro si es ateo, apóstata o agnóstico, la segunda oportunidad que le brindó de vivir como persona. Desconfía de Dios y cuestiona sus decisiones, luego reconoce su existencia. Su incredulidad no es otra cosa que el resultado de su rebeldía, aquella que alimentó su pobre y desgraciada vida. Y Dios lo permitió.

—Permíteme una pregunta, Rafael —interrumpió María—. ¿Cuando escribió este tercer libro ya había visto publicados los dos anteriores? El autor, quiero decir.

—Doy por hecho que sí, al menos el primero, más que nada porque creo que cuando el segundo llegó de imprenta él ya había fallecido. Sin embargo, en este tercer libro, hay algo en su escritura que percibo: prisa por terminar. Parecía como si el tiempo se acabara para el personaje protagonista de la obra, o era al propio escritor, o a ambos. Concluí que una terrible enfermedad acechaba y señalaba el fin. El protagonista acepta ese futuro con resignación, una vez más, pero necesita acabar algo que le corroe. ¿Qué deseaba culminar? No lo sé. No logré averiguarlo. Es todo, Antonia. Cuando lo leas detenidamente, adivinarás qué otros secretos se esconden entre sus líneas.

Rafael y María decidieron dar un paseo por las afueras del pueblo mientras Antonia permanecía en el patio, donde el frescor de la tarde continuaba acariciando la piel. Abrió el libro, confiada en volver a soñar entre sus líneas.

> *Al igual que en un lienzo que artísticos trazos llenan de colores, así veía mi vida en aquellos momentos... porque por primera vez comprobé que importaba a muchos.*
>
> *La vida tiene color. Puede parecer azul, o rosa, amarilla, gris y a veces negra. Una mañana cualquiera me sorprendió con un color azul claro que no fui capaz de identificar. Y no fui capaz de hacerlo porque*

jamás lo había visto hasta entonces. Pero me resultó reconfortante, como un ungüento que alivia la herida. Me asomé a la ventana y allí estuve, contemplando el color sin desfallecer, sin cansancio ni ganas de que desapareciera de mi vista. Pero ninguna cosa es eterna, ni siquiera la claridad, que a pesar de que continúe ahí, no la ves, porque la oscuridad se ocupa de ocultarla a tus ojos. Es un acuerdo. Un pacto para que nadie pueda apropiarse eternamente de ella, de su color. Empecé a descubrir colores y sueños. Una vida triste y sin color que avanzaba para convertirse en otra distinta, en otra de ensueño.

Desde mi ventana logré enamorarme. Cada mañana la veía caminando, contoneando su cintura, que provocaba los más puros sentimientos y los más bajos instintos, que nunca fueron enemigos. En algún momento me sentí como cualquier otro hombre, normal. La deseaba cada mañana y cada noche la poseía en mi mente con una fuerza que me hacía temblar, de pasión, de miedo... Mi amigo me dijo que se llamaba Andrea. Que haría todo lo posible para que me viera, me consolara... Me negué durante algún tiempo hasta que este, sabio y paciente, me descubrió que no se puede hacer nada contra él. Venció el tiempo y acepté que Andrea me visitara. Si desde la ventana era una ilusión, de cerca era un sueño. Mi sueño. Sus necesidades para sobrevivir eran tan poderosas como su ternura. Nos acariciamos hasta que el infinito se postró y nos enseñó su final. Sus temores se disiparon cuando le confesé que era estéril. Nada debía preocuparla.

Andrea no era una prostituta, pero tenía que vivir y mantener a un hijo de tres años, fruto de la violación de un rebelde nacional, hombre de bien y creyente en Dios. Me visitó regularmente, a lo largo de un año. Con ella nunca me sentí enano, solo pequeño. Me mostró más ternura que aquel que me creó: Dios. En cierta ocasión se lo dije con lágrimas en los ojos. Me contestó que también a ella la había creado el mismo Dios y que gracias a ello podía ofrecerme su ternura. Contrajo matrimonio con otro hombre del pueblo, también un hombre de bien y respetado, que la maltrataba y humillaba, pero a cambio mantenía a su hijo. Al poco tiempo la perdí para siempre. Me quedaron sus caricias, su tierna mirada y su comprensión sin lástima en el recuerdo. Me las quedé para siempre y nadie pudo arrebatármelas. Nadie. Jamás.

Fueron años en los que pude saborear la vida, aunque solo fuera desde la ventana de mi habitación, pero el hecho de saber que tenía libertad para salir a pasear cuando lo deseara era suficiente para sentir una brisa que me acariciaba el rostro y respirar el aire impregnado del perfume de cientos de flores silvestres. Las palabras fluían de mi pluma como si anhelaran escapar de mí y tener vida propia. Cada día que pasaba me parecía que volvía a nacer. Pero aquella otra mañana fue distinta a todas las demás. La verdad me produjo turbación. Necesitaba acabar mi obra. No dejar ni un solo capítulo por acabar. Era mi testamento, mi verdad. No temía a la muerte, porque sabía que ella me

liberaría y me trasladaría a ese campo repleto de flores silvestres que impregnarían el aire con su perfume. Y ya para siempre.

La puerta del rellano chirrió al abrirse, como de costumbre. Era Alfonso que llegaba del trabajo. A Antonia se le había hecho tarde: la lectura de ese libro detenía el tiempo. Consuelo se acercó hasta ella y le dijo que la cena estaba preparada desde hacía un buen rato. Entonces percibió el mismo olor de aquel primer día, cuando llegó a la casa. Olor a sopa y a hierbabuena que impregnaba cada rincón.

—¿Qué tal te ha ido la tarde, Alfonso?

—Las he tenido mejores —contestó con dejadez.

—¿Qué ha sucedido?

—Es mi hermano. Gonzalo está insoportable. Según mi madre, él y Rosario tuvieron anoche una fuerte discusión, que continuaron esta mañana. No logró averiguar por qué pelearon. Lo cierto fue que se mantuvo malhumorado toda la tarde. Ponía trabas a cualquier cosa y decidí marcharme antes. Espero que mañana se haya calmado...

—Hay que darle tiempo. La muerte de vuestro padre le ha supuesto un duro golpe...

—¿Solo a él? ¿Y yo? ¿No era mi padre también?

—No he querido decir que tú no sientas lo mismo, solo que tu hermano convivía con él desde siempre y...

—No es eso. Lo que creo es que Rosario no le ayuda en nada. Mi padre tenía razón cuando decía que desentonaba y que era una perfecta extraña en nuestra familia. Y mi hermano, coladito por ella desde siempre.

Antonia decidió no entrar en un debate de imprevisible final. Se limitó a decirle a Consuelo que podía traer las tortillas a la francesa rellenas de atún (lo del relleno de pescado fue una innovación de Antonia; en el pueblo lo habitual era rellenarlas de espinacas).

Tras la cena, decidió hablar con Rosario. Si bien reconocía que era una mujer descarada e irreverente en ocasiones, también era cierto que había sido la única de la familia que se había

acercado y le había otorgado su confianza. Se sintió obligada a prestarle su ayuda, si se dejaba...

Capítulo 77

El chantaje

Nadie en la familia tenía conocimiento del chantaje al que fue sometido don Paco durante mucho tiempo. Tan solo don Rosendo reconoció que el propio terrateniente le había confiado esa circunstancia en su momento, pero no sabía con seguridad si había satisfecho alguna cantidad de dinero o, por el contrario, había hecho caso omiso de las amenazas del chantajista. El taimado apoderado tenía que demostrar que su hermano Antonio vivía, porque era esa la amenaza, que Antonio Pizarro no murió y reclamaba la parte de la herencia que le había sido arrebatada. Don Rosendo se reafirmó en el certificado de defunción que libró, asegurando que el Enano había fallecido y que a sus restos se les había dado sepultura en la cripta familiar. Toda la familia asistió en su momento al enterramiento. Toda, menos Adela, la viuda, que se negó a presenciar que el Enano reposara en la cripta de la familia. A partir de ese momento, ella tomó la determinación de adquirir en propiedad una sepultura en el cementerio y allí dispuso ser enterrada a su muerte. Lejos de quien había sido su pesar.

La única forma de saber si realmente en el ataúd reposaban los restos humanos de un enano era la exhumación tras una orden judicial. Y ¿para qué? Ya no tenía sentido alguno, salvo para el artículo que perseguía Rafael, el periodista. El chantajista fallecido, fuera o no cierta la historia que esgrimía, era un nuevo personaje que entraba en el círculo de actores sospechosos de haber dado muerte a don Paco, o al menos de contribuir a ello. La historia del Enano y su herencia, de su muerte —real o simulada—, quedaba muy atrás. Podía ser el móvil cierto o inventado, pero lo

importante eran los agentes que entraban en juego en la representación del asesinato. Y en ese momento había otro más: José Manuel Casado Correa, de Trujillo y chantajista.

Don Casto se acomodó en una pequeña mesa plegable, en un lateral del castillo. Guillermo pidió dos cervezas.

—Don Rosendo calla la mitad, y me refiero a su pasado nada transparente..., pero pienso que ese silencio parcial se debe a sus asuntos privados con don Paco y no influye en nuestras pesquisas, ¿no te parece? Siempre será posible presionarle hasta que escupa todo lo que sabe, o lo que silencia...

—Es posible, comisario; de lo contrario estaría obstaculizando a la justicia.

—La aparición de este nuevo sujeto en el asesinato me plantea otras incógnitas. ¿Por qué fue a La Torre aquel día? Algo era seguro, don Paco le esperaba en algún momento. Le encomendó los dos disparos en el pecho a su capataz... ¿recuerdas? Es curioso el hecho de que en efecto muriese de dos disparos, como estaba programado por don Paco. Seguro que el desgraciado fue a cobrar el dinero que le había exigido y, de ser así, significaría que no conocía de la muerte de su chantajeado. Este dato lo descarta como cómplice del asesinato... Como también podemos pensar lo contrario, y en este supuesto...

—Intentó encontrar el dinero por su cuenta, dentro de la casa, tras matarlo —apostilló Guillermo.

—¿Robar? Muy aventurado por su parte y difícil de demostrar. Al hombre no lo podemos interrogar, es evidente. Por otra parte, no ceso de hacerme dos preguntas —continuó, rascándose la cabeza—: ¿Dónde estará esa puñetera tijera que acabó con la vida de don Paco? ¿Y dónde *carallos* estará el testamento ológrafo ese? Ahí está la clave, joven.

—¿Y la segunda?

Tras una breve pausa, el comisario continuó:

—Con algo más le amenazaba el chantajista. El poder y la influencia del difunto no se resquebrajaban tan solo porque un hermano, al que dieron por desaparecido y cuya muerte certificaron más tarde, continuara vivo. No lo creo, joven. No era

suficiente razón para que don Paco sintiera tanto miedo como le confesó al capataz, y para prometerle cincuenta mil pesetas si acababa con su vida. De dos disparos, como dijo.

—Muchas pesetas en juego, demasiadas para regalar... ¿No le parece, jefe? —apostilló el inspector mientras apuraba el resto de su cerveza.

—Cierto, joven. Seguro que millones. Suficientes razones para ordenar ejecutar a alguien.

—Bien, comisario —resolvió Guillermo, ojeando una página de su agenda—. Aún quedan algunas comprobaciones, como la vivienda del chantajista... Y le recuerdo que deberá hablar con don Félix, el notario. Se lo prometió a Rafael.

—Gracias por recordármelo, joven, pero ya lo hice y cuando le diga el resultado se llevará una gran decepción... Aunque, pensándolo bien, prefiero que seas tú quien se lo comentes de mi parte. Para eso eres su amigo.

—Vale, jefe, usted dirá.

—Resultó muy fácil hablar con el notario por teléfono. Presenté mis credenciales y don Félix, casi de inmediato, al escuchar el número de protocolo de la escritura de apoderamiento, me contestó que lo sentía mucho, pero que la única persona que podría darme alguna pista sobre el poderdante era su padre, notario también, fundador de la notaría y que se llamaba como él, pero que murió hacía años. Nadie en la notaría, excepto su padre, podría identificarle o al menos afirmar si era alto, bajo, delgado o grueso... Nadie, porque nadie más logró verle. Rafael desconocía que don Félix, el notario, era el hijo de aquel otro que había fallecido.

Capítulo 78

Un plazo de tres días

—Es todo lo que el periódico me concede. Ni un día más para terminar con ambos artículos y redactarlos. Mi jefe se ha comprometido a publicarlos en el próximo dominical, y quiere que hile ambos artículos, ya que se trata de la misma familia: el escritor «El Más Grande» y el asesinato de don Paco. Tiene lógica, pero si no lo consigo, me puedo despedir de mi empleo en el *Extremadura*.

María, compungida, escuchaba con atención sin apartar la vista de los ojos de Rafael.

—¿Podrás hacerlo? —le preguntó.

—La historia del escritor aún tiene algunas incógnitas sin resolver.

—Míralo en positivo: le dará toques de misterio... Deja algo sin descubrir y así el lector podrá imaginar lo que desee.

—No es mala idea, no. Pero lo del asesinato... Escribiré hasta donde sé. Sería una suerte que el comisario lo resolviera en estos tres días. —Se mantuvo en silencio unos segundos—. ¿Sabes qué estoy pensando?

—No lo sé, pero esa mirada tuya no me tranquiliza.

—Necesito volver a Trujillo y entrar en la casa de José Manuel Casado Correa. Allí encontraremos lo que necesito para mi historia.

—¡Estás loco! ¿Y por qué dices encontraremos?

—Doy por hecho que vendrás conmigo... ¿O me dejarás solo?

Por un instante, los ojos de la mujer, abiertos de par en par, parecieron salirse de sus órbitas.

—Estaré tan loca como lo estás tú si acepto acompañarte... —sonrió emocionada.

—¿Eso es un sí? Si partimos en una hora, llegaremos antes de esta noche y regresamos mañana a primera hora... —Rafael se levantó enérgico y la miró—. ¿Sí?

—¿Sabes que es un delito lo que piensas hacer?

—Si me descubren, sí, claro...

—Me habías dicho que el comisario va a pedir un registro de la casa.

—Eso afirmó, pero si el escrito del comisario sale hoy, mañana decidirá el juzgado y la policía lo hará al día siguiente. Ya estaremos de vuelta. No tenemos de qué temer, confía en mí.

—¿Y cómo entraremos en la casa? ¿Has pensado en eso?

—Claro. ¿Olvidas que vivimos una guerra? Traspasos más difíciles se perpetraron en ella... —argumentó él sonriente—. Estoy casi seguro de que el hombre pasó por su casa de Trujillo de vuelta de Madrid antes de ir a Camino de Piedras a reclamar la suma de su chantaje. Esto significa que pensaría regresar. Pienso que no cerraría todo igual que si lo hiciera para una larga estancia. El balcón está a poca altura. Me será fácil escalar...

No le fue muy difícil que Tomasa les consiguiera un coche pequeño, propiedad de un mayorista del pueblo, quien, por una cantidad decente de pesetas, pocas según Tomasa y demasiadas según Rafael, le permitió utilizarlo durante dos días. Eso sí, lo más duro fue sortear las preguntas de la chafardera, que quería averiguar a toda costa hacia dónde se dirigía la pareja y para qué. Fue prácticamente imposible evitar el «para qué» y pudieron disimular el «hacia dónde» (aunque no con el convencimiento absoluto de la mujer; su expresión de rostro torcido y labios fruncidos lo denotaba). Prefirieron que imaginara la escapada lujuriosa de una pareja, como así fue.

El atardecer en Trujillo embellecía aún más los edificios y los monumentos. La silueta del castillo asomaba recortada sobre un cielo azul, que comenzaba a dormir. Esperaron en la plaza a que las sombras del anochecer les sirvieran de refugio a curiosas miradas y sospechas. Se dirigieron a la calle Victoria. La situación

de la casa, alejada del centro y casi al final de la calle, favorecía la intrusión con menor riesgo de ser vistos. Rafael comprobó con satisfacción que las puertas de cristales del balcón estaban superpuestas, sin cerrar del todo, imponiéndose la ventilación sobre la seguridad. Apoyándose y escalando por la reja de la ventana, logró asir la base del balcón y superar la barandilla, impulsándose para que su cuerpo se situara dentro. La puerta de cristal cedió con facilidad. Ya estaba en el primer piso. Había planeado que, una vez dentro, abriría la puerta de entrada aledaña, que se cerraba desde dentro con cerrojo, para que María pudiera entrar. Todo salió como había previsto. Ahora solo quedaba buscar algo que demostrase la verdadera identidad del escritor y confiar en que ningún vecino pudiera advertir la invasión de la casa y alertar a la policía.

Optaron por encender algunas luces. Evidenciaba mayor normalidad y el hecho razonable de que el propietario hubiera podido regresar. Era probable que su reciente fallecimiento no fuera conocido por nadie aún, teniendo en cuenta la escasa relación que mantenía con los vecinos. El interior de la vivienda estaba ordenado, con escasos muebles. Los justos para vivir. En el primer piso, un dormitorio parecía no haber sido utilizado durante años. Todo permanecía relativamente limpio y ordenado, pero inhabitable. Olía a vacío. Desde una ventana y hasta donde permitía la oscuridad de la noche, se veía un camino con árboles que lo flanqueaban y, a lo lejos, campos cubiertos de amarillo pajizo. Frente a la ventana, una mesa baja, de madera rubia. En la planta baja, junto a la cocina, una pequeña estancia parecía un despacho. En una estantería se acomodaban libros y, en la parte inferior, dos puertas de madera cerradas mostraban una llave colocada en su cerradura. Abrieron las puertas y sobre la mesa colocaron dos cajas de madera; una de ellas colmada de papeles y sobres, la otra con fotografías.

Decidieron tomárselo con calma. No parecía que hubieran levantado ninguna sospecha en su asalto al hogar. Abrieron una de las cajas y en ella encontraron los manuscritos de las obras. Otros documentos aparecieron, que fueron revisando uno a uno. Allí

estaba la escritura de apoderamiento por la que el escritor le otorgaba poderes amplios a José Manuel. Dentro de esta, varios contratos de edición firmados con la editorial. Eran cuatro los documentos: fechados en 1942 (año de publicación de *Las alas rotas*); 1945 (año de publicación de *Entre sombras* y también del fallecimiento de Mario Sierra, según la tumba); 1949 (año de publicación de *Una vida de ensueño*), y un último firmado en 1953 (se trataba del contrato de edición del último manuscrito, *La venganza del Colibrí*, que se publicaría en muy poco tiempo). También, en un papel doblado, encontraron un texto y una cifra:

> *Estimo que mi parte de la herencia asciende a 5.000.000 de pesetas. Es lo que te mereces y lo que te lego, por tu amistad. Consíguelo. A mí ya no me servirá. Lo sabes bien, querido amigo.*
>
> M.S.G.

—Mario Sierra Gómez. Es él, María. Es él. Es Antonio Pizarro. Estoy seguro.

—¿Es suficiente con esto?

—No. Necesito algo más. Un poco más.

Continuaron la búsqueda. Rafael abrió el cajón central de la mesa. En una pequeña libreta de páginas cuadriculadas estaban apuntadas unas cifras.

> Cantidad recibida: 3.000.000 en tres remesas de 1.000.000 c. u.
>
> Cantidad entregada: 1.500.000 (50 % de 3.000.000)
>
> Cantidad pendiente de recibir: 2.000.000
>
> Cantidad pendiente de entregar: 1.000.000 (50 % de 2.000.000.

Guardó la libreta junto al papel encontrado entre las páginas del poder y los contratos de edición. Mientras, María contemplaba las fotografías conservadas en la caja de madera. Fotografías de señoras mayores, algunas de rostros amarillentos. Milicianos con fusiles al hombro, y niños vestidos de primera comunión con muecas entristecidas y teñidas de pobreza. Entre ellas una especial:

era la figura de un joven sonriente que no aventuraba su futuro drama. Se advertía su síndrome y una deformación que seguro él ignoraba, con la candidez de quien aún se considera tan solo un joven como los demás. Como cualquier otro. María no tardó en mostrársela, perpleja.

—Bien, María. Aquí está Antonio Pizarro. Todo coincide en ese pequeño cuerpo. Estoy seguro, pero lo confirmaré.

Miró el dorso de la fotografía. Fechada en 1942. Observó en uno de los bordes unas letras escritas. Se prometió desvelarlas en un mejor momento.

—Alguien lo identificará en esta fotografía...

—¿Quién podrá hacerlo? ¿La familia? ¿Se la enseñarás a su hermana, sabiendo lo que sabemos?

—No pensaba en ella precisamente, pero sí en la mujer que lo cuidó durante años: Ana, la costurera. No recuerda el presente, pero el pasado no se borró de su cabeza. Será ella quien lo reconozca. Ahora debemos salir de aquí cuanto antes. Tú lo harás por la puerta pequeña. La cerraré desde dentro como estaba y volveré a salir por el balcón, es la única manera de que todo quede como estaba.

—¿Te vas a apropiar de esos papeles? —preguntó María, inquieta.

—Sí. Solo es un préstamo, María. Necesito leerlos de nuevo y recapacitar. Ya veré qué hago con ellos. Se los haré llegar a alguien, no te preocupes.

—Si la policía lo averigua...

—Espero que no seas tú quien se lo diga —dijo con una maliciosa sonrisa.

—Tonto. Vámonos cuanto antes. Esta casa me produce escalofríos. Da la impresión de que algo se oculta entre sus paredes.

—En esto que dices tienes razón. Muchos años y muchos secretos se enterraron en ella.

Salieron tal y como habían planeado. Les pareció que alguna persiana de madera se movía mientras recorrían la calle. Apuraron el paso y enfilaron hacia la plaza, donde habían dejado el

automóvil. Una vez dentro respiraron profundamente, liberando la adrenalina que parecía agolparse en el pecho.

—Arranca y vámonos de aquí cuanto antes, por favor —le rogó ella.

—Tan solo un minuto —le dijo él, acariciando su rostro con ambas manos y acercando sus labios a los de la mujer, que besó y mordió con pasión—, o dos minutos... —añadió, volviéndola a besar.

—¡Vámonos, por favor! —insistió María con una sonrisa.

Un humo blanco salió por el tubo de escape al arrancar el motor. Bordearon la desierta plaza y a Rafael le pareció que un sereno que rondaba una calle se quedó mirando al automóvil. Poco después ya circulaban por la carretera que los llevaría a Camino de Piedras.

Capítulo 79

Alguien se adelantó

Nada que pudiera ser de utilidad para la investigación. Estaba muy cerca de encontrar al asesino de don Paco. Lo intuía y, no solo eso, tenía datos, hipótesis, pero faltaba algo. Un nexo. Un par de piezas del puzle que mostraran los ojos del asesino. Don Casto estaba convencido de que en aquella casa, la casa de José Manuel Casado, encontraría esas piezas, al menos una de ellas (la otra era precisamente el propio hombre muerto en La Torre a manos de Gonzalo). Pero no había sido así. En aquella casa no encontró nada. Alguien se les había adelantado. ¿Otro cómplice?, farfulló el comisario ante los ojos atónitos de su ayudante, que evitaba a toda costa que le cayera un chaparrón. Lo mejor era mantenerse calladito en tales circunstancias, pensaba el joven.

Lo de que alguien se les había adelantado no había sido un pensamiento aleatorio producto de la habilidad visionaria de don Casto, sino lo que dedujo al escuchar que a una vecina de la calle le había parecido ver que, muy avanzada la noche, las luces de la casa permanecían encendidas. Eso le hizo concluir a la paisana que el propietario había regresado de uno de sus viajes a Madrid.

No todos los días se producía un registro policial en una casa del pueblo. Se enteró hasta el sereno, nunca mejor dicho, porque fue este quien declaró al comisario haber visto un automóvil, desconocido para él y en la noche, que circulaba alrededor de la plaza y en dirección a la salida del pueblo. No logró identificar de qué coche se trataba, tan solo que era pequeño y parecía viejo.

—Alguien se nos adelantó, Guillermo —repetía apesadumbrado, sentado a la mesa de la cantina tras haber

regresado del registro.

—Pudo ser alguien de la familia, que vino a recoger algún encargo...

—Eso no es posible. No se le conoce familia alguna al cadáver.

Parecía como si José Manuel Casado nunca hubiera existido. Ni hermanos ni tíos ni sobrinos..., nada, nadie.

—Fotografías de personas que no seremos capaces de relacionar, facturas que no dicen nada y unos papeles de dudosa utilidad, por ahora —indicó indignado don Casto dando un golpe sobre la mesa—. Lo que sabemos de él, en relación directa con el fallecido, es que chantajeaba a don Paco. No es poca cosa cuando existe por medio un asesinato, lo que continúa siendo una incógnita para mí. ¿Por qué le temía el terrateniente? ¿Era tan solo por la amenaza de destapar que el hermano, a quien había enterrado con falsedad, aún seguía vivo? ¿Qué argumentos y pruebas le mostraba como para que don Paco se amedrentase, algo tan opuesto a su carácter? ¿Era ese el motivo, como sabemos por el doctor Berruguete, o había algo más?

—También sabemos que era el apoderado y representante de ese escritor, «El Más Grande» —intervino Guillermo—. Y si la teoría del periodista es acertada, es decir, que el escritor era precisamente el hermano de don Paco, quien, al parecer, falleció en Trujillo en 1945, casi cinco años después de haber sido sepultado con supuesta falsedad en la cripta de la familia, significa que el chantajista conocía directamente al hermano de don Paco y, en consecuencia, podía saber al detalle todo lo sucedido en la familia. De lo que se deduce que los datos que le aportaba a don Paco en sus intercambios eran lo suficientemente claros y contundentes como para que este se sintiera amenazado. Eso lo delata el miedo, jefe. Todo esto se sostiene bajo una extraña relación.

—Se apuntala, diría yo. En eso estoy de acuerdo, joven. Es evidente que debemos atar cabos y encajar las piezas si, como dices, la teoría del periodista es acertada. Y debe serlo, porque ya sabes lo que pienso: que las casualidades no existen, y mucho

menos tratándose de una investigación criminal. Siempre habrá una relación de causalidad, causa y efecto. Móvil y comisión del delito. Los casos fortuitos no son criminales, jamás.

Don Casto hablaba observando la expresión aburrida del cantinero, que parecía mirarlos a lo lejos, sin mirar.

—La autopsia del chantajista no revela nada que destaque, salvo que los impactos del disparo se concentraron en una zona lateral del torso, en el derecho. No fue frontal. Me resultó algo extraño, o quizá fuera que todo en este asunto me lo resulta y quiero ver más allá...

—Pues jefe, lo tiene fácil —susurró su ayudante.

—¿Qué quieres decir con eso de que lo tengo fácil?

—No es nada importante, de veras. Pensé que, si quiere ver más allá, lo mejor sería visitar a una adivinadora... Una pitonisa de esas... ¡Tontería de ocurrencia, jefe! Solo para destensar.

—Cierto. Una soberana tontería, hijo. Vámonos de aquí. El cantinero no nos quita ojo de encima. Parece como si nos escuchara.

Determinaron ir hasta La Torre, donde concluyó que necesitaría al menos de una hora. Don Casto quería pasear por el jardín, observar el entorno y pensar en cómo el asesino había perpetrado el crimen de don Paco, y, lo más importante, en cómo había logrado esquivar las miradas de tanta gente. Pretendía reconstruir la escena del crimen, imaginarla en el mismo lugar donde ocurrió, caminar por el jardín, soñarlo como aquel día, lleno de gentes que se movían de un lugar a otro, y el asesino entre ellos, sin que nadie lo advirtiera, manchado de sangre y con el arma homicida en su mano. No era posible. ¿Cómo logró pasar desapercibido? Y de nuevo la pregunta incontestada, ¿dónde escondió el arma? Ante esas preguntas, una cosa aparecía con de nuevo en su mente: ¿por qué lo hizo? El móvil no podía ser otro que la codicia. ¿Teñida de odio, quizá?

Doña María no puso objeción alguna al paseo del comisario y su ayudante por el interior de la casa y el jardín. El rostro torcido de Gonzalo anunció su desacuerdo, pero no pudo oponerse. Subieron por la escalera hasta llegar al dormitorio donde la víctima

había sido apuñalada. Desde aquel día, el recinto había quedado clausurado. La viuda se había trasladado a otra habitación.

Seis escalones hasta llegar al rellano. Después otros ocho escalones hasta llegar al distribuidor y vislumbrar el pasillo con las habitaciones. La segunda puerta de la derecha era la de don Paco, junto a ella, la escalera que conducía a las habitaciones del servicio. Y al final del pasillo, el aseo.

El interior del dormitorio estaba incólume. Todo en un perfecto orden. Olía suavemente a un producto para muebles que le recordó al que utilizaba su mujer: petróleo. Sobre la cómoda, una fotografía del difunto se alumbraba con una mariposa que flotaba en aceite. Las sombras parpadeantes que producía la llama encendida le conferían un toque siniestro a la escena. Don Casto abrió la ventana y escudriñó el exterior una vez más. Frente a él, a escasos veinte metros, podía ver la torre del campanario y la cripta. Observó el cerramiento de rejas que lo rodeaban. A su izquierda, un pasillo retornaba al jardín frontal de La Torre. Respiró profundamente. De nuevo el olor a aceite y a petróleo.

—Demos un paseo por el jardín —le dijo entonces a su ayudante.

Caminaron por el lateral de la casa, justo por la zona donde habían recogido los trozos de uralita y cerámica. A veinte metros de allí se situaba la entrada a la capilla y, junto a ella, la cripta. Se acercaron. Una cadena con un robusto candado abrazaba la verja de hierro. Don Casto tocó el candado y lo miró con detenimiento.

—Habrás observado —le dijo a su ayudante— que desde el instante que pisamos el suelo, alguien nos vigila e intenta disimular, con vasta torpeza, dicho sea de paso.

El inspector se volvió, impulsado por un invisible resorte e intentando averiguar dónde se encontraba ese vigilante.

—Debe ser un empleado de la casa —justificó el inspector.

—No cabe duda de que lo es. Un empleado con una escopeta al hombro.

Retornaron hasta la entrada principal de la casa, donde Gonzalo los esperaba.

—Un paseo muy agradable —le dijo el comisario a modo de

saludo—. Un hombre nos ha seguido todo el tiempo con escopeta al hombro... ¿le indicó usted que lo hiciera?

—No hacía falta decir nada. Es mi nuevo capataz y tiene la obligación de vigilar todo lo que se mueve por la finca.

—Ya. ¿Incluye eso a la policía? —espetó el comisario con sorna—. Bueno, dejémoslo así. He observado un flamante y robusto candado en una vieja cadena, ¿acaso forzaron el anterior en algún momento?

—No, solo que no sé si Pepe «Gil-Robles» pudo retener alguna llave y conservarla. Opté por cambiar algunos candados y cerraduras.

—¡Ah, sí! Parece lógico y oportuno. Es hora de irnos —se disculpó, mirando a su ayudante—, gracias por su hospitalidad y colaboración. Despídanos de su madre y de su esposa. Por cierto, no la hemos visto hoy. Me refiero a doña Rosario...

—Se encuentra algo indispuesta.

—Lo siento. Espero que no sea nada importante.

—Pierda cuidado, tan solo es una jaqueca. Gracias.

Gonzalo los acompañó hasta la reja de hierro, que abrió con llave.

Una vez arrancó el automóvil, Guillermo observó el forzado saludo del hombre por el espejo retrovisor.

—¿Qué tal, jefe?

—Bueno, he tenido momentos mejores... y peores. ¿Te dije que el intruso de La Torre tenía mucho dinero en el banco? Lo hemos comprobado. Ingresos de importantes sumas provenientes de la editorial y otros realizados por él mismo, en efectivo. Estos últimos suponen cerca de millón y medio de pesetas a lo largo de varios años.

—Muchas pesetas, jefe...

—Sí, y pienso que los ingresos en efectivo solo pueden ser el fruto del chantaje a don Paco. No trabajaba en nada, ninguna ocupación conocida más que la de ser apoderado de un escritor que le aseguraba los ingresos de la editorial por la venta de los libros. Eso era todo. Los ingresos por derecho de autor los tenemos controlados.

—Que no sería poco, comisario. ¿Y el dinero que recibió de la editorial, era suyo o se lo apropió? ¿No se supone que tendría que haberle dado una parte al autor? Al menos hasta antes de su muerte…

—No lo sé, joven. Ahora eso no me importa mucho. Solo me interesa el nexo entre el chantaje y la muerte de don Paco. Y existe. No lo dudes.

Capítulo 80

Lágrimas para el recuerdo

Consuelo no acababa de entender nada de lo que sucedía. La señorita Antonia le había pedido que Ana, la costurera, se ocupara de coser unos manteles de una tela que había comprado en Casa Rufino. Esa mañana la señorita María había quedado con el periodista en la casa y la sirvienta se olía que algo tramaban las señoritas y el periodista. Y estaba en lo cierto, porque la intención era que la senil anciana reconociera en la fotografía al enano que había cuidado durante años. No fue fácil convencer a Antonia para contar con su complicidad y, sobre todo, a espaldas de Alfonso. Claudicó al fin, entre otras razones porque la curiosidad le resultaba tan irresistible como el deseo... en la mayoría de las ocasiones. Concertaron que el asunto debía tratarse con el mayor tacto posible, dada la avanzada edad de la mujer y su estado mental.

Cuando María y Rafael le narraron la procedencia de la imagen, Antonia no daba crédito a lo que escuchaba. Habían allanado una vivienda para conseguir una fotografía y unos papeles que no sabían de qué hablaban ni qué utilidad tendrían.

Llegado el momento de mostrar la fotografía a la anciana, todos temblaban de nerviosismo: su reconocimiento sería crucial o decepcionante. La mujer estaba absorta en la costura; enzarzadas en una cinta anudada a su muñeca pendían las tijeras que Consuelo le había comprado. Decía que de esa manera nadie se las podría robar, como había ocurrido con las anteriores. A ratos creía recordar haber visto cómo alguien se las llevaba, a ratos también afirmaba que las había perdido en casa de la señorita Antonia, y en

otros aseguraba que se le habían caído en el pozo del corral.

Le pidieron a Consuelo que fuera ella quien preguntara a la anciana sobre Antonio Pizarro y así lo hizo. Justo antes de mostrarle la fotografía, Ana comenzó a relatar sin apartar su mirada de la costura.

—Era bueno, pero no lo querían. El que menos, el señorito don Paco, que en paz descanse. Yo lo cuidaba como al hijo que nunca tuve. Limpiaba su habitación y le atendía todos los días. Yo sola. Nadie más del servicio entraba allí. Y todos guardaban silencio fuera de las paredes de la casa. ¡A ver quién se atrevía a hablar! Pobre Antonio. Todo el santo día escribiendo y escribiendo. Le gustaba leerme lo que escribía. Yo no entendía mucho de lo que decía, pero escuchándolo lo hacía feliz —suspiró con un amago de sonrisa, que enseguida se tornó en un ceño fruncido—. Eran cosas tristes, eso sí, pero más triste aún era su mirada. Pobrecillo, cuanto mayor se hacía, más pequeño parecía, como si menguase con los años. Lo que pasó con su hermana fue muy duro. Los gritos se escuchaban por toda la casa. Aquella noche vino a mi habitación, llorando como un crío. Vino a despedirse y se fue entre sombras. Le di lo que pude y le dije que me escribiera desde donde estuviera, que enviara las cartas a la parroquia y que, aunque yo no sabía leer, ya me buscaría a alguien que lo hiciera. Fue don Jacinto, un párroco muy mayor al que mataron en la guerra, quien me las leía y le escribía en mi nombre. Al tiempo ya no recibí ninguna y de Antonio no volví a saber hasta que su hermano, al terminar la guerra, encontró su cadáver y lo enterraron en la cripta de la familia. Solo yo, del servicio, estuve presente en el entierro. Decía el señorito que yo era una testigo.

—¿Qué vio usted aquel día, señora? —preguntó Rafael de inmediato.

—¿Cómo dice usted?

—El señorito le pregunta qué fue lo que vio usted en la cripta —repitió Consuelo, gritándole casi al oído.

—¿Qué queréis que viese? ¡Vi cómo metían el ataúd en el nicho…!

—¿Y vio usted los restos del cadáver?

Ahora fue Rafael quien alzó la voz.

—No escucho bien, querido. Estoy sorda como una tapia…

—Cuando hace eso es que no quiere contestar —apostilló Consuelo convencida—. Mejor dejamos de preguntar y le enseño la fotografía.

Antonia le acercó la imagen a Consuelo.

—Mire usted esto, Ana. Lo encontró el señorito Rafael… —La mujer acercó la fotografía a sus gruesas lentes y guardó silencio durante unos segundos antes de apartarla de sus ojos. Dejó reposar la foto sobre su regazo y sacó un pequeño y arrugado pañuelo, con el que secó las lágrimas que corrían por sus mejillas.

—Pobre hijo mío, pobre Antonio. Qué delgado estaba… Cuando se marchó le di la única fotografía que existía de él… Solo una a lo largo de su vida. Como el pobrecillo era tan feo…

—¡Es él! Ya no tengo dudas —exclamó Rafael eufórico.

La anciana continuaba secándose las lágrimas, acompañadas de prolongados suspiros. Consuelo retiró la fotografía de su mano y se la entregó al periodista.

—Esto no puede quedarse entre estas cuatro paredes, y menos entre nosotros tres —aseveró Antonia—. Mi marido y su hermano deben conocerlo, como también parte de la familia, los hermanos de Antonio, y hasta la policía.

—¿Reconocer que el entierro en la cripta fue una falsedad de tu fallecido suegro? —preguntó María.

—Hay algo que sí podemos afirmar. Sin embargo, otra cuestión no la podemos asegurar en estos momentos —susurró el periodista.

—¿A qué se refiere? —se interesó Antonia.

—Me refiero a que no sabemos con exactitud en cuál de las dos tumbas se encuentran enterrados los restos de Antonio. Bien pudo ser que su amigo simulara, por su propio interés, mantenerlo con vida, para años después organizar un falso enterramiento, como también lo pudo haber hecho su hermano al finalizar la guerra… Nadie asegura haber visto el cadáver dentro de la caja.

Consuelo se acercó hasta el comedor donde se encontraban divagando para indicarles que Ana, la costurera, no cesaba de

hablar y que decía cosas extrañas e inquietantes. Sin perder un segundo, volvieron a la cocina, donde la escucharon:

—En la casa, el que más y el que menos sabía de la historia de La Torre. Desde aquella fatídica partida de ajedrez, la maldición de Las Tres Espadas cayó sobre ella y la familia que la habitaba. Todo comenzó en la cripta. Fue allí donde la ambición tomó cuerpo, donde, según decían muchos del pueblo, don Crispín ocultaba gran parte de su fortuna, entre las tumbas de sus ancestros, quienes se encargaban de custodiarla, hasta que llegó aquel día. Un día en el que el nuevo propietario, gracias al azar, despojó con crueldad a la mansión de su propia historia y desterró de allí a los familiares enterrados, adueñándose de aquello que no solo pertenecía a los vivos. El Pizarro se quedó con la fortuna que se escondía en la cripta. Decían que era un cofre lleno de doblones de oro. Tiempo después, alguien se encargó de divulgar que parte de la fortuna de los Pizarro provenía de tesoros de sus antepasados. Lo cierto fue que muchos afirmaban que aquella cripta marcó un pasado, determinó un presente y vaticinó un futuro. La primera espada cercenó la vida de don Francisco Pizarro y Cárdenas, el célebre médico que ganó la partida de ajedrez. Él mismo se enterró en la cripta, pero ¿quién lo mató? ¿Fue el esclavo negro...? La maldición va más allá de la simple muerte. ¿Quién porta las espadas?

Todos quedaron pensativos tras escuchar lo que decía la anciana, que parecía hablar consigo misma. Los miró con extraña curiosidad y se dirigió a Consuelo frunciendo el ceño.

—¿Quiénes son estas personas, querida?

Capítulo 81

Una puesta en común

Le pareció que había transcurrido una eternidad desde aquel día en el que había llegado al pueblo y había entrado en aquella casa por primera vez. Habían sido graves acontecimientos los que lograron dilatar el tiempo, sin duda. Antonia convenció a su marido para que se reunieran y hablaran sobre el asunto que Rafael había logrado descubrir, y cuando el periodista entró en el salón, le esperaban la propia Antonia, los dos hermanos, Alfonso y Gonzalo, y el marido de esta, Rosario. Junto a ellos, vio a María. El rostro circunspecto de Alfonso contrastaba con el de su esposa, amable y cercano. El de Gonzalo, estirado y desconfiado, eclipsaba al de Rosario, que parecía ausente y forzada a estar allí. Su espontaneidad y desparpajo habían desaparecido, enterrados en una profunda cárcava.

—Gracias por venir, Rafael. Todos se lo agradecemos mucho —le dijo Antonia invitándole con un gesto a tomar asiento. María aprovechó el intercambio de miradas para sonreírle generosamente —. Necesito que usted cuente todo lo que sabe sobre Antonio Pizarro. Me consta que escribirá un artículo sobre ello. Es su trabajo, pero antes, mejor que ellos —señaló con un gesto a los dos hombres—, como parte de la familia, conozcan toda la verdad.

Rafael inició la ardua tarea de narrar todo lo que se había averiguado de Antonio Pizarro, el tío desconocido de la familia, y que lo había llevado a considerar que él y el escritor «El Más Grande» eran la misma persona. El silencio de Rosario era intranquilizador. Una sola mirada incisiva de la mujer bastó para que el periodista advirtiera que debía silenciar algunas cuestiones,

en particular aquellas que implicaban la figura de su padre, su implicación y, a ser posible, los dos escritos encontrados en la caja fuerte.

Doña Adela, tarde o temprano, conocería la verdadera historia de su hermano, el violador que llegó a convertirse en el famoso escritor en la sombra. Entonces renacerían los recuerdos y con ellos los rencores y un odio que jamás desaparecía, y tan solo se escondía, disimulado y agazapado, esperando el momento de mostrarse con el furor del primer día. Pero no serían ellos quienes le hicieran ver esa otra realidad, aquella que le había sido ocultada durante años: el injusto destino de su único hijo, abortado por el egoísmo de su hermano.

Alfonso escuchaba mientras aparentaba prestar su atención a las pilistras del patio, a través de la cristalera. Gonzalo mantenía una mirada recelosa, que no se apartaba del narrador. Rosario encendió un cigarrillo, exhalando una amplia bocanada de humo hacia el techo del salón de manera lenta y pausada. Antonia escudriñaba las miradas en un intento de averiguar qué pensamientos se escondían tras esas pupilas. María, sin apenas pestañear, solo tenía ojos para Rafael.

—No tengo dudas de que su tío era el escritor que firmaba sus obras con el pseudónimo de «El Más Grande», como también que murió, sin que pueda asegurar con rotundidad dónde quedó enterrado, aunque estoy seguro de que no fue en la cripta familiar. Para saberlo con exactitud habría que...

—¿Desenterrarlo? ¿Eso quiere decir? —preguntó Gonzalo malhumorado.

—Reconozco que sí. Sería la única manera de saberlo.

—¿Piensa usted que mi padre simuló el enterramiento de su hermano?

—Es más que plausible, o bien pudo pensar que estaba en lo cierto y creyó que los restos encontrados pertenecían a Antonio. El padre de Rosario, don Rosendo, certificó la muerte, ¿no fue así? —afirmó Rafael dirigiendo una mirada a Rosario—. Pudo tratarse de un error. Ya se sabe, tras la guerra, la identificación de los cadáveres no fue tarea fácil. Con sinceridad, me inclino a pensar

que la muerte se produjo en 1945 y que los restos recibieron sepultura en el cementerio de Trujillo.

—¿Por qué está usted tan seguro?

—Contemplo la posibilidad de ese error en la identificación del cadáver que encontraron al final de la guerra y, sobre todo, porque una mujer, que creo lo conoció bien, nos condujo hasta su tumba en Trujillo. Ella fue testigo, aunque manifestara que tampoco había visto el cuerpo. Por último, esta fotografía de su tío —les acercó la fotografía que había identificado la costurera— está fechada en el dorso en 1942. En esa fecha positivaron el negativo en Trujillo, y eso supone casi tres años después del enterramiento en la cripta del supuesto cadáver de Antonio.

—Pudo hacerlo cualquiera. Esto no garantiza su existencia... —resolvió Alfonso.

—Cierto, pero fíjense en las iniciales que alguien escribió al borde, a lápiz y con letra pequeña, casi imperceptible a la vista, sin acercar una lupa: MSG y APP. Creo que fue él mismo quien lo escribió. La caligrafía es similar a la contenida en los manuscritos. Son las iniciales de su doble identidad. Y les diré algo más, algo que es incontestable y concluyente. No lo advertí al principio, pero anoche, repasando todos y cada uno de los datos recabados preparándome para esta reunión, reparé en ello. Los poderes que otorgó el escritor se firmaron ante notario en 1941, un año después de que su supuesto cadáver fuese enterrado en la cripta. Nadie lo pudo hacer por él...

—¿El tío Antonio... escritor famoso? Pasa usted por alto que, según me dijo mi mujer, los libros se publicaron desde 1942 y el último en 1949 y, al parecer, queda otro por publicar. ¿Este hombre escribe desde el más allá? —puntualizó Alfonso con tono jocoso.

—«El Más Grande» escribió los manuscritos antes de morir, al menos los tres primeros. Me consta que la policía encontró algunos manuscritos más en la vivienda de su representante. Allí fue donde también vivió el escritor, al menos por temporadas. No olviden que su representante tenía poderes amplios otorgados por su tío, y bien pudo aprovecharse de ellos, publicando las obras sin necesidad de

declarar el fallecimiento del autor. Me he informado bien de la efectividad de unos poderes notariales —anotó Rafael antes de cualquier respuesta—. Están vigentes hasta que no son revocados por el poderdante, como también quedan sin efecto con su muerte, pero ¿y si nadie se entera de ella? La editorial solo conocía a su representante, que firmaba los contratos y cobraba sin que en ningún momento les llegaran noticias contrarias, reclamaciones ni nada que los hiciera dudar. ¿Quién denunciaría desde Trujillo que un gran escritor, desconocido para la gran mayoría y que se mantenía en el anonimato, había fallecido? Al Enano lo enterró, pero al escritor lo mantuvo con vida, al menos sobre el papel.

—Lo del tío Antonio puede ser un escándalo —decretó Gonzalo—, un vergonzoso escándalo.

—O una oportunidad de hacer justicia —apostilló el periodista.

—¿Justicia, dice? ¿A qué justicia se refiere? ¿A la que nunca juzgó al Enano por el maltrato al que sometió a su propia hermana? De todos eran conocidos sus intentos de agresión, y eso es lo que murmuraba la gente del pueblo. Mi padre me lo dijo; que el monstruo, y según usted ahora famoso escritor, odiaba a su hermana.

El silencio rasgó el aire. La agresividad que mostró Gonzalo en sus palabras provocó que las miradas se desviasen inquietas hacia rincones de la habitación, buscando refugios que no fueran otras pupilas.

—Lo que no admite dudas es el hecho de que el representante se apropió del dinero del escritor, fuera o no Antonio, además de chantajear a nuestro padre al respecto —determinó Alfonso.

—Eso es cierto, como también lo es que, si se demuestra la identidad del escritor como su tío y la utilización indebida de los poderes con la intención del representante de enriquecerse, un juez podría declarar que el dinero depositado en el banco pertenece a la familia, a ustedes..., quiero decir, a los legítimos herederos del escritor que, en este caso serían sus hermanos supervivientes y ustedes dos por el fallecimiento de su padre.

Las palabras del periodista despertaron movimientos de ojos

inquietos entre los asistentes.

—¿Está usted seguro de lo que dice? —preguntó Gonzalo.

—Tan seguro como lo estaba el abogado al que consulté.

—¿Y qué hará usted ahora que ya conoce la verdadera historia?

—Escribirla y publicarla en el *Extremadura*.

—¿Lo mencionará todo?

—Todo lo que no me prohíba el respeto a la amistad —miró entonces a Antonia y a María—, además de mi ética.

—¿Personal o profesional?

—Ambas. No tienen sentido una sin la otra.

—Bien. Haga lo que considere oportuno —concluyó Alfonso, pero antes de publicar, al menos avánceno el contenido, aunque solo sea para estar preparados, quiero decir. Respecto al representante y su riqueza, consultaremos a un abogado, ¿te parece, Gonzalo?

Al concluir la reunión, Rafael y María salieron juntos a la calle. Un aire cálido contrastaba con el frescor del interior de la casa.

—Ha resultado mejor de lo que pensé —dijo el periodista satisfecho.

—Sobre todo desde el momento en que anunciaste la posibilidad de rescatar el capital de su tío... Fue determinante, y Gonzalo, al escucharlo, se delató con un brillo en los ojos. Lo percibí —acertó a observar María—. Antonia dice que el dinero es el punto flaco de Gonzalo. O eso es lo que le cuenta su marido y, según ella, desde siempre que trabajó para su padre él le trataba y pagaba como a un asalariado más. A don Paco le parecía suficiente que comieran y vivieran bajo su techo, y la escasa paga no alcanzaba para satisfacer los caprichos de Rosario —argumentó bajando el tono de voz—. Ya sabes, el difunto no podía ver a su nuera... Decía que cuanto más ganara su hijo, más podía derrochar su mujer.

—Ahora debo escribir la historia —decretó el periodista—. Dos días me quedan para la primera entrega y tengo que centrarme

en ella. Mira esto —continuó hablando al tiempo que le enseñaba una pequeña libreta que guardaba en su bolsillo—, lo traje de la casa de Trujillo, ¿recuerdas? Son las cifras que vimos anotadas. No me son de utilidad, pero puede que sí lo sean para la policía. Tengo que encontrar la manera de hacerle llegar la información al comisario sin levantar sospechas de quién es el remitente, ni mucho menos de cómo pudo llegar a sus manos.

—Dámela y olvídate de ella. Lo haré yo. Tú dedícate a escribir.

—¿Tú? No quiero implicarte en esto...

—¿Que no quieres qué? Si lo estoy hasta el cuello. ¿Recuerdas que estuve allanando una casa privada en Trujillo contigo? Dame esa libreta, la meteré en un sobre y se la haré llegar al inspector. No te preocupes, de veras. Lo haré sin levantar sospechas.

Su caminata llegó a su fin cuando ambos alcanzaron la pensión. En el mostrador estaban el chico del *TBO* y Tomasa, quien los miró con una desconfianza que pronto destapó sin tapujos.

—Esta es una pensión muy decente —les anunció.

—No lo dudo, pero ¿qué nos quiere decir con eso?

—Que no se permite entrar a las habitaciones a señoritas ni señoras que no sean las esposas de los señores.

—Se adelanta usted a los acontecimientos. Es su imaginación, Tomasa. La señorita María no pensaba subir a mi habitación. Me esperará aquí, en su salita de estar —pensó decir de «mal estar», pero optó por no empeorar la situación—, mientras yo cojo un sobre que necesitamos. ¿Le parece bien?

—Me parece. Aquí, en Camino de Piedras, guardamos mucho la decencia. Yo tengo grabadas —señaló su cabeza con el dedo índice— unas palabras que dijo un domingo don Julián en un sermón de la misa: «la inmoralidad y la indecencia destruyen a un pueblo» y también añadió que tan importante es ser como parecer.

Mientras Rafael subía las escaleras hacia su habitación pensó en las palabras de la muy decente Tomasa. De una parte, la palabra *destrucción*, utilizada con avaricia por el clero para atemorizar y controlar a los feligreses creyentes que se apartaban de las directrices eclesiásticas, y de otra, las apariencias, como manera de

mantener una imagen, en la mayoría de las ocasiones, falsa, pero que tranquilizaba a muchas conciencias, sucias en el fondo.

Más tarde, Rafael le haría una confesión a María: en la casa del chantajista había encontrado el cuarto manuscrito. *La venganza del Colibrí.* Lo guardó en la bolsa y se lo llevó. Desde entonces, una impaciente curiosidad lo arrastraba a leerlo cuanto antes.

Capítulo 82

El testamento del escritor

Se dirigía a la comandancia de la Guardia Civil cuando notó que alguien le tocaba por detrás, en la cintura. Guillermo se volvió y vio a un niño que llevaba una careta de cartón que simulaba ser un demonio con pequeños cuernos. Se sorprendió cuando le entregó un sobre cerrado e inmediatamente escapó disparado, perdiéndose entre las callejas. No tenía datos de a quién iba dirigido ni tampoco remite. El inspector lo abrió, ojeó la pequeña libreta que contenía en su interior y repasó una serie de cifras escritas que no entendía. Lo que llamó su atención fue el nombre del chantajista (y más reciente cadáver de su investigación) escrito en la primera página. Siguió caminando hacia el cuartel, donde le esperaba el comisario. Al parecer, algo había descubierto en el registro de la casa de Trujillo.

Nada más verlo, compartió con él la extraña entrega del sobre, como también que no podría identificar al crío que llevaba la máscara. Don Casto observaba las cifras del papel sin pestañear, mientras mordía la pipa.

—Muy significativo y muy coincidente, hijo —dijo al fin, deshaciéndose de las pequeñas gafas de vista cansada—. Hace un par de días hablé con el nuevo patrón de Pepe «Gil-Robles».

—¿Se refiere a aquel que, según usted, pretendía comprar la participación de don Paco en la finca de sus sobrinos por parte de doña Encarna?

—Don Fulgencio Castilla, el mismo, pero con la sutil diferencia de que la pretensión se hizo realidad y, precisamente, un día antes del asesinato, don Paco vendió su parte en un contrato

privado y recibió a cambio dos millones de pesetas en un pagaré al portador. El hombre me enseñó el documento de compraventa y el recibo de la entrega del dinero. Don Paco mintió a sus sobrinos. Sabía que no disponían de liquidez ni responderían a sus exigencias, y vendió su participación antes de que ellos lo supieran —le indicó el comisario a su ayudante—. El nuevo propietario esperó unos días para anunciarles que él era el nuevo socio. Y ahora, esta libreta, que llega a nuestras manos casi por providencia, contiene una cifra coincidente con el precio de la participación: dos millones de pesetas que, misteriosamente, figuran en estos apuntes que se escribieron muchos años atrás. ¿Premonición? No. Son las piezas del puzle, que van apareciendo y encajando.

—¿Qué apuntes? —preguntó Guillermo, confuso.

—Mira este documento, escrito por lo visto de puño y letra del escritor «El Más Grande», ya que su caligrafía coincide con la de los manuscritos. Lo encontré entre las primeras páginas de *Una vida de ensueño*.

> *A mi querido amigo José Manuel,*
>
> *Que este documento sirva como testamento, mi última voluntad, a pesar de que nunca se reconozca por la ley de los hombres. La otra, la verdadera ley, es la que importa. Solo ella otorga derechos de conciencia que nadie puede arrebatar. Sabes bien que me queda poco tiempo. No me da miedo morir, pero me entristece partir y no gozar nunca más de tu amistad, ni del amor de Andrea. Te dejo mis manuscritos. Ellos son los únicos hijos que la providencia me permitió concebir. Y sabes bien que los amo. Pero ni a estos hijos les pude dar mis apellidos. Son los vástagos de alguien desconocido y oculto tras un pseudónimo.*
>
> *Quizá esa fue mi gran cobardía. Permanecí tanto tiempo escondido para los demás que me acostumbré a ello y sentí miedo de mostrarme como era; a pesar de esto he disfrutado de la libertad de ser yo quien decidía. Publica los restantes textos como veas oportuno. Es mi regalo para un buen amigo. No te preocupes por la editorial, nadie descubrirá que «El Más Grande» dejó de*

existir. ¿Quién se preocupará de la muerte de un enano al que nunca vieron?

Cuando por fin me vaya de aquí, deseo continuar vivo para los demás y para que puedas conseguir lo que me arrebataron sin escrúpulos. Conoces tan bien como yo mi propia historia y por qué hui de aquella cárcel, quién fue mi carcelero y quién mi verdugo.

No sé si lograré terminar mi último libro, La venganza del Colibrí. *Es probable que no lo consiga. Estoy cansado y la enfermedad me gana terreno cada minuto que transcurre. Si finalmente mi pluma deja de llenar de palabras los folios en blanco, hazlo tú por mí. Ayúdate de la complicidad del odio y acaba lo que yo no pude.*

GRACIAS, AMIGO

—¿Qué te sugiere esta carta? —le preguntó el comisario.

—¡Humm! Que el chantajista se enriqueció gracias al escritor, pero con su beneplácito. También me sugiere que cuando le dice que acabe lo que él no pudo, he pensado que no se refiere al libro o al menos no en exclusividad... ¿Sabe, comisario? Ya me gustaría conocer el contenido de ese próximo libro... Me lo imagino revelador.

—Y a mí también me gustaría, pero no podemos aguardar a que se publique para resolver el caso —contestó jocoso—. He pensado lo mismo que tú, joven. Además, el último párrafo bien podría encerrar un enigma.

Guillermo, que hasta el momento había sujetado la carta en las manos, la dejó sobre la mesa.

—Te diré algo más. Requerí oficialmente del banco información sobre la fecha de ingreso del pagaré de dos millones de pesetas en la cuenta del difunto don Paco por su parte del negocio familiar y, sorpréndete, no hubo tal ingreso, y eso solo pudo ser porque la muerte se adelantó. Pero entonces, ¿dónde está el documento? No olvides que era al portador. Se supone que nadie de la casa sabe nada del asunto.

—¿Y qué significan las cifras que se dividen por dos, jefe? —se interesó Guillermo, recuperando la hoja que le había entregado el misterioso niño y señalando con el índice las cantidades que aparecían en ella.

—Que alguien más participa en este reparto; recordarás que te dije que se habían ingresado cantidades en efectivo en la cuenta bancaria del representante del escritor, el que ahora sabemos que es el chantajista de don Paco. Pues bien, coinciden con las partidas que se reflejan en estos apuntes. Faltaba el ingreso de esta última —dijo apoyando su índice sobre una cifra—, dos millones de pesetas, los dos millones que don Paco sacó de la venta de la finca para pagar a su extorsionador, esos dos millones que se transformarían en un millón para el apoderado porque el otro millón se lo quedaba su socio. ¿Entiendes? Su socio, joven. Ni más ni menos que el asesino de don Paco —aseguró el comisario con aire misterioso y una ceja arqueada.

Capítulo 83

Una Rosario desconocida

A duras penas acudió a la llamada insistente de Antonia. La arrolladora mujer que había conocido durante las últimas semanas parecía haberse transformado en otra persona distinta cuando cruzó la puerta del salón de casa de Antonia.

—No sé qué te sucede, pero me gustaría poder ayudarte —le dijo Antonia, al tiempo que Rosario se envolvía en una nube de humo de cigarrillo que fumaba, de nuevo, con lentitud.

—Gracias, pero no sé cómo... —dijo como si se hubiese rendido—. Son los Pizarro. No descansan ni después de muertos. Y el viejo, menos aún.

—Olvídalo, Rosario. ¡Ya no puede hacerte daño!

—Sí puede. Y, de hecho, me lo hace.

—No te entiendo... —musitó Antonia confusa a la par que preocupada.

—Es Gonzalo. Desde la muerte de su padre está alterado, agresivo... sobre todo conmigo. No paramos de discutir, a diario, por decirlo de manera suave. Parece que quiere culparme de todo lo sucedido.

—No puede ser. Lo estás imaginando —intentó tranquilizarla Antonia—, han sido días muy duros y todos estamos nerviosos y tensos.

—Sí, eso es cierto, pero lo de Gonzalo es otra cosa diferente. Me echó en cara el haber sido el peor de sus males, que su padre tenía razón. Me tachó de egoísta y..., en fin, no quiero recordar más. No sé qué pude hacerle...

Antonia la miraba mientras pensaba en cómo poder ayudarla.

El donaire de la mujer se había tornado en tristeza y pesimismo.

—Todos pasamos por momentos buenos y malos —trató de consolarla—, pero pasan. Tómalo como un bache. Solo será eso. El tiempo lo cura casi todo. Ya verás cómo se normaliza. Piensa en tu historia del escritor, que está casi terminada. Me dice María que Rafael está a punto de acabar su artículo. Tú fuiste la chispa que encendió todo esto, su creadora...

Rosario sonrió con ironía, provocando que un resto de humo se escapara por entre sus labios.

—Ese ha sido el principio de una fuerte discusión. Me acusó de ser culpable de remover la mierda de la familia. ¿Por qué destapar la historia de Antonio? ¿Por qué implicarte a ti en todo esto y, sobre todo, por qué confiarlo a un periodista? Me dijo que todo lo que hacía iba contra la familia y que yo no merecía formar parte de ella. Eso me dijo.

—Cuánto lo siento, Rosario, de veras...

—Ya, no te preocupes. Es cierto que soy la mayor responsable de destapar la historia del pobre hombre, pero no me arrepiento de ello. ¿Y sabes otra cosa? —insistió Rosario, esta vez mirando a los ojos a Antonia—. Lo que dijo provocó que arremetiera contra él y contra su familia. La espiral de la violencia que hemos abierto no tiene fin. Es lo que sucede cuando metes mucha presión en un recipiente, que explota. Le dije que lo de la mierda era cierto, que había mucha en los Pizarro y que solo ellos eran capaces de producirla y después ocultarla. La historia de Antonio era la mayor ignominia y el crimen más despiadado que podía hacerse. También le dije que él mismo había sido un débil con su padre y que no tuvo agallas para defender sus derechos, ni los míos. No supo responderme con palabras, solo levantando su puño para agredirme. Se contuvo al escuchar que se abría la puerta del dormitorio de su madre. Yo me marché de la habitación.

—¿Nunca habías discutido antes de esta manera?

—Así no. Reconozco que a menudo me quejaba de la actitud del viejo y de que le trataba mal, sentimental y económicamente, y discutíamos, pero intentaba eludir el tema cuando la situación comenzaba a descontrolarse. Al día siguiente me hacía un regalo.

En eso no me puedo quejar, la verdad —dijo con una media sonrisa forzada—. Pero ahora... No sé qué le sucede.

—Sucede que han sido muchos y muy graves acontecimientos... Vio el cadáver de su padre, tuvo que disparar a un hombre en vuestra casa...

—A alguien que resultó ser el representante del escritor, de su tío Antonio. Un chantajista, dicen. Pero créeme, Antonia, que cuando escuché su nombre en boca del comisario, se me heló la sangre en las venas. En aquel momento solo yo lo reconocí. Reconozco que es cierto lo que dices; Gonzalo se ha enfrentado a cosas horribles que le han podido desestabilizar. Mira, ahora casi me arrepiento de las cosas que le dije. Pobrecillo.

María irrumpió en el salón.

—Buenos días, Rosario, ¿qué tal estas? Seguro que hablando del escritor, ¿no?

—Pues sí. Has acertado. Hablábamos de eso y de la incertidumbre que ha creado el hecho de que su representante haya muerto en La Torre por dos disparos y a manos de mi marido.

—Eso mismo dice Rafael. La policía sabe que el hombre chantajeaba a don Paco y si tú, Rosario, no hubieras provocado las dudas sobre «El Más Grande» y su verdadera identidad, nadie hubiera podido relacionarlo con el tío Antonio.

—Algo bueno hice en algún momento —suspiró mientras se levantaba del sillón—. Gracias por tus palabras, Antonia, y me alegro de que hayas tenido suerte.

—¿Suerte? ¿A qué te refieres?

—A que el viejo haya muerto antes de que lograra fastidiarte la vida... como me hizo a mí.

María no pudo evitar una mueca de asombro y Antonia otra que delataba incomodidad.

—Rosario, olvídalo. Ya no podrá fastidiarte más, como tú dices.

—No estés tan segura. La maldad, hasta después de muerta, puede cobrar vida. Adiós, queridas.

Apenas traspasó tres o cuatro pasos el umbral de la puerta, retornó junto a Antonia, que permanecía allí de pie, todavía

impactada. Agarró su mano y con voz trémula balbuceó:

—Yo, lo siento, te lo juro, pero no puedo... Créeme que no puedo... Perdóname...

Antonia no logró retenerla. Vio cómo se alejaba apresuradamente mientras secaba sus lágrimas.

Capítulo 84

El artículo de Rafael

El castillo parecía formar parte esencial de sus encuentros. El mismo lugar, la misma mesa; de manera inconsciente se aferraban a todo aquello que de nuevo vivían juntos desde hacía unos días, sin darle otra opción al tiempo a que pudiera borrarlo, destruirlo o robárselo, como había hecho durante los últimos quince años.

Rafael decidió mostrar a María, en primicia, el artículo que comenzaba a narrar la historia del escritor. Bajo la mirada perdida del cantinero, apostado en el marco de la puerta, el periodista comenzó a leer en voz alta:

EL ENIGMA DEL ESCRITOR «EL MÁS GRANDE»

El asesinato de un hombre, de arraigada familia, ha destapado la historia oculta de otro hombre, cautivo. Un hombre sentenciado a vivir entre cuatro paredes, condenado por nacer con una enfermedad que la familia no quería aceptar, muchos pensaron que habían creado a un monstruo. Y así fue, pero nunca imaginaron que este llegaría a ser un monstruo de la literatura.

La investigación abierta por el periódico *Extremadura* ha concluido con la identificación del afamado escritor que firmaba sus obras con el pseudónimo de «El Más Grande». Un hombre que ahora sabemos falleció en 1945 y cuyas obras, sin embargo, perdurarán durante años, como permanece en el tiempo todo aquello que se alimenta de sentimientos que no pueden borrarse.

Antonio Pizarro y Pizarro, nombre real que se escondía tras el pseudónimo, sufría de acondroplasia y una visible deformación craneal. Esa circunstancia lo condenó por un sentimiento de vergüenza familiar. Sus tres obras publicadas hasta la fecha describen su vida completa. Lo que el lector no sabía hasta ahora es

que finalmente han resultado ser una biografía. Sus páginas, llenas de sentimiento y crueles verdades, huyen del resentimiento y sus palabras evocan la libertad como el bien más preciado del hombre.

A la espera de la edición de su cuarto libro, *La venganza del Colibrí*, que completa y cierra definitivamente su obra (que sepamos, no dejó escritos en vida más manuscritos), narraremos la vida de pocos años, pero intensa, de Antonio Pizarro y Pizarro, el Enano.

—Me gusta. De veras que sí. No sigas leyendo. Quiero ser yo quien lo haga directamente del periódico. ¿Cuándo sale? —se interesó María.

—Este domingo próximo. La primera parte. Y dos más en los siguientes dominicales... El jefe me ha dado el visto bueno y creo que en la redacción están entusiasmados con esta historia. Espero que tu hermana y su familia no se enfaden... demasiado.

—¡Es tu trabajo!

—Pero es su historia, la de su familia, y no es para presumir de ella precisamente.

—Esa historia, como dices, ya es de todos. No puede ocultarse, como hicieron con el pobre hombre.

—Opino igual que tú, pero ya veremos cómo se desarrollan los acontecimientos. Solo queda que la policía haga su trabajo y resuelva el entuerto, que ya demasiada sangre se ha derramado. Sería extraordinario otro artículo en paralelo con la resolución del asesinato, ¿no crees?

—¿Para cuándo prevés tu marcha de Camino de Piedras? —preguntó María tratando de sonar casual, pero con preocupación.

—En tres días... —Rafael cogió aire, decidido—, y espero que vengas conmigo.

—¿Contigo? ¿Cómo? ¿Adónde?

—Te puedes quedar unos días en mi casa. Díselo a tu hermana, seguro que te ayudará y te cubrirá de cara a tu padre. Solo unos días. Pensaremos detenidamente de qué manera nos planteamos nuestro futuro, porque tú deseas igual que yo que el futuro sea de los dos, ¿verdad? —María asintió con una sonrisa—. Cuando lo meditemos, te marchas de vuelta a Talavera para después unirnos para siempre, ¿te parece?

—Sí. No sé... Claro que quiero estar contigo, pero... He de hablar con Antonia y pedirle ayuda. —Casi no terminó de pronunciar la última palabra cuando sintió los labios de Rafael sobre los suyos. La besaba y no pretendía separarse de ellos.

—Cuidado, Rafael. El cantinero no nos quita los ojos de encima.

—Creo que su mirada nos traspasa y se pierde en el infinito —dijo el periodista volviéndose hacia el hombre, que parecía aletargado.

Capítulo 85

É cousa de meigas

—Yo no creo en las *meigas*, joven, pero no soy un incrédulo al cien por cien. Por si las moscas —aseguraba don Casto a su ayudante tras apurar el último sorbo de café en la salita de estar de la pensión Tomasa—. Prometí contarte una historia de *meigas* que viví en mi tierra cuando tenía quince años, y a eso voy, si te apetece...

—Por supuesto, jefe. Soy todo oídos. Sin ánimo alguno de hacerle la pelota...

—¡Bueno, escucha con atención! Yo era amigo de un zagal de Ares, un pueblo de la costa a pocos kilómetros del mío. Estudiamos juntos casi todo el bachiller hasta que me fui a la Escuela Superior de la Policía. Él se quedó allí, con sus padres. Tenían un negocio familiar. Era una próspera marisquería que daba buenos ingresos. Mi amigo decidió que aquel era su futuro, continuar con el negocio. ¿Para qué probar otra fortuna? ¡Y tenía razón! Bueno, la continúa teniendo, porque en la actualidad vive de ello y muy bien, por cierto. Su madre, Carmiña, además de cocer muy bien los percebes, tenía ciertos poderes espirituales y visionarios que todos reconocían en la comarca. Me refiero a la gente normal, ávida de creer en todo aquello que el hombre de carne y hueso no puede darle. El más allá significa esperanza para muchos. Para otros, la alternativa a la vida triste que les había tocado. Había algo mejor después de ella, si no, ¿qué sentido tiene estar aquí?

Guillermo se recolocó en el sofá de la salita para escuchar con atención.

—Como te decía, Carmiña tenía dones especiales. Recuerdo

con pavor la visión de la cómoda de su dormitorio, repleta de fotografías de sus familiares difuntos, alumbradas por mariposas encendidas que flotaban en vasitos con aceite y agua. Las llamas vivas provocaban sombras y luces que serpenteaban sobre las fotografías. Parecía que las figuras se movían y que los ojos de aquellos difuntos te seguían, con despiadada curiosidad y sin descanso. Mi amigo estaba acostumbrado a la visión, pero yo lo pasaba muy mal. Carmiña me decía: *Fillo, desconfía sempre dos vivos, nunca dos difuntos*. Carmiña podía prever la muerte de algunos familiares y se adelantaba a algunos acontecimientos que después sucedían.

—Vaya con la madre de tu amigo...

—Un buen día, en su casa de piedra de Ares, me contó su última experiencia. Tenía un hermano, su más querido hermano, Suso, mayor que ella, que había muerto pocas semanas atrás. Cargaba con una enfermedad incurable desde hacía años, pero el mozo era fuerte y se prometió luchar hasta que las fuerzas le abandonaran, como así fue. Vivía en una huerta al otro extremo del pueblo. Allí pasaban los hermanos muchos fines de semana. Cuando el tiempo lo permitía, que en Galicia ya se sabe cómo va, comían en una mesa de piedra, en el huerto, a la que rodeaban unos setos tupidos y bien cuidados. Pues bien, Carmiña había advertido la muerte de su hermano horas antes de que sucediera. Estando en la cocina vio cómo entraba una figura resplandeciente, que se detuvo y la saludó con una sonrisa de agradecimiento. Era él, Suso, que se despedía antes de expirar. Cuando Carmiña me lo contó junto a mi amigo, su hijo, sentí un desasosiego inolvidable.

—Imagino, jefe, imagino.

—Pero la historia no termina ahí. Una semana después de la muerte de su hermano, Carmiña quiso pasear por el huerto en donde tantos fines de semana disfrutaba junto a él. Se sentó en la mesa de piedra y le pidió a un amigo del pueblo que tenía una cámara de fotos en propiedad, adquirida recientemente con la idea de hacer negocio como fotógrafo oficial, que le tomara una foto, allí, donde acompañaba a Suso. —Don Casto hizo una pausa maestra en su narración y Guillermo no pudo ni pestañear,

esperando a que continuara hablando—. Carmiña me enseñó la fotografía que su amigo le hizo. Te confieso que sentí pavor. Aún lo siento al recordarlo. No tuve que fijar mucho la mirada para advertir en el primer golpe de vista que allí, entre los setos, se perfilaba con una claridad que no hubiese podido imaginar la imagen de un hombre. Era él. Era el hermano de Carmiña. Lo identifiqué por otra fotografía que la mujer me mostró. Junto a la madre de mi amigo estaba la imagen de su hermano muerto, como si algo lo retuviera allí y no quisiera marcharse de aquel lugar.

—Es impresionante, jefe —dijo Guillermo pausadamente—. Y después de esto, ¿sigue usted sin creer en las *meigas* y esas cosas?

—Bueno, ya te dije que a medias, y por si acaso. Como todos los gallegos, no vaya a ser... Piensa que esta historia no te la conté porque sí. Estoy convencido de que en este asesinato hay algo más, algo que se oculta tras lo pragmático. Es esa parte de las *meigas*, inevitable, aunque no creas en ellas, porque *habelas hainas*. Igual que sucedió con la fotografía de Carmiña. ¿Estaba allí su hermano muerto? ¿O quizá la coincidencia de una composición de hojas y ramas de un seto formó una figura humana? Sea como fuera, en ambos casos el resultado es el mismo. Allí aparecía alguien. Era un hombre que había muerto hacía unos días. En este caso que investigamos también existe algo oculto, que bien podría ser casual, o no. A mí tanto me tiene si el resultado es el que es.

—Me he perdido, jefe. Lo siento.

—Quiero decir que, al margen de lo que conocemos, algo etéreo forma parte de este caso. Y si no te ríes, ni sonríes, ni advierto la mínima mueca de mofa en tu semblante, te digo lo que he pensado que puede ser.

—Diga, jefe, diga —respondió Guillermo, ansioso.

—Ya estás sonriendo y no empecé a decirte...

—Lo siento, don Casto. Aprieto los labios. Aguanto. Se lo juro.

—Voy... Bueno, vamos, quiero decir, a visitar a la echadora de cartas del pueblo. Quiero que nos cuente la historia de La Torre según la ve ella y constatar que lo que nos diga no sirve de nada o, por el contrario, que algunas hojas del seto nos muestren la figura que no fuimos capaces de descubrir. ¡Te he visto una sonrisa! No

disimules. Tienes tus días contados conmigo, joven.

Capítulo 86

Todo comenzó en la cripta

—Sí, señor. Esté usted seguro de que todo comenzó en la cripta. Mire usted: junto a la reja de entrada murió su antiguo dueño, don Crispín. Lo sabe todo el mundo. Y Ana, la costurera, lo escuchó directamente de sus antepasadas, cuando aún era pequeña. Desde entonces han pasado muchas cosas, cosas malas en su mayoría. La muerte violenta de don Crispín provocó la maldición de Las Tres Espadas. Así fue.

Dolores, la Pitonisa, hablaba despacio, pero narraba cada dato de la historia con seguridad.

—La abuela de Ana afirmaba, al menos eso cuenta su nieta cuando recupera la memoria, que en la cripta se ocultaba un cofre con monedas de oro que se apropió don Francisco Pizarro y Cárdenas, el médico, cuando se hizo con la finca. El cofre fue pasando de mano en mano, de heredero de la casa a heredero. Era eso lo que el antiguo dueño, don Crispín, buscaba aquella noche, intentando entrar en la cripta con el fin de asegurarse su futuro y el de su mujer después de haber perdido la finca; confiado como estaba de sus aptitudes al ajedrez, no había pensado en retirarlo previamente por precaución. El pobrecillo se encontró con un par de disparos de Remigio, el capataz, que lo mató allí mismo. Aquella muerte supuso la condena de los demás, y el primero, el médico Pizarro, murió violentamente. Su agonía de días, encerrado en un ataúd y traicionado por su esclavo negro, la vaticinó en vida.

Don Casto atendía en silencio mientras la vidente continuaba con la narración.

—Pero ¿quién lo mató realmente? ¿Fue su esclavo? ¿Fue la

espera dentro del ataúd? Lo importante es que esa fue la primera de Las Tres Espadas, la del centro de la carta. Quedaban otras dos, cruzadas. El siguiente propietario heredero de la finca, don Pacorro Pizarro Morales, el padre de don Paco y también juez como él, también falleció sin calma y antes de tiempo. Otra terrible agonía: la insulina que le hubiese salvado la vida no llegó a tiempo. Estaba solo y pereció entre convulsiones. A ese Pizarro, ¿quién lo mató? ¿Fue el destino o fue su enfermedad? La segunda espada de la carta se ocupó de él.

Guillermo, por su parte, seguía atento a cada palabra, arrastrado por la carencia de la voz de la mujer, que lo tenía atrapado.

—Tan solo quedaba una. El siguiente heredero fue don Paco y, como se imaginan ustedes, con él desapareció la tercera espada. Por ser la última, resultó ser la más sangrienta y despiadada de todas. ¿Quién asesinó a don Paco? Es probable que jamás se conozca al asesino, al igual que sucedió con sus predecesores. La cuestión es que Las Tres Espadas se cobró tres vidas, y el principio de todo tiene su lugar en la venganza. La codicia fue el medio, y con ella se cumplió la maldición.

—Reconozco, señora —le argumentó don Casto cuando Dolores remató la narración—, que como historia o leyenda, o como quiera usted llamarla, tiene un cierto atractivo, no lo negaré. Hasta el joven Guillermo está atrapado —indicó señalándolo—. Pero ¿qué ve usted en las cartas realmente? Porque lo que nos ha narrado es lo que la costurera, la señora senil, ya nos ha contado a todos de recuerdos de su madre y, sobre todo, de su abuela, ¿no es así? Pero usted, como visionaria, ¿qué ve en ellas?

—No entiendo, señor comisario, cómo siendo usted tan incrédulo, viene a visitarme y a que yo le diga...

—En eso ha acertado usted —la interrumpió—. Ha penetrado en mi cabeza. Fíjese por dónde que terminará convenciéndome de sus habilidades... —dijo no sin cierta retranca.

—¿Qué desea usted, realmente?

—Dígamelo usted, que para eso es la adivina.

—¿Sabe qué pienso, señor comisario? Pues pienso que está

usted en un callejón sin salida. Vamos, que no sabe cómo salir de ahí.

—No esté tan segura, señora. Pero dígame algo que me haga pensar, meditar; algo que me quite el sueño.

—Le diré que la historia no ha terminado. Hay dos cuestiones pendientes aún: la primera, que la carta del tres de espadas apareció invertida sobre la mesa y eso significa que la maldad sigue ahí, desmesurada... y resta algo que la satisfaga.

—¿Y la segunda...? —cortó rápido el comisario.

—En aquella echada de cartas apareció también la sota de espadas. Personaje siniestro, malicioso y vengativo, y no soy capaz de averiguar qué hacía ahí, pero asume un papel decisivo en la historia. La carta invertida puede significar que la maldición no terminó y la sota de espadas, el auténtico ejecutor. Un taimado personaje que se oculta, una figura rencorosa que mira por sus propios intereses.

—¿Quiere decir con ello que, según usted, puede haber más muertos?

—No lo digo yo, son las cartas.

—¡Ah! Sí, claro, pero no me tranquiliza demasiado...

—Pero usted no cree en esto, me dijo...

—Es cierto, pero soy gallego: *eu non creo nas meigas mais habelas, hainas.* Esa circunstancia me confiere un margen de duda, ¿verdad?

A Guillermo, que atendía con verdadera entrega y sumisión a lo que allí sucedía y escuchaba, la historia le parecía sacada de un libro de fantasía. No le resultaba verosímil todo aquello que percibía por sus sentidos, y mucho menos la atención que prestaba el comisario. Sin embargo, la historia que la mujer les había contado no lo dejó indiferente.

Era posible que su jefe, el gallego, se lo tomara a chanza, aunque sabía que había mucho de pose incrédula en él. Solo pose. Si estaba allí, en la casa de una espiritista visionaria, era porque le faltaba algo, aunque ese algo fuera fantástico, irracional, inverosímil, pero no imposible. Las palabras de la mujer le habían causado impacto. Guillermo sabía que las leyendas en los pueblos

se construyen y alimentan de la incultura de sus habitantes como una forma más de tener fe en algo. Cuando a un fenómeno no se le encuentra explicación plausible, se recurre a algo superior, inexplicable, intangible que proporcione la respuesta. Lo consideraba una necesidad del hombre, para quien, cuando la ciencia no daba respuesta, la fantasía la sustituía.

El inspector, atento como había estado, intuía que la espiritista se guardaba más de lo que decía. Era probable que la aparente incredulidad del comisario provocara el silencio de la mujer, que escondía algún secreto. No tenía los años de experiencia de su jefe, pero comenzaba a sentir aquello que distingue al buen policía del resto: lo que don Casto había insistido en llamar intuición. Y esa circunstancia lo hizo sentirse más fuerte y seguro (o eso pensaba).

—Señora —se atrevió a intervenir el joven inspector ante la expresión de sorpresa de don Casto—, ¿puede usted ver qué hay en el ataúd de Antonio Pizarro, en la cripta?

El comisario no entendió la pregunta de su ayudante. Por un instante, caviló que la historia del periodista sobre la vida de aquel Pizarro, pequeño y escritor, le había llegado hasta el tuétano, porque relación con el asesinato de don Paco no parecía que tuviera. Sin embargo, esperó la respuesta en silencio.

—Solo rencor. Mucho rencor... y miedo. Allí decidieron enterrar la vergüenza y el recuerdo de alguien... Solo eso. Ningún espíritu bondadoso merodea por la cripta.

—Gracias, señora.

La expresión del comisario hacia su ayudante se leía con claridad: «Ya me explicarás luego a qué vino esa pregunta».

—Bien, señora —dijo el comisario, al tiempo que se levantaba del sillón—, ha sido usted de gran utilidad. Le agradezco todo lo que nos ha contado. Y dígame, ¿qué le debo?

—Nada. No cobro por contar historias que ya han contado otras personas. Tampoco lo hago cuando echo mis cartas y veo algo en ellas..., pero si me quiere pagar con algo, hágalo descubriendo a la sota de espadas. Cuando lo logre, sabrá quién fue el auténtico asesino.

El aire de la calle anunciaba, hacía días, que el verano ya había dado todo de sí y que el otoño se abría paso, augurando un frío invernal extremo.

—Siento escalofríos, jefe.

—Eso es que no has comido.

—No creo. Ha sido esa mujer, que me ha trastocado el metabolismo...

—Y que no has comido, insisto. Con el estómago lleno no hay espiritista que te venza ni espíritu que te intimide... ¿Por qué le preguntaste sobre el enano enterrado?

El inspector sabía que don Casto querría saber de su atrevimiento.

—La historia del escritor me cautivó... Pienso mucho en ella.

—Ya veo. Y el periodista se encargó de ello.

—Es posible. También estoy convencido de que esta ocurrencia suya de visitar a la visionaria no ha sido en balde.

—Sigues siendo un pelota.

—No, no es eso, comisario, aunque también. Creo que, en todo este asunto, el escritor tiene algo que ver y que decir. No está ausente..., es imposible desligarlo, por mucho que lo intentemos. Reconozco que la vidente me ha impresionado con la imagen de la sota de espadas... Jefe, nos falta un eslabón de la cadena, y se sabe ocultar. Un eslabón de hierro, oscuro y oxidado por el paso del tiempo, por la agresión y Dios sabe por qué más.

Ambos enfilaron por la calle Paquito en dirección a la plaza del pueblo. Allí, en un banco de piedra con incómodo respaldo de hierro forjado, don Casto apretó entre sus dientes la boquilla de la pipa, mientras su mano derecha acariciaba la chimenea.

—Nos queda muy poco tiempo para resolver este asunto —dijo sin mirar a su ayudante—. El gobernador se está impacientando, y mucho, para que cerremos el caso y descubramos al asesino. Está convencido de que se trata de un ajuste de cuentas, de la represalia de algún rojo vengativo. «¡A ver si atrapas de una vez al rojo ese de mierda!», me gritó hace un par de días por

teléfono.

—Me consta que le llamó el gobernador, jefe, pero no me pareció prudente preguntarle.

—¿Te consta…? —inquirió don Casto, dudoso.

—Ya sabe, se enteró la telefonista de que el gobernador, ¡nada más y nada menos que el gobernador!, quería hablarle y antes de que usted terminara la conversación, la noticia ya había llegado hasta la pensión Tomasa, pasando por el Torrezno y el resto de los rincones del pueblo.

—Entiendo. Y lo peor es que esto ya nos parece casi normal… —se lamentó—. Como te decía, en realidad, la idea del rojo se la dio el señor alcalde, animado por el cabo de la Guardia Civil, que ya sabes cómo son. Siempre están sedientos de sangre roja de rojos. «La cruzada» no ha terminado, hijo; ni lo hará en muchos años. Por eso debemos terminar cuanto antes y aventurarnos a concluir. Eso desea el gobernador: que sea cuanto antes. Y, querido Guillermo, ya me gustaría a mí que hubiera sido un rojo, aunque solo fuera por nuestra comodidad, pero no. Tú y yo sabemos que no fue un rojo. Entre los azules también hay asesinos, y muchos.

Capítulo 87

Un paseo con Rafael

Pasado el castillo, un sendero flanqueado por multitud de setos, encinas, olivos, acebuches y enormes piedras que se agolpaban unas con otras, como acné de adolescentes, ofrecía una agradable caminata. Don Casto sugirió dar un paseo y Rafael aceptó de buen grado.

El periodista había encendido un cigarrillo Celtas corto, que aspiraba con manifiesto deleite.

—Mejor es caminar sin fumar —intervino el comisario—, lo digo por su salud, joven. —Rafael esbozó una sonrisa—. Me alegro de que haya culminado su artículo sobre el escritor. Me lo dijo Guillermo. Por cierto, usted y él parecen haber hecho buenas migas.

—Su ayudante es un buen tipo.

—Y un buen inspector, se lo aseguro. Llegará lejos.

—¿A comisario como usted, quiere decir?

—¿Le parece poca cosa? —espetó don Casto con falsa indignación.

—Todo lo contrario, me parece mucho.

—Pero yo llegué mayor. Hace poco más de cuatro años que lo soy. Guillermo lo hará antes, mucho antes, y después incluso podrá optar a una Dirección General. Aunque para ello deberá tragar muchos sapos y culebras y desenmascarar a muchos rojos que aún quedan entre las rendijas del régimen. Como algunos dicen: igual que las chinches, que anidan y se esconden entre las costuras... Y no sé si será capaz de hacerlo. Tampoco si le compensará. Conociéndole, pienso que no, pero no estamos aquí para hablar de

mi ayudante... Le reitero mis felicitaciones por su artículo. ¿Se publica en el dominical, según tengo entendido?

—Así es, comisario, y espero que le guste.

—Seguro que sí. Si a sus palabras les ha puesto la misma sagacidad y pasión que a sus pesquisas, el éxito está asegurado.

Por un segundo, Rafael recordó su intromisión en la casa del apoderado. Se sintió descubierto y traicionado por su expresión contrariada, e intentó disimularla.

—Se hará usted famoso —apostilló el comisario.

—Me doy por satisfecho con que no me echen del periódico.

—Y si, además, cubre usted un artículo del asesinato una vez se resuelva el caso, pues ya me dirá.

—Eso dependerá de usted y de su ayudante. Pero sí, sería muy oportuno para consolidar más aún mi puesto de trabajo. Si me permite la indiscreción, ¿cómo va el caso?

—Es una indiscreción, sí, porque su pregunta no espera un bien, mal o regular como respuesta.

Don Casto cogió aire y cambió de tercio, tanto en la dirección de su paseo como en la de la conversación.

—He de confesarle que si usted no me cayó muy bien al principio, entiéndame, solo fue por la lógica animadversión de la policía al gremio periodístico. Poco a poco ha ido alcanzando cotas de simpatía ante mi vista. ¿Por qué? Pues no lo sé con exactitud. Quizá fue Guillermo, que hablaba bien de usted, o quizá han sido los años, que me han vuelto un tanto comprensivo y pastoso. Y volviendo al tema, le diré que no va mal, salvo que hay gente poderosa que tiene prisa, y esa circunstancia me resta certidumbre y me produce ansiedad. Las prisas en estos casos son malas aliadas. Sepa usted que estamos cerca del asesino, pisándole los talones, créame. Intento mantener mi calma habitual y mi raciocinio investigador, a pesar de las presiones...

—Ya puedo imaginarlo...

—Además, soy muy mayor y esa circunstancia me confiere dos... llamémoslas virtudes: la primera, que los superiores ya no me infunden miedo, y la segunda es consecuencia de la primera, que, llegado el momento, no les hago ni puñetero caso. Me queda

menos de un año para jubilarme, qué *carallo*...

—Anda, enhorabuena. ¿Y podrá acostumbrarse a la inactividad?

—¿Quién le ha dicho a usted que estaré inactivo? Pienso escribir mis memorias.

—¡Vaya! Conoceré a otro escritor.

—No se burle, joven. Escribiré para mí, para conocerme mejor y recopilar todo aquello que hice en mi vida... y lo que no. Es posible que algún día le pida su opinión sobre mis folios escritos...

—Estaré encantado de ayudarle —afirmó Rafael mientras aplastaba con el pie la colilla del cigarrillo—, pero le diré que escribir tan solo para uno mismo es tan absurdo como cultivar hermosas flores en una habitación cerrada y que nadie más las pueda contemplar. La belleza no tiene sentido alguno si no se comparte. Se marchita sola, sin admiración, sin un recuerdo. ¿Qué utilidad tiene un buen cuadro paisajista, o un bodegón o un retrato, si nadie lo contempla y admira?

—Habla usted muy bien, joven. Espero que escriba igual. Ya se lo diré cuando suceda.

La caída de la tarde producía el canto desordenado y nervioso de decenas de pequeños pájaros, que se acomodaban en las frondosas copas de los árboles. Al paso de los dos hombres, el piar se escuchaba estridente, como si con ello intentaran provocar la huida de los intrusos.

—Mi ayudante, su amigo Guillermo, recibió un sobre de un niño anónimo, encaretado, por cierto, para asegurarse no ser reconocido. Contenía una pequeña hoja donde se anotaban cifras que pueden tener un significado importante para esta investigación. Aporta datos coincidentes.

—Suena excelente, cuánto me alegro.

—Lo sé. Sé que se alegra, estoy seguro. Como también sé que alguien se me adelantó en el registro de la casa del apoderado muerto. ¡Vaya! Con decirle que los vecinos de un pueblo son como los altavoces en una verbena: se oye todo y lo escuchan todo. Las luces encendidas en una casa en la que no podía estar el propietario, sencillamente porque estaba fiambre, son muy

significativas y elocuentes, ¿no le parece?

—La ocuparía alguien de la familia, no sé... Tampoco sé a qué viene preguntarme a mí a este respecto.

—Ah, es un desahogo mío. Solo eso. Pienso en voz alta. El hombre no tenía familia, ni padres, mujer, hermanos, hijos ni, como diría mi madre, *nin cadelo que lle ladre*.

—¿Un ladrón, entonces?

—O ladrones. O curiosos. O investigadores. Fueron dos las personas avistadas, pero eso ya no me preocupa mucho.

—¿Por qué?

—Porque tengo lo que necesito. En aquella casa no había más, salvo muchos recuerdos que no podrían reconocerse.

El periodista respiró profundamente. Le apetecía otro cigarrillo y lo encendió ante la mirada inquisidora de don Casto.

—Fuma usted mucho. Demasiado. Le aconsejo que se compre una pipa. Acaríciela mientras piensa y verá cómo sus ansias de fumar se disipan... con los años, quiero decir. Si me permite una indiscreción, ¿usted y esa señorita María son novios?

—Sí. Es una indiscreción, pero, indiscreción por indiscreción, creo que lo somos. En cuanto pueda, gestionaré la petición de matrimonio. Guárdeme el secreto. Solo lo sabemos ella, yo y ahora usted.

—No se preocupe por ello. Los policías, aunque digan lo contrario, somos mucho más reservados y menos cotillas que los periodistas. Se lo pregunto porque siempre los veo, y los ven, juntos. Es significativo. Paseando por el pueblo, viajando... Forman una buena pareja. ¡Cuánto se ambiciona la juventud cuando ha pasado!

Don Casto sacó de su bolsillo una pequeña libreta, que Rafael reconoció al instante. Una oportuna piedra al borde del sendero les permitió sentarse sobre ella y el comisario respiró con profundidad mientras le enseñaba la página que contenía los apuntes.

—Dígame, ¿qué ve usted en estas cifras?

—Lo siento, pero no sé qué es esto... —fingió Rafael al ver aquello que él mismo había encontrado en la casa del apoderado.

—¡Ah!, claro, discúlpeme, si no le explico los antecedentes...

Usted no es adivino como la señora Dolores. Creo haberle dicho que esta libreta se la entregó a Guillermo el niño encaretado. Intuyo que estaba en la casa que registramos y que pertenecía al chantajista. Bueno, eso no es intuición, es que su nombre encabeza la portada. Dicho esto, ¿qué le sugieren estas cifras? Piense que me tomo la liberalidad de enseñarle lo que puede considerarse una prueba del caso, en principio, confidencial, porque me fío de usted y sé que sabrá guardar el secreto, ¿verdad? Además, siempre podría esgrimir que no se la enseñé, que ya la conocía usted porque está relacionado con su investigación, pero, en fin, eso es lo de menos... Haga un esfuerzo y dígame qué le sugieren estas cifras.

Rafael sostuvo la mirada en la página, observando con exagerada atención.

—Podría pasar por una especie de... estado de cuentas —determinó.

—Bien dicho. Pensé lo mismo que usted. ¿Y esa división?

—A bote pronto, también podría ser algo parecido a un reparto de cantidades...

—Exactamente eso, sí, señor. ¿Ve esta cifra de dos millones de pesetas? —dijo señalando con su dedo índice sobre el papel—. Pues coincide con el valor de venta de la participación del negocio que don Paco mantenía con su familia por parte de su cuñada Encarna. Usted no lo sabe, pero es cierto lo que le digo: fueron dos millones los que el difunto cobró, al parecer, y casualmente la misma cantidad aparece en este papel.

—¿Sería posible que vendiese para poder pagar el chantaje? —indicó Rafael con inocencia.

—Sí, sí, no le pregunto eso. ¿Sabe por qué aparece la cantidad dividida por dos?

—No logro averiguarlo, no lo sé.

—Yo sí. Porque el extorsionador tenía un socio, alguien con quien repartía el dinero que chantajeaba a don Paco. Observe que todas las cantidades que aparecen se dividen en dos partes iguales. El apoderado que coaccionaba al patriarca de los Pizarro repartió todas las cantidades de esa forma desde que comenzó su chantaje.

Por lo tanto, no estaba solo.

—Tiene lógica su deducción —afirmó Rafael.

—Es perfecta, diría yo.

—¿Por qué me lo confía a mí, precisamente? Imagino que forma parte del secreto de la investigación.

—Por supuesto. Ya le dije que me cae usted bien y que confío en su prudencia y discreción. Además, necesito que usted me amplíe información sobre el chantajista apoderado de su escritor enigmático.

—No acabo de entender, ¿qué puedo decirle que usted ya no sepa?

—Mucho, pienso que mucho. Claro que —se detuvo un instante, miró al cielo y después llevó la vista a su reloj de pulsera — se ha hecho tarde. Se me ha pasado el tiempo casi sin advertirlo. Eso es porque la compañía es agradable, ¿no le parece? —espetó con amplia sonrisa—. Demos la vuelta y regresemos al pueblo, que se hará de noche. Le invito a una cerveza junto al castillo, que me consta que es un rincón que les gusta mucho a usted y a la señorita María. ¿Le apetece?

Capítulo 88

Junto al castillo

¿Qué podía contestar el periodista a la invitación del comisario? Pues que sí, que le apetecía mucho.

—Lo de caminar está muy bien, dicen. Sobre todo, para el corazón. Para el resto no sabría qué decirle —explicaba el comisario mientras alcanzaba al fin una de las sillas de la terraza y se sentaba resoplando—. En mi tierra paseaba durante horas y a diario, pero allí es diferente. El *orballo* te refresca y el frescor te acompaña siempre. Es de gran ayuda, pero en esta tierra las narices te arden cuando respiras y los pulmones se resienten.

No tardaron en servirles a ambos unas refrescantes cervezas.

—A mí me parece que el oxígeno no te llega como Dios manda a las piernas y que por eso te cansas mucho más. Esta tierra es para esto —sentenció alzando la jarra—, y menos para caminar por los senderos.

El cantinero se acercó de nuevo, esta vez portando un pequeño plato repleto de cacahuetes salados.

—Me decía usted, señor comisario, que precisaba conocer de la vida del representante del escritor.

—Cierto. Usted mejor que nadie ha sabido de la relación entre ambos. A través de los libros y, supongo que también por diversas averiguaciones, sabe cosas que seguro habrán tenido un valor para su artículo, pero que también, y sin que usted lo advierta, pudieran tener algún valor para la investigación.

Don Casto, más relajado, cogió un par de frutos secos y se los llevó a la boca.

—Dígame lo que desee —le indicó a Rafael—. Su mente

periodística está configurada para la averiguación de cosas, a través de lo que ve y de lo que oye. Parecido a lo que nos ocurre a los investigadores. Nuestra lógica deductiva es semejante a la suya, solo que nosotros utilizamos otros elementos técnicos, físicos y químicos, pero el resultado es el mismo: investigar, deducir y, finalmente, sentenciar.

—Le diré que los libros reflejan una lealtad absoluta al hombre que lo salvó. Toda ficción contenida acaba siendo pura realidad. Su representante en la vida real, José Manuel Casado Correa, cuyo personaje se llama en la ficción también José Manuel, fue quien que lo rescató de su desesperación en el libro, y estoy convencido de que en la vida real también. Pude averiguar, y no me pregunte cómo, que sabiendo que iba a morir, por alguna enfermedad que padecía hacía años, el autor dejó no solo el beneficio de sus publicaciones a su amigo, sino también otro legado, no sé si más importante o más rentable, pero seguro que más comprometido... Vaya, no encuentro la palabra adecuada que lo defina. Quizá podría ser justicia.

—¿A qué se refiere?

—El autor cedió la herencia que le usurparon a su amigo y le proporcionó todo tipo de detalles al respecto y sobre su familia. A cambio, antes de morir le exigió algo, algo que no he logrado averiguar, pero que se intuye de sus textos publicados, y de una especie de escrito testamentario. José Manuel debía cumplir con un deseo concreto del escritor. ¿Qué deseo? No lo sé, comisario.

—Pues su amigo el apoderado se cobró la herencia que le birlaron al pequeño Antonio Pizarro —afirmó el comisario— a base de chantajes a don Paco.

—Pero no toda, según usted. Alguien más se llevó el cincuenta por ciento.

—El asesino de don Paco, diría yo. Estoy seguro. ¡Mire allí arriba! —señaló el cielo—. ¿Lo ha visto?

—¿El qué? —contestó Rafael alzando la vista unos segundos más tarde.

—Un cometa. Ha sido un brillante y luminoso cometa. Espectacular y fugaz, muy fugaz.

—No alcancé a verlo —contestó, escudriñando el cielo estrellado.

«Como la vida del Enano, fugaz y brillante», meditó el periodista.

Capítulo 89

Confidencias de doña María

La inesperada presencia de la mujer en la pensión de doña Tomasa le pareció algo inusual. La sirvienta había acudido hasta allí para anunciarle que su señora, doña María, quería verlo en La Torre. Necesitaba hablar con él.

En esa ocasión, cuando el comisario acudió a la cita, la viuda de don Paco estaba sola. No había rastro de sus hijos.

—Me inquietó su interés por el testamento, aquel día —comenzó a decirle.

—Pregunté lo que debía —se apresuró don Casto a aclarar.

—Lo comprendo. Y le mostré lo que tenía, pero no le dije todo lo que sabía, me temo. Como ya le he reiterado en varias ocasiones, mi marido era muy especial. Dictatorial y poseedor de la verdad. La suya —remarcó la palabra—. Yo me acostumbré a él. ¡Vamos! O lo hacías, o lo hacías. No había otra opción. Y que conste que no lo digo como queja. Era nuestro destino.

Don Casto levantó la mano a modo de disculpa, para que la viuda no se preocupase por él.

—Me refiero a la mujer casada. A cualquiera. Fueron muchos años de matrimonio. Nuestro hijo mayor, Gonzalo, trabajó con su padre desde muy temprana edad. No quería estudiar una carrera y optó por ayudar en el negocio. Fue esa la razón por la que La Torre figura en el testamento como legado a su favor, una parte importante de la mejora. Los años trabajados junto al padre lo hicieron merecedor de ella, pero me consta que, si mi esposo no hubiera muerto, la situación hubiera cambiado radicalmente.

—¿Qué quiere decir, señora?

—Que días antes de la desgraciada comida, mi esposo había determinado cambiar el testamento. O al menos eso me dijo, encolerizado. Lo tenía todo preparado para privar a Gonzalo del legado y casi me atrevería a asegurar que de gran parte o de toda la legítima. Ya sé que la legítima es un derecho inviolable del heredero, pero mi esposo era abogado, juez de paz y conocía los numerosos recovecos de la ley, aquellos que permanecen ocultos para los profanos.

—¿Qué le impulsó a cambiar el testamento? ¿Le confió los motivos?

—No. Tan solo dijo que la felonía de su hijo no la perdonaría jamás. Prefería verlo muerto. Eso decía, para mi mayor desesperación. Recuerdo la frase que repetía constantemente mientras daba vueltas alrededor del despacho: «Traidor, traidor, aliarse con la escoria».

»Intenté disuadirlo, convencerle de que seguro que lo que ocurría entre ellos se debía a un error, un malentendido... Gonzalo había permanecido a su lado durante años, fuese lo que fuese, no podía ser verdad lo que decía. Sin embargo, mi marido seguía preguntándose quién había podido envenenar a su hijo contra su propio padre. En fin... —suspiró doña María—. Todo fue inútil. Estaba tan seguro de lo que decía como que el sol se oculta cada día.

—Pero, al parecer, o al menos según tengo entendido y no hemos encontrado pruebas al respecto, don Paco no tuvo ocasión de cambiar el testamento. ¿Sabía usted que tenía preparado una especie de borrador, lo que llaman un testamento ológrafo?

—No, señor. No lo sabía. ¿Y usted, cómo lo sabe?

—Soy policía, dejémoslo ahí. La pregunta es: ¿su hijo Gonzalo conocía las intenciones de su padre?

—No se lo puedo asegurar, pero sí sé que, de un tiempo a esta parte, su carácter cambió. Estaba irascible, irritable y en una tensión permanente. Es posible que su padre descubriera su decisión, esa de la que no quiso decirme más, y los motivos que lo llevaron hasta ella.

—Y a usted, ¿qué le ha llevado a confiarme todo esto que me

dice?

—He preferido contárselo yo en persona, tal y como sucedió, antes de que la murmuración del pueblo se haga eco de ello, y segura estoy de que tarde o temprano le llegaría la información, pero deformada por el morbo de las gentes. Mi hijo no se merecía lo que su padre tramaba. Aquel día me armé del valor necesario, el que pisoteó durante años convirtiéndome en una sierva muda, silenciosa y timorata, y le reté por primera vez. Le dije que desistiera de su empeño o, por el contrario, uno de los dos, él o yo, moriría. Es posible que alguien del servicio lo escuchara... Al final salió de la habitación dando un fuerte portazo, pero antes me miró amenazante. Y en ese momento sentí miedo.

—¿Solo con la mirada se sintió amenazada?

—Sí. Para mí era suficiente, lo conocía de sobra como para saber que con ella me decía: «Serás tú quien muera».

—Entiendo —musitó don Casto, liberando el aire de sus pulmones—. ¿Sabía usted que chantajeaban a su marido desde hacía tiempo?

—¿Cómo? —se sorprendió la mujer—. No, señor. Ya le dije que mi marido, que en paz descanse, era muy reservado con sus asuntos. Ignoraba sus negocios y todo aquello que los hombres como él piensan que la mujer no debe saber. Tan solo conocía lo que él decidía compartir.

—Puede pensar que no viene al caso la pregunta que deseo hacerle, y es posible que así sea, pero escuché tantos rumores y tantas historias que no me resisto a hacérsela...

—Hágala. No sé si podré satisfacerle.

—¿Conoció usted a su cuñado Antonio? Al parecer no era muy normal, o eso dicen, al menos.

—Padecía acondroplasia... Y a esa enfermedad se añadía una terrible deformación visible en su cabeza y frente. Sí. Lo conocí todo lo que me dejaron. Mis padres y toda mi familia eran de un pueblo cercano, Fregenal de la Sierra. Los Damián somos conocidos allí. Mi noviazgo fue a distancia y controlado. En escasas ocasiones coincidíamos en persona mi futuro marido y yo y, cuando lo hacíamos, siempre acompañados de familiares y carabinas. Lo

normal, vaya. Mi esposo y yo maridamos ya maduros, según la media, y tras el matrimonio me trasladé a La Torre por lo que sí, conviví con Antonio. Pero, a ratos, quiero decir. No era muy visible. Mi cuñada Adela también vivía en la casa por aquel entonces y era Ana, ¿sabe?, la costurera —el comisario asintió—, la que se ocupaba del hombre, le cuidaba y procuraba que no saliera de la habitación. Eran órdenes estrictas de mi marido. Hasta que un día, un día después de otros terribles y que prefiero no recordar, desapareció de nuestras vidas. Huyó de La Torre...

—O, podríamos decir, se fugó de la prisión —apostilló el comisario.

—Es posible. Recuerdo con espantosa nitidez que en una ocasión mantuve una conversación con él. Mi esposo no estaba en la casa y Antonio se me acercó, sorteando la vigilancia de Ana. Parecía sereno, pero no lograba esconder una contenida agresividad: «Nadie nos presentó —comenzó a decir—. Viéndome ya imaginarás por qué no lo hicieron.» Intenté sonreír, a pesar de la fría mirada que me escudriñaba. «¿Eres consciente de que te has casado con un monstruo?», afirmó indolente y casi sin concederme tiempo a reaccionar. «No conoces bien a tu hermano», le dije entonces, sin saber por qué, quizá porque quería defender a mi marido, pero él me respondió: «Eso crees, pero ya te darás cuenta, y será tarde, te lo aseguro. Tu esposo es aún más monstruo que yo. Observa mi fealdad. Es física. La de él está dentro, muy dentro. Envuelve el alma. No dejes que te atrape. No lo permitas...».

—Vaya con el Enano... —dejó caer don Casto.

—Ana llegó en ese momento y lo condujo de nuevo hasta su habitación. Recuerdo su mirada fija en la mía mientras agarraba la mano de su cuidadora. Me produjo escalofríos y sentí por primera vez que aquella mirada me condenaba, en cierta manera...

—¿A qué?

—A ser infeliz.

Por unos instantes el silencio dominó la estancia. La mujer extrajo del puño de la manga de su vestido un pañuelo con el que se secó las lágrimas, que fluían perezosas.

—¿Desea decirme algo más, señora? —preguntó con

delicadeza el comisario.

—Sí, hay algo más que no le dije en su día. En aquellos momentos sentí miedo, por eso guardé silencio. Debe saber que estuve con mi marido en el dormitorio antes de que le asesinaran. Fueron unos minutos, quería saber cómo se encontraba, pero, sobre todo, insistir en que cejara en su empeño de cambiar el testamento. Fue inútil. Me miró con esa mirada que conocía sobradamente, ignorándome. Tan solo me dijo que me marchara, que necesitaba dormir un poco. Lo último que me dijo antes de que saliera por la puerta fue que al día siguiente despidiera a la cocinera y a su maldita muda. Cuando salí del dormitorio sé que Dolores, la sirvienta, me vio salir de allí porque le estaba subiendo un vaso de agua que él había pedido. Fue cuando me dirigí a la otra habitación. Eso fue todo.

—¿Todo? ¿Está segura de que no le queda nada más que decir?

—Nada más, comisario. —Tras unos segundos de dudas, la viuda añadió—: Le confieso que jamás pensé que podría odiar a mi marido más de lo que ya le odiaba, pero no, salí del dormitorio detestándole un poco más. Y comprobé que no había límite para el odio... Quiero que recuerde que mi hijo Gonzalo no se merecía el trato que recibió de su padre. Tampoco su hermano, el pobre Antonio. Nadie merece un trato así. Y yo no hice nada por evitarlo...

Capítulo 90

Rosario y el pagaré

La pobre esposa de Gonzalo no podía ocultar ni un día más lo que había descubierto. Lo sentía como una pesada losa sobre su cabeza. Se sentía cómplice si no lo revelaba a alguien que la ayudara. Tampoco podía confiarlo a su cuñada Antonia, ya que ella y Alfonso resultarían perjudicados con lo que pretendía su marido.

La solución acudió a su cabeza rápido: Rafael, el periodista. Él la ayudaría. Había confiado en ella cuando le contó la historia del Enano y volvería a confiar en ella ahora, seguro.

Todo había sido la consecuencia de un descuido de Gonzalo, y de una necesidad de Rosario. La mujer necesitaba algún dinero, poco, y cuando esto sucedía el lugar habitual al que siempre acudía era el bolsillo de la chaqueta de su marido. Allí encontró algunos billetes y también un papel doblado, que la maldita curiosidad la forzó a desplegar. Se trataba de un pagaré con una cantidad de dos millones de pesetas al portador.

Cuando inquirió al respecto, las explicaciones de Gonzalo de cómo había llegado ese documento a su poder la convencieron en su momento, pero lo que pretendía hacer con él, eso no. Se ve que lo había encontrado en la pequeña caja de caudales que su padre tenía en el cajón de la mesa de su despacho una vez ya había fallecido. Averiguó que se trataba de la venta de su parte en el negocio familiar de Ladislao y de su familia. Eso le dijo Gonzalo, como también que tenía la intención de quedárselo solo para él. Intentó convencer a su mujer de que con ello se cobraba los

muchos años de trabajo con su padre, por el que no había recibido la compensación que merecía. Habían sido más de veinte años con «el viejo», como ella lo llamaba. «¿Lo has olvidado?», le recordó él, ante la insistente negativa de Rosario a aceptar la propuesta.

Rafael escuchaba su narración, consciente de que Rosario le estaba endosando una comprometida confidencia. Había sido su desesperación, o el fruto de su impotencia, lo que la había hecho decidirse a confiarle al periodista el secreto que martilleaba su conciencia.

—¿Entiende por qué no puedo, aunque quisiera, confesarlo a Antonia? Ellos son los perjudicados. Y si Gonzalo persiste en su empeño de quedarse el dinero, sería como traicionar a mi marido.

—¿Y qué puedo hacer yo?

—No lo sé, pero confío en usted, en que me aconseje... Estoy desesperada y tengo miedo.

—Debe insistir y convencerle de que declare haber encontrado el pagaré.

—Imposible. Lo he intentado con todas mis fuerzas, incluso amenazándole con que me iría de su lado... —Rosario resopló al dar por hecho que esa amenaza tampoco había surtido efecto—. No desistirá de su empeño.

—No entiendo esa cerrazón. ¿Qué otra cosa puede haber, además de la codicia? Y disculpe si mis palabras la ofenden.

Rosario no contestó. Tan solo encendió un cigarrillo inmediatamente después de haber aplastado el anterior de manera compulsiva en el cenicero.

—¿Qué puedo hacer, Rosario? —preguntó él de nuevo—. Me temo que, si su marido persiste, deberá comunicárselo al comisario.

—¿A la policía? ¿Por qué? Es un asunto privado, interno de la familia.

—Eso cree usted, Rosario, y en apariencia puede ser como dice, pero se trata de un elemento más de la investigación que se está llevando a cabo. Me consta que el comisario sabe de un pagaré que no apareció, y desconoce la razón. Ocultarlo podría interpretarse, si se llegara a descubrir, que existía una relación

directa entre el pagaré y el asesinato de su suegro.

De nuevo el silencio invadió el recinto, aunque esta vez de manera más gélida El humo del cigarrillo de la mujer salía impulsado con más fuerza de sus labios.

—Déjeme pensarlo, Rosario. Necesito tiempo... —concluyó Rafael.

De nuevo, el cigarrillo quedó aplastado en medio de muchos otros que ya llenaban el cenicero.

Cuando la mujer se alejó, fueron pocos minutos los que llevaron a Rafael a decidir que debía relatar a la policía lo que acababa de averiguar. Prefirió, una vez más, hablar primero con Guillermo, el inspector, al que consideraba casi un amigo. Tenía la sensación de que, de esa manera, traicionaba menos a Rosario que si lo hubiera hecho con el comisario de manera directa.

«Tanto monta...», pensó el periodista cuando comprobó que Guillermo se apresuró a informar a su jefe a los pocos segundos de conocer la noticia de sus labios.

Capítulo 91

Una decisión comprometida

—Todo comenzó en la cripta, Guillermo, y es allí donde deberá terminar este caso.

—¿Qué quiere decir con terminar, jefe?

—Que las cosas no desaparecen como por arte de magia. Unos documentos, el arma homicida... y Dios sabe qué otras cosas se destruyeron o escondió el asesino. ¡Y te digo más! En nuestras propias narices. Hoy tuve una llamada con el gobernador y antes de hablar con él, a primera hora, lo hice con don Julián, el párroco. Quise saber su opinión sobre algo que no me dejó conciliar el sueño la noche anterior.

—¿Qué se le ocurrió, jefe? Debía ser serio como para llamar a don Julián a larga distancia...

—Nada imposible. Localicé al cura del Opus en su retiro temporal, y ya sabes que son muy reaccionarios y conservadores todos ellos. Necesitaba conocer su opinión sobre la exhumación de un cadáver; el procedimiento eclesiástico que lo autoriza, por motivos de la investigación policial, y los posibles obstáculos. «Ninguno si lo decreta un juez», me dijo. «Sería algo similar a una exhumación especial, cuando las circunstancias de la muerte han sido violentas y existen sospechas fundadas de que dicha actuación pueda esclarecerlas», me aseguró el clérigo. Con sinceridad te digo: lo que me dijo yo ya lo sabía. De hecho, y como una posibilidad, lo comenté con el gobernador en mi llamada posterior, quien bufó al escucharlo. No le gusta nada que se hurgue en el ataúd de un buen católico, como había sido don Paco. Pero el juez, con quien también hablé después, no se opuso. Entendió las razones de la

investigación y me aseguró que, si finalmente decidía llevarla a cabo, en breve obtendría la autorización.

—Cielo santo, cuánta conversación. Una pregunta: si ya lo sabía, ¿por qué le preguntó al sacerdote de igual modo?

—Necesitaba una excusa para hablar con él, escuchar su voz. Algo me dice que su precipitada marcha tiene alguna relación con el asesinato. Conoce o vio algo que podía comprometerlo... Optó por quitarse de en medio y batirse en retirada. En sus últimos días en el pueblo tenía una mirada derrotada, atenazada por alguna circunstancia —indicó don Casto con dramatismo—. Bueno, es solo una suposición. Ya sabes cómo somos en la policía, nos pasa con la investigación algo parecido a lo que sucede con la violencia: que se entra en una espiral que no tiene fin. Cuando le hice la pregunta, don Julián guardó silencio. Demasiados segundos, quizá. Parecía meditar o procesar su respuesta. O es posible que le recordase algo que quería olvidar... Estoy conjeturando tan solo... Y hay más. Seguidamente, el cura me preguntó indeciso: «¿Qué espera encontrar en el ataúd, junto al cuerpo?». «Puede que el pérfido asesino escondiera allí el arma homicida», le dije de inmediato. De nuevo el silencio y de nuevo la voz de don Julián: «De haber sido así, no debió de contar con mucho tiempo para ocultarla junto al cadáver sin ser visto por alguien. Recuerde, comisario, que el ataúd estuvo cerrado y expuesto todo el tiempo. La viuda y los más allegados de la familia lo velaron sin interrupción». Tenía razón el cura, aunque también yo cuando le dije que era posible que en algún momento se hubiese quedado solo una persona velando el cadáver, y que esa persona hubiese sido precisamente el autor del crimen. Si lo pensamos, era su momento. Todo son suposiciones, joven.

—Ya imagino, ya...

—Pero ahí no acaba la cosa. Inmediatamente después, don Julián susurró con una voz trabada de inseguridad: «Creo que ha elegido usted un camino equivocado, comisario». Entonces le contesté inquisitivo: «¿Cómo puede afirmar eso?», y me dejó caer que no lo afirmaba, que se había tratado tan solo de una sugerencia. Lo bueno es que don Julián se sinceró conmigo. Se

había percatado de que yo perseguía algo en concreto. Algo que solo él conocía. Me preguntó qué era lo que quería de él. Le contesté que me conformaba con la verdad, la que presumiblemente sabía. Parecía no entenderme, pero yo percibía que estaba simulando, porque tenía claro que algo lo reprimía.

—Sin duda, algo ocultó tras la decisión repentina de su marcha. Ahí no puede engañar a nadie —anotó Guillermo.

—Una extraña relación entre él y Juan, el menor de doña Encarna, encerraba algún secreto. Pensé que podría tener que ver con el asesinato de su tío. Y por eso le lancé la pregunta sin ambages. Y te aseguro, Guillermo, que el cura me sorprendió. Se despojó de su gomina y su sonrisa impostada y me habló como si se tratara de otra persona distinta. En esa ocasión me pareció un auténtico clérigo. Comenzó a narrarme que no había conocido a su padre, que su madre le había dicho que era un inglés de la marina mercante que se marchó en una de sus frecuentes incursiones de meses, y no volvió. Don Julián tenía dudas de la veracidad de la historia que narraba su madre, pero ya se sabe que, cuando a uno le aterra conocer la verdad, la auténtica, cualquier mentira resulta placentera y suficiente.

El inspector asintió como confirmando la afirmación de su jefe.

—A ratos, pocos, pensaba que era hijo de madre soltera. Intentaba entonces cubrirse con un velo capaz de ocultar ese pensamiento: se recreaba imaginando que su padre había muerto en el barco. Una tormenta o un huracán o un tifón se lo había llevado al fondo del mar. Un héroe fue su padre, se repetía a sí mismo. La madre, sin otros recursos, se empleó en una casa del Opus Dei y entró en la administración, que así llamaban al servicio. Se hizo supernumeraria y su hijo, numerario. Después, Julián sintió la llamada de Dios y se ordenó sacerdote.

—Pues ¡vida resuelta!

—Sí, sí, su futuro y su trayectoria estaban asegurados. Por eso cuando me habló de Juan me aclaró que este no era razón suficiente como para cercenar todo aquello que había conseguido. «Juan era, es, maquiavélico», me afirmó, y también me dijo que sus

confesiones le provocaban zozobra. Don Julián era consciente de que aquel Pizarro ejercía una influencia y atracción sobre él y él intentaba sobreponerse. En ocasiones lo lograba. Sabía que sus confesiones y toda aquella depravación, que sin el menor escrúpulo le confiaba el joven, quedaban silenciadas por el secreto de confesión. Juan podía ser su mayor pecado...

—Siempre he pensado que debe de ser la parte más dura del sacerdocio —añadió Guillermo—, escuchar sin cesar las penas de los demás... y tener que cargar secretos con uno mismo.

—Don Julián me indicó tajante que se había hecho sacerdote por necesidad. Yo creo que debió apreciar mi extrañeza al escuchar semejante confesión, porque de inmediato añadió: «¿Acaso no es la vocación una necesidad? Y los caminos que te llevan a ella pueden ser muy diferentes. Él te los señala o los impone, son como escalones, distintos para cada uno. En mi caso fue la impotencia y el miedo lo que me arrastró hacia Dios. Impotencia y miedo de no ser capaz de vivir una vida normal. ¿Por qué no? Dios concede o priva, según su divino criterio. Y me pone a prueba cada día».

El inspector de segunda resopló ante las palabras del párroco que el comisario le había reproducido.

—Él siguió diciendo que sabía que Juan, malvado como era, era una de esas pruebas. También indicó que su primo Francisco era diferente, pero que su sobrada inteligencia se veía sometida y esclavizada a la pasión que sentía por su primo. Juan lo sabía y lo conducía por senderos oscuros, inciertos, pecaminosos —aseveró el comisario—. Después de estas palabras, el párroco se despidió cortésmente y me deseó toda la suerte del mundo en la investigación, además de añadir que rezaría por mí. Eso último me dejó zarandeado, lo confieso.

—¿Sacó entonces lo que quería de su llamada, jefe?

—Sí, de sus palabras deduje que yo estaba en lo cierto. Había visto o conocido algo y por eso optó por marcharse. En cierta manera, creo que era su manera de dejarme una pista: Juan.

Guillermo no supo qué añadir; sentía que la cantidad de información lo sobrepasaba.

—Atiende bien, Guillermo —comenzó a decir don Casto con

rotundidad tras una breve pausa—. He puesto en conocimiento de la familia mi pretensión de exhumar el cadáver de don Paco.

—¿Escuché bien, jefe? ¿Ya lo ha decidido... seguro?

—¡Exacto! Veo que además de Buenavista eres *Buenoído*.

El inspector sonrió burlón.

—Las respuestas han sido dispares, como podrás imaginar. Ninguna de ellas pacífica. Doña María reaccionó con lágrimas, no cesaba de lamentarse y preguntarse cuánto más tendría que soportar. Un nuevo dolor le atizaba el alma, ya maltrecha. A pesar de ello fue la más comprensiva de todos. Su templanza solo se vio alterada por sus lágrimas. «Si la Ley lo ordena, no seré yo quien añada más tensión a este desgraciado episodio», fueron sus palabras determinantes.

—Me parece una señora muy inteligente —observó Guillermo.

—Doña María acudirá a dicha exhumación a pesar de los consejos en contra que vomitaba doña Adela. Sí. Has escuchado bien, Guillermo —repitió don Casto—, he dicho vomitar, porque es eso lo que sale de los labios de esa mujer cuando habla. Doña Adela se opuso con rotundidad a la exhumación y me amenazó con denunciarme al gobernador si, una vez abierto el ataúd, mis sospechas eran infundadas y ningún objeto era encontrado dentro. Le dije, y reconozco que lo hice con visible desprecio, que procediera como le viniera en gana, y después de eso opté por la indiferencia, no sin antes apreciar en ella una furtiva mirada de soberbia.

—¿Y el resto?

—Alfonso y su esposa guardaron silencio, tan solo comentaron que la situación era muy dura para la familia y pedían que todo se hiciera con la mayor celeridad posible. Por su parte, Gonzalo, sin la presencia de Rosario, dijo encontrarse indispuesto. El rostro velado y sus ojos, paseando por cada rincón de la estancia, manifestaban un descontrolado nerviosismo. Pensé que quizá podía tratarse de miedo. No pronunció palabra alguna y decidió marcharse a su dormitorio.

—Pues entonces, todo resuelto. ¿A qué esperamos? —preguntó con nerviosismo el ayudante.

—Solo nos queda recibir la autorización firmada y confirmar la fecha a los asistentes, que tan solo serán los familiares más allegados y, por supuesto, la entrometida beata. La mujer exigió al obispado que un cura de otro pueblo cercano fuera testigo de la exhumación por parte de la Iglesia, ya que don Julián estaba ausente. Y tú, Guillermo, asumirás el papel de testigo por parte de la policía —concluyó el comisario.

Al poco, Camino de Piedras no tardó de llenarse nuevamente de murmuraciones. Era fácil adivinar que Tomasa, por boca del servicio de La Torre, conoció al detalle lo que se pretendía hacer en la cripta. «A eso se le llama profanación», divulgó la cotilla a los cuatro vientos (porque algo debía añadir de su particular cosecha que impresionara a sus seguidores). Lo de la «profanación» se lo sopló Quico, el del *TBO*, que había leído la palabra en algún artículo del *Caso*, a propósito de un ladrón que saqueaba las tumbas de los cementerios para sustraer los anillos y los dientes de oro de los cadáveres. Al tétrico y carroñero individuo se le conocía como «el vampiro» y, tal y como le contó a la dueña de la pensión el joven, actuaba de noche y sus andanzas y tropelías llenaron páginas y páginas de periódicos durante meses, hasta que, por fin, lo detuvieron mientras se comía un bocadillo de chorizo, sentado plácidamente sobre la tumba que recién había profanado y saqueado. Las noticias se hicieron eco de que la policía, en el registro que se llevó a cabo en la guarida del vampiro, se incautó tal cantidad de dientes de oro que estos serían suficientes para arreglar las dentaduras de media población de Badajoz.

Entre rumores, el esperado día no tardó en llegar; el día de la exhumación para don Casto y el de la profanación para Tomasa y las voces del pueblo que habían optado por adoptar la palabra.

Capítulo 92

A tumba abierta

La cancela de la cripta crujió en un quejido, con pereza; parecía resistirse a ser cómplice de lo que iba a acontecer en su interior. Dos sepultureros iniciaron la tarea a las nueve de la mañana. La placa de mármol que remataba la embocadura del nicho cedió con dificultad. Una vez retirada, tras ella, el cemento cubría una pared de ladrillos que los hombres comenzaron a golpear con vigor. Rompieron el primero dejando un hueco que mostraba la negrura tenebrosa de su interior. El siguiente golpe de martillo dio paso a una cucaracha negra como la oscuridad en la que habitaba, que salió del hueco, huyendo en una frenética carrera. Uno tras otro, los ladrillos fueron desprendiéndose. Los sepultureros los apartaban y depositaban en un recipiente de madera, hasta que minutos después se apreció el extremo del ataúd de madera, aún brillante de barniz.

Apenas dos manos podían entrar en el hueco entre pared y caja, y que fueran capaces de mover y extraerla lo suficiente como para que otras manos las ayudasen. Depositaron el pesado féretro en el suelo de la cripta y don Casto ordenó entonces su apertura. Un denso y nauseabundo hedor invadió el recinto. El cadáver permanecía cubierto con una sábana de hilo egipcio. En su blancura se esparcían las manchas macilentas que habían provocado los fluidos del cuerpo en descomposición.

Doña María se apartó de la primera línea donde estaba. El comisario, en cambio, se acercó lo suficiente para comprobar si el interior del féretro ocultaba algo más que el cadáver. Agachado, su mano se movía alrededor del cuerpo inerte y solo palpaba el bulto,

que a veces se hundía en contacto con su mano. Se incorporó y respiró profundamente. El hedor se había incrustado en su pituitaria. Sacó un pañuelo del bolsillo y se lo pasó por la frente. Sudor o sopor. Lo mismo daba.

El prolongado silencio se quebró con las palabras de doña Adela, que resonaban en la bóveda.

—¡Nada! ¡No hay nada! Como era de esperar. Tan solo sospechas infundadas y precipitadas de usted, comisario. Como murmuran en el pueblo, ahora sí que parece esto una profanación. Y no quedará así. Puede estar seguro. El gobernador lo sabrá todo por mí...

—Por favor —la interrumpió doña María, llevándose los dedos a los labios—, guardemos la compostura.

Su cuñada le asestó una incisiva mirada.

—Cierren el féretro, por favor, y déjenlo donde está —ordenó don Casto a los sepultureros.

El comisario adelantó unos pasos, aproximándose a la embocadura del nicho, y miró en su interior. Forzó la vista auscultando la negrura. Una mortecina claridad parecía revelar que, en su interior, al final del hueco, había algún objeto de imprecisos perfiles. Un movimiento del comisario dio paso a más luz y originó que un tenue brillo se percibiera allí donde la oscuridad dominaba.

—Acérquese y ayúdeme —conminó a uno de los sepultureros —, necesito algo que pueda llegar hasta el final. Ahí dentro hay algo...

Con un rastrillo del jardín y casi el torso completo del hombre dentro del nicho, logró extraer los objetos confinados en su interior: unas tijeras manchadas de negro, una camisa blanca con similares manchas oscuras, un documento enrollado y sujeto con una cuerda, que con seguridad eran las últimas voluntades de don Paco, un par de maltrechos guantes y unos zapatos de gruesas suelas de goma.

Guillermo esbozaba una disimulada sonrisa mientras miraba a su jefe. Le acercó unas bolsas grises que llevaba preparadas para la ocasión y fue introduciendo cada uno de los objetos en cada una de

las bolsas. Las pruebas del crimen.

—Acertó, jefe —le musitó al oído—. Esto llega a su fin.

—Eso parece, hijo, eso parece —susurró entre dientes—. El fin de alguien. ¿Observaste las iniciales bordadas en la camisa?

—No, no tuve tiempo para ver nada. Los nervios me están venciendo.

—Yo sí. «G.P.» Todo cuadra. Todo, dolorosamente, cuadra.

Ambos policías salieron de la cripta, mientras los familiares continuaban dentro, durante el sellado del nicho.

—Necesitamos la identificación de las huellas de las tijeras, ya. Absoluta prioridad, Guillermo. Díselo a los de la científica.

—Al parecer llevaba guantes, jefe. Seguro que no se encuentran huellas.

—Es posible que así sea, pero la camisa y sus iniciales no presentan dudas, ¿no te parece?

—Cierto y contundente.

—Y ahora deberás acompañarme. Hay que detener al sospechoso del asesinato de don Paco. Tienes la pistola, ¿verdad?

Las últimas palabras del comisario se ocultaron tras el estruendo: un fuerte estrépito que provino del interior de la casa. El desconcierto inicial de los familiares, que salieron precipitadamente de la cripta, acabó en una desesperada carrera hacia La Torre. Guillermo llegó el primero, seguido de Alfonso y el comisario. La puerta del despacho entreabierta delataba que algo había sucedido en su interior, mostrando un paisaje aterrador. Sentado en el sillón, frente a la mesa estaba Gonzalo, con media cabeza que parecía mirar al techo, entre rosetones de escayola adornados de pequeños pedazos de cerebro, que se esparcían pegados, tiñendo las falsas flores de rojo. El pecho de Gonzalo se cubría de la sangre que aún fluía abundante de su yugular. Junto a él, un arma caída, una escopeta de cañones cortos, humeante.

El que iba a ser detenido, al saberse descubierto, había acabado con su vida. El miedo, la conciencia, la desesperación o quizá el destino lo ayudaron a decidirlo así.

Lo que aconteció tras ese escabroso episodio fue el informe que llevó al comisario, don Casto Aneiros, de Mugardos, a elevarse

a la superioridad.

Capítulo 93

Una última charla con Guillermo

—¿Qué le llevó a concluir que los objetos se escondieron en el nicho, jefe?

—Las cosas no desaparecen, joven. Se destruyen, se transforman..., pero no se evaporan. Y algunas no son tan dóciles. En algún momento pensé que el documento, e incluso unos guantes, podían destruirse con facilidad, ya que bastaba con quemarlos, pero ¿cuándo? Si, como pensamos desde el principio, el asesino era alguien de la familia, no había contado con el tiempo material para hacerlo después de perpetrar el crimen. Debía esconderlos para destruirlos en un mejor momento. Teniendo en cuenta que corría el riesgo de que en el registro policial se encontraran antes de hacerlo, debía conseguir que desaparecieran de inmediato y para siempre, y de ahí que pensase, con acierto, en el nicho. Como te decía, hay cosas cuya destrucción es difícil: unas tijeras, por ejemplo. Esta circunstancia lo animó a que todos los objetos corrieran el mismo destino: junto al reposo eterno de su padre. Un lugar seguro.

—Eso lo entiendo, la necesidad de situarlos y esconderlos. Pero... ¿cómo supo que estaban escondidos allí dentro?

—Lo de la exhumación fue el pretexto para abrir el nicho, joven. Sabía que era prácticamente imposible que alguien hubiera podido ocultar, junto al cadáver, los comprometidos objetos. ¿Dónde los guardó mientras tanto? Era asumir el mismo riesgo que quería evitar desde el principio. Por eso decidió hacerlo todo de inmediato después del asesinato. La fiesta de la familia y tanta gente en el jardín, animada y tras beber algunas copas,

paradójicamente, le sirvieron de coartada y le cubrieron en determinados momentos para llevarlos ya hasta allí, hasta donde sabía que el cadáver recibiría sepultura.

—Pero no acabo de entender por qué se fijó usted en el nicho...

—Recuerda que descartamos al capataz y, por supuesto, a los supuestos «rojos» que deseaba el alcalde. Si fue uno de la familia quien escapó por la ventana tras cometer el crimen, lo más a mano que tenía era la cripta. Y lo más seguro era aquel lugar ya que, una vez sellada la tumba, se sellaban las pruebas. Además de Pepe, el capataz, tan solo una persona poseía las llaves que cerraban y abrían el camino a la huida: Gonzalo, y recuerda que bien nos lo hizo saber, hasta el punto de cambiar la cerradura, cuando se deshizo del capataz. Ahí ya tienes un indicio, por pequeño que sea.

Guillermo asintió con la cabeza, como reparando en el dato que se le había pasado por alto.

—Pero hay algo más que bien puede dar respuesta a tu pregunta concreta, joven. Recuerda lo que aprendimos: se identifican huellas, se hacen fotografías, se procede a la recogida detallada de los objetos en la escena del crimen, incluso los que pudieran parecer triviales o anodinos. Después, el análisis pormenorizado de todos los indicios disponibles, ¿de acuerdo?

El inspector, de nuevo, asintió con la cabeza sin apartar la mirada de su jefe.

—Debemos observar minúsculos, ínfimos detalles que al resto de los mortales les pueden parecer irrelevantes o insignificantes. Para nosotros, no lo son. Y hay imágenes que se graban en la retina. A veces son imperceptibles en su momento, pero resurgen en el instante oportuno, cuando menos te lo esperas. También sucede con el oído; determinados sonidos se estancan en algún recoveco del cerebro una vez los escuchas y se quedan ahí durante un tiempo. A veces se pierden entre otros recuerdos, y otras, cuando coinciden circunstancias o aparecen vivencias que los zarandean, resurgen espontáneamente y te recuerdan a algo que, en el mejor de los casos, te conduce al sitio correcto.

—Jefe, lo siento, creo que me he perdido.

—Te lo resumo de manera específica, hijo: aquel día en la cripta, cuando enterraron a don Paco y arrastraron el ataúd hasta el fondo del nicho, los sepultureros forzaron su entrada. En un momento determinado la caja tropezó con algo que produjo un crujido, que venció el empuje y la fuerza bruta de los dos individuos. Escuché en ese instante que algo obstaculizaba el arrastre de la caja a medio camino. Lo percibí como algo metálico. Admito que lo olvidé un segundo después, pero ese sonido, ese detalle, como te decía antes, quedó impreso en algún surco de mi cerebro. Más tarde, cuando las circunstancias del caso precisaron de una mayor concreción y nuevas pistas vieron la luz, aquella fugaz percepción, el momentáneo crujido, apareció de nuevo en mi cabeza. Un insolente sonido como diciéndome: «¡¿Es que no me recuerdas?!». Lo repasé en mi cabeza y pensé que no había sido casual: ese algo metálico bien podía ser el arma homicida.

—De nuevo la intuición, comisario.

—O un fino oído...

—¿Sospechó de Gonzalo, entonces?

—Sí, porque coincidió ser aquel día en el que mi hijo me dio la grata noticia de haber terminado la carrera de Medicina. Interrogué a Gonzalo y ocultó una verdad, que es como mentir. Sabes que la mentira es la más concluyente de las pistas para encontrar a un culpable. En su primera declaración omitió algo que averiguaríamos después, que aquel día prohibió al capataz aparecer por la finca a partir de determinada hora. ¿Por qué? Porque en su cabeza la ausencia del capataz era su garantía de libertad de movimientos, y pretendió que nadie supiera de esta directriz, salvo el capataz, que además la incumplió durante un rato.

—Claro... Tiene sentido.

—Solo una duda continúa merodeando por mi cerebro, Guillermo: si Gonzalo escuchó la voz de Pepe «Gil-Robles» cuando arrojó la colilla por la ventana del dormitorio mientras perpetraba el crimen, ¿por qué persistía en ocultar la orden que le había encomendado, y que lo arrastraba a un renuncio, a una mentira, en su declaración? Porque está claro que se arrojó un cigarrillo,

aunque no coincidiera con el que encontramos con restos de pintalabios. Es un detalle que no he logrado descifrar. ¡Solo Dios sabe lo que pasaría por su cabeza!

—Pues ahora que lo dice, tiene usted razón. Pero bueno, quizá pensó que era un detalle sin importancia...

—También fue determinante el descubrimiento del pagaré y su decisión de quedárselo, frente a su esposa que lo descubrió. Desde el principio tenía decidido apropiarse de los dos millones de pesetas, pero no contaba con que Rosario encontraría el documento. Él decidió tirar hacia adelante. La justificación de quedárselo para él solo era frágil, pero Gonzalo no tenía otra. De lo contrario, debía explicar cómo lo había encontrado, dónde, en qué momento y por qué estaba manchado de sangre. Difícil de argumentar sin ser implicado en un asesinato.

—¡Ya sabía yo que su euforia de aquel día se debía a algo más que la carrera de Medicina de su hijo!

Capítulo 94

Informe cerrado

Zafra, a 15 de septiembre de 1953

RESOLUCIÓN DEL EXPEDIENTE N.º 123:
ASESINATO DE DON FRANCISCO PIZARRO Y PIZARRO
EN CAMINO DE PIEDRAS (BADAJOZ).

FECHA DEL DECESO: 28 DE AGOSTO DE 1953.
COMISARIO: DON CASTO ANEIROS.
INSPECTOR: DON GUILLERMO BUENAVISTA.
CENTRAL DE BADAJOZ.

DATOS DE IDENTIFICACIÓN DE LA VÍCTIMA
Y DE SUS FAMILIARES. FECHA DE LA COMISIÓN DEL DELITO. OTROS DATOS DE INTERÉS.

Queda demostrada la autoría, que recae en don Gonzalo Pizarro y Damián, hijo legítimo y primogénito de la víctima, don Francisco Pizarro y Pizarro, según se relata a continuación. Las pruebas físicas aportadas y que respaldan dicha conclusión son las siguientes:

Arma homicida: Tijeras de costura de gran tamaño. En ellas se encuentra la sangre de la víctima, que las cubría casi en su totalidad, y no se ocultan las huellas del autor, quien no tomó la precaución de limpiarlas una vez se despojó de los guantes, arrojándolos al interior del nicho. De la misma forma se deshizo

de ellas usando el interior del nicho donde previsiblemente se enterraría a su padre, y donde, seguro estaba de ello, jamás se encontrarían, una vez cerrado y sellado este.

Una camisa blanca: encontrada en dicho nicho, junto al arma homicida, era propiedad del autor, con iniciales bordadas «G.P.» (Gonzalo Pizarro) y reconocida como tal por su viuda, doña Rosario Berruguete. Las manchas de sangre que presentaba se identificaron del grupo sanguíneo 0 negativo, coincidente con la tipología de la víctima. Asimismo, se encontraron restos de sangre del grupo A positivo, coincidente con la del autor.

Un documento: identificado como testamento ológrafo, firmado por la víctima y expresión de su última voluntad. En él, el testador, don Francisco Pizarro y Pizarro, privaba a su hijo, autor del crimen, de la casa denominada La Torre, así como de gran parte de la mejora y libre disposición. La modificación de este testamento ológrafo respecto al anterior vigente se debió a una presunta felonía relatada en la reconstrucción de los hechos que contiene este informe. En el mismo documento aparecía un legado a favor del capataz de la finca, relegado recientemente de sus servicios por el autor del crimen, por valor de 50.000 pesetas.

Zapatos de gruesas suelas: igualmente hallados en el interior del nicho. Pertenecían al autor, según identificó su esposa. La policía científica certificó acumulación de tierra de albero y piedras entre los surcos de la suela de goma. Idéntica composición, contrastada, a la encontrada en la habitación del cadáver el día de autos.

Documento «pagaré» manchado de sangre y cuya cantidad se halla depositada al completo en una cuenta cuya titularidad corresponde al autor.

Declaraciones de los familiares y otros, presentes todos, el día de autos.

PRUEBAS APORTADAS, HECHOS PROBADOS Y RECONSTRUCCIÓN DE LOS MISMOS.

Gonzalo Pizarro y Damián planeó a conciencia, y de

forma premeditada, la muerte de su padre. La víctima pudo conocer, a través de una diatriba acusatoria del propio chantajista, que su hijo era connivente de un hombre que lo amenazaba, desde hacía tiempo, con desvelar graves secretos familiares y asuntos turbios del pasado si no recibía a cambio grandes sumas de dinero. Este dinero el chantajista lo repartía al cincuenta por ciento con su cómplice, Gonzalo Pizarro, autor del crimen.

Esta circunstancia provocó la decisión de su progenitor de privarle de la posición privilegiada que tenía en el testamento notarial. Al menos esa fue su intención, abortada finalmente por el crimen, que perpetró una vez que supo de las intenciones de su padre, que este, con ira, le había comunicado personalmente. Gonzalo Pizarro conocía de la elaboración de un testamento ológrafo y también que sería formalizado en escritura notarial al día siguiente de la comida familiar (reconocida esta circunstancia en la segunda declaración de la viuda del finado).

El día de la comida no parecía ser el más idóneo para perpetrar el crimen, pero el autor no tenía otra opción, ya que se quedaba sin tiempo: al día siguiente, el notario conocería la última voluntad de la víctima, que dejaba sin efecto el anterior testamento. El autor decidió hacerlo y lo planificó. Pensó aprovechar el rato de descanso que el patriarca habitualmente se tomaba en su dormitorio, antes de la cena (aquel día estaba programada una informal y de pie, en el jardín). Debía encontrar cuanto antes el documento ológrafo. No podía arriesgarse a que alguien lo hiciera (un miembro de la familia o, peor, la policía, en un hipotético registro). No lo halló en el despacho, del que se adueñó tras la muerte de su padre. Debió pensar que lo tendría más cerca de él, en su dormitorio. Entró por la mañana de ese mismo día, aprovechando que su padre y su primo Ladislao mantenían una acalorada discusión en el despacho, pero, temeroso de ser sorprendido, se alejó de la estancia sin encontrarlo. Entró fumando, porque era un fumador compulsivo y el nerviosismo le enervaba aún más. Es posible que, apoyado en la cómoda y mientras pensaba, el cigarrillo que sostenía en la mano

desprendiera ceniza, depositándola sobre el mueble. También sobre la alfombra. Salió apresuradamente y sin abrir la cómoda en esa ocasión. Lo hizo con el cigarrillo aún sin acabar. En la habitación no se encontró ninguna colilla.

Volvería en una segunda ocasión y esa sería la decisiva y meditada para perpetrar el asesinato.

Se aseguró el día anterior de pedir todas las llaves al capataz. Era un tortuoso entrometido, que ponía en peligro su estrategia por las continuas rondas a la finca y su maldito celo profesional y subordinación. También le insistió para que permaneciera en su casuco *y, de esa forma, no molestara a la familia con su conocida e interesada curiosidad.*

La noche anterior, pues, y libre de miradas, dejó en la cripta una camisa blanca, limpia y almidonada, similar a la que llevaría al día siguiente, así como sus zapatos negros de piel y suelas lisas. Un grifo en la parte trasera de la cripta le facilitaba lavarse y limpiarse la sangre, enjuagarse el rostro y mojar el cabello. Se aseguró de que nadie de la familia tuviera acceso a los alrededores de la cripta. Una cancela cerrada impedía el paso. Solo él poseía las llaves.

Fue providencial que su padre se indispusiera tras la comida, aquejado de náuseas, y que se recostara en su dormitorio. El verdugo adaptó el plan; solo debía adelantar aquello que había decidido hacer horas más tarde. El riesgo era el mismo. Antes o después, toda la familia permanecería en el jardín. No había otra alternativa. Llegado el momento, entró en la habitación, cerró el pestillo y vio que su padre estaba recostado de lado. Le habló exigiéndole que le entregara el testamento, que prácticamente le desheredaba. No recibió respuesta alguna del padre, salvo la acusación de «asesino, asesino», mientras dormitaba exhausto por una mala digestión. El autor se exasperó y desesperó. Presumiblemente le invadió la ira y la cólera que origina la insatisfacción y comenzó a asestarle frenéticas puñaladas hasta lograr su muerte. En una de ellas rompió el cristal del reloj del difunto, un Omega de oro que señala de manera aproximada las 6:46, hora en la que la maquinaria se

detuvo por el impacto, y que igualmente provocó un corte en la mano del asesino.

Retrocedió unos pasos y de nuevo tropezó con la cómoda, que abrió en un último intento por encontrar el documento, que allí estaba, en el primer cajón, que no cerró. Lo enrolló y anudó para facilitar su transporte. Casualmente encontró en una pequeña caja de cartón un pagaré por dos millones de pesetas. Fue allí donde se hizo con él, y no en el despacho, como le había confiado a su esposa Rosario. Retornó de inmediato el pestillo de la puerta a su lugar.

Salió con premura por la ventana. Se había asegurado de que nadie lo vería. Nadie podía circular por la zona sin una llave que le abriera el paso, como también las suelas de gruesa goma aseguraban el éxito de su descenso, ayudándose del bajante. Llevaba consigo las tijeras y el documento. En su rápida huida rompió una esquina de cerámica del alféizar de la ventana y parte de la tubería de desagüe, de uralita, por donde se deslizó. En ambas piezas se detectan restos de sangre seca del autor.

La cripta estaba frente a él tras descolgarse de la ventana. Se lavó utilizando el grifo de la parte posterior y, una vez dentro, se despojó de la camisa y los zapatos de gruesas suelas, arrojándolos al interior del nicho, donde seguro enterrarían a su padre, junto a las tijeras y el testamento, el mejor lugar para ocultar las pruebas, un espacio clausurado eternamente con ladrillos y una pesada losa de mármol. Una vez aseado, apareció por el lateral de la casa. Si alguna pequeña y descuidada mancha de sangre lo delataba, es probable que hiciera responsable de ella a la herida que se había hecho en la mano con el cristal del reloj y que él achacaría a un corte provocado por cualquier saliente de hierro de la reja. Era fácil de justificar. Se incorporó al grupo en el que su mujer se encontraba. Resultó llamativo que, tras muchas horas de calor y movimiento, apareciera el autor sin apenas arrugas en la camisa. Su mujer presumió de ello.

Después llegaron los gritos tras el descubrimiento por parte de una sirvienta del cadáver, y el fatídico desenlace de la comida familiar de los Pizarro en aquel aciago día.

La muerte del chantajista, aquel día en La Torre, no había sido el resultado de un ataque a la propiedad o a la integridad física de los propietarios por parte de una víctima fatal. Ni siquiera fue por legítima defensa. Fue una muerte premeditada, trazada tras un avieso plan. Y por ello, Gonzalo Pizarro fue considerado frente a la ley autor de un doble asesinato, el de su padre, don Francisco Pizarro y Pizarro, y el de José Manuel Casado Correa, representante y apoderado del escritor Mario Sierra Gómez, el mismo que, desde hacía años, chantajeaba al difunto padre.

Gonzalo era conocedor y cómplice del chantajista, había sido descubierto por su padre y por ello este determinó darle un escarmiento, privándole de casi la totalidad de la herencia que le hubiera correspondido. Gonzalo resolvió el asunto antes de que su progenitor pudiera llevar a cabo sus pretensiones y al acabar con su vida con evidente ensañamiento y crueldad, solo le quedaba un eslabón que debía eliminar: el chantajista. No podía permitir que siguiera con vida por dos motivos: el primero, porque un potencial testigo puede llegar a ser un impertinente y molesto delator, y el segundo, porque dos millones de pesetas son más que uno.

Aquel día, en La Torre, Gonzalo sabía de la visita de su socio. Iba a recoger su parte del acuerdo, la mitad de aquellos dos millones del pagaré con el que se había hecho el hijo el día del asesinato del padre, y decidió matarlo. No quería posibles testigos, de ahí que se encargase de que el capataz, Pepe «Gil-Robles», desapareciera de escena. Gonzalo mintió en su declaración cuando dijo haber escuchado ruidos y pasos de un desconocido en el jardín. José Manuel entró en la casa y estuvo en el despacho conversando con Gonzalo. Es de suponer que este último lo entretuvo diciéndole que aún no tenía en su poder el pagaré, pero que en unos días lo tendría, con lo que consiguió demorar la supuesta entrega para otro día. El chantajista, convencido del discurso de su supuesto socio, salió de la casa. Cuando se disponía a salir de la cancela, Gonzalo llamó su atención de alguna forma, aquel se volvió y en ese preciso momento Gonzalo disparó la escopeta. No esperó a que se diera la vuelta completa, razón por

la que los disparos mortales habían impactado en el dorso del finado.

El asesino fingió que le acechaba alguien que, presumiblemente, intentaba robar en la finca: legítima defensa. ¿Quién era ese individuo? Al parecer nadie lo había visto antes, ni sabían de él, excepto Rosario, quien reconoció su nombre y sintió un temor que zarandeó su cuerpo. Para Gonzalo era fácil justificar los disparos. Además, la posterior identificación del cadáver como el chantajista de don Paco respaldó aún más la conducta de Gonzalo.

Sin embargo, existían cabos sueltos e indicios de que todo aquello había sido preparado. El comisario que suscribe permaneció en el despacho aproximadamente diez minutos cuando pidió a los señoritos de la casa hacer una llamada nada más ver el cadáver. No hizo ninguna llamada a la central, como se había excusado, y dedicó ese tiempo a comprobar y recabar pruebas. Frente a la mesa del despacho, la alfombra presentaba restos de pisadas debidos a la tierra mojada del jardín. ¿Quién había podido estar frente a la mesa de Gonzalo con los zapatos mojados y llenos de tierra? El chantajista había apoyado sus dedos en el cristal de la mesa. Recogí unas huellas dactilares, tan claras como el blanco de unos ojos. Eran de él. También se añade algo muy curioso y concluyente: el armero permanecía cerrado con llave, y esta no estaba colocada en la puerta. Ante una urgencia, amenaza o un allanamiento de su casa, es improbable que alguien decida coger un arma del armero y después cerrar la puerta con llave y guardarla en el cajón de la mesa. La escopeta fue sacada del armero con la antelación suficiente y Gonzalo la dejó en el despacho, esperando el momento trazado. Cerró el armero como lo haría con normalidad y volvió a guardar la llave en el cajón en un acto reflejo.

¿Cómo penetró el chantajista en el jardín? La cancela estaba abierta, ya que Gonzalo así la había dejado porque sabía que vendría a verle. En ningún momento el visitante pretendió protegerse de la lluvia, ya que sabía que lo esperaban en la casa. Todas estas circunstancias fueron indiciarias de que aquel

misterioso intruso no era ni tan misterioso ni tampoco un intruso. Resulta paradójico el hecho de que fuera Gonzalo, el hijo del chantajeado, quien acabó matando al chantajista, y no el capataz, quien en sus declaraciones informó que don Paco le había pedido ese mismo encargo (por una suma de dinero que heredaría en su testamento). Con esto se constata que ambos, padre e hijo, pensaron lo mismo: eliminar a José Manuel Casado Correa.

Los dos millones del pagaré que habían sido ingresados en una cuenta de un banco de Badajoz a nombre de Gonzalo Pizarro llevaron a la investigación a descubrir que en esa misma cuenta se habían ingresado importantes cantidades de dinero de origen desconocido. El salario que Gonzalo recibía de su padre se ingresaba en otra entidad bancaria de Camino de Piedras.

Finalmente se dedujo que no había habido un solo extorsionador, sino dos: el propio hijo de don Paco participaba como cómplice en la operación.

Capítulo 95

El final de una investigación

Al comisario Aneiros le pareció que, aunque hacía tan solo unas horas que se había alejado de Camino de Piedras, de aquel escabroso caso de la egregia familia Pizarro, sin embargo, esas horas las había percibido como semanas, incluso meses. Resuelto el caso de Las Tres Espadas, como pasó a ser llamado, se marchó por unos días a Mugardos, donde sintió el vacío que dejaba la insatisfacción. Tan solo le quedaban dos meses para su jubilación y acabar con esa sensación no estaba en sus planes. Guillermo lo llamó al poco de concluir el caso, interesándose por él. ¡Buen joven, el inspector! Le había resultado de gran ayuda para desenhebrar aquel embrollo.

El gobernador no había quedado plenamente satisfecho. Se le debió de antojar que el escándalo en el seno de una familia tan cristiana y de derechas no era lo que más le convenía a su moldeada conciencia, ni a la de los demás. «¡Cuánto mejor hubiese sido si el asesino de don Paco hubiese sido un rojo de mierda! Un rojo como todos los demás, vengativo, colmado de ira y ateo», le había espetado. La venganza del perdedor era la más cruel de todas. Sin embargo, debió resignarse y ceñirse a los hechos: el asesino de don Paco había sido su propio y cristiano hijo Gonzalo. Igualmente, desde «arriba» se determinó enmascarar el episodio bajo el pretexto de una locura que se había apoderado del pobre hombre (nadie como Dios manda y en su sano juicio era capaz de cometer tamaña atrocidad, a no ser que fuera demente). La otra razón, la verdadera, había sido una codicia teñida de ira que le había conducido al crimen... «¿y por qué no el final de una

maldición?», pensó don Casto.

En la tierra de las *meigas*, el comisario se inspiró y recapacitó. En el mundo racional, los espíritus y las maldiciones no existían, salvo cuando sucedía que los primeros se mostraban y las segundas se ejecutaban. Tras varios testimonios atesorados aun tras el paso del tiempo, conservados en la memoria de algunos y liberados por fin de la amenaza de otros de guardar silencio, se concluyó que don Francisco Pizarro y Cárdenas, el médico ganador de la partida de ajedrez, había fallecido de verdad, «la segunda» vez, a manos de su hijo mayor, don Pacorro. Había sido él quien había abierto la cripta y liberado al esclavo negro al día siguiente del entierro, concediéndole la libertad a cambio de no regresar jamás a la casa. Permitió que la parca, la auténtica y no solo un sueño, se ocupara de su padre definitivamente si retornaba a la vida, como así fue. Solo él tenía la llave de la cripta, solo él habría podido liberarlo. La cerró de nuevo hasta que, seis años después, enterró a su madre, descubriendo entonces el fatídico destino del patriarca de la familia. La primera espada, por lo tanto, había sido empuñada por su hijo primogénito, don Pacorro Pizarro y Morales. Como consecuencia, este heredó la casa y pudo apropiarse de aquel legendario cofre colmado de monedas de oro, que permanecía escondido en la cripta y del que todo el mundo hablaba, pero que nadie había visto jamás. De nuevo, la muerte en la familia se había visto propiciada por la codicia.

Don Paco Pizarro y Pizarro, el hijo mayor de don Pacorro, se ocupaba de inyectar la insulina a su padre, aquejado de diabetes y con un avanzado alzhéimer. El día que don Paco se retrasó y nadie de la casa logró encontrar la insulina, el día de la casual fatalidad, había sido su hijo el que había ocultado el remedio con premeditación. El padre falleció entre convulsiones y sin que nadie, y menos aún su hijo ausente, pudiera auxiliarle. Nadie llegó a tiempo porque alguien se había encargado de ello. De nuevo, la cripta y sus secretos eran testigos de la ambición de la familia Pizarro. Don Paco fue pues quien había empuñado la segunda espada. Por ello, heredó la casa y, ya al mando, añadió un gesto de mayor perversidad y egoísmo a su treta: sacrificó a su hermano

pequeño y deforme, apropiándose de la parte de la herencia que por derecho le correspondía, proclamando su supuesta muerte tras la huida.

Gonzalo, con su felonía, se había convertido en el portador de la tercera espada. Además de la casa, corría por sus venas una ambición ya habitual en los Pizarro a la que él, de propia voluntad, había añadido el odio. Con su perpetración, protagonizó la muerte más sangrienta de las tres: trece puñaladas y un ensañamiento tal que había corroborado, además, un odio hacia su padre que también se desprendía de su complicidad con el chantajista. Tras haber sido descubierto por su progenitor, este lo había privado, como castigo, de gran parte de la herencia y de la propiedad de La Torre. A consecuencia de sus actos, Gonzalo había perdido La Torre y con ella también la vida.

Podía concluirse, llegados a este punto, que la maldición perseguía al propietario de la casa y que, con su marcha al más allá, Gonzalo había cerrado el circulo. No había engendrado hijos y no quedaban espadas. Él mismo había acabado con su vida, para más inri. El suicidio fue el revés de la carta. Solo quedaba un cabo suelto: la sota de espadas. ¿Qué representaba y quién podría ser? ¿Dónde se ocultaba? La inquietante y enigmática nota que Gonzalo dejó sobre la mesa del despacho antes de quitarse la vida no daba respuesta alguna, pero provocaba la duda y mostraba un nuevo sendero. En él se ocultaba un personaje, todavía por confirmar si se trataba de la sota de espadas...

> *Mi conciencia no logró sobreponerse a mi deseo de acabar con su vida. Al tirano le asesté trece puñaladas, por odio y rabia, pero no fueron mis manos las que lo asesinaron. Juro por Dios que no, a pesar de merecer abrasarme en el infierno. No puedo vivir por más tiempo con este sudario y en permanente agonía.*

Una nota escrita, seguro que producto de un trastorno mental, pensaba Aneiros. Las *meigas* existían, rodeaban a los hombres y decían cosas. A veces se percibían entre susurros casi

imperceptibles. Otras, gritaban y era imposible oír nada. Todo dependía de la persona. Por eso el comisario no podía parar de pensar en cómo lo ignoto solo era aquello que no se veía a simple vista, aquello que no había sido descubierto, pero que existía... al igual que sucedía con la sota de espadas; estaba convencido de que ahí seguía, una carta apostada en un rincón en apariencia olvidado, oculto, silencioso y protegido por las sombras del desconocimiento.

Capítulo 96

Una llamada a Rafael

Hacía un mes que María y él habían contraído matrimonio. Rafael y su flamante nueva esposa decidieron, al igual que lo había hecho su hermana Antonia, hacerlo en la Basílica de Nuestra Señora del Prado. Fueron menos los asistentes, en comparación, y el viaje de novios los llevó hasta Londres. Allí, además de gozar todo lo que no pudieron durante casi quince años, Rafael se provisionó de un cargamento de frascos de perfume Atkinson, que le garantizaban el buen olor durante al menos cinco o seis años. A su vuelta se instalaron en Badajoz, donde Rafael cubría todas las noticias de la ciudad como corresponsal del diario.

La llamada del comisario, don Casto Aneiros, fue una inesperada y grata sorpresa. Quedaron a tomar una cerveza esa misma tarde en un bar de la calle de San Juan.

—Es un placer volver a verlo, comisario.

—El placer es solo mío, créame. ¿Qué tal le va en su matrimonio? ¡Vaya pregunta la mía! ¡Una estupidez supina! Cosa de mayores. Preguntar a un recién casado de... ¿qué?, ¿un mes?, que cómo le va el matrimonio sería algo parecido a preguntarle a alguien que encuentra un empleo, después de mucho tiempo, que cómo le va en el trabajo. ¡Pues cómo le va a ir, de maravilla! Eso sí, después ya vendrán las quejas... —apuntó levantando el dedo, divertido—. Que si el salario no es suficiente, que si el cabrito de mi jefe es aquello o lo otro, que si el horario es injusto, que si me explotan... y un sinfín de insatisfacciones que solo se dejan ver cuando el transcurso del tiempo hace mella y descubre lo que la euforia del principio no te permite ver.

Rafael quedó inmóvil, escuchando con atención al comisario y a la espera del desenlace de aquella disertación sobre «al principio todo es de color de rosa, pero después ya te enterarás».

—Perdone usted, Rafael —interrumpió compungido—, realmente lo que yo pretendía era justificar lo estúpido de mi pregunta y mire usted cómo acabé, en una espiral. ¡No me haga caso y disfrute! En fin, ahora la pregunta de interés es: ¿cómo está María, su esposa?

—Perfectamente, comisario, y le diría que más bella que antes del matrimonio —le contestó sonriendo—. ¿Qué le trae por aquí, por Badajoz? ¿Un nuevo caso, quizá?

—No, hijo, en absoluto. Me queda muy poco tiempo para la jubilación y ya solo soy una figura decorativa..., pero quería verle a usted de nuevo. No me resultó difícil localizarlo.

—Lógico. Es usted policía...

—Ya, pero en este caso fue suficiente con recabar la información de su amigo Guillermo. Fue él quien me facilitó su número de teléfono. No le molesta, ¿verdad?

—Por supuesto que no. Guillermo hizo muy bien en facilitárselo.

—¿Sabe? Deseaba decirle que los artículos que escribió sobre la vida del escritor me resultaron impactantes. Supongo que no le descubro nada que usted no sepa ya. Habrá sido muy felicitado por su trabajo; un trabajo, por cierto, muy bien narrado. Igual le digo sobre cómo cubrió la noticia del asesinato. No sé si lo sabe, pero me hizo usted un poco famosillo, digamos que me encumbró de cierta manera —apostilló sin disimular una sonrisa de satisfacción.

—Yo solo me limité a hacer justicia: reconocer su trabajo.

—Bueno, pero si le digo la verdad, usted me valoró mejor que el propio gobernador. Se sintió defraudado al comprobar que no solo los rojos pueden ser malvados.

—Dígame, comisario —indicó Rafael sin más dilación—. ¿Ha venido hasta aquí tan solo para felicitarme por mi artículo? No lo creo, si en algo le conozco...

—Siempre supe ver y apreciar su perspicacia. Pregunte, pregunte a su amigo Guillermo y comprobará que le digo la

verdad. Es cierto que deseaba saludarle, como también lo es que necesito su ayuda.

Rafael levantó la ceja con asombro y curiosidad.

—A cambio le ofrezco otra exclusiva, solo para usted. Preste atención a lo que voy a decirle —musitó don Casto casi al oído del periodista—: estoy seguro de no haber acertado con el auténtico asesino de don Paco.

La expresión de Rafael hablaba por sí misma; no daba crédito a lo que escuchaba. Las palabras del comisario retumbaron en su cabeza como tambores de guerra en apenas unos segundos y despertaron en él aquella otra inquietud que siempre albergaba, y de la que había huido inconscientemente durante aquel tiempo: algo faltaba en su relato.

—No le entiendo, comisario. Las pruebas... Su reconstrucción de los hechos fue..., fue perfecta, a mi juicio.

—Gracias, joven. Es cierto que el suicidio de Gonzalo facilitó las cosas: con solo llevar a cabo el acto se estaba declarando culpable. Se trataba de reconstruir alrededor de un muerto, del propio asesino, que confesó «a medias» su autoría. Era relativamente fácil, o menos complicado, para ser más exactos. El muerto no podía oponerse a nada de lo que yo dijera.

—¿Lo he escuchado decir «a medias»?

—Escuchó usted bien. En la nota escrita que dejó Gonzalo lo mencionaba. Decía que sus manos no lo habían asesinado, aunque se merecía el fuego del infierno...

—Pudo tratarse de una especie de autoperdón o un mensaje de disculpa ante tamaño crimen. Querría decir que fue su propio padre quien le arrastró a cometer la atrocidad, que no le había dejado otra salida, aunque mereciera condenarse por haberlo ejecutado. ¿Por qué no, comisario? El suicidio fue la respuesta a la desesperación, el remordimiento, o quizá la locura...

—O, como me relató la señora, el final de una maldición.

—¿Cómo dice?

—Ah, nada, nada importante. Cosas mías... de gallego, querido periodista —prosiguió don Casto—. Sin embargo, ahora le confieso que dejé cabos sueltos. La resolución del caso se presentó

tan evidente que quise olvidar, casi de manera inconsciente, pero seguro que interesada y egoísta, aquellos flecos que enunciaban algo. ¿Cómo pudo permanecer el asesino desde las cinco y media más o menos, justo cuando el capataz vio que un cigarrillo encendido salía lanzado por la ventana, hasta escasos diez minutos antes de las siete, momento en el que el reloj de don Paco se detuvo por el impacto? Nadie de la familia estuvo ausente tanto tiempo. Todos corroboraron horarios en los que aparecían unos y otros en cada uno de los grupos. Mire este cronograma —le dijo, mostrándole un papel con nombres y horarios que había trabajado con su ayudante durante la investigación—. Nadie estuvo ausente más de treinta, cuarenta minutos.

Rafael extendió la mano y ojeó la hoja mientras el a punto de convertirse en excomisario continuaba hablando.

—¿Quién permaneció en la habitación de don Paco casi dos horas? El cigarrillo que arrojó desde la ventana no se encontró, o al menos este no coincidía con aquel que recogimos manchado de pintalabios. El asesino fumaba tabaco negro. ¿Lo recogió al bajar para no dejar pistas? Es improbable, si huía a toda velocidad. También éramos conscientes, Guillermo y yo, de que la cocinera y su ayudanta mintieron en la declaración, o al menos ocultaron en parte la verdad que conocían. Tras el suicidio de Gonzalo, no incidimos más sobre el asunto.

Don Casto le propinó un trago a su cerveza, dejando vacío el vaso en el gesto.

—Y algo más —añadió tras el trago—. ¿Quién se recostó junto al cadáver? ¿Fue Gonzalo, el asesino...? No encontramos restos de tierra sobre la cama y dudo que se preocupara en descalzarse para volverse a calzar. ¿Para qué tanto cuidado y pérdida de tiempo? También pensé que pudo ser su propia esposa cuando entró en la habitación y habló con él. No le pregunté, quizá por evidente. Y para concluir mi soliloquio, ¿quién pronunció la palabra *asesino*? ¿Fue el finado antes de morir? En el informe di por hecho que había sido él y, obviamente, nadie lo puso en duda. Y ahora soy yo quien las tiene...

—Comisario, no sea duro consigo mismo...

—Querido amigo, el tiempo delata los errores. El sobrino que escuchó tras la puerta estas palabras lo hizo antes de las seis, y el reloj de pulsera se detuvo casi una hora después. ¿Qué sucedió durante ese tiempo? Porque nos parecieron burdas pruebas, rechazamos un pintalabios, al parecer olvidado sobre la mesilla de noche, y una colilla manchada de idéntico carmín. Presumiblemente de Rosario, ambos objetos, que le pertenecían y cuya circunstancia nos arrastró a desecharlos como elementos probatorios. —Tras tomar una bocanada de aire, don Casto añadió —: pensamos que estaban allí por casualidad y sin relación alguna con el asesinato, ya que Rosario gozaba de una coartada perfecta porque de las declaraciones de los asistentes se desprendía que casi todos ellos habían estado con ella en uno u otro momento entre las cuatro y media y las siete y media de la tarde.

El comisario guardó silencio, mientras observaba la candente brasa del cigarrillo encendido del periodista. Tras una profunda calada, y antes de exhalar todo el humo de sus pulmones, este abortó el silencio.

—Entonces, ¿en qué le puedo ayudar, comisario? Porque seguro que desea algo de mí —adujo Rafael, entornando los ojos.

—Sí, claro. Mire usted, he de reconocerle que, en efecto, la historia narrada del hermano deforme tiene una indiscutible relación con el caso. Sus libros revelan su vida y también sus deseos. No solo lo que vivió, sino el futuro que deseaba, y para ello se sirvió de su representante. El chantaje ejecutado por su apoderado fue premeditado, con el fin de cobrarse la herencia que le usurparon; se la ofreció a su amigo porque sabía que él no lo podría llevar a cabo. ¿Qué mejor forma de asegurarse que, efectivamente, el hombre cumpliría con su deseo? ¡Cinco millones de pesetas! ¿Quién podría resistirse?

—Continúo sin saber qué necesita de mí, don Casto.

—Le explico: he estado muy pendiente de la edición del cuarto libro, *La venganza del Colibrí*. No se ha publicado hasta el momento y, por lo que parece, no se hará en mucho tiempo. No sé si sabe que la familia interpuso demanda a la editorial tras descubrir la identidad, anulando el contrato de edición firmado

con el representante. Se encuentran en pleno proceso de identificación del famoso escritor Mario Sierra Gómez, de pseudónimo «El Más Grande», y su reconocimiento como Antonio Pizarro y Pizarro. Es mucho dinero lo que está en juego y, si todo sale bien, el saldo de la cuenta corriente del difunto apoderado iría íntegro a manos de los legítimos herederos, amén de los derechos de autor. A raíz de esto, y como diría la buena de Tomasa —continuó el comisario, sonriente—, los familiares «profanaron» de nuevo una tumba de la cripta: la que supuestamente contenía los restos de Antonio. El juez dictaminó que, en efecto, el ataúd estaba vacío y en su interior tan solo hallaron restos ajados de tela de saco y tierra de albero con piedras.

—Sí, esta información ha llegado a mis oídos...

—Bueno pues, como le digo, aún están en litigio hasta que se aclare el asunto de manera formal. Ya sabe usted de la celeridad que caracteriza a la justicia; se lo toman con calma. —Rafael asintió con un leve movimiento de cabeza—. Llegué a pensar que en las páginas de ese cuarto libro podría encontrar algo que me diera alguna pista, que me iluminara, aunque solo fuera con la anodina luz de una vela. Lo suficiente para vislumbrar ese algo que diera sentido a mis dudas. Mi gozo en un pozo; como aún no se ha publicado, y creo que no se hará en mucho tiempo, pensé en usted.

El gesto, mezcla de sorpresa y confusión, del periodista aceleró que el comisario continuara:

—¿Le apetece otra cerveza, joven?

—Sí, gracias.

—Yo me pediré un vino tinto. El de la tierra es excelente, nada que ver con el del Torrezno. Como le decía, pensé en usted. Y mucho —se reafirmó, clavando su mirada en la del periodista—. Me consta que mi ayudante, su amigo Guillermo, le confió que, en el registro de la policía en la vivienda de Trujillo del chantajista, se incautaron tres manuscritos, que se correspondían con las tres primeras publicaciones del escritor. El cuarto y último no fue hallado. Extraño, ¿verdad?

El comisario parecía escrutar en las pupilas de su adversario mientras hablaba.

—Lo digo, más que nada, porque era seguro que el contrato con la editorial ya había sido firmado, luego el libro estaba escrito en su totalidad. ¿Sabe usted por qué no estaba junto con sus otros tres hermanos?

—Ni idea, dígamelo usted —espetó Rafael, a la espera de una contestación comprometida.

En un par de segundos pasó por su mente la aventura en Trujillo junto a María y su decisión de apropiarse del manuscrito mencionado por don Casto.

—Porque alguien se nos adelantó. Ya se lo sugerí en su día, ¿recuerda? Una persona o personas interesadas, pero aquella circunstancia dejó de torturarme. Tampoco siento ningún afán por descubrir la identidad del anónimo ladrón. Pienso que sería la curiosidad la que lo llevó, en el supuesto de que solo fuera uno, a apoderarse del ejemplar. Esos ladronzuelos ya no son mi problema, pero sí el hecho de no haber podido leer el puñetero manuscrito. ¿Me entiende?

—Le entiendo, pero continúo sin saber mi papel en todo esto que me cuenta…

—En más de una ocasión le dije a Guillermo que usted me parecía y parece un buen periodista. Se lo habrá dicho, supongo. La mayor virtud que aprecio en un buen profesional de la prensa es la curiosidad. A veces molesta, pero es imprescindible para llegar a la verdad. Les pasa algo parecido a lo que sucede con la policía. También somos curiosos. Sí, y molestos e impertinentes. ¿El objetivo? Idéntico en ambos: deshacer el entuerto para descubrir qué se oculta detrás. Creo, además, que tenemos en común la constancia y la perseverancia. O deberíamos. Por eso me consta, o al menos estoy convencido de ello, que usted no cesó hasta conocer el contenido de *La venganza del Colibrí*. Su curiosidad investigadora siempre ha superado los inconvenientes. Estoy seguro. No sé cómo lo consiguió y le aseguro que me importa un *carallo* cómo lo hizo y en qué momento fue, por no decir que mucho menos aún quién pudo ser su cómplice. Quiero decir, quién se lo mostró. ¿Me expliqué, verdad Rafael?

—Con patente claridad, comisario.

—Pues si ambos lo tenemos claro, le ruego que me describa el contenido de ese esperado libro, como mejor le parezca. A lo mejor su experta locuacidad logra disipar mis dudas.

Parte IV
LA VENGANZA DEL COLIBRÍ

Capítulo 97

La venganza del Colibrí

Rafael guardó silencio durante bastante rato. Parecía estructurar en su cabeza cómo empezar y, sobre todo, aquello de la narración que pudiera interesarle al comisario.

—Digamos que si el libro se terminó de escribir antes de su fallecimiento, en 1945, resulta que su contenido es premonitorio. Sin lugar a duda lo es, o bien describió aquello que anhelaba conseguir, y en parte logró —comenzó a narrarle—. Un fragmento de la primera página que introduce el texto es determinante:

> Primero es la ambición, la codicia. Después, el daño infligido; el dolor provoca la ira y esta conduce a la venganza. La venganza no es la justicia, pero la restituye.

Don Casto prestaba atención entre trago y trago de su bebida, sin perder el hilo de las palabras de Rafael.

—La frase contiene todos y cada uno de los sentimientos que moldearon la vida del autor: la ambición, la codicia, el daño, el dolor, la ira y la venganza. Al final, la justicia como invento ineficaz del hombre y que solo la venganza es capaz de restituir. La justicia no es otra cosa que la forma racional de la venganza, menciona en algún lugar del texto. Para quien no conozca la verdadera historia de Antonio Pizarro y Pizarro ni de la desgracia de la familia, el libro es pura ficción literaria. Por primera vez, los personajes y sus nombres son ficticios, pero nosotros sabemos que no es así, y cada uno de ellos se identifica con alguien de su familia. Así como era obvio que los tres primeros volúmenes eran

autobiográficos, ya que sin ir más lejos el protagonista se llamaba como él, este último no lo es, o al menos no de manera tan evidente, ni que sea por las variaciones que lo llevan a ser una obra de ficción. En él vaticina un deseo. Bueno, yo le digo lo que leí y usted deduzca y saque conclusiones, señor comisario.

—Sin duda... Pierda cuidado.

—Un apunte que sí resultó autobiográfico en la obra es que durante un tiempo, imposible saber si este fue largo o escaso, el Enano padeció de una enfermedad letal mientras escribía su obra, y así ya lo dio a entender en algún pasaje del tercer libro. Ahora lo hace a través de sus constantes referencias al tiempo que le queda para acabar de escribir la última. Se advierte una enfermiza obsesión por premiar a su amigo después de su muerte, como también se vislumbra que lo utilizó para el fin que se propuso: vengarse. La estrategia de la herencia arrebatada era motivo más que suficiente para plegar la voluntad de su amigo a sus intenciones. Conocía bien de la ambición de la familia, especialmente de su hermano carcelero, y casi seguro que de su estirpe. Todo se hereda, tanto la riqueza como la miseria, afirmaba.

—No iba mal encaminado... —apostilló el comisario, atento.

—En su obra, aconsejó a su apoderado y amigo la búsqueda de un socio, un colaborador que lo ayudara a coronar su fechoría. Este no era otro que el hijo mayor de su hermano. Le sugirió que lo tentara, prometiéndole la mitad de la herencia, que pensaba rescatar a través de la extorsión, si colaboraba con él. Fue relativamente fácil convencerlo para que, a su vez, persuadiera a su progenitor de que la mejor manera de acallar las amenazas del chantajista era precisamente entregarle lo que solicitaba. La cantidad era potente, pero limitada por el apoderado, eso sí, a cinco millones de pesetas, justamente aquello que el protagonista del libro consideraba que le correspondía.

El comisario apoyó su barbilla en la mano, escuchando con atención lo que el periodista le decía. Realmente era premonitorio, o un plan muy bien planteado que no había llegado a ver ejecutado. Las páginas encerraban mucho de lo que la investigación logró esclarecer ocho años después de su muerte en

1945. Rafael continuó.

—Fue inquietante advertir en este volumen que la personalidad del autor, coincidente con la del protagonista, dribla hacia un odio irrefrenable y calculado..., no sé si la expresión es la correcta. La cuestión es que denota sin lugar a duda una maquiavélica estrategia para producir daño. No evoca a aquella otra persona serena, castigada pero bondadosa, de sus primeras tres obras. El protagonista, no satisfecho con su avieso plan, hace una encomienda a su amigo que va más allá aún: la de delatar a su cómplice en el chantaje. Poco antes o inmediatamente después de percibir la última entrega, confesaría al chantajeado que su propio hijo le había traicionado. ¡Qué mayor castigo para un padre! Además, bajo esa circunstancia era probable que el apoderado y amigo se pudiese apropiar de los millones de pesetas íntegros, sin necesidad de repartírselos con un socio al que traicionaría con tal intención.

—Y así lo hizo —sentenció don Casto, adelantándose a las palabras del periodista.

—En efecto, días antes desvela la verdad al chantajeado. En el texto, el patriarca muere a manos de su hijo, descubierto en su traición, y en el transcurso de una disputa entre ellos. Las amenazas del padre resolvieron su muerte.

—Bueno, ¡para nada desencaminado!

—Pero quedaba algo más, algo que coronaría el afán vengativo del deforme: su hermana debía sufrir, y mucho. Por eso la segunda encomienda a su amigo, que en la narrativa es el único personaje que se llama de igual manera que la persona en la vida real, fue la de enviar un mensaje a su hermana viuda, cuando fuese a rematar el cobro de la última remesa de dinero. En una página se describe la nota anónima que recibió la viuda en su domicilio. No sabría repetírsela exactamente, pero puedo acercarme bastante, señor comisario, porque créame que la he leído en más de una ocasión:

> *Señora, su hermano la engañó con la más aciaga mentira de la que un hombre es capaz.*

Provocó la muerte de su futuro hijo creyendo que era el fruto de la depravación y del incesto, hijo de un hermano enano y deforme. ¡Pobre infeliz! Dios también le privó de la fertilidad, quizá para evitar mayor fealdad. El hijo que usted engendró era fruto de su matrimonio con aquel tratante de ganado que igualmente murió presa del desengaño y el miedo.

Debe seguir rezando, hágalo por usted, por la redención de su hermano y por su hijo, arrebatado de sus entrañas y asesinado.

FIRMADO: UN AMIGO

—¿Cómo acaba el libro? —preguntó el comisario tras digerir las últimas palabras del periodista a la par que comprimía su nariz a la altura de sus ojos con el pulgar y el índice—, ¿cómo termina, joven?

—Termina como le he dicho. En el texto, por un lado el hermano carcelero del protagonista muere violentamente a manos de su primogénito, en el transcurso de una discusión, y por el otro le destapa a su hermana, con intencionada crueldad, aquello que más la puede hacer sufrir: la inútil pérdida de su hijo y, en algún modo, también de su esposo. Sabe que ese sufrimiento la perseguirá hasta su muerte.

—Sí. No es poco. Al parecer, el escritor se ocupó de que la leyenda y la maldición de los Pizarro se cumplieran, en parte.

—O solo fue un medio, una pieza necesaria... —rectificó el periodista.

—Ha sido usted, como de costumbre, de gran utilidad. Una última pregunta, solo por curiosidad, ya sabe, policial... ¿Leyó usted el texto completo de la obra?

—Por supuesto, comisario. En su totalidad.

—Ya me imaginaba. ¿Sabe que si me llega a conocer veinte años antes le hubiese detenido por robo y obstaculización a la investigación y a la justicia?

—Lo sé, es muy probable, pero la providencia es sabia. Tuve la suerte de conocerlo veinte años después. Veinte años atrás,

además, me hubiera pillado con unos dieciocho más o menos, sin interés para usted.

—Muy agudo, joven. Muy agudo. Presente mis respetos a su esposa, María.

El comisario se despidió, como de costumbre, rozando el ala del borsalino.

—No me ha aclarado usted qué le falta para concluir el caso de manera definitiva, comisario. Realmente, ¿qué busca? —preguntó el periodista antes de levantarse de su asiento.

—Sí. Tiene razón, joven. Después de lo que me ha contado, creo que merece saberlo. Busco la sota de espadas, solo eso. Una figura malvada y escurridiza. ¿Me entiende ahora?

Capítulo 98

De regreso a Camino de Piedras

Determinó regresar a Camino de Piedras. Algo se escondía en el pueblo. Algo que necesitaba desentrañar. La quietud del lugar contrastaba con aquella otra vivida meses atrás. Todo parecía inerte, muerto. Quizá como debía ser, como siempre había sido. Enfiló hacia el mesón el Torrezno. Allí, tras la barra, estaban Tomasa y su hijo, que portaba el mismo trapo de siempre, casi blanco. Le sonrieron y aparentaron alegrarse de volver a verlo. Tomasa se apresuró a desplegar sus mejores chascarrillos chafarderos, pero antes de eso el comisario pidió un vino.

—Está usted más delgado, señor comisario —le dijo la mujer mientras escrutaba con su mirada la figura de don Casto de arriba abajo.

—¿Es un piropo o un reproche, señora? —preguntó el comisario, paseando su mano sobre el abdomen.

—Aquí, en el pueblo, decimos que la gordura es hermosura, ¿sabe?

—Es decir, que es un reproche. Eso fue porque dejé de comer las cosas ricas y suculentas que usted prepara, Tomasa —contestó sonriente.

—¿Y esta inesperada visita? —interrumpió Frasco—, ¿qué le trae de nuevo por aquí? ¿Se olvidó algo o es que viene de paso?

—Sí, me olvidé algo aquí en el pueblo... Algo importante.

—Pues en la pensión no fue, porque lo tendría yo bien guardado para devolvérselo.

—No, Tomasa, no olvidé ningún objeto en su pensión. Es algo que está justo aquí dentro. Solo aquí —especificó señalando su

cabeza con el dedo índice.

—Ah, bueno —respondió la mujer con una mirada torcida y dando evidentes muestras de escudriñar en las palabras del comisario.

—A ver —exclamó don Casto—, que no me muevo de aquí sin que me cuenten ustedes cosas del pueblo. ¿Qué sucedió desde que me fui?

Fue curioso que Frasco tomara la iniciativa. Su madre, sorpresivamente, sopesaba qué decirle a una persona que había aparecido de forma tan gratuita (y agente de policía, para más señas). «¿A qué habrá vuelto este hombre?», pensó la mujer guardando silencio.

—La Torre está en venta, comisario —comenzó a narrar el mesonero—. Al poco tiempo de descubrirse al asesino de don Paco, doña María la puso en venta y desapareció. Dicen que compró una casa en Badajoz y que allí vive, con Dolores, su sirvienta de siempre. El señorito Alfonso no aceptó el ofrecimiento de su madre de que se quedara con ella, pero en el pueblo pensamos que fue la señorita Antonia, su esposa, la que no quería saber nada de la finca. Seguro que le cogió miedo, ¡y no es para menos! Ellos también se marcharon de vuelta a Talavera de la Reina. Aquí ya no resta apenas nada de los Pizarro. El resto de la familia quedó muda y encerrada en su propio núcleo familiar.

—Lo imagino, después de lo sucedido... —anotó don Casto propinando un trago al vino, cuyo sabor a rayos había casi olvidado.

—La finca atrae a muchos enamorados —añadió Frasco—. Gente con dinero que ven en ella el símbolo del poder que ansían, pero no se deciden a comprarla. Está maldita, créame. Quedará ahí, para siempre, y el paso del tiempo la derruirá, al igual que hizo con la familia Pizarro.

—¿Cuál es su precio? —se interesó el comisario.

—¿Pretende usted comprarla? —le contestó escéptico el cantinero.

—Es curiosidad.

—Vale tanto como nada —afirmó seguro.

—Y el resto de la familia, ¿cómo lo lleva?

—Ya le digo, cada cual vive su vida, intentando disimular y, en el mejor de los casos, mirar hacia otro lado. Y doña Adela, como de costumbre, encerrada en casa o en la iglesia. Al nuevo párroco lo tiene encorsetado, como al resto, con sus cuantiosas limosnas... Intenta que su apellido continúe siendo reconocido a base de monedas, o mejor, que no sucumba a su trágico y funesto pasado, pero es difícil, ¿no cree?

—Cierto. Muy difícil, pero allá cada cual... ¿Cuida alguien de La Torre?

—Sí, un vigilante —intervino Tomasa—. La señorita Antonia se lo ofreció al novio de su sirvienta, Consuelo, cuando ellos decidieron marcharse, ya que Consuelo no aceptó acompañarlos a Talavera. Por eso intentó compensarla...

—¿Y Rosario, la mujer del...?

El comisario no acabó la frase.

—La pobre señorita Rosario salió mal parada. De la sesera, quiero decir. Después de aquello, a los pocos días se fue a vivir con su padre, el médico. Necesitaba atenciones especiales. Sé de buena tinta —susurró Tomasa casi al oído del comisario— que intentó quitarse la vida. Con una cuchilla de afeitar de su padre se cortó las venas y menos mal que estaba el médico cerca y la pudo salvar. No se dijo ni pío sobre el asunto, pero aquí en el pueblo, ya sabe usted, todo el mundo conoce el hecho. Ya le digo que no terminó bien de la cabeza. Al poco el médico se jubiló y los dos, padre e hija, marcharon también del pueblo. Emprendieron el viaje de noche, para que no los vieran ni preguntaran. ¿Adónde se fueron? Eso sí que no lo sabe nadie. ¡Ni yo misma! Otra casa vacía y en venta.

—Pues sí que parece que se ha quedado el pueblo vacío...

—Si ya le digo que, como sigamos así, nos quedamos dos o tres... —se lamentó Tomasa. Con la de gente que vino al principio, ahora hay muchos más que se están marchando... Una ruina para el pueblo y para el negocio.

Tomasa había tomado carrerilla. Don Casto pidió otro vino y decidió hospedarse una noche en la pensión. Quico, el chico de

recepción, continuaba en el mismo lugar, tras el mostrador, y sin que el transcurso del tiempo hubiera afectado lo más mínimo a su pose ni a su avidez por leer el *TBO*.

El lugar lo llenó de una morriña extraña y pensó que debía llamar a Guillermo. Deseaba hablar con él. Le había resultado tan útil como lo podía ser el bastón para un hombre mayor a quien flojean las piernas.

—¡Jefe! ¡Qué agradable sorpresa escucharle de nuevo! ¿Cómo está?

La inconfundible voz de su ayudante se dejaba oír por el auricular después de que Rosa, cómo no, hubiese conectado la llamada al otro lado de la línea.

—Bien, estoy bien. Aquí, en Camino de Piedras.

Un silencio prolongado siguió a las palabras del comisario.

—¿Cómo dice? ¿En Camino de Piedras de nuevo? —Guillermo fue incapaz de ocultar su sorpresa—. ¿Y por qué?

—Necesito cerrar el caso del asesinato de don Paco, por eso estoy aquí, hijo.

—O no le he escuchado bien, o no he entendido, jefe. ¿Ha dicho que…?

—Escuchaste bien, joven. No resolvimos el caso, al menos no en su totalidad. Hay alguien más, alguien que salió ileso e indemne de aquel brutal episodio. ¿Recuerdas la sota de espadas de la lectura de cartas?

—¿Qué dice? Buf —resopló con incredulidad—. Me deja perplejo, jefe, pero seguro que tiene usted razón, seguro si su instinto lo ha llevado de vuelta. ¿Y qué puedo hacer yo? ¿En qué puedo ayudar?

—Por el momento, en nada. Me doy por satisfecho si estás un poco pendiente de mis llamadas, en el caso de que me surgiera alguna duda.

—Cuente con ello, comisario. ¿Desea que mañana vaya a Camino de Piedras para estar con usted?

—No es necesario, Guillermo. Esta noche he determinado dar un paseo por La Torre. Ahora no es más que una casa deshabitada y maldita. Necesito pensar y seguro que en ese lugar se afina mi

mente...

—Cuídese, comisario, de veras. Cuídese...

—¿Cuidarme... de qué? —preguntó con tono de burla—. ¿De los espíritus, dices? Soy gallego, hijo. ¿Lo has olvidado? Los espíritus no hacen daño, son los vivos los que lo infieren.

—Por eso, ellos no, jefe. Pero por lo que me dice, todavía hay un asesino suelto. Un asesino de carne y hueso: la sota de espadas, y usted va a por él. Por eso le digo que se cuide, porque puede que él también vaya por usted. Alguien le puede hacer daño. No me deja tranquilo...

—Despreocúpate, Guillermo. La sota de espadas no se imagina que estoy detrás de ella.

—¿Por qué está tan seguro?

—Lo intuyo, joven.

—¿Su olfato de nuevo... o es su edad? —preguntó jocosamente.

—Me caes bien, Guillermo. Lo sabes, pero eres un poco cabroncete.

Capítulo 99

Una noche en La Torre

El frío atizaba el cuerpo y el silencio al alma. Alrededor de la fuente, multitud de tallos secos y vencidos mostraban un paisaje de abandono. Don Casto se sentó en uno de los bancos de piedra que rodeaban la mesa circular. Desde allí, y apoyando la barbilla en sus manos pegadas a modo de plegaria, contemplaba lo que meses atrás había sido un jardín. La hierba crecía desordenada, ambiciosa en su afán por invadirlo todo y sin que nada ni nadie se lo pudiera impedir (el guarda era eso, un guarda, y no jardinero). Escuchaba la suave ventisca golpeando la frondosa parra, los árboles, las plantas y las paredes de la casa deshabitada y abrigada por una fría bruma. Parecía muerta. Y lo estaba. El comisario se imaginó figuras espectrales recorriendo el jardín.

El vigilante, un joven solícito, le abrió la puerta de la casa a petición: le fue suficiente presentarse como comisario de la policía. Sin embargo, el joven ya lo sabía por Tomasa. El zaguán se iluminaba con la trémula luz de una bombilla. Todo aparentaba tener el sello inconfundible de la parca. Los cuadros, que parecían observar a los visitantes intrusos; el halo mortecino que desprendían las lámparas, sucias de polvo, y el crujir de la madera, que esposaba cada pisada.

Subió al primer piso. La funesta estancia donde había reposado el cadáver de don Paco permanecía intacta. Persistía el olor a petróleo. Rememoró la imagen de aquel día. Un cuerpo inerte, recostado y ensangrentado por trece puñaladas, con los ojos abiertos, la mirada vacía y las manos agarrotadas y suplicantes. Con dolor, pero sin ira. Ya no. Regresó cada uno de los detalles,

desde el hundimiento del colchón de borra a su lado hasta el repugnante olor a orín. Don Paco estaba inmóvil, recordó que le había parecido como si durmiera. Su sangre se había vertido sin dolor tras el primer impacto, igual que un vaso que rebosa, sin ruido alguno.

Por primera vez decidió visitar la habitación más recóndita de todas, al final del pasillo. Aquella que ocupó el Enano durante treinta años. Todo en ella era austero, sin nada que alentara el menor brillo en las pupilas. Los muebles se mostraban con manifiesta crueldad. La cama, la silla, la mesa donde quizá colmó los folios de tristes días entre aquellas cuatro paredes. Todo era de dimensiones normales.

Bajó los peldaños de la escalera y los crujidos de la madera bajo sus zapatos reclamaron nuevamente justicia. Un crujido mayor evocó un recuerdo, aquel provocado por el ataúd cuando se introdujo en el nicho. Continuó caminando hasta regresar de nuevo al zaguán. Desde él entró en la cocina. Todo permanecía como si, de un momento a otro, la estancia se fuese a regar con olores de guisos. Paseó a su alrededor. En un rincón vislumbró una cesta con labores de costura. En su interior, unas grandes tijeras de costurera —idénticas a las empleadas por el asesino— estaban atadas a una cinta por uno de sus ojos.

Ana, la anciana senil, había muerto poco tiempo después. No había sido capaz de soportar la soledad de sus cuatro paredes cuando la casa de los Pizarro quedó vacía. Decían que antes de fallecer se liberó de aquello que guardaba en su mente; si no de todo, sí de lo que le producía resquemor y que sus labios no se atrevieron a delatar: que su abuela había sido testigo de la liberación del esclavo negro; ella misma había visto cómo don Pacorro, el hijo mayor de don Francisco, abría la cripta para volverla a cerrar después, enterrando vivo a su padre. Después, fue ella misma quien vio cómo don Paco se llevaba el maletín con la insulina para que nadie en la casa pudiese auxiliar al hombre, de ahí que cuando el señorito volvió su padre ya estuviese muerto y babeando espuma por la boca. Desde aquello, narró Ana, don Paco visitaba el interior de la cripta con frecuencia y solo él tenía la

llave de la pesada puerta de madera. Muchos pensaban que entraba para coger alguna moneda de oro del misterioso cofre..., una curiosa historia, mitad cierta y mitad leyenda.

Salió entonces de la casa y el joven vigilante cerró la puerta tras él. Don Casto se dirigió a la cripta mientras el muchacho lo seguía; la cancela continuaba abrazada por una gruesa cadena, que aseguraba un candado.

—Si lo desea, puedo abrir el candado y la puerta de la cripta. La señora María me confió las llaves de todos los recintos —le dijo el vigilante, mostrando el manojo que sostenía su mano.

—No gracias, hijo. Ya vi todo lo que tenía que ver en la cripta en su momento, créame.

—A lo mejor encuentra usted el famoso cofre con el oro. En el pueblo cuentan que al asesino no le dio tiempo a llevarse nada y que el cofre, con el resto de las monedas que quedaban, sigue ahí dentro, en algún lugar, en algún nicho.

—Sígame un consejo, joven. No se le ocurra buscarlo y, si lo hace y tiene la mala fortuna de encontrarlo, déjelo donde estaba. Ni lo toque. Se lo dice un comisario que tiene contacto permanente y directo con *meigas*.

—¿Con quién dice usted?

—Con brujas, amigo. Con brujas.

Don Casto paseaba entre las crecidas hierbas, intentando sortearlas, de vuelta de la cripta, cuando el vigilante lo advirtió señalando una planta de mediana altura, destartalada, de finos tallos y con puños de florecillas blancas.

—Tenga usted cuidado con esas de ahí.

—¿Qué son? —preguntó el comisario, alejándose.

—Cicuta. Bueno, la planta de la cicuta. Muy venenosa. Por si acaso, mucho mejor si no la roza o la toca. Está por todas partes desde que abandonaron el cuidado del jardín. Hay malas hierbas y esta, que es la peor de todas. A mi padre la cicuta le mató a un borrico. Al pobre animal no se le ocurrió otra cosa que comerse un buen trozo de una de ellas a la orilla del arroyo. Murió a las pocas horas.

Don Casto recordó que la cicuta era el veneno por excelencia

que empleaban en la Roma de los emperadores. Más de uno de ellos, y más de un senador, había sucumbido envenenado por la mortal planta. El mismo Sócrates, sin ir más lejos.

—Pero hay que ser muy borrico, como el de mi padre, para acercarse mucho a la cicuta, y menos aún morderla, porque ya solo su olor echa a uno para atrás. ¡Parece como si advirtiera!

—¿A qué huele?

—Igual que si uno se hubiera meado encima. A orín, pero del fuerte... Es repugnante.

La mirada del comisario quedó fija en aquella planta de florecillas blancas y aparente inocencia. No pudo evitar la tentación de acercarse a ella hasta que pudo percibir el olor. Olor a orín, el mismo que observaron en el dormitorio de don Paco el día de su muerte. El mismo que desprendía la costurera.

Excitado, volvió con palpitaciones y la respiración entrecortada a la pensión, y entró en la habitación. Ya no tenía edad para tantos sobresaltos, pensó. Estaba cercando a la sota de espadas. A ese personaje siniestro y vengativo de la baraja de naipes que supo esconderse durante meses. Debía reflexionar. Necesitaba llamar a Guillermo y comentarlo. Lo haría a la mañana siguiente. También necesitaba descansar, así que se descalzó y se tumbó en la cama.

Sin embargo, no podía conciliar el sueño, así que su deseo de pasear lo llevó a la calle, que se encontraba desierta. Sentir el frío de la noche en su rostro le alivió del sopor que le invadía hacía rato. Ni un alma por la estrecha calle que desembocaba en la plaza del pueblo, la de bancos de mampostería y respaldos incómodos de hierro forjado. Las farolas languidecían en una macilenta luz amarilla.

Presionó la boquilla de la pipa entre sus dientes y por un momento anheló fumar. Las manos incrustadas en los bolsillos de una amplia gabardina gris deseaban entrar en calor. Caminaba sin saber hacia dónde. Sus pasos, por inercia, lo llevaron por el camino de albero y tierra que conducía al cementerio. Reconoció los árboles que lo flanqueaban y también el banco bajo la morera

donde estuvo sentado meses atrás con la esposa de Ladislao. Una fría brisa traspasaba las hojas de los árboles, provocando suaves silbidos. El silencio de la noche, en cambio, lo alertó de un ruido distinto y escuchó algo a sus espaldas. Se giró y vio el camino desierto hasta perderse en su vista. Nadie circulaba.

Prosiguió su camino decidido a llegar hasta la verja. Volvió a escuchar algo, ahora se trataba de pasos, estaba seguro. Oyó el chasquido bajo los pies de su perseguidor. Se volvió con rapidez y comprobó que nadie lo seguía. Quizá pudo esconderse tras un árbol. ¿Tan rápido?, dudó. Con celeridad, continuó su marcha. La inquietud lo invadía cada vez más y a cada segundo que transcurría. De nuevo el sonido de los pasos, ahora firmes y sin disimulo, le resultó amenazante. Decidió no girarse. Continuaría hasta que el desconocido estuviera cerca, muy cerca. El corazón le golpeaba el pecho con la fuerza del miedo. Calculó que quien fuera estaría a cinco metros de distancia. Los pasos seguían el mismo ritmo, sin apresurarse, pero iban más rápidos que los suyos. Estaría a cuatro metros, quizá menos. Tres... ya dos... casi lo tenía encima. Su cabeza crepitaba igual que un leño ardiendo. Recordó en una milésima de segundo que había dejado la pistola en la habitación de la pensión, justo en el cajón de la pequeña mesilla de noche.

Su mirada, fija en la verja del cementerio, advirtió que alguien lo esperaba tras ella. El vello de su cuerpo se erizó con la visión de aquella fantasmal figura, que le sonreía con finos y alargados labios. Los ojos, hundidos en una negra cárcava, proyectaban un destello malvado, del tamaño de la cabeza de un alfiler. Debía hacer frente al desconocido que le seguía amenazante; podía ser demasiado tarde si no lo hacía ya. Se giró entonces con brusquedad, con los puños cerrados, y vio con terror que el hombre que le seguía era él mismo. Su propia figura alzó frente a él la misma espada que empuñaba la sota de espadas en las cartas y le asestó un fuerte golpe, directo a la cabeza, que abrió en canal, esparciendo trozos de cerebro y regando de sangre la calle.

Don Casto, entonces, se tocó la cabeza al tiempo que abría los ojos. Estaba intacta, aunque su rostro y todo él estaban empapados

en sudor. El corazón palpitaba al mismo ritmo que lo había hecho su persona en esa pesadilla. Se volvió a tocar la cabeza, como en un impulso, y alisó su escaso cabello. Un mal sueño que iniciaba una fuerte jaqueca. En una ridícula palangana de hierro esmaltada de blanco se refrescó la cara. Tragó una aspirina y volvió a tumbarse en la cama. Debía descansar. Sin embargo, para hacerlo, abrió el cajón de la mesilla de noche y empuñó la pistola. La mantuvo así toda la noche, junto a él, por si acaso regresaba la pesadilla.

Capítulo 100

A la mañana siguiente...

—Guillermo, escúchame con atención —dijo don Casto nada más escuchar al joven descolgar el auricular—, don Paco murió envenenado. Sí, como lo oyes. Envenenado con cicuta. Es una planta. Una mala hierba muy venenosa que, de casualidad, he descubierto que crece en la finca de La Torre.

Todavía adormilado cuando había descolgado, el inspector despertó de golpe por el posible descubrimiento.

—Necesito que me refresques la memoria. Céntrate en aquel día en el que interrogaste de nuevo a la cocinera y a la joven sordomuda. Recuerdo con toda nitidez lo que manifestó el crápula de Curro cuando entró en la cocina una de las veces. Parecía que la joven lloraba y apretaba los puños. Su madre, la cocinera, estaba alterada y muy nerviosa. Con rapidez lo echaron de la cocina, pero recuerdo que él pudo observar antes de irse que la sordomuda restregaba sus manos en el fregadero con una pastilla de jabón. ¿Qué te confesaron en el segundo interrogatorio?

—Como en el anterior, la madre tomó la iniciativa y casi no la dejó hablar —se apresuró a contestar el inspector—, bueno, es una forma de decir, usted me entiende. Estaba preparada y advertida por la cocinera de lo que debía negar y a qué asentir. Se veía a leguas. Dijo que en el puño mantenía las especias del guiso de venado y que lloraba porque había sido ella, la joven, la culpable del exceso de especias que sentaron mal al señorito. La ayudanta se había pasado en la proporción, y por eso lloraba sin consuelo. Lo de lavarse las manos es habitual en la cocina y la frecuencia era una exigencia de doña María.

—¿Te convencieron de que todo lo que dijeron era cierto?

—Era verosímil. ¿Por qué mentir?

—Porque en el puño pienso que había restos de cicuta. Semillas, seguramente. ¿Dónde estarán las dos mujeres? Aquí me dicen que desaparecieron del pueblo cuando doña María se trasladó a Badajoz. Debemos encontrarlas —sentenció el comisario —. Activa el aparato de búsqueda de ambas. No deben estar muy lejos del pueblo.

—Entonces, ¿cree usted que fueron ellas las que lo envenenaron?

—Ni mucho menos, joven. Fueron testigos, o a lo mejor solo la sordomuda. ¿Sabes? Cuando un sentido falta, se agudiza otro, y estoy seguro de que los ojos y olfato de la muchacha suplían con creces su falta de oído. Algo pasó que la horrorizó.

—¿Podría ser que hubiese descubierto la planta en algún lugar de la cocina? —se aventuró el inspector a deducir.

—Quizá le enseñó a su madre semillas de cicuta y le dio a entender lo que había observado en algún momento. La cocinera le ordenó guardar silencio. Pobrecilla, más aún. Seguro que era grave lo que vio y provocó el llanto y seguro que el miedo de una amenaza para ellas dos. Lavó sus manos por precaución. La testosterona del crápula no cesaba de golpearle en su miembro más preciado y regresó a la cocina por tercera vez. Lo echaron de nuevo, mientras las mujeres faenaban en la cocina, intentando olvidar lo sucedido.

—Es una buena hipótesis, jefe. Pero solo eso, una hipótesis, una proyección. ¿Qué pruebas tiene? ¿De quién sospecha? Porque sospecha de alguien, ¿cierto?

—Cierto. Te llamaré más tarde. Ahora necesito ir a un sitio muy especial.

—¿Al Torrezno, por casualidad?

—No, hijo. Aunque te parezca extraño, necesito ir a la iglesia.

—Dios hace milagros, comisario. ¿Se ha vuelto creyente?

—Ya veremos. Te lo diré cuando te llame.

Capítulo 101

La última misa

Los pasos sobre el desgastado mármol resonaban en el interior. Aquel cura era radicalmente distinto a don Julián: un señor mayor al que, aunque delgado, una prominente barriga tensaba la sotana solo por esa zona de su cuerpo. De calvicie desordenada, tenía el entrecejo poblado con avaricia, y debía sufrir una miopía pensada solo para él. Tras incontables círculos que se apreciaban en las gruesas lentes, se divisaban, muy a lo lejos, unos diminutos ojillos.

Don Casto llegó en el momento justo de la bendición, finalizada la Santa Misa de primera hora de la mañana. No sabría decir cuántas mujeres enlutadas salieron del recinto con pasos lentos. No fueron muchas, ocho o diez quizá. En el primer banco, frente al altar, quedaba una aún sentada. El comisario se acercó y se sentó junto a la mujer, que lo miró sorprendida.

—Buenos días, doña Adela —la saludó.

—Buenos días nos dé Dios, comisario... No esperaba verle por aquí —balbuceó sorprendida.

—¿Se refiere a la iglesia?

—Bueno, sí. Me refiero a Camino de Piedras, pero a la iglesia también...

—Sabía que la encontraría aquí. Rezando, como de costumbre. Porque rezaba usted, ¿verdad?

—Por supuesto —contestó ella, mostrándole un rosario de cuentas plateadas.

—Lo suponía. Lo que no logro adivinar es por qué lo hace o por quién, y si alguien la escucha al otro lado.

—No le entiendo y espero que no se haya acercado hasta mí

para decirme esas majaderías. Déjeme rezar en paz —le espetó con su simpatía habitual.

—Creo que sé contestarme yo solo a esas tres preguntas que me hago —le dijo pausadamente mientras su mirada se perdía en el retablo—. A la primera, porque usted lo necesita, y más que nunca. A la segunda, por su hermano asesinado, por su sobrino y, sobre todo, por el hijo que perdió. Bueno, no fue así técnicamente, ya que se lo arrebataron. ¡Ah! Casi me olvido, señora. También por el hombre que murió al poco tiempo de contraer matrimonio con usted. Y la tercera es una incógnita para mí, ya que si Dios la escucha, no lo entiendo. No se lo merece usted, y si no es de este modo, no es entonces el Dios de justicia infinita y misericordioso que dicen los clérigos. Un dilema, ¿no cree?

El comisario clavó su mirada en los ojos de la señora. Fue en ese preciso instante cuando advirtió, más que nunca, su aviesa, afilada e hiriente mirada. También, un destello del tamaño de la cabeza de un alfiler.

—Dígame a qué ha venido y márchese de mi lado. Quiero rezar.

—Envenenó usted a su hermano, a don Paco. Lo sé —sentenció él, tornando la visa de nuevo al retablo dorado—. Y no fue la ambición la que la llevó a cometer el crimen...

—Si usted no se marcha, lo haré yo. No estoy dispuesta a soportar... —Las palabras no salían de la indignación, que parecía crecer dentro de ella, así como la ira—. Todo esto lo pondré en conocimiento del gobernador.

—Como usted desee. Si no quiere escucharme aquí, en su iglesia, en la casa de Dios, la citaré en la comandancia de la Guardia Civil. ¡Como mejor le venga! En cuanto al gobernador, pierda cuidado, yo me ocuparé de hablar con él.

La mujer apretó el rosario en su puño y llevó la vista al frente, claudicando en el gesto.

—Mejor así, señora. Como le decía, no fue la ambición lo que la llevó a matar a su hermano. Fue la rabia acumulada, que abocó en la venganza. Venganza por lo que le hizo. Él asesinó a su hijo. El chantajista descubrió lo que usted ignoró durante años y le

envió una nota delatora, ¿cierto? Ese hombre era un buen amigo de Antonio, el Enano, y con ese mensaje cumplió fielmente el deseo de su hermano deforme; por cierto, un gran escritor. Ese deseo era que usted conociera la verdad. Una verdad que la víctima de su crimen le ocultó celosamente —recalcó—. Esa era la amenaza que intentaba evitar por todos los medios, una verdad que golpearía su alma para siempre. Un castigo suficiente, ese fue el verdadero testamento que le dejó el Enano, y también su venganza. Y todo ello, algo que usted ignora, contenido en las páginas de una ficción narrada años antes de que ocurriera. Conocía tan bien a la familia, a usted, que pudo adelantarse a sus pasos. Sorprendente, ¿verdad, señora?

—Todo lo que expone son suposiciones. No tiene ni una sola prueba de lo que dice —musitó ella manteniendo la dignidad.

—La cicuta no deja huellas en el organismo, o al menos no se detectó tras el reconocimiento forense. La necropsia no mostró hallazgo de veneno alguno después de transcurridos un par de días. Mal olor, hedor a orín, eso sí..., y he de decirle que fue ocurrente el detalle de fumar en la habitación para cubrir esa pestilencia. También lo fue el hecho de manchar con pintalabios la boquilla. Para despistar..., ¿o quizá pretendía que las sospechas recayeran sobre alguien en particular? Utilizó la barra de labios de Rosario, de quien también sustrajo algún cigarrillo en uno de sus muchos despistes. Bueno, en estos momentos ese pequeño detalle no es trascendente. Usted estaba convencida de que el envenenamiento no se descubriría y su hermano debía morir, como así hizo, de parada cardiaca, un efecto del tóxico mortal de la planta. Para todos los demás, en su plan, la causa era fácil de adivinar: una fuerte indigestión, consecuencia de la torpeza de la cocinera y que su cuerpo no pudo resistir. Una fatalidad, pero por si las moscas, y en previsión de que algo pudiera torcerse en su perverso plan, dejó marcas de pintalabios en un cigarrillo y el mismo pintalabios sobre la mesilla de noche. Además, los cigarrillos y barra de labios pondrían en el punto de mira a Rosario, quien, sabido era por todos, odiaba a su suegro, un odio que era recíproco.

Doña Adela no movía un ápice de su cuerpo y parecía una

estatua más del recinto eclesiástico.

—Debo aclararle, señora, que las falsas evidencias que colocó de manera premeditada fueron tan burdas que las dejé pasar sin prestarles demasiada atención. Esos elementos, pensé, estaban allí por casualidad y sin relación alguna con el asesinato. Por otra parte, me consta que usted no fuma, y a la segunda calada, o quizá a la tercera, que debió parecerle intragable, arrojó el cigarrillo por la ventana. Eso sí que fue visto. No a usted precisamente, pero sí la hora en que lo arrojó: las 5:30 de la tarde, aproximadamente. Yo no cesaba de preguntarme en el curso de la investigación: ¿cuánto tiempo permaneció el asesino dentro de la habitación sin que su ausencia fuera perceptible o bien llamara la atención de algún invitado? Y resulta que no había solo un asesino, sino dos.

El tono de la narración de don Casto iba alternando la sorna y el análisis, aunque la velocidad fue siempre la misma: lenta, para que la señora pudiera atender como en un suplicio a cada uno de los datos y enfrentarse a ellos en voz alta frente a Dios.

—Bueno, realmente la única asesina fue usted, porque su sobrino apuñaló tan solo un cadáver. Usted mintió cuando afirmó que vio a su hermano dormir plácidamente y cerró la puerta tras entrar. La cerró, sí, pero con usted dentro. Echó el pestillo y se aseguró de que el veneno, la segunda dosis letal que usted vertió en el vaso de agua aquel día, haría su efecto. El guiso de venado ya llevaba la primera; fue usted misma quien declaró habérselo servido en un plato preparado por usted, ¿lo recuerda? Pero en un momento desconfió de su eficacia, y determinó asegurarse con una segunda dosis. Cuando entró en la habitación, su hermano estaba agonizando. Se había bebido casi toda el agua del vaso, agua de sabor amargo cuyo vaso se había encargado de llenar personalmente. Como don Paco no tenía olfato y apenas gusto, había podido ignorar el peligro y usted sabía que ya se trataba tan solo de cuestión de minutos.

La pausa que el comisario hizo para tomar aire también tuvo el objetivo de observar la entereza de la mujer, que seguía en silencio, atenta a cada palabra contra su voluntad.

—Decidió tumbarse a su lado y contemplar cómo moría el

verdugo de su hijo. ¿Qué le dijo hasta que expiró? Lo llamó «asesino» por dos veces. Debo confesarle que llegué a pensar que la voz que pronunció aquella palabra había sido la del propio don Paco que, por ejemplo, se dirigía a su ejecutor. Pero no fue así. Fue usted, doña Adela. Su hermano intentó sin fuerza alguna defenderse, pero sus manos agarrotadas no llegaron ni a rozarla siquiera, ¿me equivoco? He de reconocer que tamaña crueldad solo se le puede ocurrir a una mente enferma; religiosa, pero enferma. La suya. ¿Por dónde iba? —retomó el hilo—. Ah, sí, cuando se aseguró de que estaba muerto, salió del cuarto y en ese momento algún familiar la vio. Creo recordar que fue su sobrino Nicolás, quien declaró la hora, las 5:30 de la tarde aproximadamente, o puede que un poco más tarde, pero no sabía si usted entraba o salía de la habitación. Salía. Es posible que lo hiciera un poco después de esa hora. Usted entró a las cinco, cuando Rosario lo comprobó al mirar su reloj de pulsera, ¿lo recuerda?, y mintió al decir que bajó al jardín inmediatamente después de advertir que su hermano estaba dormido. En realidad, abandonó el dormitorio poco más de media hora después. Nadie en una fiesta familiar está pendiente del reloj, ni controla cuándo aparece un familiar ante su vista. Pero las horas declaradas son hechos concretos que analiza el investigador, ¿me sigue, señora? Cuando pasó por la cocina, cruzó la mirada con su sobrino Curro, quien corroboró la hora, cinco minutos arriba, cinco minutos abajo. Allí, atemorizadas, estaban la cocinera y su ayudanta. La joven vio cómo usted introdujo algo en la comida o bien en el vaso de agua, quizá en ambos, y después encontró en la cocina semillas de la planta mortal que guardaba en su puño, sin saber qué hacer con ellas. La sordomuda no declaró nada de lo que vio, ya que, tanto su madre como ella, sintieron miedo de usted. La conocen sobradamente.

—Continúa usted diciendo sandeces y sin prueba alguna, señor comisario —interrumpió al fin doña Adela de forma altiva y frunciendo los labios.

—Cierto, pero las tendré. Es posible localizar a las dos mujeres, estarán sirviendo en alguna casa de algún pueblo de los alrededores. La policía dará con ellas. Cuestión de paciencia, solo

eso. ¿Sabe otra cosa? Creo que llamaré a don Julián, el huidizo. Nadie logró entender el motivo de esa marcha tan precipitada, desaparecer del pueblo así, de un día para otro. Pero es posible que usted sí lo entendiese, e incluso le venía bien su marcha. Al fin y al cabo, la caridad es la misma, sea quien sea el cura intermediario. Le diré que fueron precisamente ciertas manifestaciones de su sobrino Juan las que, sin proponérselo, me señalaron una pista. Se arrogó la culpa de la huida de don Julián tras una confesión de sus pecados. Debieron ser muy mortales, medité. Y fue entonces cuando pensé en usted, doña Adela. Me consta que usted se confiesa al menos cada semana, ¿acierto? Y en una de esas confesiones le endilgó al pobre e inexperto sacerdote el terrible pecado que había cometido: el más grande que jamás escuchó y escuchará. Y es que usted lo quiere todo: satisfacer su sed de venganza, el perdón de nuestro Señor Jesucristo, el secreto de confesión, estar en libertad y continuar en gracia de Dios, ¿verdad?

La mujer, que había permanecido con la vista anclada en el altar, se giró hacia el comisario, fijándola en él. Don Casto no supo descifrar la intención que encerraba, pero sí el fuego tras ella.

—Cuando le confirme al pobre y joven cura que estoy completamente seguro de que usted mató a su hermano y le ruegue colaboración, me bastará con escucharle decir que no podrá revelarme nada que esté bajo secreto de confesión. Será como si me hubiese dicho que sí, aunque sus labios se sellaran aquel día en el confesionario. ¿Me sigue aún, doña Adela?

—Continúa usted sin pruebas de lo que dice —insistió.

—Todo a su debido tiempo. ¿Sabe otra pregunta que me hago, esta bastante insistente, y que no soy capaz de contestarme? Mire que hago esfuerzos, créame. —La mujer mostró una mirada fría e indiferente—. ¿Cómo puede usted vivir con ese peso sobre su conciencia, la mucha o poca que tenga? Es algo que no logro entender de una persona como usted, tan religiosa...

—Los muy creyentes como yo tenemos fe en el perdón de nuestro Señor Jesucristo y en su infinita misericordia. Si usted piensa, cree o asegura que me confesé con don Julián, dé por

seguro que recibí su absolución.

—¿Sin penitencia?

—Siempre la hay. Se acompaña a la absolución.

—¿Y la de los hombres? Me refiero a aquella que corresponde a su crimen y que tendrá que saldar ante la justicia... Más pronto que tarde.

—La infinita misericordia de Dios es la única que perdona y salva, la que persigo y me interesa... Su justicia terrenal no aporta prueba alguna contra mí.

La señora hizo el ademán de levantarse.

—Si no tiene nada más que decirme, me marcharé. Rezaré en casa el rosario. También lo haré por la salvación de su alma.

—No lo haga, por favor. No me ayude y tampoco distraiga al Señor con esas minucias. Con usted ya tiene más que sobrada ocupación —le espetó el comisario poniéndose en pie con lentitud.

»Una última cosa que recuerdo, señora. Algo que usted me dijo cuando le pregunté sobre su reacción al escuchar gritar que había sangre en la cama. La sangre de su hermano. Su sobrino afirmó que se quedó usted petrificada al escucharlo, "asombrada, impávida y sin reacción", fueron sus palabras. Y usted me dijo al respecto: "¿Cómo quiere que me sienta al escuchar que a mi hermano le rodea un charco de sangre?". En aquel momento me parecieron razonables sus palabras, pero permaneció en mí una leve incógnita que ahora es fácil de entender: su reacción fue la que cualquier otra persona normal hubiese tenido, es decir, cuando menos de asombro, al escuchar que aparecía sangre en lo que usted sabía que había sido una muerte por envenenamiento. No supo conjeturar qué pudo haber sucedido, y mucho menos imaginarse que alguien más había matado, o más bien rematado, a su hermano. En cambio, hasta eso le resultó muy útil, ¿verdad? Y para no cansarla demasiado con mis pequeñas averiguaciones, que creo que ya hemos tenido todos suficiente, termino con algo que me resultó sorprendente y morboso a la vez. Cuando don Julián se marchó de La Torre, acompañado por Pedro, recuerdo que tenía que celebrar misa; usted le pidió que la ofreciera por su hermano, por la generosidad que había mostrado hacia su familia en la

organización de aquel día. Una ocurrencia: hacía poco más de media hora que lo había envenenado y, aun así, después de haberlo asesinado, al mismo tiempo quiso salvar su alma. Padece usted de un fanatismo incurable y no me gustaría estar en el pellejo de su Dios. En estos momentos no sabrá qué hacer con usted...

—Me marcho —dijo ella incorporándose—, ya he soportado demasiado.

—Vaya usted con Dios, señora. Si se deja, claro. Nos vemos pronto. Muy pronto.

Don Casto dejó espacio para que la mujer pudiera pasar. Rozó su abrigo levemente y doña Adela se apartó con brusquedad. El comisario permaneció allí de pie unos minutos. Los pasos de la mujer que se alejaba y el intenso olor a cera inundaron sus sentidos. Al salir de la iglesia se dispuso a llamar por teléfono; se lo había prometido a Guillermo.

—Ha sido extraordinario, jefe. Casi no me lo creo —admitió su segundo tras la narración del comisario—. Jamás lo hubiese imaginado. Tan pía y beata... ¡Pero tiene razón la señora al afirmar que no tenemos ninguna prueba concluyente! Habrá que localizar con urgencia a la cocinera y a su hija sordomuda y presionarlas para que confiesen todo lo que vieron, o lo que al menos usted cree que vieron... ¿Y el cura? ¿Podrá romper su secreto de confesión? Permítame que lo dude. Es complicado, jefe. Muy complicada una acusación de este tipo sin pruebas y, además, con el caso cerrado de hace tiempo.

—Querido joven, inspector de poca fe; me he llevado algo conmigo en un pequeño sobre de papel. Es un cabello de doña Adela. Lo tenía en su abrigo cuando pasó junto a mí y lo cogí. A ver, ¿qué otra cosa podía hacer? Ahora lo mandamos al laboratorio y lo contrastamos con aquellos que recogiste de la cama, junto al difunto. Ahora lo sabremos... y tendremos nuestra prueba.

—Muy oportuno, jefe. Comencemos por un cabello y que nos lleve al cuerpo completo. ¡Esto ya tiene otro color! —exclamó aliviado Guillermo después de temer que tanto esfuerzo se hubiese podido quedar en nada—. A propósito de la Iglesia, ¿se ha hecho

definitivamente creyente? Me prometió usted que me lo aclararía.

—No. Aún no creo al cien por cien. Necesito algún tiempo.

—¿Mucho?

—Solo el necesario para meter entre rejas a doña Adela. Cuando lo consiga, creeré en Dios, joven. Cuídate mientras tanto.

Aún era temprano para tomar un vino en el Torrezno. Caminó por la calle Paquito, pausado y pensativo. Por fin había aparecido la sota de espadas. La maliciosa figura de la baraja, encarnada en doña Adela, la viuda, la beata, la vengativa. Meditó en lo cerca que estaban la maldad de la bondad, pegadas, como la cara y la cruz de una moneda. Doña Adela, tan cerca de Dios y tan próxima a la oscuridad al mismo tiempo.

Don Casto recordó que era la religión hinduista la que afirmaba que ambas opciones eran las que otorgaban la libertad de decidir; dos espíritus gemelos. El mal también formaba parte del bien.

—¡Ya está bien! —se dijo—. No es hora, pero me apetece un vino.

La puerta de madera del Torrezno se abrió a su paso y de inmediato percibió la amplia sonrisa con la que Tomasa, la incorregible chafardera, lo recibía.

Capítulo 102

Una llamada telefónica obligada

—Buenos días, joven.

—¿Dígame? —preguntó la voz de Rafael al otro lado del teléfono—. ¿Con quién hablo?

—Después de algún tiempo, ¿no reconoce mi acento?

—¡Don Casto! ¡Me alegra oír su voz! Aunque debo advertirle que ya no me queda nada que contarle, si esa es su intención...

—No, joven, no. Ahora es mi turno. Le brindo la siguiente exclusiva para su periódico. Me siento dadivoso con usted. Además, me jubilo en un par de semanas, muy poco tiempo... —le dijo, tras una breve pausa—, y deseo que sea usted y no otro quien, en primicia, publique un artículo con la resolución definitiva del caso Pizarro. ¿Qué le parece?

—Que es usted muy generoso y no sé cómo agradecerle la deferencia que tiene conmigo...

—No tanto, joven, no tanto. Será una especie de transacción entre usted y yo.

—No logro comprender...

—Es fácil: yo le confío lo que sé, es decir, todo aquello que puede conocerse y publicarse, y usted me promete que divulgará, llegado el momento y de la forma que mejor considere, el libro que escribiré. Mis memorias.

—Bien. Parece justo el intercambio, pero creo recordar que usted pretendía escribir solo para sus ojos... O al menos eso me dijo, creo recordar.

—Sí, es cierto, pero usted me convenció de lo contrario con aquello de las flores encerradas en un cuartucho, lo de la belleza y

esas zarandajas.

—De acuerdo —rio Rafael—. Cuente con mi colaboración. ¿Y cuándo cree que terminará sus memorias?

—Antes de morir. Seguro.

—Bien, don Casto. Entonces contamos con mucho tiempo para preparar una estrategia.

—Muy perspicaz, hijo. Se percató de que estoy bromeando, ¿cierto?

—¡Ya me lo parecía! —rio—. Pero si acaba escribiendo, cuente con mi ayuda.

—Ya sabrá que doña Adela envenenó a su hermano y que fue ella la auténtica asesina...

—Algo me comentó Guillermo, sin profundizar y sin detalles, créame. La noticia corrió como la pólvora. No podía creerlo y quedé perplejo al saberlo. De nuevo, me pareció brillante su deducción, comisario.

—Usted tuvo mucho que ver cuando me relató el contenido de *La venganza del Colibrí*, lo que aquel hombrecillo deforme escribió. Me abrió los ojos y, lo mejor, la mente.

Don Casto resumió al periodista, en la medida de lo posible, el proceso que le condujo a la resolución definitiva del caso.

—Y bien —inquirió al acabar—, ¿le parece que puede ser un buen artículo periodístico?

—Fascinante, don Casto. ¿En serio me lo ofrece... a mí?

—Claro. Soy gallego, serio y agradecido. Será mi manera de compensarle.

—Mil gracias, de esta seguro que me ascienden.

—¿Quién podía imaginar que la sota de espadas era aquella mujer piadosa que parecía sostener ella sola toda la Iglesia católica? —reflexionó el comisario.

Durante unos segundos el silencio se apoderó del periodista al otro extremo del teléfono. Martirizaba un folio en blanco, golpeándolo con la punta de su lápiz. Respiró con avaricia y vació sus pulmones de la misma manera para romper su silencio.

—Yo... No sé, comisario, pero en eso que dice no coincido con usted. Le confieso que creo que no es doña Adela la figura malvada

que se escondía tras la sota de espadas... Si no le parece mal, narraré en mi próximo artículo la resolución definitiva del caso y desvelaré quién se escondía, a mi juicio, tras la sota de espadas. Créame, comisario, que no será precisamente doña Adela. Bueno, es una deducción mía...

—No le entiendo, joven. ¿Qué quiere decir? ¿Podría ser más explícito y explicármelo?

—Lo intentaré. El destino de la mujer estaba fijado en el manuscrito final del autor, y no creo que fuese que asesinara a su hermano, precisamente. Para mí, no era ese el objetivo que perseguía. Si lo recuerda, su carcelero debía morir a manos de su hijo primogénito. En cuanto a la mujer, su condena y sufrimiento estaban bien diseñados desde el instante en que le desvelaron el secreto celosamente guardado, una verdad que ignoró durante años: la muerte provocada de su hijo, un hijo que hubiera nacido sin herencias genéticas del Enano, de no haber sido por la intervención de su hermano, don Paco. Del mismo modo que la información también la haría sufrir por la inútil muerte de su marido, provocada por el dolor y la verdad que le desveló su mujer. La venganza que se cebaba en ella, según el plan del Enano, consistía en que el sufrimiento y la rabia la acompañasen hasta el fin de sus días. Ese era el objetivo. —Don Casto atendía atento al otro lado de la línea—. Por eso, la ejecución de su hermano ha resultado ser algo accesorio, circunstancial. Nada calculado ni previsto en la obra literaria del autor, ni mucho menos deseado por él mismo.

Al no escuchar la voz de don Casto al otro lado de la línea, Rafael se apresuró a intervenir, por miedo a haber faltado a su confianza o herido su sensibilidad.

—Insisto, comisario, en que lo único previsto en su obra era que el patriarca debía morir a manos de su hijo, como así ocurrió, bueno, a medias. La hermana beata debía continuar con vida, era lo que deseaba el escritor y ese extremo no será así en la realidad, ya que por el asesinato de su hermano será condenada a pena de muerte. Estoy seguro de ello. Al margen de la ficción, también pienso que doña Adela ha sido otra pieza más del puzle y es ella

quien señala, sin proponérselo, a la sota de espadas, la taimada figura que coronó la maldición de Las Tres Espadas. Y sé que es una leyenda indemostrable, comisario..., quizá en esto último estriba su enigmático encanto, ¿no le parece, don Casto?

El silencio al otro lado de la línea lo preocupó.

—¿Comisario? ¿Sigue usted ahí...?

—Sí, disculpe, aquí sigo... Me sorprende usted, periodista. Siempre lo hace. Admitiendo esta hipótesis, dígame entonces, ¿quién se esconde detrás de la sota de espadas? ¿En quién está pensando?

—A ver, no me es fácil admitirlo, comisario. Créame. Me he resistido a la idea todo lo que he podido hasta que, finalmente, la evidencia venció a una cerrazón sentimental. Para digerirlo es necesario entender, en primer lugar, la estirpe de los Pizarro. Generación tras generación se han ido forjando un nombre construido sobre la codicia, el odio y la venganza. Si lo piensa, nadie de la familia ha escapado a ella, y aquel que más sufrió de entre todos los Pizarro fue el mismo que infirió con desmedida alevosía y ensañamiento un mayor sufrimiento a los demás. Para mí, la sota de espadas siempre ha sido un diminuto pájaro. Un colibrí inquieto, aunque paciente, rencoroso y vengativo, que revoloteó por encima de nuestras cabezas durante años. Un hombre deforme que se propuso llevarse con saña las malas almas de su alrededor hasta el infierno. Por ese motivo, él también se condenó. Su condena comenzó desde el momento en que violó a su hermana. Su sufrimiento, con el paso de los años, tornó en una maldad desmesurada, y eso no puede negármelo, cuando todo lo que hizo y escribió, en parte, fue para que la venganza que deseaba se llevase a cabo... —Con un suspiro que casi le costó emitir, Rafael concluyó—: La malvada sota de espadas era Antonio Pizarro y Pizarro, el Enano deforme, el escritor. Anhelaba ser «El Más Grande» porque se veía a sí mismo como algo muy pequeño, insignificante, igual que un colibrí. Perseverante con su enemigo, y del que envidiaba lo bello que nunca tuvo. No supo recapacitar y reconocer que su grandeza y su belleza pudieron estar en su talento, en su cabeza. Pero eso no le resultó suficiente y claudicó

ante el odio... Del mismo modo que quizá usted ahora, creo que jamás lograré adivinar si él fue consciente de la figura que adoptó.

Se impuso un silencio en el teléfono. Don Casto acariciaba el aparato colgado en la pared mientras meditaba.

—¡Oiga! ¡Don Casto! ¿Sigue usted ahí?

—Sí, joven, disculpe, sigo aquí —musitó mientras sus dedos índice y pulgar presionaban el lagrimal de sus ojos—. Bien, periodista. Ya le dije en cierta ocasión que tiene usted grandes dotes investigadoras y deductivas. No me equivoqué. Se me ocurre que... ¿me acompañaría a tomar un vino? Así podremos discurrir los detalles del caso para su nuevo y gran artículo y... —añadió suspirando— mucho más. El vino es lo único capaz de disolver las ideas que se apelmazan en el cerebro. ¿Qué le parece?

—Eso está hecho, comisario.

—De acuerdo. ¡Ah! Y en esta ocasión invita la policía.

Don Casto tomo aire ampliamente y colgó el auricular. Pausado, se ajustó el borsalino, y mordió la boquilla de su amuleto mientras su mano acariciaba todavía el auricular y farfullaba entre dientes: *Estou a facerme vello. Definitivamente máis do que ainda o son.*

Apunte hallado entre las páginas del primer manuscrito de *Las alas rotas*

«El Más Grande» fue la opción que pareció acorde con tus sentimientos ocultos: la grandeza de espíritu, la resistencia del fuerte, la contraposición, la lucha del débil... El pseudónimo se creó como si se tratara de una armadura medieval. Y estimo, querido amigo Mario, que entre los dos pseudónimos que me propones para tus obras, «El Colibrí» o bien «El Más Grande», me inclino por este segundo. Y me consta tu preferencia por el pájaro. Es pequeño como tú y sé que siempre ambicionarás su belleza, pero para mí tu grandeza va más allá de lo físico y, por ese motivo, a pesar de que te decidas por el primero, siempre te veré como «El Más Grande».

TU AMIGO JOSÉ MANUEL

Otros personajes relevantes

Servicio de la casa Pizarro

Dolores, la sirvienta
Concha, la cocinera
Pepa, la ayudanta de cocina
Pepe «Gil-Robles», el capataz
Ana, la costurera
Remigio, el hombre de confianza de don Francisco Pizarro y Cárdenas
Diego, el Negro, el sirviente de don Francisco Pizarro y Cárdenas

Personajes de Camino de Piedras

Don Crispín, el antiguo dueño de la finca familiar La Torre (conocida antes como Las Tres Espadas)
Consuelo, servicio de la casa de doña Antonia y don Alfonso
Fermín, el chófer de Antonia y Alfonso
Don Sebastián, el padre de Antonia
María, la hermana de Antonia
Don Rosendo Berruguete, el médico del pueblo y padre de Rosario
Monte Berruguete, la hermana de Rosario (Casa Rufino)
Rufino, el marido de Monte (Casa Rufino)
Isabel Berruguete, la hermana de Rosario
Tomasa, la dueña de la pensión y cocinera de la cantina
Frasco, el hijo de Tomasa y mesonero del Torrezno
Quico, el recepcionista joven de la pensión, lector del *TBO*
Rosa, la telefonista de la centralita del pueblo
El Tuerto, un rojo sospechoso
Julita, la hija del Tuerto y exnovia de Gonzalo Pizarro

Don Tomás, el alcalde
Don Julián, el párroco
Don Evaristo, el antiguo párroco
Miguel, el cabo del cuartel de la Guardia Civil
Gómez, el guarda del cuartel
Dolores, la pitonisa y echadora de cartas
Eusebio, el tonto del pueblo

INVESTIGADORES Y PERIODISTAS:

Don Casto Aneiros, el comisario de 1.ª
Guillermo Buenavista, el Zorro, el inspector de 2.ª
Rafael Garrido, el periodista del periódico *Extremadura*
Andrés, Flash Gordon, el fotógrafo del *Extremadura*
El jefe del *Extremadura*

PERSONAJES DE OTROS LUGARES:

Don Félix Cortejosa de Aranda, el notario de «El Más Grande»
Don Leopoldo Villanueva y Dos Almenas, el notario de Zafra
José Manuel Casado Correa, el apoderado de «El Más Grande»
Don Gálvez, el editor de «El Más Grande»
Mario Sierra Gómez, autor
Don Carlos Gamero de Ceris-Granier, el forense de Zafra

La venganza del Colibrí
Alberto Cavilla Peñalver

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Fotografía de la cubierta, © Lee Avison / Trevillion images y Shutterstock
Adaptación de la cubierta, Booket / Área Editorial Grupo Planeta

© Alberto Cavilla Peñalver, 2021
© Editorial Planeta, S. A., 2022
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2022

ISBN: 978-84-08-26146-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!